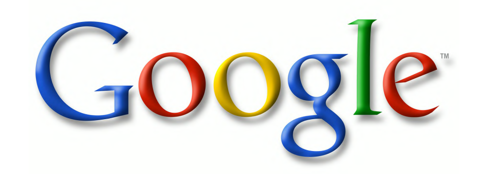
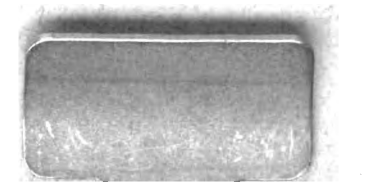




Misterios de las sectas secretas, ó, el franc-mason proscrito

Josep Marià Riera i Comas





MISTERIOS

DE

LAS SECTAS SECRETAS,

ó

EL FRANC-MASON PROSCRITO.

NOVELA HISTÓRICA, INTERESANTE POR SU PLAN Y SU OBJETO,

ADECUADA Á LOS SUCESOS POLÍTICOS DE ESTOS TIEMPOS EN ESPAÑA,

ORIGINAL

DE D. JOSÉ MARIANO RIERA Y COMAS,

autor y colaborador de varias publicaciones.

TOMO I.

BARCELONA.

Imprenta Hispana de Vicente Castaños, Asalto, n. 20.

1864.

A MIS PADRES:

Admitid, oh, Padres amados, en espresion de mi filial cariño, una prueba del justo enojo que me anima contra las sectas secretas *de España, que la destruyen y la aniquilan, en la obra que voy á publicar, fruto de un sinnúmero de trabajos que con vuestra ayuda he comenzado y proseguido, encaminados todos ellos á hacer una pintura del lamentable estado á que las mismas han conducido á nuestra infortunada nacion.*

Cuando vosotros visteis la primera luz, los hijos de Voltaire y de sus altas sectas no estaban posesionados aun de los destinos de la Patria; y si los españoles que en vuestra niñez formaron el pueblo de Cárlos IV, hubieran recibido noticia anticipada de todas las desgracias, de todos los desórdenes y de todos los horrores que, durante vuestra vida, habeis visto acaecer, hubieran dudado. Sin embargo, ellos como vosotros han sido testigos de estos escesos dolorosos, y es menester se sepan de una vez que son tristes efectos de las sectas secretas, *por mas que no falte quien las califique de* adelantos de la época.

Veinticuatro años há que, por no haberse hablado en público de ellas, parecíales á muchos estar muertas ya: pero últimamente los escritores han vuelto á ocuparse de las mismas, á inculpar unos, á sincerarse otros de los cargos dirigidos, á hablar casi todos de moderados masones, *de* progresistas comuneros, *de conatos de regicidio y de atentados inauditos, y esto me escusará de probar su existencia.*

Así, mi tarea quedará reducida á patentizar los Misterios de las sectas, *los cuales, Padres amados, os ofrezco ahora y siempre como prueba del aprecio que me mereceis, y de lo mucho que os amará eternamente este vuestro humilde hijo y servidor*

José Mariano Riera y Comas.

Barcelona 25 julio de 1847.

PRÓLOGO.

Barcelona, 1847.

> *Non is ego sum, qui aliud in fronte libri, aliud decursu operis lectoribus exhibeam.*
>
> GUEVARA.

MUCHAS son las personas que, aun hoy dia, no quieren atribuir á las *sectas secretas* todas las calamidades y desgracias públicas que en este siglo han sobrevenido á nuestra Patria; y no son pocas las que dudan aun de la existencia de las mismas. Las *sociedades secretas* han existido empero en España desde muchos años, y existen aun hoy dia... las pruebas son numerosas, y sus hechos son asimismo demasiado patentes á los que no ignoran sus intrigas, para que puedan dudar de ellas.

Fatalidad y no casualidad es, sin embargo, el que, á pesar de los muchos católicos que han penetrado los misterios y designios secretos de los hijos y descendientes de Voltaire y de sus altas sectas, hayan quedado por esto tan impunes y tranquilos en sus oficiosas y terribles tareas por la sola circunstancia, de que los sabedores de sus intrigas no han querido deponer el vano temor que generalmente inspiran esos pretendidos *filósofos de la razon*. Sensible es la realizacion de esta verdad, y lo es ahora mas que nunca, porque han dejado ya de adquirir ascendiente alguno sobre los ánimos las cacareadas amenazas de sacrificar á sus puñales á los que dieren un paso contra sus actos. Esas vanas alharacas han perdido ya todo su valor, y hoy dia solo pueden amedrentar á los niños ó á los ánimos femeniles y apocados.

Esto no obstante, siguen organizados en sociedad y están asimismo dispuestos para las horribles escenas que les han impreso un carácter de oprobio, de tiranía y de esterminio. Siguen aun hoy dia sus horrores, siguen sus progresos, siguen sus lamentables victorias; y la religion, la moral, la paz, el culto, las sanas instituciones, la sociedad misma, y todo cuanto ella de bueno encierra, todo se resiente cada dia mas de los

repetidos choques del filosofismo secreto; y todo, oculta pero violentamente, es conducido por él á recibir del mismo, primero la modificacion, despues la renovacion, y finalmente el esterminio.

Yo vine al mundo á fines de 1827, y ya entónces la nacion española habia sido en dos épocas diferentes el juguete de las *sectas secretas*. En mi corta edad ví caer á la patria bajo el yugo del *filosofismo*, y hoy dia no la veo menos sujeta que entónces á su bárbara é irracional voluntariedad. Entretanto la luz de la razon ha presidido todas mis acciones, y ella me ha hecho concebir un justo enojo y antipatía á esas *sectas secretas* que han querido ofuscarla y destruirla afectando preconizarla. Sus crímenes me han horrorizado siempre, y despues de haber venido en conocimiento de sus misterios y designios ocultos, he resuelto publicarlos para que los hombres de todos los partidos políticos sepan quiénes son los que los dirigen, y que tantos males han causado á la desventurada España. Creo que, á pesar de mis pocos años, lo habré conseguido del mejor modo posible, y hasta, si pudiera contarlo como prueba de buen éxito, diria que no ha sido obstáculo mi juventud para que las *sectas secretas* hayan dejado de darme algunas pruebas prácticas de su bárbaro y feroz egoismo.

Sea como quiera, la buena acogida que tuvo la *Ojeada filosófica sobre el Instituto de los Jesuitas* que publiqué á fines de 1846, me hace esperar que mi nueva obra, á la que he dedicado un sinnúmero de poderosos esfuerzos, se verá igualmente favorecida; siendo leidos con interés algunos documentos relativos á las *sectas secretas* que pienso ir publicando y debo á un conde italiano, canónigo que fué de la catedral de Bérgamo.

Por otra parte, hoy dia se llaman *progresos del siglo* ciertos hechos que son la obra del filosofismo secreto, y yo creo prestar un servicio á la verdadera libertad (que defiendo á todo trance) patentizando sus actos de desolacion y de muerte. Esto vendrá á ser tambien un *progreso del siglo*, aunque bien diferente del de los enemigos de la verdad.

Entretanto que Eugenio Sue y otros escritores de la época se declaran protectores de la libertad, de la industria y de los derechos de las clases jornaleras, yo esplicaré por caminos mas directos y mucho mas sencillos aun, quiénes son los que se burlan y destruyen la libertad, la industria y las clases jornaleras.

A pesar de todo, aunque soy de los pocos que creen que es ya un imposible destruir enteramente á las *sectas secretas*, sin embargo, no dejaré de proponer los medios que me parezcan mas aptos para este logro.

INTRODUCCION.

VEINTE Y UN AÑOS ANTES.

CAPÍTULO I.

LOS DOS AMIGOS.

Pues tú me dejas mísero y doliente...
Todo me agradará, y será mi gloria
Si vuelves, y de mí tienes memoria.

En una de las hermosas noches de setiembre del año 1818, dormia la villa de Madrid sobre un lecho de plata.

La luna llena y hermosa brillaba sola y sin celajes en el azulado firmamento, y difundia sus copiosos manantiales de plata y perlas, no solo sobre las altivas torres y elevados techos de la coronada villa, sino tambien sobre los prados y campiñas de sus alrededores.

El dia á que me refiero es el 20 de setiembre de 1818; dia eternamente memorable para una de las mas nobles familias de Castilla, por haber sido violentamente asesinado el que parecia ser el último vástago de la misma.

Este era el duque de***, que á la sazon habitaba en su quinta-palacio, posesion rural de las mejores que existian en los alrededores de Madrid.

El jardin de ella, era mucho mas estenso que bello y magnífico. Un suntuoso edificio ocupaba gran parte de sus confines, mientras que las gruesas murallas de la misma terminaban en todo lo demás aquel vasto jardin, que por la espesura y elevacion de sus árboles de diferentes es-

pecies, mas bien adquiria un carácter selvático que agreste y florido.

La luna, como he dicho ya, decoraba brillantemente aquel hermoso paisaje. Los árboles no estaban aun del todo despojados de su espesa hojarasca, y este era el motivo por el cual no podia penetrar en todos los parajes la melancólica luz del astro de la noche.

En uno de estos recintos abovedados por el tupido follaje de un círculo de castaños, rodeado de arbustos olorosos, y al cual no podia iluminar la luna sino con una claridad menos que crepuscular, es donde pasó una escena muy interesante.

Erase un espacio circular dentro el cual habia algunos asientos rústicos. Veíase en uno de estos á un hombre medio echado y envuelto en su negro capote tan negligentemente, que al instante podia venirse en conocimiento de que mas lo llevaba por costumbre que por necesidad. La humedad era sin embargo bastante, para no hacer de su capote el uso conveniente. A pesar de todo, al notar su estraña actitud, hubiérase dicho que era un hombre anciano que habia determinado pasar allí una noche fastidiosa. Tenia la cabeza inclinada sobre su pecho; el gorro griego que traia, ocultaba gran parte de su rostro, del cual la porcion que estaba en descubierto parecia flaca y cadavérica. Por debajo de su capote salian sus dos piernas cruzadas y cubiertas con polainas de cuero, que habian perdido ya su primitivo color, y caian medio cubiertas sobre sus anchos zapatos.

Su actitud silenciosa y meditabunda, seguramente hubiera durado mucho tiempo, si los relojes públicos de la capital de España no hubieran anunciado la media noche.

—Las doce ya, dijo entónces levantándose, y nadie parece aun. ¡Oh! ¡eso es horrible! ¡Ernesto faltar á la cita! ¡Ernesto, que es siempre tan puntual!...

Y exhalando un acento de dolor, esclamó:

—¡Todo lo comprendo!... ¡Ernesto habrá sucumbido ya!... ¡Pobre amigo mio!

Y andando de un estremo á otro del recinto, y cansado luego de pasearse, púsose á escuchar á una parte y á otra; pero fué en vano, porque solo llegó á sus oidos el confuso y undulatorio ruido del ramaje agitado débilmente por la brisa.

—¡Oh, Ernesto! esclamó; tú debes de ser sin duda víctima de las *sectas secretas:* se habrán vengado del duque de*** matándote á tí; pero no en vano he hecho hoy veinte leguas de camino para acudir á esta cita. Si has muerto, yo sabré vengarte, buscando á tu asesino en las mis-

mas cavernas do se oculte... Sin embargo, yo soy tambien muy exigente... mi amigo no puede cumplir en el campo con la misma puntualidad con que cumple en la corte... Esperaré pues... pero entretanto... esa incertidumbre me agobia.

Quitóse entónces el capote, y dejándolo en el suelo, volvió á sentarse sin él, abrió una cartera que traia colgada de la espalda, y sacó de ella una flauta de ébano con monturas de plata. Ejecutó entónces un preludio melodioso que contrastaba muy bien con el silencio de la noche y la soledad del lugar; despues del cual, cantó con voz interesante una melancólica poesía.

Al acabar las últimas estrofas, su voz estaba conmovida sin duda por las ideas que le escitaba su romance, y levantándose de nuevo, esclamó con un acento casi de desesperacion:

—Ernesto no viene aun... ¡Ay, amigo mio! ¡Sin duda habrás muerto ya!

—No temas tanto, amigo... no temas tanto, dijo entónces una voz varonil interrumpiendo al cantor.

Y entró en aquel recinto un hombre alto en estremo, embozado en su capote.

—¡Ay, cuánto me alegro de que hayas venido! esclamó luego el cantor. Si quieres que te diga la verdad, empezaba á concebir serios temores... por tí. ¡Nuestros enemigos nos dan tantos ejemplos de personas que mueren en sus manos!...

—Sin embargo, amigo, replicó Ernesto, ya ves que he asistido sano y salvo á la cita que tantos dias hace nos habíamos dado... Pero dejemos estas cosas. Dime, ¿qué es lo que acabas de cantar?... Te he escuchado... ¡y tu voz y verso eran tan lastimeros!...

—¿Te ha gustado, Ernesto?... Es un romance que he compuesto sobre las desgracias que pueden sobrevenir al duque de***, si acaso fuere vencido por las *sectas secretas*.

—Y cuando tales ideas has trasladado al romance que acabas de cantar, es muy probable que temerás sobremanera esas desgracias que pueden sobrevenir al duque.

—Las temo sí, y mucho, dijo el cantor, porque me parece que le será enteramente imposible el poder ocultar por mucho mas tiempo esos escritos, que tiene, sobre los designios de las de España. Ellas le persiguen sin cesar; y tarde ó temprano llegarán á dar con esos codiciados documentos que tanto buscan, y cuya pérdida tanto sienten.

—Con la ayuda de Dios no sucederá tal cosa, añadió Ernesto sentán-

dose. Y si tan mal llegasen á parar los asuntos, entónces el duque podria hallar muy bien algunos defensores entre sus amigos y partidarios. Tú y yo, por ejemplo... ¿me entiendes, amigo?

—Perfectamente.... Eso ya no debe traerse á cuestion.

—Pero dime, dijo Ernesto: ¿qué partido piensa tomar el duque? ¿No los conceptúa aun bastante escondidos?

—No podré responderte á esto fijamente, dijo el cantor; pero, sin embargo, te contaré con toda puntualidad lo que ha pasado hoy luego que he llegado de Ciudad-Real, de donde, como tú sabes muy bien, he salido para dar cumplimiento á esta cita contigo. Luego de haber llegado, el duque me ha hecho comparecer á su presencia y me ha demostrado una grande alegria, diciéndome que pensaba haber conseguido el esconder perfectamente todos los escritos pertenecientes á las sectas secretas.

—¿Y cómo?... Esplícate...

—Me ha hecho sentar á su lado diciéndome que un subterráneo, que solo él conocia, era el lugar que habia preferido á muchos otros. Me ha enseñado una llavecita de oro como única depositaria de ellos, anunciándome que cuando fuere necesario me daria esa llave, y que un papel que hay dentro de ella me pondria en conocimiento de la puertecita que con ella puedo abrir.

—¡Ay, amigo! ¡cuánto me alegro! dijo Ernesto acercándose al cantor. Y dime ahora: ¿has notado si estaba tranquilo el duque por el feliz éxito de sus proyectos?

—Sí, amigo... tranquilo... alegre... y su jóven esposa estaba á su lado gozando de su felicidad.

—Bien, amigo, bien, dijo Ernesto tomando la mano de su amigo. No sé qué decir para esplicarte cuán contentísimo estoy de lo que acabas de contarme. Siento una alegria inesplicable, de modo que mejor podrás tú comprenderla que yo esplicarla. Si quieres que te diga la verdad, habia perdido toda esperanza de que el duque pudiera salvar su vida... Su posicion era tan arriesgada, que me era imposible formar una idea de lo que hoy el duque acaba de conseguir, porque difícil empresa es el esconder completamente unos escritos que patentizan la multitud de crímenes y horrores que han cometido las sociedades secretas. Pero la desconfianza que tenia de salvar su vida, no consistia en el solo acto de esconderlos, sino en esconderlos de tal manera que nunca mas pudiesen llegar á manos de sus primeros posesores. Finalmente, esto lo ha conseguido ya el duque. Porque tu señor, amigo mio, ha acreditado en todos tiempos un talento poco comun y un completo discernimiento; por cuya

razon la circunstancia notada por tí de que estaba sumamente alegre y tranquilo en el momento de anunciarte el éxito de su empresa, esa circunstancia, digo, me revela que el éxito ha sido feliz y que las sectas secretas de España han perdido para siempre la esperanza de recobrar unos escritos, que para bien de la humanidad cayeron en manos del benéfico y poderoso duque de ***... De este modo, amigo mio, ya no hay temor de que pierda la vida á manos de sus enemigos, porque siempre le respetarán con la esperanza de conseguir los papeles cuya existencia solo él podrá saber.

—Al fin tienes razon, esclamó el cantor llorando de alegria. Estoy plenamente convencido de que la familia de los duques de *** conservará aun su último vástago.

—Así será, no lo dudes, porque no ignoras tú que yo conozco muy bien los designios de las sectas secretas. Ya no hay temor. Yo mismo te he dicho mil veces, que de buena gana sacrificaria mi vida para salvar la del duque, que tan singulares favores me ha hecho: pero así como fuí el primero en ofrecerle mi vida, quiero ser tambien el primero en decirte, que el duque no necesita ya del auxilio de nadie. No te formes por lo tanto horribles ilusiones sobre el porvenir que aguarda á tu poderoso señor.

Estas últimas palabras de Ernesto fueron pronunciadas con un acento de tristeza inesplicable. Apartóse un poco de su amigo y enjugó algunas lágrimas que corrian por sus mejillas. Despues de esto, mediaron algunos instantes de silencio hasta que el cantor, rompiéndolo el primero, esclamó:

—Quedo plenamente convencido de lo que me has dicho, Ernesto, pero si he de hablarte con franqueza, no sé comprender bien por qué motivo esa noticia que tú y yo hallamos tan feliz, te pone en tanta tristeza... Ernesto, ¿acaso me ocultas algun secreto? Habla pues, ¿qué es lo que tienes?

—No juzgues sobre todo con demasiada ligereza la exaltacion de mis ideas, replicó Ernesto, y el motivo de mi tristeza te será muy fácil de comprender cuando me haya esplicado. Escúchame pues. Bien sabes tú cuán adversa y horrible situacion era la mia cuando vine á suplicarte que implorases á favor mio los humanos beneficios del duque tu señor. No es necesario, amigo mio, que te la pinte de nuevo. Solo te recordaré que su alma grande se compadeció de mi suerte, me tendió por medio de tí una mano amiga, y me libró del poder de las sectas scretas, que me habian engañado y que sin duda me hubieran quitado la vida,

si el duque no me hubiera salvado. Ahora bien; tan gran beneficio no pudo escitar en mi imaginacion una idea de reconocimiento que pudiera equiparar en lo mas mínimo al mismo beneficio recibido. En tal estado, determiné consagrar toda mi vida á la salvacion de la suya, que estaba en peligro, segun lo que tú me indicabas. Por otra parte, perdiendo él la vida, la perdia yo tambien; y hé aquí por qué mi gratitud y el propio interés me llamaban á permanecer cerca del duque para dividir el peligro. Afortunadamente nada debe temer ya, y puedo partir tranquilo... Tú le dirás, que no pudiendo yo permanecer ya mas en Madrid ni sus contornos, otro es el lugar donde deberé acabar mis dias; pero que siempre me quedará la tristeza, el pesar, y por decirlo de una vez, la vergüenza de no haber hallado ocasion de corresponder á sus bondades. Los pechos honrados se avergüenzan de no haber conseguido acreditar el reconocimiento que les anima, y el mio es uno de ellos. Pero sépalo al menos, añadiéndole, que parto porque le veo libre ya de asechanzas; y que siempre que tema por su vida, estoy pronto á hacerle el sacrificio de la propia... Adios, pues, amigo mio, añadió levantándose y presentando al cantor su mano; seguramente no nos volveremos á ver, y por tanto...

—No prosigas, no... respondió el otro levantándose tambien. ¿Qué razonamientos ¡gran Dios! son los tuyos? ¿qué vas á hacer? ¿dónde marchas?

—¿Qué voy á hacer?... Voy á dar fin á mi mision... ¿A dónde marcho?... Cuando esté en el lugar de mi destino, te escribiré y lo sabrás... Adios...

—No quiero despedirme de tí todavía, Ernesto. Quiero que vuelvas mañana y presentarte al duque.

—Esto último no lo lograrás, pero al menos volveré mañana á verte.

—¿Y dónde vas ahora?

—Voy á Madrid... daré el último *adios* á esa poblacion inmensa en que tantos crímenes he visto cometer, y despues pasaré por esta quinta para saludarte por última vez.

—¿Y á qué hora pasarás?

—A las tres de la tarde en punto.

—Te esperaré...

—Sí... y entónces nos despediremos.

Los dos amigos se estrecharon las manos, y saliendo del sitio donde estaban, pasaron á otro iluminado por la luna...

—Adios, amigo mio, repitió Ernesto al otro. Mañana nos veremos,

pero entretanto ruégote encarecidamente que no te olvides de decir al duque que si le abandono ahora, es porque estoy completamente convencido de que sus enemigos afiliados en las sectas secretas respetarán su vida...

Así se despidieron ambos, despues de haberse apretado las manos cordialmente, una vez mas.

El cantor marchóse triste y pensativo, y tomó el camino mas recto para dirigirse al edificio de la quinta de los duques de ***, de los cuales era mayordomo.

Ernesto siguió una direccion opuesta por en medio de una calle de copudos árboles, al fin de la cual torció á la derecha, yendo á parar á un lugar concertado del jardin, donde le esperaban dos hombres embozados. Acercósele uno de ellos, y hablándole en voz baja, le dijo:

—Sálveos el cielo, señor baron... ¿Son satisfactorias las nuevas que vais á traernos?

—Lo son, respondió Ernesto. Esta noche es preciso dar el golpe...

—¿Y qué, baron?... ¿Acaso podreis?...

—Podré hacer que caiga en mis manos una llavecita de oro, por medio de la cual nuestra Sociedad recobrará todo lo que ha perdido.

—¿Y estais seguro? añadió el embozado con acento de alegria.

—Sí... lo estoy; y no hay que perder tiempo...

—Comprendo... ¿pero no sospecharán?...

—¡Cobarde! no sospecharán nada... replicó el baron, á quien el cantor conoció con el nombre de Ernesto. He logrado todo lo que podais imaginaros... y no solo el mayordomo del duque no tiene temor alguno de peligro, sino que hará que su señor lo pierda tambien.

—Bravo, añadió el embozado con voz de entusiasmo, ¿qué haremos pues?

—Voy á decíroslo... Daos prisa, y pasad al instante á avisar á los *Carbonarios* que hemos dejado emboscados á poca distancia: traedles aquí, que yo os aguardaré... Os encargo en gran manera que no tardeis en volver.

El embozado dejó entónces al amigo del cantor, y corrió precipitadamente á cumplir aquella órden.

Ernesto ó el baron, ó como quiera que le llame, acercóse entónces al otro embozado, diciéndole:

—Animo, compañero... Esta noche el duque de *** vá á ser víctima del justo resentimiento que anima á nuestra madre la secta de los *Franc-masones*.

CAPÍTULO II.

EL DUQUE Y SU ESPOSA.

En mi tengo la fuente de alegria,
Siempre la tuve, mas yo no lo sabia.
ALMEIDA.—*Hombre feliz.*

LUEGO que el mayordomo de la casa hubo dejado á su amigo Ernesto, encaminóse, como dejo dicho, al interior de la casa, y determinó presentarse cuanto antes al duque de***: á este poderoso personaje, á quien tanto temian las sectas secretas y á quien tanto anhelaban quitar la vida.

Al mismo tiempo que Ernesto y el cantor se despedian en el jardin, el duque y su esposa estaban tratando de un asunto muy interesante en un salon de la quinta.

Era el duque un hombre de proporcionadas formas, que contaba á la sazon unos veintiocho años. Su figura era sobrado interesante. Su color era moreno, sus cabellos negros, con sus ojos algo hundidos del mismo color, y una barba espesa y bastante larga terminaba su rostro oval, á la par que grave y lleno de dignidad. Por lo que toca á su talento, era mucho, aunque no era posible conocerlo á fondo, hasta que se hallaba engolfado en una conversacion algo animada é interesante. Podia decirse muy bien que el talento del duque solamente era conocible cuando las conversaciones de entidad sublimaban su espíritu.

La duquesa estaba dotada de no menores prendas, así físicas como

morales. Era de una estatura mas que regular, pero á pesar de esto, muy proporcionada á la esbeltez de su talle y á las delicadas formas de sus miembros. Su cabello, ornato el mas precioso de una muger bella é interesante, era tan sumamente rubio, que mas bien rayaba en blanquecino, al mismo tiempo que era abundoso y brillante cual un manojo de hilos de oro. Pero esa misma preciosidad era mas perceptible, porque orlaba siempre de perlas y de oro una frente blanca, pura, serena, dilatada y llena de dignidad y dulzura. Imposible es formarse una idea del efecto que causaban sus hermosos cabellos coronando dignamente aquel rostro interesante, cuya blancura era tan estrema, que podia muy bien pasar por proverbial, y que solo podia concebirse con la imaginacion. Sus ojos grandes y rasgados eran de un color azul claro, llenos de modestia, de candor y de timidez; lo cual era en tanto grado, que muy raramente podia conocerse toda la espresion de su mirada. El color rosado de sus mejillas desafiaba en hermosura y preciosidad á lo restante de su rostro, y la superficial cavidad que se reproducia incesantemente en sus mejillas al menor movimiento de sus carminados lábios, le comunicaba una belleza ideal tan particular, que solo puede tener cabida en los ensueños de la fantasía. El talento de la duquesa no reconocia límite alguno (como podrá verse en el decurso de esta historia): era lo que puede llamarse un fenómeno mugeril, á lo cual diré por añadidura que la duquesa contaba solo quince años y era el ídolo de su marido.

Segun he dicho, los dos esposos estaban tratando de asuntos interesantes. El duque habia esplicado á su jóven esposa, que permanecia sentada á su lado, el modo como habia escondido los escritos pertenecientes á las sectas secretas, y se esforzaba en persuadirla de que ya no corria peligro su vida y que de allí en adelante podia vivir con mas tranquilidad. En el modo de espresarse la duquesa, se conocia que no estaba de todo punto convencida, hasta que despues de haber escuchado todos los razonamientos de su esposo, respondióle con voz argentina y sonora:

—Te creo al fin, esposo mio; pero de este modo ¿me prometes que de aquí en adelante no te mostrarás tan triste como hasta ahora?... En verdad te digo, que me he condolido muchas veces de que tanto tiempo hayas pasado sin una hora de alegria y de sosiego.

—Ya te comprendo, contestó el duque. Quieres decir que de algun tiempo á esta parte no he venido á obsequiarte con tanta frecuencia como tú mereces; pero olvidas que las muchas ocupaciones en que he estado sumergido me lo impedian.

—Y además... ¡estabas tan triste!... añadió la jóven con doloroso acento.

—Sí, verdad es... estaba triste porque temia perder la vida: pero ahora, ¿no es verdad que ya debo apartar todo temor?

—Mi opinion es, que si verdaderamente has escondido esos infernales secretos que tanto mal nos han ocasionado, ya no debes temer ofensa alguna.

—Por lo que toca á estar bien escondidos, replicó el duque, no hay duda en que es así.

—¡Cuánto me alegro!

—Y yo tambien, querida mia. Mi obligacion es ahora valerme debidamente de la posesion de estos escritos misteriosos, de que Dios me ha hecho depositario; y á fé mia que no es poco el trabajo que se me espera, visto lo mucho que es preciso hacer. Dios por lo regular sufre á los malvados, pero al fin los castiga horriblemente. Cansada está ya la divina Providencia de tolerar tantos y tantos crímenes como han cometido en España las sectas de los *Franc-masones;* y para cartigarles debidamente, ha querido que se les contrarestase abiertamente por medio de las pruebas de sus mismos atentados. Justa venganza es esta que Dios se toma; pero lo mas sensible para mí es el haberme recaido el difícil encargo de ejecutar su Suprema voluntad. Pero sea como quiera, es preciso que cumpla debidamente con él, poniéndome de por medio entre los sectarios de *Voltaire* en España y sus demasías. Desde ahora todos aquellos que se hallen perseguidos por las sectas secretas encontrarán en mí ó en mis amigos un seguro salvador. De este modo viviré tranquilo y contento, no solo porque cumpliré la voluntad de Dios, sino tambien porque daré el debido curso á la generosidad y ternura de mi corazon. Este modo de hacer bien me alegrará, me tranquilizará, sublimará en cierto modo mi existencia; y cuando me presente á tu lado, me encontrarás siempre alegre, siempre complaciente, y siempre ufano de tu amor. ¿Comprendes ahora, esposa mia, toda la felicidad que nos espera?

—Sí, te comprendo, respondió la jóven con un ademan gracioso que revelaba toda la sencillez y pureza de su alma. ¡Si supieras qué alegria acabas de darme! Casi me trastorna la idea que de ahora en adelante irás á ocuparte en mí mucho mas que antes, porque al fin y al cabo tan niña como soy, y sin la compañia de mis padres, es preciso que tú ahora seas mi apoyo, para que no eche de menos mis infantiles años.

—Tienes razon, dijo el duque. Pero ahora cabalmente advierto que





me habrás ocultado alguna pena. No me lo niegues.... lo conozco en tu modo de espresarte; nada me ocultes y háblame sin recelo.

—Sí, verdad es: he tenido alguna pena, pero ahora te veo ya tranquilo, y esto me satisface.

—No importa... es preciso que hables mas claramente. Bien sabes que te he sacrificado toda mi existencia, todo mi amor; y cuando tal he hecho, puedes conocer lo mucho que padeceria mi corazon si acaso le ocultabas las penas del tuyo.

La duquesa, despues de haber escuchado la solícita súplica de su esposo, clavó sobre los suyos negros sus azulados ojos, é irguiendo la cabeza con ademan de resolucion, y dejando sus manos cruzadas sobre el hombro del duque, le habló de esta manera:

—Me esplicaré, ya que así lo quieres... Acabas tú de decirme que me has sacrificado tu existencia y tu amor, y por mi parte no creo que yo haya dejado de hacerte igual sacrificio. No intento posponer la vehemencia de tu amor á la del mio, pero sí puedo decirte con toda verdad, que me es mas fácil conocer la del tuyo por la del mio propio, que por las caricias que me has dispensado... Yo no te culpo por ello; pero sin embargo muy poco satisfactorio ha de haber sido para mí el ver que los efectos de tu amor no han correspondido como yo esperaba. Mi alma tierna y sencilla no ha conocido hasta ahora otras poéticas ilusiones que las que tú has sabido escitarle, y á fé mia que no es mucho para contentar el que esas ilusiones hayan de haber quedado en mi fantasía sin haber llegado aun á la realidad. No me habia figurado que siendo tu esposa, nada enteramente me faltaria para mi completa dicha, y la equivocacion en que he caido es lo que me ha ocasionado algun desasosiego. No sé si lo que siento será efecto de un escesivo amor, pero que en cinco meses de matrimonio te he visto siempre triste, pensativo y melancólico; y este estado ha causado una honda pena en el corazon de una esposa que hubiera deseado estar siempre á tu lado para gozarse en tu cariño. Y no obstante, tú constantemente apático, siempre meditabundo... algunas veces tus miradas me han revelado un amor glacial, otras muchas no te he visto mas que cada veinticuatro horas, casi desdeñándote de observar la tristeza que yo no he podido encubrir, y si alguna que otra he querido interrogarte indirectamente, me has dado por toda contestacion algunas lágrimas y... nada mas.

—No sigas por piedad, esclamó el duque, no desgarres mas mi corazon... tú no puedes ni debes dejar de conocer hasta qué punto alcanza mi amor. Si alguna vez me has interrogado sobre mi tristeza, si alguna vez

me he alejado de tí dejando que corrieran mis lágrimas; lágrimas eran, pobre esposa mia, hijas del dolor y de la amargura que me embargaban pensando en tu futura suerte si llegaba á sucumbir á las asechanzas de mis encarnizados enemigos. ¡Ah! no sabes aun toda la estension de los peligros que he corrido. Te he dicho algunas veces que mi vida está ligada á esos escritos, pero no te he dicho nunca que son la vida, las riquezas, y hasta la esclavitud de infinito número de criminales; ni mucho menos que hacen esfuerzos de desesperacion para recobrarlos. Sé que si llegan á poseerlos, mis dias son contados, y hé aquí por qué veo siempre á mis enemigos blandir su puñal ante mis ojos, burlarse con risa sardónica de mi temor, y hacer alarde de que desprecian mi existencia hasta haberme podido arrancar lo que tanto escita su codicia... Acaso buena parte no son sino quimeras, recelos exagerados de mi acalorada fantasía; sin embargo, no puedo resistirlos, y este es el orígen de que viva triste y apesadumbrado... No me creas por esto cobarde, no, no lo soy por Dios; la sangre que corre por mis venas es la misma que ciñió de laureles y de gloria la frente de mis antepasados, y vé por qué, léjos de haber soltado la presa que he hecho á las sectas secretas, me he puesto frente á frente de sus mas esforzados campeones, echado en cara los crímenes que han cometido, y despreciado sus gritos de muerte, sus amenazas sangrientas y sus desesperados esfuerzos. No, no conozco la cobardía; antes bien he deseado con ansia el dia en que su puñal llegue á herir mi pecho para decir á mis asesinos que muero en nombre de ese Dios que haciéndome el ejecutor de su justicia, ha querido por este medio desconcertar sus planes... Si he temido, pues, dulce esposa mia, si me has visto llorar, es solo por tí: por tí, que, muerto yo, quedarias sobre la tierra sin un fuerte apoyo contra los que hubieran sido asesinos de tu marido, y que lo serian tambien tuyos. He temido siempre por tí; por tí, á quien tu padre desde las puertas de la tumba puso bajo mi proteccion y cuidado; por tí, á quien amo porque eres tan buena, porque te haces amar amándome, y porque sin mí quedarias triste en la horfandad sin padre y sin marido... ¡Ah, pobre esposa mia! No me hagas recordar ese funesto trance, si no quieres que llore como un niño... ¿Comprendes ahora por qué causa he llorado cuando me preguntabas?...

La jóven habia escuchado con una admiracion que rayaba en éxtasis todos los razonamientos de su esposo, que tuvo siempre fijos en ella sus ojos. Cuando acabó, hallábase conmovida y respondió con una gracia infantil:



—¡Ay!... ¡ya veo!... ¡Y cuánto has padecido por mí!... Pero dime, ¿no se turbará ya mas nuestra felicidad?

—No lo creas... Ya no me verás triste sino cuando tú estarás fuera de mi lado.

—¿Y estás seguro de esto?

—Seguro estoy...

—¡Ah cuánto me alegro!... Pero... escucha, quiero hacerte una pregunta.

—Me conformo... Hazla sin reparo.

—¿Esa carta, dijo la jóven, que has recibido hoy de nuestro cuñado, no te ha escitado la idea de que algun dia pueda turbarnos de nuevo? En ella nos avisa que ha sabido por los *Franc-masones* de Zamora, que esperaban ocasion propicia para quitarte la vida.

—No, no, querida, porque es cosa que ya la sabía y nada me trae de nuevo. Acabo de confesarte, que los Franc-masones lo harán tan pronto como me hayan arrebatado las pruebas de sus crímenes; pero ahora ya no les temo, porque, lo que ellos buscan, de ningun modo podrá caer en sus manos.

—Pero sin embargo ese baron de Arcestel, que segun dice, está á la cabeza del complot para matarte, ¿le conoces tú?

—Sí... y mucho que le conozco. Es un jóven baron que á su edad lleva ya de cuatro á cinco asesinatos, cuyas pruebas están en mi poder. Es un catalan orgulloso á quien las Logias de Madrid han designado efectivamente para quitarme la vida y buscar los secretos perdidos.

—Pero, dime... ¿Nada temes de él?

—Es un hombre desalmado, en verdad, pero nada temo, si no logra apoderarse de lo que busca.

—¿Pero esto no sucederá?...

—No... Jamás...

—No obstante, repuso la duquesa, quiero que me prometas enseñar la carta á nuestro amigo el mayordomo Carlos. Él es tan bueno, tan solícito por nuestro bien, es tan conocedor de todo lo que nos conviene, que no dudo sabrá advertir lo malo que contiene. ¿No es verdad, pues, esposo mio, que se la enseñarás?...

—Sí... lo haré solo por complacerte.

—Y Carlos nos dirá su parecer... Ya verás.

—Sí... Carlos nos aprecia mucho. ¡Si supieras cuánto te debo por haberte compadecido de él y haberle traido á mi casa! Él es tan bueno que ha cautivado toda mi voluntad. Pero no lo estraño. La nobleza de



su cuna es igual á la de su alma, y si ha vebido á ser pobre, no ha dejado de ser hidalgo, valiente y generoso. Yo le he confiado una gran parte de mis secretos.

—Pues yo me alegro de ello, dijo la duquesa soltando una graciosa carcajada. Así Carlos habrá sido tu confidente y el mio.

—¡Cómo tu confidente!... Esplícate.

—¿Acaso tú piensas que yo no he tenido secreto alguno que contar á quien se haya compadecido de mí? Te engañas. Cuando tú estabas triste y abatido, y yo no te veia sino de cuando en cuando, yo suspiraba y lloraba; y Carlos era el único que venia á consolarme y á mitigar mis penas.

—¡Qué bueno!

—Muy bueno sin duda, pero yo le reñiré, porque no me comunicaba tus pesares.

—Y yo á mi vez le reñiré tambien porque no me comunicaba los tuyos.

—A ver pues... Llámalo ahora mismo, dijo el duque.

—Voy, replicó la duquesa.

Abalanzóse luego por detrás del confidente en que estaba su esposo y tiró el cordon de una campanilla que estaba cerca de ellos.





CAPÍTULO III.

—

LA SORPRESA.

> Mas antes de confiar
> Pretensiones al acero,
> Prudencia será buscar
> Con astucia otro sendero.
>
> AROLAS.

SERÁ escusado advertir á mis lectores que ese mayordomo á quien los duques de *** llaman Carlos, es el mismo que poco hace han visto hablar en el jardin de la quinta con el baron Ernesto.

Luego que la duquesa hubo tirado el cordon de la campanilla, Carlos no se hizo de esperar, presentándose con la mayor cortesía á sus señores.

Era éste un hombre de treinta años, de una estatura regular y bien formado. Su frente despejada, coronada por sus cabellos castaño-oscuros, revelaba la profundidad de sus ideas. Sus ojos pardos, eran llenos de viveza y espresion, y el todo de su rostro era interesante. Lo que sin duda le realzaba mas era el fuerte color de rosa que nunca se separaba de sus mejillas ni aun en los trances mas apurados.

Carlos llevaba aun el mismo trage en que se le ha visto aparecer en el jardin de la quinta.

—¿Aun no os habeis quitado ese trage de camino? le dijo la duquesa.

—Señora, respondió el mayordomo agitando levemente la sonrisa que rara vez abandonaban sus lábios, no me lo he quitado aun, porque á poco de haber llegado, he pasado al jardin para ver á mi amigo Ernesto, y ahora acabo de dejarle.

—Bien... dejemos esto, dijo el duque. Carlos, tenemos algo que hablaros... Sentaos.

El mayordomo tomó entónces asiento á alguna distancia de los dos esposos, y el duque le dijo:

—Antes de todo, esplicadme lo que os ha dicho vuestro amigo Ernesto. Y á propósito de él, decidme qué dia me le presentareis... Aun no le conozco...

—Mañana, señor, le vereis... que se despedirá para siempre de vos, respondió Carlos perdiendo su sonrisa y haciendo con la boca un gesto de pesadumbre.

—¡Hola! repuso el duque; ¿con que mañana le veré por primera y última vez?

—Me sabe mal, añadió la duquesa.

—Así es, señor, replicó Carlos. Si vos no sabeis impedirlo, mañana sale para siempre de Madrid.

—¿Y á dónde se dirige?

—No ha querido decírmelo.

—¿Será acaso un secreto?

—Lo será efectivamente hasta que haya llegado al lugar de su destino.

—Pero ¿qué motivo puede haber tenido para una resolucion de tal naturaleza?

—Os lo diré, señor. Mi amigo, luego que hubo logrado que el señor duque intimára á la secta, de que él habia formado parte, que respetase su vida, tomó la séria resolucion de abandonar el mundo para llorar sus crímenes, para lo cual no se le ha presentado ocasion propicia hasta ahora.

—Pero ¿cómo no se le ha presentado hasta ahora?

—La Providencia, replicó el mayordomo, ha dotado á mi amigo de un corazon generoso y agradecido; tanto, que su alma padece en estremo cuando no puede atestiguar lo que en ella siente por los beneficios recibidos. El caso está en que aunque él habia proyectado apartarse del mundo tan pronto como hubiese salido del poder de las sectas secretas, sentia sobremanera el no poder sacrificarse por vos, señor duque, y por vuestra esposa, en reconocimiento del favor que os debe: y como por otra parte supo por mí mismo que vos estabais en grande peligro, se puso á mis órdenes, como ya sabeis, para que dispusiese de él en favor vuestro, siempre y cuando el riesgo os amagase mas de cerca. Felizmente para vos este caso no ha llegado, y así, cuando le he advertido que



vuestra persona estaba ya en completa seguridad, me ha contestado que no siendo necesaria su presencia, no debia vivir mas entre el mundo.

—¿Pero por esta sola razon?.

—No me ha dado otra, señor, replicó el mayordomo.

—Sin embargo, yo sospecho que vuestro amigo nos ocultará alguna circunstancia.

—Tambien lo creo yo... y por esto, os pido encarecidamente que mañana le interrogueis sobre el particular.

—Péro, ¿por qué, añadió la duquesa, este apreciable hombre, de corazon tan noble, no se ha presentado á nuestra presencia mas que para despedirse de nosotros?

—Señora, mi amigo Ernesto se hubiera presentado mil veces á sus bienhechores, pero la vergüenza que siempre le ha causado el no poder corresponder á vuestros beneficios, le ha impedido dar este paso.

—Sobrado noble y pundonoroso es, dijo la duquesa.

—Si no es mas que eso, yo te aseguro que mañana no saldrá de Madrid para no volver mas, repuso el duque.

—¡Ay! ¡cuánto lo deseo!...

—Seguramente, añadió, que las sectas secretas le perseguirán de nuevo, y él no querrá participar el peligro á una persona cuyo primer beneficio se considera inepto para pagar... No permitiré yo que sacrifique así su existencia.

—Yo soy de vuestro parecer, señor, añadió Carlos con ademan de satisfaccion. Así no podré dejar de verle; y espero que en todos tiempos podreis tener en mi amigo un escelente defensor mas cerca de vos. Me ha dicho, hace poco, que velára siempre por entrambos; y que al menor aviso que le diera, vendria al momento para sacrificar su vida en defensa de la vuestra si fuese menester.

—Cuanto mas os esplicais, mas me interesa ese jóven, Carlos; y yo interpondré todos los medios posibles para disuadirle de su loca empresa. No es justo que las sectas secretas de España pierdan un enemigo suyo tan valiente como puede serlo vuestro amigo Ernesto.

Mediaron entónces algunos instantes de silencio entre los tres interlocutores, los cuales fueron interrumpidos por el violento tañido de una campana de la quinta que indicaba algun peligro.

Carlos se levantó al instante de su asiento, esclamando:

—Señor, ¿qué es esto? ¿Ois?

—Algun peligro nos amenaza... Corred, Carlos... corred... y [illegible]llo...

Cuando la jóven duquesa oyó estas palabras, perdió súbita[illegible] su



color, é inclinando la cabeza sobre el espaldar de la silla, quedó desmayada.

El mayordomo iba á salir de la sala cuando se percibieron á poca distancia del aposento gritos y golpes, y sobre todo la voz de uno de los lacayos mas ancianos de la quinta que gritaba:

—¡Socorro!... ¡socorro!... ¡á mí, lacayos, á mí!... ¡Gente armada en la quinta! ¡gente armada aquí! ¡Han forzado las puertas!... ¡á mí, compañeros, á mí!

Luego que Carlos oyó estas voces, presentóse en la puerta de la sala diciendo:

—¡Estamos perdidos!...

El duque en esto habia ya cogido á su esposa en brazos, y dejóla sin sentido en un lecho cercano. Luego que volvió á entrar en la sala para acudir al socorro de Carlos y de sus lacayos, encontró á éste que acababa de entrar de nuevo diciéndole:

—¡Señor, estamos perdidos!... Son hombres enmascarados que han forzado las puertas de la quinta, y están colocando barras y trabazones en las puertas de una de estas antesalas para impedir la entrada de vuestros servidores, que vanamente se obstinan en hacerlo.

—¡Oh! ¡no hay remedio! Es preciso sucumbir matando, dijo el duque. Vamos, Carlos, no temais... Seguidme.

Y mientras decia estas palabras, iba á salir de la sala.

—¿Qué haceis, señor? gritó Carlos deteniéndole. No salgais; reflexionadlo bien. No tenemos armas con que defendernos, y para ir á la armería debemos atravesar esta puerta que nuestros enemigos tienen ocupada.

—No, Carlos, no nos mostremos cobardes á los ojos de esos Francmasones. Seguidme.

—Señor, aun podemos salvarnos.

Entretanto que esto decian el duque y el mayordomo, los invasores acababan de parapetar las puertas de la antesala.



CAPÍTULO IV.

—

LOS ASESINOS.

No vierte el ódio su infernal veneno
En el sepulcro triste; y á su seno
Nada alcanza á perseguir al hombre...
¡Escepto la verdad!... Sobre la tumba
Ella sola severa juzga y falla,
Y á su voz, que en el féretro retumba,
La muerte tiembla, el universo calla.

LAMARTINE.

El duque estaba devorando su rábia. Dirigió involuntariamente una mirada á la puerta que tenian sitiada los agresores y esclamó:

—¡Carlos, esos enmascarados ya vienen! ¿qué haremos?

El mayordomo entretanto habia abierto ya las puertas de un grande balcon que daba al jardin.

—Señor, dijo entónces al duque: el piso no dista mas que diez piés de este balcon y podemos saltar muy bien.

—Saltemos pues, dijo el duque precipitándose con arrojo al balcon.

—*Ya no es tiempo,* contestó entónces la voz de un enmascarado que entró en la sala seguido de otros tres.

Y agarrando al duque por el brazo, le hizo entrar de nuevo en el salon.

—¡Huye tú, si quieres! dijo á Carlos el enmascarado.

—¡Cobarde! ¡yo huir! repuso el mayordomo arrojándose sobre su enemigo, que empezaba ya á sentir la resistencia del duque.

Pero los otros tres que habian entrado echáronse sobre Carlos, el cual gritó con toda la fuerza de su pulmon:

—¡Lacayos! en mi cuarto hallareis las llaves de la armería. Corred, traed pistolas.

Estos, que estaban por su parte sosteniendo una reñida lucha con gran número de encubiertos que detrás los parapetos que habian formado estaban impidiéndoles la entrada, oyeron sin embargo los gritos de su mayordomo y se dieron por entendidos.

Durante aquella escena, el duque luchaba vigorosamente contra su adversario, que le decia:

—Puedo salvar tu vida, dándome la llave de oro que guarda los documentos pertenecientes á las sectas secretas.

—No... no lo conseguirás... le contestó respirando apenas.

El duque, interin el enmascarado iba ganando tiempo esperando su resolucion, haciendo prodigios de valor, arrebató á su enemigo el puñal con que le amenazaba, clavándoselo en el costado derecho.

Sorprendido el de la máscara por aquel supremo esfuerzo, quedó inactivo por algunos momentos, y aprovechando el duque la ocasion, arrancóle el antifaz que ocultaba su rostro.

—Ya te conozco, le dijo arrojando léjos de sí la máscara.

Y como este fatal reconocimiento paralizase sus miembros, quedóse tan inmóvil, que dió á su enemigo el tiempo necesario para rehacerse. Arrancóse éste el puñal que tenia clavado, mas fué tal el agudo dolor que sintiera, que no pudo menos que dejarlo caer.

—A mí, Carbonarios, á mí, gritó con voz dolorida.

Entónces fué cuando algunos de los agresores que se arrojáran sobre Carlos, se acercaron al que parecia su gefe, quien, tomando el puñal de uno de ellos, empezó á herir sin piedad á su víctima. En vano el duque probó volver á la lucha: sobre sus numerosas heridas, tenia que habérselas con tres desalmados, y sentíase desfallecer.

Entretanto resonaban en la sala inmediata algunos disparos. Los lacayos habian pasado en efecto á la armería á proveerse de pistolas y municiones, y por medio de una escalera de cuerda habian subido desde el jardin á los balcones de la estancia que guardaban los Carbonarios parapetados, luchando siempre con el resto de la servidumbre, y que desde entónces medio aturdidos tuvieron que sostenerlas con los de dentro y los de fuera.

Los asesinos del duque, en vista del fuego que se les hacía, redoblaron su saña, descargando sin piedad golpes sobre su víctima, que, á pesar de tan desventajosa posicion, no los recibia en vano.

A[illegible]nse dos puertas cercanas, y apareció una muger.

Ya te conozco, dijo el Duque arrojando la careta negra.

¡Era la duquesa!...

Pálido estaba su rostro, sus cabellos desgreñados, sus facciones descompuestas y sus vestidos en desórden. El ruido de los disparos la habia sacado de su letargo.

Tenia sus blancas manos levantadas al cielo, y al ver la escena de horror que se presentaba á su vista, no pudo contener un grito lastimero y horrible.

Los asesinos del duque no pudieron á pesar suyo despreciar aquel grito de espanto, y volvieron el rostro para ver al que lo habia dado.

La jóven duquesa habia caido de rodillas al mismo tiempo que su esposo acababa de caer á golpe de una puñalada mortal. Las miradas de los dos consortes se cruzaron sin desviarse un instante, y el duque, dirigiéndose á su muger, apenas pudo decirle estas palabras:

—¡Matilde!... ¡Esposa mia!... *¡Arcestel es mi asesino!*

La duquesa quedó nuevamente desmayada.

—¡Calla, miserable! dijo entónces el que habia quedado sin máscara dando al duque otra puñalada.

Carlos por otra parte rato hacía que estaba luchando desventajosísimamente con un atlético enemigo, y al mismo tiempo que el duque acababa de nombrar á su asesino, presentóse á Carlos ocasion favorable para arrancarle el puñal de las manos, y sepultándoselo entero en el corazon, lo estendió cuan largo era sobre el alfombrado suelo.

Luego de haber ejecutado esta operacion, dirigióse á los asesinos de su señor, que se hallaba ya moribundo. Cabalmente se acercó á ellos en el mismo instante en que el que estaba sin máscara decia:

—¡Calla, miserable!

—¡Cómo! dijo Carlos arrojándose sobre ellos. ¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Así me has engañado!

Los asesinos del duque iban entónces á dar la muerte á su mayordomo, pero no les fué posible, porque hubieron de correr al auxilio de los Carbonarios, que habian dejado en la antesala y que en número de cinco acababan de llegar allí acosados por los lacayos de la quinta.

Sorprendidos por el inesperado ataque de los que habian entrado por el balcon, abandonaron el parapeto para defenderse, pues habian dado ya muerte á uno de ellos, con lo que los lacayos de fuera pudieron avanzar terreno en la antesala hasta que los Carbonarios, cediendo á la superioridad del número, situáronse en las puertas de la sala donde se cometia el asesinato del duque.

Entónces fué cuando los asesinos de éste, en lugar de diri[illegible]on-

tra Carlos, corrieron á la defensa de los que resistian tenazmente á los lacayos.

Carlos iba á dirigirse por detrás contra sus agresores, pero hízole desistir un agudo quejido del duque que iba perdiendo por instantes su aliento. Acercóse á él su mayordomo, y dirigiendo la mano el duque lo mejor que pudo á la faltriquera de su frac ensangrentado, le dijo:

—¡Car...los!... Una lla...ve de o...ro... Dentro de ella... un pape... lito... te... revelará...

—Ya os comprendo, señor; no hableis mas, dijo Carlos con voz conmovida.

—Carlos..... mi espo...sa... respondió el duque haciendo un esfuerzo violento sobre sí mismo.

—No temais... no; la salvaré.

Los Carbonarios obtenian entónces alguna ventaja sobre los lacayos de la quinta, y el gefe de aquellos, que era el que habia quedado sin la máscara, acercóse con paso precipitado. Habia oido lo que acababa de decirla el duque, y pretendia apoderarse de esa llave de oro que habia sido el objeto de su mision á la quinta. Carlos conoció su intento, y metiendo la mano en la faltriquera del frac del duque, sacó de él una llavecita de oro de una pulgada de longitud.

—Eso es lo que tú quieres, le dijo mirándole con fiereza. Mírala; está en mi poder.

La única respuesta del gefe de los Carbonarios fué precipitarse sobre Carlos para arrebatársela, pero éste, que temia ya semejante golpe, hizo una diestra evolucion por medio de la cual apartóse algunos pasos de su enemigo diciéndole:

—Te engañaste, Júdas.

Y echándose la llavecita de oro en la boca, la tragó no sin hacer algun esfuerzo. Efectuado tan prodigioso arrebato, acercóse al balcon, desafiando con sus miradas á su enemigo.

Exasperóse el Carbonario hasta el estremo, y desconfiando de dominar á su adversario, acercóse á la duquesa, que yacía sin sentido en el suelo.

—Carlos, le dijo, la vida de la duquesa me responderá de esa llave.

No bien el Franc-mason la habia tomado por el brazo, cuando Carlos, arrebatándosela impetuosamente, le dijo:

—No te regocijes en vano, vil asesino, porque antes de que pises mi cadáver, no podrás ser el señor de la duquesa de ***.

—La mataré, respondió el Carbonario levantando su puñal y tirando el débil brazo de la jóven.

—¡Tú matarla!... ¡Oh! no lo conseguirás.

Dijo: y ayudado de una destreza estraordinaria, cogió la mano homicida, y haciendo un esfuerzo violento, sirvióse de ella para hacerle clavar el puñal en el pecho de su propio dueño, que cayó derribado á los piés de su vencedor.

—Matadle... gritaba el gefe Carbonario haciendo esfuerzos para levantarse. Matadle... Carbonarios... á mí...

La lucha entre los Carbonarios y los lacayos de la quinta seguia empeñada, pero viendo aquellos á su gefe caido, corrieron presurosos en su auxilio y á su venganza. Mas Carlos, que se contó por perdido, sin dejar á la jóven de sus brazos, lanzóse hácia el balcon gritando:

—No moriré, falso Ernesto, baron de Arcestel... y mañana me pondré con mi señora á los piés de Fernando VII. Él nos hará justicia.

Despues cogió con los dientes la ropa de la duquesa, y agarrándose de la barandilla con su izquierda, arrojóse al enarenado suelo del jardin en que quedó sentado.

El mismo baron de Arcestel, enfurecido mas que nunca, acababa de entrar tambien al balcon y no pudo mirar sin concentrada rábia la presa que acababa de escapársele. Su sangre salia en gran cantidad de las heridas que habia recibido, y despechado de no poder vengarse, arrojó su arma contra el grupo de Carlos y la duquesa, que quedó clavada en el muslo de ella. A imitacion suya, todos los Carbonarios arrojáronles las suyas, pero ninguno obtuvo el efecto de su gefe.

—Maldicion sobre tí, esclamó Carlos al ver derramar la sangre de su señora. Esa sangre noble, pura é inocente que haces derramar, clama venganza y tarde ó temprano la obtendrá.

—Yo te desafío á que lo hagas, replicó el gefe Carbonario.

Carlos por única respuesta levantó el acero matador, y con ademan de guardarlo, esclamó:

—Baron de Arcestel... el cielo, que me inspira, me dice que este mismo puñal ha de quitarte la vida.

Los lacayos de la quinta, al ver que su mayordomo y su señora se habian salvado, dejaron la lucha, retirándose con toda presteza; pero los enmascarados que habian sobrevivido, se hallaban en el balcon llenos de heridas y silbaban con toda su fuerza.

Carlos entónces se levantó lo mas pronto posible, pensando:

—Esos silbidos me anuncian que estoy en peligro, pero... no cantareis victoria.

Y corriendo á toda prisa, deslizóse por entre los árboles y emparrados del jardin.

Casi al mismo instante llegaron al lugar que abandonaba, otra partida de Carbonarios que estaban de acecho y habian acudido al oir los silbidos de sus cohermanos.



CAPÍTULO V.

ERNESTO.

Con sus lauros y palma el que triunfa,
Muere á manos de un débil audaz.
WALTER-SCOTT, *Condestable de Chester.*

LUEGO que Carlos y la duquesa se hubieron escapado milagrosamente del poder de sus agresores, estos trataron de huir de la quinta. En la refriega habian quedado muertos tres de los Carbonarios, y con la ayuda de los puñales, sus mismos cohermanos rasgaron en todas direcciones los rostros de los difuntos para que no fuesen conocidos.

Despues de efectuada esta bárbara operacion, trataron de marcharse. Pero considerando por otra parte que era muy arriesgado el pasar por el interior de la quinta por razon de que los lacayos de la misma podrian hallarse de acecho en un lugar á propósito, determinaron seguir el ejemplo del mayordomo Carlos saliendo por el balcon, por cuyo medio se reunieron con los que habian quedado de reserva.

Enseguida colocáronse varios centinelas fuera del jardin, donde descansaron algun rato de las fatigas de aquella noche; sin por esto dejar de observar contínuamente si alguna persona entraba ó salia de la quinta de los duques de ***

Los dos salones que acababan de servir de teatro á las trágicas escenas que acabo de referir, estaban teñidos en sangre por todas sus partes:

El cadáver del duque, cosido de puñaladas, yacía en el suelo junto al de un Carbonario, que no estaba aun muerto del todo; y en la antesala habia asimismo, en medio de un lago de sangre, los cuerpos de dos mas que habian muerto, y el de un lacayo de la quinta.

Todos esos crímenes acababan de añadirse á los que se habian cometido ya para recobrar esos escritos que la Providencia habia puesto en manos del duque de ***

El baron de Arcestel, esto es, el gefe, no sabía qué hacerse viendo que habia causado la muerte de cinco hombres sin haber conseguido lo que habia sido objeto de su agresion, esto es, la llave de oro que Carlos habia recibido del difunto duque.

Rabiando de coraje, en vano su imaginacion estaba recorriendo mil medios diferentes con que reparar los males que acababan de sobrevenirle. Al principio habia intentado registrar escrupulosamente el vasto jardin de la quinta, pero no se atrevió á intentarlo, ya porque conceptuó que los fugitivos estarian perfectamente ocultos, y ya porque en caso de hallarlos, no podria lograr su captura, no solo porque los lacayos de la quinta les apoyarian desesperadamente, sí que tambien porque los que le acompañaban habian consumido ya sus fuerzas y estaban llenos de heridas.

Caminó por lo tanto silencioso y pensativo hasta la puerta del jardin, cuya llave tenia, y deteniéndose allí algunos instantes, dirigió sus miradas al lejano edificio, esclamando en tono como de amenaza:

—No os temo ya, enemigos jurados de nuestra secta... yo sabré detener vuestras intenciones y no oirá mañana vuestra voz el rey de España... Ya no os temo. Carbonarios, seguidme.

Los ojos negros del baron brillaron de alegria despues de haberse espresado así, pero tomando en seguida un paso apresurado, encaminóse con los suyos luego á una casa de campo no muy lejana, donde le estaban aguardando reunidos en Logia los principales gefes de la secta de los Franc-masones.

A poco rato el baron de Arcestel estaba en su presencia, bañado en su propia sangre de piés á cabeza, y les esplicaba el fatal resultado de la jornada.

. . . .

El intrépido jóven catalan baron de Arcestel habia sido designado desde mucho tiempo antes por las sectas secretas de España, para arrebatar de las manos del duque de *** los escritos secretos que tenia pertenecientes á aquellas.

Este encargo no podia confiarse á hombre de mas talento, de mas criminalidad, ni de mas atrevida resolucion; pero por otra parte tenia que habérselas con un competidor que á mas de un talento igual al suyo, reunia en sí la defensa de una causa santa, y sobre todo la ventaja de que tenia subyugados y á su disposicion á todos los individuos de las sectas secretas, con tal que supiera no dejarse arrebatar sus secretos. El baron de Arcestel, lo mismo que todos los gefes de la masonería, concibió el proyecto de asesinar al duque tan pronto como le hubiere usurpado su codiciado depósito; pero á pesar de todo lo que hizo el baron, no pudo lograr jamás el sorprender á su adversario.

Dotado sin embargo de una imaginacion productiva y de un corazon tan malicioso, que no reconocia límite alguno, concibió un proyecto horrible é infernal, que su carácter violento supo ejecutar muy pronto.

Tomó el nombre de Ernesto Celestin, y avistándose con Cárlos, el mayordomo del duque de ***, le dijo que era un prófugo de las sectas secretas, y suplicóle que intermediase con el duque para que le salvára de la muerte, que como perjuro, le reservaba su secta, añadiendo que acudia á él porque en los conciliábulos de los Masones habia oido mil veces, que el duque podia lograr hasta lo que ni el mismo *Gran Maestre* pudiera. Convenció á Carlos de que habia sido seducido por algunos falsos amigos, que habia entrado confiadamente en la confraternidad, pero que el horror y el arrepentimiento le habian inspirado el designio de abandonar su inícua senda, y que despues de haberlo hecho, no sabía cómo evitar la persecucion de sus gefes. Tan bien supo pintar su estado, que Carlos le creyó buenamente, y cuando habló de él al duque y á la duquesa, ambos se interesaron, en consecuencia de lo cual el poderoso duque escribió al *Gran Maestre* de los Franc-masones diciéndole que tomaba bajo su proteccion al jóven Ernesto Celestin, y que por lo tanto usaria de todo el poder que le daba su posicion, si atentasen contra la vida de su protegido.

Con tales nuevas, el fingido Ernesto quiso mostrarse agradecido, y pudo visitar amenudo á Carlos; le ponderó su gratitud, le dió pruebas inequívocas de que era enemigo jurado de las sectas secretas, y de que sacrificaria en todos tiempos su vida por salvar la del duque, su bienhechor, solamente por servirle. Por otra parte, no quiso presentarse jamás á éste, temeroso de ser reconocido; aunque alegaba por motivo, que no se atrevia á hacerlo con un hombre cuyos beneficios no podia recompensar. Tales razones, acompañadas de una verbosidad admirable y de un talento sin igual, convencieron al fin á Carlos, porque nunca queda mas

engañado el hombre ni mas pronto á complacer, que cuando se le muestran agradecidos.

Andando los dias, vino á estrecharse tanto la amistad entre el mayordomo y el fingido Ernesto, que unas eran sus penas, unos sus secretos y unos sus designios, llegando hasta el estremo de comunicarse sus mas mínimas intenciones. Ernesto, haciendo alarde de sacrificar por el duque su vida, sabía el estado de los negocios de éste; y aunque ni el mismo Carlos sabía en qué lugar estaban los escritos que Ernesto debia arrebatar, con todo esperaba éste saberlo por via de su amigo, el cual, segun decia, llegaria á saberlo tan pronto como su señor considerase que estaban perfectamente ocultos.

Como que el baron habia formado el proyecto de asesinar al duque luego que pudiese hacerse con ellos, quiso ejecutar su designio, cuando en la noche del 20 de setiembre de 1818 supo por su amigo Carlos que el duque traia aquella misma noche sobre sí una llavecita de oro, con la cual podria recobrar lo que su secta habia perdido.

Determinó por consiguiente convencer á Carlos de que saldria para siempre de Madrid para impedir que concibiera sospechas; y despidiéndose para volverle á ver al dia siguiente, pasó á ejecutar el horrible atentado de asesinar al duque para apoderarse de la llave de oro. Mis lectores ya han visto el infeliz resultado de su infernal tentativa.

. . . .

Al dia siguiente á aquella noche fatal en que fué bárbaramente asesinado, publicóse por todo Madrid el horrible atentado, y las autoridades competentes visitaron el lugar de tan bárbaras escenas.

El rey D. Fernando VII de España tuvo en el inmediato la audiencia ordinaria, y ni el mayordomo ni la duquesa viuda fueron á echarse á sus piés para implorar justicia.....

En pocas horas las sectas secretas habian vuelto á triunfar de ellos.

A pesar de esto, en otra parte de mi obra ya volverán á encontrar mis lectores el corazon generoso y noble del mayordomo Carlos, y los cabellos rubios y ojos azules de la hermosa duquesa.

MISTERIOS DE LAS SECTAS SECRETAS.

PARTE PRIMERA.

LUISA.

CAPÍTULO I.

La llegada.

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso, y despierte
Contemplando,
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.
JORJE MANRIQUE.

A fines del mes de julio de 1839, y en una noche tempestuosa, una jóven de diez y nueve años, hermosa y bien parecida, hallábase en un salon que tenia abiertos sus balcones.

Estaba sentada, ó mejor diré, echada en un confidente de terciopelo encarnado. Tenia la cabeza reclinada sobre el espaldar del mismo, los rizos de sus hermosos cabellos caian sobre sus blancas mejillas, y tenia los ojos cerrados; si bien no dormia por esto, sin embargo, permanecia inmóvil como una estátua de mármol.

La lluvia era destemplada y escesiva, los rayos se sucedian sin interrupcion, y los incesantes truenos hacian retemblar los vidrios y los muebles del salon. En medio de tanta desorganizacíon de la naturaleza, la jóven estaba tranquila é impasible... parecia que despreciaba el desórden que reinaba á su alrededor.

Una simple vela sentada sobre un candelero de cristal alumbraba la

estancia, y la poca luz que reinaba hacía resaltar menos la perturbada fisonomía de la jóven.

Vestida de negro, tenia en una mano un pañuelo blanco; la otra la tenia cerrada, y se escapaba de entre sus dedos un cordon negro que iba á perderse por entre los pliegues de su vestido... Esto significaba que su mano estaba apretando un objeto precioso que traia colgado de su cuello.

Hizo á pocos instantes algun movimiento, abrió sus hermosos ojos y fijólos en él. Era un medallon de oro guarnecido de diamantes. Abrió la tapa y descubrió dos retratos que contenia. Uno era el de su difunta madre, y el otro el de un hombre. La jóven besó entrambos, cerró de nuevo el medallon, y lo ocultó dentro de su vestido. Volvió á reclinar la cabeza en el espaldar de su confidente, y quedóse otra vez inmóvil y pensativa.

El viento, que estaba soplando con regular fuerza, entraba libremente por los balcones y hacía revolotear débilmente los rizos de la jóven. Aquel ténue movimiento de sus cabellos, acariciando insensiblemente su rostro, la hacía doblemente graciosa é interesante.

La lluvia entretanto continuaba sin interrupcion; oíase á lo léjos el confuso ruido de los árboles de los bosques vecinos;... la noche era oscura á mas no poder... el brillo de los relámpagos manifestaba de cuando en cuando el desarreglo de la naturaleza, y eclipsaba la poca claridad de la luz que alumbraba el cuarto donde estaba la jóven; y los prolongados truenos, comenzando á lo léjos su estentóreo ruido, retumbaban horriblemente por largo rato, reflejando sus ecos á todas las colinas y valles vecinos. En medio de tanto desórden y de tanta agitacion, ella se conservaba siempre impávida y siempre inmóvil en su mismo sitio, siempre fria é impasible. Quizá conservaba sus ojos cerrados por no espantarse al ver los variados y contínuos serpenteos que con igual velocidad dibujaba y borraba el rayo en la inmensa capa negra que cubria el cielo. De pronto dejóse oir un confuso ruido, mezclado con el de la tempestad, como si fuera de un caballo que corriera á toda prisa. La jóven escuchó entónces con mas atencion, y observó que paraba el ruido en las puertas mismas de la quinta en que estaba. Dieron algunos porrazos en ellas, las abrieron en fin, y oyóse luego una grande algazara promovida por los que acababan de entrar y los domésticos de la casa. La jóven, que habia abierto sus ojos, volvió á cerrarlos, y quedóse nuevamente inmóvil en su asiento.

Abriéronse á pocos instantes las puertas del salon y presentóse una

muger jóven, de regular estatura, de ojos y cabellos negros y bastante bien parecida. El ruido de la que entraba sacó de su inmovilidad á la otra.

—¿Qué quieres, Rosa? le dijo ésta.

—Vengo á traeros una noticia bastante agradable, señorita, contestó la que entraba, llena de alegria y de zozobra.

—¿Para mí?

—Sí, señora, para vos... por supuesto... Pero ¡ay, Dios mio! ¡qué temores por otra parte! Juzgad vos misma... venirse aquí á caballo desde muy léjos, en medio de esa tormenta, y por esos caminos tan llenos de malhechores... eso es demasiada osadía.

—Pero, ¿quién es ese de quien hablas? preguntaba la jóven con impaciencia.

—¡Toma! ¡y no lo adivinais! Luego que ha llegado ha preguntado por la señorita Luisa; y todo eso antes de abrazarme á mí... Pero en fin ya lo ha hecho... miradme, toda mojada me encuentro de piés á cabeza del abrazo que le he dado.

—Pero acaba de una vez, decia Luisa; ¿quién es ese que te ha abrazado y que te ha pedido por mí?

—En fin, señora, ya veo que no lo acertariais en un año... Es mi hermano.

—¡Es Leandro!

—Leandro... sí, señora.

—¿Y á qué ha venido?... ¿Por qué ha dejado el ejército?

—Lo ha dejado solo porque tiene que hablar con vos.

—¿Y desde Navarra se ha venido á un estremo de Cataluña para verme?

—¡Ay! eso es, dijo Rosa. Y ahora correrá aquí mil peligros. Cabalmente ayer rondaba por estos alrededores aquella coluna de *Cristinos* con el objeto de reforzar todos los destacamentos cercanos.

—En verdad, Rosa, que es demasiado atrevimiento el suyo. ¿Y dónde está ahora?

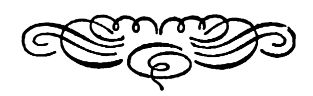
—Está hablando á solas con vuestro padre, que se ha alegrado mucho de verlo. Uno de sus criados trae una caja negra de madera con embutidos de oro, la cual ha entregado á mi hermano y con ella se ha entrado al escritorio de vuestro padre, donde está hablando ahora con él. Entretanto me ha dicho que viniera á preveniros su llegada porque solo por vos habia emprendido un viaje tan peligroso; y hé aquí, señora, por qué me teneis aquí.

—Me alegro mucho de la venida de tu hermano, mayormente cuando hace cerca de dos años que no le habia visto. Vuélvete pues á esperarlo y condúcele aquí tan pronto como esté listo de mi padre.

Rosa, sin hacerse esperar, salió precipitadamente del aposento.

Luisa se levantó entónces, espaviló la luz y fuése á colocar al mismo dintel del balcon. La lluvia seguia del mismo modo; miró con la mayor sangre fria el encapotado cielo, y cuando los rayos serpenteando por él herian sus hermosos ojos, cerrábalos por un instante, y volvíalos á abrir luego para observar la débil claridad que, producida por el rayo, se alejaba de las nubes. El viento estaba revolviendo en gran manera sus vestidos y sus cabellos... Luisa sintió por ello alguna incomodidad, y tiróse al cuello una pañoleta.

Cuando Leandro abrió las puertas del salon y entró, Luisa estaba tan ensimismada observando en el balcon el desórden de la naturaleza, que no advirtió la llegada de Leandro.



CAPÍTULO II.

La conversacion.

Hermano, sabe pues que la tristeza
Pasa ya á ser en mí naturaleza.
Triste me halla la noche, triste el dia,
Triste la luna nueva, y á porfia
Triste cuando en menguante y en creciente,
Triste cuando está llena y refulgente;
Triste el sol que á su ocaso se avecina,
Triste cuando al helado sur camina,
Triste me es el verano, y triste me era
El otoño, el invierno y primavera.

ALMEYDA.

LEANDRO era un jóven alto, de formas varoniles y pronunciadas y de fisonomía espresiva.

Vestia un trage de castellano viejo muy sencillo. La boina de terciopelo carmesí con borla del mismo color y ribetes de oro era lo único que le daba á conocer como á partidario de D. Carlos V.

Cuando, por medio de un gracioso saludo, hubo sacado á Luisa de su inmovilidad, ésta le franqueó su mano en señal de sincera amistad, y ambos se sentaron.

—¡Cuán mudada estais, señorita! le dijo Leandro. Me acuerdo que en otro tiempo no podiais soportar la presencia del campo porque deciais que os inspiraba ideas tristes, y ahora os hallo en horas avanzadas de la noche, sola, en un balcon abierto, contemplando estasiada un desencadenamiento de los elementos que casi horroriza... ¡Qué notable diferencia, señorita! ¿Quién hubiera podido decirme hace tres años que tanta diferencia debia hallar en vos? ¿Qué quereis que os diga? me parece tambien que vuestra fisonomía no es la misma de entónces... Sí, no hay

duda; señorita, vuestras facciones me parecen tristes, severas y melancólicas... ¡Ah, pobre Luisa! Hasta en vuestro rostro puedo leer lo mucho que está padeciendo vuestro corazon.

—Los tiempos no siempre son los mismos, Leandro, contestó Luisa sonriéndose amargamente. Unos suceden á otros, como unas inclinaciones suceden tambien á las otras. Vos sabeis muy bien lo mucho que he padecido á pesar de ser tan jóven, y debereis saber tambien que nada como las penas producen tan notable diferencia en todas las personas. Si pudierais formaros una idea de lo poco que me ha costado pasar de mi antiguo estado de alegria al presente de tristeza, os convenceriais mas que nunca de lo grande que han de haber sido las desgracias que han producido en mí tan notable diferencia.

—Bien sé, señora, cuáles son esas desgracias.

—Tan jóven como soy, he visto acaecer tantas cosas, he visto cerca de mí tantos sucesos espantosos, he visto tantas acciones grandes y heróicas, y he visto tantas acciones bajas y denigrantes que han reducido á la nada las mas elevadas virtudes, que muchas veces me parece imposible haya podido ser testigo de todo. Todo pasó cual sombra, todo me ha dejado recuerdos fatales, y prescindiendo de quién sea que me ha causado tanto mal, me convenzo cada dia mas de la nada de este mundo y de lo perecederos que son los cálculos de los hombres. A algunos parece que es una anomalía mi carácter tan particular á los diez y nueve años, pero ello es así sin embargo... cuando alguna vez se me dirigen, como á las demás mugeres, palabras lisonjeras, yo digo para mí: *«¡Ah, necios!... ¡qué poco me conoceis! ya no tienen valor para mí las lisonjas y las flores de la juventud.*

—Estais muy filosófica, Luisa.

—Bien, ¿y qué quereis decir con esto?

—Nada... quiero decir que unos pensamientos muy sublimes y enteramente propios de una edad mas avanzada que la vuestra son los únicos que os dominan.

—¡Ay, gracias á Dios! esclamó Luisa juntando sus manos y sonriéndose débilmente, al fin encontraré alguno que sepa comprenderme.

—¿Qué? repuso Leandro. ¿Acaso no creen los demás lo mismo que yo creo?

—No todos, Leandro.

—¿Y por qué?

—No sé, pero cuando me ven ensimismada en mi soledad, dedicada enteramente á mis reflexiones y olvidada de los placeres del mundo, me

dicen que soy romántica, que me alimento con ideas caballerescas, que debiera tener á mi lado un D. Quijote para ridiculizarme, y que me hallo entregada á pensamientos que me harán el ludibrio del mundo.

—Pero, señorita, los que sepan como yo cuáles son vuestras desgracias, no formarán jamás esos cálculos tan desbaratados... Y decidme... ¿tambien vuestro padre acaso se deja llevar algunas veces de la impresion que puedan hacerle los dicterios del vulgo?

—No tal... mi padre me compadece... sabe muy bien que soy incapaz de fingir.

—¿Quién es pues que os inquieta con esas impertinencias?

—A pesar de mis penas, contestó Luisa, no dejo yo de pertenecer al mundo, y este es el que me ridiculiza.

—¡El mundo! señora... ¿por qué le temeis?... Tan esperimentada como sois, á pesar de ser tan jóven, no seais tan insensata que presteis oidos al ruidoso parecer de ese conjunto que llamamos *mundo*. Él está lleno de caprichos á cual mas estravagante, y el que quiere complacerle, es preciso que quiera satisfacerlos todos... pero eso es imposible, Luisa... ¡Desgraciado aquel que se presta á sus caprichos engañadores! Se desvela con incesante afan para contemporizar con él, se somete á las mas humildes bajezas para cumplir con sus tiranos preceptos, y á pesar de su abnegacion, á pesar de sus esfuerzos, siempre queda una parte del mismo que reprueba su conducta... Yo, señora, cada dia me voy convenciendo mas de que para cumplir con el mundo es preciso considerar esa palabra como una voz vaga... hueca... falta de sentido... y sin justa aplicacion...

—Vuestras razones son muy buenas, Leandro, contestó la jóven, pero sin embargo no me convierten... Yo no considero al mundo ni como vos le considerais, ni como vos creeis que le considero, y no obstante le temo mucho...

—Si me hablais del mundo... de esos lugares... de vuestra ciudad patria, por ejemplo... ya no me admiro de que no os conviertan mis razones. El mundo de que yo os he hablado es el de las grandes ciudades, es el mundo de la sociedad á que vos perteneceis... Si os ateneis á lo que se puede decir el *mundo* de esas pequeñas poblaciones de Cataluña... entónces es preciso tener en cuenta el carácter catalan, para poder juzgar del *mundo* que ellas encierran.

—Yo admito muy bien lo que me decís, pero... y cuando un poder oculto... misterioso... irresistible... arrastre á una persona á mezclarse con un mundo determinado, preguntó Luisa alzando apenas la voz, ¿qué direis de ella?

—¿Se dirige á vos esa reflexion, Luisa? contestó Leandro.

—De mí quiero hablar, añadió la jóven sonriéndose. Bien presente tengo lo mucho que he sufrido en mi patria, me acuerdo puntualmente de los mas pequeños pormenores, de las calumnias que se me han levantado, de la escrupulosa y casi criminal curiosidad con que se han observado las mas insignificantes acciones de Aurelio y mias, del ódio que poco á poco he concebido contra los que han obrado contra mí movidos por la envidia solamente... en una palabra, Leandro... ódio á mi patria... no puedo soportar sus licencias... sus maneras... sus crímenes... sus envidias... Sin embargo, á pesar mio... me veo casi siempre obligada á volver á ella mis ojos llorosos... á quejarme amargamente de los funestos resultados de su injusto modo de obrar... y á pesar de que mis ideas se remontan á lo sumo... á pesar de que me trasportan á regiones donde mi alma pudiera vivir mas placentera... me veo siempre arrastrada, impelida por mi mismo corazon á no apartarme de mi patria, y á fijar mi sola esperanza en el lugar de mi martirio.

—Yo en algun tiempo, señora, participé tambien de esas ideas que ahora os abruman; pero las desechó al fin convencido de que ellas me constituian en un estado que no era natural.... mas, creedme, dejemos esos vanos entretenimientos y pasemos á lo que estabais diciendo. En verdad puedo afirmaros que os consideraré algun tanto anómala si no me decís en qué consiste ese poder oculto... misterioso... irresistible... de que me habeis hablado y que os impide dejar de pensar en vuestra patria.

—Mi patria, Leandro, me inspira recuerdos muy tristes... religiosamente tristes... en ella se ha efectuado la *pérdida* de Aurelio... del único sér á quien habia adorado despues de mis padres... Él me amaba en estremo... mi padre consintió al fin en nuestra union... yo le amaba tambien... y hoy dia todo es *nada*... los que fueron sus enemigos y ahora lo son mios, se ocultan en una poblacion que vos llamais mi patria y yo la llamo mi suplicio...

—Pero bien, interrumpió Leandro, acabemos. Eso mismo que estais diciendo debe retraeros mas que otra cosa de fijar la atencion...

—¿Pero por qué motivo pensais vos, dijo Luisa con una sonrisa de sufrimiento, que no debo fijar la atencion en mi patria?

—Porque Aurelio no existe ya, y debierais apartaros del lugar...

—¡Callad por Dios!!!... Vos creeis que Aurelio murió, y yo creo que existe aun.

—¡Señora! replicó Leandro haciendo un gesto de impaciencia.

—Os sorprendo sin duda... ya lo veo... Pero sabedlo de una vez... La muerte de Aurelio nunca la he creido... Solo he podido creer una nueva perfidia en sus enemigos... Ved aquí pues resuelto el gran problema de lo que vos creiais una anomalía; y hé aquí por qué no puedo, á pesar mio, obrar de otra suerte... porque, á pesar de mi repugnancia, tendré siempre fijos en ella mis ojos, con la esperanza de que llegará un dia en que podré decir... *gracias á Dios, no me engañé.*

—¡Luisa, por Dios!... no supongais tanta bondad en las sectas secretas haciendo á sus bárbaros individuos capaces de salvar la vida á una víctima suya. Y además de todo eso... pero ¡Jesús! ¡qué cadena de imposibles columbro! no es factible que vos sepais destruirla.

—Tal vez sí, Leandro... Conozco tambien lo bastante á las sectas secretas y á los individuos que cuentan en mi patria, y en vista de ciertos antecedentes, sé calcular lo que pueden haber hecho.

—Pues, señorita, veo que será preciso despreocuparos de...

—No lo intenteis, porque os cansariais en vano y no me convenceriais... Nadie en el mundo es capaz de hacerme mudar de opinion. Solo cuando me presenten el cadáver de Aurelio creeré en su muerte... Yo os desafío á vos y á cualquier otro á que lo haga.

—Vos ignorais, señorita, que las sectas secretas ocultan las mas veces los cadáveres de sus víctimas.

—No lo ignoro, Leandro... Yo no puedo daros certidumbre de no equivocarme; pero para mí misma estoy segura de que Aurelio existe aun, y de que está consumiendo lentamente su existencia en las manos de sus verdugos. Yo no podré vivir tranquila mientras no se aclare la verdad.

—Moderaos, Luisa, moderaos.

—Callad por Dios, Leandro... En otros tiempos me habia hecho Aurelio ciertas confidencias, y opino en fuerza de ellas; os pido solamente que respeteis mi secreto, y que no me hableis mas de este asunto.

—Bien, señora, lo haré, repuso Leandro sorprendido. Pasemos pues á hablar de lo que me ha traido aquí...

—De eso sí debia haberos tratado mucho antes que ahora. Confieso, Leandro, que no haberlo hecho ya, es haberme mostrado ingrata con un amigo que habrá arrostrado mil peligros para venir hasta aquí.

—Son, señorita, mi elemento. En los campos de D. Carlos estamos siempre rodeados de peligros á cual mas inminente, y el que haya superado algunos, no reputará jamás como tales las incomodidades que deben su-

frirse para pasar desde el centro de Navarra hasta un estremo de Cataluña.

—Hablais como un verdadero militar.

—A lo menos me precio de portarme como tal, respondió el hermano de Rosa. Pero escuchad... Hará como cosa de un mes que recibí una carta de Cataluña, escrita por aquel ermitaño que encontramos con la marquesa de Roquebrune en los bosques contiguos á Solsona. Me suplicaba con el mayor encarecimiento que no vacilára un instante en concederle una gracia de la cual debian resultar grandes ventajas para vos, añadiéndome que para ello le contestára poco mas ó menos el dia en que pudiera yo pasar á la Seo de Urgel, donde me haria esperar. Le contesté entónces que iba á pedir licencia temporal, que probablemente me sería concedida, y que del 15 al 30 de este mes estaria en la Seo de Urgel.

—Permitidme que os interrumpa, Leandro, dijo entónces Luisa. ¿Y dónde le dirigisteis la carta?

—A un pueblo que él me designó.

—¿El sobre estaba con su nombre?

—No, señora... Me previno la direccion de las cartas con un nombre supuesto.

—Proseguid.

—Despues de haber recibido mi contestacion, volvió á escribirme diciéndome que desde el 15 al 30 de este mes estaria en la puerta principal de la catedral de Urgel un hombre limosnero con el hábito de *peregrino*, que me dirigiera á él, que le diera mi nombre, y que él me daria cuenta del encargo interesante que queria hacerme... Concedióseme luego la licencia que habia solicitado para pasar á Cataluña, y queriendo aprovechar la ocasion que se le presentaba, el ministro de la Guerra confióme algunas comisiones que he cumplido ya, haciendo que me acompañáran un teniente de lanceros y dos soldados distinguidos con los cuales he llegado hasta aquí, y me están aguardando en el despacho de vuestro padre... Salí por lo tanto de Tolosa disfrazado el mismo dia 15, pero, á causa de algunas partidas constitucionales que recorrian Aragon, tuve que hacer bastantes rodeos, de modo que hasta el 22 no pude pisar terreno de Cataluña, y solo anteayer pude llegar á la Seo de Urgel. Como podeis suponer, fuí á visitar la catedral, y encontré efectivamente en su puerta al peregrino de quien me habia hablado el ermitaño... Me avisté con él... le dí mi nombre... y me condujo á un cuarto retirado de una casa donde vivian algunos frailes exclaustrados de diferentes religiones. No pude conseguir que me dijera el sitio donde el er-

mitaño se ocultaba, pero me dió una carta de él, y una caja de ébano guarnecida de oro para vos... Esa caja, señorita, vedla aquí. Dentro de ella, segun me dijo, encontrareis unos manuscritos del ermitaño, que contienen la relacion de los sucesos que vos tanto sabeis, y en los cuales tan interesante papel habeis representado. Me dió igualmente el peregrino una carta para vos y otra para vuestro padre, al cual la he dado ya. La vuestra, señorita, tomadla.

Abrió entónces la cartera y sacó de ella una carta cerrada que dió á Luisa. Ésta, antes de aceptarla, habia fijado un poco la atencion en la caja que acababa de recibir.

—Esa caja, dijo ella, está cerrada y vos no traereis sin duda la llave.

—Señora, continuó Leandro, me dijo el peregrino que al dia siguiente de haberla recibido, os la traeria él mismo.

Luisa entretanto abrió la carta, que estaba escrita en papel verde.

—Siento infinito, Leandro, añadió medio distraida, que no hayais podido ver al mismo ermitaño... Me permitireis que lea esa carta.

—Leed, señorita.

La lluvia continuaba aun espesa y fuerte, los relámpagos conservaban toda su viveza, los truenos todo su estruendo, y el viento soplaba con mas impetuosidad que nunca. Durante una de sus fuertes ráfagas, dobláronse las cortinas con el mayor ímpetu, el viento penetró con toda libertad en el salon por uno de los balcones, arrebató la carta que Luisa estaba leyendo, y haciéndola salir por otro, fué á confundirla con el agua que caia á torrentes de las nubes.

—Ya lo veis, Leandro, le dijo. El viento me la ha arrebatado... Así las oleadas del mundo arrebatan tambien amargamente las dichas y felicidades de los mortales cuando están embebidos en ellas.

—Me admira por cierto vuestra calma y sangre fria, señorita. Y la leccion que acabais de darme con motivo de tan desgraciada ocurrencia, no puedo menos que encontrarla muy á propósito y sumamente útil. Sin embargo, es muy sensible que no hayais leido la carta hasta el fin.

—No, Leandro, estaba ya al fin de ella, y quedaba ya enterada de su contenido. Me decia que mañana, á la media noche, le encontraré en el cementerio de la ciudad en el mausoleo de los duques de las Siete-Torres.

—¡Santo cielo! esclamó Leandro. ¿Vos cita para media noche en un cementerio?

—No es la primera vez, Leandro, que he visitado de noche el cementerio. El ermitaño lo sabe, y por esto no vacila en darme allí su cita.

—Sin embargo, es mucho vuestro valor... ¿Podré tener el honor de acompañaros?

—Mil gracias, Leandro. Muchas veces he ido yo sola con vuestra hermana y sin ella al cementerio, y por lo tanto no me será necesaria vuestra interesante compañía. Además de que no está muy léjos.

—¿Ireis pues sola? ¿A media noche?... ¿Y no os morireis de pavor?...

—Débil sois, Leandro, por ser militar carlista, dijo Luisa levantándose. Mirad, le dijo acercándose con él al balcon. Mirad todo lo que se presenta á vuestra vista. ¿Veis ese cielo tan resquebrajado de relámpagos, veis esas campiñas desoladas por la tempestad, advertís esa lluvia que está inundando los terrenos, oís el horrible estampido de los truenos que se repiten sin cesar de peña en peña y de valle en valle?... pues bien, todo eso es horrible... espantoso... y sin embargo yo lo contemplo con la mayor tranquilidad, y lo desprecio con una resolucion casi estóica. Si eso pues no me espanta, si eso no me horroriza, ¿me podrá acaso horrorizar la visita á un cementerio, á la morada de la paz y del silencio, á un lugar religioso que la mano de Dios ha bendecido?... Sabedlo de una vez, Leandro: nada de este mundo me espanta, como no sea el temor de ofender á Dios. Estando él de mi parte, acometeré siempre con la mayor resolucion las mas peligrosas empresas, y siempre saldré en todas ellas victoriosa. No os parezca exageracion lo que os digo, es la pura verdad, y el que me ha hecho tan fuerte á causa de mis desgracias, es, Leandro, el mismo ermitaño á quien debo ver mañana en el mausoleo de los duques de las Siete-Torres. Considerad ahora cuán distante debo estar de todo temor.

Cuando Luisa hubo llegado á este punto de su conversacion, entró su padre en el aposento, y á pocos instantes lo abandonaron los tres con el objeto de disponerse para la cena.



CAPÍTULO III.

La cita á media noche.

> Almas dichosas que del mortal seno,
> Libres y exentas por el bien que obrasteis,
> Desde la humana esfera os levantasteis
> Hasta lo mas alto y mejor del cielo.
>
> CERVANTES.

PARECIA un verdadero jardin el cementerio de la ciudad, cerca de la cual tenia su quinta el padre de Luisa. Tenia sus hermosas calles de copudos árboles y de preciosas plantas, cuyas olorosas flores embalsamaban el ambiente, y de cuando en cuando se encontraban al paso algunos mausoleos de mas ó menos valor, que son siempre la última prueba de las riquezas de los mortales. Al rededor de este vasto jardin habia en su mayor parte una galería cubierta, sostenida por colunas corintias, dentro la cual estaban cuatro ú cinco pisos de nichos, últimos depósitos de lo que el alma, al desprenderse de los hombres, deja sobre la tierra.

En la noche siguiente á aquella en que Luisa habia tenido una conversacion tan animada con su amigo Leandro, habia en el cementerio de N... (que así llamaré á esa ciudad en todo el decurso de mi obra) dos hombres ocultos, que estaban pasando allí las horas con la mayor calma y tranquilidad. Los sepultureros les habian permitido la entrada, y ellos, sin abusar de esta gracia, estaban bastante quedos en el ángulo mas retirado del jardin.

Uno de los dos permanecia sentado en las gradas del pedestal de una

hermosa cruz de mármol con adornos de pórfido, rodeada de algunos sicómoros y cipreses. Estaba casi inmóvil y en ademan pensativo.

Paseábase el otro á cortos pasos cerca del primero, en un espacio determinado de la galería cubierta, y no parecia estar menos abismado en reflexiones que su compañero.

Ambos vestian el hábito de *peregrino* y tenian detrás de una de las columnas una lamparilla medio cerrada, cuya melancólica luz alumbraba débilmente un trozo de la pared, donde estaban grabadas las inscripciones de los nichos.

Por lo demás, la noche era muy quieta, el viento no soplaba, el cielo estaba cubierto por un nublado blanco, que impedia que alumbrára la luna menguante. Solo se oia el ruido soñoliento que producia el agua al caer de algunos surtidores, y los ahullidos y gritos de los buhos, cuervos y otros inseparables compañeros de los sepulcros que estaban esparcidos por los árboles del cementerio.

Al dar la media para las doce, hacía ya mas de dos horas que los dos peregrinos no se habian dicho una sola palabra y continuaban aun sentado el uno, y paseándose el otro.

Perdieron al fin su inmovilidad cuando oyeron algun ruido en las puertas del cementerio. Vieron á pocos instantes á los sepultureros provistos con una lámpara y unas llaves que por lo grandes hubieran hecho honor á S. Pedro de Roma, los cuales pasaron á abrir las puertas, produciendo un ruido casi insensible, y que no era de esperar de la enorme llave que manejaban.

Estos saludaron en voz baja al que entraba. Era una muger de estatura bastante alta, vestida de blanco de piés á cabeza, y traia el rostro cubierto con un velo.

Los dos peregrinos, que se habian acercado el uno al otro, vieron entrar á aquella muger blanca, divisáronla un instante, y luego desapareció de su vista cuando los sepultureros cerraron la lamparilla con que se alumbraban.

Sin embargo, á pocos instantes volvieron á verla en una de las calles de árboles del cementerio.

—Mírala por allá, dijo entónces uno de los peregrinos. ¡Si será ella!...

—Sí... no me cabe duda.

—Y ha venido antes de las doce.

—Poco me importa... A pesar de que ella esté aquí, yo no iré al panteon de los duques de las Siete-Torres hasta las doce en punto.

—Mírala... mírala... ahora se para en un mausoleo... ¿Cuál será?...

—¿Es el mausoleo de la familia de los Rosa-Lis?|

—Y se arrodilla... ¡qué aire tan virginal tiene, amigo, tu protegida!... Me parece una santa.

—Está orando allí por su madre.

—¿Pertenece pues á la familia de los Rosa-Lis?

—Ella es el último descendiente.

—¿Y es huérfana?

—De madre.

La jóven vestida de blanco que habia entrado al cementerio y en la cual nuestros lectores habrán reconocido ya á Luisa, se habia arrodillado efectivamente sobre una grande losa debajo de la cual descansaban los restos de su madre. Despues de algun rato, se enjugó algunas lágrimas que corrian por sus mejillas, se levantó, bajó con paso seguro los escalones del mausoleo, y se dirigió á otro soberbiamente magnífico que estaba al fin de otra calle. Era el de los duques de las Siete-Torres.

Diez y ocho escalones de mármol blanco tenia que subir Luisa para llegar al piso circular sobre el cual se elevaba una especie de templete de altas colunas de mármol, que sostenian una bóveda de esquisito trabajo, y encima de la cual habia una estátua que representaba el *Tiempo*. El piso era un conjunto de losas de mármol de diferentes clases, y en el centro del mismo se elevaba sobre una especie de altar cuadrado una urna de mármol con abrazaderas de acero, dominado por una hermosa cruz de pórfido y lapizlázuli. Dentro de aquella urna se guardaban depositados parte de los restos del primer ascendiente conocido de la familia.

Delante de este altar habia un grupo de figuras muy precioso. Eran dos ángeles en actitud de volar, que coronaban la cabeza de un jóven de diez y ocho años. Las tres figuras eran de mármol... los dos ángeles sostenian con sus manos una corona de flores marchitas, y una lámpara de amianto, que pendia de la bóveda del templete, alumbraba débilmente el grupo.

Subió Luisa los diez y ocho escalones, y desde entónces, á pesar de que veian los peregrinos el mausoleo, ya no pudieron distinguir mas á Luisa, porque su vestido y todo lo que estaba á su rededor era blanco tambien. Pero les pareció ver algo confusamente que antes de arrodillarse quitaba la corona de flores que sostenian los ángeles, sustituyéndola por otra que habia traido compuesta de rosas blancas, sostenidas por un tejido de siemprevivas.

Luisa oró despues y lloró amargamente. Cerca de las doce serian cuando dejando el mausoleo en que estaba, se fué á orar de nuevo sobre la tumba de su madre.

Cuando Luisa hubo abandonado el panteon de los duques de las Siete-Torres, uno de los peregrinos cogió la lamparilla que tenia detrás de una coluna, cerró para que no diera luz, y despues de haber dicho algunas palabras á su compañero, se dirigió con su bordon en la mano al mausoleo de los duques de las Siete-Torres. Al subir los escalones se quitó religiosamente su sombrero y descubrió su cabeza calva con unos cuantos cabellos blancos detrás y á los lados de la misma. Luego se arrodilló, besó el suelo con profunda veneracion, oró un corto rato por los miembros de la familia, y acabó por sentarse al pié del pedestal.

Dieron las doce, y á la primera campanada el anciano peregrino abrió su linterna y la puso á su lado...

Poco tuvo que esperar, porque á pocos instantes vió venir á Luisa apresuradamente.

—*¿Quién viene en nombre de Dios?* dijo á la jóven al verla detener al pié de la escalera para esperar la contraseña.

—*Esperanza y fidelidad,* respondió Luisa.

—La Madre del Eterno os ha guiado, añadió el anciano levantándose.

Bajó el anciano la escalera, y al llegar á la mitad de ella, dió á Luisa la mano para ayudarla subir.

—Hermano, dijo Luisa, vos no sois el hombre á quien yo esperaba. El que me citó aquí para media noche era Carlos, el antiguo mayordomo de los duques de las Siete-Torres. Bien en verdad que vos me habeis dado la contraseña, pero á pesar de esto yo no sé quién sois.

—Soy, señora, un enviado de Carlos.

—Vestís el mismo hábito, añadió Luisa, me pareceis tan bueno como él... sin duda sereis muy amigos, y por lo tanto os estimaré que me deis noticias.

—Está bastante enfermo, señora. Él quiere vivir solo y aislado en un rincon de una montaña. Hace pocos dias que fué sorprendido en su ermita por una partida de ladrones que se titulaban *Carlistas,* y le apalearon horriblemente. Cuando lo supe, pasé á reunirme con él, le cuidé del mejor modo posible, y probablemente ya no nos volveremos á separar jamás. Me encargó que desempeñára su puesto en la cita de hoy, que os diera algun consejo si me lo pediais, y que os entregára al mismo tiempo una llave y una carta, que es la que os entrego, y por medio de ella sabreis lo mucho que tenia que deciros.



Te daré en nombre del eterno mi bendicion.

Dióle efectivamente la llave y la carta, y prosiguió:

—Ahora ya he cumplido, señorita, mi encargo; si algo teneis que pedirme hacedlo sin reparo, y sino os dejaré: porque es hora ya de que me ponga en camino, para que cuando salga el sol esté léjos de aquí.

—Solo que me permitais besar vuestra mano como á mi bienhechor, dijo Luisa; y que me deis vuestra bendicion, si sois sacerdote.

—Sí... sacerdote soy..., replicó el ermitaño. Arrodíllate, pues, blanca paloma, y te daré en nombre del Eterno mi bendicion.

Luisa se arrodilló, y el ermitaño, levantando su diestra, bendijo á la que se la besó despues por tres veces. Ambos rogaron de nuevo por los difuntos y bajaron en seguida las gradas del mausoleo.

—¿Teneis quien os acompañe, Luisa? preguntó el ermitaño al llegar al último escalon.

—Sí, padre. Un hombre anciano que sirvió ya de cochero á los duques de las Siete-Torres me aguarda en las mismas puertas del cementerio.

—Yo voy tambien á reunirme con otro compañero que me está aguardando en la galería... Os dejo pues, y confiad en Dios.

Luisa volvió á besar la mano al peregrino, y dirigiendo al cielo su última súplica al pasar delante el sepulcro de su madre, se encaminó á la puerta del cementerio y subió al coche que la estaba esperando.

Reclinó la cabeza y quedóse en actitud meditabunda.

Pocos instantes despues salieron tambien del cementerio los dos peregrinos.

CAPÍTULO IV.

La carta.

Y el que dió la perfeccion y alegria
Al cuerpo y á los brutos,
Negarla no podia
A aquella propia obra, en que veia
Relucir sus divinos atributos.

ALMEIDA.

Sin cambiar de trage, al llegar á su casa, se sentó Luisa en un sillon de su cuarto, y leyó la carta que le habia dado el ermitaño.

Decia así:

«*Á la señorita Luisa de Rosa-Lis:*

»Amiga: Hace dos dias que ni pensaba poder escribiros, ni tan solo veros jamás. Creí morir cuando me ví bárbaramente tratado por una cuadrilla de ladrones: pero gracias doy á Dios, porque se ha dignado conservar aun mi vida.

»Supongo habreis recibido una caja de ébano que hice poner en vuestras manos por conducto del bravo Leandro Ribalta.

»Me he acordado mil veces que habia oido decir al duque de las Siete-Torres, á Aurelio, á la marquesa de Roquebrune, y á vos misma tambien, que deseariais tener por escrito la relacion de todos los hechos de estos últimos años, cuyos principales autores fueron las sectas secretas. Estoy convencido, señora, de la necesidad de esta medida, y sé que vos sois la primera víctima de todas las que han sido sacrificadas por la justa causa de los duques de las Siete-Torres.

»A pesar de que no hayais oido hablar de mí, sin embargo he sabido

vuestras mas pequeñas acciones desde que nos separamos. Siempre noble... siempre benévola... siempre sensible... sois la misma que fuisteis, la hermana de Aurelio... sois la misma que debiais ser su esposa.

»Habeis padecido mucho... padeceis aun... ya lo sé... pero no trato de consolaros, porque sucede muchas veces que los mismos consuelos aumentan el dolor... Conozco vuestro corazon, Luisa... me alegro de que yo haya contribuido á fortificárosle, y sé que teneis en Dios la confianza suficiente para no necesitar otro consuelo. A pesar de todo... estoy casi cierto de que se mitigarán vuestras penas á medida que vayais leyendo los manuscritos que os he remitido. Lo que hago con vos no lo hubiera hecho con nadie mas, porque no hubiera podido ser imparcial...

»Yo, señora, escribiendo esa historia, he hecho un estudio práctico de todos los manejos de las sectas secretas, me he horrorizado mas de una vez; pero á pesar de todo he querido llevarla á cabo con exactitud é imparcialidad, y lo he logrado. Puedo aseguraros que cuando he analizado vuestros hechos, vuestro carácter, vuestras inclinaciones, lo he hecho del mismo modo que si vos no existierais ya. Esto podia hacerlo con mucha mas razon, cuanto que habeis obrado siempre con nobleza, y jamás habeis hecho cosa que no fuese digna de vos. Ya sabeis que solamente os he vituperado alguna vez el haber amado á Aurelio con tanta ceguedad, con tanta abnegacion...

»Considerando vuestra posicion, vuestro estado y vuestras desgracias pasadas, es preciso que obreis con mucha prudencia, Luisa. Acordaos siempre de lo que hace el mundo. Vuestra juventud os conducirá mil veces á tomar parte en las bagatelas de la vida. En tal caso no os fieis de los que afectan virtud... el mundo está perdido... y no encontrareis en él mas que desengaños y falsedades. Eso sólo lo puede conocer perfectamente una muger juiciosa y de talento. Así sois vos, señora; y por eso no insistiré ahora en recordaros las advertencias que otras veces os he dado. Solamente os diré, que cuando os halleis rodeada de hombres del gran mundo y de obsequiadores, no hallareis entre ellos otro hombre de las mismas bellas prendas que el difunto Aurelio. Acordaos sobre todo de los consejos que os he dado y de Julieta.

»No quiero decir por esto que os encerreis como ella en un convento... Yo soy completamente enemigo de esas resoluciones hijas de la desesperacion... Confieso que parecia imposible que aquella jóven tan bulliciosa, tan alegre, tan divertida, que habia sido tantas veces la reina de los salones, debiera acabar su vida en un convento.

»Ya os habrá dicho que fuí á verla cinco meses despues de haber hecho voto á Dios de no dejar el claustro: entónces me admiré efectivamente de verla tan alegre, tan risueña y tan prendada de la vida que llevaba. Le dije que tenia comenzado un largo escrito sobre los sucesos en los cuales habia tomado ella tanta parte, y me manifestó deseos de leerlo cuando estuviera concluido. A mí me parece que se lo prometí; y por lo tanto espero de vos, Luisa, que á ratos perdidos ireis á leerlo con ella, ya que tan cerca estais la una de la otra.

»Lo que es yo prosigo oculto en mi retiro... soy un verdadero ermitaño... nadie en el mundo tiene noticia del lugar á donde vivo. Solitario en el centro de un bosque... acompañado de un viejo peregrino que quiso vivir conmigo, y es el que os entregará esa carta y la llave del cofrecito de ébano. Dos veces me he presentado en el gran mundo, y ambas me han dejado recuerdos horribles. No tengo ganas de volver á reaparecer en él. Si mis amigos no me reclaman para su ayuda en trances apurados, aquí acabaré mi vida tan llena de pesares, de horrores y de desengaños. En mi soledad he encontrado la calma... nadie turba mi sosiego, y contínuamente tengo presentes los grandiosos objetos y los sorprendentes espectáculos que hacen reconocer á Dios por digno de toda alabanza. Algunas veces me acuerdo de vos, de Julieta, de Aurelio, de Santiago, de la marquesa de Roquebrune y de mil otras personas, entónces se agolpan las lágrimas á mis ojos... les compadezco... ruego á Dios por todos... y durante mis oraciones, me parece que el cielo se pone de mi parte, y que me asegura que vela por todos cual yo deseo. ¡Ah, Luisa! Yo he padecido quizás tanto como vos... los enemigos del altar y del trono han querido quitarme mil veces la vida... y, aunque el cielo no lo ha permitido, he vivido siempre en contínua zozobra, en contínuo sobresalto y en contínuos temores; pero hoy dia nada temo, y aunque viera á mis enemigos con los puñales desenvainados á la puerta de mi pobre ermita, no por eso me estremeceria.

»La marquesa de Roquebrune obra del mismo modo que yo; no obstante, no puede consolarse de la pérdida de su hijo. Hace algun tiempo que fuí á verla en el castillo donde habita. ¡Pobre señora!... las penas la han debilitado mucho, y casi no la conoceriais ya.

»No soy mas largo porque temo fastidiaros por una parte, y por otra porque estoy ya cansado. Leed, repito, los manuscritos que encontrareis en la caja de ébano. Ya os he dicho que era una verdadera historia escrita para el mundo. Si algun dia quereis que la vea el público, yo os aseguro que será leida con avidez.

»Me permitireis que en ellos no os dé el nombre de *Luisa,* porque habiendo querido escribir con imparcialidad, no he querido daros un nombre que entónces no teniais.

»Ofreced mis respetos á vuestro padre, saludad tambien á Julieta; y así como yo me acuerdo siempre de Luisa y de Aurelio, acordaos tambie de vuestro sincero amigo

«Carlos.»

PARTE SEGUNDA.

LA FAMILIA EVARINI.

CAPÍTULO I.

La partida nocturna.

> Y aquel torrente que se precipita desde aquella montaña y cuyo curso está señalado por una faja de espuma blanca, ¿á qué se parece?—Á la vida de un hombre valiente y desgraciado.
>
> WALTER-SCOTT, *Carlos el Temerario.*

LUISA abrió la caja que le habia entregado el ermitaño y encontró dentro de ella los siguientes manuscritos.

. . . .

Junio de 1835.

Estábamos á mas de mediados del mes de junio del año 1835.

Los postreros rayos del sol iluminaban la ciudad de N.., una de las mas importantes del principado de Cataluña, y penetraban sin resistencia por dos grandes balcones que miraban al Occidente, en una sala algun tanto espaciosa, pero de sencilla y modesta apariencia. Las cortinas, puestas á un lado del balcon, daban libre entrada al aire fresco y vivificador de la tarde.

Nada mas sencillo que el modesto aparejo de esta sala. En la pared intermedia á los balcones estaba colocada una antigua mesa semicircular con el sobre de mármol blanco guarnecida con adornos de marisco, so-

brecubiertos con finas campanas de cristal, sostenidas por dos hermosos piés de ébano. Un grande espejo rectangular estaba colgado de la misma pared. En la pared opuesta, y en frente del espejo, se veia un sofá guarnecido de seda de un color carmesí subido, al pié del cual se hallaba un colorado tejido de juncos. Cuatro bustos grandes de yeso, notables por su rarísima figura, sentados sobre pedestales circulares tambien de yeso y de cuatro palmos de altura, ocupaban los cuatro ángulos del aposento Unos antiguos sillones de nogal, cuyos asientos cubiertos de damasco encarnado estaban ennegrecidos por el tiempo, completaban el sencillo mueblaje de esta sala en la que á la sazon habia dos personas.

Un hombre de unos cuarenta y tres á cuarenta y cuatro años negligentemente sentado en una poltrona estaba al frente de un balcon: ocultaba la frente en su mano derecha y con el codo se apoyaba en un brazo del sillon.

Su actitud era pensativa... su mirada, vaga é incierta, le daba una espantosa espresion de fiereza; su rostro encendido descubria como efecto de su cólera una fogosidad interior, que no podia reprimir ni aparentemente; y el todo de su demudado y colérico semblante, manifestaba muy á las claras que una reciente y acalorada disputa era la causa de su pena.

Una muger, vestida con suma sencillez y aseo, de unos treinta y cuatro á treinta y cinco años, sentada en el mismo dintel del balcon, parecia mas triste y abatida aun que su caro esposo. Sus grandes ojos negros se fijaban espresivamente en el demudado semblante del mismo. Dos gruesas lágrimas mal enjugadas, que habian dejado en sus rosadas mejillas la húmeda señal de su pausado descenso, manifestaban á las claras que la reciente conversacion habia afectado mucho mas la sensibilidad estrema de la muger, que la fogosidad instantánea de su marido.

La muger fué la primera en hablar, y dirigiendo las miradas á su marido con espresiva ternura, le dijo:

—Perdona, amado Evarini, perdona mis recelos.

Y apartando su mirada del rostro de su esposo, la dirigió á la tranquila atmósfera como para escudriñar algo, y prosiguió:

—Mira, el sol ya ha concluido hoy su carrera, el crepúsculo que nos alumbra es ya decadente, y nos hallamos poco mas ó ménos á la hora en que acostumbra venir nuestro hijo, y si nos encontrase en esta posicion, ¡ay, Evarini! se entristeceria.

Evarini, á quien estas últimas palabras de su esposa podian hacerle

mas viva impresion que todo lo que pudiera decirle, mudó por un instante la actitud de meditacion siniestra en que estaba sumergido, y respondió solo estas palabras:

—Razon tienes, Emigdia.

— No volveré á hablarte de este asunto, le replicó ésta. Léjos estaba yo de pensar que despues de diez dias de ausencia hubiera de ser tan desagradable nuestra primera entrevista. Pero en fin cálmate: nuestro hijo vendrá pronto, y si te halla en este estado ¿quién es capaz de impedir la primera sospecha que pueda asaltarle?...

—No hables de este modo, Emigdia, le respondió Evarini. Tu temor es infundado. Si viene nuestro hijo, se portará como debe con su padre, y yo me mostraré alegre como se debe estarlo despues de diez dias de ausencia.

Calló Emigdia, y su escudriñadora mirada recorrió aun algunos objetos, pero en pocos instantes quedó sumergida en una meditacion quizás mas intensa que la de su marido.

La noche iba estendiendo su negro manto sobre la tierra, y Emigdia permanecia aun inmóvil y meditabunda en su asiento;... sus ojos llorosos, estaban medio cerrados;... sus manos plegadas sobre su pecho;... su cabeza inclinada tristemente... y sus negros cabellos, ornato bello de su juventud, caian destrenzados sobre sus mejillas. Evarini, agobiado por sus tristes y penosas reflexiones, habia dejado ya de pasearse, y por un movimiento casi involuntario, sentóse de nuevo y con ímpetu en la silla que poco antes habia ocupado, é inclinando la cabeza, volvió á quedarse totalmente inmóvil con la misma emocion de ánimo que antes. No bien habia tomado esta actitud, cuando el reloj público de la ciudad dió las nueve... Era la hora en que todos los dias acostumbraba entrar en su casa Aurelio, el hijo de Evarini. El magestuoso sonido del reloj sacó de su inmovilidad á Evarini y á su consorte.

—Emigdia, dijo Evarini, ha dado ya la hora de acudir á una cita á la cual he prometido asistir... Debo marcharme indispensablemente, yo te prometo que á las doce estaré de vuelta; pero no me preguntes dónde voy...

— ¡Acabas de llegar ahora mismo, replicó Emigdia asustada, y tratas ya de marcharte! ¿podré saber dónde te diriges?

—No puedo decírtelo.

—No sé alcanzar el motivo de ello.

—Es un secreto.

—¿Con que pues tú me ocultas algun secreto? ¡Golpe fatal es este

para mí!... y aunque me lo tuvieras reservado, no debia salir de tus lábios la última declaracion tuya. ¿Qué motivo te he dado yo para inspirarte desconfianza?

—Ninguno, Emigdia, repuso Evarini, pero sin embargo ese secreto que te oculto no es mio.

—Pero sin embargo, añadió Emigdia, lo que me ocultas no deja de ser un secreto... un secreto, que segun me has dicho, interesa á tí, á mí y á nuestro hijo... y cuando esas consideraciones no han sido bastantes para moverte á comunicármelo, creo muy bien que una sola ausencia de diez dias habrá bastado para motivar esa notable mudanza.

A esta razon no pudo Evarini resistir mas, y estrechando entre las suyas vigorosas la trémula mano de Emigdia, le dijo:

—El cielo es testigo de que ningun mortal ha merecido mi confianza, y solo tú has conocido enteramente mis secretos... Acuérdate de tiempos mas felices... y no creas, no, que sea mi ánimo mudar esta noche mi inveterada costumbre... Tú sola sabes mis íntimos secretos... recuerda que he jurado revelártelo todo, y como un efecto de este juramento irrevocable, te digo que no puedo comunicarte á dónde voy... ¿Qué mas quieres de mí, Emigdia?

—Evarini, le contestó ella algun tanto calmada, ya sabes que tu voluntad ha sido y será siempre la mia... ninguna duda puedes tener de esto, por lo tanto respeto en este instante los motivos que tengas para guardar silencio... pero quisiera al menos que me dijeses el objeto de esta cita.

—Eres muy exigente, replicó Evarini. Voy á responderte, pero lo haré contando que no me preguntarás mas. De deber y de necesidad es ahora mi partida; no te opongas á ella, porque cada momento que la retardo es en contra nuestra. En esta cita se trata de saber quién es esta señora que tan afectuosa se muestra con nuestro amado hijo. No debo hablarte mas, que demasiado he dicho, para que me comprendas del todo.

Sosegóse Emigdia con esta declaracion no esperada de su esposo, el cual, aprovechándose de esta tregua en la exaltacion de su consorte, despidióse de ella con una mirada de compasiva ternura, y saliendo de la sala, en pocos instantes estuvo fuera de su casa, caminando con notable desasosiego é inquietud hácia la misteriosa cita cuya idea tanto habia alterado sus fogosos sentimientos.

¡Por qué fatal casualidad esta cita tenebrosa vá á envolverle en la mas densa perplejidad é incertidumbre!

CAPÍTULO II.

Las visitas.

Aunque ha habido en este pleito
Muy grandes dificultades,
Las ha vencido mi ingenio;
Que, aunque muger, sé muy bien
Litigar por mi derecho.
MORETO.

CUANDO Jorje Evarini hubo salido de su casa, quedó su esposa triste y abatida. Consideró la infeliz muger la ninguna armonía que habia reinado entre los dos despues de diez dias de ausencia, y todo eso, unido á la súbita é inesperada partida nocturna de Evarini, la tenia totalmente abismada en reflexiones desagrables y espantosas. Seguramente que esas reflexiones la hubieran conducido á un amargo lloro, si no hubieran llamado á la puerta.

En el modo de llamar conoció Emigdia que era su hijo el que entraba; y al mismo tiempo que fueron á abrirle, mandó traer luz. Compuso lo mas que pudo sus facciones, y resolvió presentarse á Aurelio alegre y risueña para mejor disimular su mucha pena.

Aurelio llegó en verdad, pero llegó acompañado de una señora de gallarda figura.

Era la marquesa de Roquebrune... aquella señora de quien poco antes Evarini habia hablado á Emigdia, diciéndole acudia á la cita para saber quién era.

Emigdia fué á recibir á la marquesa á la antesala; Aurelio, en cuanto

entró, pidió por su padre, pues estaba avisado ya de su llegada. El pobre jóven repetia con ahinco la pregunta, pero no recibió contestacion de su madre hasta despues que estuvieron sentados y le dijo que Evarini habia vuelto á salir, y que no estaria de vuelta á casa hasta media noche.

Imposible es describir la penetrante mirada que la marquesa dirigió á Aurelio al tiempo que Emigdia acabó su relato. Aurelio bajó los ojos, y su madre prosiguió la conversacion.

La marquesa era alta, bien formada, de cabello rubio, de cútis fino y de superior talento. Casi nunca satisfacia la marquesa la curiosidad de los que quisieran mirarla, porque siempre tenia echado el velo á la cara. Tenia treinta y tres años; era de buen carácter, sumamente amable, y no tenia gusto mayor, á pesar de su natural gravedad, que el hablar de asuntos políticos y diplomáticos.

—He sabido que vuestro esposo habia llegado ya, dijo la marquesa á Emigdia, y no he podido menos que venir á enterarme en persona del estado de su salud.

—¿Os habrán dicho quizás que habia llegado? repuso Emigdia.

—No tal... yo le he visto al salir esta tarde á paseo. Cuando he llegado á mi casa, Aurelio me estaba esperando, y he venido con él á visitarle... No achaqueis á poco afecto el no haberlo detenido en el camino, porque á pesar de lo mucho que lo deseaba, he desistido á causa de ir acompañado de otro caballero con quien no me convenia hablar.

—¿Ha venido pues acompañado? replicó Emigdia sorprendida.

—Sí: y estaba tan distraido en su conversacion, que no ha sabido conocer que fuera la marquesa de Roquebrune la que iba en el coche que le ha hecho ladear un poco.

—¡Tan distraido estaba!

—Ni tan solo ha conocido mi coche.

—¿Y quién le acompañaba?... ¿Le habeis conocido?

—Sí... era Santiago Aguilar de Silva.

Emigdia hizo un gesto de pesadumbre y esclamó:

—Lo siento... porque no llego á entender qué conversaciones tendrá este hombre con mi marido, que tan triste y abatido le dejan siempre. Con toda franqueza debo deciros, marquesa, que desde que este caballero nos visita, la tranquilidad vá huyendo de nosotros á pasos agigantados. No dudo de que ese Santiago tendrá tambien parte en la salida que mi marido ha verificado esta noche.

La marquesa se sonrió al oir á Emigdia, y hubiera dirigido á Aure-

lio otra mirada penetrante, si éste no hubiera estado inmóvil y absorto en sus reflexiones.

—No os molesteis por esto, respondió la marquesa. Puede que vuestro marido y el caballero traten de algunos asuntos interesantes, y entónces ya no es estraño que el uno se ocupe mucho del otro.

Emigdia no contestó... La marquesa conocia que la madre de Aurelio estaba mortificada por la revelacion que acababa de hacerle, y queriendo evitarle otra pesadumbre, resolvió mudar de conversacion. Despues de algunos momentos de silencio iba á hacerlo efectivamente, cuando se presentó un lacayo.

—El caballero D. Santiago Aguilar de Silva, dijo, pregunta si será recibido.

—Estando vos aquí, yo no recibo á nadie, dijo Emigdia á la marquesa.

—No lo hagais por Dios, señora, recibidle.

—Si lo hago os aseguro que me incomodará la visita.

—No importa, Emigdia, dijo la marquesa levantándose. Vos temeis ya que Santiago sepa algo sobre la partida de vuestro esposo, y por lo tanto nada perdereis recibiéndole. Casi debeis hacerlo... Yo me iré, y de este modo quedareis libres.

—Siento mucho privarme de vuestra compañia por esta causa... pero lo haré... conozco que es preciso. Decidle que pase adelante, añadió Emigdia dirigiéndose al lacayo, que estaba aguardando.

Entónces se desprendió una lágrima de los párpados de la madre de Aurelio, y la marquesa no pudo menos que conmoverse.

—Animo, señora, le dijo. No temais; mañana volveré, y os haré algunas revelaciones sobre ese caballero: entretanto recibidle.

Esto lo dijo á media voz, de modo que Aurelio no lo oyó. Éste, al ver partir la marquesa, se levantó tambien para acompañarla.

Al entrar en la antesala, D. Santiago estaba allí, y la marquesa apenas tuvo tiempo de tirarse el velo á la cara, para no ser vista.

El caballero entró luego á hablar con Emigdia, y la marquesa y Aurelio subieron en el coche, que á la puerta les esperaba.

Profesaba la marquesa al hijo de los Evarini el cariño de una madre. Ella era viuda, sin hijos; no queria pasar por ningun estilo á segundas nupcias, y esto le hacía querer doblemente á Aurelio, que reunia en sí todas las interesantes prendas que pueden adornar á un jóven de su edad; y además de todo esto, su figura era sumamente interesante y atractiva.

—¿Lo has oido, Aurelio? dijo la marquesa luego que estuvieron en

el coche. Tu padre ha salido esta noche y yo le he visto hablar esta tarde con D. Santiago Aguilar de Silva; todo esto confirma pues lo que ya te habia dicho sobre los proyectos de los enemigos de tu padre.

—¿Será pues verdad, replicó Aurelio, que mi padre es engañado por los individuos de la secta de los Franc-masones?

—No lo dudes, Aurelio... te lo he dicho mil veces... tú eres demasiado sencillo, demasiado bueno y no puedes conocer todo lo que cerca de tí se hace. Tú nada sabes sobre las sectas secretas sino lo que te ha dicho tu maestro y las pequeñas instrucciones que te doy á veces sobre ellas, motivo por el cual no puedes adivinar cuáles sean los proyectos de los amigos que rodean á tu padre... Yo les conozco muy bien y puedo asegurarte, que lo que intentan es conducirle á sus Logias.

—¿Y vos sabeis, señora, añadió Aurelio, que D. Santiago Aguilar de Silva es *Franc-Mason?*

—Sí, Aurelio... lo sé de cierto... Me lo revela su modo de obrar, me lo revelan sus palabras, y me lo revelan sobre todo las señales esteriores que veo en él.

—Esas señales...

—No es hora aun de que las sepas. Tu maestro las sabe tambien, y él podrá revelártelas á su tiempo... Si él no lo hiciere, entónces lo haria yo; porque consideraria que estuviera demasiado en peligro tu sencillez si no te hiciera comprender las intrigas que pueden comprometerla.

—Lo que me parece imposible, marquesa, es que tambien podais sospechar algo de ese D. Joaquin Venlor que tan amigo es de mi padre. Es un caballero tan fino, tan bueno, tan amable, que yo no sé comprender cómo pueda ser tan pervertido como vos le suponeis.

—Tus diez y siete años, replicó la marquesa, no te permiten juzgar aun á los hombres. Ya te he dicho que tanto D. Santiago como Venlor son igualmente Franc-masones; y aunque verdaderamente Venlor no es tan malo como el otro, sin embargo, mas te puedes fiar de D. Santiago, por lo mismo que demuestra toda su malicia, que de Venlor, por cuanto la oculta. Santiago es un reo confeso, y Venlor es un hipócrita... ¡Guárdate siempre de los hipócritas!

—Solo porque vos lo decís, marquesa, creo que Venlor pueda ser *Franc-mason.*

—Tocante á eso no te quede duda alguna... Yo lo conozco tambien por sus señales esteriores...

Entretanto paró el coche á las puertas de la casa de la marquesa.

Cuando los dos estuvieron ya sentados en una galería del jardin de la casa, dijo ella:

—Ahora es muy natural y conveniente, Aurelio, que todos esos asuntos que pasan con tu padre, sean mirados por tí de diferente manera que hasta ahora. Tu padre, Aurelio, está en peligro, y tú no puedes dejar de conocerlo. Las pruebas que lo acreditan son muchas, y la principal es la de que él no habia tenido jamás amigo alguno, y de que solamente ha comenzado á estar en peligro desde que ha contraido amistad con dos Franc-masones. Este peligro se demuestra por la zozobra en que vive de algun tiempo á esta parte, por lo mucho que vá perdiendo su amabilidad característica, y sobre todo por la partida de esta noche... Por lo tanto, Aurelio, créeme... Siempre que las sectas secretas adquieren influencia en alguna familia, empiezan á ser desgraciados los miembros de ella; no porque les ocasionen la pérdida de sus bienes, sino porque les van quitando la tranquilidad de que antes disfrutaban... Si logran iniciar á tu padre en sus misterios, le harán depender enteramente de ellos, y por lo tanto puede suceder con tu familia lo mismo que ha sucedido con tantísimas otras... Esto es lo que debe animarte, Aurelio, á prevenir el peligro de tu padre... Él, á pesar de que nada perderá de su bondad natural, llegará á ser *Franc-mason* con el tiempo; y si algun dia sucede alguna catástrofe en tu familia, será preciso que sepas designar cuáles sean los que la hayan promovido para poderles perseguir en todas partes con la verdad y con la inocencia.

—Si se realizan vuestros temores, replicó Aurelio, conozco que será preciso que yo persiga á los criminales... ¿pero cómo?

—Tú ya conoces que tu padre está en peligro, y conoces tambien cuáles son sus enemigos... por lo tanto no te toca hacer mas que espiar los pasos de los últimos. Observa lo que hagan en tu casa, el número de sus visitas, lo que digan en sus conversaciones, los pasos que hagan dar á tu buen padre; y para que puedas acordarte mejor de todo, escríbelo de modo que en una sola ojeada puedas saber los crímenes que hayan cometido las sectas secretas, y si llega el caso de hacer de tus escritos el uso conveniente, ya sé yo cómo debe formularse una acusacion de esta naturaleza.

—Os comprendo, marquesa, contestó Aurelio enternecido. Bastante he podido conocer que me amais como una segunda madre, y por esta razon no vacilaré en hacer lo que acabais de indicarme... Yo ahora temo por mi padre, por mi pobre padre, que vá á ser víctima de unos enemigos á quienes no ha agraviado jamás.

—Siempre sucede así, Aurelio. Las sectas secretas ofenden siempre á los indefensos, y respetan á los que han tenido el valor suficiente para agraviarlos. Pero no temas por esto... á pesar de que soy muger, sé combatir por la verdad, sé los secretos de los enemigos de tu padre, y quién sabe si yo soy uno de aquellos séres á quienes no se atreven á atacar.

—Me volveis, señora, toda la confianza que habia perdido.

—Recóbrala, Aurelio... y vive tranquilo en tu juventud, que yo velaré siempre por tí, lo mismo que velaria por un hijo mio si Dios me hubiese concedido la gracia de tenerlo.

—Y bien, señora, añadió el jóven, vos me amais como á hijo. . mil veces me lo habeis dicho; yo por mi parte he procurado siempre daros pruebas de que os amo tanto como á mi madre, y yo os juro que siempre lograreis de mí la misma correspondencia... Ahora me habeis indicado lo que yo debia hacer con respecto á mi padre... pues bueno, me marcho al instante á mi casa, procuraré acordarme de lo que oiga decir á D. Santiago, y volveré luego á contároslo puntualmente.

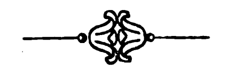
—¡Pobre Aurelio! replicó la marquesa sonriéndose, ¡qué sencillo eres! Yo te he indicado lo que debias hacer; pero de ninguna manera permitiré que vengas á contarme lo que suceda en tu casa... eso sería un espionaje, y mi carácter no puede consentirlo. Tus padres tienen encargada la direccion de tu vida á ese sacerdote que te sirve de guia y de maestro, y á él solo es á quien debes contar mejor que á otro lo que en tu casa suceda... Si él te lo permite, será por tu propio bien y por el de tu familia.

—Pero, señora, replicó Aurelio, vos podeis darme tambien los mismos consejos que me dará mi maestro...

—No importa... primero es él... Y solo te admitiré confianzas de este género, cuando él te haya permitido hacérmelas.

—Sois mi segunda madre, dijo Aurelio levantándose, y creed que os obedeceré.

A pocos momentos, Aurelio estaba ya en camino de su casa con el objeto de oir la conversacion que tenia su madre con D. Santiago Aguilar de Silva, enemigo de su familia.



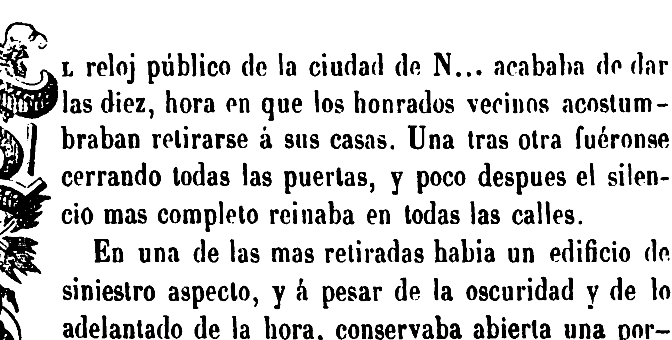
CAPÍTULO III.

—

La portería.

Que hay hombres, si se repara,
que infunden, no sin secreto,
en el talle su respeto,
y su nobleza en su cara.

MORETO.



L reloj público de la ciudad de N... acababa de dar las diez, hora en que los honrados vecinos acostumbraban retirarse á sus casas. Una tras otra fuéronse cerrando todas las puertas, y poco despues el silencio mas completo reinaba en todas las calles.

En una de las mas retiradas habia un edificio de siniestro aspecto, y á pesar de la oscuridad y de lo adelantado de la hora, conservaba abierta una portezuela.

La entrada, que puede distinguirse desde la parte esterior, es espaciosa, pero tétrica, y solo se vé una puerta pequeña que se abre por medio de un resorte secreto.

Abierta esta puerta, se encuentra un aposento de regulares dimensiones, rodeado de bancos de madera enclavados en la pared y alumbrado débilmente por una lámpara de forma simbólica. No hay en él mas abertura visible que una ventana que se encuentra en una pared que dá á un huerto, en donde hace tiempo no ha penetrado el jardinero. La ventana, á pesar de ser de noche, conserva abierto el postigo, del cual pende una cuerda que sirve para abrirla y cerrarla.

En el fondo del aposento hay dos hombres engolfados en una conver-

sacion animada, notándose en su ademan que uno de ellos reconoce en el otro una marcada superioridad.

El mas alto, de bastante edad, lleva un largo ropaje de paño negro, cuyas mangas sumamente anchas, terminan en tres puntas de paño blanco, de las cuales una, mucho mas larga que las otras dos, se estiende sobre su mano cubierta por negro guante, en el cual se ven letras simbólicas dibujadas con cordon blanco.

Su cuerpo está ceñido por un cordon negro, del cual penden tres borlas, tambien mas larga la una que las restantes. En el pecho lleva una placa grande, de figura estraña, y sobre su cabeza un gorro negro terminado en punta, y en cuyo frontispicio hay una estrella de plata.

El aspecto del Anciano es grave y sereno; sus facciones son cadavéricas; morena la tez, hundidos los ojos, afilada la nariz y canoso el cabello (1).

El otro personaje lleva una blusa con rayas amarillas, anchos pantalones negros y una sencilla gorra de paño del mismo color.

Acababan de dar las diez cuando el Anciano interrumpió la conversacion que seguian para decir á su compañero:

—Las diez, Julian.

El llamado Julian por toda respuesta silbó de un modo particular; apenas habia resonado el silbido, cuando una sonora campanilla dejó oir tres veces su sonido metálico. El encargado de tocar la hora oia el reloj de la ciudad, y para estar al corriente de la hora, seguia las indicaciones del portero, que le avisaba por medio de un silbido. Cuando Julian hubo llenado su cometido, sentóse de nuevo al lado del Anciano.

Digamos de paso que Julian era el portero de la Logia de los masones de N... y que se habia metido en la sociedad atendiendo á su conveniencia. Pero una vez conseguidos sus fines, los afiliados notaron en él suma torpeza y ningun talento, y le relegaron al empleo de portero.

—Padre, dijo despues de haberse sentado, ¿puede preguntaros el portero de esta Logia, á qué hora vendrá el nuevo cofrade?

—Ningun inconveniente tengo en responderte, contestó el Anciano. A las once, segun me han dicho.

---

(1) El Anciano es el sócio de mas edad de todos los que forman las Logias. (Entiéndase por Logia la reunion de varios Franc-masones en una poblacion). Tiene varios empleos en la sociedad, pero el principal es acompañar á los que han de iniciarse de nuevo desde la portería de la iglesia hasta el lugar en que está reunido el Consejo de los Padres de la Orden. La dignidad de Anciano la designan en los escritos del siguiente modo: (A.·.)

—¿Y qué tal os parece el cofrade?

El viejo miró con desconfianza á Julian.

—¿Has olvidado, le dijo en tono acre, que eres simple portero? ¿Qué te importa lo que no pertenece á tu ministerio?

El portero quedóse temblando al oir las palabras del Anciano; arrodillóse luego á sus piés y le dijo con ademan sumiso:

—Perdonad, padre, mi indiscrecion. Sé lo poco que valgo y tambien que al agraviaros he olvidado los beneficios que tengo recibidos de la Logia. No os enojeis, pues mi pregunta no reconoce otro orígen que la curiosidad.

—Levántate, contestó el Anciano, y no olvides jamás que soy tu superior, y que la obediencia y el silencio son las cualidades mas esenciales en un hombre de tu clase (1).

Levantóse Julian y sentóse en el banco de madera sin despegar los lábios.

Poco despues dos golpecitos dados con pausa sobre la puertecita anunciaron la presencia de una persona. Julian se acercó con cautela á la puerta y prégunto:

—¿Quién vá?

—*Mac-Benac* (2) contestaron.

—Abre, Julian, dijo el Anciano, que habia reconocido la contraseña.

Abrió el portero y presentóse un jóven alto, sencillamente vestido. El Anciano le miró con ademan amenazador.

—Os portais, Colvin, dijo; llegais muy tarde. Id enseguida á la Logia, pues temo que hayan notado vuestra falta.

Colvin quitóse humildemente el sombrero y contestó sin atreverse á mirar al Anciano:

—Iré enseguida á la Logia, padre, pero antes quiero deciros que mi tardanza podrá seros útil, pues he hecho importantes descubrimientos.

—Bueno, repuso el Anciano. Abrid, Julian.

A la voz imperiosa del gefe, el portero apresuróse á obedecer. Agarró con vigor el banco que rodeaba el lienzo de pared, lo desempotró en una estension de cinco palmos, siguiendo al banco una tabla de madera,

---

(1) Es imposible dar una idea del poder omnímodo de los superiores de las sectas secretas. El del gefe supremo de Madrid no es absoluto, sino despótico, nadie puede oponerle la mas leve resistencia, pues sería castigado, si lo hiciere, atrozmente.

(2) Estas palabras son la contraseña de que se valen los Franc-masones y significan *la carne se separa del hueso.*

que giró despues sobre sus goznes, dejando abierta una grieta por la cual podia pasar un hombre al mismo tiempo que un fuerte campanilleo anunciaba á los dos de adentro la presencia de un estraño.

Asegurada la tabla, metió Julian la mano dentro de la hendidura, y tirando con fuerza de un anillo de hierro, oculto hasta entónces en la pared, sacó otra tabla, y metiéndose por la brecha que antes cubria, abrió una puerta oculta.

Saludó Colvin cortesmente al Anciano y penetró por allí sin vacilar.

Julian en un momento dejó las cosas como antes, sin que el ojo mas esperimentado hubiese podido adivinar el mecanismo de que se servian los afiliados para abrirse paso.



CAPÍTULO IV.

La entrada al subterráneo.

En estos lugares místicos se dá un culto sublime al G.·. A.·. *Grande Astro,* erigiendo altares á la Verdad y á la Virtud.

Biblioteca de la Religion.

RATO hacía que el Anciano y portero no habian desplegado sus lábios, cuando al dar las diez y media, levantándose Julian de su asiento con toda lentitud, abrió la portezuela principal de la casa, que desde la calle se veia tan oscura.

Así que el portero volvió á entrar de nuevo, el Anciano le preguntó:

—¿Cuántos años hace que estás aquí de portero?

—Cerca de cuatro, Padre, contestó éste.

—¿Y estás contento de serlo? replicó el viejo mirando de hito en hito á su interlocutor.

—Muy contento estoy de serlo, Padre, respondió Julian con resolucion. Por el celo estremado con que sirvo y he servido á Vds., y que no habrán podido menos que notar, puede conocerse fácilmente con cuanto gusto y placer estoy ejerciendo mi empleo.

—No hay duda, contestó el Anciano con intencion, en que nos sirves y has servido con todo esmero y honradez, con todo celo y puntualidad. Estas cualidades nosotros las apreciamos sumamente, y yo te prometo que algun dia, si así prosigues, trocarás ese tosco sayal por el hábito de los Padres de la Orden, y tu simple empleo por otro grado

mas estimable en nuestra sociedad. Todos tus trabajos son recomendables, y vemos que solo se dirigen á un recto fin, esto es, al comun bien; no lo diré por lisonjearte, pero en veinte años que van cumplidos desde que el grande Oriente liberal de Madrid puso en N. la Logia á que tú y yo pertenecemos, he conocido tres porteros, y ninguno se ha portado tan bien como tú.

—¿Tres porteros antes que yo habeis conocido, Padre? preguntó el portero.

—No, Julian, antes que tú, dos..., contestó el Anciano con estudiada calma.

—¿Y yo soy el tercero?

—Cabal. El que te precedió, murió dos dias antes que te admitiésemos.

—¿Y el primero?

—¡El primero!... ¡No quieras saberlo! Nos fué traidor, y murió... El tribunal sublime de los masones le condenó á muerte...

—¡Oh Dios! esclamó Julian aterrorizado.

—¿De eso te espantas, Julian? añadió el Anciano observando escrupulosamente sus mas ligeros movimientos. He observado en tí mucha honradez y aun mayor apego á nuestra sociedad para ocultártelo, y por otra parte, la impaciencia que veo marcada en tu semblante, me indica claramente cuanto deseas saber lo que pasó con el primero que ocupó tu puesto. Si no tuviera grande confianza en tí no te lo diria; pero escucha y verás... Nuestra sociedad, que fué introducida en España cuando las tropas del sábio Napoleon Bonaparte invadieron nuestros hogares, desde luego tomó un impulso admirable... casi increible (1). En

---

(1) Muchas veces las sociedades secretas de allende el Pirineo habian intentado penetrar en España, pero jamás habian podido establecerse á causa de que el tribunal de la Inquisicion las repelia; pero el Santo Oficio hubo de callar al fin cuando acaeció la invasion francesa. Antes de entrar Napoleon en España, los habia muy pocos reunidos en sociedad, porque al estinguir la Inquisicion solo se hallaron en ella cuatro ó cinco presos masones. Por consiguiente los militares de Napoleon, cuyos regimientos no eran mas que Logias ambulantes, fueron las que propagaron en España la secta de los Franc-masones; entre los cuales los que mas se distinguieron fueron los generales franceses L. y M., de los cuales el primero formó Logias en Andalucia, y el segundo en la provincia de Soria. Otros las establecieron tambien en la capital del reino, y estos pudieron hacerlo sin peligro, porque José Bonaparte estaba ya en el trono, y patrocinaba de tal modo sus designios, que sus ministros, sus consejeros, sus escritores, y hasta el mismo rey estaban afiliados á la sociedad secreta del grande Oriente de Francia y propagada ya en España con el

el mismo instante en que los súbditos de Napoleon, miembros del grande Oriente de Francia, establecieron en nuestras tierras la sociedad que ha salvado nuestra malhadada nacion, digna por cierto de mejor suerte, viéronse acudir á ella millares de hombres honrados y poderosos, que queriendo anteponer el bien general del pais al bien particular de un solo hombre que los gobernase absoluta y despóticamente, alistáronse en las filas numerosas de los sublimes maestros para sacudir el pesado yugo que les oprimia. No me detendré en esplicarme mas, porque tampoco entenderias el significado de mis palabras; solo te diré que nuestra sociedad creció muchísimo en breve tiempo. El número de los iniciados españoles era sobrado superior para temer las resultas del intento de proceder abiertamente contra nuestros contrarios, que eran los que nos habian hecho siempre una encarnizada y dura guerra. Lo que nos convenia se hizo, y algunos de nuestros hermanos, comprometiendo atrevidamente su cabeza y confiando en miles de puñales vengadores si los alcanzaba la muerte en la empresa, dieron el grito *solemne* de rebeldía y de *Viva el pueblo libre,* proclamando la Constitucion del año 12 (1).

---

nombre de *Santa Julia*. Esta sociedad, perdido su rey, perdió su poder; mas con todo no se aniquiló. La *Santa Julia* fué prosiguiendo en sus reuniones, trabajó mucho, y por fin llegó á influir de nuevo en la política; pero fué breve su influjo, porque se estinguió del todo.

Los constitucionales ó liberales, despues de emigrados, cuando de vuelta á su patria, formaron tambien sus Logias, no quisieron confiar su gobierno á la *Santa Julia,* sino que erigieron un gobierno independiente bajo los auspicios del grande Oriente liberal madrileño, y aumentándose mas y mas su poder, destruyeron y aniquilaron á la *Santa Julia.*

(1) La Constitucion del año 12 fué el primer golpe general y de trascendencia que dieron las sociedades secretas de España, y en él consiguieron ya en parte sus objetos á saber: destruir el trono y el altar. Estamos sintiendo aun los efectos de este golpe secreto y así será hasta que se esterminen de raiz las sociedades que lo promovieron. El grande Oriente liberal madrileño siempre habia dedicado sus trabajos á este objeto, y no hubo medio que no pusiese en práctica. Estendia su influjo á todos los puntos de España por medio de las nuevas Logias que, á manera de colonias, estaba estableciendo en todo el reino. Como ya desde mucho tiempo antes se discutia el modo como se habia de hacer la revolucion del año 1812, concertáronse en fin, y el pendon de rebeldía ondeó atrevidamente en todos los puntos de la península, de modo que vuelto el rey de su cautiverio, no tuvo otro recurso que adherirse al levantamiento popular y jurar solemnemente la Constitucion. Este movimiento al instante halló apoyo concertado en todos los ángulos de España, y no hubo mas remedio que proclamar solemnemente la Constitucion.

Todo fué entónces abolido, y los asuntos de Estado fueron regulados á gusto de

No quiero ocultártelo, Julian: esta Constitucion, que habia surtido á medida de nuestros deseos, fué nuestra principal victoria, pero tambien nuestra primera ruina. El código constitucional fué proclamado segun convenio por todos nuestros hermanos de España, y en breves dias la victoria fué completa. Algunos de estos hermanos nuestros, descontentos sin fundado motivo, quisieron vengarse de otros, que, segun su decir, les habian injuriado; y desertando en gran parte de nuestras filas, constituyeron otra sociedad en oposicion á la nuestra (1). Su plan era hacernos caer

---

los Franc-masones porque el poder ministerial habia ya caido en sus manos. Sépase pues de dónde ha salido la Constitucion.

(1) Proclamada que fué la Constitucion, todos los empleos de la península cayeron en manos de los Masones. Muchos eran los afiliados, y como que todos habian contribuido al levantamiento popular, era imposible que pudiesen ser al instante recompensados en razon de su escesivo número. Esto originó grandes desavenencias entre ellos; todos querian ser igualmente retribuidos, todos querian ser los primeros en el goce de los empleos, las reyertas entre ellos se sucedieron sin interrupcion, mas por fin gran número desertó de las filas de los Masones, y formaron Logias á parte é independientes, dándose á sí mismos el título de *Comuneros*, á imitacion de aquellos que en el siglo XVI se rebelaron contra su rey D. Carlos I. Estos Comuneros fueron aumentándose mucho con los desertores y mal contentos de los Masones.

Constituida y organizada que fué esta nueva sociedad de Comuneros, retó en secreto á los Masones diciéndoles que siendo imposible que todos estuvieran en el goce de los empleos que suministraba la península, era muy justo que los gozase una sola de las dos sociedades; y que en consecuencia hubiese guerra abierta entre las dos para saber cuál se llevaria la preponderancia. Masones y Comuneros se hicieron pues una encarnizada y dura guerra casi siempre en secreto, y alguna que otra vez en público; pero á pesar de todo esto no dejaron de reunirse las dos sociedades, y deponer momentáneamente sus reyertas siempre y cuando lo exigia el triunfo de sus ideas.

La guerra por lo tanto que se habia comenzado entre Masones y Comuneros proseguia sin interrupcion: bien es verdad que los Comuneros ganaron muchos prosélitos en todas las Andalucías, reino de Valencia y Castilla la Vieja, mas con todo los Masones siempre tuvieron mayoría en las Córtes y siempre conservaron el ministerio.

Esta lucha de Masones y Comuneros fué prosiguiendo siempre activa, constante y no interrumpida, pero de todos los atentados y horrorosas escenas que ocasionó, la mas terrible fué la del 19 de febrero de 1823.

De esta lucha de Masones y Comuneros provinieron tambien las terribles y sangrientas escenas acaecidas en Tarragona, Valencia y Cádiz; de aquí procedieron tambien el sinnúmero de decretos de proscripcion contra tantos célebres realistas; de aquí tambien las traslaciones de los eclesiásticos de una parte á otra de la península; y en fin, de aquí procedieron tambien los horrorosos asesinatos del obispo de Vich, del capellan Vinuesa, del general Elío, y de Goiffien... ilustres víctimas,

del poder en que estábamos, pero vanos fueron sus esfuerzos, porque

---

que junto con algunas otras, fueron sacrificadas al furor y barbarie de las sociedades secretas.

Por lo demás, en las Logias se discutian los proyectos de ley que debian presentarse despues á las Córtes, en las Logias se discutia el cambio de ministerio, se elegian toda clase de empleados, se designaban los diputados á Córtes, embajadores, consejeros, periodistas, etc.

Sucedió muchas veces que el Oriente madrileño por medio del ministerio no se atrevia á proponer directamente al inerte rey D. Fernando la aprobacion de algun decreto, y entónces enviaba circulares á todas las Logias de las provincias, á consecuencia de las cuales llovian de todas partes de España las peticiones que no osaba hacer el ministerio, y daban á estas peticiones el nombre de *Voto del pueblo*, *Peticion nacional*, *Espíritu del Estado*, *Opinion general:* y entónces el pobre rey habia de acceder quieras ó no quieras á lo que le mandaba el grande Oriente liberal madrileño por medio de sus Logias de las provincias, y por medio de sus ejecutores y afiliados los ministros. Estas dos sociedades lo gobernaban todo con un despotismo remarcado, y al infeliz español que se quejaba, la muerte era su consuelo. Este terror mantuvo quieta la península.

En contra de Masones y Comuneros formóse otra sociedad secreta llamada de los Anilleros. Los Masones y Comuneros tenian en sus filas muchos hombres que habian sido seducidos, y habian entrado en ellas engañados; estos muchas veces hubieran podido apartarse de sus seductores, pero como que habian cogido ya la malicia de ellos, no quisieron apartarse del camino de la barbarie. Horrorizados sin embargo de los numerosos crímenes y horribles atentados de sus colegas, desertaron de sus filas, y quisieron formar otra sociedad secreta llamada los Anilleros, los cuales fueron en gran número. El intento de estos era reformar la Constitucion, y poner trabas á los desmanes de los Masones y Comuneros; pero aunque activaron mucho este negocio, su trabajo fué vano porque sus contrarios los llenaron de injurias, y tuvieron al fin que disolverse; resultando que unos fueron asesinados, otros proscritos, y la mayor parte regresaron cobardemente á sus antiguas filas.

La principal derrota de los Anilleros fué el dia 7 de julio de 1822, y despues de estinguidos se atribuyeron á ellos todos los desastres que habian acaecido anteriormente como fueron los proyectos de la Guardia Real, y los movimientos de las provincias, declarándoles públicamente como enemigos de su rey, de la Constitucion, y de las libertades patrias.

Hasta aquí solo habia habido en España cuatro sociedades secretas, y por fin vino á establecerse otra que fué la *Carbonaria* ó secta de los *Carbonarios*.

Esta nueva sociedad secreta no se habia conocido aun en España hasta que en 1821 la propagaron los italianos y piamonteses emigrados de su patria. El primer punto donde trataron de establecerla fué en Barcelona, luego en Valencia y tambien en Málaga, y hasta en Madrid. Los Carbonarios, aunque al fin lograron establecerse en diferentes partes, con todo no hicieron progreso alguno porque tanto los Masones como los Comuneros desconfiaron de ellos. Sin embargo de esto, cuando se hicieron las elecciones para diputados del año 1823 hubo una grande riña que llegó hasta á

aunque obtuvieron ventaja sobre nosotros en Andalucía, Valencia y Cas-

---

ser pública entre los Masones y los Comuneros, y aquellos buscaron auxilio entre los Carbonarios, que empezaban ya á ser numerosos, para que los ayudasen contra los Comuneros. Los Carbonarios les sirvieron, y entónces fué cuando esta sociedad estranjera empezó á influir en la política, porque los Masones, agradecidos á sus favores, formaron una junta mista, en la cual figuraban los principales Masones y Carbonarios. Esta junta tenia privilegios inmensos... ella era la que elegia los jueces, los diputados, capitanes y comandantes generales, consejos de guerra, jefes políticos, intendentes y todos cuantos empleados mantenia el reino. Sin embargo este influjo de los Carbonarios fué de muy corta duracion, porque Masones y Comuneros volvieron á unirse otra vez; formaron ambas sectas una composicion, y estos últimos exigieron de los primeros la destruccion de los Carbonarios. Los Masones consintieron en esta demanda, y para llevarla á efecto se valieron del auxilio de los *Europeos*, que los destruyeron completamente.

Esta nueva secta de los *Europeos* ó sea *Sociedad Europea* ó de la *Regeneracion de la Europa* tambien tuvo asiento en España, y al principio solo estuvo formada por estranjeros. Un general italiano precisado á huir vergonzosamente de su patria, se embarcó en Nápoles y aportó en Barcelona. Luego de su llegada á esta ciudad presentó al grande Oriente liberal barcelonés un plan completo para regenerar la Europa. Los Masones de Barcelona quisieron revisar este plan, discutiéronlo en sus Logias, y esta discusion ocupó muchas sesiones. Mas con todo, á pesar de la escelencia del proyecto, obligaron á su autor á marcharse de Barcelona, no queriéndose fiar de él, y por este motivo el general italiano, dejando emisarios en la capital de Cataluña, embarcóse para Lóndres y despues para Lisboa, á cuyas Logias presentó tambien su plan. Estos emisarios que dejó en Barcelona fueron los que estendieron la *Sociedad Europea*.

Los Comuneros, en vista de que los Masones no quisieron secundar las miras del italiano, determinaron ganarse el afecto de los Europeos que estaban ya establecidos; estos aceptaron sus paternales favores, debiendo á esta aceptacion gran parte de su acrecentamiento: y en consecuencia los gefes principales de los Comuneros fueron los apologistas de la sociedad secreta de los Europeos.

Esta sociedad fué despues numerosísima, porque á mas de muchos naturales, se agregaron á ella todos los italianos y piamonteses que se vieron obligados á abandonar el *Carbonarismo*. La capital de la sociedad Europea era Barcelona, y su gefe manifiesto un abogado piamontés. Luego que los Europeos estuvieron pujantes, separáronse de los Comuneros, declarándose independiente. Desde entónces los Europeos fueron como tropas mercenarias, que servian á quien los pagaba mas, y marcharon siempre ya á las órdenes de los Masones, ya á las de los Comuneros, segun el grado de influjo de estas dos formidables sociedades. Muchos incautos españoles pensaban que los piamonteses é italianos servian á la causa constitucional con buen celo.

Barcelona parecia un depósito de todo lo mas malvado y atroz de la sociedad. Instalóse en esta capital otra secta secreta llamada *Club Italiano*, pero esta nueva

tilla la Vieja, no obstante dejamos siempre burladas sus locas empresas... Hubo sin embargo encarnizadas luchas entre ambos partidos; algunas de sus Torres (1) fueron saqueadas por nuestros hermanos, algunas de nuestras Logias no pudieron escaparse á sus pesquisas, y hasta en N... en nuestra propia ciudad, estuvo para perpetuarse una horrible y espantosa traicion... Escucha... Existia en Barcelona una Torre de Comuneros, la cual aunque en nada aventajó jamás á nuestras Logias, era con todo bastante imponente. Supimos una noche por nuestros emisarios secretos, que una partida de Comuneros hacía poco que habia llegado á nuestra ciudad. Reunióse aquella noche la asamblea de los Masones, varias fueron las opiniones de los que la componian, y solo uno de estos habló sobre el convenio que pudiera haber entre los recien llegados y nuestro portero... Estábase discutiendo este punto, cuando nuestros agentes interiores dieron la señal de alarma. Era que habian oido la cam-

---

sociedad no adquirió prosélitos, y su presidente fué echado vergonzosamente de Barcelona.

Otra sociedad secreta, seguramente la mas terrible de todas, se instaló tambien en España. Era esta conocida con el nombre de *Asociacion francesa,* la cual echó sus cimientos en la capital del reino donde fué protegida y fomentada por el grande Oriente liberal madrileño. Los principales miembros de esta atroz sociedad son ignorados aun de muchos. Lo que se sabe es que la componian los hombres mas depravados del reino de Francia; hallábanse en ella todos los españoles que habian perdido su honor, crédito ó fortuna; los franceses que eran perseguidos en su pais precisados á emigrarse, algunos descendientes de la revolucion francesa, en fin, la sociedad secreta de la *Asociacion* era compuesta por todas las personas mas depravadas, mas atroces y mas perdidas de los reinos de España y Francia. Habia en esta sociedad cierto sugeto que hizo imprimir en un periódico constitucional las mas infames calumnias contra los Borbones de Francia. El ministerio constitucional de España casi siempre se sirvió para sus proyectos de la *Asociacion francesa,* la cual le obedeció siempre con toda puntualidad y esmero.

Esta es la razon porque dicha secta llegó en España á tan alto grado de pujanza y valimiento.

Instalóse tambien en España otra sociedad que dependia enteramente de la *Asociacion francesa,* y que servia tambien al gobierno. El club central de estos nuevos traidores residia en Bilbao, y era protegido y fomentado por la autoridad de aquella provincia. Tenian órden del gobierno de Madrid de darle estension y protegerla. Esta nueva sociedad estaba dirigida por un ex-coronel, el cual tenia relaciones inmensas en Francia. Éste tenia en Barcelona un agente ó emisario suyo, el cual fué apoyado en Cataluña por el grande Oriente liberal barcelonés, y á su apoyo es debida la estension de esta nueva sociedad secreta.

(1) Por Torres se entiende aquellos lugares en que se reunian los Comuneros. Estos llamaban Torres lo que los masones llamaban Logias.

panilla que anunciaba la entrada de alguien, mas como todos estábamos dentro, ¿quién era el que pretendia entrar? No bien hubimos oido el terrible grito de *«¡traicion! ¡traicion!»* cuando nuestro digno presidente nos mandó desenvainar inmediatamente los puñales, y apagar las luces... fué obra de un momento; la posicion de los agresores fué muy desventajosa, aunque eran muchos, pues estaban á oscuras y no sabian á qué parte dirigir sus armas. A nuestra astucia unida al valor de nuestros agentes interiores, se debió el desarme y prision de los Comuneros. La noche siguiente fueron llevados presos á nuestro tribunal supremo de Barcelona y puestos á su disposicion, segun mandan nuestras leyes sagradas... El portero, que habia sido el instrumento de esta trama, huyó... Mas con todo no pudo escapar á nuestra policía: la noche siguiente nuestro tribunal se reunió y entónces fué condenado á muerte... El fallo fué justo, pero terrible; y dos dias despues de haberse pronunciado, Julian, el que entónces ocupaba tu puesto, ya habia dejado de existir.

Hubo aquí algunos momentos de silencio, é iba á continuar el Anciano su relacion, cuando se oyeron las once. Julian, que rato hacía estaba esperando con marcada impaciencia algo que interrumpiese la relacion de su superior, levantóse en seguida, casi temblando, y repitió el mismo silbido avisador que al dar las diez.

Lo mismo que entónces fué contestado por once campanilladas.

No bien habia hecho esto, cuando dos golpes dados levemente á la puerta, que habia cerrado, hicieron marchar á Julian á abrirla sin preguntar quién era, pues por el modo de llamar habia conocido que el que estaba fuera era un Mason.

—Pide la contraseña, salvaje, le dijo el Anciano con voz de trueno.

—Teneis razon, Padre, contestó Julian casi temblando, vuestra narracion me habia distraido... ¿Quién llama? preguntó luego.

—*Mac-Benac*...(1).

A esta respuesta, que es la única que dan siempre los Maestros Masones y cuya publicacion impiden con toda religiosidad, Julian abrió apresuradamente.

Levantóse alegremente el Anciano, y fué al encuentro de dos forasteros que acababan de llegar.

El primero que se presentó á su vista, era un hombre de regular estatura, quien traia débilmente asido del brazo á otro personaje que caminaba con paso grave y confiado á pesar de llevar sus ojos cubiertos

(1) En el dia no está ya en uso esta contraseña.

con una espesa venda (1) en el cual á primera vista hubiera podido reconocerse á Evarini.

Mientras que el Anciano guiaba á los recien llegados á la portería, Julian, que se habia adelantado ya, acababa de abrir con toda presteza las tres tablas secretas que impedian la comunicacion con el edificio interior; hecho lo cual, con mucha diligencia cerró la puerta principal, que habia quedado abierta.

Entraron los dos forasteros en la sala, guiados por el Anciano, y á la opaca y macilenta luz de la lámpara que la alumbraba, pudieron notarse, aunque muy confusamente, las alteradas facciones de Evarini, quien, conducido voluntariamente cual otro Isaac al sacrificio generoso, traia marcada en su semblante la señal indeleble de la fatalidad y la intriga que le conducian á aquel sitio. Entónces el Anciano dirigiendo como de costumbre la palabra al Mason, le dijo:

—¿Es ese Venlor el que pretende ser iniciado nuestro?

—Sí, Padre, contestó el introductor, este es el que segun dije tiene deseos de entrar en nuestra Órden.

Y dirigiéndose á Evarini:—Ánimo, le dijo, Evarini... valor, no desconfies nunca de tu mejor amigo... deja los malos presentimientos;.. piensa solo que vas á entrar en una asociacion de hombres sábios, que solo es su intento inquirir la verdad por todos los medios posibles, y que como á sacerdotes de ella queremos descorrer el velo encubridor que tantos años hace oculta el objeto constante de tus contínuos afanes... Evarini, ya te he dicho que vas á elevarte sobre los demás hombres... piensa pues tan solo en lo que te conviene, y piensa tambien que el que te trae del brazo es un verdadero amigo, que no procura sino tu bien.

Evarini solo respondió con un suspiro.

El Anciano meneó ligeramente la cabeza y dirigió al Mason una mirada de descontento y desconfianza... Y acercándose luego al esposo de Emigdia,

—No temais, hermano, le dijo disimulando la voz para no ser conocido. No temais al veros en este sitio... sois hombre pacífico, pero tambien lo son los que vais á ver... A mas de que *en estos lugares místicos*

---

(1) Todos los miembros de una Logia tienen facultad para proponer al presidente de ella algun sugeto para iniciarse, sea voluntariamente, sea por seduccion.

Luego que han engañado completamente al *Recipiendario*, se lo llevan de noche á la Logia para iniciarlo en el primer grado de la Masonería y le tapan efectivamente los ojos con una venda para que no vea dónde lo llevan ni pueda decirlo jamás, en caso de que no sea admitido en la sociedad.

se dá un culto sublime al **G.·. A.·.** *(Grande Astro), erigiendo altares á la Verdad y á la Virtud* (1).

Entónces fué cuando el Anciano pasó con cautela la puerta improvisada que habia abierto Julian; siguióle tambien el Mason introductor, trayendo aun del brazo al desgraciado Evarini, que caminaba con paso trémulo y desconcertado.

No bien hubieron salido de la portería cuando Julian ya tuvo cerrado el paso. Halláronse entónces los tres hombres en un gran patio cuadrado, cuyas paredes del todo rústicas eran tan sumamente elevadas, que á manera de chimenea, despues de su altura superior, tan solo podia descubrirse un espacio de cielo cuasi tan reducido como el suelo que estaban pisando.

¡Cosa estraña! en ninguna parte de este estenso patio se distinguia puerta alguna visible, ni otra cosa que se le pareciese ó hiciese su oficio. El suelo, groseramente embaldosado, estaba cubierto de moho resbaladizo, efecto sin duda de que no llegaban á él los rayos solares; y en las junturas de las losas crecian algunas plantas semi-acuáticas estendiéndose en varias partes de tal modo, que llegaban casi á cubrir el pavimento.

Despues de haberlo recorrido en diferentes direcciones, detuviéronse por fin en uno de sus ángulos, llevando el Anciano la delantera; y casi al mismo instante tembló la tierra, y abrióse esta con el musgo y plantas que la cubrian, levantándose angularmente á manera de puerta en una estension de seis palmos en cuadro.

Luego que estuvo abierta esta puerta improvisada, y echada á un lado la fuerte cadena de hierro que servia para cerrarla, dejóse ver como actor mudo de esta escena un hombre mulato, de rara figura, el cual hizo una profunda reverencia al Anciano.

—Andad con tiento, Evarini, dijo el Mason introductor. Atencion, pues vas á bajar una escalera... apóyate bien en mí, y no temas.

Bajó el Anciano con paso rápido la escalera fúnebre, yendo detrás de él el otro hermano con Evarini, quien, acompañado de aquellos dos demonios, bajó tambien con paso algo tardío, pero resuelto.

Al instante volvió á cerrarse la puerta, quedando del todo desierto aquel patio que casi siempre lo estaba.

---

(1) El Anciano de la Logia espera en la portería al que debe iniciarse de nuevo, el cual es conducido por el que lo ha propuesto al presidente de la Logia. Cuando llega procuran que no oiga ruido alguno el recipiendario, y el Anciano le dirige la palabra diciéndole: «*En estos lugares místicos se dá un culto sublime al Grande Astro, erigiendo altares á la Verdad y á la Virtud.*» Al recipiendario ya le dá á conocer su conductor que la sociedad solo es instalada para buscar la verdad y la virtud, y á esta idea aluden las palabras del Anciano. *Grande Astro* quiere decir Dios; y en sus escritos lo espresan así: (**G.·. A.·.**)

CAPÍTULO V.

La Iglesia.

Avant d'améner le candidat, on déploie sur le sol de la Loge un tableau peint sur toile et chargé de divers emblèmes.

CLAVEL.

La Iglesia era un salon de unos 50 piés de largo y 35 de ancho y allí se reunian los iniciados de N...

Las paredes estaban totalmente cubiertas de bayeta negra, en la cual se veian muchos cráneos blancos pintados, y muchos huesos en aspa.

Una pequeña ventana oval, cubierta las mas veces por un viejo cortinaje, daba entrada al aire; pero era tan débil la luz que por ella se introducia, que casi siempre habian de servirse de la artificial.

La bóveda de esta iglesia, que no ofrece al observador sino signos y pinturas simbólicas, estaba sostenida por cuatro columnas circulares que, á imitacion de las paredes, estaban tambien cubiertas de negro hasta el suelo.

El espacio que mediaba entre las dos últimas columnas y el confin de la sala era el destinado para el altar de la iglesia. A este espacio se le llamaba el *Oriente.*

Se habia tomado de él una porcion circular cuyo suelo, mas elevado que el restante, estaba perfectamente enlosado y rodeado de una balaustrada de hierro, la cual, artificiosamente trabajada, dejaba unos diez

palmos de apertura hácia la parte del púlpito, para dar entrada al que subia allí por medio de dos escalones.

En el fondo de este espacio circular estaban levantadas dos columnas iguales en todo, que venian á coincidir espresamente con el polo norte del universo, de mármol finísimo con hermosos jaspes, y sentadas sobre unos pedestales de piedra cuadrados. Mediaba entre ellos la distancia de unos ocho palmos. La que de estas dos columnas estaba situada hácia la parte del oriente, tenia colocada sobre su base superior una letra **I** (1) de dos palmos de altura y tambien de mármol blanco, al mismo tiempo que en la de la parte de occidente estaba colocada la letra **E** (2) de mármol negro (3).

A cosa de la mitad de ambas columnas pendia de cada una de ellas un escudo en el cual se veian dibujadas las armas reales de España, sostenidas sobre las puntas de dos espadas en cruz, en una parte; y en la otra sobre otras dos espadas la mitra apostólica de S. Pedro y las llaves del cielo. Casi en el mismo centro de este espacio circular habia una maciza tabla de mármol blanco, tras de la cual habia un magnífico pedestal cuadrado, elevándose á una altura bastante considerable, de cuya base superior salia un rayo-flamígero despidiendo resplandores, é iluminando al parecer con su luz las estrellas fijas y el sistema planetario, situadas las primeras en la misma bóveda, y el otro un poco mas bajo que aquellas. A la derecha de este inmóvil firmamento estaba marcada la letra **N** (4), y á la izquierda la letra **R** (5). La mesa de mármol tiene descubierta su lisa y blanca superficie superior... Baja desde ella al suelo, á manera de falda, una bayeta negra guarnecida con franjas de oro. En la parte fronteriza al púlpito, está dibujada en blanco una reunion de objetos simbólicos y vense embutidas asimismo con todo primor y en letras blancas orladas de oro estas dos palabras: «*Libertad, Igualdad.*»

El aspecto de esta inscripcion lacónica y misteriosa en medio de tantos objetos fúnebres y sorprendentes afecta mas vivamente que una inscripcion sepulcral... Sobre la superficie de mármol habia á la sazon seis

---

(1) Significa *Isosteis* ó *Igualdad.*

(2) Significa *Eleutheria* ó *Libertad*

(3) El color es diferente por aludir á los dos principios de creacion y destruccion. En las Logias francesas hay una **B.** que significa *Force,* y una **J.** que significa *Stabilité.*

(4) Significa *Naturaleza.*

(5) Significa *Religion.*

hermosos candeleros con velas verdes ardiendo, y pendian de la bóveda tres lámparas disformes de á tres mecheros cada una.

Obsérvase sobre la mesa un tintero de plata y varios legajos de papeles amontonados á un lado y á otro, ocupando el centro dos libros de vastísimas dimensiones y cerrados con llave, con una espada y un martillo de madera, al que llaman *mazo;* y á una parte y otra de la columna granítica, candeleros de bastante elevacion sentados en el suelo que sostienen sus correspondientes cirios verdes, iluminando la base superior de la columna. Debajo de esta especie de *Presbiterio Masónico*, y á derecha é izquierda de la mesa de mármol, están colocadas otras dos, que si bien mas pequeñas, no dejan por esto de estar á imitacion suya cubiertas de bayeta negra hasta los piés, ni dejan de tener su tintero correspondiente y algunos legajos de papeles, iluminado todo por cirios verdes. Encima de la mesa de la derecha hay además una escuadra de hierro, y sobre la de la izquierda una regla de 24 divisiones.

Forman al mismo tiempo una misma línea, con el largo de estas dos últimas mesas, muchas sillas de brazos construidas con bastante elegancia, y barnizadas de negro parecido al ébano, y su asiento tiene tambien bayeta negra, la cual cae libremente hasta el suelo cubriéndolas por delante.

En el espacio que media entre las dos líneas de sillas hay un elevado túmulo.

Terrible... magestuoso... y sorprendente es su aspecto...

Rodeado de antorchas que le alumbran... brilla sobre él una lámpara de amianto en forma de cráneo;... y la bayeta que le cubre con insignias de la muerte, cubre tambien los cinco escalones de la grada...

Delante del túmulo se encuentra otra mesita negra, que sostiene multitud de objetos asimismo simbólicos, que son: un puñal, una espada, un espejo, una escuadra, una esfera, un plano de figuras geométricas, una Biblia, un nivel, un plomo, una piedra tosca, otra piedra cúbica en la base inferior y terminada por pirámide, un globo celeste, una regla con 24 divisiones, un compás abierto con las puntas clavadas, una estrella vibrante, el sol, la luna y otros objetos aun (1).

Entre el *Oriente* y el túmulo hay un colchon tirado al suelo, cubierto con un paño mortuorio, sobre el cual hay bordado el emblema de la Justicia. A la cabeza de esta especie de tumba, hay una escuadra de

---

(1) Suprimo la esplicacion ó significado de cada uno de estos objetos, porque fuera materia demasiado larga al mismo tiempo que poco interesante.

hierro; á los piés, que están á la parte del Oriente, un compás abierto, y junto al emblema de la Justicia, un ramo de acacia.

Este aposento subterráneo tan misterioso y horrible no tiene puerta alguna por la cual se entre en él; solo se nota á su izquierda una escalera bastante ancha y negra tambien, como todo lo demás, que comunica con los cuartos superiores.

. . . .

Era aquella misma noche en que Evarini, conducido por su íntimo Venlor, debia ser introducido ante los jueces invisibles de los Francmasones. Las velas verdes que habia sobre el altar ó ara de mármol estaban ardiendo igualmente que las de las tres mesas, y todo estaba preparado para recibir á los afiliados.

Nadie perturbaba á la sazon la soledad siniestra de aquella caverna, nada interrumpia el silencio que casi siempre allí reinaba.

Daban las diez y media cuando empezó á oirse algun ruido contiguo á la iglesia. Resonaron luego pasos cercanos y empezaron á bajar por la escalera los Masones que debian reunirse.

Presentóse primero un hombre bastante alto, de cabellos negros y cejas pobladas, las cuales estaban en descubierto por llevar alzada una visera negra, que á manera de máscara, podia ocultarle el rostro cuando le pareciese conveniente, prendida á una especie de casco metálico pulidamente trabajado y minuciosamente grabado, y sobre del que distinguíase un grande sol de oro difundiendo resplandores. Traia tambien en el pecho una gran medalla de oro engastada en diamantes, viéndose dibujada en ella una palma y un ramo de laurel entrelazados, dentro de los cuales habia dos espadas puestas en cruz, que sostenian algunas cifras de plata. Su vestido era negro y tal como lo hemos descrito al hablar del Anciano de la Logia, con la sola diferencia de que éste llevaba una reluciente espada colgada de su cintura junto con un puñal que pendia tambien de la misma. Todos los hermanos traian una banda negra con uno ú otro objeto colgado de ella, y asimismo una especie de delantal en el cual tenian dibujados tambien los objetos que á cada uno pertenecian.

Baja éste con toda pausa y magestad, luego otro, y despues otros muchos, vestidos todos del mismo modo, y llevando, á imitacion de su Venerable, un casco metálico con visera, con su espada y puñal pendientes de la cintura.

Fueron sentándose respectivamente á medida que iban bajando: el

Presidente ocupó desde luego su puesto; el Sabio (1) sentóse á la mesa pequeña de la derecha, y los demás cofrades por su órden, quedando aun vacíos algunos asientos entre los cuales se notaba el de la mesa pequeña de la izquierda.

Luego que estuvieron todos sentados, el Venerable tomó, como de costumbre, la palabra, y habló á la reunion de esta manera:

—Hermanos Masones, sabios iniciados, no sin fundado motivo se os ha reunido aquí esta noche, y es este el de la interesante recepcion de un nuevo neófito. Llámase Jorje Evarini, hombre de cuantiosos caudales, sobre cuya recepcion ya se habló en la sesion pasada: no sé qué concepto habreis formado de él. Por mi parte ya sabeis, hermanos Masones, que siempre busco el bien comun de la sociedad; y por lo tanto lo único que puedo deciros es que la iniciacion de hoy será de un provecho importantísimo y de un interés sumo á nuestra asociacion. Jamás os he ocultado en manera alguna la verdad, y como á escrupuloso y estricto observador de ella debo deciros francamente, que de la iniciacion de hoy depende la total ruina ó conservacion de la órden de los Franc-masones...

Hubo aquí un breve rato de silencio, al fin del cual continuó el Venerable:

—Hermanos: están para dar las once, y esta será probablemente la hora en que deberá llegar el que esperamos. Decid pues: ¿estais decididos á recibirlo?

Levantóse entónces el Sabio que reasumia en sí toda la asamblea, y con la mayor confianza respondió:

—Si es como vos lo habeis espuesto, sí.

—Lo que he dicho es la verdad, dijo el Venerable.

—Pues entónces está bien, replicó el Sabio.

Y dirigiéndose á la reunion, les preguntó en voz alta:

—Hermanos Masones, ¿quereis recibir á Jorje Evarini?

Y todos respondieron unánimemente:

—Sí.

—Si así lo hiciereis, replicó el Venerable, el **G.·. A.·. D.·. U.·.** *(Grande Arquitecto del Universo)* os lo premie, y sino él os lo demande.

---

(1) Esta dignidad *Sabio* escríbenla de esta manera: (**S.·.**). Es el que recibe las comunicaciones de las Logias de su provincia.

CAPÍTULO VI.

La tardanza.

La razon busca atenta,
Que persuada á su juicio claramente;
Y hecha muy bien su cuenta,
La voluntad responde libremente:
Lo advierto todo, el daño considero,
Sé que debo querer; pero no quiero.

ALMEIDA

UNA campanilla agitada fuertemente á lo alto de la escalera interrumpió á los Masones reunidos.

El Venerable contestó agitando la del tintero que tenia sobre la mesa.

El sonido de la primera campanilla pedia entrada en la iglesia, y el de la segunda lo concedia.

Presentóse entónces á lo alto de la escalera uno de los hermanos de la Logia, el cual iba con trage diferente de los demás porque aquel dia le tocaba hacer las veces de portero.

Hizo una profunda reverencia, y dijo en alta voz:

—El hermano Carlos Colvin solicita entrar aquí.

—¿A qué viene? preguntó el Venerable.

—A ocupar su puesto en el consejo de los maestros Masones, contestó el hermano portero.

—¿Le habeis esplicado los inconvenientes que á ello se oponen?

—Todo se lo he esplicado... y dice que tiene suficiente motivo para pedir la entrada despues de no haber venido á tiempo.

—Decidle que entre... replicó el Venerable.

Retiróse el hermano portero. Hubo entónces un rato de silencio y muy

luego Carlos Colvin, vestido con el hábito negro de los demás Masones, bajó la escalera de la iglesia.

Arrodillóse silenciosamente ante el túmulo funerario, hízole un acatamiento y fué á sentarse al puesto que le pertenecia esperando que le interpelasen.

El Venerable, que no le habia perdido de vista desde su aparicion y que habia notado en su semblante un aire de confianza, pero no una destitucion total de temor, dirigióse á él con semblante irónico y aparente desenfado, diciéndole:

—Ocupad vuestro asiento, hermano Colvin, que no lo hallareis siempre vacío si continuais en venir á estas horas. Mi deber es ahora exigiros que confeseis ante todos los hermanos de la Logia cuáles son los motivos de vuestra tardanza.

—Vuestro deber es exigirlos, padre Venerable, contestó Colvin poniéndose en pié, y el mio contestaros. Vos sabeis que hoy mismo he llegado de Barcelona, donde he cumplido la importante mision que me teniais confiada; y os recordaré por otra parte, que es un deber sagrado de todo fiel Mason el procurar, por cuantos medios le sean posibles y estén á su alcance, el bien general de la *sociedad*.

Colvin, despues de haber paseado su mirada por los asistentes para ver el efecto que habian producido sus palabras, continuó del siguiente modo:

—Dirigíame esta noche á nuestra iglesia despues de haber dado las diez como siempre; pero ha dado la casualidad de que topára en el camino con el hermano Joaquin Venlor, el cual iba acompañado de otro caballero amigo suyo. Nos hemos saludado y el hermano Venlor me ha dicho, por medio de nuestros signos, que el caballero que traia consigo debia obtener esta noche misma el grado de maestro Mason. Guiado de la curiosidad, he dirigido una mirada escudriñadora al que hoy debia ser cohermano mio, y he notado con harta admiracion mia, que el neófito era D. Jorje Evarini, antiguo enemigo de mi difunto padre; y creo hacer un bien importante avisando á la Logia á que pertenezco de las siniestras intenciones de este Jorje Evarini, de los males que ha ocasionado á nuestra *Libertad é Igualdad*, y de los sentimientos que necesariamente deben animarle hoy dia... Para poder cumplir de este modo, me he dirigido presuroso al encuentro de un antiguo amigo de mi padre para hacerme dar estensas y perentorias esplicaciones sobre la sospechosa persona de Evarini... Adquiriendo esas noticias tan preciosas he empleado los momentos que he tardado en presentarme, y creo que no habrá sido en

balde, porque aun he llegado á tiempo para impedir que entre un enemigo en nuestras filas. Estoy pronto á esplicar palabra por palabra las noticias que he adquirido cuando el padre Venerable me lo mande; pero advertiré entretanto, que ese Jorje Evarini, que solicita entrar en nuestras filas, en todos tiempos ha sido realista consumado; que en el año 1823 vino de Francia con el ejército francés, que subyugó la península, que muchos liberales de aquella época debieron la muerte á sus intrigas y falsas acusaciones; que siempre se ha mostrado enemigo mortal de todos los liberales; que próximamente en el año 1833, cuando la caida del gobierno absoluto, fué uno de los mas acérrimos realistas; que aun hoy dia se le tiene por tal; que se le vé á todas horas en las iglesias católicas; que tiene relaciones de íntima y peligrosa amistad con un religioso jesuita, realista y enemigo de las sociedades secretas, que vive en N..., de algun tiempo á esta parte, y otras noticias aun que solo puedo comunicar al Venerable de esta Logia. Siento infinito que, durante mi ausencia, se le hayan conferido quizá por falta de noticias los dos primeros grados de *Aprendiz* y *Compañero* (1); pero ya que he llegado á tiempo, á pesar de mi tardanza, espero que la Logia de N..., no permitirá que entre en sus filas un hombre que, por necesidad, debe ser su enemigo, puesto que tan contrarias son sus costumbres de las que deben brillar en un perfecto maestro Mason. No depende ahora de mí lo que debe hacerse; pero me cabe la satisfaccion de que si he venido tarde al consejo, al menos habré hecho un grande bien á nuestra sociedad. Sea ó no sea así... la falta por mi parte está cometida. El padre Venerable es el que debe ahora perdonármela si lo juzga conveniente, y á fuer de buen maestro Mason me someto humildemente á su sentencia.

Ufano y satisfecho quedó el hermano Colvin al notar él mismo la lucidez de su improvisacion. Paseó disimuladamente una mirada inquisitorial por todos los semblantes, y despues que se hubo sentado, el Venerable, desde lo alto de su silla, habló de esta manera:

—Gracias mil os doy, hermano Colvin,... y casi á dároslas estoy obligado ya por el recomendable discernimiento que os adorna, ya por vuestra puntualidad en cumplir perfectamente con los sagrados deberes que os ha impuesto vuestra confraternidad. En nombre de toda la Logia os doy las mas espresivas gracias...

Aquí inclinaron todos los Masones la cabeza haciendo una profunda

(1) Son dos grados que la Logia de los maestros Masones concede á los neófitos antes de admitirlos en su seno.

reverencia en señal de asentimiento á las palabras de su Venerable, el cual prosiguió:

—Os doy, sí, las mas espresivas gracias por vuestro marcado interés y refinado celo, asegurándoos por mi parte que lo haré saber á quien compete para que se os adjudique la recompensa. Tocante á las noticias que sobre Jorje Evarini habeis adquirido, debo advertiros que no pueden decirme nada de nuevo porque sé algo mas... La iniciacion de hoy os ha alarmado, pero no es culpa vuestra si ignorais los motivos de procederse á ella. Cuando se confirieron á Jorje Evarini los grados de Aprendiz y de Compañero, ya dije á los hermanos de esta Logia, que de ser contado ó no el neófito en el número de nuestros afiliados, dependia en gran parte la subsistencia de nuestra hermandad por los grandes y secretos misterios que se enlazan con la persona y la vida del que debemos hoy iniciar... Pero para que os cercioreis, hermano Colvin, de lo que sobre el particular se ha dicho, durante los dias de vuestra ausencia, os mando espresamente que mañana paseis á visitar al Sabio de nuestra Logia para que os entere. Y por lo tanto despues...

Un nuevo campanillazo desde lo alto de la escalera pidió la entrada de un nuevo sócio en el consejo, interrumpiendo al Venerable, quien agitó fuertemente la campanilla en contestacion al hermano portero.

—Padre Venerable, dijo entónces un Mason, que era el primer inspector de la Logia, un compañero ha venido á llamar á la puerta.

—Enteraos de cómo ha podido llegar hasta ella, respondió el Venerable, y arrojadle, cualquiera que sea este compañero.

El primer inspector subió efectivamente la escalera subterránea, y habló algunas palabras con Venlor. Volvió á bajar, y dijo:

—Es el maestro de ceremonias, que presenta á la Logia un compañero que ha concluido su tiempo, y que solicita ser admitido en nuestra compañia.

—¿Por qué motivo, replicó el Venerable, el maestro de ceremonias viene á turbar nuestro dolor? ¿Habrá olvidado acaso que su obligacion en este momento es alejar toda persona sospechosa y particularmente un compañero? Tal vez ese compañero que trae, es uno de aquellos miserables que causan nuestra pena...; ¿y quién sabe si el cielo le sujeta á nuestra justa venganza?... Hermano *Esperto*, levantaos y enteraos de quién es ese compañero; observad escrupulosamente toda su persona, examinad atentamente sus manos, y aseguraos en fin de si existe sobre él alguna señal de complicidad en el crímen que se ha cometido.

El hermano Esperto subió al instante la escalera, acercóse á Evarini,

observóle atentamente, quitóle el delantal que traia, y volviendo á entrar en seguida en la Logia, dijo:

—Padre Venerable, vengo de ejecutar vuestras órdenes: nada encuentro en este compañero que indique que haya cometido un asesinato. Sus vestidos son blancos, sus manos son puras, y el delantal que os traigo es sin tacha.

El Venerable tomó entónces el delantal y miró con escrupulosidad las señales que en él habia dibujadas.

—Hermanos Masones, dijo luego, quiera el Grande Arquitecto, que el presentimiento que me agita sea infundado, y que este compañero no sea uno de aquellos que debe sentir nuestra venganza. Voy á preguntarle y lo sabremos. ¿Lo pensais tambien así?... Sus respuestas nos mostrarán lo que debemos pensar de él.

Todos los hermanos hicieron una señal de asentimiento, y el Venerable dió el permiso para que introdujeran á Evarini.

A poco rato bajó por la escalera una comitiva compuesta de las personas siguientes: iba delante el hermano portero con la cabeza descubierta, y traia un triángulo de bronce en la mano. Seguíanle despues dos hermanos de la Logia vestidos del mismo modo que los demás, los cuales hacian el oficio de maceros, para lo cual llevaban su correspondiente instrumento, y venian detrás de ellos el Anciano de la Logia con una espada y un puñal envainados en la mano. Seguia al Anciano el hermano Joaquin Venlor, el cual traia á Evarini del brazo, y cerraban tan estraña comitiva otros dos hermanos Masones, llevando cada cual un cráneo de hombre en las manos.

Evarini tenia aun vendados los ojos. Venlor, al bajar la escalera, le dijo algunas palabras al oido, para animarle, pero estaba tan aturdido que mas bien era arrastrado que conducido por su amigo.

Luego que la comitiva asomó á lo alto de la escalera, todos los maestros Masones, que componian el consejo, á escepcion del Venerable, se pusieron de pié con el mayor silencio. La comitiva, en cuanto llegó al patio de la iglesia, hizo por su órden una reverencia al túmulo funeral. Diéronle tres vueltas segun costumbre... Cada vez que pasaron por delante de las insignias de la muerte, que estaban dibujadas en dos partes opuestas del túmulo, arrodilláronse respetuosamente por su órden y besáronle tres veces.

Esta fatigada ceremonia, efectuada en un silencio el mas sepulcral, acabó por fin, y todos se sentaron en el lugar que les correspondia.

El hermano portero volvió á subir la escalera, para desempeñar su

empleo de turno. Los dos maceros colocaron sus mazos en un lugar destinado junto á la mesa del Venerable, despues de lo cual tomaron tambien asiento. El Anciano, despues de haberse ceñido la espada y puñal que tenia en la mano, se sentó tambien en aquella mesa destinada para él, la que estaba en frente de la del Sabio de la Logia. Venlor condujo á Evarini á un sillon que tenia preparado ya detrás del mismo túmulo, y él se quedó en pié á su lado. Los dos últimos Masones, finalmente, ocuparon tambien su asiento, despues que hubieron dejado los dos cráneos en la misma mesa del padre Venerable.



CAPITULO VII.

Bóveda de acero.

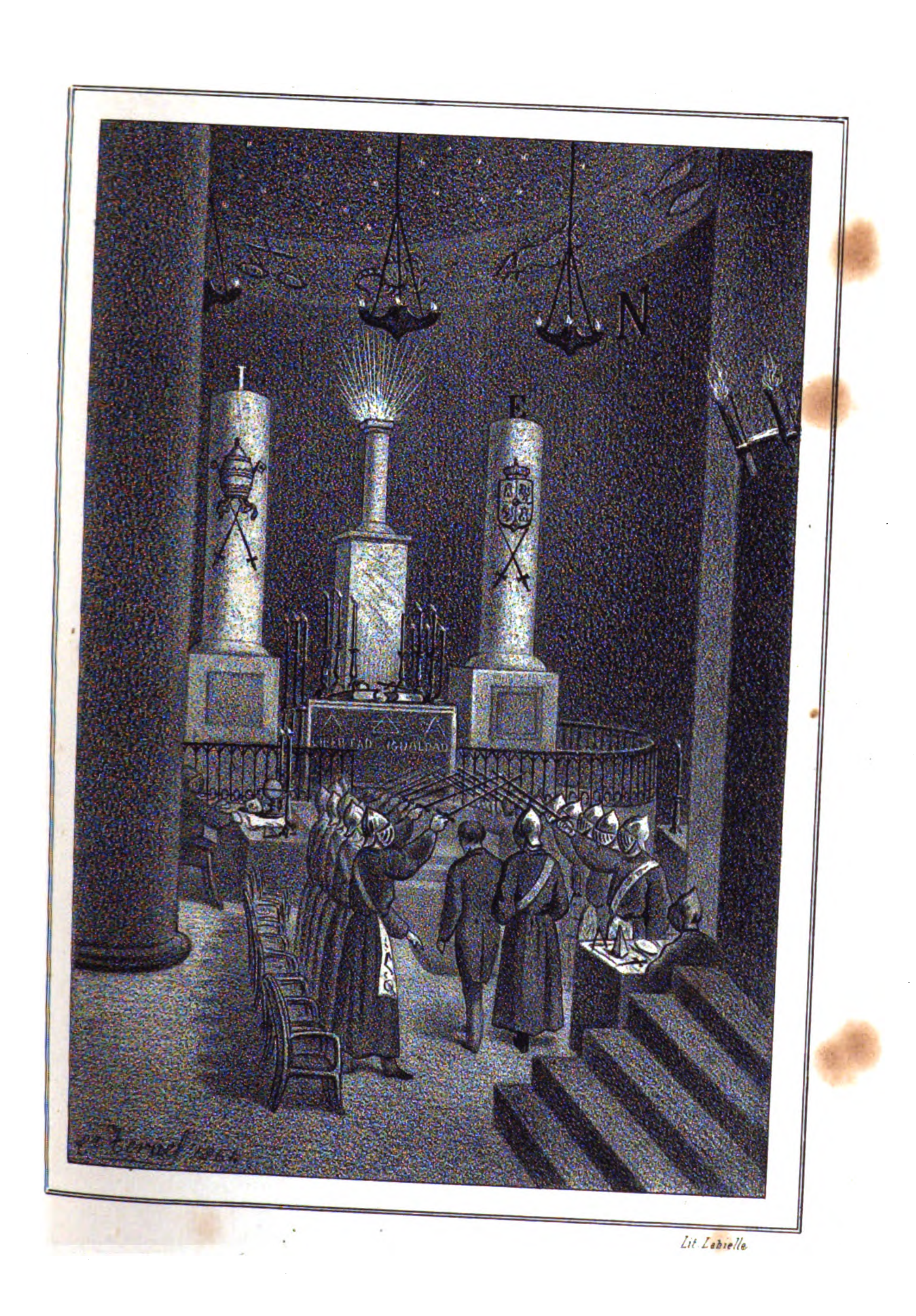
> Sin duda que el silencio, observado despues de su arribo, fué con el objeto de causarle una fuerte sensacion, pues que todos los miembros de aquel tribunal examinaban atentamente sus miradas y movimientos.
>
> FEMINORE COOPER.

HABLANDO en secreto estuvieron largo rato el Venerable, el Anciano y el Sábio.

Evarini, á pesar de que de antemano estaba instruido por su amigo Venlor de las ceremonias que debian hacerse, con todo, no dejó de intimidarse al notar las misteriosas vueltas que hacian darle en derredor de un objeto desconocido.

Pero ¡qué posicion tan penosa era la suya! ¡qué choque tan encontrado de estravagantes ideas se disputarian la preponderancia en su ánimo abatido!... Habia sido conducido allí casi por fuerza... porque Venlor, ese amigo falso que tenia, le habia seducido horriblemente. Al bajar la escalera le habia dicho que estaba ya á la presencia de los jueces invisibles que debian admitirle ó desecharle. Pero... ¿quiénes eran estos jueces para él? Nada sabía de fijo, porque habia sido llevado allí por una infernal astucia, y ni aun podia verles sus rostros porque la espesa venda que traia delante de los ojos se lo impedia. Desde que habia entrado en el edificio, mas bien era instrumento dirigido por su amigo Venlor, que un hombre dotado de razon y de voluntad. Habló por fin el Venerable, y despuès de haber tomado un acento grave, dijo:

—¿Qué teneis que decirme, hermano Venlor?



La bóveda de acero.

Éste permanecia de pié al lado de Evarini: hacía aquella noche el oficio de maestro de ceremonias... y contestó:

—Que el hombre que veis á mi lado, es el que desea obtener el grado masónico que vos estais dispuesto á conferirle.

—¿Y es esta su voluntad?

—Sí, Padre.

—¿Le habeis enterado bien, replicó el Venerable, de las prácticas de la iniciacion y de las preguntas que se le deben hacer como tambien de las respuestas que debe dar?

—De todo está enterado, padre Venerable, contestó Venlor.

El Venerable dirigió entónces una mirada de inteligencia al Sabio y al Anciano, y con toda dulzura dirigió la palabra al neófito de esta manera:

—Jorje Evarini, ¿consentís en ser iniciado en los misterios de nuestras Logias por medio del grado de maestro Mason? ¿Consentís en saber nuestros misterios, que solo tienden á buscar la verdad y la sabiduría?

—Sí... lo consiento, replicó Evarini haciendo un total esfuerzo sobre sí mismo.

Sin embargo, el tono forzado y lastimero con que pronunció estas tres palabras, no se escapó á la perspicácia de los tres que ocupaban las mesas.

El Venerable paseó su mirada inquisitorial por todos los semblantes y dijo:

—Jorje Evarini... Puesto que habeis consentido en obtener el grado de maestro Mason como un acto de vuestra voluntad, ¿estais enteramente resuelto á ser dichoso en nuestra compañía?

—Sí, Padre, contestó Evarini.

—¿Y habeis considerado, replicó el Sabio, que el interés de nuestra sociedad ha de ser antepuesto por vos á todo otro interés creado?

—Sí, Padre...

—¿De modo, hermano, prosiguió el Venerable, que estais dispuesto á ejecutar todas las órdenes del gran Maestre de la Franc-masonería, aun cuando recibais órdenes contrarias de parte de un rey, de un emperador ó de cualquiera otro soberano que sea? (1)

—Sí, Padre, contestó Evarini cada vez mas agobiado.

—Yo me alegro de vuestra resolucion, hermano, dijo el Venerable, y

---

(1) Todo lo que en este capítulo se dice y en los demás relativo al grado de maestro Mason, es realmente lo mismo que sucede, á corta diferencia.

desde ahora os declaro digno de ser admitido á participar de los misterios de los maestros Masones...

Y haciendo entónces una señal á todos los hermanos de la Logia, añadió:

—Hermano Venlor, quitad á Jorje Evarini la venda de los ojos, porque hora es ya de que vea nuestra dicha.

Venlor dijo á Evarini algunas palabras que le previnieron para lo que iba á ver, y desatándole la venda, apartóla de sus ojos, que conservó cerrados por algunos instantes. El Venerable bajó entónces sobre sus ojos la reja de hierro que tenia en el capacete.

Pero ¿quién será capaz de pintar la delirante admiracion de Evarini cuando se presentaron á su vista tantos objetos horribles é inesplicables? Hubiera deseado dirigir acá y acullá sus miradas escudriñadoras, pero la sorpresa le impedia apartar su atónita vista de un mismo punto. ¡Qué tremenda sensacion para su ánimo! Verse de noche al mismo pié de un elevado túmulo que le recordaba la muerte, que no se habia apartado en toda la noche de su memoria... verse en un grande aposento cubierto de negro en todas sus partes, lleno de una confusion infernal é inmensa de objetos horribles y espantosos, y de otros objetos aun que él veria sin existir... ver aquellos elevados catafalcos é hileras de asientos ocupados por inmóviles figuras, de las cuales no sabia si eran estátuas humanas ó infernales, cubiertas con ropajes negros... verse, en fin en medio de un conjunto de partes tan espantosas, sorprendentes é inesperadas. Necesariamente habia de sentir las horribles impresiones que debian inspirar los objetos que le rodeaban. Perdió por un instante su inmovilidad... dirigió una mirada á su rededor, y encontróse por fin con la mirada fija é imperturbable de su amigo Venlor, que permanecia aun en pié al lado de su silla. ¡Ah!!! ¡En aquella mirada del falso amigo conoció Evarini toda la estension del desengaño!

—Evarini, ¿quieres ser dichoso en nuestra compañia? preguntó el Venerable.

Venlor, que conoció muy bien cuán imposible era que Evarini se acordase de lo que tenia que responder, se lo recordó hablándole al oido, despues de lo cual contestó el neófito en tono imperceptible:

—Sí, hoy mismo...

—Así te conviene, replicó el Venerable.

Hizo una breve pausa, y luego prosiguió:

—Conviene mucho, repito, que seas maestro Mason; pero antes de todo has de saber que yo no puedo hacerte partícipe de nuestra dicha,

si no me das una prueba incontestable de tu discrecion y de tu obediencia á las leyes que nos hemos impuesto. Ella está contenida en la obligacion que te voy á leer, y á la cual debes conformarte, si quieres ser admitido á tomar parte en nuestros misterios... Vamos, pues, Evarini, ya que solo esperas el ansiado momento de tener parte en nuestros misterios, prepárate para venir á leer el juramento, sin el cual no lograrás jamás tu intento.

Y despues de esto, púsose en pié, desenvainó enérgicamente su espada, y dirigiéndose al consejo, esclamó:

—Hermanos Masones: levantaos, poneos en órden y sacad vuestras espadas.

A esta invitacion del Venerable, todos los maestros Masones pusiéronse en pié, desenvainaron sus espadas, y poniéndolas todas al nivel de sus cabezas formaron lo que se llama *Bóveda de Acero*.

Entónces Venlor tomó á Evarini del brazo y condújole paso á paso por debajo del arco que formaban las espadas de los hermanos. Evarini iba pasando debajo de ellas con una estupidez horrible y con una imaginacion exaltada hasta el estremo. A medida que Evarini iba dejando detrás de sí las espadas que formaban la bóveda de acero de los Masones, estos las ponian en cruz á manera de lidiadores.

Cuando Evarini llegó al pié del catafalco, el Venerable, levantándose de su asiento con un libro abierto en la mano, acercóse á Jorje Evarini, el cual estaba ya de espaldas al altar, y le dijo:

—Lee, pues, Evarini, el juramento que debes pronunciar antes que puedas tener parte en nuestros misterios.

El desgraciado esposo de Emigdia, precisado á pesar suyo á ceder, no pudo menos que fijar sus atónitos ojos en el misterioso libro que le presentaron, y con voz entrecortada y vacilante pronunció el juramento siguiente:

«Yo, Jorje Evarini, juro en presencia del G.·. A.·. D.·. U.·. *(Grande Arquitecto del Universo)* y sobre mi honor, guardar el mas inviolable secreto acerca de todo lo que he visto desde el principio de mi presente recepcion como tambien de todo lo que yo oiga ó entienda en lo sucesivo. Juro además no hablar de esto jamás á persona alguna que no sea del mismo grado á que yo voy á ser admitido; juro no escribir una palabra sobre lo que concierne á los misterios de la órden sin tener antes permiso del gefe de la iglesia (1) de que yo sea parte; juro *antepo*-

(1) Los franceses la llaman *Chambre du milieu.*

ner á todas las cosas el interés de la sociedad á que soy admitido y obedecer fiel y lealmente las órdenes que los gefes me comunicaren. Y si fuese perjuro violando alguna vez el secreto, no solo consiento en sufrir la pena de muerte, sino tambien en que *me sea cortada la cabeza, arrancados el corazon y las entrañas, y mis cenizas arrojadas á los vientos.*»

A pesar de la fuerte emocion que dominaba á Evarini al leer esas últimas palabras, con todo, el Sabio, que era el orador de la Logia, no dejó de aterrorizarle mas con este razonamiento.

—La multitud de formalidades, le dijo, de que nos valemos en tu iniciacion y mas la tremenda fórmula del juramento que acabas de pronunciar, te probarán mejor que todo, Jorje Evarini, la inviolabilidad del secreto que debe confiársete; pero de cualquier modo que sea, no quiero reputarte por tan nécio que llegues á despreciar como cosa vana esas formalidades y esa fórmula de juramento Pero si contra mis esperanzas llegares á dudar de la validez de unas y otras, no te toca hacer mas que faltar en lo mas mínimo á nuestros misterios, y entónces podrás conocer mas que nunca lo temible y poderosa que es la confraternidad de los Franc-masones. Entónces esas espadas que delante de tí se cruzan, estarian prontas á traspasar tu corazon como á traidor, y yo tendria el sentimiento de no poder evitar la venganza... Vamos, pues, Evarini, hora es ya de que acredites tu resolucion preparándote á la participacion de nuestros secretos; y por lo tanto ¿juras por esas espadas que delante de tí se cruzan, no apartarte jamás del juramento que tú mismo hace poco has leido?

—Sí, lo juro, replicó Evarini con voz débil.

—Querido hermano, le dijo entónces el Venerable con acento profético é inspirado, el secreto de la Franc-masonería consiste en estas palabras: *Igualdad* y *Libertad;* todos los hombres *son iguales* y *libres:* todos los hombres son *hermanos*.

Guardó entónces el Venerable un profundo silencio, durante el cual examinó escrupulosamente á Evarini, el cual no esperaba por cierto que tal fuese el misterio de los maestros Masones. Muy luego el Venerable se dirigió á todos los Masones diciéndoles:

—Hermanos, envainad vuestros aceros y abrazad á vuestro nuevo hermano igual y libre.

Los Masones obedecieron, y uno por uno abrazaron á Jorje Evarini, el cual hubiera deseado de todas veras desentenderse de estas forzosas pruebas de fraternidad. Finalmente, despues que hubo recibido de todos el abrazo, fué conducido por Venlor al asiento que habia antes ocupado, quedándose este último á su lado y en pié.

CAPITULO VIII.

La palabra sagrada..

Esa santa relacion que me habeis hecho,
reconoce un fin de felicidad y de portentos.
SHAKESPEARE.

Poco despues que Evarini estuvo sentado, el Venerable le dirigió nuevamente la palabra en estos términos:

—Gracias os doy, hermano Evarini: habeis seguido el impulso de vuestra conciencia y habeis dado una prueba incontestable de vuestra sencillez y pureza de costumbres: seguid siempre de esta manera, y sereis el aprecio de la numerosa sociedad de los maestros Masones; y sobre todo de los que mas de cerca os esperimentarán.

Estas palabras, que solo fueron dichas para halagar á Evarini, no produjeron resultado alguno favorable. Evarini en pocos momentos habia medido ya la profundidad del abismo en que habia caido por medio de su juramento... creyóse infernalmente engañado, y solo trató de reparar el daño tan pronto como desamparase aquella caverna. En el entretanto hizo la séria resolucion de responder con la mas estóica calma á todas las preguntas que se le hicieran.

Así fué que cuando el Sabio por órden del Venerable dijo:

—Jorje Evarini... ¿de qué religion particular sois, ó á cuál estais adherido?

Con una entereza y sangre fria que sorprendió á todos los circunstantes contestó:

—*Soy Católico, Apostólico y Romano*.

Y en tanto que el Sabio escribia en un papel la respuesta de Evarini, el Venerable replicó:

—La religion del verdadero Mason es la sabiduría.

—¿Estais dispuesto, añadió el Sabio, á combatir con prudencia, firmeza y moderacion los sofismas de la ignorancia y del dolo?

—Sí, contestó Evarini...

—¿Estais preparado, prosiguió el Sabio, á hacer apreciable por la pureza de vuestras costumbres, la religion cuyas reglas seguireis de aquí en adelante?

—Sí, lo estoy...

A esta respuesta detúvose el Sabio, y á manera de inspiracion esclamó:

—¡Oh, grande Astro! ya tenemos un justo mas en nuestra compañia; haced que sea digno de ella, como todos los que están aquí presentes: hacedle pronto partícipe de vuestras glorias, quitadle la venda del error, que ha estraviado su entendimiento, y haced que, restituido á la inocencia, á la sencillez y á la razon, venga al *ecuador* (1), á recibir el complemento de su iniciacion.

Levantóse, y acercándose á Evarini le hizo las siguientes preguntas. El neófito, instruido por Venlor, sabía ya las respuestas que debia dar á cada una de ellas, y era tanta la calma de que estaba revestido, que no hubo de acudir al maestro de ceremonias para recordarlas.

—¿A quién hablo yo? preguntó el Sabio.

—A Jorje Evarini, contestó éste.

—¿Qué tienes tú?

—Yo soy ciego...

—¿Cómo puedes resucitar?

—Con un incendio...

—¿Cómo contribuirás á él?

—Con una emancipacion.

—Muy bien... dime ahora la palabra sagrada, si te acuerdas de ella.

—Sí me acuerdo.

---

(1) Bastante concebible es el significado de esta palabra.

Y púsose á deletrear con toda distincion y claridad el siguiente vocablo: OTEROBA... (1).

—Muy bien te acuerdas, dijo el Sabio; y un movimiento de aprobacion recorrió las dos alas de los Masones.

Los ojos del Venerable brillaron entónces de alegria debajo de la rejuela de hierro que cubria su rostro.

---

(1) Estas siete letras son las iniciales de otras tantas dicciones, que son: *Occide tirannum, et recupera omnia bona antiqua*, lo cual puesto en romance castellano significa: *Mata al tirano y recobra todos los bienes antiguos*. La significacion de estas voces es muy clara: *Mata al tirano* quiere decir segun sus reglas... mata á *tu rey; y recobra todos los bienes antiguos*, no significa otra cosa que volver á aquellos tiempos en que cada hombre, sin dependencia de nadie, era libre de hacer lo que mejor le pareciese... Hasta que los Masones llegan á los últimos grados de la Asociacion, ignoran el verdadero significado de esta palabra sagrada, de la cual usan solo los españoles.



CAPITULO IX.

—

La muerte de Abirám

> El que no es cobarde, en los peligros se fortalece.
> ¡Qué virtud puede compararse con el valor y la constancia en los peligros!
> SHAKESPEARE.

DESPUES de todo lo que acabo de contar, el Venerable dirigió la palabra á uno de los Masones.

—*Hermano Esperto*, le dijo, preguntad á ese compañero ¿cómo se atreve á esperar ser introducido entre nosotros?

—Dando la palabra de paso, replicó Evarini.

—¡La palabra de paso! esclamó el Venerable, ¿cómo podrá saberla? Esto no podrá ser sino por consecuencia de su crímen. Hermano primer inspector, acercaos á él y examinadle con todo escrúpulo.

El primer inspector se levantó, miró atentamente todos los vestidos del recipiendario, observó la mano derecha del mismo, y esclamó:

—¡Gran Dios! ¡qué he visto!

Y le agarró al instante por el cuello, diciéndole con voz amenazante:

—¡Habla, malhechor! ¿cómo darás tú la palabra de paso? ¿quién ha podido comunicártela?

—Yo no la sé en verdad, respondió el recipiendario. Mi conductor la dirá por mí.

—Venerable hermano, añadió el primer inspector, dice el recipien-



dario, que ignora la palabra de paso, pero que la dará por él su conductor.

—Hacéosla dar pues, contestó el Venerable.

Venlor, que hacía entónces de maestro de ceremonias, pronunció una palabra al oido del primer inspector, el cual dijo:

—La palabra sagrada es exácta, padre Venerable.

Entónces el recipiendario fué conducido caminando hácia atrás hasta el paño mortuorio, y le hicieron detener á los piés de él, y al llegar allí el hermano Mason, que estaba debajo del paño con una rama de acacia en la mano, se volvió hácia la parte de Oriente.

—Compañero, le dijo el Venerable, sois muy imprudente, pues os habeis presentado aquí á tiempo que estamos lamentando la pérdida de nuestro respetable hermano Abirám, traidoramente muerto por tres compañeros... Hablad pues; ¿acaso estareis comprometido en tan horrible asesinato? ¿sereis vos del número de los infames que lo han cometido?...

Y señalándole el hermano cubierto con el paño mortuorio, añadió:

—¿Veis el cuerpo del delito?

—No, respondió él.

—Entónces, hermanos, haced que lo vea ese compañero, añadió el Venerable.

Venlor entónces cogió el recipiendario por la mano derecha y le hizo dar una vuelta al rededor de la Logia, entretanto que el que estaba debajo el paño mortuorio se retiró furtivamente. Cuatro hermanos armados acompañaron al recipiendario, y el Esperto le seguia teniendo un cabo de la cuerda que tenia atada á la cintura.

—¿Quién vá allá? dijo el Venerable.

—Es un compañero, respondió Venlor, que ha concluido su tiempo y quiere pasar al grado de maestro Mason.

—¿Cómo espera conseguirlo?

—Por la palabra de paso.

—¿Cómo la dará si no la sabe?

—Yo la daré por él.

Venlor se acercó luego al Venerable y le dijo al oido la palabra de paso.

—La palabra es justa, hermanos, dijo el Venerable levantándose.

Y mientras que él iba á colocarse en las gradas del Oriente, el hermano Venlor, seguido de los dos inspectores, hizo dar al recipiendario una vuelta alrededor del túmulo. Cuando llegaron otra vez delante el altar, el recipiendario se arrodilló y el Venerable le puso las dos puntas

de un compás sobre el pecho al mismo tiempo que estendió la mano sobre la Biblia abierta. En esta posicion estuvieron algunos instantes, y el Venerable al fin dijo:

—Levantaos, hermano Evarini. Vos debeis representar ahora á nuestro maestro Abirám, que fué cruelmente asesinado luego de concluido el templo de Salomon, lo cual aconteció del modo que voy á contaros.

Los hermanos se habian agrupado al rededor de Venlor y del Venerable, el cual, tomando un acento profético, habló de esta manera:

«El célebre arquitecto *Abirám* fué enviado á Salomon por Hirám, rey de Tiro, para dirigir los trabajos del templo de Jerusalen (1). El número de trabajadores era inmenso; y para mejor entenderse, Abirám los dividió en tres clases, en las cuales recibia cada obrero su salario correspondiente á la habilidad que le distinguia. Estas tres clases eran las de Aprendiz, Compañero y Maestro. Cada clase tenia sus misterios particulares y se reconocian con la ayuda de palabras y de señales que les eran propias. Los aprendices cobraban su salario junto á la columna B, los compañeros junto á la columna J, y los maestros en la *cámara del medio;* pero no se pagaba á nadie sin haber sido observado atentamente por los de su grado. Tres compañeros, viendo que la construccion del templo tocaba á su fin, y que ellos no habian podido obtener aun la palabra de *Maestros*, resolvieron arrancarla por la fuerza á Abirám, á fin de pasar por maestros entre los demás y de cobrar el salario de tales. Estos tres miserables, llamados *Jubelas, Jubelos* y *Jubelum,* sabian que cada medio dia estaba Abirám en el templo para hacer sus oraciones, mientras que los trabajadores descansaban. Ellos por tanto le siguieron, y cuando le vieron dentro el templo, se colocaron uno á cada puerta, es decir: que Jubelas ocupó la puerta del Mediodía, Jubelos la de occidente y Jubelum la de oriente. Cuando Abirám quiso salir, se dirigió á la puerta del Mediodía y encontró allí á Jubelas que le pidió la palabra de maestro. Abirám se negó á ello, diciendo que primero moriria antes que darla, y el compañero le dió entónces un golpe en la cabeza con una regla de veinticuatro pulgadas que tenia en la mano...»

Aquí paró el Venerable su relacion, y el segundo inspector, acercándose á Evarini, le dijo:

—Vos, que representais ahora á nuestro maestro Abirám por haberos considerado digno de estar entre nosotros, dadme la palabra de maestro.

(1) Esta historia es contada á los recipiendarios de muchas maneras, segun sea el rito masónico á que pertenezca la Logia.



—No quiero, respondió Evarini.

No podia darla tampoco porque no la sabía, pues la palabra de maestro es la misma palabra de paso que su conductor habia dado al oido del Venerable.

Cuando Evarini hubo dicho que no queria por segunda vez, el segundo inspector le dió un ligero golpe en la cabeza con una regla de veinticuatro pulgadas.

«Entónces Abirám, añadió el Venerable, se dirigió herido á la puerta de occidente. Allí encontró á Jubelos, el cual le pidió tambien la palabra ó contraseña de maestro.»

El primer inspector se acercó tambien á Evarini y le dijo:

—Vos, que representais á nuestro padre y maestro Abirám, dadme la palabra de maestro.

Evarini respondió:

—No quiero.

Y el primer inspector le dió otro golpe con una escuadra de hierro.

El Venerable prosiguió:

«Herido segunda vez nuestro padre Abirám, reunió las pocas fuerzas que le quedaban y probó de salir por la puerta del oriente. Allí encontró á Jubelum que le pidió como sus cómplices la palabra de maestro; y viendo que no podia obtenerla, le dió en la cabeza un tal golpe de martillo, que le dejó muerto en el suelo.»

Luego de dicho esto, el Venerable dió tambien á Evarini un golpe en la cabeza con el martillo de mando que tenia en la mano. Al instante mismo dos hermanos, que se habian puesto á su lado, le cogieron por ambos lados, y levantando el paño mortuorio, le estendieron debajo de él, quedando de este modo colocado en un simulacro de tumba, sobre la cual colocáron la rama de acacia.

Hecha esta operacion, añadió el Venerable:

«Los tres asesinos, despues de reunidos, se pidieron recíprocamente la palabra de maestro, y viendo que ninguno de ellos la podia dar, no se ocuparon mas que en ocultar el crímen. La noche siguiente trajeron el cuerpo de Abirám á las huertas de Jerusalen y lo enterraron entre escombros sobre una montaña. Viendo Salomon que no comparecia el director del templo, encargó á nueve hermanos que no perdonasen medio para encontrarle. Estos hermanos anduvieron en diferentes direcciones, y al segundo dia llegaron á la cumbre del Líbano. Uno de ellos estando ya fatigado, se sentó en el suelo y observó que la tierra que le rodeaba habia sido removida recientemente. Al instante llamó á sus compañeros

y les dió parte de su descubrimiento. Escarbaron la tierra y en pocos instantes dieron con el cuerpo de su maestro Abirám, y vieron que habia muerto asesinado. Entónces volvieron á cubrirle con la tierra y para que se acordáran del sitio, pusieron sobre él una rama de acacia. Enseguida se fueron á Salomon y le contaron lo sucedido...»

Aquí paró de nuevo su relacion el Venerable, y dirigiéndose luego á la Logia, les dijo:

—Hermanos, imitad tambien vosotros á nuestros ancianos maestros... Hermanos inspectores, dejad vuestro asiento, y andad en busca del que representa al venerable maestro Abirám. .

Los inspectores tomaron efectivamente uno el camino del norte, otro el del Mediodía. El primero se detuvo junto á la tumba del recipiendario, levantó el paño mortuorio que le cubria, puso en la mano derecha del mismo la rama de acacia, y al instante se volvió hácia el Venerable, diciéndole:

—Yo he encontrado, maestro, una tumba nuevamente abierta y dentro de ella un cadáver que parece ser el de nuestro maestro Abirám, y he plantado allí una rama de acacia para conocer el lugar donde estaba.

«Á esta triste nueva, respondió el Venerable, prosiguiendo su relacion: Salomon se sintió herido por el mas profundo dolor, y considerando que el cadáver encontrado no podia ser otro que el de Abirám, ordenó á nueve hermanos que fueran á buscarlo y lo trajeran á Jerusalen, encargándoles particularmente que buscasen cerca de él la palabra de maestro. Preguntáronsela unos á otros y no la recordaron: entónces les preguntó la palabra que habian dicho y el gesto que habian hecho al ver el cadáver, y les mandó que aquella palabra y señal sustituyeran á la señal y palabra del maestro Abirám. Los hermanos se revistieron con delantales y guantes blancos, y trasladándose al monte Líbano verificaron el desentierro del maestro.»

—Hermanos mios, añadió luego el Venerable dirigiéndose á la Logia, imitad aun á nuestros ancianos maestros, y asemejáosles en desenterrar los restos del que representa á nuestro maestro Abirám.

Entónces el Venerable se colocó á la cabeza de todos los hermanos, dió una vuelta alrededor de la tumba, se detuvo á la derecha del recipiendario, y le quitó de las manos el ramo de acacia.

Practicaron despues otras muchas y ridículas ceremonias, y luego condecoraron á Evarini con la banda y el delantal masónicos. Pronunciaron en seguida la palabra de maestro (1), y le dieron las señales para co-

(1) Esta palabra de Maestro puede ser en Francia la de *Mac-Benac*, y en España la de OTEROBA ó otra tambien.

nocer á los de su grado. Levantaron inmediatamente al recipiendario, y le hicieron sentar en el oriente á la derecha del Venerable.

Éste guardó silencio por algunos momentos, y dirigiéndose despues á Evarini le dijo:

—Esta es, pues, hermano Evarini, la historia de Abirám, nuestro fundador, y por ella podreis venir en conocimiento de la mucha antigüedad de nuestra asociacion. Pero si os he hecho el alto honor de esplicárosla, ha sido porque sois ya maestro Mason, y porque como tal habeis de consideraros obligado á vengar la muerte de Abirám, mártir del secreto masónico, y sobre todo á buscar la *palabra* ó contraseña, que con su muerte se perdió. Vuestros superiores sabrán elegir los medios mas aptos para lograr esos dos objetos; y á vos solo os toca obedecerles en todo lo que os manden (1). Pero en remuneracion de vuestra obediencia y abnegacion, nuestra sociedad os mirará como á hijo suyo, os cuidará paternalmente, os conservará bajo su tutela y amparo, os pondrá en estado de utilizar vuestros talentos, y sobre todo se encargará de que en todo el curso de vuestra vida no os falte el sustento ni los recursos necesarios para satisfacer vuestras necesidades. Conoced pues como el fin de nuestra sociedad es humano y religioso. Por lo tanto, hermano Evarini, haceos digno de ella. Mañana se os admitirá nuevamente en la Logia, y

(1) Al oir esta historia de Abirám, muchos de los que se inician en el grado de los maestros Masones no quieren creer que sea una verdad; antes al contrario lo tienen por una solemne fábula, y todas las ceremonias antecedentes y consiguientes un juego de niños. Todo esto junto á la solemne promesa que hace la sociedad á sus neófitos, de que no les faltará el sustento en todo el curso de su vida, y de que en todo caso satisfará con una pension diaria todas sus necesidades, hace que estos (especialmente los jóvenes) entren confiadamente en esas sociedades, pensando que nada hay de mal en ellas, y sin cuidarse de buscar *la palabra perdida*, ni de vengar la muerte de Abirám, puesto que no creen en su historia.

Pero todos estos designios poco le importan á la *Logia Madre*, que dirige todas las demás del reino porque ella se contenta con tener bajo su entera disposicion á muchos millares de hombres sea cual fuere el motivo por el cual estos se conserven, en ella bajo pena de muerte. Ella sabe que puede mandarles todo lo que le plazca, cuidándose poco de su juicio sobre su Asociacion; y entretanto procura utilizar debidamente el talento de todos, haciendo pasar á los mas aptos para ello de grado en grado, hasta llegar á los últimos misterios de la secta; dejando que los mas timoratos permanezcan maestros Masones, pensando que ya no hay otro grado despues de ellos. De este modo muchos millares de hombres engañados, de todas clases y condiciones, contribuyen sin pensarlo á la caida de los altares y de los tronos que es el único fin de esa secta que se funda en los evangélicos principios de *Libertad é Igualdad*.

entónces no solo conocereis á los que han de ser vuestros hermanos, sino que tambien se os acabarán de dar las contraseñas y señales ordinarias para que en todas las partes de la tierra podais distinguirlos y conocerlos.

Hubo aquí un rato de silencio, durante el cual Evarini hizo algunos movimientos de impaciencia; y el Venerable, tomando una cajita de concha de sobre la mesa, la guardó entre sus dedos y esclamó:

—Escuchadme otra vez, hermano Evarini; nuestra sociedad de los maestros Masones para animar mas en sus hijos el amor á la sociedad, y para que procuren con mas actividad buscar la *palabra sagrada* y vengar la muerte de Abirám, tiene la inveterada costumbre, rigurosamente observada, de regalar á los neófitos una sortija y unos guantes, cual los que ahora os entrego, en la noche misma de su iniciacion. Estimad pues, Evarini, el regalo de la sociedad.

Evarini tomó de mano del Venerable la cajita de concha que contenia la sortija y los guantes. El Venerable prosiguió:

—Este regalo, Evarini, lo hace nuestra sociedad, no precisamente con el objeto de que use de él el iniciado, sino para que éste lo entregue ó regale á su vez á la persona que mas ame en esta vida; de modo que esta segunda dádiva por parte vuestra es casi una obligacion. El hermano Venlor podrá esplicaros en las entrevistas que con él debereis tener, la utilidad y hasta la necesidad de esta costumbre.

Entónces el Sabio tomó la palabra, despues de haber solicitado el permiso del Venerable, é hizo un discurso que duró mas de media hora.

El orador probó á su modo la antigüedad de la Franc-masonería, la utilidad de los designios de la secta, y acabó haciendo una circunstanciada relacion de lo que significaba toda la *Historia de Abirám*.

Concluido el discurso, el Venerable dijo á Evarini:

—Sin duda os admira, hermano Evarini, el que no os haya hablado aun del objeto principal de vuestra iniciacion. No penseis que se os ha engañado cuando el hermano Venlor os ha hablado de mi parte sobre ciertos secretos que os convenia penetrar; pero os ha dicho al mismo tiempo, que si queriais saberlos, habiais de entrar en nuestra sociedad, para trabajar en pago en la grande obra de la regeneracion del género humano. En esto consistió el convenio que hicisteis con el hermano Venlor. Por vuestra parte habeis cumplido fielmente, puesto que estais ya afiliado en la secta de los Masones, y ahora solo á mí me toca cumplir. No dudeis, Evarini, de mi integridad; porque ya sabré á su tiempo cumplir mi promesa, diciéndoos francamente lo que tanto os conviene

y anhelais saber; y para decirlo de una vez, os esplicaré quiénes son los padres de este *Aurelio* que hasta ahora ha pasado por hijo vuestro. Pero antes de mostrarme tan franco, ya podeis conocer, hermano, que tengo derecho á ciertas exigencias.

Por ahora, prosiguió el Venerable despues de una breve pausa, en nombre de nuestra santa y respetable sociedad no os impongo mas que una sola y fácil obligacion, la que cumplireis exactamente; y es esta: Que cuando vuestro digno amigo, el hermano Venlor, os llame de parte mia, del Sabio ó del Anciano de la Logia, que son los que tienen jurisdiccion sobre vos, sin tardar un momento asistais á donde se os indique, con él ó sin él, segun ó de qué modo os sea mandado... ¿Me habeis comprendido, Evarini?

—Muy bien, Padre, replicó el desgraciado esposo de Emigdia.

—Ya estais pues corriente por hoy, añadió el Venerable, pero antes de despediros, debo repetir que os acordeis en toda ocasion del juramento que esta noche habeis hecho... Marchaos pues... hora es ya de que os retireis alegremente á vuestra casa. El hermano Venlor vuelva á acompañaros á ella, y desde hoy tened por sagrada é inviolable la obligacion que os acabo de imponer.

Las palabras que recordaron á Evarini el juramento que habia hecho aquella noche, fueron pronunciadas por el Venerable en un tono tan amenazador, que intimidaron en gran manera su ánimo, á pesar de haber determinado mirarlo todo con calma y sangre fria.

Agitó el Venerable la campanilla, y á su sonido dos de los hermanos Masones se acercaron á Evarini, y con la ayuda de Venlor volvieron á ponerle la venda delante de sus ojos.

Evarini se levantó entónces á un impulso de Venlor, el cual le ofreció el brazo, y precedidos de dos hermanos subieron la escalera subterránea.



CAPÍTULO X.

Noticias.

Audaces fortuna juvat, timidosque repellit.
HORACIO.

LUEGO que Evarini, con su amigo Venlor, ya no estuvieron en estado de oir lo que pasaba en la iglesia, el Venerable habló al consejo de los Masones en estos términos:

—No os admire, hermanos, la iniciacion de ese imbécil Evarini que acaba de marcharse. Si hubiéramos de seguir con rigor y precision todas las reglas y preceptos de nuestro *Código,* sobre las iniciaciones, de ningun modo el iniciado de hoy podria formar parte de nuestra sociedad. Pero esto no importa. Ya os he dicho de antemano, que las órdenes que tenia recibidas de Madrid me mandaban terminantemente que fuese admitido á formar parte de ella, á pesar de que no reuna ninguna de las circunstancias necesarias para la admision, dándome por única razon de ello, el que de su iniciacion dependia la vida ó muerte de nuestra sociedad. Esto es pues lo que manda el *grande Oriente* de Madrid. Él sabe los motivos que le obligan á obrar de este modo, y nosotros hemos cumplido debidamente acatando sus órdenes.

De grande interés son por otra parte, hermanos Masones, continuó el Venerable despues de un momento de silencio, las noticias que esta

noche tengo que comunicaros. Tres grandes pliegos he recibido, hermanos, esta tarde y por conducto estraordinario, interesantes y de mucha cuantía. Uno es del *gran Maestre Mason* de Cataluña, el cual me escribe desde Barcelona con fecha de hoy mismo, que en consecuencia de un pliego que ha recibido del *grande Oriente* de Madrid, me encarga: que en vista de las muchas órdenes y prevenciones que me tiene dirigidas, espida yo las disposiciones necesarias á los afiliados en esta Logia de N..., para que estén prontos y preparados para el dia que se fije la ruptura de hostilidades contra las *comunidades religiosas,* cuya ruina tanto hemos anhelado, y tanto han pedido nuestros diputados de N... en el parlamento masónico. Esta revolucion, me dice el *gran Maestre,* (y he dicho yo tambien varias veces en esta Logia), ha de ser enteramente completa y general en toda España, á imitacion de la del año 1820, contra el código constitucional, añadiendo que debe verificarse casi á un mismo tiempo en toda la península, y que el dia de la ejecucion ha de ser dentro el próximo julio... Me remite además una enérgica alocucion dirigida por él á todos los Masones de Cataluña, la cual leeré en la sesion de mañana.

El otro pliego es del secretario mayor del *grande Oriente liberal* de Madrid, el cual me comunica: que estando ya bastante discutido en nuestro parlamento el modo cómo deberá llevarse á cabo la revolucion proyectada, y reuniéndose ya todos los medios necesarios para ello, se ha disuelto el parlamento masónico y determinado que la revolucion tenga efecto por todo el próximo julio, y que el dia ya se me designará de antemano por medio de otra circular. Añade además, que nuestros diputados de N..., nos instruirán verbalmente de lo que conviene hacer y de lo que el parlamento ha resuelto que hagamos. Y en posdata me comunica, como cosa interesante, que el dia 20 del corriente mes se inició voluntariamente en nuestra sociedad el Exmo. Sr. duque de Villa-Lon, hombre de grande riqueza y popularidad, añadiendo, que mucho puede esperar nuestra sociedad de este caballero opulento, á la par que influyente, valeroso y decidido.

El tercer pliego es de nuestros diputados de N, de fecha 29 del pasado, y me dicen en él, que aquella misma tarde se pondrán en camino para esta, y que á su llegada nos enterarán de palabra de lo que conviene hacer en la próxima revolucion; dando ya por seguro que se vá á dar un gran paso hácia la caida del catolicismo con la ruina de las órdenes religiosas.

Esto es pues, hermanos, todo lo que sé y de que debemos felicitarnos.

Está proximo el dia de nuestras glorias, porque el *Grande Arquitecto del Universo* se ha servido proteger nuestras empresas. Mañana, hermanos, pienso hablaros de este asunto, pero entretanto os encargo valor y constancia, prendas las mas indispensables. Sobre todo actividad y valor; recordad que en nuestra sociedad no admitimos ningun cobarde. Os repito tambien que procureis ganar partido por medio de vuestros amigos, logrando hacer á alguno de vuestra parte aunque sea esteriormente, porque para una empresa tan arriesgada é importante se necesitarán muchos brazos... Dejo pues de hablaros por hoy, hermanos, y sobre todos estos puntos, que tan ligeramente he tocado, os hablaré mañana con sobrada detencion.

Levantóse en seguida el Venerable de su asiento, diciendo:

—Hermanos Masones, acabóse la sesion y hasta mañana.

Todos los hermanos imitaron el ejemplo del Venerable, y la comitiva masónica dejó su conciliábulo. Los dos hermanos maceros precedian á los demás, y despues de haber hecho todos una genuflexion delante el túmulo del supuesto *Abirám,* empezaron á subir la escalera. El Venerable seguia á los maceros, luego el Sabio y el Anciano precedian á todos los demás hermanos por su órden, cerrando la comitiva dos Masones con un cráneo de hombre en las manos.

Quedó entónces solitario aquel recinto, hasta que bajaron á él algunos hombres con linternas, los cuales apagaron todos las velas, dejando á oscuras aquel simulacro de infierno.

. . . .

Media hora despues los Masones habian dejado ya el hábito de la órden y se habian retirado á sus casas.

El coche que habia dejado á Evarini en la suya, habia parado de nuevo junto á la casa Logia, y acababa de entrar en él el Venerable.

Picó el cochero los caballos, y al cabo de pocos minutos el carruaje estuvo fuera de la ciudad, dirigiéndose á una quinta donde en otra parte de esta historia volveremos á hallar al padre Venerable.

PARTE TERCERA.

UNA CONTRAMINA.

CAPÍTULO I.

El Padre Vincencio.

No deslumbra su seda delicada,
Que es pobre y sin adorno su vestido;
Deslumbra el resplandor de su mirada,
Donde la castidad se ha recogido.
AROLAS.

ERA el dia 2 de julio del año 1835...

En uno de los aposentos, el mas retirado de una sencilla casa, por cuyas abiertas ventanas entraban los rayos del sol de la tarde, era donde moraba comunmente aquel religioso jesuita, que habia sido y era aun el maestro de Aurelio.

En él nada se notaba de lujoso ni supérfluo, descubriéndose en todos sus muebles y ornato la mayor humildad. Una mesa para escribir, sobre la cual estaban colocados en unos pocos estantes, de siete á ocho docenas de libros; nueve ó diez sillas, que contarian sus buenos años de existencia, un cofre muy pequeño, una capa de paño negro pendiente de un colgador, y una sencilla cama colocada en el fondo de una reducida alcoba, que no merece mas escrupulosa observacion, por estar siempre cerrada con un viejo cortinaje encarnado.

Habia tambien un sencillo reloj en la pared, y además seis hermosos cuadros, que aunque sin lujosas guarniciones, estaban preciosamente dibujados, y no dejaban de ser por esto originales regalados por el mismo pintor que los compuso. El que mas estaba á la vista era un S. Ignacio

de Loyola, fundador de su órden, colocado sobre la librería: pero el mas hermoso y de mayores dimensiones era uno que tenia pintado un grupo de figuras sorprendente, y que por ser muy interesante requiere una particular esplicacion.

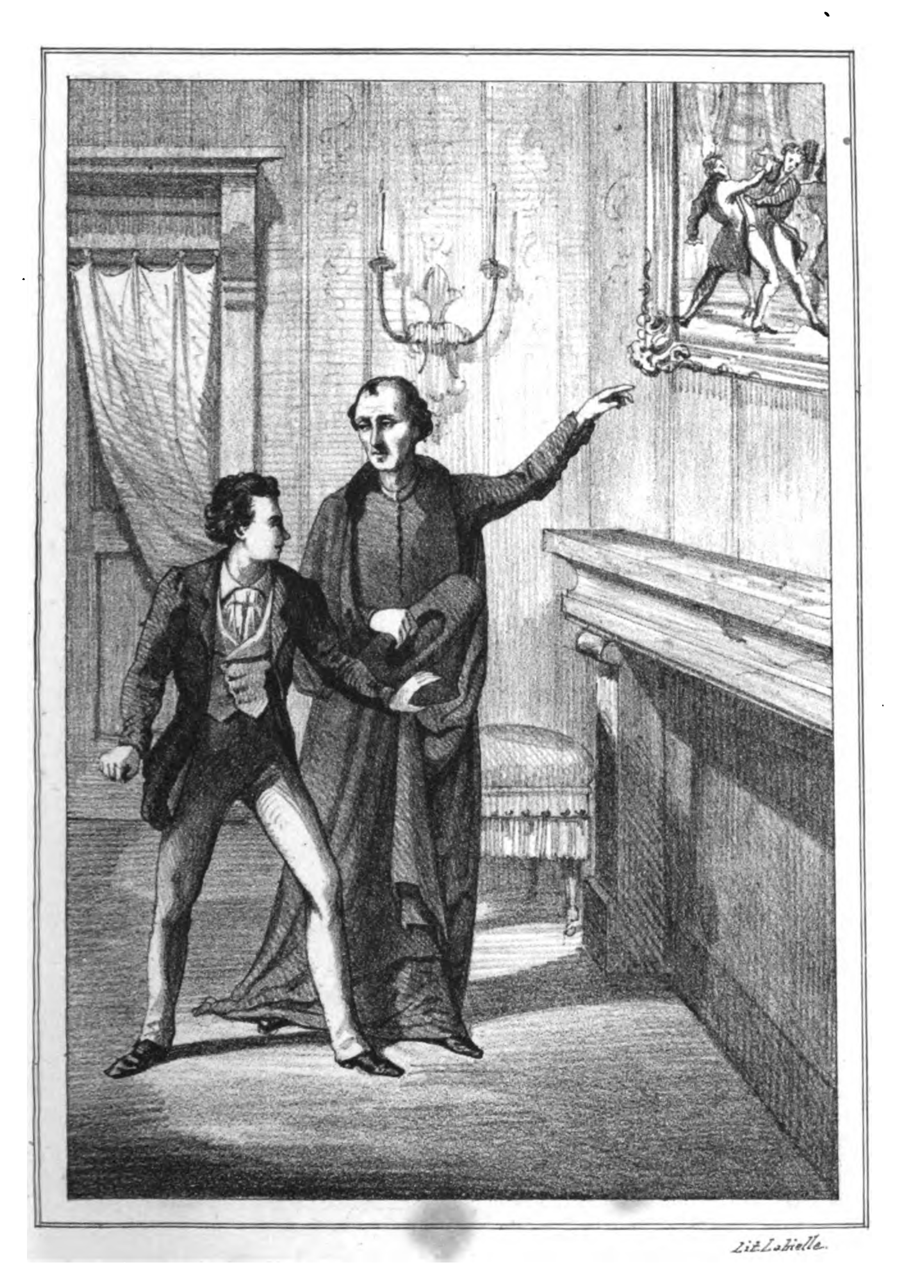
Veíase en él un conjunto de cinco á seis hombres con el rostro enmascarado, dando todos de puñaladas á un infeliz caballero, que tenian entre sus manos, el cual al tiempo que su cuerpo iba tiñéndose en su propia sangre, tenia fija su vista en una jóven hermosa, esbelta y de cabellos rubios, que abriendo con ímpetu una puerta, acababa de presentarse, y desesperando de poder sacar á su esposo de las manos de sus asesinos, se esforzaba en gritar. El asesinado la estaba mirando compasivamente, y de su boca salian estas palabras: *Arcestel es mi asesino*. Un poco mas á lo léjos de este grupo, estaba pintado un combate particular de cuerpo á cuerpo entre uno de los enmascarados y un intrépido jóven, al parecer criado de la casa, el cual, aprovechando una feliz coyuntura para su vida, arrancaba de la mano de su adversario el puñal asesino que debia herirle, y sepultándoselo entero en su corazon, lo estendia en el suelo cuan largo era.

En la enumeracion de los objetos de mas vista hemos olvidado de intento el principal de todos.

Era este un crucifijo de madera de acomodada dimension, artísticamente trabajado y colocado en un ángulo del aposento, sobre una mesita rinconera y muy pulida, que tenia grabados todos los trofeos de la pasion y muerte del Salvador en su parte anterior.

Pero... ¡cuán poderoso es el influjo de la meditacion!... ¡cuán adecuado, cuán propio para una humilde elevacion de espíritu, de que tanto gusta una alma pura y atribulada!... Veíase arrodillada al mismo pié de este crucifijo una figura totalmente inmóvil, que á primera vista pudiera dudarse de si era material solamente, ó material y corpórea. Por una parte este cuerpo permanecia en una inmovilidad tan estática, que nada le hacía traicion, para no creer que fuese una estátua; y por otra lo encarnado de sus mejillas, lo espresivo de sus ojos, y su posicion particular, manifestaban que era un cuerpo material y animado.

¡Qué posicion tan edificante!... Era un religioso, vestido con el hábito de clérigo secular, devotamente arrodillado al pié de la efigie de Cristo, y aunque dotado de una accion vital, estaba tan inmóvil como una estátua marmórea... Sus ojos, espresivos á lo sumo, estaban fijos en los de nuestro Redentor; y al ver aquella posicion tan singular y desacostumbrada, hubiérase dicho que entre los ojos del que era realmente estátua



El Padre Vincencio enseña á Aurelio la muerte de su padre

y del que parecia serlo, habia una línea invisible de comunicacion... Sus brazos estaban entrelazados, abrazando estrechamente la cruz del Salvador, y sus facciones, ardientes como un vivo fuego, ó como si una fiebre le abrasára, daban allá á la region de las ideas ó á la variable fantasía una exacta esplicacion de la intensidad de su elevada meditacion.

Mas... ¡qué inmovilidad tan permanente!... ¡qué éxtasis deleitoso arrebata el ánimo de este religioso!... ¡por qué causa este poder cristiano que le anima, ha encadenado sus sentidos y ha embargado tan fuertemente su respiracion hasta el estremo de hacer traicion á su existencia!

Hizo á poco rato un ligero movimiento, levantó maquinalmente la cabeza... y trastornando esta accion las conmociones de su fantasía, quizá entónces advirtió que pertenecia á este mundo.

Pasó de un mundo ideal á otro verdadero... levantóse lentamente de los piés del crucifijo... y, despues de haberle dirigido una tierna mirada, paseóse reflexivamente dos ó tres veces por su celda, y mortificado por la poca claridad, abrió de par en par la ventana.

Sentóse luego delante de la mesa, que le servia de escritorio y tomó papel y pluma, preparándose para escribir.

No bien habia comenzado á hacerlo, cuando le distrajo un leve golpecito dado á la puerta del aposento.



CAPÍTULO II.

El cuadro.

En el sitio que debia ocupar su retrato entre los demás, que habian obtenido la dignidad ducal, pusieron un cuadro que representaba un trono vacío cubierto de terciopelo, y debajo estas palabras: *Este es el lugar de Marino Faliero degollado por sus crímenes.*

FENIMORE COOPER, en el *Bravo.*

Abrióse la puerta del aposento, luego que el P. Vincencio hubo dado permiso para entrar, y entró Aurelio con ademan festivo, tal como se presentaba siempre al que desde su mas tierna infancia habia sido su maestro.

Saludó cortesmente al religioso, que no se levantó de su asiento, y al ir á besarle la mano, con una leve señal fué eximido de este deber.

—Siéntate, Aurelio, le dijo el maestro correspondiendo á su saludo. Espérate un corto rato, porque me conviene dar fin á lo que estoy leyendo.

—Vaya V. con calma, Padre, contestó Aurelio, porque el trabajo de V. no impide, que yo, con la mayor franqueza, tome la *Historia universal de Bossuet*, y la lea entretanto.

Sentóse el jóven, y empezó á hojear el libro, hasta que paró en un lugar determinado, y púsose á leer con toda atencion, en tanto que el P. Vincencio continuaba escribiendo.

Este P. Vincencio, habia profesado en Italia, y se hallaba muchos

años hacía en N... sirviendo de guia y apoyo al jóven Aurelio, contra el cual se dirigian los tiros de las sociedades secretas de España.

Continuaba Aurelio leyendo el libro, mas cerrólo de repente, y quedóse totalmente inmóvil, reflexionando tal vez sobre lo que acababa de leer.

Hubiera sido muy duradera aquella reflexion si alzando la vista, no la hubiera fijado sin duda en aquel cuadro simbólico de que hemos hablado.

No hubiera por cierto apartado la vista de él, si su maestro, que ya le habia mirado dos ó tres veces, no le hubiera dirigido afectuosamente la palabra.

—Míralo bien, Aurelio, le dijo, no te canses; mira bien esas pinturas: reparo que nunca vienes á visitarme, sin que observes minuciosamente este cuadro. Si fueras pintor, diria que quieres copiarlo.

—Léjos estoy de esto, Padre. Yo no sé darle á V. otra esplicacion de la tendencia que tengo á observar esta pintura, que la entera semejanza que noto entre la muger que aquí se representa, y la señora marquesa de Roquebrune.

Levantóse entónces el P. Vincencio, para pasearse de un estremo á otro del aposento, y dijo:

—Nada estraño es, Aurelio, lo que á tí tanta admiracion te causa... El caso es de lo mas comun... Conozco que debo sorprenderte bastante, el ver en este cuadro la imágen perfecta de una señora, que tú conoces; pero bien mirado, en sí no es mas que una rareza... Ya sabes, como mil veces te lo he dicho en nuestras lecciones de miscelánea, que los conocimientos sociales son el alma de la pintura: porque cuando un pintor forma el retrato de un sugeto, no hace mas que trasladar al lienzo ó papel la fisonomía y demás facciones del retratado. Así es que á este mismo retratista para formar otra figura original, le es necesario inventar segun su capricho aquellas formas, que no hace mas que copiar cuando retrata, y las mas de las veces los pintores trasladan al lienzo para originales, las fisonomías de alguna persona conocida. Tú mismo me has dicho varias veces que la señora marquesa da Roquebrune ha recorrido todas las capitales de España y aun del estranjero; y como sé yo tambien que al autor de este cuadro no le vá nadie en zaga, tocante á haber corrido mundo, no hay tampoco inconveniente en conceder que dicho autor haya visto alguna vez á la señora marquesa, y que, acordándose de su figura al pintarlo, haya puesto en él su retrato, considerando que sus bellas fisonomías estaban perfectamente acomodadas para representar

la idea que á él le convenia. Y ten en cuenta, que un buen pintor con solo el recuerdo forma un retrato con tanta perfeccion, como si el retratado estuviera á su presencia.

Aurelio, que con esta esplicacion se daba por convencido, miraba con todo atentamente aquel cuadro, y esclamó:

—¡Qué entera semejanza!

—Esto no debe admirarte, replicó el jesuita, porque á un hábil pintor le basta el ver muy pocas veces á una persona, con tal que se acuerde de sus facciones, para trasladarla al lienzo ó papel cuando sea su gusto. Yo sé por boca de un célebre pintor francés, que estuvo conmigo en Marsella, que de todas las personas interesantes que se presentaban á su vista, procuraba retener sus formas, y acordarse de ellas, para retratarlas despues, y acomodarlas á lo que mejor le pareciese.

—Y siendo así, contestó Aurelio, convengo ya en que no será estraño que el artista que pintó este cuadro, haya visto alguna vez á la señora marquesa. ¡Como ha viajado tanto! Me decia ella misma en cierta ocasion, que habia estado en todas las capitales de Europa, á escepcion de Sthokolmo; y esto porque el tiempo que tenia destinado para ir allá, lo pasó enferma en Cristianía. Le gustaba mucho correr mundo, pero dice que ahora es lo que mas le fastidia, y yo lo creo, pues su contínua tristeza la ha cambiado de tal modo, que lo que antes mas apetecia es lo que ahora mas desecha.

—Y está triste... ¿no es verdad?

—¡Si lo está!... y mucho... ¡Ay, Padre, cuántas veces la encuentro llorando! ¡Yo la tengo muchísima compasion!

—He ahí pues la causa del fastidio que le ocasiona el viajar, respondió el P. Vincencio, y este fastidio se hará estensivo á todas las cosas que antes le eran agradables... Es efecto esencial de la tristeza el quitar todos los gustos de un hombre; y todos los gustos y placeres de esta vida no son bastantes para quitarnos una sola pena, á escepcion de aquel gusto ó placer cuya pérdida es la causa de la misma tristeza. Por esto podrás venir en conocimiento, Aurelio, de cuán amarga es la vida. Tú eres muy feliz; estás todavía en una edad en que todo te son ilusiones y... dichoso el jóven que conserva su inocencia! Quizá cuando la primera vez la pierdas, perderás tambien la tranquilidad, de que ahora estás disfrutando, y quizá si alguna vez vuelves á recobrarla, será por pocos instantes.

Estas últimas palabras pronunciadas por el P. Vincencio en tono sentimental y angustiado, indicaban cuán peligrosa era la posicion de

Aurelio. Quiso sin embargo no detenerse mas en estos pensamientos, y prosiguió...

—Por lo que toca á la señora marquesa, deja que esté exenta de su tristeza, y la verás mas que antes aficionada á sus viajes... no lo dudes.

—No creo, Padre, que jamás le quepa tal suerte, respondió el jóven, ni ella por cierto la espera mejor. Si V. oyera alguna vez sus razonamientos, seguro estoy de que la compadeceria. Nada mas haré que recitarle las palabras que una tarde me dijo, y que siempre retendré en la memoria, por lo misteriosas que son, y por lo mucho que significan. Compadecido de sus quejas procuraba aliviar su pena con algunas palabras consoladoras, y ella me contestó... *No, Aurelio, no pueden en manera alguna bastarme tus consejos ni los de nadie... todas las desgracias luchan contra mí disputándose la preponderancia... y cuando el mundo se trastorne por su base ¡quizá entónces podré decir que soy feliz!!! Lo invisible juega con mis sentimientos!...»* ¡Y yo que la amo tanto!... ¡oirla este lenguaje tan incomprensible!... ¡Ah, Padre! añadió Aurelio angustiado....

—Estas palabras en parte podrian ser sujeridas por su exaltada imaginacion; pensó para sí el padre Vincencio.

Y dirigiéndose á Aurelio le dijo:

—Lastimosa es sin duda la posicion de la marquesa. Aurelio, para las penas de la marquesa no podrás hallar mas que remedios pasajeros. Solo un remedio podria ser eficaz y este es imposible.

Iba Aurelio á responder cuando una campanilla que dió dos ó tres ligeros golpes dentro del mismo aposento avisó á maestro y discípulo una visita urgente

—Vamos, Aurelio, ya ves que me llaman. Espérame hasta la vuelta, que ya procuraré que sea pronto... Entretanto puedes leer... y hasta luego.

Abrió la puerta del aposento, y se marchó á donde le llamaban. Quedóse solo Aurelio despues de la partida de su maestro, y habiendo reasumido en breve espacio de tiempo la conversacion que acababa de tener, subióse ansioso sobre una silla para mirar aquel cuadro que tantas veces habia absorbido su atencion.

Despues de algun rato dirigióse á la ventana, que estaba abierta. Allí aguardó la vuelta de su maestro, y entretanto permaneció distraido mirando con atencion y alegria el bello paisaje que se ofrecia á su vista en una vasta y deliciosa campiña.

CAPÍTULO III.

—

La sortija.

No conviene á mi estado llevar una muestra ;tan costosa de la dicha y de la buena suerte. El brillo del oro haria aun mas visible mi pobreza, y una joya venida de tan alta mano diria muy mal sobre un pecho desnudo.

FENIMORE COOPER en el *Bravo.*

El P. Vincencio luego de haber salido de aquel aposento, en que dejaba á Aurelio, fué informado por un doméstico de que en su recibidor habia una señora, que le estaba aguardando.

Y efectivamente, Emigdia Evarini le estaba esperando en un pequeño salon de muy buen aspecto, y aunque eran poco costosos los muebles, sobresalia en ellos el aseo y la limpiza, y estaban dispuestos en el mejor órden.

Unas diez ó doce sillas de mediana construccion, junto con un sofá por el mismo estilo, cubrian exactamente el bajo de las paredes; una mesa pequeñita, solamente de adorno y remedando el color del ébano, sostenia una maceta de cristal, desde la cual un ramo de flores olorosas despedia sus perfumes en aquel recinto. Un globo de cristal, conteniendo algunos peces, estaba sostenido por una rinconera por el mismo estilo que la mesita. Por lo demás, un retrato grande de S. Ignacio de Loyola, y seis mapas muy modernos dejaban las cuatro paredes del aposento bastante cubiertas. Pero lo que mas sobresalia entre todo era un hermoso canario, en estremo jugueton, y que con sus armoniosos gorjeos delei-

taba á los que le oian, y estaba majestuosamente colgado con su hermosa jaula en medio de esta pequeña sala, disfrutando á satisfaccion del benéfico influjo de la brisa de estío, que entraba libremente por una grande ventana abierta de par en par, que daba al Mediodía.

Por lo que toca á Emigdia, desde que habia entrado en este aposento recibidor, se habia sentado en el sofá á imitacion del que la habia acompañado; y desde entónces el contínuo movimiento del canario habia ocupado su atencion pasajeramente. Pálido estaba su rostro, descompuestas sus facciones, y su lánguida mirada, con el abatimiento que en ella se notaba, era claro indicio de los tormentos de su alma. ¡Pobre Emigdia! razon tenia para hallarse tan abatida.

Llevaba un vestido azul con listas verdinegras, una manteleta de color oscuro y un sombrerito de paja, el cual dejaba en descubierto algunos rizos de sus negros cabellos, que ondulaban sobre sus frescas mejillas. Veíase relucir sobre su pecho una brillante sortija, en la cual algunas pequeñas perlas rodeaban una amatista, que tenia grabadas en su superficie varias figuras significativas.

Entró el P. Vincencio en el aposento á la sazon que Emigdia estaba aun distraida observando al alegre pajarito.

A tan inesperada visita quizá adivinó ya el objeto de ella. Saludóla cortesmente, y despues de haberla obligado á sentarse de nuevo, porque se habia levantado, sentóse tambien él á alguna distancia.

No sabía Emigdia cómo empezar á hablarle por lo árduo del negocio que debia tratar: mas por fin animóse como debia, y le dijo:

—Sin duda, Padre, vendré ahora á molestaros...

—No por cierto, señora, respondió el jesuita. Con mucho gusto estoy á vuestra disposicion. Ahora cabalmente estaba en conversacion con vuestro hijo Aurelio, y pasar un rato de conversacion con él, ó pasarlo con vos, todo es para mí agradable, con la sola diferencia, que las conversaciones con Aurelio son mas frecuentes que las que tengo con vos... y por lo tanto, celebro muchísimo la ocasion que se me presenta.

—Ya que no es molestaros á vos, Padre, vengo á cansar vuestra atencion, para que intervengais en un negocio de mucha importancia á mi parecer... No sé si será dar muy alta calificacion al asunto que aquí me trae, y para ello suplícoos, Padre, que tengais la bondad de escucharme.

—Con mucho gusto, señora, pero ante todo me permitireis haceros una pregunta, perdonando al mismo tiempo mi franqueza.

—Preguntad sin el menor reparo lo que querais, contestó Emigdia sorprendida.

—Esta sortija, que brilla en vuestro pecho, ¿quién os la ha dado? dijo el jesuita bajando luego sus ojos.

Atónita quedó Emigdia á tal pregunta.

La confianza que habia cobrado á las primeras palabras del religioso, desapareció á las primeras miradas investigadoras que el P. Vincencio dirigia á su sortija, y últimamente á la inesperada pregunta que acababa de hacerle. Sin embargo, en medio de una grande confusion de ideas pronunció estas palabras:

—¿Quién?.. mi esposo... Evarini.

—Pues, señora, por lo que he visto ya sé el objeto de vuestra visita, añadió el P. Vincencio.

—¡Vos! respondió Emigdia sobresaltada, ¡vos!.. ¡Padre!.. ¡me asustais! ¿qué sabeis? decidlo.

—Yo nada sé sinó lo que me habeis dicho: todo lo demás son conjeturas y presunciones.

—¡Oh!... Padre... ¡hasta en vos habrá misterio!

—Para mí el asunto es de lo mas claro; calmaos, señora... yo me esplicaré.

—Y bien pues... ¿qué conjeturais? ¿qué presumís?

—No os asusteis, Emigdia... Calmaos ante todo.

—Comprendo: pero...

—Voy á satisfaceros... ¿Habeis oido hablar alguna vez de lo que son estos hombres, que trastornan el universo; ó de lo que son las sociedades secretas, ó mas bien de lo que son los Franc-masones?

Trémula quedó Emigdia, y confusa al oir esta nueva pregunta. Conoció que este religioso sabía ya lo que ella ignoraba: y estaba esperando con tanta angustia la confirmacion de lo que ella pensaba ya, como si esperára en último fallo la sentencia de vida ó muerte.

—Alguna vez he oido hablar de ellos á Evarini, dijo Emigdia, y casi me hacen horrorizar ahora los recuerdos de lo que he oido contar á mi padre sobre ellos.

—Pues bien... para todo hay remedio... Vuestro esposo es Franc-mason.

Un rayo acababa de herir á la tímida Emigdia.

—¡Franc-mason! dijo ella casi delirando. ¡Oh Dios! ¡qué pensamientos! ¿Pero por qué sujetarme á ellos?... Si Evarini es Franc-mason, no pueden ser ellos tan atroces como los habia pintado mi padre.



Reanimada un poco Emigdia con esta idea, habló ya con mas calma.

—¡Franc-mason! dijo, ¿es posible? ¿cómo lo sabeis?... ¿por qué me habeis preguntado quién me habia dado esta sortija?...

El jesuita que solo procuraba calmar la exaltacion de Emigdia, le contestó de esta manera·

—Me haceis, señora, dos preguntas, que respondiéndoos á la una os satisfago por lo que toca á la otra. Antes de venir vos, nada sabía de cierto; y ahora sé que vuestro esposo es Franc-mason porque me habeis dicho que os habia dado esa sortija: pues sé yo muy bien que es la misma que sus superiores le han dado, para que la dé á la persona que sea de él mas estimada... y como era de pensar, os la ha dado á vos.

Muchas y muy variadas, y á cual mas estravagantes, eran las ideas que se habian agolpado á la imaginacion de Emigdia, y tanta confusion la habia puesto en un estado casi de demencia.

—¡Oh Dios!.... ¡Horrible sortija!... ¡Odiosa dádiva! esclamó arrancándosela con violencia.

Aprovechó el P. Vincencio este momento de exaltacion, y con enérgica voz le dijo:

—Arrojadla, que es el talisman del crímen.

—¡Oh, sí, sí..... teneis razon! contestó Emigdia levantándose con presteza, y dirigiéndose á la ventana:

—Huye... huye de mí, ¡maldita! dijo arrojándola con fuerza al campo.

Y como si con este solo acto hubiera aliviado ya el mal, volvió á sentarse con mucho sosiego, á tiempo que el P. Vincencio le dirigia la palabra.

—Y bien, señora, decidme con franqueza, ¿qué es lo que quereis de mí? ¿De qué modo habeis pensado, que yo puedo seros útil en este negocio?

—Vos conoceis el carácter de Evarini, por lo mucho que con él habeis hablado, y he pensado que á vos solo podia dirigirme, para disuadirle de las nuevas ideas que le ocupan. Padre, vos lo podeis...

—Muy y muy árdua es la empresa y mas de lo que pensais: pero con todo no desmayeis, tened confianza, y creed, que haré yo todo cuanto esté á mi alcance... Pero ante todo, señora, para prepararme yo á probarlo, decidme en pocas palabras, por qué motivos habeis venido á encontrarme, qué es lo que habeis observado en vuestro esposo, si está triste, si tenia muchos amigos, qué mudanzas habeis notado en su vida, en su tranquilidad, en sus costumbres: pero sobre todo respondedme categó-

ricamente á esta pregunta. ¿Habeis visto acaso, que vuestro esposo, de algun tiempo á esta parte, haya tenido algunos amigos y familiares que antes no tuviera?... Respondiéndome á esta pregunta, me respondeis á todas las demás.

—Sí, y cabalmente sobre esto mismo queria yo hablaros, contestó Emigdia, porque ya conocia, y con fundamento, que podrian sacarse de ello buenas esplicaciones.

—Está muy bien; hablad pues, y decidme con claridad y sin reparo las observaciones que sobre Evarini hayais hecho.



CAPÍTULO IV.

Confianzas.

Voz de dolor, y canto de jemido,
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal aborrecido.

HERRERA.

EMIGDIA enjugóse el frio sudor que corria por su lánguido rostro, y cobrando toda la entereza necesaria dijo:

—Escuchadme pues, Padre. Debo deciros ante todo, aunque seguramente lo habreis conocido ya, que mi esposo no tenia muchos amigos. Él mismo me habia dicho repetidas veces, que no habia hallado jamás un amigo fiel ni en la paz ni en la guerra, ni como militar ni como paisano... Esceptuaba solo de esta regla á un militar retirado, que habia sido capitan en el regimiento de que él fué coronel, del cual decia que era para él un hombre enteramente cumplido. Ponderaba mucho su pundonor, y ensalzaba hasta las nubes la fuerza de su brazo, diciendo, que su amistad habia empezado en cierta ocasion que Evarini estaba luchando desventajosamente con cinco enemigos en el campo de batalla, y fué valerosamente socorrido por este bravo militar.

—Motivo tuvo pues vuestro esposo para creer en semejante amistad, dijo el jesuita interrumpiendo á Emigdia.

—Escuchadme, Padre, replicó Emigdia, y no juzgareis con tanta be-

nignidad á ese hombre. A poco tiempo de haberse retirado Evarini del ejército, este amigo hizo lo mismo pasando á su tierra natal que es la ciudad de Zamora, donde logró ser empleado en el gobierno de la plaza. Escusado será el deciros, Padre, que los dos amigos no cesaron de escribirse á menudo. Hará unos siete ú ocho meses, que en una carta nos decia que habia determinado pasar á Cataluña para negocios de urgencia, y que probablemente se detendria en N... Loco estaba Evarini de contento, esperando abrazar á su antiguo compañero de armas, el cual para mi desdicha y suya llegó luego. Pero, ¡qué alegria se apoderó de mi esposo al verlo en su casa! Llámase Joaquin Venlor, y es hombre al parecer de muy buenos modales, y de hablar cortesano.

Imposible es describir el gesto de horror, y el movimiento de admiracion, con que el P. Vincencio interrumpió la narracion de la madre de Aurelio, al oir el nombre de Joaquin Venlor.

Emigdia atemorizada por de pronto, preguntó:

—¿Qué es esto, Padre?... ¿Qué me quereis decir con estos movimientos? ¿Acaso os sorprendeis?

—Nada es, señora... conozco muy bien á este hombre que acabais de nombrarme.

—¿Le conoceis por haber tratado con él?

—No... le conozco solo por el nombre... Es un hombre infernal é infame... Proseguid...

Emigdia satisfecha en parte por la confirmacion que hacía el jesuita del juicio que ella habia formado de Venlor, y horrorizada por otra, de que realmente fuera tan malo y abominable, como ella se habia creido, prosiguió angustiada su narracion de esta manera:

—Desde que este infernal amigo de mi esposo estuvo en N... ni un solo dia pasó sin que lo viera en mi casa. Marchóse á pocos dias á Barcelona con el objeto de arreglar sus negocios, y valiéndose de la amistad que tenia con algunos hombres de influencia, logró ser empleado en la aduana de N... diciendo que mas queria habitar aquí con su amigo Evarini, que en Zamora sin él. Despues casi siempre hablaba con mi esposo á solas, iban siempre juntos á paseo, y las mas veces acompañado de un sugeto de esta poblacion llamado Santiago Aguilar de Silva, que es amigo de Venlor.

Un movimiento mas repentino, mas convulsivo, y mas horrible aun que el anterior, hizo que el jesuita interrumpiera por segunda vez á Emigdia.

—¡Qué otro nombre acaba de escaparse de vuestros lábios, señora!

dijo el jesuita. ¡Santiago Aguilar de Silva!... Vuestro esposo no podia estar entre hombres mas infernales que los que acabais de citarme.

—Por la misma razon, Padre, contestó Emigdia, este hombre, este Santiago, cuyas solas miradas ofenden, en las pocas conversaciones que le he oido en mi casa, siempre ha hecho alarde de su antigua nobleza y acreditados bienes en Valencia, notándose en sus ademanes, miradas, porte y lenguaje, una especie de autoridad é imperio, que pocos hombres saben inspirar: pero el conjunto de todas sus circunstancias es horrible. Para ahorraros la molestia de escuchar impertinentes esplicaciones, no os diré mas, sino que la amistad de estos dos sugetos con Evarini cada dia se estrechaba mas, de modo que muchas horas pasábalas hablando con ellos, y al paso que nada se me dejaba traslucir de tanto misterio, solo podia notar, que la tristeza de mi esposo iba en aumento.

La voz de Emigdia empezaba ya á entrecortarse, y despues de haber enjugado dos gruesas lágrimas que asomaban á sus negros ojos, hizo lo posible para recobrar su firmeza de ánimo, y prosiguió:

—Vino finalmente la temporada en que todos los años acostumbramos ir con mi esposo á pasar algunos dias en nuestras propiedades de Cardona. Este año, á causa de estar mi salud algo quebrantada por las desgracias que sobrevenian á mi casa, alegó mi esposo inconveniente para que no fuera con él, pretestando que los aires del campo y brisas salinas de las inmediaciones de Cardona podrian serme nocivas. Yo accedí buenamente á sus cuidados, con el entendido de que solo estaria ausente unos diez dias... El dia de la marcha estaba sumamente triste, se despidió de mí tiernamente, y partió llevándose consigo á Venlor que era ya su amigo inseparable, y al cabo de los diez dias estuvo de vuelta con su íntimo tal como lo habia prometido. Cuando llegó era á la caida de la tarde: pero... ¡ah, Padre! ¡cómo podré esplicaros su estado al llegar á mi presencia! Pidióme luego por Aurelio, y al decirle que estaba en casa de la marquesa de Roquebrune, cosa que yo misma ignoraba, se portó de un modo cual no se habia portado nunca á tal noticia. Empezó á quejarse de que sabiendo Aurelio su llegada no estuviera en su casa esperándole; de aquí se siguieron mil invectivas contra la marquesa, porque se habia apoderado del corazon de mi hijo, diciendo que queria romper con ella de una sola vez la amistad que tanto le habia costado poseer, poniéndome por principal autora de esta amistad que tanto me envanecia á mí que la habia fomentado. Dijo que le habian contado muchas cosas de la marquesa, y que no todas eran plausibles; exasperándose tanto al decírmelo, que hasta llegó á maldecir el dia que se en-

cargó de criar á Aurelio. En vano abogaba yo por mi pobre hijo, diciéndole que se habia marchado por corto rato, y que no podia tardar mucho en estar de vuelta, pero de nada sirvió. Las amenazas ó imprecaciones se renovaban, desgarrando mi corazon, no solo por lo estraño del suceso, sino tambien porque me asaltaba el temor de que de un momento á otro llegase Aurelio, y por alguna palabra de Evarini viniese en conocimiento, ó á lo menos en sospecha, de lo que aun ignora.

Emigdia dió aquí un profundo y prolongado suspiro, y enjugóse de nuevo las lágrimas que empezaban á brotar de sus ojos. El P. Vincencio estaba sumamente conmovido, y permanecia inmóvil.

Emigdia prosiguió:

—Dejé con todo que se desahogara lo bastante, despues de lo cual cesó de hablar con tanto acaloramiento, y pareció que se habia calmado algun tanto. Dieron las nueve, y levantándose súbitamente de su asiento, me dijo secamente que se marchaba, porque habia prometido asistir á una cita. En vano le pregunté yo el objeto de su marcha, hasta que despues de muchos ruegos, de muchas esclamaciones, y de haber calmado su enojo, ablandéle un poco: y aunque no pude conseguir que me dijese de ningun modo el verdadero objeto de su nueva marcha, cuando habia estado ya diez dias ausente, con todo viendo mis grandes quejas, procuró consolarme en mi agitacion, y me dijo: «*Tú sola sabes mis íntimos secretos*, *acuérdate que he jurado revelártelo todo; y como efecto de este juramento irrevocable te digo*, *que no puedo comunicarte dónde voy.*» Tanto misterio, Padre, me sorprendió sobremanera y no podia contentarme con esta sola declaracion; quise aun saber mas preguntándole á qué objeto se tendria aquella cita, y me contestó, que se trataba de saber en ella quién era esa señora marquesa que tan afectuosa se mostraba con nuestro amado hijo... Cedí por fin á la violencia de su empeño, y se marchó. Gran parte de aquella noche permaneció fuera de casa y desde que volvió ya no ha habido alegria para Evarini.

El P. Vincencio hizo aquí un movimiento indescriptible por medio del cual dió á conocer que habia comprendido que Emigdia tenia razon en lo que acababa de decir, y ella que advirtió lo que valia el movimiento del jesuita prosiguió:

—Por fin voy á concluir, Padre, mi narracion... Despues de haber salido tan á deshora, volvió á media noche á casa y á tiempo que me estaba condoliendo amargamente de mi infortunio. Luego que le ví, noté que sus ademanes eran nuevos, su tez estaba lívida, sus facciones descompuestas, sus órbitas entumecidas, su aire era reflexivo: y por mas

que le pregunté, nada absolutamente pude saber respecto á su escursion nocturna. ¡Ah, Padre! ¡bien me acuerdo! ¡aquella noche en las alteradas facciones de Evarini solo se notaba el terror! No pude conseguir que tomase comida ni bebida alguna, y al instante se echó sobre la cama... Revolvíase en ella, ó mas bien revolcábase como si estuviera rabiando; en toda la noche no pudo cerrar un momento sus párpados, y levantándose muy de mañana fué á pasearse por el jardin. Fuí muy luego con las lágrimas en los ojos á preguntarle sobre su estado, y saliéndome al encuentro con tono mas calmado y festivo, me dió esta sortija, esta maldita sortija, que vos tan para mi desdicha habeis reconocido. Desde entónces, Padre, en mi casa ya no ha habido mas felicidad, el genio del mal ha presidido las acciones de mi esposo, y sus efectos necesariamente han debido de sentirse. Aquel mismo dia vinieron á visitarle su amigo Venlor, y aquel otro caballero llamado Aguilar de Silva; y despues de haber hablado largo rato con mi esposo se marcharon los tres... ¿Qué mas puedo deciros, Padre?... Este Venlor, que jamás he mirado yo con buen ojo ha redoblado sucesivamente sus visitas, y siempre han sido seguidas de otras tantas ausencias mas ó menos largas de Evarini. Y además mi esposo, que siempre me habia confiado sus mas mínimos intentos, como si yo le hubiese sido traidora, jamás ha querido decirme nada absolutamente del lugar á donde se han encaminado sus pasos... Conoced ahora vos mismo, cuan entristecida me ha de tener esa desacostumbrada conducta. Acabaré por fin diciéndoos que mi esposo ha perdido toda su tranquilidad, que siempre está pensativo, en las noches duerme poco, en nada enteramente se ocupa, la flaqueza física le persigue de cerca, porque no toma mucho alimento... y en fin... todo en él es misterioso...

Las lágrimas corrian ya por las rosadas mejillas de la desdichada Emigdia, y mientras que ella enjugaba sus ojos, el P. Vincencio no pudo contener un profundo suspiro. Habia escuchado con una inmovilidad suma á Emigdia, y quedó satisfecho de la exactitud con que ésta se habia esplicado.

—¿Y Santiago Aguilar de Silva, le preguntó, ha menudeado tambien sus visitas?

—No por cierto, contestó Emigdia. Muy al contrario, desde el dia en que Evarini me dió la sortija, no ha vuelto mas que otra vez á mi casa, y aun esto ha sido en ocasion en que Evarini estaba fuera con Venlor.

—¿Y esta visita fué para vuestro esposo ó para vos?

—No puedo adivinarlo, Padre... Lo cierto es, que aprovechó la ocasion haciéndome mil preguntas indirectas, que á mi corto conocer, no eran otra cosa que medios para saber si Evarini habia faltado á la palabra de silencio que pudiese haber prometido.

—¿Y siempre que vuestro esposo ha salido con su amigo, ha sido de noche?

—Las primeras veces sí; pero últimamente no.

—¿Y además?...

—Padre... ¿por qué preguntais todo esto? dijo Emigdia interrumpiéndole.

—Porque sé que vuestro esposo está en peligro, replicó el jesuita.

—¡En peligro!...

—Sí... y los medios de salvarlo, á mas de ser pocos, han de ser escrupulosamente ejecutados.

—¿Qué peligro le amenaza, Padre?... ¿Acaso podré saber mas por vos que por mi mismo esposo?

—Tal vez...

—¿Acaso habeis hablado con él?

—¡Ojalá que así fuera!

—Y bien ¿qué debemos hacer? Esplicaos, Padre: no me hagais penar... y á mas vos siempre habeis sido nuestro amigo.

—Os satisfaceré en cuanto pueda, señora, replicó el jesuita, tomando un polvo de repé.

Emigdia empezó á pasar del temor á la confianza, y esperó entretanto con mucha ansiedad á que el jesuita empezase á hablar, para poderse formar idea, no solo del peligro en que estaba su esposo, sino del remedio que debia aplicársele.

CAPÍTULO V.

No temais.

Con lo cual sin pavor, susto, ni miedo,
Volviendo en sí con ánimo y denuedo,
Como del susto libre ya se mira,
Entre placer y júbilo respira.

ALMEIDA.

Muy árduo es el asunto, señora, dijo el padre Vincencio. Muchas cosas hay que prever en un suceso tan complicado, pero con todo pondré mi plan en ejecucion, confiando sobre todo en vuestra prudencia, y en seguir exactamente todo lo que yo os diga, si es este vuestro gusto.

—Hacedlo, Padre, dijo Emigdia, y os seré deudora de toda mi tranquilidad.

—Ante todo, ¿prometeis hacer todo lo que yo tenga por conveniente?

—Sí; os lo prometo, dijo Emigdia con toda firmeza.

—Está bien; pero antes de tratar de ello voy á daros algunas instrucciones indispensables. Vuestro esposo, no lo dudeis, ha sido víctima de un engaño; y en consecuencia es muy cierto que forma ya parte de la secta de los Franc-masones. Vos ya podeis ver tan bien como yo el choque de sus ideas que necesariamente ha de ser grande y de mucha cuantía. Debeis al mismo tiempo tener como cosa cierta y segura, que á los gefes de la Masonería les ha sido conveniente hacer entrar á Evarini en su sociedad; pero no penseis jamás que vuestro esposo haya tenido ninguna razon de conveniencia, ni tan solo aparente para entrar en sus filas. Har-

to conocido teneis á vuestro esposo para alejar de vos tan negro pensamiento: y lo que mas prueba que ha sido víctima de un engaño, es la tristeza que se ha apoderado de él desde que es Franc-mason, de modo que si voluntario lo fuera, al notar sus gefes la tristeza que le domina desde su iniciacion, buen cuidado se hubieran dado en espulsarlo irrevocablemente de sus filas... No temaís con todo por su suerte.

—Sea lo que quiera, contestó Emigdia, es preciso que vos salveis á mi esposo ya que podeis hacerlo. Salvadle pues; y mandad, que pronto sereis obedecido.

—No useis este lenguaje, señora, porque mi mision sobre la tierra no es mandar sino obedecer, dijo el P. Vincencio con energia.

Y luego prosiguió:

—Lo que á vos os toca hacer es de muy fácil ejecucion, y no pide esfuerzo alguno de ánimo.

—Tanto mejor...

—En primer lugar procurareis ocultar á vuestro esposo el objeto de esta entrevista, si él no os lo pregunta; pero si él lo sospecha no insistais, respondedle francamente, que me habeis visto, y en este caso yo ya sabré hallar otros medios. Le direis que yo deseo mucho verle y hablarle... si os pregunta el motivo de ello, le direis que es por cosas de Aurelio, porque á la verdad tambien tengo que hablarle sobre mi discípulo .. Despues de esto, si notais algun suceso estraordinario y digno de saberse, podreis tomaros la pena de venir á comunicármelo, cuando os plazca: y si Evarini, como puede suceder, se resistiese á venir, decidle que yo pasaré á su casa... Procurad tambien que él no note en vos alguna confianza, que hasta ahora no hubiese advertido; y sobre todo ocultadle la pérdida de la sortija. Esto es, señora, todo lo que os toca hacer.

Estas medidas parecieron insuficientes á Emigdia, y así fué, que no pudo menos que esclamar:

—¿Y creeis, Padre, que con estas leves precauciones podremos volver á mi esposo su antigua tranquilidad?

—Yo tengo á la mano los recursos suficientes, señora; y estas solas precauciones por vuestra parte, junto con las providencias que yo voy á tomar por la mia, serán lo bastante para salvar á vuestro esposo, ahora que el mal es reciente: porque si fuese inveterado, los remedios, aunque no faltarian, habrian de ser mucho mas eficaces. Yo os aseguro por mi parte, que si cumplís lo que os he dicho, vuestro esposo estará en salvo... Quedad segura de ello.

—¡Ay, padre!... ¿qué quereis que os diga?... Yo no dudo que será

aturdimiento por la intranquilidad y tristeza de Evarini... pero me parece tan imposible restituirle aquella dichosa alegria de otros tiempos, y aquella confianza que tenia en mí...

—Dejaos de dudas, señora, dejaos de dudas por Dios, dijo el jesuita interrumpiéndola, el Sér Supremo se complace siempre en aliviar los males de los que confian en él: y si vos desconfiais de los medios que él puede proporcionaros para el alivio vuestro y de Evarini, esto será en cierto modo desconfiar de la divina Providencia... Creedme, señora, tranquilizaos, y esperad, que dentro de poco vuestro esposo estará libre de los males que le aquejan.

—Os confieso, Padre, francamente, que me inspirais confianza con vuestras palabras... Vos me volveis á la vida... Y siendo así ¿cómo podré yo espresaros mi reconocimiento?

—No debeis hablarme jamás de reconocimiento;... á Dios solo debeis mostraros agradecida, y yo, por otra parte, he de tributarle gracias porque me proporciona ocasiones en que poder servirle en los trabajos á que me obliga mi mision sobre la tierra.

—Muy justo sois con Dios, Padre, replicó Emigdia, pero debierais acordaros que como á enviado por él, es preciso que acrediteis su misma justicia, reservándoos para vos la parte de reconocimiento que por ella os toca.

—Jesucristo acreditó su inmensa justicia con la humildad y la mansedumbre, y por lo tanto, señora, yo que soy un simple sacerdote de su gracia, no debo admitir reconocimiento alguno, sino por él mismo, de los favores que me dispensa haciendo bien á mis semejantes.

Mucho era lo que Emigdia deseaba decir en esta ocasion, pero la misma multitud de ideas le privaba el uso de la palabra.

El P. Vincencio pensó en fin acabar ya la conferencia, y dijo:

—Señora, estamos ya entendidos, y si es de vuestro gusto, quedemos así hasta nueva vista.

—Una palabra y basta, dijo Emigdia.

—Decid lo que querais, señora.

—Sobre mi hijo Aurelio, ¿qué conducta deberé guardar de aquí en adelante?

—La mismísima que hasta ahora. Nada le digais vos de lo que ha sucedido. Dejadle enteramente á mi cuidado, pero con todo, si algo os pregunta, respondedle.

—Está muy bien, Padre... y quedo satisfecha de vos... No puedo menos que manifestároslo; y entretanto que no quereis admitir pruebas

de reconocimiento, el cielo os recompense pues con su inmensa justicia el trabajo que os tomais, y el bien que me haceis...

Levantáronse entrambos de su asiento. El Padre Vincencio acompañó á la madre de Aurelio hasta fuera de la sala, donde se despidió de ella con una sencilla cortesía. Casi al punto de separarse los dos, el jesuita dijo á Emigdia á media voz:

—No temais, no, señora, aunque Evarini esté en peligro, porque de todos modos, cuando esté libre de él, vuestro esposo será un tesoro.

El P. Vincencio tomó luego la direccion de su celda, y Emigdia fué acompañada por un doméstico hasta la puerta de la casa.



CAPITULO VI.

La correspondencia.

No es difícil predecir los proyectos de hombres egoistas: solo á los honrados y generosos se les frustran todos sus cálculos.

FENIMORE COOPER en el *Bravo*.

LUEGO de haberse despedido Emigdia del religioso, éste volvió al aposento, donde habia dejado á Aurelio, el cual estaba leyendo con mucha atencion un libro que tenia abierto sobre una mesa.

—Aurelio, acabo de dejar á tu mamá, le dijo el jesuita.

—¡Ahora! contestó el discípulo sorprendido.

—Sí... ahora mismo...

—¡Caramba!... y ella no me habia dicho nada de esta visita.

—Tampoco habia necesidad de que así fuera, replicó el P. Vincencio.

Aurelio se admiró mucho de la visita de su madre, y desde un principio creyó adivinar él motivo de ella. El jesuita se sentó en su mesa de escribir y dijo:

—¿Qué estabas leyendo, Aurelio?

—*La apología del altar y del trono*, contestó el jóven...

—Léela con detencion, entérate bien de ella y sobre todo medítala, porque hallarás mucho que aprender.

Hubo aquí un rato de silencio, hasta que el discípulo cerró el libro, y lo dejó en el estante de donde lo habia sacado.

—Esta tarde, Padre, no habremos ido á paseo, le dijo.

—Tienes razon; pero lo dejaremos para mañana.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—Está muy bien, respondió Aurelio, pero antes de dejaros por hoy, Padre, quiero haceros una pequeña observacion. Tiempo atrás me prometisteis darme algunas lecciones de botánica, y como veo que todavía no las hemos empezado, me ha parecido bien haceros memoria de vuestra promesa.

—Tambien he pensado yo en ello varias veces, añadió el P. Vincencio, pero estamos en un tiempo tan caluroso, que no lo juzgo á propósito para emprender de raiz el estudio de una ciencia. Esta consideracion es bastante fuerte, Aurelio; pero como por otra parte noto en tí una grande impaciencia por entrar en el estudio de la botánica, voy á darte en este instante la última próroga... Empezaremos á últimos de agosto... ¿Te está bien?

—Sí, Padre.

Despues de haberse despedido maestro y discípulo, éste besó la mano del primero, y se marchó, dirigiendo, á pesar suyo, una mirada á aquel cuadro misterioso que tanto absorbia su atencion. El Padre Vincencio que lo observó, luego que Aurelio hubo desaparecido, dijo para sí:

—Mira bien ese cuadro, cándido niño, míralo bien... que harto seguro es que tarde ó temprano tendrás que probar las artimañas de los que prestaron materiales al pintor.

El P. Vincencio estuvo paseándose largo rato de un estremo á otro de su aposento, y en una meditacion la mas profunda. Paróse por fin y permaneció en una inmovilidad perfecta, como si este estado favoreciese mas que otro para lo que estaba recapacitando... paseóse de nuevo... y al fin se sentó... Abrió distraido el cajon de la mesa, delante de la cual estaba, sacó maquinalmente dos pliegos de papel, y preparóse para escribir.

Uno de los pliegos de papel, que acababa de sacar, estaba ya medio escrito. Determinóse aprovechar la poca claridad de dia que le quedaba prosiguiendo el escrito que tenia delante de sus ojos, y lo hizo de esta manera:

«Ya habeis leido mas arriba, hermanos, las muchas sospechas que tenia concebidas sobre la iniciacion de Evarini en la secta de los Francmasones, sujeridas todas ellas por la amistad de éste con Joaquin Venlor, y por las esplicaciones de Aurelio en estos últimos dias. Por tanto

ya ha llegado el momento de haceros saber que estas sospechas han venido á realizarse, y que Evarini es ya un Franc-mason. Para que os convenzais mejor de la verdad, sabed que hará cosa de un cuarto de hora que he hablado con su misma esposa Emigdia. Ha venido á encontrarme directamente, y sin saberlo su marido, para que sirva de mediador entre los dos, y calme la agitacion de ánimo y padecimientos de Evarini, el cual, segun las esplicaciones que acaba de hacerme Emigdia, ha sido completamente seducido.

»Lo que prueba tambien su iniciacion en las filas de los Franc-masones, es que Evarini no habia tenido nunca amigos ni familiares algunos... y por otra parte, segun os he dicho ya muchas veces, es íntimo de Joaquin Venlor, aquel consumado Franc-mason que segun sabeis hará siete meses que falta de Zamora. Pero no es esto lo principal... sino que acabo de saber tambien que Jorje Evarini es visitado muy á menudo por D. Santiago Aguilar de Silva, con lo cual dejo á vuestra consideracion el conocer qué tal se hallarán los sesos de Evarini con tales pajarracos á su lado.

»Yo, hermanos, me he empeñado con su esposa en salvarle, lo cual estoy resuelto á ejecutar cuanto antes, valiéndome para ello de los medios que el cielo me proporcione. Evarini, segun creo, vendrá á visitarme cuanto antes... pero de todos modos si él no viene, pasaré yo á encontrarle en su propia casa, en razon de que ya sabeis lo mucho que conviene por todos estilos que yo dé este paso; y al mismo tiempo á fin de cumplir con la caridad, que anima á nuestro instituto, por la cual estoy obligado á salvarle de sus enemigos. Y además de todo, por mucho que tengamos conocidas las tramas de los Masones, nunca estarán por demás en nuestro *Manual de noticias masónicas* las esplicaciones que podrá darnos Evarini sobre todo lo que haya visto ú oido.

»Dejando todo esto, á nosotros ha de sernos bien fácil conocer el objeto de su iniciacion, porque atendido el caso, como que los Masones están en posesion de los secretos que pertenecen á la existencia de Aurelio, querrán sacar grandes provechos de este paso. Por lo tanto, ahora mas que nunca es cuando necesitamos de discrecion y prudencia... yo necesariamente he de quedarme aquí por mas tiempo para contrabalancear sus planes, mayormente ahora cuando es probable que D. Santiago Aguilar de Silva no deje á N... por mas que le convenga el presentarse cuanto antes en la corte. Por esta razon me veré obligado á no poder trasladarme á Barcelona, si antes no he conseguido inutilizar tan solo pasajeramente los planes de los Masones en N...

»Por vuestra parte, procurad con todo esmero hacer las investigaciones que os dejé encargadas en el *Diario* de la semana pasada, del cual espero contestacion pronta... porque es preciso confesarlo, hermanos, la sagacidad de los Masones les ha dado una considerable victoria con haber seducido á Evarini con los deslumbradores alicientes de que pienso que se habrán valido: pero tambien confieso francamente, que su victoria ha sido incompleta, por la razon de que estoy yo resuelto á anular sus tramas, y á ser su formidable antagonista, en todo lo que hicieren. La consecuencia de todo esto, hermanos, es que Aurelio vá á ser el blanco de todos los tiros de los Franc-masones porque se halla ya en edad de infundir temores, como á enemigo irreconciliable de la secta, á consecuencia de la señal indeleble que, segun os he dicho mil veces, lleva grabada en el brazo derecho. Por lo mismo es preciso defender á Aurelio, pues de lo contrario su ruina sería inevitable. ¡Dichoso será el dia en que podremos saber quiénes son sus padres, cuando éste, por solo ser su hijo, lleva grabado con caractéres indelebles el sello de enemigo de la secta! Bien espreso pues está nuestro deber: es preciso que salvemos á este jóven inocente, que millares de malvados quieren perder, y es necesario tambien que le vigilemos, considerando sobre todo que este interesante negocio es el de mas peso y de mas valía entre cuantos están en nuestras manos. La sociedad de los Franc-masones se dirige por entero contra este jóven, que solo es un muy débil adversario... fortalezcámosle pues, ya que podemos... y en lucha tan estraña y desigual, si Aurelio triunfa, es preciso que estén sus enemigos aterrados, y la secta de los Franc-masones casi aniquilada. Árdua es la empresa; pero tentemos á lo menos su ejecucion, y salvando á Aurelio, aprovechemos la suerte.

»Dentro de pocos dias espero comunicaros las relaciones que han mediado entre Evarini y los padres Masones, cuyas noticias no dejarán de sernos provechosas. Por lo que á Evarini toca, confío salvarle, y apartarle de sus nuevos amigos, si él, como espero, secunda mis intenciones.

»Encargaos vosotros de anunciar la iniciacion de Evarini á todos los demás sócios y corresponsales de España, esceptuando á los de Barcelona y Gerona, de los cuales me encargo yo.

»Todo esto es lo que por ahora me ha parecido bien comunicaros, hasta esperar que lo reitere: y queda ahora como siempre á las órdenes de vosotros el mas seguro servidor y amigo

VINCENCIO DEL VIVÁR.

«En N..., á 12 de julio de 1835. Madrid;... al Sr. Vice-presidente de la *Sociedad de Contramina.*»

Así acabó el P. Vincencio su escrito. Acercóse entónces á la ventana y leyó toda la carta con un placer indecible.

El carpete que la cerraba tenia la inscripcion siguiente:—*Al Sr. Conde de Fuente-Santa.—Madrid.*

PARTE CUARTA.

LA FAMILIA EVARINI.

CAPITULO I.

Los dos amigos.

> Hánse esparcido estraños rumores, que tu ausencia en esta ocasion podria confirmarlos. La reputacion de Erelina está interesada en ello.
> WALTER-SCOTT en el *Condestable de Chester*

Al caer la tarde del dia que siguió á aquel en que tuvieron la entrevista Emigdia y el P. Vincencio, entraba éste con aire muy resuelto en la casa de N... donde moraba la familia Evarini.

Al mismo tiempo que entraba en la casa, salian de ella dos caballeros, que saludaron cortesmente al jesuita, y éste por su parte correspondió debidamente á tal cumplido.

Jorje Evarini estaba enfermo, y estos dos caballeros habian ido á visitarle.

Uno de ellos era Joaquin Venlor, á quien ya conocen nuestros lectores, el cual al ver entrar al jesuita se estremeció convulsivamente, y tembló de piés á cabeza. Saludó, con todo, lo mejor que pudo al rival de la Franc-masonería, y fuéle necesaria toda la abnegacion de sentimientos de un *sócio secreto*, para que su compañero de visita no notára su emocion.

Venlor, segun habrán adivinado ya nuestros lectores, habia salido de Zamora y venido á N... por órden de los jefes de la sociedad secreta, de

que él formaba parte, con el solo objeto de seducir á Evarini y conducirle á los misterios de la Franc-masonería por unas miras, que él mismo ignoraba, y que hasta ignoraba quién las sabía. Pensó la sociedad (y pensó bien)... que para lograr su empeño en un hombre como Evarini, nadie habia tan á propósito como un antiguo compañero de armas del mismo, y Venlor desempeñó el encargo á satisfaccion de los que se lo habian dado.

Despues de esta victoria por parte de los jefes de la Franc-masonería, sea que estos sospecháran que no habian conseguido bien su objeto, sea que temieran que Evarini no estaba, ni podia estar adherido ni aun forzosamente á la sociedad, lo cierto es, que para mejor lograr su empeño, dieron á Venlor una segunda comision, si bien que diferente de la primera, á lo menos encaminada á un mismo fin, la cual debia desempeñar cerca de la persona de un amigo de la casa de Evarini, cuya persona era aquel caballero que iba á su lado, cuando el P. Vincencio entró á visitar á Jorje Evarini enfermo.

Escuchemos pues á Venlor en la conversacion que vá á tener con este caballero, y quedará manifiesta su perfidia y su doblez.

Este que acompañaba á Venlor, llamábase D. Silverío de Rosa-Lis, hombre honrado, de nobleza antigua, y que rayaria ya en los 50 años. Era sin embargo, á pesar de que sus cabellos empezaban á encanecer, un hombre alto y bien formado, de miembros vigorosos, y de unos ojos estremamente azules, y que además de todos estos dones físicos, poseia una envidiable amabilidad y corteses modales.

—A fé, D. Silverio, dijo Venlor á su compañero, luego de haber salido de la casa, que el aposento en que se halla Evarini está muy á propósito para un resfriado. Desde que he entrado no he hecho mas que sudar.

—Lo mismo os digo, contestó D. Silverio, de modo que el grande calor que acabo de sufrir, me determina á pasear fuera de la ciudad, para tomar un poco el fresco.

—Esto cabalmente iba á proponeros, replicó Venlor, y por lo tanto habiendo tomado vos la iniciativa, solo esperaré vuestro consentimiento para gozar del alto honor de acompañaros en el paseo que vais á dar.

—Mio es el honor, D. Joaquin, y por lo mismo celebraré mucho el dar mi paseo en vuestra apreciable compañia... ¿Qué paseo os gusta mas?

—Todos me son á mí indiferentes, con tal que en ellos pueda tomarse el fresco.

En este y otros cumplidos pasaron los dos amigos largo rato, hasta que la conversacion tomó un carácter mas serio y amistoso.

—Si he de hablaros francamente, decia D. Silverio, cuando estaban ya fuera de la ciudad, me es del todo incomprensible el estado actual de Evarini.

—Muy incomprensible es sin duda, replicó Venlor, pero si os he de decir la verdad, Sr. de Rosa-Lis, pensaba, que vos sabiais aun mejor que yo el motivo de hallarse Evarini en tal estado.

—Si vos lo sabeis, no sé comprender por qué razon debo saberlo yo, aun mejor que vos.

—Os lo diré claramente, D. Silverio.

—Hablad.

—En primer lugar la misma amistad que me une con los Evarini, os une tambien á vos, y quizá aun con mas fuertes vínculos, y si á mi amistad se ha debido el tener yo noticia del estado de Evarini, es muy consecuente que lo mismo haya podido deberse á la vuestra... Pero no es este el principal fundamento de lo que os he dicho, D. Silverio, sino que á mi entender, lo que mas debiera poneros al corriente de los negocios de los Evarini, son las relaciones mas íntimas y duraderas que desde poco hay establecidas entre la casa Evarini y la de Rosa-Lis... Vos no me comprendereis aun; pero...

—Verdaderamente es así... No os comprendo todavía.

Venlor acababa de llevar la conversacion al terreno que él habia deseado: pero temiendo sin embargo, que su destreza fuese conocida, procuró ocultarla lo bastante, esplicándose de esta manera:

—Siento infinito, D. Silverio, que el giro de la conversacion me precise á deciros una cosa que habia tenido por cierta hasta ahora, y que no habiéndola comprendido vos, la tengo ya por falsa, pero en este caso retiro yo mi opinion sobre ella, diciendo que no tendreis noticia del estado de Evarini, por no haberse presentado ocasion de que lo sepais.

Bien es verdad que ese lenguaje de Venlor debia ser muy satisfactorio al de Rosa-Lis, pero á pesar de ello habia dicho antes lo bastante, para picar la curiosidad de su interlocutor, el cual no quiso dejar pendiente un asunto relativo á él, y que no habia comprendido aun. Venlor habia conocido ya que D. Silverio tenia bastante avivada su curiosidad, y que no dejaria de satisfacerla, á pesar de todo lo que pudiera decirle para sincerarse. Así fué que llegó al colmo su alegria, cuando D. Silverio le dijo:

—Y bien, caballero Venlor, os estimo grandemente el alto concepto

en que me teneis; y por lo mismo os confieso que no he llegado á dudar de vuestra sinceridad en lo poco que me habeis dicho... pero á lo menos desearia que me dieseis una prueba de ella, esplicándome á qué relaciones amistosas y duraderas habeis aludido poco há.

—Os lo diré, ya que este es vuestro gusto, respondió Venlor lleno de interior contento, pero os ruego que no hagais mérito alguno de lo que os diga... Aludia, D. Silverio, á esos proyectos de matrimonio, que segun voces, debe verificarse tarde ó temprano entre Aurelio Evarini y una hija vuestra.

Estas palabras produjeron una viva y visible sensacion en el ánimo de D. Silverio... Venlor lo notó muy bien, y tuvo ya por segura la victoria.

—Es mucho de admirar esta noticia, respondió el de Rosa-Lis con la mayor calma, ¡proyectos de matrimonio entre Aurelio Evarini y una hija mia!

—Sin que mi curiosidad me indujera á saberlo, contestó Venlor, se me dijo que esa vuestra hija se llama Laura.

—El cielo efectivamente me ha concedido una hija llamada Laura, pero no creo, Sr. Venlor, que necesiteis de alguna esplicacion mia, para convenceros de la falsedad de esas noticias.

—Ni tampoco es mi ánimo llegar á tal estremo, replicó Venlor, pero solo el complaceros es lo que me ha movido á deciros las personas de quienes lo he sabido.

—No tal, D. Joaquin, dijo D. Silverio, me ofenderiais grandemente si llegarais á dudar de que á mí no me basta vuestra sola palabra, para creeros. Por otra parte, hablándoos con franqueza, no sé en qué podrán fundarse esas noticias vagas que han llegado hasta vos: pero en todo caso, lo único que puedo hallar como fundamento de ellas, son algunas pruebas de amistad que los dos jóvenes se habrán dado quizás públicamente. Esto, D. Joaquin, es mera suposicion, porque lo ignoro y solo admito su posibilidad, fiado en la amistad que une á las dos familias, y en la amabilidad que por otra parte adorna á Aurelio y á Laura. Mas aunque esto sea, cosa que yo ignoro, es una consecuencia muy descabellada decir que hay proyectos de matrimonio entre los dos.

—Tocante á esto último soy del mismo parecer que vos, D. Silverio, replicó Venlor, porque en efecto no hay cosa mas descabellada que suponer proyectos de matrimonio entre dos jóvenes que, segun presumís vos, solo pueden haberse dado algunas pruebas de amistad. Pero si quereis que os hable con toda franqueza, D. Silverio, os diré, que al mis-

mo tiempo que desecho la consecuencia por absurda é inadmisible, aprecio el antecedente en su debido val■■

—No os entiendo...

—Quiero decir que el jóven Aurelio y vuestra hija Laura se han dado efectivamente pruebas inequívocas de una amistad muy interesada...

—Nunca habia pensado yo tal cosa, respondió D. Silverio, y á lo que veo lo habeis observado vos mejor qúe yo.

—Esto no es estraño, D. Silverio, replicó Venlor procurando calmar su sorpresa, porque ni un padre nota todas las acciones de sus hijos, ni tampoco era posible que vos pudieseis observarlo tanto como yo, porque no estabais igualmente advertido... Siento infinito, que vos me hayais precisado á deciros tales cosas: pero creedme, poneos en observacion, y vereis como de aquí á dos dias sereis de mi mismo parecer.

—Contad que lo haré, D. Joaquin. Yo os aprecio por otra parte el aviso que acabais de darme, y ya que habeis empezado, os agradeceré que me digais el concepto que habeis formado de esas relaciones entre los dos jóvenes; ó mejor, que me digais en qué grado se hallan esas relaciones.

—Perdonadme, D. Silverio, será mejor que vos lo observeis, porque podria haberme equivocado.

—Y bien... no importa... dijo el de Rosa-Lis impaciente, decídmelo francamente, ó del contrario, vais á ponerme en un conflicto.

—Pues bien, si tal es vuestro empeño, os diré que, segun á mí me ha parecido, Aurelio y vuestra hija se aman mucho; y que este amor será tanto mas fuerte y duradero, cuanto está cimentado en la inocencia de los dos jóvenes por una parte, y por otra es el amor de la primera impresion.

—¡Que tanto se amen... y yo no lo haya advertido aun! esclamaba D. Silverio. ¡Me admira muchísimo!

—No es esto cosa que deba admiraros: y para probaros lo que os he dicho, voy á haceros dos reflexiones que pueden convenceros. La primera es, que, segun vos ya sabeis, el amor, las riquezas y la sabiduría no pueden ocultarse; y cuando las pruebas de amor que se han dado Aurelio y Laura han llegado á ser notorias á muchas personas que les rodean, es muy natural que esté muy arraigado el mútuo cariño de los dos. Por lo que toca á la segunda reflexion, es aun mas fuerte aunque muy limitada. Consiste ella en el fruto de mis observaciones. Vos ya sabreis, D. Silverio, que he seguido la carrera militar muchos años en compañia de Jorje Evarini, y que ella, lo mismo que á todos los de

mi profesion, me ha proporcionado grande esperiencia sobre materias de amor, de modo que estoy ya en el caso de apreciar en su justo valor una mirada furtiva, un ademan, un hecho que parezca casual sin serlo, y otras acciones espresivas, si bien que inocentes, de las cuales se valen todos los que están enamorados. Con poco que yo vea, tengo bastante para conocer el corazon de dos jóvenes. Así pues, creedme, señor D. Silverio, Aurelio Evarini y Laura de Rosa-Lis se aman mucho; su amor es muy notorio, no á mí, sino á muchas personas, y esta es la razon porque algunas veces se atreven ya á designarles como futuros esposos. Pero en todo caso no hagais mérito de nada de lo que acabo de decir, yo me remito gustoso á vuestra observacion para que de aquí á dos dias me digais vuestro parecer.

—Me basta vuestra palabra para que os crea, señor Venlor, dijo don Silverio sorprendido, pero quiero indagar en qué grado se halla su aficion y yo os prometo que no les daré mas que el tiempo preciso para satisfacer mis observaciones, porque sabré impedir muy bien el que mi hija repita tamañas licencias.

Venlor habia llegado ya al primer punto de su partida, que era lograr que D. Silverio interrumpiese las relaciones entre su hija y Aurelio Evarini, pero le faltaba todavía lograr la interrupcion junto á la desaprobacion de esas mismas relaciones por parte de D. Silverio.

—No achaqueis á curiosidad, dijo Venlor, ni á ganas de cuidarme de lo ageno si os digo que convendrá que obreis con algun tanto de moderacion con respecto á Aurelio y á vuestra hija... Sed justo sobre todo, y obrad segun el mal que halleis en esas relaciones. Ellas, como os he dicho ya, se fundan en la inocencia, la que, junto con la virtud que adorna á los dos jóvenes, es una garantía para vos y los padres de Aurelio, y podeis estar seguros de que no traspasarán límite alguno, y de que su amor será puro y casto como sus corazones.

—Errado vais, D. Joaquin, dijo D. Silverio interrumpiéndole; vuestra indulgencia, ó mejor diré, vuestra sencillez no merece mi aprobacion. Sin duda no habreis echado vos una ojeada al sinnúmero de imposibles que se levantan para que pueda yo consentir en que prosigan esas relaciones, que por puras é inocentes que sean, ponen siempre en peligro la pureza y la inocencia. Aurelio y Laura, D. Joaquin, se hallan todavía en una edad tan tierna, que ni aun llega á ser propia para pensar en los obstáculos que se ofrecen á una union que es preciso evitar. Por lo tanto, os aprecio infinito el aviso que me habeis dado, al mismo tiempo que os doy parte de que no seguiré vuestro consejo.

—Obrad como querais, Sr. de Rosa-Lis, dijo Venlor con la mayor calma, dueño sois de hacerlo: pero á lo menos sabed, que las relaciones que vuestra hija mantiene con el heredero de los Evarini, si bien ponen en peligro la pureza y la inocencia de los dos, no pueden cortarse sin esponerles á un peligro mucho mayor.

—Podrá suceder todo lo que querais, le replicó D. Silverio, pero tambien sucederá que nadie podrá repetirme que mi hija sostiene relaciones con Aurelio Evarini.

Venlor calló entónces y no quiso apurar mas la paciencia de su amigo D. Silverio.

Por mandato de sus superiores acabó de conseguir que el Sr. de Rosa-Lis interrumpiese las relaciones de su hija Laura con Aurelio Evarini, y esos superiores conseguian dos objetos por medio de la resolucion de D. Silverio. Uno era aquejar á Aurelio con penas de amor, perturbando su tranquilidad, y otro impedir que el jóven fijase la atencion en los enemigos de su padre.



CAPÍTULO II.

—

La familia de los Evarini.

> Desde él, doloridos
> Nuestros ojos, miran
> Do alegres suspiran
> Las almas tornar:
> Y en tiernos gemidos
> La lengua apenada
> «¡Ay, Patria adorada!»
> Clama sin cesar.
>
> MELENDEZ.

RATO hacía que Venlor guardaba el mas profundo silencio.

El de Rosa-Lis, por otra parte abismado en las reflexiones que su exaltada imaginacion le sugeria sobre los hechos que habian sido el objeto de su conversacion, caminaba sin direccion, siguiendo solamente á su compañero de paseo. De este modo, sin decir palabra alguna, habian atravesado un hermoso prado cultivado y acababan de entrar en un camino de cañada, abierto por entre un gran campo de olivos.

Venlor no quiso interrumpir la muda meditacion de su compañero, hasta que él mismo, advirtiendo que su modo de obrar no podia serle muy agradable, le dijo:

—Confesad, caballero Venlor, que mi compañia es muy poco interesante y satisfactoria.

—Proseguid en vuestra meditacion, le contestó el Franc-mason. Ella os será muy agradable, sé lo mucho que se necesita de ella cuando el alma se halla apenada por algunos sentimientos.

—Realmente es así, D. Joaquin, y si quereis que os corresponda con

toda franqueza os diré, que ha sido una grande pena para mi ánimo el sentimiento de no haber advertido á tiempo lo que vos me habeis notificado.

—Y por la misma razon, Sr. de Rosa-Lis, sería mucho mejor que mudásemos una conversacion que nunca hubiera pensado yo que pudiese afectaros vivamente... A mas de esto, ese sitio en que estamos paseando, convida á que recibamos ideas mas agradables que las que ahora os dominan... Por mi parte creed firmemente que no os hablaré mas de ellas por lo mismo que respeto esa barrera de imposibles que, segun decís, se levanta entre Aurelio Evarini y Laura de Rosa-Lis.

Venlor con estas solas palabras acababa de cobrar un grande ascendiente sobre su interlocutor. Éste quedó satisfecho de la prudencia de Venlor, así como le habia mortificado antes la demasiada indulgencia del mismo.

Desde entónces empezaron los dos amigos una conversacion indiferente, hasta que Venlor, que no hacía nada que no fuese con miras secretas de conveniencia, cortándola artificiosamente, preguntó:

—¿Acaso, D. Silverio, no sabeis nada de los antepasados de Jorje Evarini?

—Solo algunas noticias muy vagas y poco circunstanciadas han venido á mi conocimiento sobre esa familia, que, segun lo poco que sé, es muy antigua, aunque desgraciada.

—Sí... lo es efectivamente...

—¿Y por qué me lo habeis preguntado? interrumpió D. Silverio. ¿Sabeis vos la historia de la familia de Evarini?

—Como he sido íntimo amigo y compañero de armas de D. Jorje, la sé completamente; y si vos me dais permiso para ello, os la referiré con toda puntualidad.

—No dejará de interesarme tal relacion, y por tanto, la escucharé gustoso, mientras acabamos de dar nuestro paseo.

—Lo mejor será que nos sentemos debajo de alguno de estos olivos.

—Sea enhorabuena...

El sitio que eligieron para descansar era una pequeña eminencia desde donde divisaban toda la campiña de los alrededores y la ciudad de N... Allí se sentaron los dos compañeros, y Venlor empezó la historia de la familia de Evarini de esta manera:

—Jorje Evarini es natural de Cartagena, de padres acomodados, y descendiente de una antigua familia florentina. Sus gloriosos antepasados habian pertenecido al partido *güelfo;* y fueron despojados de todos

sus bienes por la guerra civil, que en tiempos antiguos pareció ser el carácter esencial de toda la Italia y particularmente de la Toscana... Dos hermanos Evarini, que gozaban de mucha autoridad en el gran ducado de este nombre, y residian en Florencia, eran los únicos descendientes de su familia noble ya y antiquísima... Ambos hermanos habian recibido una esmerada educacion; pero huérfanos ya, y libres de sus acciones, los rencores de partido sofocaron en los dos el atractivo de la sangre, porque ambos pertenecian á partido diferente. El mayor era *Güelfo*, y el menor *Gibelino* (1) ¡Terrible y fatal casualidad, que ha

(1) No será por demás que dé aquí algunas nociones sobre el orígen de estos dos bandos de Güelfos y Gibelinos, que por tanto tiempo han devastado la Italia y la Alemania.

Muchos emperadores de Alemania, de que fueron los principales Carlomagno y Oton II, llamado el *Grande*, subyugaron toda la Italia y le dieron la ley. Andando el tiempo llegó á ser tan grande el poder de los emperadores, que lograron de los estados de la península italiana un reconocimiento forzoso de su absoluta autoridad. Desde entónces los poderes de los emperadores de Alemania no conocieron ya límite alguno, gobernaron despóticamente, y todo era hecho segun su albedrío; de modo que llegó á tan alto grado el abuso de su poder, que muchas veces depusieron á los Papas de su autoridad, y colocaron otros en el sólio pontificio, de modo que el que ocupaba la silla de S. Pedro las mas veces debia ser hechura de los emperadores de Alemania.

Todo esto, añadido á los demás actos de arbitrariedad, y sobre todo á los asesinatos de personas que el emperador tenia por sospechosas, cansó la paciencia y sufrimiento de la desventurada Italia, hasta que un soberano Pontífice, nada cobarde y celoso de los derechos que le competian, llamado Gregorio VII, rompió abierta y decididamente con los tiranos de Alemania. Antes de ello valiéndose de su influjo, se aseguró el Papa de la amistad y apoyo de la nobleza italiana, del clero, de sus dominios, y aun de los eclesiásticos y de algunos nobles de la misma Alemania. Gregorio, antes de hacer uso de las armas, quejóse al emperador, y delante de toda la Europa, de la venalidad y de la corrupcion que Enrique IV, emperador reinante, habia introducido en la reparticion de los beneficios eclesiásticos; quejóse tambien de las demasías que se permitian en contra de la Italia; pretendió con razones justas y convincentes, que á él le pertenecia, como á jefe de la Iglesia, la reparticion de los citados beneficios, y corregir las demasías que se cometian contra sus súbditos católicos; y finalmente requirió al emperador Enrique á que se circunscribiese dentro los límites de su jurisdiccion civil, á que gobernase conformándose solamente á los derechos que le competian en calidad de soberano de la Italia, y á que de allí en adelante se abstuviese de sus sacrílegas usurpaciones sobre el poder espiritual de Roma. El emperador, lleno de indignacion y de orgullo, de ningun modo quiso acceder á las justas pretensiones de Gregorio, y su contestacion fué deponer al Papa de la dignidad pontifical. Por otra parte, Gregorio celoso tambien por su causa y animado por la justicia de su pretension, contestó con un tremendo anatema, y

de ser necesariamente la ruina cierta y segura de una familia! Los dos

---

causó que el emperador depusiese por tres veces al papa Gregorio VII. Éste tambien á su vez hizo ver la inutilidad de las deposiciones con la fuerza de los rayos del Vaticano.

Sin embargo, mientras que duraban estos debates poco decisivos, ni el emperador ni el Papa dejaron de prepararse para los futuros acontecimientos: de modo que cuando Enrique IV, al frente de un formidable ejército quiso que Gregorio acatase sus órdenes, éste se habia preparado ya para la defensiva por medio de un regular ejército, que habia levantado con sus propios esfuerzos, y exigió de los nobles de la Italia el cumplimiento de las promesas que le habian hecho. Puestos en pié los dos ejércitos, Enrique tomó la ofensiva y Gregorio supo guardarse bien en defensa, porque derrotó en diferentes acciones los ejércitos del emperador, el cual, viendo la injusticia de su causa y la derrota de su gente, y temiendo mas que todo perder la soberanía de la Italia, accedió á las pretensiones del Papa. Cesaron las hostilidades, y entretanto murió Enrique IV pidiendo perdon al Pontífice en la hora de su muerte de los males que le habia causado.

Muerto Enrique IV subió al trono imperial de Alemania su hijo Enrique V, el cual luego de su advenimiento se declaró hostil á la Italia y á sus derechos. Quiso recobrar el despotismo que habia perdido su padre sobre todos los estados italianos, pero Gregorio VII, que ocupaba aun el sólio pontificio, hizo ver al emperador hijo con la victoria de sus armas, que habia accedido á sus justas demandas el emperador padre. Vencido y derrotado el ejército imperial, y amenazados aun con una invasion los estados de Alemania, Enrique V se dió prisa á conseguir la paz á cualquier precio, para lo cual firmó con Gregorio un tratado por el que quedaban reconocidos todos los derechos de la Italia, siendo sus principales bases: que los Papas serian elegidos libremente por el Sacro Colegio, que ningun emperador tendria autoridad para destituir á los pontífices electos, que los obispos serian elegidos conforme á las disposiciones de las leyes canónicas, que en caso de empate la eleccion estaria de parte del emperador, que éste depondria sus hostilidades contra la Santa Sede, que evacuarian ambos soberanos los puntos ocupados al otro por sus tropas respectivas, y finalmente, que el soberano Pontífice de Roma gobernaria en lo eclesiástico toda la península italiana sin dependencia alguna de los emperadores de Alemania.

Arregladas así las cosas, se disfrutó por algun tiempo de una completa paz religiosa. Pero los rencores que se habian adormecido con ella no quedaron estinguidos; y algun tiempo despues, á causa de algunas injusticias hijas de la corte imperial de Alemania, los súbditos del emperador y los del Papa vinieron nuevamente á las manos. Las guerras se sucedieron sin interrupcion, y lo peor de ellas fué el ser civiles tanto entre los Alemanes como entre los Italianos.

Las naciones estranjeras intervinieron muchas veces en sus diferencias, pero todo fué en vano, porque el espíritu de partido desechaba todas las intervenciones. Esas reyertas han durado muchos siglos, su historia es horrorosísima y casi es imposible que puedan hallarse dos facciones civiles tan poseidas de rencores y ódios personales, ya de noble á noble, ya de pechero á pechero, como estos dos bandos que se disputaban la suerte de Alemania é Italia.

hermanos se persiguieron valerosamente, é iban sufriendo las alternativas de su respectivo bando.

Mucho tiempo antes de subir Carlos de Valois al trono de Francia y de ser gobernador del soberano Pontífice en toda la Italia, avistáronse las tropas güelfas y gibelinas, y se batieron encarnizadamente en las orillas del Arno (1). Peleóse por ambas partes con entereza y decision; la lucha fué vigorosa y las aguas del Arno, despues de haber anunciado la catástrofe á los pueblos del tránsito, fueron á depositarse al mar enrojecidas en sangre güelfa. Los dos hermanos Evarini se hallaron tambien en este terrible combate; el gibelino, cuyo corazon era endurecido, procuró y consiguió hallar á su hermano güelfo, lo cual fué despues de haber escapado á mil espadas, y arrostrado un sin fin de peligros... Acometió á su hermano; y ¡cosa inaudita! le obligó á defenderse. Este atrevimiento del último, hizo que durase poco el combate, porque, á una estocada del fiero gibelino, cayó el otro tan gravemente herido, que al instante le tuvieron por muerto...

—¡Esto es horrible! Sr. de Venlor, interrumpió D. Silverio, ¡parece imposible que tanto ódio personal se abrigára en pechos hermanos!

—Esto no es estraño, caballero, replicó Venlor, porque el espíritu de partido arrastra á los hombres en pos de los mayores crímenes. Podeis convenceros de ello, tendiendo la vista á nuestras poblaciones, y hallareis á cada paso hermanos, que á causa de la actual guerra civil están enemistados con el mismo rencor que lo estuvieron los antepasados de Jorje Evarini... Y como iba diciéndoos, Sr. de Rosa-Lis, uno de los hermanos Evarini fué degollado cual otro Abel por el fratricida. En aquella sangrienta batalla del Arno, el partido gibelino quedó dueño del campo, y, como habia sucedido ya muchas veces, los destinos de la Toscana fueron á parar á manos de los vencedores. El güelfo Evarini, desfigurado por su propia sangre, hubiera quedado allí abandonado, y espuesto á morir horriblemente, si los cuidados de un escudero fiel no le hubieran vuelto á la vida, despues de haberle cerrado la herida, y prodigado los mas paternales favores. Entretanto llegó la noche, y este es-

---

Los que estaban en pro de los Papas llamábanse *Güelfos*, y los que favorecian los emperadores *Gibelinos*.

Á los Güelfos se les llamó tambien *Negros*, y á los Gibelinos *Blancos*.

(1) Rio del gran ducado de Toscana que nace en los Apeninos y despues de pasar por Florencia y Pisa desagua en el Adriático, á dos leguas y media de esta última ciudad. Su curso es de cuarenta y cuatro leguas, veinte de las cuales son navegables.

cudero, que fiel se habia mostrado á su noble señor, cargado con su cuerpo, lo apartó del sitio del combate, y lo llevó á una casa de campo de las cercanías, despues de haber pasado por medio de arroyos de sangre helada ya, y entre centenares de cadáveres. Aquella casa hospitalaria donde el escudero condujo á su señor, era propiedad de este mismo; y era por su forma y su construccion bien diferente de las casas de campo, que acostumbran encontrase en Italia.

Aquí Venlor guardó silencio por algunos momentos, y luego prosiguió:

—En aquella casa hospitalaria fué curado Evarini con toda solicitud, y gracias á su escudero, podia decir que habia vencido á la muerte. Despues de algunos dias que estuvo recobrado, resolvió dejar para siempre la Toscana, no ya para retirarse del teatro de la guerra, sino para salvar su vida. A este efecto, despues de haberse concertado con su salvador, embarcáronse ambos de incógnito en la ciudad de Pisa, y en pocos dias fueron trasportados á España, desembarcando en Cartagena. Allí se instaló el Toscano en el entretanto, y escribió desde luego á su esposa su milagrosa salvacion, y el lugar de su retiro. Esta permanecia aun en Florencia, y desde la batalla del Arno se hallaba en el mayor conflicto. Despues de aquella desastrosa lucha, el fratricida Evarini hizo su triunfante entrada en Florencia, y como su familia era de las mas nobles y distinguidas del gran ducado, fué rodeado de todas las personas notables de su partido. Sus primeros cuidados fueron divulgar la muerte de su hermano, procurando ocultar mañosamente su malvada accion, y logrado ya en parte este empeño, dirigió todas sus miras á perder á la triste viuda de su hermano. Despues de haberle hecho declarar secretamente traidor á la patria, procuró en consecuencia confiscar todos sus bienes, le hizo perder sus honores y la nobleza de su cuna, despreciando y no prestando oidos á la desdichada viuda, la cual le decia en vano, que al menos respetase los derechos de su hijo, que su esposo era el primogénito de la familia, y que en su falta debian pasar al niño todos los bienes, honores y derechos de la casa de Evarini. Estas y otras razones, que no podian faltarle, de nada enteramente le valieron, mayormente en una época en que el partido dominante era el de su bárbaro perseguidor; así es que fué despojada sin misericordia de todos sus derechos, alzándose el fratricida con todos los títulos, honores y bienes de la casa de Evarini, y como á heredero universal de ella. La carta del güelfo Evarini llegó por fin á las manos de su abatida esposa, en ocasion que se hallaba en la mayor penuria. Con tan alegre é inesperada nueva olvidóse la esposa de Evarini de todas sus penas é intereses en Toscana,

esperando solo ocasion propicia para reunirse con su esposo. Hízolo así, y embarcóse despues de poco tiempo en un buque español, que desde Liorna pasaba á España. La marcha de la esposa de Evarini dejó al fratricida en el goce pacífico de su usurpacion. Llegó por fin á Cartagena el buque español, y los dos esposos volvieron á verse el uno en brazos del otro, juntamente con su hijo de tres años. Evarini por su parte, desde que habia llegado á España, pasaba su vida en la mayor indigencia, y gracias á lo que la sagacidad de su esposa supo ocultar á la rapacidad de su cuñado, que no dejaba de ser algo crecido, pudieron pasarlo considerablemente mejor, é invirtieron gran parte de su caudal, que consistia en pedrerías, en la compra de algunas tierras en las cercanías de Cartagena, con cuya renta pudieron subsistir... Desde entónces vivió tranquila la familia, no acordándose ya mas de sus intereses en Toscana: y así como este Evarini habia sido hasta entónces un fiel Toscano, dió las mas saludables máximas á su hijo, para que sus descendientes fueran buenos españoles. Lo que os acabo de contar, Sr. de Rosa-Lis, es lo único que Jorje Evarini, último descendiente de aquel emigrado Toscano, sabe de sus antepasados.

—Mucho me ha conmovido lo que de ellos acabais de contarme, dijo D. Silverio.

—Si he de hablaros con toda verdad, amigo, replicó Venlor, es muy horrible la historia de su ascendiente güelfo: pero nada sorprendente es ella comparada con la del mismo Jorje Evarini, que tenemos por nuestro amigo.

—¡De veras!...

—Tan de veras, que para que os convenzais de ello, os la contaré mañana á esta hora, si vos gustais de repetir un paseo conmigo.

—¿Creeis vos, replicó D. Silverio, que puedo rehusar el honor que vos me dispensais con vuestra compañía, junto con el deseo que tengo de oir la historia de una familia por la cual me intereso? Yo os aseguro, que si no fuera ya tan avanzada la tarde, os pediria que prosiguieseis ahora mismo la relacion.

Los dos amigos dejaron el sitio, que habian ocupado aquella tarde, y al despedirse tomó Venlor la mano de D. Silverio, y le dijo:

—Si os merece algun aprecio nuestra reciente amistad, os pido con el encarecimiento posible, que no obligueis á vuestra hija, por lo que yo os he dicho *de ella* esta tarde; pensad en las consecuencias de lo que querais hacer, y no hagais sufrir á la inocencia, porque nunca es delito lo que de ella sale.

—D. Joaquin, estimo vuestros cuidados, respondió el de Rosa-Lis, pero no sois padre como yo, y por lo mismo no podeis medir á punto fijo las consecuencias, que puesto en mi lugar preveriais.

Así se separaron los dos amigos. D. Silverio estaba determinado á cortar las relaciones de su hija con Aurelio Evarini: y Venlor, á su vez, por mandato secreto, estaba tambien determinado á conseguir que su amigo obrára con todo el rigor posible.

CAPÍTULO III.

—

Jorje Evarini.

¡Ay de mi! un año felice
Es un soplo ligero...
Pero sin dicha un instante
Es un siglo de tormento.
SOLIS.

A LA tarde siguiente, Venlor, antes de empezar su paseo con D. Silverio, tuvo una larga conversacion con aquel caballero llamado Santiago Aguilar de Silva, cuyo solo nombre tanto horror habia causado al P. Vincencio.

Su conversacion acabó de esta manera:

—Dejo pues á vuestra eleccion, decia D. Santiago, los medios, que os parezcan mas conducentes; y tocante á la historia de Evarini, que debeis contar esta tarde á D. Silverio de Rosa-Lis, esplicádsela del mismo modo que os la ha contado el mismo Evarini.

—Está muy bien, replicó Venlor, y tocante á Laura su hija ¿de qué modo habeis juzgado que debo portarme con D. Silverio?

—Enteramente pasivo... si os habla de ella, aprovechad la ocasion, y haced que no mude su primer propósito: pero si nada os dice, no le hableis de ella por hoy.

—Cumpliré exactamente...

—Y cuidad al mismo tiempo, añadió D. Santiago, de que D. Silverio

por medio de vuestra narracion quede muy bien enterado de que los padres de Aurelio se ignoran todavía, aunque es positivo que tarde ó temprano se descubrirán...

Así acabó esta conversacion; y media hora despues, D. Joaquin Venlor y D. Silverio de Rosa-Lis estaban ya paseando por fuera de la ciudad. El primero esplicaba al segundo la historia de Jorge Evarini, la cual habia empezado de esta manera:

—Para que os convenzais de cuan trájica es la historia de nuestro amigo, decia Venlor, voy á contárosla toda entera con la misma exactitud que él me la ha referido.

Segun os dije ayer, Jorge Evarini nació en Cartagena donde fueron á establecerse sus antepasados. Su padre, á la edad de doce años, le colocó ya de cadete en el colegio militar de Segovia, y quiso que su hijo siguiese la carrera de las armas, no tanto porque le conocia de denodado valor y atrevimiento, como porque tenia influjo en la corte para lograr que ascendiese de grado en grado. A poco tiempo de salir de Segovia, entró de edecan en el estado mayor del general Elío, y su buen comportamiento, junto con sus corteses modales, religiosas costumbres, y no comun valentía, le granjearon tanto la estimacion del general, que llegó á ser muy pronto capitan en el regimiento de S. Fernando. A medida que iba aumentando su práctica militar, mostraba tambien su bizarría y su valor en medio de los ardores de la guerra, y ascendia con la misma rapidez que se multiplicaban sus victorias, las cuales fueron tantas que á la edad de veinte y cinco años ya se veia coronel de regimiento. Bien merecido lo tenia, siempre se habia portado como valiente, y nada habia logrado intimidarle. Una sola vez, sin mengua de su reputacion, estuvo á punto de perder la vida. Demasiado atrevido como lo habia sido siempre, adelantóse mucho en una accion de guerra al cuerpo que mandaba, y fué rodeado por cinco ó seis de sus enemigos. Viendo perdida ya su vida, hacía prodigios de valor; ningun golpe de los que daba se perdió: su sangre empezaba ya á correr, y hubiera sucumbido necesariamente al número, si un capitan de su regimiento, llamado Joaquin Venlor, no corriera á costa de mil peligros á socorrerle.

—¿Con que vos sois pues, dijo D. Silverio, el que salvasteis la vida á Evarini?

—Sí, señor, respondió el mason, y si volviera á hallarme en igual caso haria lo mismo... Ya en la milicia fuimos amigos, y el afecto que entónces le tenia no ha disminuido.

—Pues bien, el interés que con vuestras relaciones me haceis tomar

por Evarini, hace que os dé ahora las mas espresivas gracias por haberle salvado la vida.

—Aprecio mucho, replicó Venlor, el interés que os merece un amigo mio, señor de Rosa-Lis... y por lo mismo voy á hacer que este se aumente con todo lo que voy á referiros... Evarini en medio del teatro de la guerra y de las corrupciones, que siempre lleva tras de sí, habia conservado la misma pureza de costumbres y de religion que le habia enseñado su padre, el cual murió casi repentinamente de una enfermedad apoplética. Sucedió en el entretanto que su regimiento fué destinado á formar parte del ejército de Cataluña, y despues de haber pasado por diferentes puntos del Principado, tuvo que detenerse en N... por órdenes superiores. Aquí fué donde casualmente vió por primera vez á Emigdia Serrano, jóven de diez y ocho años é hija de padres acomodados. Hallaba Evarini cierto encanto y atractivo en mirar á esta jóven, encanto que no habia hallado aun en ninguna de las mugeres que habia visto en las diferentes provincias de España. Los ojos, fieles intérpretes de lo que el alma siente, bien pronto pusieron á Emigdia en conocimiento de la pasion del coronel. Evarini, que despreciaba y hasta odiaba en estremo aquel nécio amor que ha de esconderse á las miradas de todos, consultó primero sus propios intereses, y resolvió poseer legítimamente el cariño de una jóven, que otros militares hubieran exigido sin dar este moral y prudente paso, porque al cabo Emigdia era muger como las demás. Así es que despues de haber solicitado su mano, sus padres se la concedieron francamente con la condicion de que habia de salirse del servicio militar y vivir con ellos en N... probando al mismo tiempo la existencia de los bienes que decia poseer en Cartagena. Evarini no se hizo mucho de rogar; como no tenia padres no hubo de pedir á nadie su permiso, y solo reclamó de Madrid la licencia necesaria para separarse del ejército. Logrado este primer objeto, se fué despues á Cartagena donde vendió á un precio bastante regular los bienes que le habian dejado sus padres, y pasando luego á N... con el dinero que le produjo esta venta compró una mediana hacienda en las cercanías de la ciudad. Hecho esto y arreglado todo lo necesario, en menos de tres meses pasó de militar á esposo. Ambos consortes se amaron mútuamente al lado de sus ancianos padres, y hasta hoy dia han disfrutado de una paz envidiable sin que nada haya venido á acibarar la dicha, ni turbar la tranquilidad de entrambos.

Aquí Venlor se detuvo un poco en su narracion y luego prosiguió:

—Hasta aquí, Sr de Rosa-Lis, os he contado la historia de Jorje Eva-

rini, pero ahora voy á enlazarla con la de su hijo Aurelio que es todavía mas interesante; y ella os dará á conocer la incertidumbre en que se envuelve la existencia del hijo de Evarini.

A esta noticia determinóse el Sr. de Rosa-Lis á escuchar puntualmente la narracion de Venlor, el cual habló de esta manera:

—Un acontecimiento bien original, á la par que horrible y estraordinario, tùvo lugar en el primer parto de Emigdia. Ambos esposos tuvieron el pasajero infortunio de tener un niño muerto. Este parto tuvo lugar al medio dia. En la misma tarde recibió Evarini una carta anónima en la cual se le decia en los términos mas precisos y satisfactorios, que á las siete de la noche de aquel mismo dia se presentase á la casa y calle que se le designaba, donde un sugeto que se le daria á conocer, le queria hablar de un negocio de sumo interés para él. Evarini, lleno de sencillez y de buena fé, preparóse para ir á la casa que se le habia dicho despues de haberlo anunciado á su esposa. Salió en efecto á eso de las seis y media, y encaminándose á la casa que se le habia indicapo, pensaba hallar noticias de Cardona ó de Cartagena, donde tenia algunos parientes. Notó de paso que para ir á esta casa debia pasar necesariamente por un callejon oscurísimo y sin vecinos, á causa de haber por una parte las paredes de un convento, y por la otra una grande casa de manufacturas de algodon. Evarini observó tambien involuntariamente al salir de su casa, que un hombre alto, enteramente cubierto con su capa, le seguia desde léjos; mas él no hizo caso de lo que conceptuaba ser un accidente imprevisto, y entró sin vacilar en el citado callejon. Luego de estar en él, púsose á caminar algo aprisa para librarse de los inmundos vapores que siempre se levantan en calles como estas, pero aquel hombre alto, que le seguia, acercóse á él con presteza y le dijo medio sofocado:

—Caballero, deteneos.

Sorprendido quedó Evarini á tan estraño llamamiento, y mucho mas al distinguir confusamente algun bulto debajo la capa del desconocido. Detúvose con todo, porque á la verdad no era cobarde, y hubiera podido deshacerse de un enemigo.

—Y bien, ¿qué me quereis? le dijo con afectada altivez.

—Solo algunas palabras con vos.

—Caballero, para tener conmigo algunas palabras pudierais haber escusado la mitad del camino, ahorrándoos muy bien el trabajo de seguirme desde mi casa hasta un oscuro callejon. Seguid, pues, vuestro camino, que yo tambien deseo seguir el mio.

Iba á desaparecer alejándose, mas el desconocido le dijo en tono mas alto é imperioso:

—Dígoos segunda vez que os detengais; y no penseis que sea yo solo quien os lo intime, porque teneis el paso interceptado; y en prueba de ello ved que van á rodearos.

En efecto cinco ó seis demonios envueltos tambien en su capa, rodearon hostilmente á Evarini, el cual á dura fuerza hubo de detenerse, y escuchar las palabras del desconocido. Entónces le pesó no haber salido armado de su casa.

—Vamos, caballero, al fin me obedeceis, dijo el primero de los desconocidos. Mi único objeto es tener una cortísima conferencia con vos, pero ante todo quiero haceros ver como estais enteramente en mi poder. Estos hombres decididos que me acompañan, ya veis que os están cercando en una calle oscura por la cual nadie pasa; pero por si alguno quisiese entrar en ella durante esta conversacion, tenemos bien guardadas las entradas de la calle.

Estático estaba Evarini de sorpresa.

—Solo un recurso tendriais, le dijo otra vez el desconocido; esto es que pudierais gritar, pero el ruido de la fábrica ahogaria vuestro grito dejándolo sin efecto, despues de valeros algunas puñaladas...

—Y bien, ¿qué es lo que quereis de mí?

—Muy poca cosa.

—Esplicaos...

—La carta anónima que habeis recibido esta tarde ha sido solamente para traeros á este lazo, y lo hemos logrado. Escuchadme; sabed que de fuerza ó de grado debeis ceder á lo que voy á proponeros. Vuestra esposa ha dado á luz este medio dia un niño muerto, ¿no es verdad?... Pues bien, aquí os llevo yo otro para que vuestra esposa lo crie en vez de él.

Quitóse el incógnito el embozo y enseñó á Evarini un niño tendido en un cestillo largo de juncos...

Evarini estaba maravillado.

—Ya veis lo que pretendo, repuso luego el incógnito, y notad al mismo tiempo que tengo con que apoyar mi pretension.

Mientras decia estas palabras, enseñaba á Evarini un reluciente puñal.

—Mis amigos, añadió, no están menos armados que yo; y si rehusais, vais á ser cosido á puñaladas... Tomad pues...

Y le alargó el cesto en ademan amenazador.

Evarini, que estaba completamente desarmado, se vió obligado á tomar al niño que se le entregaba.

—Él tiempo es corto, le dijo el desconocido, y no puedo hablaros mas; en el cesto encontrareis un billete, y él os enterará de todo lo que debeis hacer... Obrad ahora con cuidado, porque teneis segura la muerte si dejais á este niño. No tomeis resolucion alguna hasta haber leido la carta que el cesto encierra.

Dió el incógnito un silbido para que los vigilantes de las bocas-calles se alejasen, y obligaron á Evarini á que marchase por la parte opuesta á la que habia entrado. Hízolo así Evarini, lleno de rábia por haber sido el blanco de tan terrible chascò; y al haber dado unos cuantos pasos volvió la cara para mirar al lugar de tan estraña escena, mas ya no vió á persona viviente. Dirigióse entónces sin tomar resolucion alguna á su casa llevando cautelosamente dentro de su capa el depósito que acababan de hacerle. Llegó á ella, y acercóse á su esposa, esplicándole en las mas pocas palabras que pudo, y sin manifestar sorpresa, todo lo que acababa de pasarle. Tanto el uno como el otro hubieran de mil amores criado al niño, mayormente Evarini que ardia en deseos de tener hijos, pero lo que les disgustó á ambos, fué el modo tan insolente de hacérselo admitir. Era la tierna criatura fiel retrato de una figura ideal la mas perfecta que pueda darse. Traia su boca cerrada con una cinta encarnada que la cubria, cosa que los desconocidos habian hecho de intento para que llorando el niño no los descubriese; desatáronle pues, y el infante, faltándole ya aquel obstáculo, se puso á llorar amargamente, y Evarini y Emigdia llenos de ternura al ver llorar á aquel angelito se sintieron conmovidos. Tenia el pobre niño sus ojos tan llenos de lágrimas, que hasta habérselos limpiado no pudo verse lo hermosos, azules, llenos de viveza y espresivos que eran. La blancura de su cútis era tal, que casi ofuscaba la de las finas telas que le envolvian: y se conocia que el infante era de dos dias á lo mas. Emigdia estaba sumamente pensativa. Evarini tomó en brazos al niño, que aun estaba llorando... y lo entregó á su esposa, la cual con todo cariño le dió inmediatamente de mamar. Por lo que toca al cestito, era de juncos finos, fabricado espresamente; y dentro de él, á mas del niño y la tela fina que le cubria, habia un almohadon de pluma hecho espreso y ajustado perfectamente á la capacidad del cesto; pero el lujo y finura de este, de las telas, del almohadon, y del vestido infantil del niño, todo indicaba que era hijo de padres mas que acomodados. Y acabaron de confirmarse mas los dos esposos en esta opinion, cuando al vaciar el cestito para hallar la carta



Tomad, pues!.. y le alargó el cesto en ademan amenazador.

que los desconocidos habian prometido á Evarini, dieron á mas de ella con un pequeño bolsillo de seda dentro del cual se encerraban treinta onzas en oro, lo que si no contentó del todo á los dos esposos, á lo menos los satisfizo algun tanto. Tomó y abrió Evarini la carta ansiando sobre manera leer su contenido y desvanecer un poco sus dudas y temores. Emigdia, no menos ansiosa que él, preparóse tambien á escuchar. Esta carta no era mas que un continuado y espeso escrito de una letra clara y sumamente variada, no habiendo en ella ni fecha ni firma alguna. Poco mas ó menos, estaba concebida en los siguientes términos:

«Jorje y Emigdia Evarini:

»Señores: La necesidad es la ley de todos y de cada cual... no hay que dudarlo; y este solo principio puede bastaros para justificar nuestra accion, que por cierto es arriesgada... No querais pues saber mas... Casos tan raros, tan estraños, tan horribles, y de tanto interés hay en el mundo, que uno solo basta para que los sepa... Esta tarde se os ha dirigido una carta anónima en la cual se os citaba para cierta casa, pero solo ha sido un artificio para que por medio de él, se pudiese haceros ir al sitio que mas convenia para la consumacion de ciertos planes... Perdonad, pues, si ha habido algun esceso necesario... Tocante al niño que habeis recibido, solamente se os dirá lo que no se puede omitir, y es esto: nació la noche pasada, de padres los mas nobles, es bautizado tambien y su nombre es Aurelio; si no estais satisfechos hacedlo bautizar de nuevo, pero se quiere que le quede el nombre de Aurelio. Se os ha llevado este niño á vosotros, no por tendencia alguna ni por eleccion, sino por haber vuestra esposa parido un niño muerto. Se os promete que los padres de Aurelio tiempo vendrá en que se os darán á conocer. Hasta el fin nada penseis, y estos son los encargos que se os hacen: que cuideis bien á este infante, que si no podeis criarlo lo entregueis á una nodriza, y de todos modos pase Aurelio por hijo vuestro, que se le dé una educacion brillante, y que se le tengan todos los miramientos posibles... ¡Temblad sino lo cumplís!... porque se os manda tambien, bajo pena de muerte, que á nadie absolutamente descubrais este secreto inviolable... Debe morir en vuestro pecho. No os determineis á divulgarlo... porque si contraviniereis á esta órden, se os jura, bajo lo mas sagrado de nuestra sacrosanta Religion, que no vereis, á pesar de todos vuestros esfuerzos, el sol del año nuevo. Temblad... sí... porque estará proscrita vuestra cabeza... En el interin hallareis con vuestra carta una bolsa de seda que contiene treinta onzas en oro para indemnizaros de los gastos. Se os jura tambien que antes de medio año estareis en pose-

sion de considerables y ricas tierras, que se os darán en recompensa de vuestros trabajos. Atended;... si no se efectúa esta promesa, podreis desde luego divulgar el secreto, pero si se os cumple, entónces podreis formar una cabal idea de la eficacia de las sobredichas amenazas, y de la fuerza y del poder de quien os escribe. Y para que conozcais cuan firme es la resolucion de que cumplais lo que se os dice, sabed que todos vuestros pasos serán examinados escrupulosamente, que todas vuestras acciones serán observadas, que siempre tendreis espías á vuestro lado, sin saber quién es el sugeto que os vigila, y sobre todo, que en caso de contravencion, vuestra vida estará pendiente de un ténue hilo. Por lo demás, si cumplís, en nada sereis molestados, el agradecimiento será oculto, pero algun dia se manifestará; y cuando los padres se os den á conocer, entónces os tendreis por dichosos en haberles hecho tan singular merced. Resignaos pues; sed cuerdos, no desecheis justas pretensiones, ceded con alegria y obrad con gusto, porque nada serán los trabajos y molestias que puede daros un niño, á quien podeis amar, en comparacion de las muchas remuneraciones que desde hoy se os esperan. Se os repite el encargo de que hagais educar completamente á Aurelio, amadle sobre todo, apreciadle como á hijo vuestro... y acábese diciendo: cumplid nuestras órdenes... temed nuestras amenazas... Quien os lo manda es invisible... pues bien... lo invisible hay dos motivos para temerlo.»

Así acababa la carta.

—¡Esto es horrible! dijo entónces D. Silverio no pudiendo detener mas su admiracion.

—Sí... horrible es, y muy horrible, añadió Venlor con acento conmovido.

—Y aun lo es mas, replicó D. Silverio, el pensar que estos agentes invisibles debieron de cumplir sus promesas, puesto que Aurelio prosigue siendo aun el hijo de Evarini.

—Las cumplieron religiosamente, dijo Venlor, y vais á verlo por lo que os diré: Despues de leida aquella carta, la admiracion de los dos esposos estaba al último punto, y por mas que ella hubiera durado ya, no podian admirarse mas... Este tiro tan diestramente dirigido, y este misterio tan incomprensible, les abrumaban en su apurada situacion: mil pensamientos, á cual mas incoherente, á cual mas monstruoso, asaltaban la fatigada imaginacion de los dos esposos, de modo que todo en ellos era confusion. Evarini estaba enteramente agobiado, y por otra parte, Emigdia no estaba menos entristecida que él; querian penetrar á fondo

este estraño suceso, pero en vano probarian ambos á darse esplicaciones satisfactorias de él. Veian por una parte á un hermoso é inocente niño, que estaba llorando, lleno de todos los hechizos que la naturaleza puede dar á las criaturas, escitando solamente compasion; y veian por otra el mas pérfido y negro engaño que el hombre puede imaginar, acompañado de las mas terribles y enérgicas amenazas... ¿Qué deliberar en tal estado?... ¿Qué hacer en tal conflicto?... ¿Cómo podian quedar libres de toda pena, de toda intriga, de todo temor, de toda amenaza, de todo remordimiento de conciencia, cualquiera que fuese el partido que tomasen? Era imposible; y por lo tanto toda tranquilidad debia huir de ellos... Bien era así... Evarini estaba aun atemorizado del modo tan hostil con que se le presentaron los desconocidos en el callejon; temia aun, mas que todas sus amenazas de palabra, las que se le hacian por escrito... y despues de mucho deliberar, de mucho pensar, de mucha incertidumbre, y de mucha reflexion, no supo resolverse á desechar las proposiciones, ó mejor mandatos, que se le hacian. «Si las desecho, decia, estoy espuesto á sus fieras amenazas; y si las acojo, he de ver impasiblemente que un niño, á quien no conozco, lleva mi nombre sin mancha.» Hízose cargo de que si las acogia era oprobio, y que si las desechaba era peligro: procuró calmarse un poco, y reflexionó que podia hacer una composicion favorable; esto es: ponerse en observacion para acoger interinamente, desechando despues triunfante sin peligro y con ventaja. Así arreglado, resolvió la cuestion de esta manera: se me prometen en la carta remuneraciones y á mas tierras considerables dentro de medio año, añadiendo que si no es así, puedo entónces divulgar el suceso sin temor. Pues bien, yo me someteré á acoger sus proposiciones ó mandatos, y dentro de medio año veré quién es el que me pone en posesion de estas tierras: entónces ya tendré una persona conocida á quien dirigirme y á quien interpelar; en una palabra, tendré el negocio en el terreno en que le deseo: si esto no se cumple y quedo sin las tierras, entónces, como ya se me dice en la carta, quedo libre, y puedo deshacerme del secreto: por otra parte, estas tierras que me prometen para ser mias, es necesario que las posea con título legal, porque si no es así, tendré ya una prueba de la flaqueza del poder de mis adversarios, y ya no me harán tanta mella sus amenazas. Por lo tanto, para ser yo dueño, es preciso que se me presente el que ahora lo es y me diga: «Toma, te lo doy;» y si esto sucede, como ha de ser, ya tengo lo que busco y sé á quien dirigirme á interpelar. De todos modos, pues, cuento salir airoso de la empresa; acogeré sus pretensiones, y este Au-

relio será entretanto hijo mio... Bien coordinada estaba esta resolucion y debia prometerse lisonjeros resultados, si la astucia infinita de sus adversarios no hubiese burlado todos sus cálculos y resoluciones, como voy á esplicaros muy luego. Por de pronto quedaron acordes los dos esposos en preguntar á la comadre si alguien habia ido á preguntarle por alguna muger que hubiese parido aquel dia. Hiciéronlo así al dia siguiente, y ésta les dijo, que efectivamente un caballero, que ella no conocia, habia hecho esta diligencia. Tal noticia no produjo el menor efecto. Pasó Aurelio por hijo de Evarini quedando oculto para todos el secreto. Al dia siguiente el infante fué trasladado á la parroquia, donde se celebró el ceremonial del bautizo, quedándole el nombre de Aurelio-Jorje. Fueron cobrando afecto á la tierna criatura, y una cosa bien singular al mismo tiempo que estraña, sobresaltó á Evarini y Emigdia. Una mañana ésta estaba vistiendo al niño, y notó, con no poca sorpresa suya, que en el brazo derecho tenia delineados con un color negruzco algunos signos ininteligibles y aun algunos caractéres que querian parecer letras. Llamó Emigdia á su esposo, y quedó no menos sorprendido que ella. Mil conjeturas formó Evarini, y á buen seguro que si no temiera las amenazas de la carta, hubiera hecho por indagar el valor de estos signos. Resignóse por fuerza, y este caso vino á aumentar el deseo que tenia de ver finido el medio año, que le fijaba de término la carta, para poder obrar de todos modos con entera libertad.

—¿Y no podeis adivinar, interrumpió D. Silverio, lo que significan esos caractéres negruzcos, que Aurelio tiene delineados en el brazo derecho?

—Es muy fácil Sr. de Rosa-Lis, contestó Venlor dirigiendo á su rededor una mirada temerosa.

Y luego hablando en voz baja añadió:

—¿Sabeis lo que son estos hombres que trastornan el Universo y cuyas reuniones llevan el nombre de *sociedades secretas*?

—En el período del año 1820 al 23, oí hablar muchas veces de ellas, dijo D. Silverio, pero lo que es hoy nada sé de su existencia.

—Pues bien, replicó Venlor bajando aun mas la voz, hoy dia existen tambien estas *sociedades secretas*, y son las mismas que habia en el año 1823.

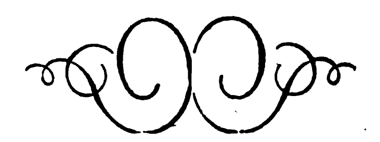
—Pero ¿qué importa su existencia en lo que os he preguntado?

—¡Ah, caballero Rosa-Lis! añadió Venlor conmovido; es que esas sociedades son las que llevaron á Evarini el niño Aurelio, y esos caractéres

negruzcos, que tiene delineados en su brazo derecho, le designan como á enemigo perpétuo de esas mismas sociedades. Esa advertencia que os hago, puede, aunque vagamente, revelaros alguna cosa sobre la clase de padres que deberá tener el niño Aurelio.

—Decidme, pues, de qué modo cumplieron esas sociedades secretas las promesas que habian hecho á Evarini... Estoy ansiando saberlo...

—Permitidme que cobre aliento, Sr. de Rosa-Lis, contestó Venlor, porque las desgracias de un amigo me conmueven demasiado, y ahora no podria proseguir mi narracion sin muy fuertes padecimientos.



CAPÍTULO IV.

Agentes invisibles.

No á mí sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados dá sin cuento.
MELENDEZ.

VENLOR acababa de decir á su amigo la verdad, pues su conciencia se hallaba agitada por graves remordimientos.

Él sabía que los mismos que le habian mandado seducir á Evarini eran los que habian perseguido á éste y los que habian llevado á cabo todos los hechos que acababa de contar al Sr. de Rosa-Lis. Y sobre todo el pensamiento de que ese Evarini, que tan desgraciado era, fiado en su amistad, acababa de ser sumido por él mismo al mas horrible infortunio, no dejaba de mostrarle en toda su estension la perfidia de que se hallaba animado.

Despues de haber andado un poco los dos amigos sin decir palabra alguna, Venlor pensó en proseguir de nuevo la narracion de las desgracias de Evarini: y el Sr. de Rosa-Lis, que deseaba de todas veras verlas concluidas, escuchó de nuevo á Venlor, que habló de esta manera:

—Faltaban muy pocos dias para cumplir el plazo prefijado... Es decir que los seis meses cumplidos pasaron... El mismo dia en que empezaba el séptimo, Evarini, lleno de inquieta zozobra, recibió un oficio de la municipalidad de N... en el cual se le decia que se dejase ver á cierta hora con el alcalde, el cual debia tratar con él de un negocio que mu-

cho le interesaba. Quizá adivinó Evarini el objeto de este llamamiento ocurrido en tal dia, por lo cual juzgaba ya desconcertados sus planes y esperaba con ansia la hora fijada para salir de duda. Pasó pues á casa del alcalde, que era conocido suyo. Éste le estaba esperando. Llegó Evarini é hízolo entrar en un aposento que, como era abogado, le servia de despacho.

—Sentaos, amigo, dijo el alcalde á Evarini.

—Con mucho gusto.

—Os admirareis sin duda de que yo os haya mandado llamar.

—Sí, por cierto.

—Pues ha sido para tratar con vos de un asunto que os interesa. Decidme... ¿Teneis algun pariente en el campo de Tarragona?

—No, señor, contestó Evarini sorprendido. Algunos tengo, pero están en el reino de Murcia y en el ducado de Cardona, y tengo algunos afines en N... y en Barcelona.

—Me parece que de necesidad los habeis de tener en el campo de Tarragona.

—¿Y por qué?

—Por una razon bien poderosa... Escuchad: ¿Sabeis vos que yo he recibido ciertos papeles por medio de los cuales entrais en el dominio de cuantiosos bienes en el término de N...?

¡Qué rayo acababa de herir al agobiado Evarini!

—¿Cuándo los habeis recibido? le dijo.

—Esta mañana...

—¡Es posible!...

—Aquí están los papeles... leedlos...

Y entregó un pliego á Evarini, el cual leyó con suma avidez y presteza aquel escrito...

—Muy pronto os habeis enterado de su contenido... Con que, ya lo veis.

—Sí.

—Se os nombra dueño de todas estas tierras, con la precisa condicion de que si no quereis admitirlas, pasen enteras al fisco, dijo el alcalde recalcando la voz en esta última palabra.

—Bien; pero decidme... ¿quién os ha traido este pliego? dijo Evarini impaciente...

—¡Bella pregunta por Dios!... ¡Vos sí que me chasqueais!... Yo esperaba que vos me lo diriais...

—Si yo no sé nada...

—Mucho me alegro... ¡Magnífico!...

—¿Pues qué?...

—Pues que yo tampoco lo sé...

—¿Cómo ha caido en vuestras manos?

—¡Cómo!... por medio de una astucia bien inventada por cierto...

—¡Una astucia!...

—Es así: Estaba el Ayuntamiento en sesion plena... Mientras tal se acerca un *peregrino* con toda devocion á la puerta de la casa consistorial, y entrega este pliego, que acabais de leer, al alguacil que allí estaba, diciéndole que era para mí.

—¿Y el peregrino?...

—Buen tonto... Cumplida su mision, se ha vuelto á marchar...

—¿Y el alguacil? repuso Evarini.

—El alguacil no ha osado detenerlo, visto el hábito respetable que llevaba.

—¿Y no podria encontrársele?...

—A buen tiempo este remedio... Vanas han sido las diligencias que para ello he hecho.

—Pues hablemos claros, dijo Evarini cada vez mas lleno de admiracion; ¿qué providencias pues habeis tomado para saber quién es este hombre que me nombra heredero?...

—Por esta via ya las he tomado.

—¿Y cuáles?

—He intentado hacer buscar á todos los arrendatarios ó inquilinos de estas tierras; pero con gran sorpresa mia he sabido que un solo arrendatario las cuidaba todas.

—¿Y qué quereis hacer con este hombre?

—Le he mandado comparecer á mi presencia, y si os aguardais un poco, lo vereis luego, porque está citado á esta misma hora.

—Sí, quiero esperarle.

Evarini volvió á mirar entretanto la escritura de donacion.

—Ya podeis mirarla, amigo Jorje, que no le falta requisito alguno para ser válida.

—Veo que es así...

Entró en estos momentos un criado anunciando á un labrador que pedia por el alcalde, y éste dió órden de que lo hicieran entrar.

—Aquí le tenemos, dijo á Evarini. Vamos á ver lo que podremos inferir de las preguntas que le haré para que me diga quién es el dueño

de las tierras que tiene arrendadas. Este, este debe ser el punto de partida.

Entró al fin el rústico, que era uno de aquellos labradores ricos y esperimentados que tienen mas ciencia natural que muchos que han frecuentado las aulas. En su clase iba ricamente vestido. Tal era el arrendatario de las tierras que debian pasar al dominio de Evarini. Luego que entró en el despacho del alcalde, descubrió cortés y modestamente su cabeza, y con todo el respeto que tienen los payeses catalanes á las autoridades, saludó segun sus toscos modales.

—Sentaos, buen hombre, le dijo el alcalde con toda dulzura.

Sentóse el labrador sin mas rodeos y sin otra invitacion frente á frente de Evarini, el cual tuvo ocasion de observar atentamente su fisonomía.

—¿Cómo os llamais? preguntó el alcalde.

—Isidro Ribalta.

—Y sois hijo...

—De N...

—Está bien. ¿Pues vos sois el poseedor de estas tierras tan considerables que cultivais?

Evarini ardia en impaciencia por oir hablar al rústico, el cual respondió:

—Yo, señor, las poseo por arriendo.

—¿Quién es pues el dueño legítimo?

Evarini contenia su aliento.

—Don Alejandro de Ortega.

—¿Y quién es este caballero?

—Yo, señor alcalde, no podré satisfaceros plenamente con mis respuestas; pero os diré francamente todo lo que yo sepa acerca de este caballero, que casi no conozco.

—Esplicaos pues...

—A ello voy... el que me precedió á mí en el arriendo de estas tierras, era un labrador castellano, que se mostró siempre muy amigo mio, el cual las cuidó por muchos años. Cultivándolas hizo su fortuna, con la cual me dijo que se queria marchar á su tierra para recoger la herencia de su padre, que habia muerto hacía poco. Yo le habia dicho ya de antemano, porque sabía sus intentos, que cuando quisiese marcharse me pasase aviso, que yo tomaria por él su arriendo; porque á la verdad, son muy pingües las ganancias que llevan estas tierras, visto lo poco que se paga, y yo deseaba entrar á cultivarlas. Así se hizo; un

dia al anochecer me mandó llamar mi amigo para tratar sobre el negocio, y yo muy lleno de alegria, en pocos minutos me planté en su casa, que lo era una magnífica quinta que tambien vá comprendida en el arrendamiento. Hallé en esta quinta á un señor vestido con bastante sencillez, por ser tan rico, el cual me dijo ser el dueño de aquellos terrenos. Díjome tambien con tono muy afable, que por su arrendatario habia sabido que yo tenia deseos de quedarme en lugar de él con el arriendo. Yo le dije que sí, y que aceptaba gustoso tal oferta. Hicimos el contrato de arrendamiento con todas las formas y solemnidades de estilo: sus principales bases eran que yo pagaria la cantidad de 2,400 rs. mensuales, cantidad que por cierto es insignificante en vista de lo mucho que producen, que á buen seguro será el duplo. Decia á mas este contrato que debia habitar solamente los cuartos bajos de la quinta, que tendria la llave de los pisos superiores, y que debia tenerlos arreglados y prontos para cuando su familia quisiese venir á pasar alguna temporada en ella. Loco habia de ser yo por cierto, si al ver pacto tan favorable para mí, hubiera rehusado convenirme: así es que tomé el arrendamiento por doce años, y habrá como año y medio que estoy en él ganando y aumentando mi fortuna...

—¿Pero y el dueño? dijo Evarini impaciente.

—El dueño, en diez y ocho meses que llevo de arriendo, solo lo he visto dos veces. Vino al cabo de siete meses para cobrar lo que tenia vencido, y se lo pagué. No le he visto mas que otra vez: anteayer hizo seis meses. Le pagué los cinco que le debia, se llevó de la biblioteca un envoltorio de papeles, y no ha vuelto á parecer mas. Estoy debiéndole seis meses. Y para mayor satisfaccion de Vds. aquí les llevo el contrato de arrendamiento y tambien los recibos para que puedan ver si en nada de lo que les acabo de decir he mentido.

Sacó el labrador una cartera de cuero de su faltriquera, y tomando de dentro de ella un pliego de papel plegado y una libreta, lo puso en manos del alcalde, el cual comenzó á leerlos para sí. Evarini deseaba con avidez pasar la vista por aquellos escritos, y para distraer su impaciencia, púsose á hablar con el rústico.

—¿Y vuestro amo, le dijo, estuvo mucho tiempo en la quinta las dos veces que ha venido á ella?

—Solo los momentos mas precisos; y sus visitas á mas eran de noche.

—¿Y su familia no ha venido á pasar nunca algunos dias en la quinta?

—No por cierto;... de modo que ni aun sé si la tiene.

—¿Y qué habeis pensado vos de tan estraño proceder por parte de vuestro señor?

—Lo mismo, señor, que está pasando ahora; que algun dia tendria la *justicia* algo que ver con ello; y estaba esperando siempre un llamamiento como el de hoy.

—Sois muy previsor...

—Y bien, dijo el alcalde, que habia concluido ya la lectura del contrato, ¿por qué en este escrito se dá á las tierras y quinta que cuidais el título de tierras y quinta de Santa Magdalena?

—A decir la verdad, ignoro la causa de ello. Lo único que puedo yo decir es, que en la quinta hay una soberbia y lujosa capilla dedicada á dicha santa, á la cual nosotros cuidamos bastante y tenemos mucha devocion.

—¿Y la letra que hay en el contrato, por supuesto, que será de vuestro señor?

—No: solo hay la firma, porque la letra es del escribano que estendió el contrato, y la de los recibos es mia.

Evarini tomó el papel y lo leyó.

—Ahora bien, replicó el alcalde. ¿Os acordais vos de la figura de este hombre?

—Como que lo he visto pocas veces y aun de noche, sería arriesgado dar por verdadera la pintura que podria hacer de su persona.

—Bien, estoy con ello; pero á lo menos decidme lo mas notorio.

—Me pareció ver un sugeto bastante alto, de color moreno, cabeza y ojos negros, sin bigote, sin barba, y noté á la luz del candil dos profundas cicatrices en su rostro, una debajo del ojo izquierdo, y otra á la parte derecha de la boca; sus modales francos y sencillos, y su voz ronca, pero llena de dulzura. Esto solo es lo que puedo deciros.

—Está bien;... á ver si están acordes las señas.

Levantóse en esto el alcalde, llamó á un criado, díjole que fuese á buscar inmediatamente al alguacil y volvió á sentarse. El labrador miraba suspenso los movimientos del alcalde. Notólo éste, y pensando que era ocasion de no ocultarle el caso, determinó decírselo.

—Vos estrañareis sin duda todo lo que está pasando, buen hombre, le dijo, ¿no es verdad?

—No puedo negarlo...

—El motivo de ello es porque de aquí en adelante ya no reconocereis á D. Alejandro de Ortega por vuestro señor.

—¡Hola!... ¿y quién será pues? dijo lleno de admiracion.

—Don Jorje Evarini es de hoy en adelante el único dueño y señor de las tierras y quinta de Santa Magdalena.

—¡Con qué derecho!... No puede ser... Si yo no tengo aviso... esto es imposible... ¡Ay, Dios mio!... Si así fuera ¿dónde irian á parar mis doce años de arriendo? No; vamos... no puede ser.

—El caso es que ello será, buen hombre.

—¡Será posible!... y ¿quién es este D. Jorje Evarini, que á este tiempo viene?

El rústico habia perdido ya toda su cachaza y serenidad.

—No os asusteis, buen hombre, le dijo Evarini. El dueño de estas tierras, que vos cuidais, ha hecho donacion de ellas á D. Jorje Evarini, que soy yo.

—¡Sois vos!... pero... la escritura...

—La escritura aquí la teneis, le dijo el alcalde dándole el pliego del peregrino.

El labrador lo leyó.

—Leedlo bien y vereis como este sugeto es el dueño.

—No hay duda, dijo el rústico despues de haber leido.

Y admirado leia otra vez el escrito.

—Ya veis, pues, dijo Evarini, yo soy el verdadero dueño.

—Así es... y por lo tanto ya me conformo... Pero debo hacer presente á mi nuevo dueño, que yo tengo el arrendamiento por doce años, y solo vá uno y medio...

—No importa, no importa, sosegaos, le dijo Evarini. Vos quedareis pacíficamente en el arriendo de las tierras de Santa Magdalena; y aun si quereis alargar el contrato de arrendamiento, lo haré en el mismo pié en que está ahora; y aun mas, para que conozcais cuán bondadoso soy, os doy por cobrados los seis meses que estais debiendo.

Evarini tomó la pluma y firmó al instante un recibo de 14,400 rs., el cual entregó á su arrendatario, que casi lloraba de gozo.

—¡Oh, señor! le dijo éste. Mil gracias os doy... y siempre os estaré agradecido. ¡Qué dicha! encontrar unos amos como los que voy teniendo... ¡oh!... sí, sí... yo soy muy dichoso... Casi estoy tentado á decir que la Providencia desde algunos años á esta parte se divierte en hacerme pasar de bueno á mejor, y de mejor á óptimo.

El sencillo labrador estaba loco de contento con su nuevo amo; y luego continuó:

—Mandad algo, mi amo;... yo tengo deseos de obedeceros en alguna

cosa... porque yo... quiero ser vuestro servidor para siempre... y espero que me mandeis para que veais cómo obedezco.

—Yo no quiero mandaros nada: vendré con mi esposa á visitar estas tierras.

—Está muy bien... esto me gusta, y contad que yo mañana por la mañana pasaré á buscaros.

—Bueno... mañana por la mañana... que sea algo tempranito.

—Poco mas ó menos á las seis...

—Sí, esto es.

Despues de estas y otras preguntas quedaron estos tres sugetos sin decir palabra y como si estuvieran en meditacion... Evarini estaba casi inmóvil dirigiendo de cuando en cuando sus ojos al cielo y exhalando unos sordos suspiros que procuraba ahogar; el alcalde estaba tambien sin movimiento revolviendo en su cabeza la causa de lo que estaba pasando, y el rústico, maravillado tambien por el suceso, miraba atentamente ya al uno ya al otro. Estos tres sugetos parecia que estaban hechizados. Grande fué la impresion del rústico por la inesperada mudanza de su dueño, de Evarini por el chasco que se le pegaba, y del alcalde por el misterio que le envolvia. El rústico estaba resignado, y el alcalde no queria dejar el caso así. En esto llegó el alguacil.

—A vuestras órdenes, señor, le dijo al alcalde.

—Escuchadme... le dijo éste. ¿A qué hora ha venido el peregrino que os ha entregado el pliego para mí?

—A las diez... cuarto mas, cuarto menos.

—¿Y no os acordais, aunque sea ligeramente, de sus facciones?

—Bien ó mal...

—A ver pues... Esplicaos.

Evarini y el rústico prestaron atencion. El alguacil no sabía cómo empezar.

—¿Su estatura cómo era? preguntó el alcalde.

—Algo alta, sus ojos negros y penetrantes, un poco flaco y macilento, con una barba negra, estremadamente larga.

—Ya no concuerdan, dijo el rústico con interés.

—Ya no concuerdan, dijo tambien Evarini cobrando esperanza.

—¿Y no habeis notado en él, dijo el alcalde, dos cicatrices que debe tener en la cara?

—Esto sí, señor; la una era muy profunda debajo del ojo izquierdo, y la otra mas disimulada á la parte derecha de la boca.

—¡Qué misterio! dijo el rústico.

—Su barba era postiza, añadió Evarini.

—¿Y qué habeis notado de su voz?

—Nada... me ha hablado tan bajo que no he podido formar idea de ella.

—Bien está... podeis retiraros.

—¿Qué opinais? preguntó Evarini.

—Que el antiguo dueño de las tierras y quinta de Santa Magdalena, y el peregrino que hoy ha traido este pliégo son una misma persona.

—¿Y qué resulta de esto?

—Resultan indagaciones que hacer, pesquisas que despachar, encargos que cumplir, trabajos para el juez, y en fin, molestias para mí, para vos, para vuestro arrendatario, para el alguacil, para el juez, para el notario que estendió el contrato de arrendamiento, y en una palabra, para todos los que tengan conexion con el suceso.

—¡Jesús! ¡Jesús! dijo el labrador receloso al oir semejante retahila. Si hasta el notario se ha de molestar porque estendió el contrato, ¿qué tal estaré yo que soy parte interesada?

—Y bien, ¿cuál ha de ser la próxima decision? dijo Evarini al alcalde.

—Esta es, le contestó, que salvando el derecho de propiedad en favor vuestro, y salvando asimismo el derecho de arriendo en favor de Isidro Ribalta, tomaré acta de este estraordinario suceso.

—¿Y despues?

—Despues se harán las diligencias precisas para ver de encontrar á este hombre, y todo lo demás será lo que el señor juez del partido disponga.

—Pero, ¿habré de temer yo ser molestado en la propiedad?

—¡Oh! no; os aseguro que no.

—Siendo así, ya será menos mal.

—Y en cuanto á mí, dijo el rústico, si de todos modos vos sois dueño, yo seré el arrendatario.

—Tocante á vos, buen hombre, dijo el alcalde, podeis retiraros, porque ya estoy satisfecho. Solo me falta deciros que como convendrá veros alguna vez, os aviso que cuando se os envie á buscar, os tomeis la pena de comparecer.

—Está muy bien... sereis obedecido.

Levantóse en esto el labrador, y con toda afabilidad dirigióse á su nuevo amo, diciéndole:

—Estoy muy complacido y satisfecho del buen corazon vuestro, y por lo tanto todos mis escasos bienes y persona con esposa é hijos estamos

y estaremos siempre á vuestra disposicion, y entretanto contad con que mañana por la mañana á las seis en punto me tendreis en vuestra casa.

Despidióse con tosca cortesía del alcalde y de su señor, y muy placentero se marchó.

Luego que Evarini y el alcalde estuvieron solos, pudieron hablar mas francamente, y éste dijo á aquel en tono amistoso:

—¿Qué pensais vos de este suceso?

—Yo, amigo, no sé adivinarlo...

—Ya veis vos que la declaracion de Ribalta y del alguacil son enteramente iguales, pero para mayor satisfaccion de entrambos, mandaré á buscar al escribano que estendió el contrato de arrendamiento, y así podremos ver si su declaracion se conformará en un todo con las que acabamos de oir.

—Será medida acertada...

—No será esta la última... Pero á ver. Aquí estamos solos... Andemos claros. ¿No teniais vos noticia alguna de que esto habia de suceder?... ¿No teniais algun indicio?...

Evarini, atemorizado por las amenazas que se le habian hecho, y á mas cautivado por el cariño que tenia al niño Aurelio, no quiso descubrir lo que sabía.

—A fé mia, señor alcalde, le dijo, que yo no tenia ni la menor sospecha, ni el menor indicio de lo que está pasando, y que yo no sé quién puede haber hecho una tan buena obra... A mas, yo desearia muchísimo que vos con vuestro poder os empeñaseis en saber quién es este peregrino.

—Tocante á esto no os molesteis, que yo ya sé lo que me toca hacer, y para ello no os sepa mal si alguna vez os mando á llamar para que comparezcais aquí.

—Mandadme á llamar, y puedo aseguraros que no seré perezoso en presentarme, dijo Evarini levantándose para marcharse.

—Vaya pues, yo me congratulo de vuestra nueva adquisicion, y os doy el parabien por ello: disfrutad con alegria estas tierras, y el cielo os deje gozar por continuados años de ellas en pacífica posesion y sin contratiempo alguno.

—Mil gracias, señor alcalde, replicó Evarini.

Despidiéronse ambos con toda cordialidad y Evarini se encaminó á su casa mas corrido y chasqueado que nunca. Llegado que fué á ella, contó á Emigdia el resultado de su conferencia con el alcalde, la cual quedó no menos sorprendida que él con tan estraordinaria noticia. Admiráron-

se ambos esposos de ello, y por espacio de muchos dias les parecia que era un sueño lo que les estaba pasando. Por de pronto no sabian si estar alegres ó tristes por tan pingüe adquisicion. Si de otro modo fuera, esta noticia hubiera sido muy satisfactoria para ambos, y les hubiera alegrado sobremanera; pero les aterraba el poder de tan estraños é invisibles bienhechores. Al dia siguiente hicieron los dos su primera visita á las tierras y quinta de Santa Magdalena. Vos, señor de Rosa-Lis, ya habeis visto alguna vez el estado brillante en que se halla este edificio, y por ello podreis conocer la sorpresa que causaria á los dos esposos tan estraña posesion. No sabian si dar crédito á lo que sus ojos estaban viendo, pareciales imposible que una finca de tanto valor pasase á su dominio sin saber cómo, ni conocer al antiguo dueño. ¡Qué sorpresa, qué encanto, qué estrañeza, qué admiracion para los dos! No sabian, en medio de tales sentimientos, á qué dar preponderancia, si al sueño, ó á la realidad. Pero por fortuna, ó por desgracia, era real lo que estaban viendo. No sabian qué conjeturas tener por mas razonables, si Dios les protegia, ó el diablo les perseguia: si era dicha que venia del cielo, ó infortunio que venia del infierno. Abrumados estaban, y ellos mismos no sabian qué partido escoger. Ambos esposos resolvieron confiarse á la Providencia. Despues de haber visitado sus tierras, llegaron los dos á su casa, parte pensativos, parte alegres, y fué su primer objeto el deliberar sobre lo que deberian resolver para lo futuro. En consecuencia salieron de la ciudad, y trasportaron su vivienda á la quinta de Santa Magdalena, tomaron á su cuenta cocheros y lacayos, alargaron á Isidro el contrato de arrendamiento, añadieron dos jardineros y dos ayudas de cámara para servicio de la quinta, y pusiéronla en un pié magnífico. En una palabra, los Evarini pasaron en un momento de una media fortuna á la opulencia. Sin embargo de esto, los meses de invierno los pasaban en la ciudad, como sabeis, á causa de que el primer año de habitar en la quinta fueron robados á mano armada y despojados de muchas preciosidades de valor y gusto. La asustadiza Emigdia creyó que las noches de invierno eran aptas para esta clase de visitas nocturnas, y por esto en este año de 1835, á pesar de estar en junio, habitan aun en N... á causa de que Emigdia ha estado enfermiza todo el invierno, y no le ha sido posible pasar á la quinta á pesar de su voluntad y de lo adelantado de la estacion. El niño Aurelio ha crecido con todas sus gracias y hechiceros encantos, que junto con su bondad infantil, han ido cautivando insensiblemente el corazon de sus presuntos padres. Su amabili-

dad y buen genio le recomiendan, y tanto él como sus padres, fueron en poco tiempo el ídolo de sus arrendatarios.

Aquí detuvo Venlor su narracion, y tomando nuevamente la palabra, dijo:

—Esta es, Sr. de Rosa-Lis, la historia de esta interesante familia de los Evarini, y si quereis admiraros de toda ella, es preciso que os acordeis de cada una de sus partes. Os la he contado toda fielmente y con la misma exactitud que me la ha referido Evarini. Confiésoos francamente que me conmuevo y me enternezco siempre que me es preciso recordar las desgracias de mi amigo.



CAPITULO V.

Preguntas.

Cuando los cielos serenos
Nos prometen la bonanza,
Viene el furor de los vientos
Que agitan toda su calma.
Miss Regina María Roche.—*Oscar y Amanda.*

Despues de algunas contestaciones entre Venlor y don Silverio, los dos amigos quedaron sumergidos en sepulcral silencio.

Caminaban rato hacía por medio de unos plantíos de trigo y cáñamo, y el soñoliento murmullo del ramaje, escitado por la brisa de la tarde, daba un carácter melancólico á su meditacion.

Venlor, al contar las desgracias de su amigo, se quedaba conmovido, porque sabía que le era preciso callar otras desgracias mas recientes, que eran obra suya.

El caballero de Rosa-Lis era de un carácter sensible, y por consiguiente le afectaron tan vivamente los hechos que Venlor acababa de contarle, que interesándose mas que nunca en la suerte de los Evarini, determinó hacer á su amigo algunas preguntas concernientes á dicha familia.

—Si he de deciros la verdad, Sr. D. Joaquin, habló el de Rosa-Lis, con vuestra relacion me habeis interesado sobremanera en favor de los Evarini: sus desgracias me hacen sentir sus penas, y ya que vos sentís los mismos impulsos que yo, no achacareis á curiosidad alguna, sino al

interés que por ellos me tomo, el que os haga algunas preguntas sobre ellas.

—No en vano he solicitado ser vuestro amigo, Sr. D. Silverio, contestó Venlor. Deseo serviros en cuanto posible me sea, y este deseo, espresado sinceramente y sin doblez, me obliga á responderos á todo lo que vos querais preguntarme. Hacedlo pues sin reparo, Sr. de Rosa-Lis.

—Queria preguntaros ¿por qué motivo esas *sectas secretas,* de que vos me habeis hablado, llevaron á Evarini el niño Aurelio?

—Por lo mismo que esas sectas son secretas, contestó Venlor, sus hechos y sus designios son secretos tambien. Lo que vos me preguntais ni el mismo Evarini lo sabe.

—Pero entónces es muy estraño, replicó D. Silverio, que tan generosos se hayan mostrado los encargados de Aurelio.

—Esto fué porque tenian en ello dos ventajas considerables. La primera es que de este modo estaba mas segura la sumision de los Evarini, y la otra es que con la dádiva de la quinta les daban una muestra elevada de su poderío.

—¿Y creeis vos que los padres de Aurelio se darán algun dia á conocer?

—Sí.

—¿En qué fundais vuestra creencia?

—En que los misteriosos encargados de Aurelio han cumplido fielmente todo lo que á Evarini han prometido, y por tanto igual cumplimiento deberán dar á la promesa de que tarde ó temprano se descubririan los padres del jóven.

—Siendo así, añadió D. Silverio, el presunto hijo de Evarini debe ignorar que Jorje y Emigdia no son sus padres.

—Lo ignora... es claro... no solo porque así conviene á su tranquilidad y á la de los Evarini, sí que tambien porque así lo disponia la carta que Jorje recibió de los desconocidos encargados de su presunto hijo. Este es amado de los que pasan por sus padres, los cuales sienten de todas veras que algun dia haya de dejar de ser su hijo: y quizá á esta consideracion puede atribuirse el que los Evarini tengan cuidado de no permitir que Aurelio se reuna con sus dos hijas, puesto que éste vive en N... y aquellas están á pension en un convento de religiosas de Barcelona. Esto, caballero, son meras presunciones.

—Pero al mismo tiempo que Aurelio les habrá ocasionado malos ratos y opresiones de ánimo, les ha traido tambien una inmensa fortuna.

—Es inmensa, sí... porque figuraos que las solas dependencias de

Santa Magdalena rentan á Evarini 9,000 rs. al mes; á lo cual, añadida la renta que llevó en dote Emigdia, los bienes que compró Evarini en N..., con el producto de los que vendió en Cartagena, y mas que todo con la herencia que á causa del *cólera* los padres de Emigdia dejaron el año pasado á los dos esposos, produce un líquido de 20,000 rs. al mes. Ya veis, pues, cuanta es su opulencia...

—Muy pingüe es esa renta... no hay duda.

—Y esa misma opulencia, añadió Venlor, ha sido causa de que entablasen relaciones con las familias mas distinguidas de España.. Os citaré por ejemplo la casa de los duques de Villa-Lon y la de los marqueses de Roquebrune.

—Solo conozco de vista á la marquesa de este último nombre, y creo que la amistad de ella con los Evarini provino de algun encuentro casual entre las dos familias. ¿Sabeis vos si es esto?

—Sí, contestó Venlor, estoy enterado de este asunto igualmente que de todos los demás que pertenecen á la familia de Evarini. Esa señora marquesa de Roquebrune años hace que vive en N..., y paseándose en otro tiempo por el campo con una señora cuñada suya, la duquesa de Villa-Lon, les cogió una tempestad y les fué preciso refugiarse á la quinta de Santa Magdalena, donde fueron bien recibidas de los Evarini, que les prodigaron toda clase de obsequios y las obligaron á pernoctar en la quinta. Prendóse la marquesa de los modales francos y nobles de esta familia, y estrechóse tanto su amistad con ella, que desde entónces muchas temporadas del año las pasó en la quinta con sus nuevos amigos. Pero por quien ha demostrado mas la marquesa sus simpatías, ha sido por Aurelio, al cual profesa hoy dia el mismo cariño que una madre.

—Y ese religioso jesuita, replicó D. Silverio, llamado P. Vincencio del Vivár, y cuyo nombre es tan conocido en N... y sus comarcas vecinas, ¿de qué modo estrechó tanto su amistad con los habitantes de Santa Magdalena?

Esta pregunta del de Rosa-Lis sorprendió mucho á Venlor. Precisado por fin á contestar, despues de una corta reflexion, dijo:

—Si he de deciros la verdad, señor, no podré satisfacer vuestra curiosidad porque Evarini nunca me ha hablado del P. Vincencio sino para decirme que su amistad con él es muy antigua, y para ponderarme los progresos que ha hecho Aurelio recibiendo de él su enseñanza. A lo que yo creo, el jesuita estará enterado de todas las desgracias de Evarini, y á esto sin duda deberá atribuirse el que sea cumplido su esmero en la educacion de Aurelio, puesto que en este caso será conocido por él como á

enemigo implacable de las *sectas secretas* que le han hecho su juguete.

Llegaron los dos amigos á las puertas de la ciudad, y la conversacion no mudó por esto el rumbo que tenia empezado, hasta que al llegar á la casa de D. Silverio, al despedirse éste de Venlor, le dijo:

—Vos me perdonareis, amigo Venlor, el que os haya mortificado tanto con mis preguntas sobre esa interesante familia de los Evarini; pero atended á que el interés que con vuestra narracion me habeis hecho tomar por ella, no podia menos que espresarlo del modo que acabais de ver. Yo os aseguro que de hoy en adelante esta familia merece de mí un grande aprecio: sus infortunios me han conmovido, y toda mi vida me acordaré de esta tarde en la que vos me habeis inspirado por vos, y por ella, todo el interés de que es capaz una alma sensible.

—Yo me complazco, Sr. de Rosa-Lis, contestó Venlor, en el pensamiento de que he sabido incitar vuestros generosos sentimientos en favor de una familia que merece toda mi estimacion, y es digna tambien de la vuestra; ¡ojalá que pueda yo daros mejores pruebas de mi amistad! Y entretanto que espero la venida de este ansiado momento, os repetiré que compadezcais á la familia de los Evarini, y sobre todo á ese Aurelio, que, á pesar de sus bellas prendas y envidiables cualidades, está tan incierto su destino como el de una ave de caza, que rodeada por todas partes, está espuesta á los disparos mortíferos de los cazadores.

Luego que D. Silverio y Venlor se hubieron despedido, este último no pudo contener un profundo suspiro.

—¡Pobre D. Silverio! dijo para sí, no sabes por qué motivo has adquirido mi amistad. Los mismos que han llevado á Evarini sus infortunios, quieren y mandan que yo te los lleve á tí, haciéndote usar de rigor en las privaciones que impongas á tu hija para impedir su amor á Aurelio, y precisamente para ello acabo de tener el valor necesario para indicarte con mis palabras la incertidumbre del destino de aquel que ama á tu hija. Y yo, que, desde que Evarini ha cedido á mis seducciones, me hallo triste, angustiado y apenado por haberme sido preciso vender á un amigo... yo mismo he de ser el que tambien he de llevar el infortunio á ese de Rosa-Lis que tan sinceramente ha admitido mi hipócrita amistad... ¡Y volver atrás... es ya imposible!... La muerte... y una muerte horrible me espera en la retirada... ¡Ah, sí! La muerte me impele á obedecer... y, por otra parte, los juramentos que he hecho, me obligan de tal modo, que me han dejado por único patrimonio una obediencia ciega á las órdenes infernales de mis superiores... ¡Qué horrible situacion la mia!

CAPÍTULO VI.

Aurelio-Jorje.

Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Sus trenzas la red,
Do diestro amor sabe
Mil almas prender.
MELENDEZ.

Ya que saben nuestros lectores los principales hechos secretos pertenecientes á la existencia de Aurelio, no será por demás esplicar los atractivos de su persona, puesto que es el primer personaje de nuestra historia.

Desde su nacimiento, Aurelio ha seguido las diversas alternativas de una belleza ideal y singular para hombre, pero en la época de nuestra historia, cuando no habia cumplido aun los diez y ocho años, era ya un jóven completo y de una altura mas que proporcionada á su edad, siendo al propio tiempo algo delgadito.

Tocante á lo físico, es un modelo de perfeccion. Su rostro, espresivo, está dotado de una blancura viva é imitada al mármol, y el hermoso rubio de sus cabellos es tan sumamente fino y esquisito, que imita perfectamente la brillantez del oro. Llévalos siempre largos y trenzados con gracia y soltura, dejándoselos caer sobre sus redondeados hombros, y puestos á la luz del sol, no parece sino que todos los rayos del íris se reflejan en sus trenzas como en un monton de finísimas perlas.

Su ancha y purpurina frente está terminada por dos rubias y arqueadas cejas, debajo de las cuales dos pestañas del mismo color circuyen el

óvalo de dos grandes ojos azules, que parecen dos brillantes zafíes en un fondo de marfil orlado de oro.

Estos ojos, llenos de hermosura y de viveza, espresan el mas puro cariño con sus dulces y tiernas miradas, que penetran hasta el fondo de los corazones.

Su nariz perfectamente contorneada, y que muy bien podria contribuir á la gloria de un elegante, forma un bello contraste con el subido carmin de sus pequeños lábios que encubren la dentadura mas blanca é igual que pueda desearse; y la pequeña cavidad que media entre la barba y sus carminados lábios se reproduce bella é interesante en sus mejillas, cuando asoma á su boca una sonrisa, por ligera que sea.

El todo de su rostro es de una figura oval: y esa palidez natural, que tan hermosamente cuadra en un rostro simpático, permanece constante en el de Aurelio, dejando mas en descubierto la hermosa blancura de su cútis; y si alguna que otra vez pierde su rostro el color natural, viene á realzar su belleza un ligero tinte encarnado que colorea débilmente sus mejillas.

Viste con graciosa elegancia y soltura; y cualquier vestido que sea, cuadra y se aviene muy bien con sus bien formados miembros; de tal modo que la diversidad de ropaje, léjos de aumentar ó disminuir el interés que escita su persona, no hace mas que cambiarlo graciosamente.

Aurelio es, en fin, un modelo de perfeccion; no parece sino que la caprichosa naturaleza se ha esmerado en reunir en este jóven todas las dotes y gracias que podrian contribuir al aprecio é interés de muchas personas.

Pero si dicen que la belleza del cuerpo ha de ser vivo retrato de la del alma, de nadie puede decirse tanto que sucediera como de Aurelio Evarini.

Desde su mas tierna infancia ha sido obediente á sus padres y maestros; dócil en las ciencias, y prudente en los consejos, se ha hecho superior á todos los jóvenes de su edad, y ha sobresalido en todo lo que le han inculcado sus superiores, dejándose conducir ciegamente por los dogmas de aquella y las insinuaciones de estos.

Su alma pura ignora completamente lo que son vicios, porque solo sabe de ellos su odiosa existencia. En nada dá á conocer que sea soberbio, porque su humildad llega hasta el estremo de creerse indigno de los obsequios que por su clase le tributan; en nada es vano ni presumido, porque él mismo ignora la elegancia de sus formas, aunque nota no pocas veces que las miran con atencion. Su ambicion se cifra en los go-

ces legítimos y en los que promete la Religion para la otra vida; lo mismo se porta con el necio opulento, que con el prudente miserable; sus acciones demuestran un corazon dominado por el amor á la humanidad, este se estiende igualmente á todo el mundo, se compadece de las desgracias de sus semejantes; se lamenta al pensar que todos los hombres no son tan felices como él, y se estremece al considerar que hay otros que osan conspirar contra Dios. Aurelio es en fin la virtud personificada, y conserva intacta toda la felicidad que lleva consigo la inocencia.

Su sensibilidad es tambien esquisita, y esta sin duda habrá contribuido bastante á que en el ardor de su inocencia no se mostrára indiferente á esas dulces y agradables sensaciones indefinibles para un jóven, pero sus inocentes afectos, por mas que nazcan del íntimo de su corazon, no dañarán jamás su inocencia, ni sus costumbres.

Tiene Aurelio un talento sublime, una penetracion aguda, un ingenio poco comun, una fantasía rica, un conocimiento pronto, un pensamiento elevado, unas ideas claras y vivas, una memoria feliz, duradera y minuciosa, una resolucion activa, una prudencia ilimitada, una conciencia equitativa, y está, en fin, dotado de todas las perfecciones, que el Supremo Hacedor puede conceder á sus criaturas.

Sus pensamientos son formados siempre con madurez y discernimiento; y antes de resolverse á ejecutar sus acciones, medita y pesa con escrupulosidad todas las razones que pueden inclinarle á obrar de distintas maneras; de modo que si él lo juzga necesario, con toda sencillez presenta á su maestro sus cuestiones y sus dudas, cualesquiera que sean. Despues que ha tomado una resolucion, ya no le es posible volver atrás, sino efectuar lo que tiene premeditado.

Es sumamente aficionado á las ciencias naturales, y tanto que hasta en sus horas de diversion se entretiene en resolver aquellas cuestiones físicas que á cada paso se presentan, no desdeñándose de presentarlas á su maestro, cuando halla en ellas alguna escabrosidad, Las disputas científico-literarias son las mas de su gusto: quizá podrá atribuirse á que las conversaciones con su maestro no le presentan otras, pero lo cierto es, que él desconoce aun aquellas rencillas de todo hombre, cuando niño, y que las mas veces provienen de frivolidades.

Todos los objetos causan una impresion casi instantánea en el ánimo de Aurelio; de modo que muy luego tiene formadas de las cosas unas ideas que casi nunca se le borran: pero el P. Vincencio, ese jesuita que le ha hecho hombre en la niñez, y le hará esperimentado en la edad juvenil, le ha enseñado tambien el modo de no formar juicio alguno antes

de una meditacion sobre ello ó de una investigacion escrupulosa, si se trata de asunto de trascendencia. Su alma ha recibido por completo el suave bálsamo de la Religion y disfruta de la felicidad que esta lleva consigo. Escudado con ella podrá superar sin duda todos sus infortunios, y todos los ataques de la malicia, y de sus mortales enemigos.

Tantas dotes y tantas cualidades hacen que Aurelio sea el ídolo de sus padres, los cuales no dejan de sentir por su causa un pesar molesto, que destruye su dicha. Ellos aman sumamente á su hijo, y por lo mismo se entristecen al pensar en la promesa que se les hizo de que tarde ó temprano se descubririan sus padres verdaderos... Ver llegado este caso, es lo que temen sobremanera... En consecuencia, Evarini no vé con gozo que vayan en aumento las habilidades y conocimientos de Aurelio, porque le sérá mas sensible su pérdida. Emigdia no deja de alegrarse del talento de su hijo, pero se estremece al pensar que llegará un terrible dia en que, con datos irrecusables, se le presentará otra muger diciéndole: «*Cesa ya... Aurelio es mi hijo*»...»



PARTE QUINTA.

UNA VISITA IMPREVISTA.

CAPITULO I.

Una historia.

—¿Por qué no dais el *quién vive* antes de detenerme?
—Porque solo es mi ánimo hostilizar á todo el mundo.

GAY.

En vista de lo que Emigdia Evarini habia contado al P. Vincencio, pensaba éste que el nuevo neófito y *afiliado* en las sectas secretas pasaria á visitarle, segun lo habian determinado con su misma esposa.

Una tarde en que el P. Vincencio pensaba que efectivamente sería visitado por Jorje Evarini, presentósele D. Silverio, que era asimismo particular conocido suyo.

Despues de las solemnidades y cortesías de costumbre, éste dijo al P. Vincencio:

—Vengo, Padre mio, con el objeto de saber vuestra opinion sobre un folleto que ha visto hoy la luz pública, y cuyo objeto no es otro que insultar con las mas viles calumnias al partido absolutista español y al clero regular. Tan insolente, tan audaz, tan insoportable se muestra el autor del malhadado folleto, que no he podido menos que venir á preguntar el concepto que vos formais de él. ¿Lo habeis leido?

—Lo he leido efectivamente, contestó el jesuita riendo, y el concepto que de él he formado, no es otro que el que debe formarse de la produccion de un hombre despreciable y entregado á la corrupcion.

—Pero no debe mirarse así, replicó D. Silverio. Es preciso cortar las alas á este avechucho insolente; me parece que algun honrado absolutista debiera refutar sus despropósitos... ¿cuál medio os parece á vos mejor para el caso?

—Calmaos ante todo, D. Silverio... No honreis demasiado al autor de un despreciable folleto, proporcionándole el placer de una formal refutacion. Otras son las armas de que debeis valeros.

—¿Cuáles son pues esas armas?

—Otro dia os las diré, D. Silverio; ahora quiero contaros una historia análoga al caso, por medio de la cual conocereis lo que se debe hacer.

—Pronto estoy á escucharos, Padre.

Entónces el P. Vincencio tomó con la mayor calma un polvo de rapé, y luego dijo:

—Yo os he contado alguna vez, si mal no me acuerdo, lo que significa ese cuadro grande que tenemos aquí delante.

—Me lo habeis contado efectivamente, dijo D. Silverio. Me esplicasteis que representaba la muerte de un duque castellano que fué asesinado en una *quinta-palacio*, que tenia en los alrededores de Madrid.

—Eso mismo, D. Silverio... Vamos pues á nuestra historia. La muerte del duque de***, dijo luego el P. Vincencio, fué sentida por todos los buenos españoles y lo hubiera sido sin duda en todos tiempos, si los miembros de las sectas secretas, empeñados como era regular en desvirtuar los acontecimientos que habian promovido aquel horroroso asesinato, no hubieran inventado las mas infernales calumnias, por medio de las cuales pusieron en ridículo al malhadado duque de***, suponiéndole el gefe de una horrorosa conspiracion. Vino por fin en 1820 el pronunciamiento constitucional, y los asesinos del duque, obcecados por el triunfo popular, trataron mas que nunca de desacreditar á su víctima. Tanta fué su audácia, y tantos sus infames medios, que al fin un jóven *íntimo amigo de Carlos,* el mayordomo de los duques de***, quiso desmentir á sus infames calumniadores. Este jóven, D. Silverio, era yo. Tenia entónces veinte años: mis ideas eran ya entónces tan monárquicas como ahora, y para vindicar al honrado duque no hice mas que publicar como un verdadero *misterio de las sectas secretas,* todos los horrorosos hechos acaecidos en la muerte del mismo, para que supiera el público quiénes habian sido los verdaderos autores del asesinato y cuáles eran sus fines...

—En una época tan azarosa como aquella, interrumpió D. Silverio, fué en verdad mucho valor el vuestro...

—Dios, amigo, se ha servido concederme el apreciable don de no amedrentarme jamás á la vista de los peligros; y cuando publiqué esa relacion, no era mia la época, pero sin embargo me asistió un valor mas escesivo aun, que el que demuestra cualquier constitucional en el momento del mas popular triunfo. Por eso en ningun tiempo ha sido *falsa la posicion* en que me he colocado, porque ella se funda en la verdad, la cual presta siempre un valor tan singular que nunca falta al que lidia por ella.

—¿Y no tuvisteis en aquella época quien se ofendiera del valor y atrevimiento que demostrasteis en este escrito?

—No faltó sin duda. A poco tiempo sucedió que ví anunciado en los papeles públicos un folleto titulado: *Carta de un liberal al autor de las noticias sobre las sectas secretas*. Os advertiré de paso que este fué el nombre que dí á las noticias que publiqué acerca de la muerte del duque.

—Pero ¿quién era el que tuvo la osadía de oponérseos? dijo D. Silverio.

—No os lo habia dicho ya, añadió el P. Vincencio, para que no lo achacarais á presuncion mia. Como ya os he dicho, tenia entónces veinte años, y el que vino á lidiar conmigo fué un señor *abogado* que rayaria en los cincuenta de edad.

—¿Cuáles eran las cualidades de este hombre?

—Eran las mas depravadas, D. Silverio. Ese abogado era un hombre criminal é indigno de ocupar en la sociedad el puesto mas ínfimo y despreciable. Era un hombre de baja condicion y salido de lo mas soez y hediondo de entre el populacho; sus crímenes eran tantos, tan notorios y de tanta gravedad, que hasta llegó á ser despreciado por los mismos de su partido. No conocia la moral, ni la humanidad, ni aun las fórmulas de cultura; y en prueba de todo ello, puedo deciros, que sus crímenes le condujeron á ser preso en calabozos, estuvo detenido por largo tiempo en la Ciudadela de Barcelona, fué procesado formalmente y hasta se le habia condenado á muerte por sus crímenes. La Providencia debia haber permitido que cayera sobre él la justicia humana, pero en fin se salvó, y prosiguió siendo un obstáculo en la sociedad. No habia vicio que él no tuviera; solo le faltaba el ser hipócrita, y aun no lo era por egoismo. Tal era, D. Silverio, el hombre que intentó refutar mis escritos sobre la muerte del duque de***.

—¿Pero qué es lo que os decia en su carta? preguntó el de Rosa-Lis?

—Fuera muy largo el decíroslo, pero sin embargo lo haré con las menos palabras posibles.

CAPÍTULO II.

La fraterna.

Tres cosas por inútiles advierto,
La luz de una bujía al sol radiante,
La lluvia en las arenas del desierto,
Y la verdad propuesta al ignorante.
AROLAS.

En primer lugar debo deciros, prosiguió el P. Vincencio, que á la citada carta la llamó su autor: *Primera fraterna contra el autor de las noticias sobre las sectas secretas.*

—Pero ¿qué significa la palabra *fraterna?* preguntó D. Silverio.

—Si sabeis *leer medianamente*, replicó el jesuita riéndose, tomaos la pena de recurrir al Diccionario de la lengua, y allí lo encontrareis, como me lo dijo el citado autor preguntándome lo que significaba *confin*. Y cuando lo leais, procurad aprenderlo, ya que lo *ignorais,* como me lo dijo tambien preguntándome lo que significaba la palabra *secta.*

—¿Y á qué venian esas preguntas?

—¡Toma!.... él no era mas que un pobre mentecato, trataba de probar que la *Masonería no era una secta*, porque no se separaba de la Religion *generalmente admitida.*

—¿Con que, pues, ese célebre leguleyo negaba esas dos verdades?

—Las negó, como negaria sin duda los crímenes que ha cometido.

—¡Miserable! ¡necio estúpido!... ¿Qué no sabía ese abogado, hereje, pleiteador, *historiador, copista,* ó cualquiera cosa que sea, que la Maso-

nería ha sido declarada como contraria á la Religion por muchos soberanos Pontífices, y proscrita en muchos estados como secta pestilencial y corruptora? ¿No podrá calificarse de secta á una sociedad que solo tiende á destruir el Altar y el Trono?

—La citada carta ó fraterna, añadió el P. Vincencio, comenzaba diciendo: que eran grandes la audácia y pedantería que habia mostrado en ciertos escritos sobre Jesuitas, que yo antes habia publicado, y que lo eran asimismo las que demostraba en los misterios de las sectas. No me detendré, por ahora, en esplicaros lo que me dijo sobre mis artículos relativos á los Jesuitas; básteos saber que trató al sagrado Instituto como á una corporacion de bandidos y malhechores. Pasó luego á hablar de la Masonería, y despues de mil alabanzas, dijo que era una sociedad filantrópica, y que formaban parte de ella todos los hombres mas ilustres del Orbe.

—Pobre recurso fué este, dijo D. Silverio riéndose á carcajadas. No serán muy cultos sin duda los miembros de esta sociedad filantrópica, si todos son tan criminales como el abogado en cuestion.

—Esos miembros no son mas que los *eruditos de su calaña que tanto abundan en el pais de los garbanzos*. Pero el golpe maestro con que pensó lucirse mi competidor, fué cuando dijo que los conceptos que habia vertido en la historia del duque, como asimismo en los artículos sobre Jesuitas que habia publicado, no eran mios, sino de un fraile que era *el furibundo Mentor que me dirigia en mi descabellada empresa.*

—Es decir que negó que fuerais vos el autor de los Misterios.

—Lo negó efectivamente:... pero ¿qué habia de hacer el pobre hombre? No podia ocultar el furor que le dominaba, y trató por otra parte de presentarse conmigo en el público palenque. Pero ¿qué pobre papel habia de representar un pobre abogado franc-mason, disputando con un jóven de veinte años, que le llevaria la ventaja, y que le venceria por la sencilla razon de que defendia la verdad contra un hombre criminal y malvado? Él temia quedar vencido, y para no esponerse á que un jóven le arrancára la máscara delante de la España toda, de la Europa entera, urdió el embuste poco feliz de que era un fraile *sin gracia alguna, el que me prestaba los borradores para copiarlos y publicarlos*. Algunos mal intencionados y envidiosos le creyeron por entónces, pero despues han visto cuan falso era aquel aserto, porque el tiempo todo lo aclara, además de que muchos amigos y conocidos me habian visto escribir un sin fin de veces los pobres conceptos que yo destinaba á que vieran la luz pública.

—¿Y no contestasteis á ese folleto? preguntó D. Silverio.

—Aquí está el caso, amigo, respondió el Padre Vincencio. Como que nada cuesta inferir pésimas consecuencias de un escrito el mas inocente, y como que tambien cuesta muy poco ridiculizar un escrito el mas perfecto, por estas razones no quise detenerme en una formal contestacion. Tocante á la primera de estas razones, nadie duda de que es así; y en cuanto á la segunda, puedo deciros que si á cualquiera se le antojára, podria ridiculizar un escrito el mas perfecto, aunque fuera la vida de S. Pedro y escrita por nuestro Santo Padre Gregorio XVI. En cuanto á sus embustes no merecian una vindicacion por mi parte, por razones que eran fáciles de conocer á cualquiera; y por lo tanto no hice mas que algunas alusiones públicas á lo principal de lo que leí en aquel malhadado folleto. No fué por cierto un fraile el que hizo este simulacro de contestacion. Tocante á lo literario, criticó ese abogado muy torpemente mis escritos, y *su brutalidad* lo hizo con tan poca gracia, con tan imperdonables faltas, que mas escitaba risa que interés. Ridiculizó á los Jesuitas, á los Escolapios, al abate Barruel, á todas las corporaciones religiosas, al sistema monárquico, y en fin á todo cuanto no estaba en armonía con sus ideas volterianas y pervertidas. Una relacion de todo lo que me dijo sería muy larga, D. Silverio, y desde el año 1820 en que sucedió todo esto, no he dejado jamás de ridiculizar poco ó mucho, siempre que ha habido ocasion para ello, todas las ideas que aquel hombre abominable publicó.

El P. Vincencio siguió esplicando á su amigo D. Silverio los despropósitos del necio abogado, que habia querido oponérsele, y le dió consejos saludables sobre lo que debia hacerse contra el folleto de que habia ido á hablar D. Silverio.

Los dejaremos que hablen cuanto quieran de sus asuntos, y entretanto iremos á ver lo que están haciendo una porcion de Franc-masones como el abogado en cuestion.

PARTE SEXTA.

GRADO DE ESCOGIDOS.

CAPÍTULO I.

La Iglesia de los Escogidos.

Los mortales solo conocemos lo pasado.
FÉNIMORE COOPER.—*El Bravo.*

JOAQUIN Venlor, despues de haber dejado á D. Silverio de Rosa-Lis, aquella misma noche y á la hora acostumbrada, dirigióse á la Logia masónica de N... donde nuestros lectores le han visto entrar ya, conduciendo á su amigo Jorje Evarini.

Esta vez entraba solo, aunque con motivos análogos; pero antes que le introduzcamos en el infernáculo, donde debe presentarse, esplicaremos la disposicion y aparejo de este.

El aposento ó iglesia de los *Escogidos*, (1) el presbiterio masónico, las colunas, los asientos, las colgaduras negras y otros objetos, eran todos muy semejantes á los de los Maestros Masones.

En la noche á que nos referimos las velas verdes del ara de mármol y de la mesa del Venerable estaban ya ardiendo: el Anciano y el Sabio no tenian allí asiento particular, tampoco habia el túmulo de *Abirám*, pero en su lugar habia una pequeña mesa cubierta de bayeta negra hasta el suelo, viéndose en esta dibujadas en blanco las insignias de la

(1) Son los que pertenecen al cuarto grado de la Franc-masonería.

muerte. Frente á la mesa habia una puertecita abierta de par en par. Nada puede saberse de su interior, porque, á pesar de las luces de la iglesia, se nota dentro de ella una oscuridad completa.

A la hora determinada los Masones Escogidos bajaron á la iglesia por su órden (1). Su vestido era diferente del de los Maestros Masones... Consistia en una túnica negra con una cuerda atada á la cintura. Todos traian un abultado peto blanco, sobre el cual habia bordado un negro grupo de objetos bastante horrorosos, y que solo inspiraban muerte y venganza. Formaban este grupo una calavera sostenida por una cruz de san Andrés formada por un hueso y un puñal, rodeando el todo una divisa que decia: *vencer ó morir*. Cubria su cabeza una especie de bonete puntiagudo, del cual se desprendian dos cordones blancos, que dejando entre ellos el brazo, venian á caer sobre el costado derecho, terminando allí con la misma divisa de *vencer ó morir* escrita en letras blancas sobre un escudo negro.

El número de los Escogidos no era tan crecido como el de los Maestros.

Sentáronse todos ellos por su órden en los sitiales que tenian preparados.

El padre Venerable, que era el mismo de los Maestros, y que se distinguia de los demás por la diferente forma de su vestido, habló á sus cohermanos de esta manera:

—Hermanos Escogidos, sabios iniciados: reunidos estais aquí para la admision de un nuevo cofrade. La Logia madre del grande Oriente liberal de Barcelona, en conocimiento de los méritos contraidos por D. Carlos Colvin en los diferentes servicios que de mil maneras distintas ha prestado á nuestra sociedad, y conociendo mas que todo su disposicion y talentos tan á propósito para entrar en la *Hermandad de los Escogidos*, ha tenido á bien conferir á dicho D. Carlos Colvin el grado de Escogido, si esta Logia confirma su aptitud para tal, y si por su parte el pretendiente sa-

---

(1) Todos los hermanos *Escogidos* son tambien hermanos *Maestros*, pero no todos los hermanos *Maestros* son hermanos *Escogidos*. Solo se llaman tales aquellos á quienes los gefes de las Logias han juzgado dignos de serlo. Cuando un *Maestro* llega á ser *Escogido*, tiene que asistir á las reuniones de los *Escogidos* y de los *Maestros*, porque éstos, como que creen que su grado es el último de la Masonería, no advierten el engaño. Sin embargo, cuando algun *Escogido* muda de poblacion, entónces es probable que asista solamente á los conciliábulos de sus hermanos *Escogidos*.

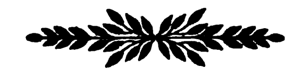
tisface debidamente á los hermanos Escogidos en las diferentes pruebas á que vá á sujetársele.

Detúvose aquí el padre Venerable, y luego prosiguió:

—Yo, por mi parte, hermanos Escogidos, estoy plenamente convencido de la aptitud de Carlos Colvin, para poder obtener el cuarto y último grado de la Franc-masonería (1), que es el de *Escogido*. Bajo este supuesto, hermanos, voy á llamar al pretendiente para empezar desde luego las fórmulas de costumbre.

Entónces el Venerable tiró el cordon de una campanilla, y su sonido avisó á Colvin que habia llegado ya el momento de las pruebas.

(1) Este grado no es el último de la Franc-masonería, puesto que hay muchos otros despues de él.



CAPÍTULO II.

La venganza de Abirám.

Con un puñal en la mano derecha, y una lámpara en la izquierda, se adelanta; se encuentra con un fantasma; oye otra vez que le dicen: «pegad, vengad á Abirám; ese es su asesino.» Lo hiere, y derrama sangre... «cortad, le dicen, la cabeza al asesino...» lo hace derribándole la cabeza á sus piés, la toma por los cabellos, se la lleva triunfante, y en prueba de su victoria la enseña á todos los hermanos, quienes declaran que es digno de ser *Escogido*.

ABATE BARRUEL.

PRONTO Carlos Colvin, precedido de Joaquin Venlor, estuvo delante de la asamblea de los Escogidos.

Al primero solo se le habia dicho que, en vista de los servicios que habia prestado siendo Maestro Mason, se le conferia el último grado de la Masonería, por medio del cual se le descubririan los errores que los Escogidos habian notado en su vida.

Estos eran los únicos antecedentes que tenia Colvin de lo que con él iba á hacerse.

Cuando entró en la Logia de los Escogidos traia aun el vestido de Maestro; pero sus ojos estaban vendados, las manos ensangrentadas, y una cuerda atada á la cintura, por medio de la cual era impelido desde delante por Venlor, que estaba armado con un agudo puñal.

—Es menester que espíes tus crímenes, le decia Venlor en voz alta; tu vida está plagada de ignorancias y de delitos que deben ser castigados, porque solo son debidos á tu resistencia á buscar la luz. Graves son tus

faltas, y grave ha de ser su expiacion. ¡Desgraciado de tí si no te sometes á ella!... porque tus crímenes merecen que te quite la vida con mi puñal.

Con estos y otros razonamientos el hermano Venlor ayudó á bajar la escalera á Colvin y le hizo sentar en una silla que habia preparada delante de aquella mesa, en la cual habia una lámpara encendida y un puñal clavado.

Entónces el Venerable tomó la palabra, diciendo:

—¿Consentís, hermano Colvin, en que la secta os descubra sus últimos misterios, por medio del grado á que vais á ser admitido?

Colvin, que á mas de ser un jóven pervertido, conservaba la presencia de ánimo que inspira muchas veces el alucinamiento por la maldad, contestó:

—Consiento, padre Venerable.

—Yo me alegro de que consintais, respondió éste, pero ante todo debeis saber que esa Logia os acusa de grandes crímenes que vos habeis cometido, fundados todos en no haber cumplido con las instrucciones que se os dieron al conferiros el grado de Maestro Mason. Entónces se os dijo que Abirám habia muerto mártir del secreto masónico, y que por lo mismo, no solo debiais ocuparos en vengar á nuestro antiguo fundador, sino en buscar la palabra ó contraseña que con su muerte se perdió. Pero vos, hermano Colvin, nada de esto habeis hecho; no habeis vengado á Abirám, ni buscado la palabra perdida: y esos son los crímenes de que os acusa la Logia que delante de vos está reunida. Decidme, pues, ¿quereis salvar una vida que teneis manchada con tan horrendos crímenes?

—Sí... quiero salvarla, contestó Colvin.

—Convengo en ello, añadió el Venerable, pero para creeros, es necesario que jureis, no solamente vengar á nuestro padre Abirám, sí que tambien buscar la palabra ó contraseña perdida. Responded, pues... ¿lo jurais?

—Lo juro, replicó Colvin con todo el valor posible.

—Admito por tanto vuestro juramento, dijo el Venerable, pero sabed que morireis si no lo cumplís. Ese cumplimiento necesita mucho valor, y por lo mismo debeis sujetaros á la prueba que os destina esta Logia, para decidir de vuestra suerte... Hermano Venlor, quitadle á Colvin la venda de sus ojos y mostradle lo que debe hacer.

Venlor desató entónces la venda que Carlos Colvin traia delante de sus ojos, y sin apartarle del lugar en que estaba, le dijo:

—Mirad en derredor de vos á todos los iniciados Masones, que esperan teneros por hermano en la Logia de los Escogidos.

Y haciéndole entónces volver hácia la parte contraria, enseñóle la caverna oscura, que estaba abierta al confin de la iglesia, diciéndole:

—Mirad bien aquella caverna, y sabed que allí está el asesino de Abirám. Su presencia aquí basta para que sepais lo que debeis hacer.

Levantóse entónces el Venerable y con estudiada energia esclamó:

—Entrad, hermano Colvin, en esa caverna: tomad la linterna... totomad el puñal... y entrad allí.

Mientras decia el Venerable esas últimas palabras, cogió Venlor la linterna y el puñal de sobre la mesa, y se lo hizo tomar casi por fuerza á Colvin.

—Esas son vuestras armas, le dijo, entrad en aquella caverna.

Colvin, exaltado y deseoso de vengar á Abirám, adelantóse hácia la caverna, que estaba delante de él.

—*Pegad á todo sin resistencia*, dijo entretanto el Venerable con voz atronadora. *Entrad; defendeos, y vengad á nuestro maestro.* Solo á este precio *sereis Escogido.*

Colvin penetró finalmente por la puerta de la caverna. Detúvose luego de estar en ella, alzó su linterna para buscar á su enemigo, y á su luz distinguió cerca de sí una figura humana apoyada en una piedra, con la cara vuelta hácia la pared, con esposas en las manos, y cadenas en los piés.

A su vista iba á detenerse, cuando el Venerable pegando una patada en el catafalco, gritó:

—¡No seais cobarde!... *pegad... vengad á Abirám... ese es su asesino.*

Colvin arremetió entónces contra su impotente adversario; y en aquel instante de calor levantó el arma homicida y pegó su primera puñalada.

—Repetid esa accion heróica, dijo entónces el Venerable, *y cortad la cabeza al asesino.*

Animado el bárbaro degollador con estas palabras, levantó nuevamente el brazo é hirió segunda vez. Iba á repetirlo, mas al ver sus vestidos teñidos en sangre, cayó su linterna y quedó á oscuras.

—Valor, hermano Colvin, gritaron á un mismo tiempo Venlor y el Venerable.

—No temais, añadió el primero. Vais á obtener el grado de *Escogido...* cortad la cabeza del asesino y estará ya consumada vuestra prueba.

Al acabar Venlor estas palabras, solo se oyó dentro de la caverna el chillido del arma homicida que cortaba la cabeza del pretendido asesino de Abirám.

—Coged la cabeza por sus cabellos, dijo el Venerable, y presentadla á la Logia como un trofeo de vuestra victoria.

Carlos Colvin salió luego de la caverna lleno de sangre desde los piés á la cabeza, llevando el puñal ensangrentado en su mano derecha, y en la izquierda la cabeza del asesino de Abirám, cogida por sus cabellos.

Adelantóse paso á paso hácia el centro de la iglesia, y entretanto el Venerable le dijo:

—Acercaos aquí, hermano Colvin, dadme una prueba de vuestro valor, puesto que él acaba de salvaros la vida.

Colvin, jadeando de cansancio, acercóse á la mesa del Venerable y presentóle aquella cabeza que aun estaba chorreando sangre. Entónces el gefe de la iglesia acercóla á una de las velas de su mesa, y enseñándola con el dedo al nuevo cofrade, le dijo:

—Observad, hermano Colvin, la forma y facciones de esa cabeza que habeis cortado, y luego notareis que, léjos de ser la cabeza de un hombre como habeis vos pensado, es solamente la de un maniquí lleno de un licor encarnado parecido á la sangre, y preparado de tal modo que pudiera presentaros el mismo efecto que si fuera un cuerpo humano. Vos, sin embargo, le habeis cortado la cabeza; y ya que siendo un maniquí, habeis sabido hacerlo, esto podrá daros á conocer cuán fácil os será de aquí en adelante el cortar la cabeza de los verdaderos enemigos y asesinos de nuestro padre Abirám (1).

Aquí dejó el Venerable la cabeza del maniquí sobre el piso del catafalco, y luego prosiguió:

—Ya sabeis ahora cómo debeis hacerlo para vengar á nuestro maestro: y el aprendizaje de hoy os ha impuesto un carácter atrevido para lo venidero. Vos finalmente habeis satisfecho á nuestros hermanos en la prueba á que han dispuesto sujetaros, y por lo mismo, desde ahora en adelante os declaro digno de entrar en la Logia de los Escogidos. ¿Es este vuestro parecer, hermanos?

(1) Digo de todas esas ridículas ceremonias lo mismo que dije de las del grado de Maestro Mason. Ya verán mis lectores como en los grados mas avanzados se van haciendo sérios esos juegos hasta el estremo de inspirar horror. Ello es ciertamente muy ridículo, pero sin embargo es la pura verdad, y no creo pese á mis lectores el conocerla.



—Sí... contestaron todos los Masones.

—Desde ahora pues, hermano Colvin, quedais admitido en este grado; y los juramentos que os obligan á cumplir en él, son los mismos que pronunciasteis al recibir el tercer grado de maestro Mason. Hasta aquí, pues, sabeis el modo de vengar á Abirám, nuestro padre y fundador, pero no sabeis aun el medio de hallar la palabra sagrada ó la contraseña que con su muerte se perdió. Esta segunda parte de vuestra obligacion vá á quedaros manifiesta con una prueba facil y pronta, por la cual desde luego vais á pasar. Preparaos, pues, á ella, ya que es preciso llevar á cabo vuestro empeño.

—Vos me habeis dicho, Padre Venerable, contestó Colvin, que habia cumplido bien con esta primera parte del grado á que voy á ser admitido; y vuestra aprobacion me dá una segura esperanza, de que lo mismo direis despues de la prueba á que vais á sujetarme de nuevo (1).

(1) En esta primera parte del grado de *Escogidos* la secta de los Masones enseña á sus iniciados el modo de vengar á su pretendido fundador, sin decirles en quién se ha de vengar. Ese es el misterio mas horrible de la secta cuando se descubre en grados mas avanzados.



CAPÍTULO III.

Los Masones Sacerdotes (1).

Si el cielo se desploma,
Y á la tierra la llama del infierno
Por mil bocas se asoma,
Envuelta entre los humos del Averno
Insiste el alma libre en sus acciones
Para el *sí* ó para el *no* de sus pasiones.

ALMEIDA.

La estancia en que debia verificarse la segunda parte del grado de Escogido era un salon octagonal y en medio de él habia una mesa, cubierto todo con damascos encarnados.

La superficie de esta mesa, que tambien era de figura octagonal, era cónica, y su base terminaba en una superficie plana de dos palmos de ancho, los que eran propiamente el perímetro de la mesa. Por lo demás, la cúspide ó vértice del cono, que era un poco truncado, distaba del plano de la mesa como unos tres palmos, y sobre dicha cúspide habia una superficie circular que contenia los objetos siguientes:

En su centro se elevaba una cruz de madera, la cual tenia alrededor varios objetos pertenecientes al culto de la *ley antigua*, de la *ley nueva*, y hasta de algunas sectas heréticas. Eran de notar entre ellos un vaso sagrado, una Biblia, el altar de los holocaustos, el arca de la alianza, el

(1) Antes de empezar este capítulo debo advertir á mis lectores que no se sorprendan por lo que lean en él, porque todo ello es nada en comparacion de lo que habrán de leer en otros capítulos posteriores.

libro de Moisés, la tiara del Sumo Pontífice, y hasta la media luna del falso Profeta.

Esta mesa estaba rodeada de asientos, y enfrente de cada uno de ellos habia un cáliz de plata lleno de vino, y una patena con un pedazo de pan.

Inútil será decir que este cáliz y esta patena eran iguales á los que se usan para el sacrificio de la misa, segun el rito católico.

En uno de los lados de esta mesa sacrílega habia dos hombres sentados, y vestidos ambos con ornamentos de alba, casulla, bonete, y todo lo demás que es necesario para la vestidura sacerdotal en la celebracion de la misa.

Grande era la desfachatez de estos dos séres á pesar de su sacrílego disfraz, y con la mayor sangre fria estaban hablando de los asuntos que les convenian, cuando su atrevimiento era capaz de horrorizar á todo fiel cristiano.

En una palabra, aquellos dos séres infernales eran D. Joaquin Venlor el uno, y D. Carlos Colvin el otro.

Entre los dos asientos que ocupaban habia otro que, no solo por la elegancia y lujo con que estaba dispuesto, sí que tambien por el cáliz y patena de oro que habia delante de él, se conocia que el que debia ocuparle era de mas alto grado que los dos hermanos allí presentes.

—Observad, hermano Colvin, decia Venlor, que esos ornamentos sacerdotales de que os veis revestido, os prueban que ahora sois enteramente igual á los sacerdotes, y como á tal debeis apreciaros. Dios no quiere distincion alguna de clases ni de leyes, y por lo mismo no solo quiere que todos los hombres puedan ser sacerdotes, sino tambien que la mejor de las leyes sea la primera de todas, esto es, la *ley natural*.

Colvin rato hacía que estaba escuchando los razonamientos de Venlor, y dijo finalmente:

—Pero admiro mucho, que dirigiéndose esta ceremonia á probarme que la *ley natural* es la mejor de todas, hayan escogido para ello los vestidos de los sacerdotes de la *ley nueva*.

—¿Qué vestidos hallariais vos mejores?

—Los de la *ley antigua*.

—Os equivocais, Colvin. Esos vestidos os prueban el *máximum* de desigualdad á que ha llegado el sacerdocio, al mismo tiempo que el modo de ofrecer el pan y vino que aquí veis, es propio de la *ley natural*.

Iba Colvin á contestar, cuando se oyó á poca distancia una armoniosa música, al propio tiempo que débil y suave.

—Oid estos acentos, Colvin, dijo Venlor. Esa música celebra vuestra victoria.

Los dos cofrades se pusieron en actitud de escuchar, y la música ejecutó una sonata triste y melancólica.

Aquellos sonidos eran muy á propósito para infundir en el ánimo una noble inspiracion, capaz de retraer de los crímenes; pero el ánimo de Venlor y de Colvin, lo mismo que el de todos aquellos que llegaban al grado de Escogido, estaba ya demasiado corrompido y viciado para dar entrada á tamaña inspiracion. Así fué, que Venlor, léjos de medir por la sensacion de la música la grandeza de su crímen, se atuvo mas en la resolucion de concluir cuanto antes la ceremonia que se le esperaba.

Despues de un corto espacio de tiempo la música acabó su sonata: pero muy luego volvió á empezar acompañando el canto dos voces melancólicas y lastimeras, que con acompasado acento entonaron lo siguiente:

Asoma el sol por Oriente,
Y con su luz purpurina
Al universo ilumina
Y regocija á la gente.
Y así siempre ese lucero
Alegra con su salida,
Porque él es quien dá la vida
Y el sosten al mundo entero.
Amor llevan sus fulgores...
Y así el sol con su luz pura,
Vivifica la natura,
Porque la llena de amores.
No hay mortal tan orgulloso
Ni tan falto de virtud,
Que menosprecie esa luz
Que sabe hacerle dichoso.
Y el placer universal,
Que al salir el sol se ostenta,
Es lo mucho que contenta
Su luz á todo mortal.
Pero hay otra luz mas clara
Y es la luz de la razon,

Que ilumina el corazon
Con virtud la mas preclara.
Es la luz de la verdad,
Es la luz de pura vida,
Y por ella es conocida
Del hombre la *libertad.*
De igualdad el santo nombre
De esta luz tambien dimana:
Por ella es la soberana
Que debe adorar el hombre.
Y tú, Mason, que has jurado
Procurar con tu firmeza
El sosten y la grandeza
Ya que eres iluminado,
¿No serás reo de muerte
Si acaso obras con falsía,
O demuestras apatía
En unir á ella tu suerte?
Ella pretende vengar
Á su Padre que murió,
Porque morir prefirió
Á un secreto divulgar.
Tú sabes que este secreto
Con su muerte se ha perdido,
Y que buscarle es debido
Á todo Mason perfecto.
Hazlo pues, no te detengas,
Conviene que lo recuerdes
Y ¡ay... si su secreto pierdes!
¡Ay de tí si no te vengas!
Que de este mundo las penas
Solo quita esta venganza,
Y sino con tu templanza
Fabricarás tus cadenas.

Paró el canto y la música: el nuevo Escogido quedó absorto en sus reflexiones, y Venlor le dijo:

—¿Habeis oido, hermano Colvin, esos versos que acaban de entonar?
—Sí... los he oido... y se dirigen á mí.

—A vos se dirigen, es verdad... pero sin haceros traicion, ¿podeis asegurar si están conformes con vuestras ideas?

—Conformes están... puntuales.

—Mucho me alegro, replicó Venlor. En este caso, hora es ya de que empiece la ceremonia, por medio de la cual se os enseñará el medio de buscar la palabra que perdimos con la muerte de nuestro padre Abirám.

No bien hubo acabado Venlor estas palabras, cuando se presentaron en el salon todos los hermanos Escogidos que nuestros lectores han visto reunidos en el capítulo precedente. Iban todos vestidos igualmente con ornamentos sacerdotales, y sentáronse alrededor de la mesa cada uno por su órden, ocupando el Venerable aquel asiento que habia entre Venlor y Colvin.

Luego que estuvieron todos en esta disposicion, el Venerable tomó la palabra, la cual dirigió al nuevo cofrade de esta manera:

—Poco falta, hermano Colvin, para que se os conceda definitivamente el cuarto grado de Escogido, último de los que contiene la secta de la Franc-masonería. En el tercer grado de Maestro Mason se os dijo, que el gran móvil de nuestra secta eran la *libertad* é *igualdad,* indicándoos que por medio de ellas podiais lograr la venganza de nuestro fundador y patriarca Abirám, y al mismo tiempo hallar la palabra ó contraseña que con su muerte violenta se perdió. Ya os he dicho hace poco, que esta Logia, compadecida de vuestros crímenes, quiso haceros el inapreciable favor de indicaros los medios mas aptos para lograr lo que se os dijo en el grado de Maestro. Tocante á la venganza de Abirám, vos mismo acabais de darnos una prueba de que el medio que se os ha mostrado es el mas seguro; y por tanto, solo falta ahora esplicaros el que es mas apto para poder encontrar la palabra perdida. Este medio no se os esplica claramente, porque á vos solo toca el acabarlo de descubrir; ya sabeis y debeis estar convencido de que todos los hombres son libres é iguales, no solo en sus acciones civiles, sino tambien en las religiosas. El Grande Arquitecto del Universo ha criado todo lo que existe; y ese carácter de Criador le hace digno de nuestro respeto y de nuestro *culto*: pero ese *culto* ha de ser el mismo que le tributaban los primeros hombres, no solo porque es el mas adecuado á Dios, sino porque nos enseña que todos podemos ser igualmente sacerdotes, apoyándose ese sagrado culto en el principio de *igualdad,* que es el alma y sosten de nuestra secta. Ese culto, pues, hermano Colvin, es el mismo que se tributaba á Dios cuando los hombres se regian por la *ley natural,* que es la única que ha dado Dios al hombre, y por consiguiente la

única que debemos seguir. En aquellos tiempos todos los hombres eran sacerdotes, porque todos ofrecian á Dios sus sacrificios; y esa circunstancia, unida á la de que la *ley natural* es la única que debe seguir el hombre, puede suscitaros la idea de que Moisés, Aaron, Jesucristo, Mahoma, Confucio, Lutero, y todos los demás que han querido establecer otras leyes diferentes de la *natural* que necesariamente han sido esclavizadoras, cuyas leyes han originado la diferencia de sacerdotes y leyes, no son mas que nuevos innovadores, indignos de ser contados en el número de los Escogidos, acérrimos contrarios de Abirám, y merecedores de nuestro ódio y de nuestra ira. Eso es lo único que puedo deciros, hermano Colvin, y ello por sí solo podrá bastaros para que sepais cumplir con la segunda parte del empeño que contrajisteis en el tercer grado masónico. Decidme ahora... ¿estais conforme en dejaros gobernar por la *ley natural*, sujetándoos al solo culto que ella nos enseña?

—Me tendria por indigno de ser Escogido, si me negára á ello, contestó Colvin.

Esa es la respuesta que debe dar un verdadero Escogido, replicó el Venerable; y ya que os someteis á dejaros gobernar por la *ley natural,* será preciso que os muestre la doctrina que le es propia, y que es como sigue: Debeis solamente amar á Dios, porque ha criado lo que existe; y debeis procurar establecer una *libertad é igualdad* completas, como á hijas del mismo amor de Dios. Esto es lo único que os enseña la ley natural. Cumpliendo con lo que os he dicho, dareis á Dios un culto interno; y para el esterno debereis someteros al mismo que tributaban los antiguos sacerdotes de la ley natural. El gran sacerdote *Melchisedech* (1), lo mismo que todos los demás sacerdotes de su tiempo, para tributar á Dios un culto esterno, se vestia con los ornamentos sacerdotales de su tiempo, y ofrecia en el nombre de Dios pan y vino, que repartia entre él y aquellos á quienes convidaba. Por tanto vos mismo, hermano Colvin, para que empeceis á conocer la observancia de la *ley natural,* seguid el ejemplo de los sacerdotes del tiempo de *Melchisedech;* por lo cual vos y todos los demás hermanos presentes aceptad, como á sacerdotes que sois, el pan y vino que yo, como á sacerdote, en nombre de Dios, os ofrezco.

En esto todos los Masones empezaron á comer el pan que tenian de-

---

(1) El gran sacerdote Melchisedech fué contemporáneo de Abraham, y por inspiracion de Dios ofreció el pan y vino segun el mismo órden que han establecido despues los Masones.



lante de su asiento sin decir palabra alguna. Acabado de comer el pan, cada uno tomó el cáliz y apuraron hasta la última gota el vino que contenia.

Luego de acabado el ceremonial, el Venerable plegó sus manos, los demás cofrades tambien, y dijo:

—Gracias te damos, Sublime Arquitecto del Universo, por haber permitido que á nombre tuyo pudiésemos consumar ese *sacrificio:* y haz al mismo tiempo, que tu nuevo sacerdote Carlos Colvin sepa entender tu culto y el dominio de tu única ley, vengando por otra parte al patriarca de tus fieles, Abirám, y buscando por medio de tu misma ley la palabra perdida del mismo.

Acabada esa corta invocacion, el Venerable se dirigió nuevamente á Colvin diciéndole:

—Ahora, hermano Colvin, ya sois sacerdote de la *ley natural:* y ese solo carácter os impone el desprecio de todas las sectas religiosas, y os impide por otra parte el frecuentar sus iglesias, el asistir á sus sacrificios, y el obedecer sus leyes. De este modo y bajo este concepto os concedo el cuarto y último grado de *Escogido*, por medio del cual podreis encontrar fácilmente la contraseña de Abirám.

Entónces declaró el Venerable que la ceremonia estaba concluida, y todos los hermanos dejaron aquel aposento (1).

(1) A algunos les parecerá muy confusa é incompleta la materia que contiene este capítulo; pero atiendan á que ha de ser así, porque en los otros grados masónicos acabarán de entender lo que en este queda incompleto.



CAPÍTULO IV.

Un secreto.

> Las gentes que temen escuchar una confidencia, son las que tienen miedo de tener que guardar un secreto, ó bien hacer un servicio.
>
> MADAMA SAND.

CUANDO estuvo disuelta la Logia de los Masones Escogidos, el Venerable de ella, que era Santiago Aguilar de Silva, junto con Venlor y Colvin se detuvieron un rato en un aposento de la casa-logia, antes de pasar todos á su respectivo domicilio.

Los tres estaban hablando allí de lo que era el grado de Escogido y de lo que significaban sus misterios. El discurso de Santiago hubiera durado sin duda largo rato si no hubiera venido á interrumpirle un Mason que habia estado tambien aquella noche en el grado que tomó Colvin.

—A vuestras órdenes, D. Arnaldo, dijo Santiago al verle; ¿cuándo pensais salir de N...?

Un gesto de disgusto fué la única respuesta que dió el Mason. Santiago le comprendió.

—¿Qué quereis que os diga, hermano? añadió el Mason, ha sido un desliz.

Entretanto el nuevo Mason tomó asiento, y luego dirigió á Colvin la palabra, diciéndole:

—Me alegro mucho, hermano Colvin, de la serenidad que habeis mos-

trado en la recepcion del cuarto y último grado masónico, y tengo una satisfaccion inesplicable en poder ser de los primeros que os dén el parabien. Se conoce que sois hombre de empeño y resolucion, y que no retrocedeis á la vista del peligro. Pues seguid adelante, y de este modo podreis probar prácticamente que hombres como vos son los que necesita la secta de los Franc-masones.

Colvin no sabía qué responder á estas palabras de un hermano suyo.

—Congratulaos, hermano Colvin, en la felicitacion que acaba de dirigiros un hermano vuestro. Esos dotes que él en vos acaba de reconocer, los poseeis realmente, y no teniéndolos, no se os hubiera admitido jamás al grado que esta noche os he conferido. El Mason que acaba de hablaros pertenece á la Logia de Barcelona, y hallándose de paso en N... ha querido presenciar vuestra iniciacion movido por el singular elogio que de vos se le habia hecho, y despues de haberos visto, no puede menos que daros las gracias por vuestras bellas prendas. El hermano que os ha dirigido la palabra es el gefe Mason de todos los Carbonarios de Cataluña, es hombre de talento y de erudicion, y por lo tanto no puede haberos calificado con ligereza quien por sus dotes merece la confianza de la sociedad.

—Esa última circunstancia que me haceis notar, contestó Colvin, me honra tanto mas cuanto es mayor la elevacion del hermano que me ha dirigido la palabra; pero de todas maneras creed, hermanos, y créalo con vosotros toda la Logia de los Escogidos, que en todos tiempos haré cuanto esté de mi parte para acreditar los dotes que con tanta benevolencia ahora me concedeis.

En estas y otras razones estuvieron largo rato platicando los cuatro hermanos hasta que finalmente, despues de haberse marchado Venlor y Colvin, se quedaron en la estancia Santiago y el otro Mason.

—Por poco descubrís mi verdadero nombre, dijo luego éste cuando hubo salido Colvin.

—Perdonad, amigo... No puedo remediarlo. Como siempre os he conocido con el nombre de D. Arnaldo de Sansimon, no puedo menos que acordarme de él, y sin pensar se escapa de mis lábios.

—Debo ocultarlo toda mi vida.

—Creed que es muy estraño... Tan noble como es vuestra familia y...

—¿Qué es esto, D. Santiago?... dejaos de noblezas... Ya veo que aunque no fuera yo tan buen Mason como vos, al menos sería mas consecuente... Sacerdote como soy de la *libertad*, preconizador que me mues-

tro de la *igualdad* de los hombres, y entretenerme en indagar si puedo llamarme *de Sansimon* mejor que otro, ó buscar si tal ó cual pieza de mi escudo de armas debe ser de metal ó de color, ó debe estar en tal ó cual otro cuartel, todas estas ocupaciones son impropias de un verdadero Mason; porque así, siendo yo noble como el mundo dice, estableceria una diferencia marcable entre mí y los demás hombres en perjuicio de la *igualdad* general que á toda costa me toca defender.

—Ea, D. Arnaldo, replicó Santiago sonriéndose, no seais tan escrupuloso. Seguramente que algun dia os veré hacer alarde de vuestra antigua nobleza, y mas aun que los nobles franceses antes de la revolucion última del siglo pasado.

—¡Vive Dios! me juzgais con mucha ligereza.

—No lo creais... Ya sabeis que hay en vuestro corazon una cierta cuerda, que tocándola suavemente, os asemeja á esos nobles franceses á quienes acabo de mentar.

—Aludís seguramente á mis amores.

—Cabal... ¿Y no tengo bastantes motivos?

—¿Qué quereis que os diga? Bien es verdad que la muger que ha dominado mi corazon podria conseguir de mí cualquier imposible; pero jamás tendré que obrar de esta manera.

—Podrá ser que sí.

—Y me admira mucho el ver que vos lo afirmais, como si estuviera ya sucediendo.

—¿Qué quereis que os diga, D. Arnaldo?... Vos no podeis saber lo que hareis.

—Ni tampoco vos.

—Puede que sí, y la razon está sacada de la esperiencia. Es que vos os hallais ahora enamorado, y, si es preciso ser franco, os diré además que parece que no sois correspondido.

—Aventurais demasiado, Santiago, porque hay razones en pro y en contra de lo que vos decís, y además todo esto no puede probar que yo debo hacer alarde de esa nobleza delante de Julieta.

—Bah... bah, D. Arnaldo. Lo mejor será que dejemos esta conversacion; y decidme ¿cuánto tiempo hace que no habeis bailado con ella... con Julieta?

—Mucho tiempo hace; pero pienso desquitarme pronto, porque don Evaristo Torrecampa tiene anunciado un gran baile para el dia 16 de este mes y allí acudirá como siempre Julieta de Casarrubios.

—¿Son muchos los convidados?

—Hasta ahora muy pocos, pero serán invitados á él todos los grandes hombres de nuestro partido. ¿Asistireis acaso?

—Veremos... Tengo muchas ganas. Y creed que me dará un grande gusto el veros bailar con Julieta. A fé mia, D. Arnaldo, que debereis representar un pobre papel.

—Pero ¿qué quereis que haga?

—¡Toma!... pedirla por esposa.

—Lo haré en cuanto confiese que me ama.

—Si esa confesion esperais, no sereis aun correspondido.

—Bien es verdad que no soy correspondido como amante, replicó don Arnaldo, pero al menos puedo asegurar que Julieta no tiene relaciones de amor con nadie, y que yo soy el que las tengo con ella de amistad mas íntima.

—¿Quereis que se decida en una sola noche?

—Si sabeis lograrlo, haced que sea en el dia del baile que os he anunciado.

—Pues bueno; lo haré.

—¿Y cómo?

—Voy á esplicároslo...

Apenas Santiago habia comenzado la esplicacion, entró en la estancia un criado de la Logia, trayendo un pliego urgentísimo para D. Santiago Aguilar de Silva.

Abrió éste el pliego, leyó lo que contenia, y luego de haberlo efectuado, dijo:

—Grandes peligros amenazan á nuestra secta. El Oriente barcelonés teme... Es preciso fortalecerle... ¡Ah!... ¡maldicion!...

Estas palabras las pronunció Santiago con una exaltacion tal, que parecia que estaba perdiendo la razon.

—¿Qué es lo que teneis, D. Santiago? dijo el otro Mason.

—Voy á decíroslo, respondió Santiago procurando dominarse. Me anuncian de Barcelona que han tomado el hilo de una grande conspiracion contra nuestra secta, y que al frente de ella está el P. Vincencio del Vivár, religioso jesuita, que vive en N... Me dicen que casi depende de mis indagaciones el dar con el cuerpo general de la conspiracion, si observando de cerca á ese Vincencio del Vivár puedo llegar á saber quién es un marqués que vive en Barcelona, que tiene con él íntimas relaciones. Por lo demás, el preámbulo que me hacen de la conspiracion es horroroso.

Imposible es esplicar el sobresalto que se apoderó de D. Arnaldo al

oir que el P. Vincencio entraba en conspiracion con un marqués que vivia en Barcelona. Perdió el color y Santiago no pudo menos que notarlo.

—¡Ah, Sansimon! esclamó. Vos sabeis algo; esa mutacion de color que ha sufrido vuestro rostro, esa alteracion, esa pesadez, ese susto que os abruma y que os hace mirar con tanto sobresalto, me hacen sospechar con fundamento que no se os oculta la conspiracion de que se trata... Hablad... hablad por Dios. . Soy vuestro hermano... os lo pido. Soy vuestro gefe... os lo mando. Hablad.

—No sé nada... Desde que habeis acabado de hablar, presumo mucho, muchísimo; pero no sé nada de cierto.

—Comunicadme pues esas presunciones, dijo Santiago impaciente.

—No puedo.

—Don Arnaldo Sansimon, os lo mando.

—Yo no quiero obedeceros.

—¡Miserable!... eres traidor á tu sociedad... á la que has jurado defender con tu vida.

—No por Dios, Santiago. No soy traidor, respondió Sansimon levantándose. Es un secreto que no puedo revelar.

—Hasta el dia, prosiguió Santiago, ninguna pasion, ningun inconveniente os habia impedido el ser franco con vuestros hermanos y hasta con vuestros gefes... y hoy os hallais dominado por el amor.

Aquí hizo Santiago un gesto de sobresalto.

—Con que al fin os sorprendí, añadió Santiago. El amor es, pues, el que os impide obedecerme... Pues bien, hablareis á pesar vuestro, y entretanto procuraré que ese vuestro amor sea efímero, estéril, y que os anonade como mereceis.

—¡Callad por Dios!

—No quiero callar, replicó Santiago alzando la voz y levantándose. ¡Miserable! Una muger puede mas en tí que el amor á tus hermanos.

—¡Ah, Julieta!... ¡Julieta!... esclamó Sansimon, ¡cuán caro me cuesta el amarte!

—Responde pues por última vez, dijo Santiago haciendo el último esfuerzo. ¿Me comunicarás ese secreto?

—No puedo...

—Pues bueno, añadió el de Silva pegando palmadas al hombro de D. Arnaldo. No te olvides ni un solo instante de que tus gefes tienen medios para abrir la boca hasta á los mudos; y tú, Sansimon, tú tambien hablarás.

Sansimon no contestó. Santiago salió del aposento y D. Arnaldo le siguió tambien. Cuando estuvieron en la calle, Santiago le dijo:

—Yo tomaré el hilo de esa conspiracion... lo sabré todo... y tú, Sansimon, te arrepentirás.

El amante contestó:

—Obrad como querais, D. Santiago. Yo no puedo deciros quién es ese marqués, porque es un secreto que está sellado con mi amor.

Santiago subió á su coche y partió, siguiéndole á pié D. Arnaldo Sansimon.

Luego que la calle estuvo sola, aparecieron en ella dos hombres, que se habian ocultado protegidos por la oscuridad de la noche. Uno de ellos preguntó al otro:

—¿Te acuerdas de lo que han dicho?

—Sí... perfectamente, contestó el otro. El uno ha dicho: «*Yo tomaré el hilo de esa conspiracion... lo sabré todo... y tú, Sansimon, te arrepentirás.*» y el otro ha contestado: «*Obrad como querais, D. Santiago. Yo no puedo deciros quién es ese marqués, porque es un secreto que está sellado con mi amor.*»

—De este modo, pues, el que ha subido en el coche se llama D. Santiago, y el que le sigue á pié se llama *Sansimon.*

Despues de esto, los dos desconocidos subieron tambien en un coche que les esperaba á poca distancia, y se largaron á toda prisa.



PARTE SÉPTIMA.

—

LA QUINTA DE SANTA MAGDALENA.

CAPÍTULO I.

—

El edificio.

Tal vez con oro y ricos pabellones
Ornará de un pastor la humilde choza,
Y con rústicos ramos y festones
De un monarca la estancia suntuosa.
MARTINEZ DE LA ROSA.

La quinta de Santa Magdalena tenia, y tiene aun hoy dia, la mas bella posicion de cuantas quintas se encuentran en el llano de la ciudad de N... Su elevada torre dominaba toda la comarca, y era sin disputa el mas suntuoso y lindo edificio que en ella habia.

Estaba situada cerca de un cuarto de legua de la ciudad; y llegábase á ella por un camino cuyas márgenes estaban adornadas de rosales entrelazados en los troncos de algunos olivos, que habia de trecho en trecho. El aspecto de este camino, que atravesaba plantíos inmensos de toda especie de hortalizas, era tan pintoresco como agradable.

Despues de un no muy largo trecho acababa en el antiguo portal de una muralla gruesa y de grande estension, que contenia dentro de su ámbito todo el edificio de la quinta.

El portal estaba sencillamente construido segun la arquitectura moderna, y cualquiera al ver sus puertas forradas en bronce, la considerable altura de la muralla, su inmensa estension, sus fosos y algunas

almenas que se divisaban de trecho en trecho, hubiera creido hallarse á las puertas de un fuerte castillo feudal del siglo XIII. Santa Magdalena lo habria sido seguramente en otro tiempo.

Luego de haber atravesado el portal de la quinta, se descubria un vasto terreno, presentándose á primera vista una infinidad de árboles de toda especie, plantados sin órden alguno: pero despues de una ligera observacion se notaba que estos árboles estaban colocados en hileras, las cuales formaban los costados de diferentes caminos. El que conducia al grandioso edificio era fácil de reconocer, no solamente por estar enfrente del portal, sino por ser mas ancho que todos los demás, al efecto de dejar mas libre el tránsito á toda especie de carruajes. Muy pintoresca era, sin duda, la vista de aquel grande espacio frondoso, y en el cual no podian penetrar los rayos del sol, á causa del grandioso y natural artesonado de las bóvedas que formaban las ramas de tantos árboles.

El camino que conducia á la quinta, antes de llegar á ella dejaba á su derecha un grande espacio de forma circular, formado por unas altas paredes de cipreses. Entrábase á él por cuatro pasadizos opuestos diametralmente. El área de este recinto estaba enarenada y rodeada de asientos rústicos; elevándose los cipreses que la formaban, en pared perfectamente redondeada hasta la prodigiosa altura de mas de diez varas. Entre los bancos y los fúnebres árboles crecia el jazmin y madreselva, que á mas de cubrir el tronco de los cipreses, despedia un olor suavísimo, embalsamando la admósfera. Por un singular capricho, el arrendatario de Santa Magdalena habia hecho elevar á la misma altura de los cipreses los troncos de jazmin y madreselva, privándoles al propio tiempo de estender sus ramajes en toda la altura de la pared: de modo que los mismos troncos que florecian detrás de los asientos rústicos, se elevaban hasta la altura de los cipreses, produciendo allí las hojas y flores, que eran cortadas inmediatamente si nacian en otro punto menos culminante. No puede describirse la hermosura del jazmin y de la madreselva floreciendo á tanta altura y sobre un inmenso fondo opaco.

Realzaba la belleza del jardin una hermosa fuente con barandilla de bronce, y un grande Neptuno de mármol, de cuyo caballo marino salia perennemente un considerable chorro de agua, cuyo murmullo agolpaba ideas risueñas; aquel delicioso sitio se llamaba el *retiro de la quinta*.

Gracias al celo natural del arrendatario y á la contínua presencia de sus dueños, podia decirse que en toda la comarca no habia terrenos mejor cultivados que los que dependian de Santa Magdalena.

El vasto edificio desaparecia oculto entre los árboles á medida que el

camino se acercaba á las puertas de la muralla, y nada apercibia el viajero hasta que se encontraba al pié de la fachada.

Eso era muy sorprendente, pero mas aun para los que se dirigian á la quinta despues de haber entrado en el *retiro*.

Como hemos dicho ya, se entraba á este por medio de cuatro pasadizos opuestos diametralmente; en la parte esterior, al frente de cada uno de ellos, habia una pared de cipreses, con el solo objeto de que no fuesen vistas desde fuera las personas que en él se encontrasen.

Despues de haber salido del retiro por el pasadizo que miraba al norte, y despues de haber dado la vuelta á la pared de cipreses que le ocultaba, se presentaba á cosa de noventa palmos de distancia la inmensa fachada de la quinta de Santa Magdalena; coincidiendo su parte principal con el pasadizo del norte del retiro.

La fachada del edificio, que parecia la de un suntuoso palacio, tenia cuatrocientos palmos de longitud por unos ciento cuarenta de altura.

La altísima puerta principal estaba construida segun el estilo gótico. Conducian á ella una cadena de cipreses formada en arco, cuyos estremos iban á juntarse á dos caminos de árboles que conducian á la quinta. En la parte de bajo de la fachada distinguíanse tambien otras cuatro puertas de piedra de sillería, á mas de la principal, que era de mármol. Dos de aquellas puertas eran de un pesebre, otra de los graneros, y la cuarta conducia á la cochería.

El primer piso estaba rodeado de una elegante y hermosa galería cubierta, dividida en dos, que terminaban por una parte en los estremos de la fachada, y por otra en tres arcadas góticas de cuarenta palmos de altura sobre veinte de ancho. Estas no tenian puerta alguna, por estar en un grande tejado abierto, al estremo del cual habia las suntuosas y molduradas puertas de las principales salas de la quinta.

Aunque quisiéramos, no podriamos dar una idea del inmenso número de balcones y ventanas que habia en los otros pisos de la misma.

La elevada y magestuosa cornisa estaba construida con todo el primor y gusto de la arquitectura gótica, de tal manera que no podia ser mejor elegida para terminar aquella hermosa é inmensa fachada, que por añadidura tenia en su parte mas alta el escudo de armas de los antiguos dueños de la quinta, sostenido por dos leones de mármol de gran tamaño.

Tal era la fachada de la quinta de Santa Magdalena: cuando nos sea preciso hacerlo, describiremos por partes el interior; sépase entretanto, que esa quinta era un modelo de perfeccion y gusto, y que tenia como doscientos mil palmos de circuito, sin contar el espacio que ocupaban los jardines.

CAPITULO II.

La sorpresa.

Es el polvo mas leve que las plumas,
Mas que el polvo la brisa desatada,
La muger mas que brisas y que espumas,
¿Y mas que la muger?.. No encuentro nada.
AROLAS.

DIEZ dias habian trascurrido desde la última entrevista de Emigdia con el P. Vincencio, por medio de la cual supo este último la iniciacion de Evarini en la Logia de los Maestros Masones.

Levantábase el hermoso y ardiente sol de julio, despues de una continuada noche de borrascas, y deslizando magestuosamente sus rayos por la desigual superficie de los campos salpicados de rocío, hacía parecer á las plantas bañadas de perlas y de oro.

Una ligera y fresca brisa movia las mojadas y elevadas copas de los árboles, que, segun sus desiguales movimientos, herian de mil maneras la vista, irradiando los brillantes colores del íris.

Todo parecia estar alegre. Las flores abrian sus cerrados y macilentos cálices, las avecillas saludaban con armoniosos himnos la salida del nuevo sol, las hojas de los árboles se presentaban tersas y ondulantes, mientras que la campiña parecia levantarse de un pesado letargo.

A esta hora un gran movimiento se observaba en la quinta de Santa Magdalena.

Empezaban ya á salir los pastores de los rediles, tocando con sus me-

lodiosas flautas alegres y suaves canciones, siguiéndolos copiosos ganados obedientes y juguetones, que, con impaciente alegria eran guiados á disfrutar del suelo tan benigno que aquel dia les ofrecia abundante pasto.

Los labradores todos, cuyo número era muy grande, salian tambien de la quinta para dedicarse cada uno á la tarea que le estaba destinada. Los mas salian en gavillas, con los instrumentos á las espaldas, á ocuparse en sus faenas bajo el influjo de tan fresca y hermosa mañana: y al propio tiempo que algunos preparaban ocho briosas mulas destinadas para trillar una buena porcion de trigo, otros estaban ya aparejándolo en un enlosado espacioso.

El arrendatario de Santa Magdalena, Isidro Ribalta, á quien nuestros lectores ya conocen, acababa de salir tambien el último de la quinta, y con la azada en las espaldas, dirigíase, seguido de un enorme perrazo de Terra-Nova, á distraerse un poco en los trabajos agrícolas.

Caminando cabizbajo y meditabundo, atravesaba diametralmente el retiro de la quinta, cuando se detuvo á la voz de su muger, que allí estaba dando de comer á algunas aves domésticas.

—¿Qué se ha hecho del hombre loco? preguntó Gertrudis acercándose á su esposo.

Tal era el nombre de la arrendataria de Santa Magdalena.

—¡Bella pregunta! contestó Isidro. Cuando al barullo de esta noche se ha seguido la quietud de esta mañana, es prueba de que se ha marchado.

—Así lo pienso... pero ¿cuándo se ha marchado?

—A las tres... cuando ha acabado la borrasca.

—¿Y se ha marchado solo? replicó Gertrudis.

—No tal, contestó Isidro, porque ayer noche dí órden á uno de los mozos para que le acompañase á su casa.

—¿Y qué ha dicho el muchacho á su vuelta?

—Que luego que el loco ha divisado el pueblo, no ha querido que le acompañasen mas.

—Yo doy gracias á Dios, dijo Gertrudis sentándose en un banco rústico, de que no tengamos que prestar hospedaje á tan bello compañero... A mí me daba miedo ver aquellos gestos tan amenazantes y provocativos que siempre estaba haciendo.

—¡Válgame Dios!... á tí todo te dá miedo, respondió Isidro sentándose tambien. ¿Y sabes ya, añadió, si ha descansado D. Jorje?

—No... ¿por qué lo preguntas? repuso Gertrudis: No sé á qué hora se levantará. ¿Acaso lo sabes tú?

—No es menester esperar que se levante, porque lo está ya.

—No puede ser... ¡tan de mañana levantarse D. Jorje!...

—Pues no hay mas, replicó Isidro. Mira los postigos de los balcones, y ellos te mostrarán que solo D. Jorje puede haberlos abierto.

—Pero... ¡tan temprano!... Puede que no haya descansado.

—O que el loco se lo haya impedido con sus ahullidos de anoche.

—Tambien podria ser... A mas, desde que llegó aquí, está triste y abatido: puede que esto haya contribuido tambien á...

—No hay duda, replicó Isidro. Desearia saber su estado.

—Ahora no es prudente, dijo Gertrudis, subir á su cuarto y preguntárselo, pero de aquí á un rato lo haré.

—No lo hagas, porque me encargó ayer que hasta despues de haber llegado el P. Vincencio, no subiésemos para nada; y que si venian á pedir por él, lo negásemos redondamente.

—¿Y cuándo vendrá el P. Vincencio?

—Esta mañana...

—Siendo así, ya no podremos saber de su estado hasta que él venga.

—No hay mas remedio, dijo Isidro, pero entretanto puedes pedir noticias á su ayuda de cámara.

—Así será preciso hacerlo.

—Ven á comunicármelas en cuanto le hayas hablado. Yo entretanto me marcho á mi tarea.

Isidro se levantó y emprendió su marcha.

—Procura guardarte del sol, le dijo Gertrudis.

Era la señora Gertrudis una muger de mediana estatura, corpulenta á lo sumo, y como la mayor parte de las mugeres del campo, sus forzudos y arqueados brazos podian competir con los de cualquier hombre; su color era moreno; su mirada, fija é investigadora, revelaba un juicioso talento; su nariz era afilada; regular la barba; su pelo castaño empezaba ya á encanecerse, y tendria entónces unos cuarenta y cuatro años.

Su trage era muy sencillo. Cuando iba de rigurosa gala, la adornaba un corpiño ó espenser de gró cerrado hasta la garganta, guarnecido de cordones, y terminado por un ancho punto de blonda en la parte superior, y en las mangas estrechas y ajustadas, que le llegaban hasta los codos, del cual pendian enlazados dos flecos negros. Además una corbata de seda color de cereza ú otro semejante, hacía resaltar mas el negro del espenser; y unas anchas y redondeadas faldas, ajustadas á su poco esbel-

ta cintura, y que eran de merino verde naranjo, le llegaban hasta el torno del pié. Unos manguitos de punto de seda elástica le cubrian los brazos hasta el codo; y lo que á su parecer le caracterizaba de labradora rica, eran dos grandes hebillas de plata que relucian sobre sus anchos piés calzados con zapatos de terciopelo, los dos grandes pendientes de esmeraldas y diamantes, que le llegaban hasta los hombros, y el alto peine de concha, que reunia en torno suyo sus cabellos castaños tirados simplemente hácia atrás. Y si se añade á todo esto un elegante cesto de juncos, colgado de su brazo derecho, y un hermoso pañuelo de pita en la mano izquierda, se tendrá una idea completa de Gertrudis Ribalta en trage de gala.

Despues de haber marchado Isidro á las faenas del campo, Gertrudis entró en la quinta, mas luego volvió á salir con una hija suya llamada Rosita. Madre é hija fueron á sentarse al retiro de la quinta con el objeto de que la segunda hiciese á la primera su grosero tocado.

Rosita era una jóven de diez y nueve años, alta y esbelta. Sus ojos, aunque pardos, estaban llenos de viveza y espresion, el pelo era castaño, y blanca la tez, cosa muy de notar en una campesina; y su conjunto era el de una jóven hermosa é interesante.

Todos los hombres nos hallamos inclinados á imitar lo que vemos hacer á los que tenemos en mas que nosotros, así fué que los hijos de Isidro y Gertrudis Ribalta, que siempre habian tenido á la vista los modales corteses de Aurelio y sus hermanas, aunque hijos del campo, no tenian nada de rústicos, y gracias á su natural inclinacion y al trabajo que Emigdia se habia tomado en la educacion de los hijos de sus arrendatarios, se hallaban estos mas bien en estado de figurar en la sociedad, que de ser simples labradores en el campo. No deben admirarse nuestros lectores al saber que los hijos de los Ribalta hubiesen aprendido de los de sus señores á decir á sus padres *Papá* y *Mamá*.

Rosita proseguia peinando á su madre, cuando le dijo:

—A fé mia, mamá, que esta noche la he pasado casi entera sin dormir.

—¡Vaya! ¿y por qué? replicó la madre.

—Admiro mucho que me lo pregunte, añadió Rosita. ¿Acaso no ha oido V. los gritos y ahullidos de aquel hombre loco durante esta noche?

—¿Tambien de noche?...

—¡Vaya!... ¡friolera! dijo la jóven. Apostaria cualquiera cosa á que no hubiera V. dormido, á encontrarse en mi lugar.

—No admito la apuesta, porque me gusta mucho dormir toda la noche.

—Lo creo; yo tambien diré lo mismo cuando tenga su edad; pero por lo que ahora respeta, hubiera pasado la noche entera riendo, si no hubiera pensado que los ahullidos del loco, que me divertia, eran efecto de la debilidad humana á que estamos todos sujetos.

—Has dicho una verdad, Rosita, añadió su madre en tono sentencioso.

—Ha sido muy gustoso para mí, añadió la jóven despues de algun rato de silencio, oir aquel hablar tan contínuo; pero lo que mas ha sido de escuchar eran los dicharachos é improperios con que los trabajadores han regalado al pobre loco. Apostaria otra noche sin dormir, á que le han dado por mas de cien veces el epiteto de maldito de Satanás. Ocasiones ha habido en que mordia las sábanas de puro reir.

—Y entretanto esta algazara te ha quitado el sueño, cosa que á mí no me gusta.

Rosita calló, y luego dijo:

—Lo mas chistoso ha sido al momento de marcharse el loco, cuando ha acabado de llover. Todos se apresuraban á echarle violentamente de las cuadras, y á buen seguro que ninguno de nuestros trabajadores habrá descansado esta noche mas que yo.

—¡Pobre hombre! esclamó Gertrudis. Dios nos libre de semejante plaga.

—Y que á pesar de su enorme altura, añadió Rosita, era un hombre bien formado. Aun me parece ver aquellos cabellos suyos tan negros, con aquellos ojos vivos y penetrantes... Yo creo que será de alguna familia bastante acomodada, puesto que su trage era muy decente y cual corresponde á un hombre de buena posicion.

—Lo mismo creo yo... ¿Y esta noche no ha tocado tambien aquella trompeta con que se nos presentó armado!

—Al principio sí,... pero despues buen cuidado tuvieron de quitársela los trabajadores, porque entónces hubieran añadido á la falta del sueño un atolondramiento insoportable.

—De modo que este loco, dijo Gertrudis, habrá dado mala noche á toda la casa. No sé por qué motivo se le dejó pernoctar aquí.

—Don Jorje así lo quiso; pero añadió que se tuviese cuidado en no dejarle salir de las cuadras, y así ha sido.

—¡Don Jorje ha querido darnos música!

—Y nunca oida por cierto.

—¡Vaya! ¡ha sido un bello regalo! replicó Gertrudis. Don Jorje tiene tambien ciertas estravagancias...

—Y completas que las tiene, señora, dijo el P. Vincencio, que acababa de entrar en el retiro.

Petrificada quedó Gertrudis al ver que el jesuita habia oido sus últimas palabras, y casi no sabía qué responder. La alegre y bulliciosa Rosita, que en todo hallaba motivos de risa y de diversion, prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—Dios mantenga tu alegria, Rosita, díjole el P. Vincencio sonriéndose al notar el efecto vario que acababa de producir su sorpresa.

Gertrudis, reanimada un tanto por el buen sentido en que el jesuita habia interpretado las palabras sorprendidas, le dijo:

—No os admireis, Padre, de lo que yo he dicho.

—No me admiro, señora, contestó el maestro de Aurelio, porque estoy convencido de que es como vos misma decís.

—Pero atended, además, á que hay motivos para decirlo.

—¿Y no podré saber estos motivos? preguntó el P. Vincencio mientras que Rosita continuaba riendo.

—Voy á contaros llanamente el caso, dijo Gertrudis. Ayer al anochecer se presentó en la quinta un hombre loco, alarmándolo todo con sus furiosos gritos y asquerosos gestos, metiendo un espantoso ruido con un viejo trompeton que siempre tenia en la boca: ¿y creerá V. que don Jorje, despues de algun rato, tuvo la gracia de mandar que le diéramos de cenar y le hiciésemos pasar la noche aquí? ¿Qué le parece á V.?

—Que es una verdadera obra de caridad, respondió el P. Vincencio.

—Pero yo soy de parecer, añadió la arrendataria, que D. Jorje podia hacer muy bien otra obra mejor que esta y en favor del mismo loco.

—¿Y cuál?

—Segun se esplicó el loco, habita en un pueblo muy cercano de aquí, de donde se escapó ayer sin conocimiento de su casa: podia hacerle acompañar á ella, que por cierto estarian muy ansiosos de saber su paradero.

—Podeis pensar, señora, replicó el jesuita, que no podemos fiarnos demasiado en las palabras de un loco, y á mi parecer obró muy bien D. Jorje, mandándole quedar aquí siendo ya de noche, y amenazando además la tormenta, que os habrá tenido algun tanto dispierta.

Conoció el jesuita que Gertrudis no sabria qué responderle á todo esto, y por lo mismo procuró cortar la conversacion.

—¿Sabeis si ha descansado D. Jorje? le dijo.

—No lo sé, Padre, porque ayer nos dió órden de que nadie subiese hasta que vos hubieseis llegado, por lo cual esperaba vuestra venida para saberlo. Lo que puedo deciros es que los postigos de sus balcones están abiertos rato hace, y esto anuncia que está ya levantado.

—En este caso, os dejo.

—Y á la vuelta podreis enterarnos de su estado.

—Así lo haré; hasta la vuelta.

El P. Vincencio entró en la quinta por la puerta principal, y dirigióse al instante á la escalera.

Estaba esta al confin de un grande patio atestado de puertas de todas dimensiones. Entrábase á ella por una especie de portal arqueado, formado por cuatro colunas de mármol. La escalinata era tambien de mármol blanco, y los pasamanos, que terminaban en dos colosales figuras, eran de escelente pórfido, los cuales, con sus escalones de veinte palmos de largo, conducian, en número de doce, á un espacioso descanso que mejor acomodado estaria para sala de baile que para descanso de escalera. Desde aquí dividíase esta en dos ramales igualmente anchos, uno á derecha y otro á izquierda, que conducian á una vasta galería. El pavimento de esta era de mármol, el techo de madera labrada, y las paredes escelentemente pintadas. Estaba rodeada de un sinnúmero de cuadros con sus marcos dorados que guarnecian los retratos de los anteriores dueños de la quinta.

Cuando esa hubo pasado al dominio de los Evarini, se notó que en la parte inferior de todos los retratos se habian dado con toda sutileza algunas pinceladas para borrar el nombre del que allí estaba dibujado. Distinguíase además, en medio de todos estos cuadros, el retrato de don Fernando VII, que acababa de complicar el misterio.

En esta galería se detuvo el P. Vincencio; adelantémonos al jesuita y penetremos en la habitacion.

CAPÍTULO III.

El loco.

Corre de un lado á otro: ¿Pero á dónde
La pobre ha de escapar? En fin, se esconde
De una selva sombria en la espesura,
Y aun allí no se tiene por segura.
ALMEIDA.

AQUEL salon en donde Jorje Evarini se paseaba á largos pasos y con los brazos cruzados, estaba adornado con toda la elegancia moderna.

Sillones de damasco encarnado, cortinajes del mismo color, grandes espejos, adornos de porcelana y de cristal, canapés elegantes, alfombras de martas y de chinchillas, con otros y otros objetos de valor y gusto, adornaban aquella espaciosa estancia, cuyas pinturas eran superiores, cuyo pavimiento era de precioso mármol, y en cuyo artesonado techo habia preciosos dibujos y dorados. Todos estos objetos estaban á la sazon bañados por la luz del sol, que entraba por las grandes vidrieras de dos balcones que daban á la galería de la quinta.

Evarini se paseaba por la sala con los brazos cruzados. Su rostro era lívido y cadavérico, sus lábios sin color, los ojos entumecidos y en desórden los cabellos.

Daba de cuando en cuando algunos suspiros, que salian del fondo de su pecho, lo cual, unido á sus facciones descompuestas, demostraba que estaba consumido por algun reciente pesar.

Cuando se abrieron las puertas de la sala y un lacayo le anunció al P. Vincencio del Vivár, estaba paseándose aun.

—Decidle que entre, contestó Evarini á su lacayo.

Entretanto que esperaba al jesuita, sentóse en un confidente, despues de haber colocado otro junto á sí.

—Buenos dias os dé Dios, D. Jorje, dijo el jesuita.

—Iguales os los dé á vos, Padre, contestó Evarini. Sentaos.

Sentóse el jesuita despues de haber dejado su sombrero.

—Vaya, amigo, no habia visto noche mas borrascosa que la que acaba de precedernos.

—No me hableis de ella, Padre, porque es demasiado seguro que no puede haber otra mas horrible.

—Lo decís con tal aire de tristeza, amigo, replicó el Padre, que me inclino á creer, que la tormenta de anoche os habrá asustado.

—Nada de esto, Padre. He estado demasiadas veces espuesto á la intemperie, y he sufrido con demasiada frecuencia las incomodidades de las borrascas durante mi carrera militar, para que la lluvia, los truenos y relámpagos de anoche pudieran intimidarme. Otro motivo mas poderoso es el que me hace calificar de horrible y espantosa esta noche pasada.

—Vos padeceis sin duda, Evarini, dijo el jesuita. Yo lo conozco, y lo habia adivinado ya, al notar la descomposicion de vuestras facciones. Vuestros ojos me anuncian tambien alguna calamidad. Hablad, pues: ¿habeis descansado esta noche?

—No, Padre:.. era imposible.

—¿Y el motivo?... esplicaos.

—¡Ay! ¡cuán triste ha de ser mi corta vida en este mundo!

—Ánimo, D. Jorje, no desmayeis. Fiad en la Providencia.

—¡Oh!... sí... bien debo hacerlo. ¡Y si supierais vos lo que me ha pasado!... Figuraos que ayer iba á salir de la quinta con el objeto de dar un paseo por el campo. Era al anochecer. Luego que estuve en el patio, sentóse en él un hombre loco, algo bien vestido y sonando fuertemente una trompeta, que pocas veces apartaba de su boca. Su modo de tocarla era horrible. Yo creí de veras en su locura, mayormente cuando hizo allí mil tonterías y cabriolas divirtiendo á los dependientes de la quinta. Al primer impulso le compadecí; y luego que le dijeron que no ahullase tanto, porque me incomodaba, pues que era el dueño de la quinta, exasperóse de tal manera, que hasta llegó á amenazarme con su trompeta. Fuése acercando hasta parárseme frente por frente, dió un terrible ahullido, y con la mayor desfachatez estuvo mirándome de hito á hito. Yo no sé por qué presentimiento me estremecí; el loco se acercó

mas, dióme una terrible mirada, y me pareció reconocerle. ¡Ay, Dios! y despues de examinarlo momentáneamente, aun me parece ahora ver sus ojos y cabellos negros y erizados... Mas... ¡no me engañaba!... ¡no!... ¡Era!...

—Acabad... ¿Quién era?

—¡Estremeceos!... Era Santiago Aguilar de Silva.

—¡Oh, Dios! ¿estais seguro?

—¡Seguro!... ¡Ojalá pudiera dudarlo! No puedo engañarme. Su alta estatura... su mirar... sus formas... ¡Oh sí!... ¡él era!!!

El jesuita acababa de recibir un golpe mortal. Mudóle el color esta noticia, pero Evarini en su agitacion no lo notó.

—¿Y qué hicisteis entónces? le dijo.

—Me aparté á un lado para que nadie observase mi palidez: los circunstantes no lo advirtieron, porque su atencion estaba fija en el loco; (á lo menos así lo pienso), pero el infame Mason fuéme siguiendo de cerca, y cuando conoció que nadie podia oirle, me dijo estas palabras: «¡Silencio!... ¡Ya me conoces!... Dá órden para que yo me quede aquí esta noche... porque quiero hablarte.» Iba á proseguir, pero se acercaron los mozos, y gracias á su presencia, pude desasirme de él, pero víme obligado á dar la órden para que le preparasen cena y cama.

—¿Y habló Santiago con vos? preguntó el P. Vincencio.

—Evité su encuentro, contestó Evarini; pero supo buscar la ocasion. Cuando todos los mozos estaban esperando la cena y yo iba á subir la escalera, acercóseme sin ser visto diciéndome: «¡Silencio!... ¡ya me conoces!... El tribunal sublime de los Maestros Masones te ha llamado ya dos veces, y tú no has comparecido... ¡Miserable! mañana se te llamará por tercera y última vez... teme si no obedeces.» De este modo acabó de hablar y al mismo tiempo se retiró.

—¡Ay, Evarini! ¡razon tenia él!

—¿En qué?

—En que se os ha llamado dos veces.

—¿Cuándo?...

—Ayer Venlor fué á buscaros á vuestra casa mañana y tarde.

—¿Y me negaron?...

—Por supuesto... ya que así estaba convenido. Emigdia le dijo que estabais fuera de N... Eso os dará la esplicacion de las palabras de Santiago, aunque yo ya lo pensaba.

—Mas ¿cómo ha podido saber mi paradero?

—No os admireis, porque no hay cosa mas fácil que esa.

—Fuerza será que lo crea, Padre.

Evarini entónces admiraba mas que nunca la infernal astucia de Santiago Aguilar de Silva. Guardó un profundo silencio hasta que el maestro de Aurelio le preguntó:

—¿Y cuál era, Evarini, la forma de su vestido?

—No traia vestido de loco, contestó éste, porque era todo de terciopelo negro, con camisa blanca y zapatos de cuero; pero seguramente lo que mas le desfiguraba eran su cabeza descubierta, sus cabellos negros erizados y la trompeta en la boca.

—¡Qué horrible sagacidad! esclamó el jesuita...

—¡Oh! sí... ¡maldito hombre!

—¡No le maldigais por Dios! ¡Evarini, compadecedle solamente!

—¡Qué decís, Padre! replicó Evarini con sentido acento. ¿Y vos juzgais que pueda merecer mi compasion quien me persigue de muerte?... No... jamás.

—Todo mortal la merece, añadió el P. Vincencio, y en cierto modo cada hombre tiene derecho á ella.

—Bien lo conozco, Padre mio; pero tengo el sentimiento de anunciaros, que Santiago Aguilar de Silva jamás escitará mi compasion en el grado que vos quereis suponer.

—Moderaos, moderaos, amigo, antes de formar esa idea, porque los motivos que teneis, aunque son muy relevantes, pueden precipitaros; y la precipitacion es un abismo que debeis huir constantemente.

—Mucha impresion hacen siempre en mí vuestras palabras, dijo Evarini, no lo dudo: pero hay ciertas llagas en el corazon del hombre, que solo la muerte puede curar. Esta consideracion siempre me está aguzando vivamente, y no puedo en manera alguna persuadirme de que sea efímero su influjo. ¿Qué valor vá á tener para mí la vida sabiendo que mi cabeza está proscrita? Siempre me acuerdo y debo acordarme de aquellas palabras que me dijo el *Sabio* de los Maestros Masones en una de las conferencias que con él tuve. ¡Terribles palabras! «En nombre del Grande Arquitecto del Universo y de las leyes que nos gobiernan, en nombre de toda la sociedad de los Franc-masones de España y de todas lás *sectas secretas* del globo, que tienen establecida su confraternidad con nosotros, os mando que os guardeis bien de contravenir á ninguna de las órdenes que os hemos impuesto; y si lo contrario sucede, podeis daros por perdido. Porque aunque no salgais de vuestra casa, aunque paseis á un reino estranjero, aunque os vayais á América, os consoleis de vivir entre indios, os coloqueis en una oscura cueva, os instaleis en

un buque pirata que no os presente mas objetos que el azul del cielo y las aguas del Océano, y aunque os escondais en el profundo de los mares, no podreis escaparos á la vigilancia de vuestros gefes. En todos estos lugares que acabo de indicaros sereis visto y espiado, allí tendreis un observador en cada hombre y un testigo en cada elemento, y allí temednos siempre porque allí nuestra sociedad tendrá el poder necesario para hacer derramar vuestra sangre... Temed... y callad...» Ya veis, Padre mio, que no he olvidado una palabra de tan terribles amenazas...,¡Oh! ¡sí!... ¡horribles palabras!... Ellas no pueden apartarse de mi memoria, y son las que han de acabar con mi existencia moral, quizá antes que esta sociedad tenebrosa acabe con la material...

—Os he escuchado hasta el fin, replicó el jesuita despues de una breve pausa, y lo único que me ocurre deciros, despues de vuestra larga esplicacion, son estas cuatro palabras: Evarini, ¿por qué desesperais tan pronto?

—¿Y me lo preguntais, Padre? contestó el afligido neófito. ¿Acaso no os acordais de que yo he infringido las órdenes de los que pueden y quieren derramar mi sangre?

—Sí... pero sosegaos, porque aun puede haber esperanza.

—¡Decís esperanza!... ¡Ah! ¡sí!... aun puedo esperar... pero toda salvacion la cifro en vos, en vos solamente... Pero tambien es imposible que jamás haya esperanza de que yo deje de aborrecer de muerte á ese maldito Santiago Aguilar de Silva, que el cielo confunda... y los diablos lleven para siempre.

—¿Y por qué hablais de este modo, Evarini?

—Porque él mismo me ha dicho que pertenecia á esta horda de salvajes que con tanto interés han tomado el cargo de martirizarme.

—¿Y ese D. Santiago, añadió el P. Vicencio, no os ha dicho jamás de qué Logia formaba parte?

—No tal, contestó D. Jorje. ¿Por qué lo decís?... ¿acaso lo sabeis?

—Sí... demasiado lo sé...

—¿Y no podeis decírmelo?.

—Sí; os lo diré, Evarini, porque conozco que sois muy reservado; espero que guardareis inviolable secreto.

—Podeis confiármelo sin recelo. Ya me conoceis..

—Sabed, pues, que D. Santiago Aguilar de Silva, que para hablaros se ha disfrazado de loco, es el mismo Presidente de la Logia de N..., aquel hombre perverso y abominable que con sus astucias logró iniciaros en las filas de los Masones.

Evarini nada respondió á esa revelacion, que parecia haber helado toda la sangre de sus venas.

—No os sorprendais ahora por saberlo, le dijo el jesuita queriendo distraerle.

—No temais, Padre, replicó Evarini exhalando un suspiro, porque nada en el mundo puede ya sorprenderme. Creedlo así. Me ha sorprendido á su tiempo la noticia de poder saber quiénes son los padres de Aurelio; el haber de formar parte de la secta masónica; el ver un mundo subterráneo y desconocido; me han sorprendido, en fin, los muchos y muy intrincados pasos que necesariamente he tenido que dar para lograr la negativa de una solemne promesa; pero las sorpresas han sido tan vivas, tan fuertes, tan numerosas, que nada de esta vida es ya capaz de lograr igual efecto. Y hablando claramente, ¿qué es, Padre, lo que conjeturais que podria sorprenderme? ¿Acaso que Aurelio no tiene padres? No... porque nunca pensé otra cosa. ¿Acaso el llegar á saber algun dia que la dádiva que se me hizo de esta quinta, fué obra de los mismos que despues me han perdido? No... tampoco; porque veo en lo uno el efecto de lo otro. ¿Acaso podria sorprenderme el saber que esta dádiva fué hecha para realizar ciertos planes que pueden existir y que yo ignoro? No... porque tal generosidad solo podia ser hecha en favor del generoso. ¿Acaso saber que el que me dió el niño Aurelio en la noche que siguió al parto de Emigdia, era el mismo Santiago Aguilar de Silva? Tampoco esto puede sorprenderme, porque lo creo lo mismo que los artículos de la fé. Y si todo esto ya lo preveo, ¿qué podrá sorprenderme? Nada, nada enteramente; porque yo he esperimentado los tormentos del infierno sobre la tierra... ¡Ah, Padre!... ni la muerte misma que se acercase en este instante con sus descarnados piés, sería capaz de causarme sorpresa alguna.

—Hablais con mucha exaltacion, Evarini, replicó el jesuita. Calmaos, calmaos, porque esta podria produciros alguna calentura... No desespereis de vuestra vida, y poned treguas á vuestro dolor.

—¡Calmarme, Padre!... ¿y habeis pensado vos que es esto posible? ¿Os olvidais acaso de que mi capital enemigo acaba de pasar la noche guarecido bajo el mismo techo que yo? ¡Oh, Dios!... ¡cuánto es el poder de mis enemigos!

—Dejad estas ideas, Evarini, y hablemos de vos con mas provecho. ¿Quereis entregaros del todo á mi proteccion?

—Sí... pero, Padre... mi cabeza está proscrita...

—Dejad esas ideas, Evarini. No atenueis vuestro vigor y vuestra resolucion. Dígoos que puedo salvaros, y respondedme francamente á lo que os he preguntado.

—¿Y acaso me he negado jamás á ello?

—Sí... ya lo sé... Os dejareis, pues, conducir por mí... y yo os salvaré.

—Pero ¿qué es lo que debo hacer?

—Vais á saberlo. Escuchadme.

Evarini esperó con ansia que hablase el P. Vincencio.



CAPÍTULO IV.

Consejos.

¡Prudencia... y siempre alerta!
SHAKESPEARE.

Vos, Jorje Evarini, habeis errado completamente el primer golpe que debiais dar, dijo muy luego el jesuita.

—Es verdad, Padre, contestó Evarini. Lo he errado, pero bien caro pienso que habrá de costarme este yerro, ó mejor diré, esta desobediencia á lo que vos me habeis dicho.

—Mal os espresais, Evarini, replicó el jesuita. No es á mí á quien debeis obedecer. Yo os dije, y con razon, que cuando la sociedad os enviase á buscar, comparecieseis segun lo habiais hecho hasta ahora, porque entretanto, sin dar lugar á sospechas, os hubiera preparado el modo y medio de marcharos de N... sin saberse vuestro paradero... A hacerlo de este modo, me hubiera sido muy fácil salvaros; y durante vuestra ausencia, hubiera yo ahogado ó puesto dique á la venganza contra vos. Pero entretanto habeis obrado de un modo contrario al que debiais, saliendo de vuestra casa y pasando á la quinta sin decírmelo; y si ayer no me hubieseis escrito, ignoraria aun vuestro paradero. La secta de los Masones, guiándose por las leyes que la rigen, os ha mandado llamar dos veces, y vuestra esposa, por órden vuestra, os ha negado; pero á es-

ta salida, necios hubieran sido vuestros enemigos, si no se hubieran puesto en observacion: de lo cual teneis una prueba cierta en habérseos presentado Santiago Aguilar de Silva trasformado de presidente de la Logia de N... en demente fugitivo. Por medio de estas esplicaciones mias podreis, pues, conocer, Evarini, que el asunto es ahora mas árduo...

—Ya lo veo, Padre, interrumpió Evarini. He errado, y ya no hay remedio.

—No tal... porque remedio siempre le hay. Debo advertiros encarecidamente que confieis en mí, porque el momento es crítico, y debo decíroslo sin pasar por egoista. Vos no podeis formaros una cabal idea de mi infinito poder... y esto solo creo que podrá bastaros.

—Pero tambien el *Sabio* de la iglesia de N..., contestó Evarini, me dijo, que en cualquier parte del universo tenia el poder necesario para hacer derramar mi sangre... Y entónces...

—Pero el Sabio de la iglesia no os dijo ni dirá jamás, que pueda hacer derramar vuestra sangre, aunque os asista un poder capaz de desconcertar todas sus medidas.

—Esto no.

—Pues entónces este poder soy yo.

—¿Vos podeis desconcertar, Padre, las medidas que adopte la secta de los Masones para hacer derramar mi sangre?

—Sí... yo lo puedo, respondió el P. Vincencio, y por lo tanto tened confianza.

—Espero, pues, que me digais lo que debo hacer.

Las últimas esplicaciones del maestro de Aurelio hicieron concebir á Evarini alguna vislumbre de salvacion y de alegria, por cuyo motivo confió ya en su protector. Así fué que oyó con inesplicable placer las palabras del jesuita:

—Escuchad, Evarini, lo que ahora os toca hacer. Se os ha mandado á buscar dos veces á vuestra casa, y segun lo que ya sabreis de las costumbres de los Masones, os mandarán á llamar otra tercera. Cuando esto suceda, que probablemente será hoy mismo, conversareis alegre y confiadamente con el emisario, os disculpareis lo mejor que podais de vuestra falta, y hasta, si lo juzgais conveniente, degradaos á pedirle perdon de ella, y prometedle solemnemente que mañana sin falta asistireis al lugar que se os indique, para que oigan los descargos de vuestra desobediencia. Entretanto que os esperarán para haceros ver lo mal que os habeis portado, tomareis un vestido que pueda serviros de dis-

fraz, y mañana antes de amanecer partireis á Barcelona con una carta mia para D. Fernando Cristóbal de Casarrubios, marqués de Casarrubios, que vive en la calle de los Condes de Barcelona, núm. 1, piso 2.° No creo que tengais que estar mas que quince dias á lo mas en esta casa, que está á mi disposicion, porque son los que necesitaré para apartaros de la sociedad de los Masones.

—¿Y creeis, Padre, que de este modo podreis salvarme?

—Si no pudiera, ya no os lo propondria... Quince dias y no mas.

—Entónces os deberé, Padre, mi existencia.

—No me la debereis por esto; y cabalmente para precaver un golpe contra ella, dispongo que os ausenteis de N... mientras yo haré mis diligencias. ¿Me comprendeis?

—Sí, Padre.

—Ya veis, pues, que es forzoso que partais.

—¿Y marcharé mañana?

—Cuanto mas temprano mejor; pero esto es cosa que podremos disponer despues. Por ahora, como á mas perentorio, conviene que os vengais conmigo para prevenir á Emigdia, vuestra esposa, la respuesta que debe dar á Venlor al ir á buscaros. Cuando hableis con él, le direis que mañana os presentareis á vuestros superiores, cuidando por otra parte de amansarlo cuanto podais. Esta tarde os entregaré la carta para el marqués de Casarrubios, y al mismo tiempo os enteraré de lo que debeis hacer con él. Ahora mismo voy á escribir al marqués, noticiándole vuestra llegada; y mañana, cuando vuestros superiores os buscarán, estareis ya en paraje seguro. ¿Os satisfacen mis promesas?

—Completamente satisfecho me dejan, contestó Evarini.

—Pues entónces, Evarini, replicó el jesuita, podremos partir desde luego para vuestra casa de N..., porque los momentos son preciosos, y á las nueve será conveniente que esteis de vuelta.

—Teneis mucha razon, añadió D. Jorje.

A poco rato el P. Vincencio y Jorje Evarini salieron del salon, y un coche les condujo velozmente á la casa de N... donde habitaban los Evarini.

CAPÍTULO V.

El escondite.

Que la sangre dispercuda
Mancha que finca en honor,
Y ha de ser si bien me lembro
Con sangre del malhechor.
ESQUILACHE.

Así en el mismo instante en que el P. Vincencio y Evarini acababan de dejar la sala donde tuvieron la conferencia, se abrió una puertecita secreta y disimulada, la que comunicaba con otro aposento, desde el cual se habia escuchado todo lo que acababa de decirse.

La persona que salió de aquel escondite era un hombre alto, de un porte algo grosero, de ojos negros y centelleantes, y cabellos de color de azabache. Adelantóse con paso trémulo y agitado en medio de la sala; en todos sus ademanes y facciones retratándose la cólera que le devoraba.

Era Santiago Aguilar de Silva.

—¿Quién podrá detenerme? esclamó luego haciendo horribles contorsiones. ¡Maldito jesuita!... Acabas de hablar, y la consecuencia de tus palabras es que desespero de poder salvar á tu protegido... ¿Quién eres tú, maldito jesuita, ó qué atractivo es el tuyo, que tan pronto sabes entrar en lo íntimo de los corazones y que siempre vienes á desconcertar mis obras? Siempre te hallo al paso... siempre te me opones... siempre inutilizas mis proyectos... ¡Oh!... ¡sí! ¡si!... ¡eres maldito!... ¡maldito!

¡Oh, corazon mio! ¡cuándo será que tendrás la fuerza bastante para sobrellevar las consecuencias de su muerte!

Dejóse caer casi sin sentido en el mismo confidente que Evarini acababa de abandonar, y permaneció allí en actitud silenciosa, dejando oir solamente un ronquido colérico y amenazante. Levantóse por fin apresuradamente, y como si acabase de tomar una séria resolucion, esclamó:

—¡Ah, Vincencio!... ya es tiempo de que burle completamente tu poder... ya has apartado demasiadas víctimas de entre mis manos... ya he tenido que desproscribir muchísimas cabezas por tu causa, y ya por fin, infinitas veces me has detenido en el camino de muerte y de sangre que tengo emprendido. Pero esta vez... esta vez ya no quedará burlado mi poder... porque acabo de oir tus planes, y podré prevenirme contra ellos... Evarini ha desobedecido á dos llamamientos... nuestras leyes previenen que sean tres, y se hará el tercero:... pero por mera solemnidad... Y despues, ¡malhadado jesuita!... tú has obtenido de mi víctima la revelacion de lo que le ha pasado en nuestra sociedad... bien es verdad que nada te ha dicho de nuevo, pero sin embargo el crímen... el crímen está cometido... y este requiere la muerte... ¡Morirá!!! Y tú, destructor de mis planes, lo habias ya previsto, y has querido salvarle: pero desgraciadamente para tí, acabo de oir tus resoluciones y el modo de llevarlas á cabo... yo sabré aprovecharme de esta ventaja... Y ese marqués de Casarrubios, de quien tú has hablado, será tambien algun cómplice tuyo... Pero bien: yo me acordaré de que vive en la calle de los Condes de Barcelona, núm. 1, piso 2.°, y dentro de poco tiempo sabré decirte quién es ese marqués que la habita... Has prometido salvar á Evarini dentro de quince dias... pero esta vez tu poder no podrá conmigo... vá á quedar burlado por mis medidas... No te contentas con intentar su salvacion, sino que además le descubres que soy su gefe, que soy el Venerable de la Logia de N... y... ¡eso es horrible! ¡Ah, Vincencio!... grave es esta contienda: tú quieres salvar á Evarini... y yo quiero matarle... pero la victoria será mia... ¡Ah! tú me persigues sin cesar... tú quieres sangre... y ¡sangre habrá!

Santiago hizo esa terrible relacion, entrecortándola con suspiros rabiosos y con ademanes los mas amenazantes; pero despues de algun rato, prosiguió, con mas calma que antes, de esta manera:

—¡Necio de mí! ¿por qué yo no osé matarte cuando en la niñez de ambos me era tan fácil hacerlo? Yo daré tiempo á que Evarini se ausente de N... y de este modo, su muerte será segura; tu poder será burlado y mi tranquilidad quedará cimentada. El dia de la venganza ya se

acerca (1) y no creo que lo ignores aun. Bien sé que me será preciso salvarte en lugar de perseguirte; pero no por esto dejaré de aminorar tu poder; con las relaciones que acabo de oirte, has puesto á Evarini en mis manos; pero aunque nada has dicho respecto á Aurelio, no por esto perderé menos de vista á este jóven interesante, mayormente ahora que, despues de la muerte de Evarini, procurarás guarecerle mas y mas contra mis tentativas. Pero no importa, los momentos son críticos, y es preciso que resuelva una cosa ú otra para que de todas maneras pueda tener á Aurelio bajo mi dependencia.

Santiago salió velozmente de la sala, y atravesando con presteza otras estancias, dirigióse á los aposentos que ocupaba Aurelio cuando habitaba en la quinta. Entró en aquel que servia de escritorio al jóven, abrió el cajon de una mesita y revolvió con cautela todos los objetos que se le presentaron. Su curiosidad se detuvo á examinar varias frioleras, pero ninguna le satisfizo tanto como una pequeña cajita dorada que vino á caer á sus manos. Su alegria llegó á su colmo cuando abriendo dicha cajita, advirtio las iniciales L. R. en un anillo de oro. Santiago conoció muy luego que aquellas iniciales querian decir Laura de Rosa-Lis.

—¡Oh qué dicha, esclamó Santiago, si sé aprovecharme de este hallazgo!... Tengo en mis manos una prueba segura del amor de Aurelio y Laura; ese amor es el que pondrá al jóven en mi poder, pero para ello es preciso que conserve esa sortija, al mismo tiempo que Aurelio no advierta su falta. A ver... imaginaré cómo podrá ser esto.

Discurrió Santiago su plan, y al fin determinó quedarse con el anillo, porque como deseaba asesinar á Evarini, pensó que si la noticia de su muerte llegaba á la familia mientras permaneciese en la ciudad, lo cual era muy probable, ella quedaria allí por algunos dias, durante los cuales Santiago conservaria la sortija en su poder para hacer de ella el uso que mas favorable fuese á sus miras. Luego que tuvo combinado este proyecto, esclamó:

—¡Aurelio! ¡jóven inocente! desde ahora voy á lograr el que te ocupes mas en tu amor que en los asuntos que mas te pertenecen: y de este modo haré que apartes la vista de los peligros que te circuyen, para que

(1) Aludia D. Santiago al próximo incendio de conventos del año 1835. No queremos entrar por ahora en comentarios sobre esta pretendida venganza que tomaron las sectas secretas de España con el incendio de conventos y esterminio de sus moradores, puesto que daremos de ello noticias muy circunstanciadas en otra parte de la obra, á todo lo cual dedicaremos muchos é interesantes capítulos.

así pueda yo preparártelos sin temor. Y no es esto solo, sino que este amor que profesas á Laura de Rosa-Lis me conducirá á tenerte indirectamente bajo mi absoluta dependencia.

Quedóse Santiago con la cajita dorada que contenia la sortija, tomó además otro anillo en el cual habia las iniciales J. C., cuyo significado ignoraba, y saliendo con apresuracion de los aposentos de Aurelio, dirigióse de nuevo al escondite por donde habia entrado; y, al mismo tiempo que iba á desaparecer, esclamó:

—¡Vincencio del Vivár! tu poder vá á estrellarse contra mis medidas. Tú quieres salvar á Evarini, y vá á ser asesinado. Quieres apartar á Aurelio de mi poder, y yo voy á constituirle irremisiblemente en él. ¡Vas á probar finalmente aquello de que es capaz un gefe de Franc-masones!

Así acabó Santiago estas palabras. Cerró la puerta del escondite y desapareció por un subterráneo, cuya forma y construccion esplicaremos en otro capítulo.

. . . .

A poco rato, Santiago Aguilar de Silva caminaba ya á toda prisa y con el rostro bañado en sudor, por un camino cubierto llamado por los comarcanos *camino oriental,* que guiaba desde la quinta de Santa Magdalena á un pueblo cercano á ella.

Don Joaquin Venlor estaba paseándose con calma en un recodo que formaba el camino, y esperaba la llegada de Santiago para recibir sus órdenes.

Notábase una feroz alegria en el semblante de este hombre, cuya obesidad era mas que regular, pues solo contaba treinta y seis años. Una nariz sumamente larga, ojos castaño-oscuros hundidos, la barba saliente y el color moreno, hacian que se mirase con repugnancia á aquel sér cuyo rostro solo inspiraba desconfianza.

Luego que vió acercarse á Santiago, llegóse á él poco á poco, y con sumo respeto le dijo:

—A vuestras órdenes, D. Santiago.

—Acepto, hermano Venlor, contestó el de Silva.

—¿Teneis algo que mandarme? replicó Venlor.

—Sí... algo tengo, aunque poca cosa. Hoy á las diez de esta misma mañana os presentareis á la casa de Evarini en N... por tercera vez. Allí no le encontraréis; pero os dirán que paseis á su quinta, donde ireis al instante y le citareis en forma, sirviéndoos de todas las formalidades de costumbre. ¿Lo entendeis?

—Perfectamente; ¿pero si, segun creo, se niega á presentarse?

—Os dirá, que mañana se presentará.

—¿Y qué contestaré yo?

—Vos aceptareis... ¿Lo teneis entendido ahora?

—Sí.

—Pues entónces ya podeis marcharos, porque no tengo que comunicaros otra cosa. Procurad efectuar lo que acabo de deciros, y vendreis cuanto antes á darme cuenta de sus resultados.

—¿En dónde?

—En la quinta del *Oriente,* porque allá voy, y no saldré mas de allí por hoy.

—Está muy bien; seréis obedecido...

Venlor emprendió entónces su camino hácia la ciudad de N... para cumplir las órdenes que habia recibido, en tanto que Santiago fué prosiguiendo tambien su marcha, andando por el camino oriental, hasta que llegó á una gran quinta, llamada por los vecinos *quinta del Oriente,* la cual distaba tres cuartos de legua de la de Santa Magdalena.

Esta quinta era propia de D. Santiago Aguilar de Silva, y habitaban en ella muchos labradores y no labradores, que al parecer eran de buena vida y costumbres, pero que en la realidad no eran mas que agentes secretos y mandatarios de la Logia de N... puestos todos por la secta de los Masones á las órdenes de Santiago.

En otro lugar hablaremos con estension de esa quinta (1).

. . . .

Evarini y el P. Vincencio, luego de haber llegado á N..., instruyeron brevemente á Emigdia de todo lo que los dos habian determinado hacer para salvar la vida de su esposo, que tan en peligro estaba. Emigdia se conformó con ello, y en cuanto estuvo enterada, Evarini regresó á Santa Magdalena antes de dar las nueve.

Aurelio debia despedirse de su padre aquella misma tarde, pero sin saber el motivo de su partida. Emigdia, por su parte, resolvió pasar por la tarde á la quinta, á donde fué tambien el P. Vincencio para entregar á Evarini la carta para el marqués de Casarrubios, de la cual tienen ya noticia nuestros lectores.

---

(1) Muchas son las casas montadas por este estilo que hay en nuestras grandes ciudades. En esto nos parecemos mucho á nuestros aliados los franceses. En Paris, particularmente, hay casas enteras, cuyos numerosos habitantes no son mas que agentes de las sectas secretas: y no son pocos los palacios de nobles y hasta de príncipes donde en diferentes épocas, y aun en la actualidad, se han reunido y se reunen toda clase de sectarios para conspirar de mancomun contra los altares y los tronos.

PARTE OCTAVA.

DOS SOCIEDADES.

CAPITULO I.

Rivalidades.

Santo silencio profeso,
No quiero, amigos, hablar,
Pues vemos que por callar,
A nadie se hizo proceso.
QUEVEDO.

Unos dos dias antes de acaecer todos los hechos que acabamos de esplicar, Evarini recibió una visita del P. Vincencio, segun se lo habia prometido á Emigdia, y en esta visita el neófito descubrió al jesuita todo lo que le habia sucedido desde que habia llegado Venlor á N... hasta aquel dia. En suma la secta de los Masones le habia prometido decirle quiénes eran los padres de Aurelio, punto á que se habia encaminado siempre el ánimo de Evarini; pero sus engañosos seductores, despues de haber logrado su iniciacion, alegaron mil escusas y motivos para ocultárselo, lo cual hizo creer (y con fundamento) á Evarini, que aquella promesa solo fué hecha con el objeto de seducirle.

A los principales gefes de la sociedad de la Franc-masonería les convenia que fuese así, y por este motivo procuraron halagar á Evarini con seductoras esperanzas, que jamás tuvieron ánimo de realizar. La cuestion de tener al jóven Aurelio en el entero poder de la secta, era de un bien general para toda ella, y la iniciacion de Evarini, era una puerta abierta á la persona de Aurelio. Por lo tanto, no exageró Santiago

cuando en el dia de la iniciacion de Evarini dijo á los Maestros Masones de la Logia de N... que esa misma iniciacion era cuestion de vida ó muerte para la secta.

. . . .

Despues de haber dado las nueve de la mañana de aquel dia en que el jesuita y Evarini concertaron el modo de burlar las medidas de Santiago, dos sugetos estaban escribiendo sobre un mismo asunto.

Uno de ellos era el P. Vincencio del Vivár, que despues de haber escrito una larga carta al marqués de Casarrubios, estaba concluyendo ya otro escrito bastante largo, dirigido al conde de Fuente-Santa, vice-presidente de la sociedad de Contramina, establecida en Madrid.

Este escrito concluia del siguiente modo:

«La imprudencia de Evarini en no presentarse á ninguno de los llamamientos de la Logia de N... aunque no deja de ser mucho, con todo hubiera sido nada en vista de las enérgicas disposiciones que acabo de tomar; pero sin embargo, sospecho que este Santiago Aguilar de Silva no habrá enloquecido en vano; y temo yo muchísimo que la estraña visita que ha hecho á la quinta, y que no acierto á esplicarme, me pondrá en un grave conflicto. Si persiste en dirigir sus tiros contra Aurelio Evarini, el asunto irá poniéndose cada vez mas crítico, y me será preciso apartar á Aurelio de estas tierras para que de este modo esté fuera de peligro. Si llega este apurado trance, pienso enviarle á una *Mision* establecida en las costas del Mar-Negro en la parte occidental de la Circasia, donde el P. Osorio, íntimo amigo y servidor nuestro, cuidará escrupulosamente de él y de su instruccion.

»Entretanto que procuraré apartar á Jorje Evarini del poder de las sectas secretas, me entretendré á ratos perdidos en formular y escribir una reseña de todo lo que con él haya sucedido por causa de las mismas. Luego de escrita, la publicaré, para que de esta manera pueda ser sabida de todos los españoles, y para que sean públicos los viles medios de que se valen nuestros reformadores del siglo. La guerra mas dura y encarnizada que podemos hacerles, es publicar sus misteriosos hechos, para que de este modo sea palpable la ilegal y pervertida influencia que ejercen sobre la política española; y me parece que será cumplir con esta guerra que podemos y debemos hacerles, el publicar la reseña de que acabo de hablaros.

»Hace poco que he escrito al marqués de Casarrubios, encargándole que os notifique la llegada de Jorje Evarini á su casa tan pronto como acaezca.

»Sin mas que deciros por ahora, quedo como siempre vuestro seguro servidor y sócio.

«VINCENCIO DEL VIVÁR.»

Por otra parte, Santiago Aguilar de Silva estaba dando fin á un voluminoso escrito dirigido al secretario del presidente del grande Oriente liberal de Madrid, cuyos últimos párrafos estaban concebidos en estos términos:

«Prometo visitar cuanto antes esta casa del marqués de Casarrubios, para cuya espedicion partiré yo mismo á Barcelona tan pronto como sea posible dejar la quinta del O∴ *(Oriente)*.

»Esta mañana, despues de haber salido de Santa Magdalena, donde he escuchado la conversacion que mas arriba os he trascrito, he dado á Venlor las instrucciones necesarias para llamar á Evarini por tercera y última vez. Éste, como es de esperar, procurará escaparse, y en tal caso, le aplicaré la pena capital á que le condenan nuestras leyes.

»Antes de acabar este escrito, debo deciros que me alegro sumamente de que el Exmo. Sr. duque de Villa-Lon haya sido promovido al grado masónico de *Caballero del Sol* (1). Pero me parece que no sería del todo malo que se vigilase mucho al Sr. duque, por razon de ser hermano de la duquesa de las Siete-Torres, que tan enemiga debe ser de los que asesinaron á su esposo.

»Cuando vuelva á escribiros, será para anunciaros la muerte de Evarini y el poder que habré adquirido sobre Aurelio, su presunto hijo.

»Y en tanto queda como siempre á vuestras órdenes el mas fiel Mason.

»SANTIAGO AGUILAR DE SILVA.»

Esta carta y la del P. Vincencio fueron acabadas casi á un mismo tiempo, aunque en parajes diferentes.

A eso de las doce de aquel mismo dia, dos mensajeros venidos de N... caminaban velozmente por el camino de Madrid. Ambos iban montados en briosos caballos, y poca ventaja llevaba el uno al otro. El primero era un emisario del P. Vincencio, portador de un grande pliego rotulado dirigido: «*Al Sr. Conde de Fuente-Santa, Vice-presidente de la Sociedad de Contramina, en Madrid.*» El segundo era agente de Santiago Aguilar de Silva, y el pliego que llevaba tenia la siguiente inscripcion: «*Al Sr. Marqués de Saint-Just, secretario del Presidente del grande Oriente liberal de Madrid.*»

. . . .

Ninguno de nuestros lectores debe admirarse de que dos sociedades

(1) El grado de *Caballero del Sol* es superior aun al de *Escogido*.

tan rivales como la *Contramina* y el *Grande Oriente* se disputasen la dependencia de Aurelio; porque, segun irán conociendo, ese jóven era de grande interés, y podia acarrear grandes ventajas á la sociedad que lograse preponderancia en su ánimo, ó á lo menos tenerle en su poder.

El P. Vincencio, á quien tanto conocen ya, era el presidente y el fundador de esta sociedad de Contramina, instalada en Madrid con el solo objeto de destruir todas las *sectas secretas* de España.

El marqués de Casarrubios formaba tambien parte de la sociedad de Contramina, y como sócio de ella habitaba en Barcelona del mismo modo que otros habitaban en diferentes puntos de España.

El P. Vincencio, á pesar de ser presidente de la Contramina, habia establecido en N... su habitacion con gran sentimiento de sus consócios, que contínuamente estaban llamándole á Madrid, donde debia de derecho permanecer como á cabeza de la sociedad.

Pero el jesuita se resistia á dejar á N... y pasar á Madrid, para tener á Aurelio bajo su influencia. Mas al propio tiempo no podia descubrir esta causa en todas sus partes á sus consócios; es decir, que no podia comunicar á la Contramina todo lo que sabía sobre Aurelio. La Contramina juzgaba que para un caso particular, como era la salvacion de Aurelio, no era necesaria la presencia de su presidente, sino mas que suficiente la de un sócio cualquiera, cuando no bastára la de un servidor de la sociedad, y esto, aun suponiendo que la salvacion de Aurelio era tan interesante como decia el P. Vincencio. Éste, cuando escribia á sus consócios, les pintaba con los colores mas vivos la situacion de Aurelio, y procuraba que toda la sociedad se interesase en su favor, haciéndoles ver de mil maneras distintas la necesidad de su permanencia en N... Pero en la realidad, su presencia en dicha poblacion era solo para contrarestar los planes de Santiago Aguilar de Silva, el cual pugnaba por constituir á Aurelio bajo su dependencia, circunstancias que el jesuita no podia descubrir á la Contramina, del mismo modo que debia ocultarle el omnímodo poder ó influjo que ejercia sobre Santiago.

A su vez Santiago Aguilar de Silva, cuando escribia á los suyos, se veia tambien precisado á ocultarles el preponderante influjo que el Padre Vincencio tenia sobre él.

En una palabra, Santiago y el jesuita pertenecian á dos sociedades rivales, de las cuales la una (la Contramina) era formada para destruir á la otra (el Oriente.) En consecuencia, ambos eran enemigos particulares por causa de su sociedad respectiva, y además por otros motivos particulares.

El Grande Oriente mil y mil veces hubiera podido dar muerte á ese jóven que tantos desvelos le ha costado, pero el caso era tan intrincado para él, que tanto hubiera perdido si Aurelio se hubiese salvado de sus acechanzas como si hubiese muerto, ya natural, ya violentamente. De todas maneras, el Grande Oriente no podia hacer otra cosa que trabajar para que el jóven estuviese bajo su influjo.

Esta lucha tan reñida que sostenian indirectamente dos sociedades formidables, y dos de sus principales miembros, será un misterio incomprensible para la mayor parte de nuestros lectores: esa lucha fué promovida por dos hermanos llamados *Arcestel*, uno de los cuales dió muerte al duque de las Siete-Torres. Este horrible asesinato estaba pintado con toda exactitud en aquel cuadro que el P. Vincencio tenia en su celda y que tanto llamaba la atencion del jóven Aurelio por parecer la muger que en él estaba dibujada á la marquesa de Roquebrune.

Debemos añadir que la secta del grande Oriente liberal de Madrid no tenia aun noticia alguna sobre la existencia de la sociedad de Contramina que se habia instalado para combatirla. Pero si bien es verdad que ignoraba su existencia, con todo no habia dejado de esperimentar por repetidas veces el enorme peso de sus hechos y disposiciones, sin saber de dónde provenian ni quién las dictaba: sin embargo, bien pronto tuvieron noticia de su instalacion, gracias al descubrimiento que hizo Santiago.

Con todo, Aurelio, si bien es verdad que era el batidero de estas dos sociedades, ignoraba completamente lo que él era y lo que valia.



CAPÍTULO II.

Preparativos.

> Esos temores que habiais concebido, hermano, quedan á un lado con los estratégicos planes que os he anunciado.
>
> LORD BYRON.

JORJE Evarini, despues de haber dado cuenta á Emigdia de lo que habia determinado hacer, dirigióse de nuevo á Santa Magdalena.

No habia renacido aun en su ánimo la calma necesaria para mantenerle tranquilo, y queriendo, no obstante, disfrutar de ella, tomó un libro y dirigióse á un sitio retirado á la sombra de algunos frondosos castaños para calmar allí un poco su agitacion con la lectura. Al salir de la quinta, topó con Leandro, el hijo de su arrendatario, al cual encargó que si pedian por él fuese á llamarle.

Evarini pasó efectivamente á leer un rato debajo de un espeso ramaje de castaños acompañado de dos ó tres criados de confianza; púsose á leer, y los criados imitaron su ejemplo. Sea que la lectura le conmoviese, ó que la hallase conforme con sus sentimientos, sea que le acongojasen las penas que estaba pasando, empezó á derramar algunas lágrimas y se apartó un poco de sus criados. Estos, hallándose ya en mas libertad por verse solos, se echaron al suelo, no tardando en dormirse.

Venlor, siempre fiel á los mandatos de Santiago, presentóse á la hora

señalada en casa de Evarini en N..., donde Emigdia, despues de recibirle muy bien, le dijo que hallaria á su esposo en la quinta de Santa Magdalena.

Obedeciendo, pues, las instrucciones de Aguilar de Silva, pasó á la quinta para cumplir sus órdenes. En cuanto llegó, preguntó por Jorje Evarini y le contestaron que no estaba. Habia dado la casualidad de que Leandro se habia marchado sin comunicar á nadie el encargo de don Jorje, y así fué que cuando Venlor pasó á la quinta, nadie supo decirle en qué paraje de ella se hallaba Evarini. Mas como Venlor sabía ya los intentos de Santiago, replicó á Gertrudis que dijese de su parte á don Jorje, que su amigo Venlor se presentaria al dia siguiente á la misma hora.

De este modo desempeñó D. Joaquin Venlor su comision, y despues de haber salido de Santa Magdalena, se marchó á la quinta del Oriente.

A la tarde de aquel mismo dia el P. Vincencio pasó á visitar á Evarini, y entrególe la carta que le habia prometido para su consócio el marqués de Casarrubios. Noticióle Evarini la venida de Venlor aquella mañana, y por esta vez el jesuita cayó en el garlito de tal modo, que nada sospechó de las intenciones de sus enemigos.

Cuando supo que Venlor debia volver al dia siguiente, vió en ello una feliz coincidencia, pensando que durante este intérvalo tendria mas seguridad para arreglar sus proyectos. En vista de esto, repitió á Evarini todo lo que le habia dicho por la mañana, añadiendo que mientras permaneciese en Barcelona estuviese enteramente á las órdenes del marqués, y que no saliese de su casa sino en compañia del mismo, y aun cuando éste le invitase á ello.

Con estas y otras razones el P. Vincencio prosiguió instruyendo á su protegido acerca de lo que debia hacer, hasta que le dijo:

—No temais por tanto, Evarini; poned en mí toda vuestra confianza y no abusaré de ella. Yo os enteraré de todos mis proyectos concernientes á vos, y al propio tiempo por vuestra parte escribidme todos los dias durante vuestra ausencia, que yo encargaré lo mismo al marqués de Casarrubios. Mientras tanto atacaré de raiz todos los planes de los Francmasones que á vos se refieran... Creed, pues, que lo haré así, y que al mismo tiempo me considero con fuerzas para obtener resultados favorables.

Estas esplicaciones del jesuita calmaron á Evarini, el cual no pudo menos que contestar:

—El cielo, Padre... os premiará la buena accion que haceis: vos, por

vuestra parte, rogadle que me perdone la falta que cometí dejándome seducir por mis enemigos.

—Creed, amigo Evarini, le replicó el jesuita, que la indiscrecion que habeis cometido saliendo esta mañana de la quinta, podia poneros en un apurado trance; pero el haber prometido Venlor que volverá mañana, ha neutralizado de tal modo los efectos, que nos será muy fácil llevar á cabo nuestros proyectos: ya conocereis cuán necesario es que mañana, cuando venga vuestro amigo, hayais puesto entre él y vos el trecho de algunas leguas.

—No dejo de reconocer la necesidad de esta medida, dijo Evarini.

—Aprovechemos, por lo tanto, la ocasion, repuso el P. Vincencio; mandad que os preparen un disfraz, y esta noche, montado en el mejor caballo de carrera que tengais en vuestra caballeriza, salid de la quinta á eso de las dos, y observad al pié de la letra todo cuanto acabo de deciros. Confiad en Dios, y someteos á su soberana voluntad. Aunque Venlor volviese á buscaros, no detengais por esto vuestra marcha. Suceda lo que suceda, á las dos de la madrugada salid para Barcelona, y dadme despues cuenta de todo.

Levantóse el P. Vincencio y salió despues de haberse despedido tristemente de Evarini, como si aquella despedida fuese eterna.

Éste quedó por otra parte tan fortalecido con las palabras del jesuita, que esperó con ansia el momento de dejar la quinta para burlar á sus enemigos.



CAPÍTULO III.

—

Los Carbonarios.

—El hombre es la criatura de los deseos. El pobre quiere ser rico, y el débil poderoso.
—Sin embargo, vuestra regla admite alguna escepcion, señor; porque el rico nunca desea ser pobre, ni débil el poderoso.
—Cualquiera que os oyese, diria que os mofais.

FENIMORE COOPER.

PASEMOS ahora á la quinta del Oriente, donde permanecia Santiago desde que habia entrado en ella por la mañana, despues de haber salido de Santa Magdalena.

El de Silva (que sabía ya por Venlor el resultado del tercer llamamiento de Evarini) se hallaba en un aposento de la quinta que servia de escritorio, y este estaba colocado sobre un grande catafalco, al cual se subia por medio de una escalerilla colocada á cada estremo.

Hallábase á la sazon Santiago escribiendo de nuevo al marqués de Saint-Just, secretario del presidente del grande Oriente liberal madrileño, al cual noticiaba que Jorje Evarini se habia sustraido al tercero y último llamamiento de la Logia de N..., que este crímen le constituia reo de muerte, y que por consiguiente iba á tomar las medidas necesarias para que dejase de existir dentro de veinticuatro horas. Luego que hubo acabado esta carta, la cerró, puso en ella el sello de la secta, y tiró el cordon de una campanilla que tenia cerca de sí.

Bajó entretanto del escritorio y paseóse de un estremo á otro de la sala, hasta que abriéndose la puerta, entró un hombre pequeño, de ca-

ra morena, de tez avinada y de nariz sumamente larga, vestido con una blusa verde ceñida, que le llegaba hasta los piés, y un sombrero de paja en la cabeza, que se quitó al entrar en el aposento.

Este hombre se llamaba Juan Pastor, y era el que en la comarca pasaba por propietario de la quinta del Oriente.

—¿Qué teneis que mandar, señor? dijo este hombre al entrar.

—Que hagas enviar este pliego á Barcelona para que le dén curso para Madrid, respondió Santiago.

Entónces el Mason dió á Pastor el pliego que acababa de cerrar, y éste replicó:

—Haré, señor, que se lo lleven al instante.

—Así ha de ser... ¿Y dónde está Venlor?

—Está hablando con el capitan de los Carbonarios.

—Bueno.... le dirás que suba al instante aquí... y procura que este pliego se lo lleve uno de los mas ladinos y menos perezosos.

—Descuidad.

Marchóse Juan Pastor. Santiago estaba sumamente alegre por la victoria que pensaba conseguir sobre el jesuita, asesinando á Jorje Evarini; y cuando hubo dado curso al pliego que anunciaba la muerte de su víctima, se entregó á un grande esceso de alegria, porque conceptuaba que era ya imposible volver atrás, y que no tendria que ceder á consideracion alguna. La idea del próximo triunfo le tenia obcecado, y luego de haber salido Juan Pastor del aposento, sentóse convulsivamente, esclamando:

—¡Ya no hay remedio para la víctima, maldito jesuita! De nada vá á servirte ese tu cacareado poder; y yo te juro que dentro de veinticuatro horas tendrás un amigo menos á quien proteger contra mis tiros.

No bien hubo acabado estas palabras, cuando se abrió de par en par la puerta del aposento, y Joaquin Venlor entró en él con ademan placentero.

—Guárdeos Dios, Santiago, le dijo Venlor. ¿No me habeis mandado llamar?

—Sí... sentaos, y hablemos.

Venlor se sentó.

—Empezaré por pediros informes de esos Carbonarios que me ha enviado la Logia de Barcelona... Ya me comprendeis, amigo... es como si os dijera de qué pié se duelen.

—Os comprendo perfectamente, añadio Venlor riendo.

—Esplicaos.



—Podeis creer, D. Santiago, que nos han enviado unos bandidos consumados. No les asustará cualquier empresa, por árdua que sea.

—Ya lo habia previsto así, respondió Santiago, pero yo me congratulo de que no me haya engañado, y de que esos Carbonarios se hallen en disposicion de satisfacerme.

—Algunos de ellos nos han servido ya algunas veces.

—¡Bah! siempre es bueno tratar con gente conocida.

—Y mucho que lo es.

—¿Pero cuáles son los que nos han servido ya?

—Uno de ellos, respondió Venlor, es su capitan á quien todos llaman *el Rey de facha;* y además otros dos que les tuvimos aquí poco tiempo hace, cuando quisimos apoderarnos de la correspondencia de Francia.

—Sí... ya hago memoria... Lo que á mí me conviene es que estén dispuestos á servirnos, sean ellos quienes fueren.

—Eso es, D. Santiago, replicó Venlor. Despues de servirnos, pagarlos luego y volverlos á su nido... hasta otra vez.

Santiago se rió á carcajadas al oir la ocurrencia de Venlor.

—Yo les empleo muy pocas veces, dijo.

—Tanto mejor... eso denota mas habilidad.

—Dias atrás, añadió Santiago, estaba revistando los diarios del que presidió las Logias de N... antes que yo, y observé en ellos que este enjambre de Carbonarios que tenemos en Barcelona, enviaba á N... sus diputados mucho mas á menudo que ahora. Pero en fin, hermano Venlor, ateniéndome solamente á los asuntos del dia, ¿no habeis preguntado á esos Carbonarios los pueblos de su naturaleza?

—Sí; se lo he preguntado, y os debo decir en vista de ello, que los hay de todas partes de España, y hasta dos que son franceses. Por lo que toca á los españoles, hay tres de Madrid, uno de Barcelona, uno de Cádiz, dos de Valencia, uno de Sevilla y otro de Zaragoza. Pero sean de donde quieran, lo cierto es que todos son gente decidida.

—Bien, muy bien... esto es lo que conviene. Sé que el Venerable que me precedió á mí en el gobierno de las Logias de N... procuraba indicar á la Logia de Barcelona los Carbonarios que debia enviarle, y por sus hechos conozco que no escogia los menos valientes.

—¿Y quién fué el que gobernó las Logias de N... antes que vos? preguntó Venlor.

—Fué un tal D. Antonio Benavente, que estuvo aquí muchos años, y que es ahora Venerable de alguna de las Logias de Barcelona.

—Lo que me ocurre, Sr. Aguilar de Silva, repuso Venlor, es que este D. Antonio Benavente no solia gastar la pólvora en salva como vos...

—¡Hola! ¿Qué significa eso? preguntó Santiago admirado.

—Me esplicaré. Estos Carbonarios que de cuando en cuando pedís al Oriente de Barcelona, algunas veces tienen que volverse sin haber trabajado, porque decís que ya no os son necesarios... y eso no sucedia con vuestro antecesor.

Estremecióse el Venerable de los Masones al oir esta reprimenda del hermano Venlor, recordando que aludia á los planes que desbarataba el P. Vincencio.

Iba á contestarle para defenderse, pero les distrajo la violenta y apresurada carrera de un caballo.

—¡Hola! dijo Venlor levantándose. Nos llegan noticias nuevas... y á fé que no las esperaba.

—Os equivocais, Venlor, dijo Santiago. Es un criado de la quinta que habrá salido con un pliego mio para Barcelona.

En efecto: acercóse Venlor al balcon, y vió ya muy léjos á uno de los criados de la quinta, montado en un caballo que corria á todo escape.

Este incidente favoreció mucho al de Silva, porque le evitó la vergüenza de haber de justificarse con un súbdito suyo; y procurando desviar la conversacion interrumpida, preguntó:

—¿Con que pues, hermano Venlor, estos Carbonarios están dispuestos á derramar sangre?

—Tan dispuestos están, que cuando se lo he anunciado, han tenido una grande alegria.

—Lo suponia, pues, porque de antemano tuve la prevision de pedir que los Carbonarios que debian enviarme, fuesen hombres duchos en el arte de dar cuchilladas...

—Os comprendo, repuso Venlor, y lo pedisteis así, para que no debieran hacer esta noche el aprendizaje de bandido.

Ambos prorumpieron aquí en una estrepitosa carcajada.

—¡Vaya! me alegro de que lo entendais, añadió el Venerable, pero, sin embargo de que esas gentes que esta noche van á servirnos, están dispuestas á apartar á un hombre de este valle de lágrimas, con todo he determinado anunciárselo de antemano, pues no deja de ser bastante sério eso de prestar el último servicio á un pobre mortal. Y por lo mismo

desearia que compareciesen los Carbonarios á mi presencia: pero antes debemos hablar.

—Os escucho.

—Habreis conocido, amigo Venlor, que siempre, desde que se os hizo venir de Zamora á N... os he distinguido de todos los demás hermanos de la Logia; y por la misma razon no quiero observar mas con vos, vistos los favores personales que me habeis hecho, ninguna de las solemnidades que, segun mandan nuestros estatutos, deben mediar entre un Venerable y sus súbditos. Oid, pues. Me es indispensable partir pasado mañana á Barcelona para negocios de alta importancia; pero necesito para ello un hermano fiel y valiente que me acompañe, y quisiera que me ayudaseis en la eleccion.

—Si solamente necesitais un hombre fiel y valiente que os acompañe, respondió el seductor de Evarini, no teneis que buscarlo; aquí estoy yo.

—Gracias, amigo Venlor; pensaba valerme de vos; pero la misma razon de que sois un hermano fiel, valiente y de mi entera confianza, es la que me ha decidido á designaros para que os quedeis en N... con el objeto de vigilar de cerca á los Evarini, y comunicarme cuanto observeis de particular. Dicen de los secretos que si no se saben, no se esparcen... ya me comprendeis, amigo. Por lo tanto necesito de otro hermano por el estilo de vos, y del cual pueda yo fiarme enteramente. ¿A quién podria elegir?

Venlor recapacitó un breve rato.

—Los de la Logia de los Maestros, dijo, poca confianza me inspiran, y no hallo en la Logia de los Escogidos otro tan á propósito como Carlos Colvin.

—Es verdad, y yo habia pensado ya en él; pero su índole me anima en contra suya, porque la última vez que fuí á Gerona, viajé en su compañia, y tuve lugar de observar que Colvin es hombre calmoso.

—Bien puede ser esto verdad, añadió Venlor, pero de aquí á Barcelona hay pocas horas, por cuya razon no podreis ya notarlo, mayormente cuando pienso que no saldreis de la capital.

—No por cierto, porque solo quiero permanecer en Barcelona algunos dias para una espedicion secreta, despues de la cual volveré al instante á N...

—Pues podeis llevaros á Colvin, advirtiéndole que tenga un poco menos de pereza.

—Sí; me decido por él: porque Colvin me ha hecho en otro tiempo algunos servicios á los que le estoy agradecido. Por lo tanto, Venlor, asun-

to concluido. Despues os informaré de todo lo que debereis hacer durante mi ausencia, pero estendereis entretanto tres oficios diferentes; uno para el hermano Carlos Colvin, y los otros dos, uno para el *Anciano* de la Logia de los Maestros Masones, y el otro para el hermano mas antiguo de la Lógia de los Escogidos, diciéndoles á los tres que mañana por la mañana se presenten en mi casa de N...

—Está muy bien...

—Llamad primero, y despues manos á la obra.

Llamó Venlor, y colocándose luego en el escritorio, dispúsose para escribir.

Adviértase que Joaquin Venlor era secretario de Santiago Aguilar de Silva, considerando á éste como á Venerable de las Logias de N...

Juan Pastor, obedeciendo al llamamiento, entró en el aposento diciendo:

—Mandad, señor.

—Direis á los Carbonarios, repuso Santiago, que vengan á mi presencia. Conducidlos vos mismo.

Pastor se marchó, despues de lo cual hubiera reido Santiago á carcajada suelta, si no hubiera visto ya mil veces las figuras que se le presentaron.

Eran once hombres, ó mejor, once demonios, de diferentes estaturas y calibres con caras mas bien negras que morenas, parte avinadas, parte desfiguradas, con unos vestidos enteramente desordenados, y diferentes en todo uno de otro; de modo que bastaban su aspecto, miradas, gestos y ademanes, para venirse en conocimiento de que aquellos hombres eran bandidos consumados. A pesar de su fiereza, presentáronse á Santiago con grande respeto y sumision, teniendo en las manos sus viejos, estropeados y mugrientos gorros, y hasta con un asomo de timidez, que parecia incompatible con el carácter de aquellos hermanos Carbonarios.

—¡Hola, familia! les dijo Aguilar de Silva luego que los tuvo á su presencia. ¿Estais ya enterados de lo que os ha dicho mi secretario Joaquin Venlor?

A esta pregunta todos inclinaron la cabeza afirmativamente; pero uno de ellos, que parecia ser el gefe de todos por una cinta encarnada que tenia en su sombrero de paja, contestó:

—Sí, señor: estamos ya enterados y dispuestos á obrar.

—Así me place, replicó Santiago. Ya sabeis, que os aguarda una paga igual á la que se os dá siempre que se os emplea.

—Pero tambien es muy justo que así sea, señor Venerable, respondió

el gefe de los Carbonarios, á quien sus asesinos llamaban *Rey de facha*. Y la razon de esta justicia consiste en que siempre que nos envian á buscar, os prestamos tambien buenos servicios; y aunque algunas veces no suceda así, con todo, siempre puede aplicársenos aquel refran, de que: *el agua por donde pasa, moja*.

—Teneis razon, añadió el de Silva, y por lo mismo debe pagárseos liberalmente cualquier servicio que nos hagais; y para que conozcais mas á fondo mi generosidad, quiero recompensaros con algun tanto de aumento el trabajo que vais á tener esta noche. ¿Estais contentos con ello?

—Sí que lo estamos, respondieron todos.

—Podeis ya prepararos á servirme con toda exactitud. Marchaos ahora á donde querais, y esta noche á toque de oraciones procurad estar aquí de vuelta. La espedicion de esta noche seguramente que os tendrá entretenidos hasta las cinco de la mañana.

—Esto poco nos importa, respondió el *Rey de facha*. Estaremos á vuestras órdenes hasta la hora que os plazca.

—Quedamos, pues, enterados... y podeis marcharos: pero recordad que á toque de oraciones debeis estar de vuelta.

Los Carbonarios iban ya á salir cuando Santiago les detuvo levantándose súbitamente.

—¡Eh, compadres! esclamó, atended una sola palabra.

Detuviéronse los bandidos, y Santiago les condujo al balcon, donde les habló de esta manera:

—¿Veis ese ancho camino que tiene árboles de trecho en trecho y que guia á aquella casa de allí tan lejana?

—Sí..., respondieron los Carbonarios á medida que observaban lo que se les enseñaba.

—Pues bueno, añadió Santiago, este es el *camino oriental*, y os prohibo enteramente que paseis por él... ¿Lo oís?

—Quedamos conformes.

Este camino que Santiago enseñó á los Carbonarios, era el que guiaba á la quinta de Santa Magdalena, la cual se divisaba en lontananza como un pequeño círculo blanco rodeado de verde.

—Vamos, pues; marchaos todos, dijo Santiago, y vos, *Rey de facha*, quedaos aquí.

Los Carbonarios salieron todos del escritorio menos el *Rey de facha*, á quien Santiago hizo sentar á su lado.

—Quiero haceros algun encargo, hermano, ó mejor dicho, quiero pediros un favor.

—¡Por vida de S. Lupercio! esclamó el Carbonario, ¿y no lo habeis pedido aun? ¿No sabeis que toda mi persona con pellejo y alma está á vuestra disposicion? Pedidme, pues, lo que querais, y vereis cuán pronto cumplo.

—Es poca cosa... quisiera que me llevaseis un pliego á N...

—¡Uf!... ¡Voto vá á la cola de Satanás! ¿Y por esa bagatela habeis gastado tantos cumplimientos?

—Siempre era prudente... con vos...

—¡Oh!... ¡sí! conmigo que soy...

—Que sois D. Arnaldo de Sansimon; gefe de...

—No acabeis por vida de todos los santos... D. Santiago, estais hoy muy obsequioso... y me considero con el derecho necesario para deciros que no me llameis mas por mi verdadero nombre... *Rey de facha* y acabóse. ¿Lo entendeis?... Nada mas.

—Será todo lo que vos querais, respondió el de Silva, os llamaré *Rey de facha* cuando me halle delante de alguna persona, pero cuando me halle solo con vos, no os asistirá el derecho suficiente para impedir que os llame por vuestro propio nombre.

—Basta, basta, Sr. D. Santiago, eso no acabaria jamás... Decidme dónde llevaré ese pliego que quereis darme; y acabemos por hoy.

—Ireis, pues, á N... á la casa de D. Carlos Colvin y le dareis este pliego. ¿Me entendeis?...

—¡Vaya si os entiendo!... Lo mismo que si estuviera ya hecho... Pediré por D. Carlos Colvin; si me dicen que está, le doy este pliego, y si me dicen que no, me lo quedo para volverlo despues. ¿No es así?

—Cabal... Esperaos pues, que Venlor os dará muy luego este pliego... A vuestras órdenes, Sr. de Sansimon, añadió luego Santiago.

Y el *Rey de facha* contestó:

—A las vuestras, Sr. de Aguilar de Silva.

Santiago salió del aposento, y Venlor, que acabó muy luego su trabajo oficial, entregó el pliego al gefe de los Carbonarios para que le diese curso.

Seguramente que parecerá imposible á algunos que ese D. Arnaldo de Sansimon, ó sea el *Rey de facha*, segun queria él que le llamáran, sea el mismo que hemos conocido despues de haber afiliado á Carlos Colvin en el grado de Franc-masones *Escogidos*. Al hermano Sansimon debemos reconocerle dos carctéres muy opuestos. Noble y de finos modales cuando así le conviene, presenta un aspecto el mas asqueroso, el mas repugnante, cuando se abandona à tareas de bandido. Hasta en la figura y en el vestido demostraba tambien sus dos caractéres tan diferentes, que solo los que lo sabian, podian conocer que el *Rey de facha* era el mismo Don Arnaldo Sansimon.

CAPÍTULO IV.

Precauciones.

Si sigo con resolucion, si marcho con firmeza, ¿qué cuidado me debe dar estar al borde del abismo?
WALTER-SCOTT.—*Carlos el Temerario.*

EVARINI salió á la galería de la quinta á las siete y media de la tarde, con ánimo lleno de exaltacion y entusiasmo.

No bien habia abierto las vidrieras y apoyado sus codos sobre la barandilla de hierro, que un coche echó á correr con toda prisa desde el patio de la quinta.

Dirigió con avidez sus ojos á la portezuela del coche, desde el cual una señora le hizo un amoroso despido con su blanco pañuelo.

Era Emigdia que se retiraba á N... despues de haber pasado á despedirse de su esposo. Ella sola, además del P. Vincencio, era la única que estaba enterada del verdadero motivo de la marcha de Evarini á Barcelona; Aurelio solo sabía que su padre debia pasar allí para negocios de suma importancia.

Luego que Evarini perdió de vista el coche que conducia á su esposa, volvió á entrar en el salon donde acababa de hablar con ella, sentóse con dejadez en un confidente. A pesar de la firmeza de su

pecho, se habia despedido con tristeza de su consorte, y sentia en su corazon ciertos latidos de desconfianza.

Permanecia allí inmóvil y pensativo. De cuando en cuando dirigia su vaga mirada al equipaje que tenia preparado ya, y al hacerlo, sentia en su alma impulsos de alegria y de dolor.

Veíase en una de las sillas del aposento un trage completo de campesino, el cual, á la mañana siguiente, debia sustituir al elegante que siempre vestia á Evarini.

A pesar del apurado y tremendo trance en que éste se hallaba, y de los muchos temores en que se veia sumergido, notábase cierta alegria en su fisonomía. Bien mirado debia ser así, atendida la mucha confianza que tenia puesta en su protector, en el cual no solo veia á su salvador, sino un hombre contra quien nada podian las sociedades secretas. Estas ideas habian apartado las que le abrumaban sobre su próximo fin. El P. Vincencio habia sabido inspirarle completa confianza con las medidas preventivas que habia tomado. Esas fueron, pues, tan acertadas como lo eran las de su enemigo Santiago: pero con la sola diferencia, de que si este último las tomó bien, fué debido al haber sabido los manejos del P. Vincencio por medio de la conversacion que habia escuchado en la quinta desde un escondite.

Evarini aquella noche no quiso comer mucho: retiróse temprano á su dormitorio, y al despedir á su ayuda de cámara, le dijo:

—A las dos en punto y sin faltar un solo momento, me dispertarás. Si no es así, te despido, porque ya sabes que yo siempre soy exacto.

Cerró luego con llave la puerta de su cuarto, que comunicaba con la parte principal de la casa, y despues de haber registrado escrupulosamente, con la luz en la mano, todos los aposentos que comunicaban con el suyo, puso la llave de este debajo de su almohada. Luego acabó de preparar su disfraz, colocó sobre una mesa un baston de camino que tenia espadin, y dos pistolas amartilladas; todo lo cual queria llevarse consigo á la mañana siguiente.

Despues de arregladas y preparadas las cosas, echóse sobre la cama medio vestido, y antes de apagar la luz, dirigió una mirada involuntaria á una escopeta de viento y á una espada, que tenia en la alcoba al lado de su cama.

Imposible era que Evarini descansase con sosiego si lograba conciliar el sueño. El cansancio entorpeció sus sentidos y cayó en una especie de sopor, agitado por las mas siniestras imágenes.

PARTE NOVENA.

ULTIMO DIA DE EVARINI.

CAPÍTULO I.

El fantasma subterráneo.

Fácil cede la hoja de plata,
La de acero resiste muy mas,
La bondad al instante perece,
La venganza no muere jamás.
WALTER-SCOTT.

RESONARON las diez en la quinta de Santa Magdalena. La noche era calurosa pero sosegada. La luna estaba en menguante, y apenas acababa de besar su luz la cristalina superficie de los mares. Algunas nubes blancas como el armiño, ocultaban por intérvalos su disco plateado, y una débil claridad alumbraba la soledad de la campiña.

A esta hora acababan de abrirse de par en par las ferradas puertas de la quinta del Oriente, de la cual salieron dos hombres montados en caballos, seguidos á poca distancia de algunos criados. Luego que todos hubieron salido de la quinta, cerraron de nuevo las puertas.

De los dos caballeros que iban delante, uno estaba embozado en una gran capa (cosa estraña en el mes de julio). Caminaban con paso tardío y mesurado, despues de haber tomado la direccion del camino oriental. Reinaba un silencio sepulcral, y solo se percibia el ligero y acompasado ruido de los caballos pisando lentamente el arenoso suelo del camino, y únicamente las dos personas que iban delante hablaban en voz baja.

El hombre embozado era Santiago Aguilar de Silva, á su lado estaba Joaquin Venlor, acompañado de los once Carbonarios que habia enviado la Logia-madre de Barcelona.

Caminando así con tanto silencio y lentitud, anduvo largo rato aquella comitiva, y el pisoteo de los caballos era tan imperceptible que no impedia que se oyera claramente el lúgubre y quejumbroso acento de alguna tortolilla y el plañidero silbido de los insectos nocturnos. Despues de algun tiempo llegaron cerca la quinta de Santa Magdalena, punto de su direccion. Paráronse á alguna distancia de ella, y reuniéndose todos en un grupo, deliberaron un rato.

Volvieron enseguida á emprender el camino, y llevando Santiago y Venlor la delantera, dieron la vuelta á las murallas de la quinta, teniendo sin embargo bastante cuidado en apartarse de ella, para no meter ruido. El objeto de esta vuelta fué observar si se veia luz en alguna parte del edificio, pero el ruido de los caballos no fué tan imperceptible que no fuese oido por los perros, que estaban entre el muro y la quinta y que empezaron á ladrar.

La comitiva retiróse algun tanto, detúvose por fin, y cesado el movimiento, cesó tambien muy luego el ladrido de los perros, del cual no hicieron caso los habitantes de la quinta.

Santiago entretanto habia deliberado de nuevo con sus bandidos; despues de lo cual encendió una linterna sorda que tenia preparada, y dijo á sus compañeros:

—Voy á satisfacer en fin mi impaciencia. Ha llegado la hora, hermanos.

—Obrad como juzgueis mas conveniente; y que Dios os libre de peligro, respondió Venlor bajando del caballo.

Santiago bajó tambien del suyo, los Carbonarios hicieron lo mismo, y el gefe Mason, dirigiéndose á todos sus compañeros, les dijo:

—Ya sabeis, hermanos, que mis silbidos penetran hasta el fondo del abismo... Por lo tanto cuando los oigais, forzad las puertas de la quinta... Aquí teneis esta llave.

Diciendo esto, Santiago entregó á Venlor una enorme llave que abria las puertas de la quinta, y echando atrás la capa que le envolvia, se deslizó ligeramente por entre los matorrales cubierto con una vestidura blanca. Venlor y los Carbonarios no pudieron menos que admirar la audácia de su gefe. Luego que sus cómplices le perdieron de vista, ataron los caballos á los árboles vecinos y pusiéronse todos en acecho, para oir el silbido de Santiago, si lo daba.

Muy fácil será conocer que éste pretendia entrar en la quinta de Santa Magdalena. Conocia un camino secreto que guiaba al interior de la misma; de paso diremos que Santa Magdalena le habia pertenecido, y que él fué quien con el disfraz de *peregrino* trajo al alcalde de N... el testamento de que se ha hablado mas arriba.

Desde que Santiago hubo dejado á los piés de Venlor la capa que le envolvia, quedó trasformado en fantasma.

Deslizóse por entre los matorrales, y con la mayor ligereza llegó sin menor ruido cerca de los muros de la quinta. Paróse á alguna distancia junto á una pequeñita cueva ó casita de ladrillo, construida para el caso de que fuera necesario recomponer la cañería de las aguas minerales. Buscó á tientas la cerradura de la puerta de dicha casita, metió en ella una llave y abrió. Iba á entrar, pero el ruido del agua, que corria mansamente por el fondo de la cueva, le hizo detener y esclamó:

—Si así me pluguiese, podria envenenar estas aguas y dar la muerte á todos los habitantes y animales de Santa Magdalena.

El fondo de la cueva, por el cual pasaba el agua, distaba unos quince palmos del techo de la misma, y desde este á la superficie del agua mediaba una altura bastante capaz para que un hombre pudiera entrar cómodamente en ella sin mojarse.

Santiago entró finalmente, apoyando sus piés en dos piedras salientes, que estaban colocadas espresamente para eso.

Entretanto cerró desde dentro la puerta y metió luego la misma llave en una pared lateral; allí encontró cerradura, y abrióse como por milagro una nueva puerta. Estaba esta formada por una plancha de hierro de tres dedos de espesor, de la cual salian hácia la parte de afuera varias otras planchas horizontales que sostenian muchas piedras clavadas con cal y canto sobre el hierro, al efecto de ocultarla á todas las miradas.

Una vez abierta, entró Santiago y bajó unos diez escalones, despues de lo cual se halló en un largo camino de gruta cubierto en su totalidad de telarañas. Fué siguiendo poco á poco la direcion de este camino, y admirado de su oportunidad, dijo:

—Muy previsor fuí yo ciertamente cuando mandé construir ese camino subterráneo.

El aire de esta especie de gruta no era del todo nocivo, porque un largo tragaluz, abierto en la tierra, daba á un ancho escurridero del agua pluvial, que se embasaba en el foso de la muralla.

La confianza y resolucion con que Santiago caminaba por aquel subterráneo, eran una clara prueba de que muchas veces habia pasado por

él. Así pues, cuando hubo andado un largo trecho, detúvose para impedir á su linterna que diese luz; y á oscuras subió precipitadamente una escalera. Llegado que hubo á lo alto de ella, abrió otra puerta secreta y entró en el jardin de la quinta, que estaba dentro de los muros.

Esta tercera puerta no podia estar tampoco mas disimulada, porque coincidia con un banco de piedra de los muchos que habia en el jardin.

Santiago sentóse en él; y casi al mismo instante que empezaba á respirar un aire menos fétido que el de la gruta, la luna quedó libre de un monton de nubes blancas que la cubrian, y bañó con su plateada luz todos los objetos. Poco despues dieron las once y media en el reloj de la quinta.

—Las once y media, dijo el Mason levantándose. A las doce debe estar todo concluido.

Empezó entónces á caminar con bastante precipitacion, y entretanto oyóse á poca distancia el ladrido de los perros...

—¡Hola! dijo Santiago, los perros habrán olfateado ya mi presencia.

Tomó una piedra que tenia ya prevenida y arrojóla en una direccion contraria á la que él llevaba. El ruido que la piedra causó en las ramas de algun árbol atrajo allí á todos los perros del jardin, los cuales acudieron á competencia y con rabiosos alaridos al lugar del ruido. Santiago siguió su camino con toda confianza, y detúvose finalmente junto á un enorme pedestal de mármol, sobre el cual estaban dos figuras unidas entre sí y sumamente grandes.

Subió el escalon que rodeaba al pedestal de mármol, y agarrando con vigor una de las dos figuras, la separó de su asiento, presentándose un ancho boqueron que daba libre entrada al interior del pedestal. Santiago penetró en él, y despues de haber bajado unos cuantos escalones, hizo que su linterna diese luz para alumbrarle, y caminó en la direccion de otro camino subterráneo, que tenia las mismas telarañas que el anterior, pero estaba formado de piedra. Anduvo por él largo trecho hasta que cerró nuevamente la linterna sorda, y subiendo otra escalera, se encontró en un escondrijo del primer piso de la quinta.

Acababa de penetrar en un paraje contiguo al aposento donde dormia Jorje Evarini.

CAPÍTULO II.

El Requirimiento.

Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenudo mas que vos.
ESQUILACHE.

Dirijámonos ahora al mismo aposento en donde, descansando Evarini, habia dispertado ya de su pesado sueño, y en lugar de dormir, estaba tendido en la cama, absorto en sérias reflexiones. Esto era casi necesariamente que así sucediera, porque la idea de dejar su familia se mantenia siempre viva en su imaginacion. Aquella noche midió en toda su estension las desdichas que podian sobrevenirle, y á tiempo que estaba formulando la conducta que deberia seguir luego de llegar á Barcelona, oyó dar la media para las doce.

Lo adelantado de la noche le hizo conocer la necesidad de descansar algun tanto, por cuyo motivo quiso aprovechar durmiendo las dos horas que aun le quedaban. Púsose en actitud favorable para el descanso, y al cabo de un corto rato, le pareció oir pasos lentos en su mismo aposento.

Al principio creyó que sería ilusion, mas con todo incorporóse algun tanto, comprimió el aliento... escuchó... y no se engañaba; volvió á oir pasos.

El primer movimiento fué meter la mano bajo su almohada, con el objeto de indagar si le habian retirado la llave de la estancia; pero la

encontró del mismo modo que la habia dejado... ¿Quién podia ser, pues, el que tan quietamente venia á dispertarle?

Volvió á ponerse en atencion, con lo cual observó que los pasos se iban haciendo mas claros, y que se acercaban á su alcoba. Estremecióse Evarini; su exaltada imaginacion produjo unas ideas las mas horribles. Erizáronsele los cabellos; sobrecogido de terror, no sabía si tirar el cordon de una campanilla para llamar, ó levantarse para quedar cerciorado de quién andaba por su cuarto. Prevaleció, sin embargo, su valor militar, y sentándose en la cama, estendió la mano para buscar á tientas la escopeta de viento que tenia en su alcoba. Bien es verdad que se apoderó de ella, pero hizo un pequeño ruido. Santiago pensó que buscaba el cordon de la campanilla para llamar á sus ayudas de cámara, y queriendo estorbarlo á toda costa, le dijo en voz muy clara:

—Detente, Evarini... no llames... puedo perderte... Si quieres horrorizarte, sabe que soy Santiago Aguilar de Silva... Mi mision es venirte á decir que mañana al levantarte de tu mullido lecho, sabrás ya lo que de tí se quiere.

Evarini bien tentaba levantarse, pero ya no lo pudo efectuar. Era que habia visto al frente de su cama dos grandes órbitas luminosas y brillantes cual vivísimo fuego, desde las cuales bajaba hasta el suelo un largo ropaje blanco. Santiago, lo mismo que todos los que traen el disfraz de fantasma, habia levantado su circulillo de palo, adelantando hácia el techo la tela blanca que le envolvia.

Evarini, á pesar del espanto que esperimentaba, conoció el engaño y dijo:

—¡Ah, infame!... ¡traidor!...

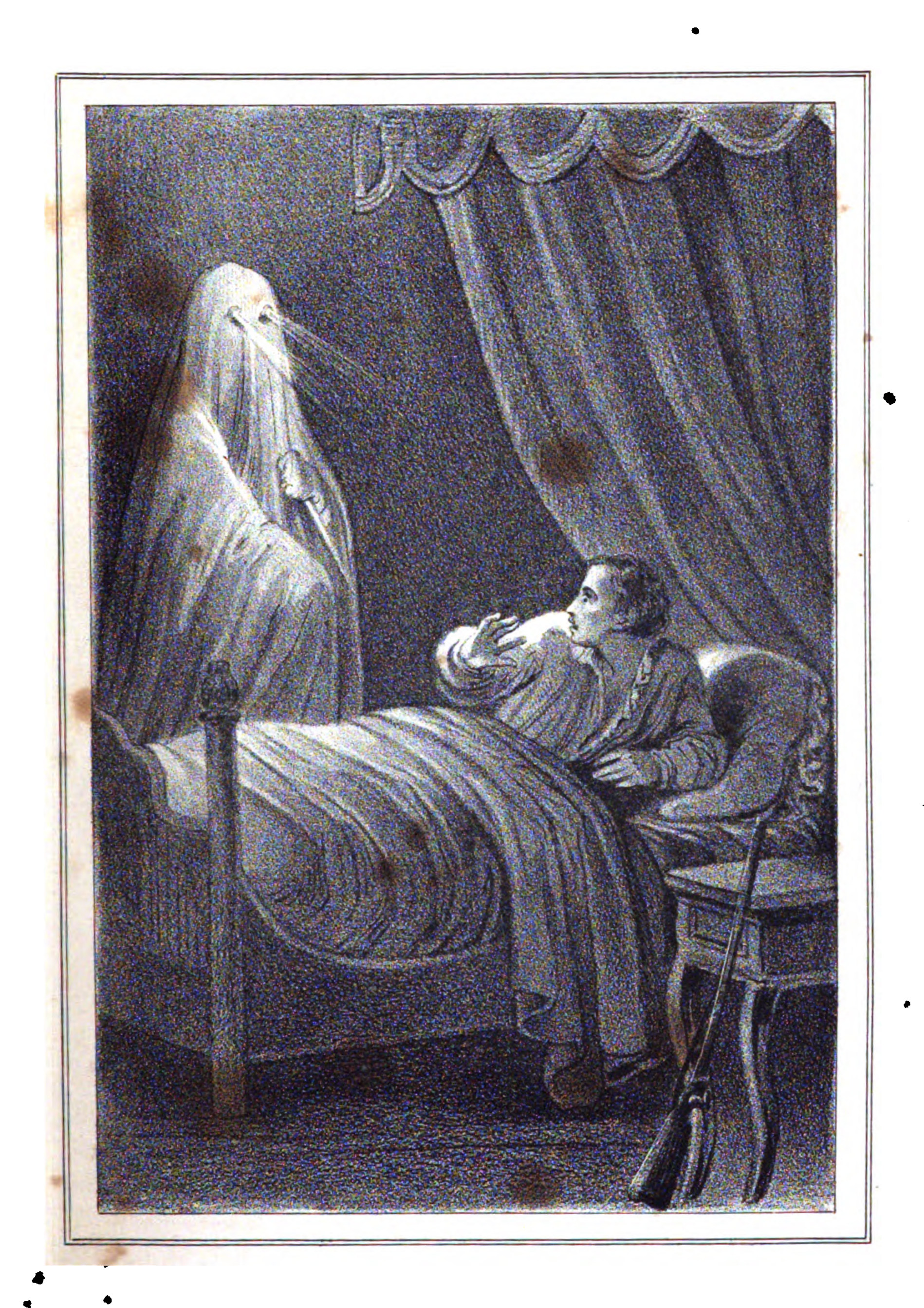
—¡Calla, cobarde! le dijo Santiago con voz tranquila.

Evarini, al oir este insulto á su honor, no pudo contener su ira por mas tiempo: incitado por un esfuerzo sobrenatural, arrodillóse en la cama, empuñó la escopeta y apuntóla decididamente al ropaje blanco.

Descargó en fin el arma homicida (1), y un leve resoplido anunció á Santiago que estaba disparada la bala. Evarini, como que no habia oido darla en objeto alguno, pensó de buena fé que acababa de matar á su enemigo, á pesar de que las dos órbitas de fuego se conservaban brillantes junto al techo.

Evarini iba á saltar de su cama para gozarse en el triunfo que aca-

(1) Las escopetas de viento despiden la bala con mas fuerza que las de fuego y sin hacer el menor ruido.



Si, Evarini: te repito que éres un cobarde.

haba de conseguir contra su adversario, cuando Santiago se lo impidió diciendo:

—Sí, Evarini: te repito que eres un cobarde... Acabas de descargar contra mí el arma homicida... pues bien... quiero que aprendas á conocer que nada pueden tus armas contra tus superiores... Y para que conozcas bien cuanto es el poder de tus gefes, aquí te devuelvo la bala con que me ha regalado tu arma impotente.

Mientras decia estas últimas palabras, Santiago echó sobre la cama de Evarini la bala que éste pensaba haberle arrojado. Evarini estuvo á pique de perder la razon cuando oyó caer sobre el lecho la bala con que pensaba haber dado la muerte á Santiago. Éste lo conoció muy bien, y por este motivo procuró aun intimidar á su víctima diciéndole:

—¡Cobarde!... de buena ó de mala gana sabrás por qué motivo he venido de noche á visitarte... Veinticuatro horas tienes de tiempo... pasadas las cuales, ya no hay mas vida para tí, si no cumples mis órdenes que mañana al levantarte sabrás.

Dichas estas palabras, Evarini vió con horror que los ojos brillantes se apagaron, y que su fantástico interlocutor, que tan alto era, se quedó en la estatura propia de un hombre. Observó con no poca admiracion que daba algunos pasos, vió que se paraba junto á la mesa en que tenia la pistola, oyó dar en ella un pequeño golpecito... la fantasma dió algunos pasos mas, y luego despues ya no se oyó ruido alguno.

El desgraciado Evarini quedó sumergido en un pesado desmayo, aunque no perdió del todo la razon. Luego de esto recobró sus sentidos, conoció que no era ilusion lo que acababa de sucederle, y cediendo á los impulsos de su denodado valor, determinó levantarse al instante para registrar su aposento.

Saltó de la cama, cogió un fósforo, encendió la luz, y lo primero que á su vista se presentó fué la bala que le habia devuelto Santiago. Tomóla con ansiedad, y despues de haberla observado atentamente, conoció, á pesar suyo, que era la misma que habia puesto en la escopeta.

Evarini se admiró sobremanera de este hecho de su enemigo, pero jamás le pasó por el entendimiento la verdadera causa de tal fenómeno.

Finalmente cogió la espada, que tenia cerca de su cama, y con la luz en la mano fué siguiendo todos los rincones de su alcoba y de su cuarto; registró todos los aposentos que comunicaban con el suyo; pero todo lo halló del mismo modo que lo habia dejado la víspera. A vista de esto, Evarini estaba maravillado: con todo, al pasar por el mismo sitio en que habia visto á la fantasma, vió un papel doblado á manera de carta, y

despues de haberlo cogido, observó con no poca admiracion que en el sobre de la misma habia dos sellos, que él habia ya visto alguna vez en la iglesia de la Logia de N... Seguramente que si Santiago no hubiera perdido esta carta, y no hubiera devuelto á Evarini la bala que le habia arrojado, éste habria dudado de que lo que acababa de ver y esperimentar fuese realidad.

Ansiando saber lo que decia la carta, quiso sentarse; pero al dejar sobre la mesa la luz que llevaba, quedóse horrorizado y estupefacto, de modo que casi perdió el completo uso de sus sentidos. Sobre la mesa habia un pliego de pergamino verde clavado con un puñal.

Vuelto en sí del horror que le habia causado tan espantosa vision, sustituyó á su temblor y á su espanto una calma y sangre fria inimitables; enjugó con su pañuelo el sudor que corria por su rostro, espaviló la luz, y volvió á mirar el pergamino verde.

Evarini pensó que le era ya imposible eludir aquellos sucesos, por lo cual animóse del valor necesario para sobrellevarlos á todo trance. Como efecto de esto, tomó con toda tranquilidad el puñal, desclavó el pergamino, y luego que lo tuvo en sus manos para leerlo, lo vió encabezado con dos grandes sellos y varios otros signos para él ininteligibles.

Era este pergamino el *requirimiento* de la sociedad secreta en que estaba afiliado Evarini, para que se presentase en la Logia de N... dentro del plazo que se le fijaba.

Evarini púsose á leer con calma, pero con ansiedad, el escrito del pergamino verde, que decia de esta manera:

«A vos, D. Jorje Evarini, natural de la ciudad de Cartagena, habitante en la ciudad de N..., señor y dueño de las tierras y quinta de Santa Magdalena, de otras posesiones en el término de N... y de tierras considerables en el de Cardona, iniciado voluntario en la sociedad secreta de los Franc-masones en el dia 2 de julio de 1835, por quien compete, se os hace saber:

»Que en nombre de toda la sociedad de que vos formais parte, y á la cual estais enteramente adherido, junto con la voluntad de vuestra esposa é hijos, y con todos vuestros bienes y posesiones, muebles é inmuebles, habidos y por haber, el Venerable de la Logia de N... que presenció vuestra iniciacion, os manda terminantemente, y os obliga á que comparezcais en persona á la Logia de N... como contraventor á sus órdenes, para que oigais los delitos de que se os acusa, para lo cual os pondreis á la disposicion y poder de vuestro Venerable.

»Si dentro de veinticuatro horas no dais cumplimiento á lo que os

manda la Logia por medio de este requirimiento, nuestras leyes sabrán castigar vuestro delito, condenándoos á la pena capital, la cual os juramos, por lo mas sagrado que conoceis, os será aplicada antes de ocho dias: atendiendo á que si al instante de haber leido este requirimiento, no haceis de él pedazos, ó lo enseñais á alguien, ó lo guardais, vuestra esposa é hijos sufrirán tambien la última pena lo mismo que vos... Temed, pues, á vuestros gefes, si no los obedeceis en todo, y pensad que veinticuatro horas y no mas, es el tiempo que se os dá para que cumplais vuestro deber.»

Al acabar esta lectura, Evarini no pudo reprimir algunos movimientos de horror, de espanto y desesperacion; pero al recobrar la calma su imperio en su corazon, casi se alegró de haberlo leido. Al primer impulso habia querido hacer pedazos del pergamino, no por obedecer lo que le decia, sino por el furor que le devoraba; pero sin embargo, le contuvo el pensamiento de que si lo guardaba, podria servir de algo al P. Vincencio, ó quizá libertarle á él mas pronto. Determinóse por fin á guardarlo, no mudando por esto la resolucion que habia formado de marcharse aquella misma mañana. Él concibió que su fuga podia efectuarla mas fácilmente entónces que antes, porque el requirimiento le daba veinticuatro horas de tiempo, durante las cuales era muy probable que no habria contra él hostilidades, por lo cual podria ser segura é ignorada su fuga.

En medio de la confusion de ideas que estaban acumuladas á su imaginacion, acordóse de aquella carta que Santiago acababa de perder en su mismo aposento; por lo tanto pasó á abrirla para enterarse de su contenido, pero nada pudo lograr con ello, porque estaba escrita, no con letras, sino con signos que él no entendia ni era posible que entendiera. Quiso con todo quedársela junto con el requirimiento, esperando poder darlo todo al P. Vincencio, el cual, segun creyó Evarini, podria sacar algun provecho de ello.

A este efecto resolvió enviar al P. Vincencio, en cuanto llegase á Barcelona, una larga carta, participándole los horribles y misteriosos sucesos de aquella noche, y dándole al mismo tiempo noticia del lugar donde dejaria guardados el requirimiento, el puñal, la bala y la carta que habia perdido Aguilar de Silva. La circunstancia, sin embargo, de que al escribir al jesuita desde Barcelona no estaria animado por el mismo entusiasmo que entónces, junto con el no saber qué ocupacion tomar en las dos horas que debia permanecer en la quinta antes de partir, fué causa de que se resolviese á comenzar al instante la carta para el jesui-

ta, esperando concluirla en Barcelona, si no podia efectuarlo en N...

Empezó á reseñar á toda prisa los acontecimientos de aquella noche, haciéndolo con todo el entusiasmo y energia de que es capaz un ánimo exaltado, y cuando acababa tan precipitado trabajo, el reloj de la quinta dió las dos.

—Ya no admite mas plazo mi demora, dijo Evarini levantándose y plegando el papel que acababa de escribir.

Pocos instantes despues, oyéronse algunos golpecitos en la puerta del cuarto.

—¿Quien vá? dijo Evarini.

—Son las dos, señor, respondió su ayuda de cámara desde un salon contiguo.

—Está muy bien, replicó Evarini. Vé á cuidar de que mis lacayos ensillen á toda prisa el caballo que me tienen preparado.

Evarini tomó luego la luz, encaminóse á su libreria y colocó en un paraje recóndito de ella, y que todos ignoraban, el requirimiento, el puñal, la bala y la carta que habia perdido Santiago.

De vuelta á su aposento, trató de vestirse ya con el disfraz que tenia allí preparado, y en pocos momentos quedó trasformado de gran señor en hombre del campo; cogió luego un puñal, el baston con espadin y las dos pistolas, que desde la víspera anterior tenia amartilladas sobre la mesa, despues de lo cual bajó la escalera de la quinta con toda precipitacion.

El caballo estaba ya preparado, y cerca de él habia algunos criados que le esperaban tambien.

Luego que Evarini se acercó á ellos, colocó en paraje seguro las pistolas, escondió el puñal entre los pliegues de su faja y subió ágilmente sobre el caballo, llevando en sus manos el baston con espadin.

Los lacayos estaban mirando atónitos esas mudas operaciones de su señor, el cual, luego que estuvo montado, les preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las dos y cuarto, contestaron.

—Cerrad al instante las puertas de la quinta. Cuando vengan mi esposa y el P. Vincencio, les direis, que á las dos y cuarto he partido.

Y dando un fuerte espuelazo al caballo, echó á correr en velocísima carrera.

Al ruido que causó, los perros se pusieron á ladrar, y los lacayos tan solo tuvieron tiempo de oir las últimas palabras de su señor.

—¡Santo Jesús!... ¡y qué prisa! esclamó uno de los lacayos.

—Si este hombre sigue corriendo así, vá á hacer dos leguas por hora, replicó el otro.

Al cabo de algunos instantes aun se oia el lejano y apresurado galope del caballo de Evarini, que corria á todo escape. Los lacayos estaban aun escuchando, y el mas anciano de ellos dijo:

—Muchachos, yo voy á dormir... Entrad pues, que cerraré esas puertas.

—Vamos á hacer lo mismo que vos, respondieron todos.

Cerráronse de nuevo las puertas de la quinta de Santa Magdalena, y todo quedó en el mas profundo silencio.

Evarini entretanto seguia su camino á toda prisa, porque pensaba escaparse de la muerte con que le amenazaba el *requirimiento*.



CAPITULO III.

Asesinato de Evarini.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

SANTIAGO Aguilar de Silva, luego de haber salido de la quinta por el mismo camino subterráneo, fué á juntarse con los suyos, que aun le estaban aguardando en el mismo lugar en que les habia dejado de prevencion. Luego que se presentó á su vista, Venlor le preguntó:

—¿Qué tal ha ido la espedicion, Padre?

—Muy bien... no podia ir mejor.

—Yo me alegro.

—Devolvedme, amigo Venlor, la llave de la quinta, replicó Santiago.

Venlor lo hizo así; el gefe Mason tomó de nuevo su capa, y junto con los Carbonarios, volvieron á subir á caballo. Tomaron el camino oriental, y en media hora de correr á toda prisa, estuvieron de nuevo en la quinta del Oriente. Abriéronse las puertas y entró la infernal comitiva.

Aguilar de Silva se quitó el vestido blanco, púsose el que acostumbraba llevar, y despues de un rato de detencion, durante el cual los Carbonarios echaron un trago, volvieron á salir armados de la quinta.

Santiago y Venlor, junto con sus once Carbonarios, despues de un largo rodeo, durante el cual no se dijo una sola palabra, emboscáronse

á una legua de N... junto á la carretera que vá de esta ciudad á Barcelona: el gefe Mason y su secretario detuviéronse á algunos pasos de distancia, conferenciaron breve rato, y despues Aguilar de Silva, acercándose á los demás, les habló de esta manera:

—Hermanos Carbonarios: ya que os habeis obligado á servirme, necesito ahora de vuestro valor. Os he dicho que debiais asesinar á un hombre enemigo de la sociedad secreta de los Franc-masones. Este es el sitio en que debeis ser ejecutores de la justicia de nuestra sociedad. Entretanto, quedaos aquí montados y con toda quietud; estad atentos, y cualquier hombre que veais venir á caballo llevando la direccion de N... á Barcelona, detenedlo sin demora... yo desde aquí procuraré observarlo, y cuando os diga: *él es*, dadle una sola puñalada en el corazon, que esta sola bastará para que muera.

—En este caso la daré yo, dijo Arnaldo de Sansimon interrumpiendo á Santiago.

—Esto será muy justo, *Rey de facha*... pues vos sois el gefe.

—Es lástima que tenga de ser uno solo el que hiera, siendo tantos los que nos hemos obligado á ello, respondió uno de los Carbonarios llamado en la sociedad *Huron*.

—Poco importa, respondió Santiago, no os toca mas que obedecer.

Despues de esto, los Carbonarios colocáronse todos en acecho detrás de unas espesas matas contiguas á la carretera, y Santiago y Venlor se mantuvieron en espectativa á alguna distancia.

. . . .

El reloj de la quinta acababa de dar las tres, y Jorje Evarini caminaba ya hácia la muerte.

En efecto: á poco rato dejóse oir el lejano ruido de un caballo que corria en precipitada carrera, y que llevaba la direccion que Santiago les habia indicado. Luego que fué oido por los Carbonarios, hubo entre ellos algunos cuchicheos. El *Rey de facha* les impuso silencio, y dirigiéndose á media voz hácia el lugar donde estaba Santiago, le dijo:

—Se oye ya el galope de un caballo que se acerca, Padre.

—No griteis; ya lo oigo, contestó Aguilar de Silva.

Y acercándose un poco hácia él, añadió:

—Procurad detenerle tan luego como llegue cerca de vosotros, porque éste será seguramente el hombre á quien buscamos.

Santiago volvió á reunirse con Venlor, y los Carbonarios se prepararon para salir al encuentro de la víctima.

—Dejad que me adelante, dijo el *Huron*, quiero descargar el primer golpe.

—¡No tal, por vida de S. Flavio! esclamó otro llamado el *Bravo*, ¡yo he de ser!

—Silencio, esclamó el gefe; nuestro enemigo se acerca.

Los bandidos obedecieron, y el *Huron*, aprovechando el silencio, adelantó algunos pasos.

—Alto, maldito *Huron*, esclamó el *Rey de facha*.

El gefe no fué obedecido; la víctima estaba á corta distancia, y el *Huron* salió á su encuentro á galope.

—Deteneos, esclamó el bandido.

Evarini, creyendo que tenia que habérselas con un bandido solo, desenvainó el espadin, y antes que el *Huron* hubiese podido hacer ningun movimiento, el hierro le habia traspasado el brazo derecho.

—El *Huron* está herido, esclamaron sus cómplices.

—¡A él! ahulló Santiago.

Evarini, creyendo que debia economizar las palabras y obrar con rapidez, montó las pistolas y disparó una de ellas al azar.

Oyóse un quejido doloroso y uno de los Carbonarios cayó cadáver.

—Matadle, gritó de nuevo Santiago.

Evarini conoció la voz de su enemigo; quedóse helado de estupor y arrojó desesperado las armas al suelo al mismo tiempo que el *Huron*, sediento de venganza, le clavó su puñal en el corazon.

—Perdonad á mi esposa... á mis hijos..., esclamó el infeliz.

Joaquin Venlor se estremeció, á pesar de su ferocidad, al oir las palabras de la víctima.

Evarini cayó al suelo, y la palidez de la muerte estendióse por sus facciones.

—Registradle los bolsillos, dijo Santiago.

Los Carbonarios obedecieron, y entregaron al Venerable la carta del P. Vincencio al marqués de Casarrubios y algunas monedas.

—Las monedas son vuestras, esclamó Santiago. Distribuidlas, *Rey de facha*.

—Venlor, mientras Sansimon repartia el dinero, se acercó á Santiago.

—Padre, le dijo, ¿qué haremos ahora?

—Os quedareis en este lugar con uno de los Carbonarios y arrojareis al mar el cadáver de Evarini; os dejaré al *Huron*, y como no quiero que nadie sepa lo que haya sido del cadáver de Evarini, procurareis que el agua de mar toque á la herida del brazo á fin de que se le gangrene... ¿Comprendeis?

Venlor inclinó la cabeza afirmativamente.



¡ Él es !

CAPITULO IV.

¡Vive aun!...

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto, simple, amé, rompí los lazos,
Ven y verás al alto fin que aspiro
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.
RIOJA.

Huron, esclamó Santiago, quedaos con Venlor.

Reunió luego á todos los Carbonarios y tomaron el camino de la quinta de Oriente, llevándose el caballo de Evarini.

El secretario de Santiago, en cuanto se hubieron alejado sus cómplices, esclamó con desesperacion:

—¡Qué inhumano soy, Dios mio! mas me hubiera valido encontrarme entre los condenados, antes que ver con mis ojos que matan impunemente á mi propia vista al amigo mas íntimo que tenia, y al que he conducido yo mismo á la muerte...

Venlor se interrumpió tan aguda y casi rabiosamente, que el *Huron*, que estaba distraido registrando de nuevo los bolsillos del asesinado, no pudo menos que oirlo. Demasiado tarde conocia Venlor el mal que habia hecho, y luego despues prosiguió con mayor calma:

—Perdonad, perdonad mis espresiones, Dios mio poderoso... pero al menos herid de muerte á esos malvados asesinos, á esos capataces Masones, que por partes y poco á poco me han conducido al estremo á que he llegado ya... ¡Ay, Evarini! ¡amigo mio! ¡qué inhumano soy!... En

otro tiempo te salvé la vida cuando la tenias en peligro, y ahora acabo de darte la muerte cuando estabas en salvo...

Venlor enjugó las gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas, pero tuvo que detener varonilmente su accion y su exhalacion llorosa, á causa de que el *Huron* se le acercó diciéndole:

—¿Qué haremos, señor?... El Padre Mason D. Santiago me ha dicho, que me pusiera á vuestras órdenes, y por tanto estoy esperándolas.

—Tengo que dároslas, hermano, respondió Venlor, relativas al destino del cadáver de Evarini.

—¿Y cuáles son estas órdenes, señor?... ¿Qué es lo que disponeis?

—Siguiendo las instrucciones de D. Santiago, es preciso que arrojemos al mar el cadáver de ese hombre que habeis asesinado.

—Pues entónces apresurémonos, respondió el *Huron*. El diá se acerca, y su claridad es un mal testigo.

—Pues por lo mismo, manos á la obra.

Sin aguardar esta respuesta de Venlor, el Carbonario se acercó al cuerpo inanimado de su víctima, y, despues de removerlo algun tanto, dijo:

—¡Hola!... señor, reparo que aun está respirando.

Y acompañó estas palabras con la accion de sacar su puñal, que iba á clavarlo en el pecho de Evarini, si Venlor no lo detuviera acercándose á él y diciéndole:

—¿Hablais de veras, hermano?... decís que no ha muerto aun... pero... ¿qué vais á hacer?... ¡Ese puñal!... ¡deteneos!... ¡no acabeis de matar á mi amigo!... Esperad que lo observe... En efecto, vive aun...

—En este caso, respondió con toda tranquilidad el *Huron*, ya que hemos de echarle al mar, será portarnos humanamente el acabarle de matar. De esa manera no padecerá al caer en su fondo.

—Deteneos por Dios, hermano, añadió Venlor al Carbonario que iba á poner en práctica su designio. No le acabeis de matar... Os lo pido encarecidamente...

—Por vida del emperador de Marruecos, que sois muy original, hermano, dijo entónces el *Huron* admirado de lo que se le decia. Es decir, que os habeis propuesto respetar la casi semi-existencia de un hombre, al cual no falta mas que un breve soplo para que digamos: *fué*.

—Bien... no importa, repuso Venlor impaciente. Levantaos... Escuchad un solo instante lo que voy á proponeros.

El bandido se levantó efectivamente del lado del cadáver, y despues de haber seguido á Venlor, que se apartó de la carretera, le dijo:

—Vamos, señor, ¿qué es lo que quereis?... y apresuraos... el tiempo es muy corto.

—Respondedme pues categóricamente... ¿quereis salvar á este hombre que habeis asesinado?

—¡Salvarle! ¿Estais soñando? ¿cómo podré salvarle? Decid... ¿le falta algo para que sea cadáver?

—Nada me importa eso y vamos al caso; ¿quereis salvar, pues, á Jorje Evarini tal cual se encuentra ahora?

—La respuesta merece reflexion, hermano.

Y haciendo con la cabeza un movimiento de meditacion, permaneció en ella por algunos instantes, hasta que dijo:

—Decidme antes, señor hermano, lo que ha mandado vuestro Venerable de N... acerca de este medio muerto.

—Ya os lo he dicho, replicó Venlor con ademan sentido, ha mandado que lo arrojaseis al mar.

—Voto á S. Pedro Mártir y su ermita, repuso el *Huron* dando un brinco y haciendo un gesto amenazador. ¿Con que pues ha mandado que yo le arroje al mar?... En este caso, si á mí me lo ha mandado, es preciso que obedezca, ya que él paga mi obediencia... No hay mas.

—Deteneos un poco, hermano. No vayais á ejecutarlo todavía.

—Despachemos antes que nos sorprenda la luz del dia.

—Bien pues; hablemos. Si os pago á peso de plata el favor que os pido, ¿querriais hacérmelo?

Estas palabras hicieron que el Carbonario se determinase á escuchar á Venlor, y poniendo los dedos sobre su frente en ademan de reflexionar, le dijo:

—Yo, hermano, soy muy egoista... Cuando se me paga estoy pronto á cualquier tropelía, por endiablada que sea, y esto os puede probar que en todo os serviria *mediante pecunia*... Por esta razon debo advertiros, que vos solo me dariais una paga para salvar á ese hombre que yo he derribado... y vuestro Venerable puede darme muchas mas en remuneracion de otros tantos favores. Todo esto lo pierdo si os sirvo... Con qué, pues, dejémoslo ya; quiero ser inflexible y no me detengais: voy á arrojar al mar el *defecit* de ese que decís vuestro amigo...

—Pero debo advertiros, hermano, dijo Venlor deteniéndole, que esa paga que quiero yo daros será además de todas las que os pueda dar mi Venerable...

—¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... os equivocais, pobre hombre... Ya veo que habeis formado muy mal concepto de vuestro Venerable, y no

le haceis toda la justicia que se le debe... Si yo no le obedezco, estoy cierto que bastará presentarme á su vista para que lo conozca. En fin, sé de lo que es capaz; y yo he oido decir, á mas de saberlo por esperiencia propia, que D. Santiago Aguilar de Silva es de los mas sabios Masones de España, y hasta *sabe dónde habita el diablo*... Y voto á los cuernos de la abundancia, que...

—Callad, callad... no mas...

Venlor estaba ya comprometido y su vida dependia del Carbonario. Determinó por esto reducirlo á toda costa; y si hubiera creido que el lenguaje de la sensibilidad podia sacar partido en el corazon del bandido, mil veces se hubiera echado de rodillas á sus piés.

—Escuchadme aun, le dijo. Quizá si os dijera alguna otra cosa mas, os resolveriais á servirme.

—Y bien, proponed.

—Si haceis lo que os he indicado, puedo pagaros el favor con dos mil reales antes que salga el sol.

—Tocante á eso, hermano, tengo que deciros lo mismo que os he dicho ya; puedo recibir de vos una sola paga, y del Venerable puedo recibir infinitas. Por lo tanto, ya veis que no puedo serviros. Además yo no tengo motivo alguno de queja contra vuestro Venerable... ni tampoco me hacen falta los dos mil reales que me proponeis.

—Sois muy inflexible... pero en fin, voy á tentar el último medio.

—Acabad, y proponed.

—¿Sabeis el motivo, hermano *Huron*, por el cual el Venerable de la Logia de N... os ha dejado á vos solo para arrojar al mar un cadáver?

—La cosa es muy clara y podiais escusaros muy bien esa pregunta, contestó el bandido. Porque si me ha dejado á mí solo, es porque ha conocido que mi fuerza y agilidad son superiores y mas que suficientes á las de mis compañeros.

—Pero ¡la herida!... ¿acaso no veis la sangre que está brotando aun de vuestro brazo? ¿quereis que yo piense que ella no aminore en nada vuestra fuerza ni vuestra agilidad?

—Mal me conoceis, hermano Venlor, replicó el *Huron* envaneciéndose de lo que iba á decir. No; no... os engañais, porque este brazo por el cual se ha derramado mi sangre, puede muy bien empuñar de nuevo una espada ó una pistola para vengar algun agravio.

—Bien, bien... creeré todo lo que me digais... pero respondedme... ¿acaso no podria agravarse vuestra herida con la operacion que debeis ejecutar?

—No; tampoco... y por S. Blas que os encuentro muy pusilánime esta noche, hermano Venlor. Vuestro carácter desdice del de un valiente Mason. La herida que veis en mi brazo es muy leve, y con el jugo de algunas yerbas, que yo conozco, la cerraré antes de veinticuatro horas.

Las respuestas del bandido iban desconcertando por momentos los proyectos de Venlor. Éste por otra parte estaba resuelto á salir bien en su empresa, y no dejó de imaginar cada momento nuevos medios de seducir al *Huron*.

—¿Y no adivinais, le dijo despues de algun breve rato, el verdadero motivo de haber quedado vos solo para la operacion que debeis ejecutar?

—Ya os lo he dicho... No encuentro que haya otros motivos.

—Estais enteramente equivocado, y es preciso que me esplique con vos con toda claridad. Puede que así secundeis mis intentos... Sabed, pues, que el Venerable ha determinado que nadie sepa el último fin del cadáver de Evarini.

—Lo comprendo perfectamente, y yo me alegro de ello, respondió el bandido con una estupidez inesplicable. Por este motivo que vos me acabais de indicar, vuestro Venerable me ha dejado á mí solo, porque me considera de confianza, ¿no es verdad?

—Os engañais, dijo Venlor en alta voz y acabando ya su paciencia. Entendedme al fin, insensato, añadió cogiendo al bandido del brazo. Sabed que D. Santiago Aguilar de Silva, Venerable de la Logia de los Masones de N..., os ha dejado á vos solo y herido, para que cuando estuviésemos en el caso de hundir el cadáver en el mar, me sirviera del pretesto de haceros recomponer la cuerda de la garganta de Evarini para lograr que así os mojaseis la herida... ¿Me entendeis ahora, hermano?... Mi Venerable me ha mandado que os hiciera mojar la herida en agua de mar... en agua salada, hermano... en agua que gangrenaria vuestra carne, y que, en consecuencia, os mataria sin violencia...

Venlor habia pronunciado estas palabras con energia. El *Huron* quedó admirado, y el secretario de Santiago, luego que le hubo dejado del brazo, le dijo:

—¿Me creeis ahora, hermano? ¿Me entendeis?

—Os entiendo, dijo el *Huron* medio turbado; pero vos... ¿lo sabiais ya?

—Sí lo sabía... Y por esto yo temo que algun dia me dé el mismo pago que quiere daros á vos. De este modo, despues que me hubiera

dado á mí la muerte, ya no quedaria testigo alguno de lo que ha mandado ejecutar, y entónces él...

—Bueno... os entiendo, y acabemos luego. ¿Qué es lo que quereis ganar, pues, con lo que me habeis propuesto?

—Es muy fácil el adivinarlo, hermano mio. Si yo puedo salvar la vida á Evarini, reteniéndole en mi poder, la existencia de éste será un medio por el cual infundiré temor al Venerable en el caso de que quiera atentar contra la vida vuestra y la mia.

—Buen proyecto es el vuestro, respondió el bandido reflexionando. Pero á lo que veo, si fuera una verdad lo que vos me habeis dicho, el Venerable de N... tan fuerte, tan valiente y tan animoso como es, temeria los efectos de este asesinato, me temeria á mí, y os temeria á vos.

—Esto es lo que debeis comprender bien, hermano, replicó Venlor. Santiago temeria todo lo que vos decís... sí... no hay que dudarlo. Ya veis, pues, añadió con una risa de triunfo forzada, que el Venerable no sabe, como habeis dicho vos, dónde está el diablo.

—Al fin me hareis creer que teneis razon. Venga la mano, caballero... ¿Qué es lo que quereis de mí?

—Que en lugar de arrojar al mar el cadáver de Evarini, me ayudeis á trasportarlo á un lugar que yo os indicaré, en pago de todo lo cual os daré dos mil reales vellon.

—Convenido, hermano, respondió el bandido con resolucion. Pero un requisito mas...

—Decid... decid...

—He creido cuanto me habeis dicho; pero para mejor garantía, será preciso que ese Evarini quede en mi poder, para que, si acaso pretendeis engañarme, os engañeis á vos mismo.

—Aceptado, pues... manos á la obra.

—Aceptado, sí... ¿qué debemos hacer primero?

—Cerrad con ese pañuelo la herida de Evarini, y lo demás dejadlo á mi cuidado; entretanto, buscadme dos palos largos.

—Lo que es la herida, repuso el *Huron*, dejadla enteramente á mi cargo, porque tengo mas heridas en mi cuerpo que hojas tiene un árbol, y por la misma razon, ya podeis pensar que sabré perfectamente cómo se curan.

—Tanto mejor...

Entretanto que Venlor vendó lo mejor que pudo la herida de Evarini, el Carbonario buscó dos palos largos, que encontró al fin, y presentólos al secretario de Santiago. Éste los colocó sobre el suelo en posicion

paralela, y asegurándolos en ella por medio de otros palos trasversales de dos palmos de largo, arregló un armatoste bastante cómodo. Tomó las mantas de los dos caballos que tenian, y puso una á manera de colchon sobre las parihuelas improvisadas.

—¿Qué os parece? dijo Venlor al *Huron*, que le observaba.

—A fé que no hubiera discurrido yo tanto, respondió éste, ni pensaba que tanta habilidad tuvieseis.

Acercaron las parihuelas ó angarillas junto al herido, y entre los dos le colocaron sobre ellas con el mayor cuidado posible. Cuando esto efectuaban, hizo Evarini un pequeño movimiento, que produjo en Venlor alegria, y en el Carbonario confianza.

—Dejad ahora lo demás á mi cuidado, dijo el primero al último. Vos, entretanto, podreis hacer lo que os toca con ese compañero que ha muerto.

Acercóse el *Huron* al Carbonario, á quien mató la pistola que disparó Evarini, cogió su puñal, y con las acciones propias para borrar groseramente un escrito, descargó media docena de cuchilladas sobre la cara del muerto, sin mirar si le atravesaba ojos, nariz ó boca. La sangre brotó aun de su rostro, que quedó enteramente desfigurado. El temor de que fuese reconocido, fué el motivo de haber dado Santiago una órden tan bárbara y sanguinaria.

Mientras que el *Huron* la cumplia, Venlor habia colocado ya la otra manta sobre el cuerpo del herido, envolviéndole de tal modo, que mas parecia un fardo de géneros de contrabando que una camilla con un herido.

Ligaron luego el todo con cordeles lo mejor que pudieron, y aseguráronlo despues con todo cuidado sobre el caballo del Carbonario. Cada uno montó el suyo, y se apartaron de aquel lugar, donde los objetos de horror y muerte, que quedaban, comenzaban á ser débilmente alumbrados por los primeros rayos de la aurora.

—¿Cuánto hay de aquí á esa casa donde debemos llevar al herido? dijo el *Huron* luego que empezaron á andar.

—Tres cuartos de hora, le contestó Venlor; pero estaremos la hora entera por consideracion al herido. Entretanto, hermano, procurad escoger el piso mejor para evitar el traqueo.

—No temais tocante á eso.

En la conversacion que tuvieron despues los dos, se concertaron sobre lo que deberian hacer cuando le tendrian á salvo, sobre el modo de curarlo y principalmente la manera de valerse de su restablecimento.

Aquella conversacion convenció á Venlor de que habia dominado al Carbonario.

Llegaron por fin á la quinta donde se dirigian, y de la cual salian un considerable número de trabajadores para dedicarse á sus faenas.

Venlor, que habia hecho algunos favores al dueño de aquella quinta, fué á encontrarle diciéndole con el mayor sentimiento, que á media hora de distancia les habian detenido algunos ladrones á él y á su criado, que era el *Huron*, y que, despues de haber sostenido una lucha desigual con ellos, su criado habia quedado herido de un brazo, y habian podido salvar un fardo que contenia muchas preciosidades, que eran lo que los ladrones habian querido robarles. Rogó en consecuencia al dueño de la quinta que dejase quedar allí á su criado hasta el anochecer, que entónces iria á buscarle con algun cómodo carruaje, porque habia sido herido gravemente, convenciéndole por de pronto de que, sin curarse antes, era imposible llegar á N...

Fué tal la destreza de Venlor en esa esplicacion, que el mismo Carbonario quedó admirado, mas que de la originalidad de la mentira, de la consideracion de que de su propia herida hubiese sacado Venlor un motivo para adelantar sus proyectos.

El dueño de la quinta no se hizo de rogar: proporcionó con toda prontitud á sus nuevos huéspedes una cómoda estancia con cama y demás muebles correspondientes, invitando á Venlor á que, si lo conceptuaba conveniente, se quedase allí el herido por mas tiempo.

El *Huron* bajó poco á poco de su caballo y afectó subir con pena la escalera de la casa, en tanto que Venlor quiso por su propia mano subir detrás de él aquel fardo que contenia el cuerpo de Evarini y habia dicho ser un envoltorio de preciosidades. Luego que estuvieron solos en el aposento que se les hubo destinado, colocaron el cuerpo de Evarini sobre la cama; y Venlor, bajo pretesto de curar la herida de su criado, pidió trapos, vendajes, aceite y otros objetos propios para remedios caseros, y con los cuales el Carbonario, que era diestro en materia de heridas, y Venlor, que no lo era menos por haber sido militar, curaron del mejor modo posible la de Evarini.

Curado que fué, trataron los dos en conferencia sobre lo que deberia hacerse, y resolvieron lo siguiente: Que el *Huron* asistiria al enfermo y no saldria de su cuarto sino cuando fuere muy necesario, cuidando de que nadie entrase en él para nada. Que Venlor entretanto se marcharia á encontrar á Santiago para decirle que el cadáver de Evarini estaba ya en lo profundo de los mares; que con sus astucias habia logrado que la

herida del Carbonario quedase mojada en agua de mar, que el *Huron* se habia dolido al instante; que su dolor habia aumentado en gran manera, y que le habia sido imposible el seguir caminando. Resolvieron además que Venlor diria á Santiago, que bajo pretesto de no dejar junto al *Huron* con los demás Carbonarios, le habia hecho quedar en una casa de campo, convenciéndole de que le convenia que su herida fuese curada cuanto antes; que Venlor pediria permiso para visitar al *Huron* al entrar la noche, y que en lugar de una medicina, le administraria un veneno bastante fuerte para quitar un testigo de en medio.

Resueltas así las cosas, convinieron al fin en que Venlor, con el permiso de Santiago, pasaria á ver al *Huron* bajo pretesto de envenenarle, y con el auxilio de un carruaje conducirian á Evarini á la casa de Venlor en N... donde el Carbonario solo cuidaria del herido, el cual, si llegaba á sanar, sería causa de que Venlor entregase al Carbonario ocho mil reales, y cuatro mil solamente si muriere.

Así concertadas las cosas, Venlor dejó á Evarini bajo el cuidado del Carbonario; y despidiéndose de los dueños de la quinta, díjoles que no entrasen por motivo alguno en el aposento de su lacayo herido.

Los bandidos son siempre de quien los paga... Por mas que de cuando en cuando ejerzan algunas acciones heróicas, no por esto dejan de ser bandidos; pero cuando empeñan su palabra acostumbran cumplirla fielmente. Así pues, el Carbonario *Huron* cumplió religiosamente con Venlor, y quizá éste no fué muy estricto observador de lo que dejaron convenido.



PARTE DÉCIMA.

—

CONSECUENCIAS DEL ASESINATO.

CAPÍTULO I.

—

La Carta.

Y allí tus dogmas y cruentos ritos,
Y allí tus ritos y moral nefanda,
Y allí tu infanda deleznable gloria
Serán sumidos.

JÓVELLANOS.

CUANDO Santiago llegó á la quinta del Oriente, despues del horroroso asesinato de Jorje Evarini, subióse al instante á su escritorio, y como que aun no empezaba á clarear el dia, hizo encender una luz.

Ansioso sobremanera estaba por leer la carta que habia quitado á su víctima, rompió el sello y leyó con precipitacion lo que sigue:

«*Estimado amigo mio y consócio Sr. Marqués:*

»Por la última carta que os dirigí podreis formaros una idea de lo mucho que conviene que sea puesto en salvo Jorje Evarini, particular protegido mio, y en consecuencia de toda la sociedad. Él mismo será el dador de esta carta, y vuelvo á repetiros que lo recibais en vuestra casa y le trateis como digno amigo mio y vuestro. No me queda duda que lo hareis así, aunque no le hayais visto jamás. Observareis que está muy triste á causa de las persecuciones que sufre, y por lo tanto os ruego encarecidamente que le distraigais cuanto os sea posible; pero por ningun pretesto le obligueis á salir de vuestra casa, á menos que sea en vuestra compañia y en coche cerrado. Durante la per-

manencia de Evarini en Barcelona, os exijo una carta diaria, por lo menos, debiendo empezar á escribir la primera en el mismo instante en que Evarini llegue á vuestra casa, la cual, contando las horas con regular precision, deberé recibir mañana sobre la una de la tarde, y entónces os contestaré tambien al instante.

»La sagacidad de los Masones es mucha, y por lo tanto una sola cosa os encargo, y consiste en que me envieis las cartas por portador estraordinario, con una faja azul, un sombrero de paja con cinta tambien azul y montado en un caballo blanco. Yo os contestaré siempre del mismo modo.

»En otra carta os enteraré de varios otros pormenores acerca el dador de esta. Entretanto procurad hacer lo que os dejo indicado, pudiendo ahora como siempre disponer á vuestro gusto de este vuestro servidor y consócio

»*Vincencio del Vivár*.

»En N... á 12 de julio del año 1835.»

Esta carta, segun acaba de verse, estaba fechada á 12 de julio, y Santiago no la leyó hasta la mañana del 13. Así cuando el P. Vincencio dice en ella que al dia siguiente á la una de la tarde debia recibir la contestacion, queria decir á la una del dia 13, en el cual Aguilar de Silva leyó la carta.

Atónito quedó éste al concluir la lectura del escrito, que el jesuita enviaba al marqués de Casarrubios. Su constante pensamiento, desde que habia escuchado la conversacion del jesuita y Evarini, habia sido saber quién era ese marqués tan íntimo amigo del jesuita, pero casi no pudo contener su admiracion al entrar en conocimiento de que el marqués y el P. Vincencio formaban parte de una sociedad que estaba en contra de la suya.

—¡Hé aquí el orígen de tantos males como nos han sobrevenido en estos últimos tiempos! murmuró Santiago.

¡Qué golpe tan tremendo fué para Aguilar de Silva la lectura de aquella carta! Él sabía positivamente y por esperiencia, que solo triunfaban de las sectas masónicas aquellos héroes que no temian los amagos de ellas, y por este motivo columbró ya desde entónces el inmenso poderío que sus rivales acababan de adquirir sobre él y sus allegados. Un puñado de hombres, entre los cuales figuraba ese verdadero jesuita, tan enemigo de la *Masonería*, habian tenido el atrevimiento necesario para constituirse y organizarse en sociedad, y esa constitucion se habia hecho sin haber atisbado la más pequeña cosa aquellos mismos contra quienes

la *Contramina* se organizó. Pensó Santiago que se habia acabado ya el omnímodo poder de los Masones, y en consecuencia tuvo por segura su ruina.

Sentóse Santiago en una silla de brazos; su alma no pertenecia ya á la tierra, una fuerte agitacion removia todos los órganos de su cuerpo, y poco á poco fué engolfándose su imaginacion en ideas ilusorias, pero de horror y de enfurecimiento. Duró, sin embargo, muy breves minutos esa especie de letargo, levantóse con aire de resolucion, y su rostro estaba ya mas tranquilo. Habia imaginado sin duda un gran proyecto.

—No hay otro remedio, dijo entónces con involuntaria sonrisa. Una sociedad de valientes... de héroes... se ha constituido para combatir la mia. Ella, cual torrente impetuoso que salta por primera vez de una grande roca, se ha abierto paso hácia el mar donde debe combatir, sin que nadie haya podido poner dique á su curso ni marcarle tampoco el que debia seguir; ella ha atropellado toda clase de imposibles, y se ha organizado completamente sin que nosotros hayamos tenido noticia alguna de su creacion ¡Ah! ¡Eso es habilidad! Destruirla es ya imposible, y lo es del mismo modo que lo sería el hacer retrogradar las aguas de un torrente, haciéndolas entrar en el cauce de donde han salido. Ya no hay remedio... lo único que hacerse podrá, es plantear un sistema de ofensa y defensa contra ella, anular los efectos de sus obras, contrarestar todos sus planes, penetrar en sus mas íntimos secretos, y finalmente probar á cerrar ese cauce de donde ha salido, desacreditándolo cuanto sea posible para ser menos peligrosa la lucha con ellos, y para lograr, sino una completa victoria, poder hacer al menos mas mal que ellos bien. Lo único que siento es que ahora mas que nunca habrá de conocer su poder la Masonería. Hasta ahora nuestra secta no habia conocido enemigo alguno que de tal modo pugnase contra ella; y ese jesuita, ese hombre formidable, que él solo puede conseguir el abatimiento de nuestros primeros capataces, es el que forma parte de una sociedad creada para oponérsenos. ¡Ah, pobre secta mia! ¡Tarde ó temprano conocerás la preponderancia de tus nuevos enemigos! ¡todas nuestras Logias la conocerán por su parte, y hasta las naciones estranjeras tendrán que resentirse de que los Masones de España hayan consentido la organizacion de una sociedad que afecta directamente las tendencias y las miras de las naciones que componen la *cuádruple alianza!* (1) Eso podrá ser muy bien un mo-

(1) La alianza que formaron los gobiernos de España, Portugal, Inglaterra y Francia con el objeto de propagar y defender mútuamente las ideas liberales en los cuatro paises.



tivo de ofensa á esas poderosas naciones que tan interesadas se hallan en el sostenimiento de las ideas liberales, y que ya hoy dia pueden quejarse de que nuestras *sectas* de España permitan en su suelo por tanto tiempo la permanencia de D. Cárlos V y sus secuaces... Pero sin embargo, no es preciso que me abandone por esto á las consecuencias de estas ideas que me abruman, no es menester que desespere por esto de obtener los resultados que son de esperar. ¡Gran cosa es que haya yo descubierto la existencia de esa sociedad! Yo soy poderoso en mi secta; mi astucia y mi habilidad son celebradas en la España Masónica, y me valdré de todos los medios que estén á mi alcance para no permitir jamás que esa nueva sociedad llegue á la misma altura en que nos hallamos nosotros hoy dia... Activaré cuanto pueda la visita que quiero hacer á la casa de ese marqués de Casarrubios, de quien sé que forma parte de esa nueva sociedad, yo penetraré todos sus secretos; y para mayor gloria mia y de los adalides de mi secta, quiero triunfar de mis enemigos solo y sin participacion de nadie. Escribiré al grande Oriente liberal que he descubierto la creacion de una Sociedad Monárquico-religiosa, cuyas tendencias se dirigen á la destruccion de la nuestra, le rogaré que remita una circular á todas las Logias catalanas, corroborando mis plenos poderes en el Principado, y la cooperacion, exenta de toda oposicion, que deben dar á mis proyectos todos los Masones de Cataluña, cuando yo lo exija en calidad de miembro del *Sublime Consejo de Legisladores Masones*. Cuando esta circular esté espedida, ya no temeré al P. Vincencio del Vivár, ni al marqués de Casarrubios, ni á cualquier otro frailon ó servil que pueda formar parte de su odiosa asociacion.

Santiago dijo todo esto con el calor de su exaltada imaginacion; y luego que hubo concluido, pareció que habia recobrado la calma perdida.

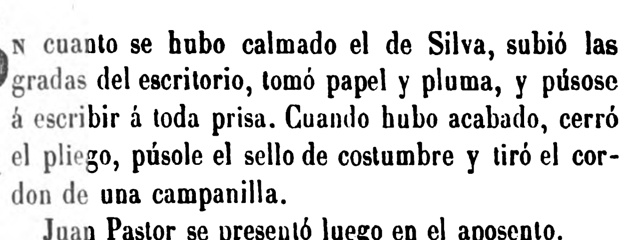
Permaneció algunos instantes inmóvil sin decir palabra y en actitud reflexiva, hasta que levantándose, se paseó por la sala y dijo al fin:

—Segun presumo, alguno se me habrá adelantado en descubrir esa horrible sociedad. Sí; no lo dudo. Me acuerdo que hace algunos dias despues de haber conferido á Carlos Colvin el grado de *Mason Escogido*, recibí una carta de Barcelona anunciándome la formacion de una sociedad á cuya cabeza estaba ese P. Vincencio... ¡Ah sí!... ya recuerdo... Leí esa carta á presencia del hermano Sansimon... y se me dijo que el P. Vincencio estaba en relaciones con cierto marqués de Barcelona. ¡Ah! ¡no hay que dudarlo! esclamó Santiago dando un enorme grito, ese marqués, de quien me hablaban, era el de *Casarrubios* á quien se dirige esa carta que he cogido á Evarini... Y además el hermano Sansimon me ha dicho que conoce á ese marqués... ¡Oh! ¡qué luz es esta!... ¡El padre de Julieta conspira contra nuestra secta!... ¡Ah, Sansimon! ¡estás perdido!

CAPÍTULO II.

Se cumplido.

Dejad, señor, los Galenos
Si han de hacernos tanto daño,
¿Qué importa al cabo del año
Veinte muertos mas ó menos?
TIRSO DE MOLINA.



En cuanto se hubo calmado el de Silva, subió las gradas del escritorio, tomó papel y pluma, y púsose á escribir á toda prisa. Cuando hubo acabado, cerró el pliego, púsole el sello de costumbre y tiró el cordon de una campanilla.

Juan Pastor se presentó luego en el aposento.

—¿Qué mandais, señor? le dijo.

—Que me digas ante todo la hora, contestó Aguilar de Silva bajando del escritorio.

—Cerca de las cuatro.

—¡De dia ya! contestó admirado. Muy tarde es. Corre, pues, esa cortina y apaga la luz.

Pastor lo hizo efectivamente y Santiago, acercándose al balcon abierto, dirigió sin horrorizarse una mirada indiferente á la quinta de Santa Magdalena, que se divisaba en lontananza á lo largo del camino oriental.

—¿Ha llegado Venlor? preguntó luego.

—Todavía no, respondió Pastor.

—Cuando llegue, le harás subir al instante.

—Muy bien.

—Escucha ahora.

—Escucho.

—Toma ese pliego y cuida de que al instante marche en posta para Madrid y sin pasar por Barcelona.

—Sereis obedecido, replicó Pastor tomando el pliego.

—¿Me has entendido? añadió Santiago. En posta para Madrid sin pasar por Barcelona... Márchate pues, y vuelve luego á subir.

En tanto que Juan Pastor fué á dar cumplimiento á las órdenes de Santiago, éste salió al balcon entreteniéndose en silbar el *Trágala*, y siguiendo el compás con los piés.

—Una pregunta me ocurre, Pastor, dijo Santiago á tiempo que se volvia para ver al arrendatario que acababa de entrar: ¿cuántos caballos de posta tenemos ahora en N...?

—Teniais dos... pero ahora no os queda mas que uno.

—¡Uno solo!...

—Teneis empleados todos los demás, y á fé que para ir y venir de Madrid se necesita algun tiempo mas que el de dos dias.

—¿Hay alguno que pueda estar muy pronto de vuelta?...

—Esta tarde llegará uno de los que teneis enviados á Madrid, y por otra parte, hoy debe llegar otro que está en Barcelona.

—En este caso, tendremos hoy tres caballos de posta, que con otro que llegará tambien mañana, serán cuatro... Pasemos ahora á otro asunto. Hoy me serás necesario fuera de esa quinta.

—Probado os tengo, señor, que en todas partes soy vuestro súbdito, dijo el arrendatario inclinándose.

—No lo dudo. Escucha, pues, lo que de tí quiero. Empieza á preparar provisiones de boca para todo un dia, las cuales cuidarás que sean abundantes para satisfacer á ocho personas, que las destrozarán seguramente como lobos. Prevenidas que las tengas, podrás cargarlas en una ó dos mulas, y nos las traerás...

—¿Y dónde, señor?

—A ello voy... Éntrate en la carretera real y sigue por ella en direccion á Barcelona. Nosotros estaremos ya de observacion, y sabedores del caso, no dejaremos pasar alma viviente sin mirar si eres tú. ¿Me has entendido?

—Perfectamente... os he comprendido.

—Déjame.

Santiago se quedó solo en el aposento, y empezó á pasearse cabizbajo de una parte á otra del mismo. Rato hacía que se admiraba mucho de la tardanza de Venlor, pero su admiracion subió de punto cuando los

primeros rayos del hermoso sol de estío empezaron á colorear débilmente los objetos del aposento. Su impaciencia iba aumentándose á medida que se alargaba el regreso de Venlor. A esto de las cinco, sin embargo, oyó el lejano galope de un caballo que se acercaba á la quinta, y salió al balcon para ver al que llegaba.

—Venlor, sube al instante, dijo luego desde el balcon.

El secretario de Santiago, como saben ya nuestros lectores, venia entónces de aquella quinta en la cual habia dejado á Evarini casi moribundo.

—Mucho te he esperado, dijo Santiago al verle entrar. Descansa un poco, y esplícame luego cómo han quedado nuestros asuntos.

—Las cosas, señor, se han cumplido á medida de vuestros deseos.

—Ya lo pensé... porque tengo esperimentado que todo aquello que se encarga á tu prudencia, queda bien desempeñado. Veamos, pues... esplica el caso.

—En primer lugar, dijo Venlor, hemos acuchillado, como de costumbre, el rostro de aquel Carbonario que quedó muerto en la refriega, y despues hemos colocado una enorme piedra al cuello de Evarini. Cuando hemos practicado esa operacion, estábamos ya á la orilla del mar.

—Comprendo... ¿Y la herida del *Huron*?

—Sobre ella voy á hablaros. Me he descalzado yo mismo para entrar en el agua y arrojar en ella al muerto, y cuando he tenido yo el cadáver cogido por los piés, he dicho al *Huron* que atase bien la piedra del cuello de Evarini, que se deshacia ya. Entónces, como que yo tenia el cadáver por los piés, la cabeza estaba sumamente entrada en el agua, mas que mas con el peso de la piedra: el pobre hombre, sin reparar en nada, ha metido medio cuerpo en el agua para recomponerla; y ya podeis pensar cómo aquella herida se le pondria de perlas.

—Debió de quejarse al instante, preguntó Santiago con alegría.

—Vaya si se quejó... Ha salido del agua, y ya entónces ha comenzado á dolerse de la herida, de modo que mientras íbamos andando, se le aumentaba el dolor, como si dijéramos á carrera de bala.

—¿Y qué habeis hecho entónces?

—Él no ha podido seguir muy luego, y le ha sido preciso detenerse. Para disimular mas mi objeto, he procurado animarle diciéndole que, si lo juzgaba oportuno, le dejaria en una quinta cercana, donde podriamos curarle.

—¿Y ha aceptado?

—Luego hemos pasado á efectuarlo.

—Y en la casa ¿qué es lo que habeis dicho?

—¡Pobres gentes! Son conocidos mios, pero por esto les hemos embaucado completamente. Hemos fingido gran cansancio, haciéndoles creer que nos habian sorprendido ladrones, y que en una lucha que con ellos habiamos sostenido, mi criado el *Huron* habia quedado herido gravemente; por cuyo motivo les suplicaba que permitiesen quedarse allí á dicho criado, hasta que su herida le dejase en estado de sufrir el movimiento de un carruaje. En esto todos los habitantes de la casa se han esmerado á porfía en curarlo, y les he prometido que antes de anochecer volveria yo mismo á enterarme del estado de su salud.

—¿Con que de este modo el Carbonario permanecerá en esa quinta que decís? preguntó Santiago.

—Eso es... y le tendremos en ella á nuestra disposicion.

—Acertado ha sido vuestro pensamiento, Venlor; pero ahora falta resolver qué es lo que haremos de ese Carbonario.

—Toma... pensado lo tengo ya, dijo Venlor. Esta noche debo ir á visitarle, y en lugar de una medicina, le administraré un sutil veneno.

—Bien pensado.

—Y confesad, por otra parte, que este es el mejor y mas oportuno medio de deshacernos de este hombre.

—Lo confieso... Echémosle así cuanto antes al barrio de los condenados, si es que los hay... Pero ¡ah! nos falta todavía urdir el medio de tranquilizar á los demás Carbonarios, para cuando noten la falta de su compañero.

—No os dé cuidado alguno ese negocio, porque los Carbonarios no os hablarán ya del *Huron*. Cuando ahora he pasado por en medio de ellos, me han preguntado efectivamente por su cohermano, y les he contestado en cuatro palabras que habiéndose dolido mucho de su herida, le he dejado á peticion suya en una quinta; que el mal seguramente se le agravará, y que de todos modos le haremos trasportar al hospital de Santa Cruz de Barcelona.

—¡Bravo, Venlor! ¡bravísimo! dijo Santiago con estrepitosa alegria, y dando una palmada en el hombro á su interlocutor. Debo deciros francamente que os portais como un profeta. Si todas las empresas en que entramos, nos saliesen tan bien como esa, ya no me daria cuidado alguno el poder abatir el empeñado orgullo de los clérigos, de los carlistas, y de todos los demás católicos á quienes sostienen los jesuitas de España.



—Razon teneis, porque en la empresa de esta noche nos ha coronado un feliz éxito.

—Feliz y seguro, Venlor. Pero aun nos falta el complemento de dicha empresa, y para ello deberemos ocuparnos gran parte de este dia.

—Para todo lo que querais, estoy á vuestra disposicion, dijo Venlor, pero debeis tener en cuenta, que al anochecer debo hallarme junto al *Huron*.

—No olvido, Venlor, la necesidad de esa medida, replicó Santiago, pero puedo aseguraros, que antes de anochecer estareis libre ya.

—Corriente... ¿Puedo saber de qué se trata?

—Es lo que voy á esplicaros... De aquí á dos horas, poco mas ó menos, saldré de la quinta con vos y los Carbonarios para apostarme á alguna distancia de la carretera de Barcelona. Mi único objeto es apoderarme de un pliego importante, que deberá llevar un hombre con faja azul, con una cinta del mismo color en su sombrero de paja, y montado en un caballo blanco. Este hombre pretende entrar hoy mismo en Barcelona.

—¿Y cuál será este sitio donde deberemos emboscarnos?... Es preciso que de dia evitemos todo peligro.

—Buscaremos uno que parezca á propósito para nuestro intento, cuidando por otra parte de que esté á alguna distancia del lugar en que hemos muerto á Evarini.

—Por supuesto... ¿Y quereis permanecer mucho tiempo de esta manera?

—Esperaré hasta las cuatro de la tarde.

—En tal caso, lo mejor será buscar un sitio delicioso donde podamos dormir, porque ya sabeis que esta noche ninguno de los que debemos partir ha descansado.

CAPÍTULO III.

—

La emboscada.

Bat. ¿Estamos todos reunidos?
Qui. Sin duda, y aquí hay un sitio admirable para ensayarnos.
SHAKESPEARE.—El sueño de una noche de verano.

A LAS siete de aquella misma mañana, Santiago y Venlor, seguidos de los Carbonarios, estaban ya en camino para la nueva espedicion.

El primero habia dado á sus bandidos todas las instrucciones indispensables para desempeñar debidamente la comision.

Santiago iba repitiendo las mismas instrucciones á todos los Carbonarios, que colocaba en acecho junto á la carretera. Juan Pastor por su parte, en cumplimiento á lo que se le habia mandado, no faltó con sus provisones á la hora regular.

A eso de las dos de la tarde, estando de centinela el *Rey de facha* y otro de los Carbonarios, vieron venir á toda prisa á un hombre montado en un caballo blanco y que traia además las otras señas que les habia prevenido Santiago: un sombrero de paja y una cinta azul en el mismo.

Escusado será ahora decir que ese hombre era un espreso, que el P. Vincencio, desde N..., enviaba al marqués de Casarrubios.

El gefe Carbonario hizo al instante á los demás la seña convenida.

Salió entónces el *Rey de facha* de su escondrijo, y aparentando bajar del camino tortuoso que tenian á su lado, presentóse en la carretera real y

se detuvo en medio de ella, aguardando con toda serenidad á que el espreso de N... se le acercase.

Éste, que no sospechaba por cierto las intenciones del Carbonario, al acercarse á él fué detenido cortesmente con estas palabras:

—Deteneos, buen ginete... Tengo algo que deciros.

—¡A mí! replicó el espreso lleno de admiracion. ¿Qué es lo que me quereis?

—Para decíroslo, amigo caminante, respondió el Carbonario, es preciso que os entreis conmigo en esa senda tortuosa, donde encontrareis á unos compañeros mios, de los cuales uno ha de haceros algunas preguntas.

—Conozco vuestras intenciones, replicó el espreso riéndose, pero vamos, confesad al menos que sois muy corto de genio. Habeis pensado muy mal si habeis creido que yo, sin ton ni son, os seguiria á donde os pluguiera conducirme. Por lo tanto, amigo, si quereis repetir con algun otro esas tentativas, aprended á no presentaros solo en los caminos reales, porque podrá suceder muy bien que, por via de divertimiento, os deje algun otro peor parado que yo.

Luego que hubo dicho estas palabras, picó el espreso á su caballo para alejarse del *Rey de facha;* pero éste, que ya habia prevenido el caso, le detuvo por la brida, diciendo:

—Deteneos, os repito, parlanchin. Confieso francamente que me place oiros hablar en los caminos reales. Una palabra quiero deciros... y no mas... Atendedme... Dirigid vuestra vista á esa tápia de pitas y moreras, y decidme: ¿no veis allí á un hombre montado en un caballo tan brioso como el vuestro?... Apostaria cuatro dedos de mi mano contra uno de la vuestra, que no habeis reparado en él... ¿no es verdad?... Pues bien: ya veis ahora, que podeis enmendar lo que habeis dicho. ¿Y no observais, además, que ese hombre está acechándonos y que tiene un arco en la mano con una flecha apuntada contra vos?... Os suelto ya; sois libre, si quereis; pero advertid que si vuestro caballo adelanta un paso, la flecha hará su curso.

El espreso no sabía qué hacerse.

—Os admirais sin duda, dijo el Carbonario, pero aun quiero aumentar mas vuestra sorpresa. Dirigid ahora la vista á ese camino tortuoso, y vereis bajar por él á toda prisa una partida de hombres montados todos y bien armados. Esos hombres son, pues, los que tienen algo que preguntaros. De este modo ya veis que somos once contra uno, y ese combate no es de aceptar. Un solo refugio teneis, pues, si quereis salvar

vuestra pelleja, y ese es el tomaros la pena de seguir conmigo, para salir al encuentro del vencedor. ¿No os parece, compadre, que soy algo razonable?

—Y bien, ¿qué se quiere de mí? dijo el espreso con ademan resuelto.

—Esta pregunta podiais haberla hecho desde un principio sin haberos mostrado tan arrogante. Lo que se quiere de vos es nada absolutamente: algunas preguntas.

—¿Y podeis asegurarme que no se me maltratará?

—No temais tocante á eso. Yo os respondo con mi cabeza, de que estais en completa seguridad. Despachemos pues, seguidme sin temor, y no se os hará daño alguno.

El *Rey de facha* entró entónces, junto con el espreso del P. Vincencio, en el camino donde estaban Santiago y los demás compañeros. Luego que estuvo cerca de ellos, Santiago le dijo:

—Buenas tardes, caminante. A fé de hombre os digo, que mucho os haceis aguardar. Cinco horas hace que estamos en espectativa.

El espreso no miraba con mucha calma á todos aquellos desconocidos que le rodeaban, y por este motivo no podia menos que temerlos.

—Yo os suplico... dijo.

—Nada de súplicas, compadre, respondió Santiago. Vuestros ruegos en esta ocasion indicarian temor, y nada debeis temer á mi lado. Quiero solamente que me respondais á algunas preguntas que tengo que haceros; y podeis estar completamente seguro de que no se os quitará un solo maravedís, ni se os tocará un ténue hilo de vuestra ropa, porque somos gente honrada, tanto como vos, á pesar de las apariencias contrarias. No somos ladrones, ni asesinos; y os doy palabra de honor de que antes de veinticuatro horas volvereis á estar en libertad.

—Confío en vuestra palabra, respondióle el espreso animándose. Pero sin embargo, desearia entretanto saber dónde se me lleva, y qué es la que se me quiere preguntar.

—No es hora todavía, replicó Santiago. Despues hablaremos, y paro ello sobrará tiempo; porque, como ya os he dicho, quiero teneros en mi poder veinticuatro horas.

El espreso tuvo que resignarse á tan duras proposiciones, y resolvió callar y seguir á aquella turba de temibles guias. Santiago, en lugar de caminar directamente hácia la quinta del Oriente, internóse por selvas y matorrales que le eran enteramente conocidos, y atravesó toda es-

pecie de terrenos, hasta que al fin se detuvo con toda su comitiva en un bosque dilatado y espeso.

—Ahora es cuando puedo hablaros con algun tanto de claridad, dijo Santiago á su prisionero. Nosotros queremos irnos al punto de nuestra direccion, pero para que no podais dar cuenta de nada, os vendaremos los ojos.

El espreso empezó á concebir serios temores.

—Decidme por Dios lo que quereis de mí: no me deis mal trato.

—La misma idea de taparos los ojos, repuso Aguilar de Silva, debiera daros confianza y haceros pensar que no queremos haceros daño alguno, al paso que si tal intento tuviéramos, poco nos importára el tomar ó no esa medida. Para tranquilizaros algun tanto, os digo, pues, que lo único que de vos quiero, es que nos entregueis la carta que llevais á Barcelona. Ya veis que este no es asunto para daros de puñaladas; robaros, tampoco es ese nuestro intento; porque si esto quisiéramos, ya no os hubiéramos llevado hasta aquí; no nos hace falta vuestro dinero, mirad...

Santiago enseñó al espreso un bolsillo lleno de oro.

—En este bolsillo hay algunas onzas en oro, y todos mis compañeros no están menos provistos. Por lo tanto, no temais, os repito, y dejaos conducir como os he dicho; que si mal intencionados fuéramos, no gastariamos con vos tantas protestas ni cortesías.

—¿Y es solo una carta lo que quereis de mí? replicó el espreso recobrándose.

—Solo una carta que el P. Vincencio del Vivár, jesuita de N... os ha dado para el marqués de Casarrubios, que vive en Barcelona, en la calle de los Condes, núm. 1, piso 2.° Estas son las señas que puedo daros. La carta es lo único que quiero de vos.

—Comprendo vuestros deseos, señor, dijo el espreso; pero para el acto material de daros una carta, no es preciso que me lleveis mas léjos. Os entregaré la carta ahora mismo, y dejadme libre.

—No puede ser de ninguna manera, replicó Santiago, porque quiero yo que el P. Vincencio ignore que esta carta está en mi poder, hasta que haya yo ejecutado ciertas cosas precisas. Eso no podria suceder si os pusiera á vos en libertad. Os prometo, sin embargo, que mañana á esta hora lo estareis ya.

—Ya veo que no me queda otro remedio que conformarme con vuestra voluntad, añadió el criado del jesuita angustiado. Haced, pues, de mí lo que querais, pero fío en vuestra palabra.

—Mi palabra es de caballero; cuando la doy, la cumplo.

Despues de esto, taparon los ojos del espreso con su propio pañuelo. Santiago y Venlor se colocaron á su lado para distraerle y darle conversacion. Andando de este modo y seguidos de los Carbonarios, llegaron á la quinta del Oriente cerca las cuatro de la tarde. Desde luego condujo Santiago al espreso del P. Vincencio á un aposento espacioso y bien amueblado, en el cual habia dos ventanas muy altas, por las cuales no se podia mirar.

Aguilar de Silva fué al escritorio con el objeto de leer la carta que habia arrebatado al propio del P. Vincencio. Abrióla con impaciencia, y leyó lo siguiente:

«*Amigo mio y consócio Sr. marqués.*

»Con el mayor y mas inesplicable dolor de mi oprimido corazon, paso á deciros con esta carta, que debo considerarme al fin vencido por las *sectas secretas*. Esa victoria, además, ha sido conseguida con sangre noble... Digo esto, apreciado marqués, porque nuestro mútuo amigo Jorje Evarini, ha sido bárbaramente asesinado en la carretera real esa misma mañana, al tiempo de dirigirse á vuestra casa de Barcelona.

»No puedo hablaros mas... la tristeza me impide hacerlo, un dolor agudo no me permite recordar pasajeramente lo que ha sucedido; de todo ello os enteraré en otra carta, dándoos los pormenores de la muerte de Evarini, que por cierto son muy trágicos.

»Á vuestras órdenes como siempre vuestro servidor y consócio,

»*Vincencio del Vivár.*»

La admiracion y pasmo de Santiago fueron grandes cuando hubo leido esta carta del jesuita. No podia adivinar cómo habia llegado á noticia del P. Vincencio el que Jorje Evarini hubiese sido asesinado por las *sectas secretas*. Su imaginacion recorrió en pocos momentos todos los hechos de aquella noche pasada, y llamó luego á Venlor.

El propio del P. Vincencio permanecia encerrado en el aposento. Santiago fué muy fiel á la palabra que le habia dado; hízole servir con toda puntualidad y esmero, dióle algunos ratos de amena conversacion, procuró no dejarlo solo, y cuando el mismo espreso quiso quedar en la soledad, Santiago tuvo la precaucion de presentarle algunos libros para que se entretuviera leyendo.

CAPÍTULO IV.

Triunfos de la secta.

¡Tierra de Albania! nodriza severa de hombres salvajes, permíteme reposar mis miradas sobre tí.

LORD BYRON.

Dijo Santiago á Venlor cuando éste se presentó:

—¿Os habeis apoderado de la pistola y del sombrero de Evarini, que habian quedado en medio de la carretera?

—No; no he pensado en ello.

—Me alegro de que así sea, replicó Santiago.

—¿Por qué me habeis hecho esa pregunta?

—Porque en esta carta que hemos arrebatado al espreso del P. Vincencio, veo esplícitamente consignado que la noticia de la muerte de Evarini es ya pública; y no sabía averiguar cómo habia adquirido ese carácter.

—¿Quereis, pues, significar con esto que la pistola y el sombrero de nuestra víctima la habrán descubierto?

—Es claro...

—Pero poco importa... El que sea pública ó no esa muerte, ningun perjuicio nos acarrea á nosotros.

—Eso por de contado, dijo Santiago: nosotros siempre obramos así; y despues, nadie es capaz de probarnos la verdad de los hechos, porque nuestros patronos encargados de ocultar siempre los crímenes que ellos nos hacen cometer, están prontos á protegernos. Muchas pruebas podria

daros yo de esta verdad. Dejad que nosotros prosigamos nuestros planes, mientras esos hombres del *Justo-medio* permanecen en el poder, y cuando hayamos llegado al fin que deseamos, entónces haremos caer á *Toreno* del ministerio (1).

—¿Y hay pruebas de lo que habeis dicho? añadió Venlor.

—Muchas tengo, replicó Santiago. Y para que juzgueis vos mismo, voy á ser algun tanto franco con vos.

—Sedlo enhorabuena.

—¿Sabeis, dijo Santiago despues de un momento de silencio, que hemos tenido bullanga en Zaragoza, Madrid y Málaga?

—¿Y hablais de veras?

—De veras os hablo. En Zaragoza gran parte de los conventos de la poblacion han sido ya reducidos á cenizas, y muchos de los religiosos han perdido en ella su vida. En Madrid ha sucedido tambien una cosa igual, se han dado *vivas*, ha habido gritos y fuego, pero la jornada principal no ha llegado aun. En Málaga tambien los religiosos han esperimentado el furor de nuestra secta, y á estas horas en otras poblaciones de España ya habrán tenido la misma suerte.

—Hablais cosas estupendas, señor.

—Aun no lo sabeis todo. Y si pudiera hablaros con toda claridad, mayor fuera vuestra admiracion.

—¿Y en qué dia nuestras huestes de Zaragoza se portaron tan brillantemente?

—El dia 5 de este mes.

—¿De ese modo ya será vieja para vos la noticia?

—Ya estuvo en mi conocimiento el dia 8. Se me comunicó por estraordinario por dos conductos diferentes. Por el uno, como á presidente de las Logias de N..., y por el otro como á miembro del Sublime Consejo de Legisladores Masones. Pero ya de antemano habia recibido yo órdenes de Madrid, en las cuales se me prevenia que callase todas esas noticias hasta ocasion oportuna, y creo que hoy recibiré la competente autorizacion para anunciarlo todo á las Logias de N...

—Mucho me alegro de ello, dijo Venlor, porque estoy seguro de que algunos habrá que, como yo, desearian hubiese sonado la hora de incendiar los conventos.

—Así lo espero.

(1) El conde Toreno fué ministro de Estado en el año 1835 durante el *Estatuto Real.*

—¿Y cuándo será eso?

—Probablemente despues de haber visto lo que se haga en Barcelona.

—En ese caso, el momento está mas lejano de lo que yo á primera vista me habia figurado.

—No te molestes por eso, Venlor. Pronto vendrá el dia. Mañana voy á Barcelona, y trataré de convencer á nuestros cohermanos de la capital de lo mucho que conviene que activen cuanto puedan el negocio, que es para todos nosotros tan interesante.

—Siendo así... dentro de poco tiempo...

—Antes de concluir el mes de julio, Venlor.

—Así me place... Y ¡cuánto grito, cuánta algazara se nos espera para aquel dia en provecho y honra nuestra!

—Por supuesto, replicó Santiago, y además que en todas partes de España serán muchos los ejecutores de nuestros planes. Ese enjambre de Carbonarios que tenemos hoy dia, en Cataluña, por ejemplo, se vá aumentando prodigiosamente. En pocos dias han entrado ochenta en la secta: y á fé mia que todos, además de ser gente sin alma, están dispuestos á andar de una parte á otra, para desempeñar lo que queramos encargarles.

—Yo, si he de deciros la verdad, D. Santiago, añadió Venlor, es tanto el deseo que tengo de ver y abrazar á esos Carbonarios, verdaderos hijos de los intentos de nuestra secta, que me parecerán siglos todos los dias que se pasen sin verlos á las puertas de vuestra casa, recibiendo vuestras órdenes. En prueba de ello, os digo con toda verdad, que cuando se hallen en N..., yo mismo quiero ser su *guia*.

—Muy bien me guardaré yo de permitíroslo, replicó Santiago. No conviene á la secta que los hijos de una poblacion se pongan al frente de los que, por órdenes superiores, hayan ido á ella con objeto de destruir los conventos religiosos. En N..., por ejemplo, cuando los Carbonarios vengan, tendrán ya su gefe manifiesto, el cual recibirá de mí únicamente las órdenes que me plazcan comunicarle y hacerle cumplir.

—De todos modos, prosiguió Santiago, he de partir mañana para Barcelona, llevándome, como ya os he indicado, á Carlos Colvin. Allí me agitaré en todos sentidos, para lograr lo que á todos nos conviene, y cuando vuelva, podré comunicaros buenos resultados.

—Creed que los aguardaré con mucha impaciencia.

Aquí Venlor manifestó deseos de marcharse á sus propios quehaceres, y Aguilar de Silva accedió á ello muy gustoso.

—Podeis iros cuando querais, le dijo. No conviene que os vea hasta las nueve de la noche.

—¿Y dónde os hallaré entónces?

—En mi casa de N...

—Está muy bien.

Venlor tomó su sombrero y empezó á darle vueltas.

—¿Y qué resolveis, D. Santiago, acerca del *Huron*, el Carbonario? dijo por último; creo que esta noche será la mas á propósito para enviarle al infierno.

—Sí; sí... debeis hacerlo y sin remedio.

—Debo darle un veneno: pero hay unos que matan al instante, y otros que van consumiendo lentamente. ¿Cuántos dias de vida quereis conceder al pobre Carbonario?

—¡Eh!... Seamos algun tanto considerados... Administradle un veneno de ocho dias.

—Sereis obedecido... Hasta las nueve.

Venlor se puso el sombrero, y saludando á Santiago, salió del aposento. Bajó apresuradamente por el camino oriental; y despues de media hora, se hallaba ya descansando en su propia casa.

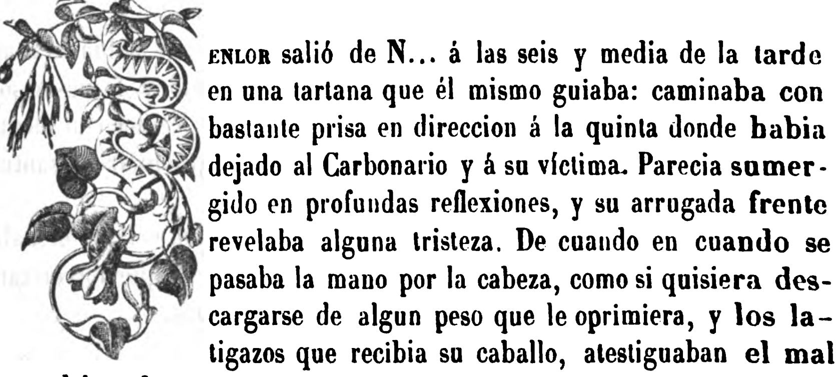
La conversacion que acababa de tener con Santiago le habia exaltado hasta el estremo. Su genio era enteramente pervertido y franc-mason, aunque no en tan sumo grado como su gefe. Deseaba Venlor con alegria verse iluminado por las siniestras llamas que debian producir los santuarios que el Señor tenia en N...

Pero siempre que su exaltada imaginacion se fijaba en que él habia sido la desgracia de su amigo Evarini, no podia menos que horrorizarse de sí mismo, de sus gefes, de su secta y de sus medios.

CAPÍTULO V.

Salvacion.

Así rota la vela, abierto el lado,
¡Pobre bajel! á naufragar camina.
JOVELLANOS.



VENLOR salió de N... á las seis y media de la tarde en una tartana que él mismo guiaba: caminaba con bastante prisa en direccion á la quinta donde habia dejado al Carbonario y á su víctima. Parecia sumergido en profundas reflexiones, y su arrugada frente revelaba alguna tristeza. De cuando en cuando se pasaba la mano por la cabeza, como si quisiera descargarse de algun peso que le oprimiera, y los latigazos que recibia su caballo, atestiguaban el mal humor del conductor.

En breve rato llegó al punto de su direccion. Apeóse, preguntó por su supuesto lacayo, y le contestaron que estaba en el aposento donde le habia dejado, del cual apenas habia salido.

—Hola, mi señor, dijo el *Huron* al ver á Venlor.

—¿Qué tal el herido? preguntó éste, ¿cómo se halla?

—Así... así...

—¿Y morirá?

—Nada de esto. Os prometo salvarle.

—¿Será posible? dijo Venlor lleno de alegria.

—Cierto es, señor, respondió el Carbonario. Podeis dar gracias de

ello á la precipitacion con que le dí la puñalada. He reconocido la herida y he visto que el puñal no le traspasó el corazon, sino que le pasó á un lado... Pienso curarle pronto con los remedios que sabré administrarle.

—¿No ha recobrado aun los sentidos?

—Los ha recobrado, sí; pero yo he procurado hacérselos perder de nuevo, temiendo que el.dolor de la herida le arrancára algun grito.

—Muy bien hecho, amigo. Os lo apruebo infinito, dijo Venlor. Venga la mano en prueba de amistad eterna.

Grande es la retribucion que os espera si salvais la vida á Evarini. Mi agradecimiento será eterno y manifiesto. Salvadle por Dios. Os lo suplico.

—Tocante á eso, no dudeis de mi promesa. La cumpliré.

—Entretanto, añadió Venlor, debo deciros que es hora ya de que nos lo llevemos con la tartana en que he venido; y cuando le tengamos en mi casa, entónces le administrareis los remedios oportunos, despues de haberle vuelto en sí. Si no os parece mal, sería muy del caso que volviéramos á arreglar su cuerpo á manera de fardo, de igual modo que lo hemos llevado esta mañana.

—Hagámoslo pues; replicó el bandido. Al instante...

El *Huron* pasó entónces, como por la mañana, una de las mantas sobre las angarillas, que habian formado con dos palos largos y varios travesaños; estendió sobre ellos el cuerpo casi exánime de Evarini, y envolviendo el todo con la otra manta, en pocos instantes dejó el fardo en disposicion de ser trasportado nuevamente al carruaje.

—Ahora me ocurre que tengo algo que deciros, dijo entónces el Carbonario.

—Esplicaos, pues.

—Por la ropa ensangrentada que veis en esa silla, dijo el *Huron,* podreis conocer que he desnudado á vuestro amigo, y al quitarle las botas, he hallado dentro de una de ellas un papel que no sé lo que dice, porque no sé leer, pero que por esto lo he guardado pensando que sería algun escrito interesante, cuando Evarini se habia tomado la molestia de esconderle en el fondo de su bota.

—Habeis hecho muy bien... ¿Y dónde está ese papel?... Entregádmelo.

El *Huron* se lo entregó. Ese papel, del cual ya tienen noticia nuestros lectores, era aquella relacion que habia escrito Evarini sobre los sucesos de aquella noche en que salió de N... La habia escrito para entregarla

al P. Vincencio tan pronto como posible le fuera. Venlor, luego que la tuvo en sus manos, leyó algunas líneas y esclamó:

—Gracias á Dios... Ese papel es un portentoso descubrimiento, del cual me valdré toda mi vida.

—¿De veras, señor? respondió el *Huron*. Yo tambien desearia mucho saber lo que dice este escrito, y ya que lo he puesto en vuestras manos, no creo que me negueis algunas esplicaciones.

—Cuando estemos en casa os lo leeré todo de la cruz á la fecha, para mayor satisfaccion vuestra.

—Me alegro mucho... ¿Puedo saber interinamente de qué trata?

—Trata en resúmen de lo que hizo Santiago en la quinta de Santa Magdalena, cuando ayer entró solo en ella vestido de fantasma.

—Mientras nosotros le aguardábamos estramuros, añadió el Carbonario. ¡Ah, picaron! ya sabremos tus hechos.

—Dejemos este asunto por ahora, dijo entónces Venlor restregándose las manos en señal de alegria. Bajemos pronto al herido, porque no es muy conveniente que permanezca mucho rato encubierto de este modo.

Venlor sacó una cartera de cuero con cerraduras de acero, y en la parte mas recóndita de ella colocó el papel que habia encontrado el *Huron* en la bota de Evarini. Despues de esto, cogió con el mayor cuidado el precioso envoltorio y lo trasportó él mismo al carruaje para que los de la casa juzgasen aun muy grave la herida de su lacayo. Éste tambien por su parte, despues de haber formado un envoltorio con los ensangrentados vestidos de Evarini, bajó la escalera con mucha dejadez é incomodidad, para que así los caritativos campesinos quedasen convencidos de sus supuestas heridas. Venlor y el Carbonario subieron finalmente al carruaje, y caminando con mucha lentitud, se dirigieron á N...

Al anochecer entraba la tartana en la poblacion, y al llegar á la casa de Venlor, bajaron del carruaje el cuerpo envuelto de Evarini y lo condujeron á una habitacion que estaba preparada de antemano.

De este modo el cuerpo de Evarini, á quien todos creian muerto y perdido para siempre, fué conducido cautelosamente á la casa de Venlor, á la casa de un enemigo suyo.

. . . .

Venlor, antes de las nueve de la noche, estaba ya delante de Santiago Aguilar de Silva en N...

Enteróle en pocas palabras y con frases estudiadas de que el *Huron*, el Carbonario, habia tomado ya el veneno que le habia administrado.

Contento Santiago del buen éxito de todas sus tentativas, comenzó á

conferenciar con Venlor sobre otra empresa, de la cual debian tambien salir airosos aquella noche. Santiago y Venlor debian representar un papel que reclamaba una prudencia infinita.

Luego que dieron las nueve, los dos amigos determinaron pasar á ejecutar lo que tanto les importaba; al salir de la casa, un coche les esperaba á su puerta.

Subieron á él, y caminando á toda prisa, llegaron luego á una gran casa de antigua fachada, en cuyo espacioso patio paró el elegante coche de Aguilar de Silva.

Santiago y Venlor acababan de entrar en la casa de N... donde habitaban los Evarini.



CAPÍTULO VI.

Los Carlistas asesinos.

Puede triunfar el crimen, pero jamás ser feliz. No hay escudo que oponer á sus inevitables tiros. El corazon que traspasa, arroja sangre por sus poros, y siente sus golpes en el seno mismo de la riqueza y de la disipacion.

MISS REJINA MARÍA ROCHE.

APENAS Venlor y el *Huron* se hubieron llevado sin sentido á Evarini, cuando notóse la horrorosa catástrofe de que dicho camino habia sido espantoso teatro en la noche anterior. Noticias de esta clase se trasmiten comunmente con la celeridad del rayo, y no tardó en contarse de mil modos diferentes, pero no faltó quien adivinára el motivo de estar tan desfigurado el rostro del hombre muerto.

En pocas horas se divulgó el caso por todos los pueblos comarcanos, y en todos ellos se contaba el hecho con el horror y odiosidad que acostumbran á escitar escenas tan bárbaras.

Las voces que corrian se difundieron tambien con toda prontitud en la ciudad de N... Las autoridades de dicha poblacion fueron acto contínuo á inspeccionar el lugar del asesinato, y recogieron el cadáver, junto con una pistola y un sombrero de paja, que encontraron en el suelo, todo lo cual fué llevado á las casas consistoriales de N... Practicáronse luego todas las indagaciones de costumbre, y tratóse de pasar á formalidades mayores.

El P. Vincencio supo tambien muy pronto el estraño suceso, y sobre-

cogido de un triste presentimiento, pasó enseguida á las Casas Consistoriales, presumiendo ya sin duda lo que allí debia sucederle. Pidió luego que le permitiesen ver al hombre muerto, y mas que todo la pistola y sombrero que se habia hallado junto al cadáver.

Fuéle concedida esta gracia, no tanto porque en semejantes casos es preciso apreciar todas las circunstancias, como por la buena reputacion que el P. Vincencio tenia adquirida en N... Luego que vió el jesuita los objetos que se le presentaron, conoció con demasiado pesar suyo, que aquella pistola y sombrero eran propios de Evarini.

Fué recobrando poco á poco su imperturbable calma y comunicó á las autoridades el juicio que habia formado sobre los objetos que acababa de ver. Díjoles que la pistola y sombrero eran efectivamente de Jorje Evarini, pero que el cadáver que habian recogido no era el de Evarini. Nueva admiracion fué esta para las autoridades; pero el P. Vincencio, que, como adivinaba quién habia cometido el crímen, sabía tambien cómo habia sido ejecutado, les dijo que el cadáver que habian encontrado sería el de alguno de los asesinos; que éste habria sido muerto sin duda por un pistoletazo de Evarini, y que sus cómplices le habrian desfigurado para impedir que fuese conocido.

Imposible nos fuera dar cuenta del dolor de Emigdia al recibir tan fatal nueva, y á ello renunciamos. Las autoridades de N... pensaron desde luego, en vista de lo que sabian, que Jorje Evarini habia sido asesinado por alguna partida de malhechores, los cuales habian luego enterrado ó escondido el cadáver para hacer perder la pista á la justicia.

El P. Vincencio del Vivár sabía con certeza de dónde habia salido el tiro mortal dirigido contra su amigo, y convencióse de que Evarini existia aun, y de que habia sido escondido por los Franc-masones con el objeto de guardarle en su poder. Por mas que se dijese, no quiso apartarse de esa opinion, y persistió en ella, hasta que supo por el mismo Santiago, que el cadáver de Evarini habia sido arrojado al mar.

La desconsolada Emigdia opinaba del mismo modo que el jesuita, pero á sus hijos se les dijo que una banda de asesinos habia muerto á su padre, de cuyo cadáver se ignoraba todavía el paradero.

Al dia siguiente, Venlor y otros cofrades de la secta masónica esparcieron por la ciudad la noticia de que los carlistas habian asesinado á Evarini. La misma voz se esparció por todos los pueblos comarcanos. El pueblo, que está siempre pronto á creer lo peor, acogió benignamente esa idea, y ella sola fué la que prevaleció. Se dijo que aquella noche habia pasado una partida de ellos en tal ó cual pueblo, que al dia si-

guiente estuvieron en tal ó cual otro, y hasta salió de N... una partida de tropa y milicia ciudadana en persecucion de una partida de facciosos, que se suponia escondida en aquellos alrededores.

Son muchos los horribles asesinatos por el estilo del de Evarini, de que se llevaron la culpa los carlistas.

El P. Vincencio, despues de tan tristes nuevas, envió á las doce del dia un propio al marqués de Casarrubios, participándole la muerte de Evarini; pero, segun hemos visto ya, esta carta cayó tambien en poder de Santiago Aguilar de Silva.



CAPITULO VII.

Desconsuelo.

Evelina lloró; y al fin, despues de haber sollozado como un niño, la conmocion natural á que se habia abandonado volvió alguna calma á su espíritu, y se durmió.
WALTER-SCOTT.

TRANQUILA era la noche que siguió al asesinato de Jorje Evarini. Parecia que la tranquilidad de la naturaleza se burlaba de las angustias y desconsuelos que pasaba la familia de la desgraciada, cuanto ilustre víctima.

Hallábase dicha familia reunida en un salon alumbrado por ocho bujías, sostenidas por otros tantos candelabros de bronce repartidos entre dos cómodas, una estufa y una mesa.

En el fondo de un retrete contiguo se veia una hermosa efigie de Cristo crucificado, alumbrada por dos velas, y delante de ella, un reclinatorio de mucho gusto y primor, junto al cual los miembros de la familia habian rogado todo el dia al Dios de las misericordias para que se dignase perdonar las faltas del gefe de ella y de sus enemigos.

Emigdia estaba negligentemente sentada en un confidente de adornos góticos, vestia riguroso luto, y el pañuelo blanco que tenia en las manos enjugaba de contínuo las abundantes lágrimas que manaban de sus entumecidos ojos.

Adela y Sofía estaban vestidas tambien de luto y participaban del

mismo dolor de su madre. Cerca de ellas estaba Aurelio absorto en sus reflexiones y contestando alguna vez á las pocas preguntas que le dirigia su director el P. Vincencio, que no habia abandonado un instante á la desconsolada familia desde que la habia noticiado la muerte de Evarini. Formaban tambien grupo con ellos los dos hermanos Leandro y Rosita, hijos de los arrendatarios de la quinta de Santa Magdalena, los cuales habian pasado á acompañar á sus señores, desde que supieron tambien la horrorosa catástrofe.

Un silencio sepulcral reinaba en aquella estancia. Adela inclinó la cabeza en el regazo de su madre, y Sofía, por un movimiento de imitacion, hizo lo mismo, viniendo á quedar las dos como dormidas.

Emigdia estaba sumamente triste y trastornada, pero esto poco le importaba; habia recibido el golpe fatal y ya no le hacía derramar tantas lágrimas la muerte de su esposo como la consideracion de lo que podria sobrevenir á sus hijos, suponiendo que los asesinos de su esposo lo serian tambien de ellos. Conocia perfectamente toda la estension de los peligros y de los sucesos, y aunque el P. Vincencio no le hubiese dicho espresamente todo lo que del asesinato de su esposo se podia colegir, conocia sin embargo que éste habia sido víctima de las *sectas secretas*, y para esta suposicion no le faltaban fundamentos, porque sabía que su esposo habia sido llamado tres veces diferentes por los gefes de la secta; y por otra parte él mismo le habia dicho que el que desobedecia á los tres llamamientos, era reo de muerte, cuya pena sufria irremisiblemente. El asesinato de Evarini era ya un hecho consumado, y por él veia Emigdia que los mismos puñales que se habian levantado contra su marido, se levantarian indudablemente contra sus mismos hijos.

En el P. Vincencio la meditacion era mucho mas profunda. Emigdia podia compararse á una tierna y apasionada tórtola que pierde á su amado compañero, y el P. Vincencio á un valiente guerrero que ha perdido su hermano de armas en alguna emboscada.

El jesuita, de muchísimo tiempo antes, ó mejor, desde que estaba al corriente de los secretos de los Masones, jamás habia dejado de penetrar los designios y tramas de los mismos, jamás los mas ocultos intentos se habian escapado á su penetracion, y precisamente debia ser una gran sorpresa para él el haber quedado de tal modo burlado. No sabía cómo tomar el hilo de tan horrible suceso, y esta era la primera vez que se contaba por vencido, segun el dicho de Santiago. Si se dejaba guiar por su imaginacion, era conducido involuntariamente á pensar en la muerte de Evarini, y aquí tambien se hallaba agobiado y sin norte, ni tan solo podia ha-

llar medio alguno con que formar fundadas conjeturas sobre el actual paradero de Evarini.

Jamás en su vida se habia visto el jesuita tan abatido como aquel dia, y los sordos suspiros que exhalaba de cuando en cuando, eran una prueba evidente de sufrimiento interior.

Aurelio, por lo mismo que su viveza era suma, estaba abismado en tristes ideas. Habia recibido la noticia fatal de que su padre habia sido muerto por una banda de asesinos; pero en el semblante de su madre, en las cavilaciones de su maestro, la marcha precipitada y misteriosa de su padre y, sobre todo, en la tristeza del mismo, conocia él, y con fundado motivo, que en aquel horrible suceso, que aterraba á toda su familia, habia un terrible secreto. Prudente sin embargo como era, resolvió no comunicar á nadie sus sospechas, y mucho menos hacer preguntas sobre ellas.

Todos los que estaban en la sala indicada, guardaban un profundo silencio. Los arrendatarios de Santa Magdalena, Isidro y Gertrudis, se habian levantado para marcharse, y despues de haber dirigido la palabra á la viuda é hijos, con todas aquellas fórmulas y frases de invariable costumbre, dejaron á la desconsolada familia en compañia de Leandro y Rosita, que debian pasar en N... la noche.

Despues de la salida de Isidro y Gertrudis, volvió á quedar todo en el mismo silencio que antes. Duró, sin embargo, muy poco aquella muda escena, porque Emigdia, no pudiendo comprimir su interior sufrimiento, comenzó á dar algunos suspiros.

—¡Ay, Padre!... ¡qué fatalidad! dijo al jesuita.

—No penseis en ello, contestó éste. Resignaos á las desgracias con que al cielo le place probar vuestro valor; no os desespereis por esto, porque el cielo es justo, y él sabe muy bien que este golpe ha sido tan fatal para vos, como para mí.

—¡Ah, Padre!... si yo pudiera.

Emigdia no continuó, pero el P. Vincencio conoció que la viuda no se esplicaba á causa de sus hijos. Ella no pudo contener entónces sus lágrimas, y muy pronto le siguieron sus tres hijos.

—Valor, señora, la dijo el P. Vincencio conmovido. Resignaos á vuestra suerte, que por dura que os parezca, es inevitable. Vos sabeis que vuestro esposo era un varon justo; y una gloria eterna...

—Pero... mis hijos... mis hijos... Olvidais, Padre, que en estos tiempos las venganzas son á veces hereditarias, y que los asesinos de mi esposo pueden tambien...

Emigdia no pudo proseguir y redobló su llanto.

Acordóse el jesuita, por las palabras de Emigdia, de la peligrosa posicion de Aurelio, y no pudiendo contener una lágrima, que rodó por sus mejillas y enjugó prontamente para disimular su conmocion, comenzó á pasearse de un estremo á otro del salon.

—Llorad, pobres amigos mios, llorad, dijo al ver el llanto de toda la familia. No puedo menos de conocer el sentimiento que os atribula. Esa muerte es horrible. Yo mismo no puedo dejar de sentir en gran manera ese acaecimiento. He perdido ya á mis padres, he perdido muchos amigos de infortunio y de religion, he perdido *para siempre* á mi hermano adorado; pero jamás he recibido por ninguno de ellos un golpe tan fuerte como el que me ha causado la muerte de vuestro esposo. ¡Pobre Evarini!... Ayer á estas horas no pensaba en morir. Cuando la muerte pone delante de nuestros ojos el cuadro fiel de lo que es la existencia del hombre y de la vanidad de las cosas mundanas, entónces es cuando nosotros todos sentimos con mas fuerza la realidad de los fines de la creacion del hombre, dando pruebas con esto de su apego á la tierra. ¡Tremendos juicios de Dios! No os aparteis de ellos, señora.

En aquel momento entró un lacayo á anunciar á la marquesa de Roquebrune.

El P. Vincencio fué á tomar asiento y dijo á Emigdia:

—Valor, señora, no lloreis mas, serenaos... Vá á entrar la marquesa de Roquebrune.

—Soy de vuestro parecer, Padre, replicó la viuda enjugándose los ojos con su pañuelo blanco.

Adela y Sofía, al oir que iba á entrar la marquesa en el salon, apartaron la cabeza del regazo de su madre y pusiéronse en disposicion de recibir tan obsequiosa visita.



CAPÍTULO VIII.

Dos pésames.

Casi estoy tentado á creer que la muerte es la primera verdad que el hombre ha conocido en toda su estension.
SHAKESPEARE.

SOFÍA y Adela corrieron á abrazar á la marquesa de Roquebrune, en cuanto entró en la sala, y á recibir el beso con que les obsequiaba tan cariñosa señora.

Negra y enlutada de piés á cabeza, la arrogante figura de la de Roquebrune, parecia ser ella la que recibia el mas fuerte golpe por la muerte de Jorje Evarini. Su estatura era bastante alta, tenia treinta y dos años, era algo delgada, de cintura esbelta, de paso mesurado, y continente magestuoso. Llevaba un vestido negro, un sencillo chal de gró de Nápoles guarnecido de blondas, un gracioso sombrerito de paja de arroz, con cintas negras, y el espeso velo que de él se desprendia, ocultaban su hermoso rostro, que no era visto sino de sus familiares y de parte de su servidumbre, por motivos que solo ella sabía, y que á nadie queria comunicar.

Verdad es que no habia privado nunca á ninguno de los Evarini del placer de mirar su rostro, pero esta vez entró cubierta en la sala, porque presumia que no estarian solos los Evarini.

En el modo de presentarse la marquesa, en sus ademanes y en otras mil cosas diferentes, se conocia que aquella muger habia sufrido todos los vaivenes de la fortuna.

Cuando la marquesa hubo besado afectuosamente el rostro de las dos hermanas, acercóse con aire magestuoso á la triste viuda, diciéndole:

—Conozco muy bien, amiga mia, que habré sido la última en haber venido á molestaros recordándoos, por medio de un acostumbrado pésame, lo que tan léjos deberiais tener de vuestro pensamiento.

La de Roquebrune habia entrado con la resolucion de mitigar, en cuanto le fuera posible, la pena de toda la familia. Despues de haber hablado con la viuda, dirigió la palabra á sù hijo, diciéndole:

—El señorito Aurelio me perdonará tambien que no haya dirigido la palabra á él y á su madre juntamente, pero lo he hecho ya de intento para poderlo hacer ahora por separado.

—Mal concepto habeis formado, marquesa, contestó Aurelio. En vez de atreverme á perdonaros, debo por otra parte suplicaros que me perdoneis á mí el no haberme portado con vos del mismo modo que lo he hecho en otras ocasiones. Ahora cabalmente, al notar eso que vos quereis que yo os perdone, habia pensado que lo haciais por el descuido en que yo habia caido, y estaba coordinando el medio de reparar mi falta, cuando habeis tenido la bondad de dirigirme la palabra. Pero sea como quiera, debo advertiros, que el penoso sentimiento que me atribula, me hace asimismo olvidar mis deberes.

—A ser de otro modo, diria que me tratas con una severidad no acostumbrada.

—Razon tiene la marquesa, dijo el P. Vincencio á media voz.

—Yo no me quejo por esto, añadió ella, pero sin embargo, es una observacion que me ha parecido oportuna.

—Y creo que estareis ya convencida de la verdad, añadió Aurelio.

—Lo estoy, replicó la marquesa, y en prueba de ello, dejemos este asunto.

La marquesa hizo seña á Adela y Sofía para que se acercasen.

—Y vosotras, hijas mias, les dijo, estais tambien tristes, ¿no es verdad?

—Sí, señora, respondió Adela.

Y ambas se pusieron á llorar.

—¡Pobrecitas! murmuró la marquesa besándolas.

—No os admireis de su llanto, añadió Emigdia. Amaban infinito á su padre, señora; y ha muerto.

—No lloreis no, probrecitas, dijo la marquesa. Vuestro padre vive aun colmado de gloria en mejor mundo.

—¡Ah! no es así... ¡cuánto lo desearia! dijo el jesuita á media voz, no pudiendo contener sus íntimos sentimientos al oir á la marquesa.

Oyóle ésta sin embargo, y le dijo:

—Habeis dicho que no era así, Padre y...

—Sí, señora, lo he dicho.

—Padre, añadió la marquesa admirada, perdonad mi atrevimiento, pero me parece que vos no podreis saber...

—Señora, no puedo esplicarme mas.

—Os comprendo, Padre. Evarini tendria seguramente amigos que no habrán vacilado en asesinarle.

—Vuestra perspicácia me admira, señora, replicó el jesuita. ¿Y cómo habeis podido adivinar?...

—Nada de esto os admire, Padre, replicó la marquesa en alta voz para que todos lo oyeran. Ojalá no hubiese podido comprender jamás eso que vos no podiais esplicarme. Muger como soy, he padecido ya desde muy jóven los tormentos que está hoy sufriendo toda esta familia, y para que me comprendais mejor, os diré, Padre, que personas para mí las mas queridas en este mundo, han sido tambien víctimas de los hijos de Manés y de Molay. Era muy jóven cuando quedé huérfana y viuda, y sola y abandonada á mí misma, he tenido que hacer mucho y he tenido que huir del mundo y de los que han deseado mi vida. No puedo esplicarme mas, Padre.

—Os comprendo tambien, replicó el jesuita abismándose en profunda meditacion.

La desgraciada Emigdia se deshacia en lágrimas; Aurelio se esforzaba en penetrar el corto diálogo que acababa de haber entre el jesuita y la marquesa, y ésta continuaba teniendo asidas de las manos á las dos hijas de Evarini.

—Vamos, niñas, les dijo la marquesa, consolaos... porque aunque vuestro papá esté en el cielo, él os verá y os amará desde allí, y por otra parte, acá en la tierra quedan vuestra mamá y vuestro hermano, que os aman en estremo.

—Queria solicitar de vos un favor, marquesa, dijo Emigdia á la de Roquebrune.

—Pedid de mí lo que querais, replicó ésta. Ya sabeis que cuando un Evarini me pide un favor, lo tiene ya concedido, aun antes de saber cuál es.

—Favor es este que no merece nuestra familia.

—Dejaos de cumplimientos, señora.

—Os pido, que en razon á que tengo en N... muy pocos parientes, os tomeis la pena de venir á acompañarme á los funerales de mi esposo.

—Lo haré, señora, y haciéndolo cumpliré con mi deber y con mis sentimientos; y ahora, á mi vez, quisiera pediros otro favor. Permitidme que esta noche me lleve conmigo á vuestras hijas, y de este modo podré distraerlas algun tanto...

—Aprecio, señora, vuestros maternales sentimientos en favor de mis hijos, contestó la viuda.

—Los señores de Rosa-Lis, anunció un lacayo.

Poco despues entraron en la sala los señores de Rosa-Lis, padre é hija; la marquesa se acercó á Aurelio, diciéndole:

—Dias hace que no has visto á Laura de Rosa-Lis.

—Sí, señora... en verdad que son muchos.

—Siento infinito que hayas de verla en el mismo dia en que ha muerto tu padre.

—Tambien lo siento, señora.

—A lo menos, replicó la marquesa, que pueda alegrarte su presencia.

—No sucederá así... Os digo de todas veras que hubiera deseado vivamente que D. Silverio de Rosa-Lis no hubiera venido acompañado.

La marquesa iba á contestar, pero no pudo hacerlo porque Laura de Rosa-Lis, que habia saludado ya á todos los demás, presentaba con gracia su mano á la marquesa de Roquebrune. Despues de ella saludó á Aurelio, y al darle el pésame por la muerte de su padre, los dos jóvenes se miraron fijamente... su mirada era de amor... y ambos hubieran deseado llorar.

Apenas hubieron tomado asiento los recien llegados, cuando, presentándose de nuevo el lacayo, anunció á Santiago Aguilar de Silva y á Joaquin Venlor.

CAPITULO IX.

El testamento.

Esposa, viuda, y jóven desposada,
Engañarás; de verte has engañada.
WALTER-SCOTT.

Las palabras del lacayo sorprendieron al jesuita; para prevenir á Emigdia sin pasar por descortés, dijo al lacayo en alta voz:

—Trae sillas para esos dos caballeros que van á llegar.

—¿Quiénes son? dijo Emigdia.

—Son Santiago y Venlor, replicó el jesuita dando á la viuda una mirada significativa.

La marquesa dejó su asiento diciendo:

—Si no me negais el permiso, Emigdia, me retiraré á mi casa.

Los Rosa-Lis hicieron lo mismo que la marquesa. Rosita Ribalta entretanto habia ido en busca de dos sombreritos negros, y mientras que ponia el uno á Adela, la marquesa ponia el otro á Sofía.

Emigdia besó luego la frente infantil de sus hijas, las cuales besaron tambien su mano al P. Vincencio, y se despidieron de Leandro y Rosita, que imprimió tambien un beso en su cándida frente.

Santiago y Venlor no tardaron en entrar. La marquesa y los Rosa-Lis saludaron al P. Vincencio y á los recien venidos, y Aurelio les hizo á todos los honores de la casa, acompañándolos hasta fuera de la sala.

Santiago, al ver á D. Silverio, le saludó cortesmente y le dijo:

—Tengo que hablar con vos sobre un asunto particular.

—Podeis hacerlo cuando querais, contestó el padre de Laura.

—Si no temiera molestaros, vendria esta misma noche al salir de aquí.

—Como gusteis.

Entretanto Laura, á quien Aurelio habia dado el brazo junto con la marquesa, esperaba en la antesala que saliera su padre.

—Desearia hablar contigo á solas, decia Aurelio á Laura.

—¿Cómo podrá ser eso?

—Pide á tu padre que te permita visitar á mis hermanas mañana mismo.

—Pero tus hermanas estarán en casa de la marquesa.

—No importa: eso es mejor... tú irás á verla.

Y dirigiéndose á la marquesa, que estaba distraida con las dos hermanas, le dijo:

—Un favor quiero pediros, marquesa, y es que mañana mandeis á buscar á esa señorita, para que pueda verse con mis hermanas.

—Siempre estoy dispuesta para complacerte á tí y á esa señorita, dijo la marquesa.

Aurelio no se entretuvo en cumplimientos, sino que, dirigiéndose de nuevo á su querida, le dijo:

—Queda ahora á mi cargo el que mañana por la noche, la marquesa y mis hermanas estén aquí.

—¿Y tienes que decirme algo mañana?

—Sí; Laurina... El aprecio que te tengo...

—Basta, Aurelio, le replicó Laura. Lloras hoy la muerte de tu padre, y no te permitiré que en tal dia me hables de amor.

Cuando Santiago y Venlor hubieron dejado de hablar con el señor de Rosa-Lís, tomaron asiento sin poder casi reprimir un gesto de desconfianza y de indignacion, que les inspiró la presencia del jesuita. Santiago habia escogido de intento aquella ocasion para presentarse á la familia de los Evarini, porque pensó que la presencia de algunos forasteros sería propicia á la realizacion de sus proyectos, por cuyo motivo le disgustó sobremanera la presencia del P. Vincencio, al paso que la de la marquesa, de Leandro y de Rosita favorecia sus intentos.

Santiago era, sin embargo, hombre de resolucion y de ilimitados recursos, y no por esto desistió de la ejecucion de sus proyectos.

Casi sería imposible describir la mirada altanera de desprecio y confianza en sí mismos que cambiaron el P. Vincencio y Santiago. Este último, á pesar de su altivez particular, supo disfrazar perfectamente su emocion y sus sentimientos.

—Señora, dijo Santiago á Emigdia, la íntima amistad que habia unido siempre á vuestro esposo con sus dos amigos Santiago Aguilar de Silva y Joaquin Venlor, nos ha movido á daros nuestro sincero pésame.

Emigdia solo contestó con sollozos y lágrimas, y no solo tuvo que aguantar con paciencia la relacion de Santiago, sino tambien la que Venlor habia de antemano estudiado quizá mas que su gefe. Emigdia se deshacia en llanto al oirles, y casi no podia dar crédito á que los mismos asesinos de su esposo fueran los que afectasen llorar su muerte en la presencia de su viuda. El mismo P. Vincencio quedó estupefacto de tanta desfachatez é insolencia.

Aurelio volvió á entrar al fin en la sala, y mientras que Venlor le daba tambien el *pésame*, y Emigdia estaba distraida con su llanto, acercóse el P. Vincencio al oido de Santiago, y aprovechó tan propicia ocasion diciéndole:

—¡Bárbaro! ¡No infames á esas gentes con tu infernal presencia!... Déjalos... Tus planes están ya descubiertos... tu puñal se ha bañado en sangre noble... Retírate, que estoy decidido á que sea esta la última que derrames.

Una sonrisa desdeñosa y una mirada de desprecio fué lo que Santiago dió por contestacion á las palabras de su adversario. Pensó, sin embargo, que el partido mas prudente era el de acortar cuanto fuese posible la conversacion, lo cual resolvió hacer para poder salir pronto de la casa.

—Ya os he hecho mencion, señora, dijo á la viuda, de la íntima amistad que me unia con vuestro esposo, la cual ya no podré ni deberé negar jamás á su viuda, porque en virtud de ser yo abogado, y de la confianza de Evarini, vino éste á encontrarme pocos dias hace para consultarme sobre su testamento, cuyo original no he podido menos que llevaros, y que, segun vereis, está redactado con todas las solemnidades y fórmulas de estilo.

La diestra imaginacion del P. Vincencio estaba esperando rato hacía que Santiago hiciese una de las suyas, pero nunca llegó á presumir que á tanto pudiera llegar la desfachatez del gefe mason. Éste, entretanto, habia abierto ya su cartera de memorias, y presentó á Emigdia un papel sellado diciéndole:

—Este es, señora, el testamento de vuestro esposo, y tengo un placer indefinible en daros mil enhorabuenas por la mucha consideracion que le mereciais, pues que ha querido nombraros dueña de todos sus bienes.

Lo que Santiago decia era una falsedad. Evarini no habia hecho tes-

tamento alguno; pero inventó esa patraña para la realizacion de los intentos que se verán mas adelante. Por lo tanto, aunque el contenido del testamento era fingido y la firma falsificada, procuró con todo que Emigdia no pudiera quejarse de la redaccion, ni que pudiera anularle por un motivo cualquiera.

Emigdia, impelida mas por el temor que por la voluntad, tomó el testamento de mano de Santiago. El P. Vincencio, no obstante, no quiso dejar el asunto tan bien parado para su enemigo, y le dijo:

—Es muy estraño, Sr. D. Santiago, que Evarini no hubiese comunicado en vida á su esposa los deseos de hacer testamento.

—Eso es muy sencillo, Reverendo Padre, dijo Aguilar de Silva con ironía. Ya sabeis vos que D. Jorje era algo caprichoso. Hace pocos dias que está concluido este testamento, con el cual queria sorprender á su esposa á la hora menos pensada, pudiendo esto muy bien comprobarse con la lectura del mismo.

Emigdia, como hemos dicho ya, desde la muerte de su esposo temia mas que nunca el poder de los Masones; pensó ella que el jesuita con su última pregunta habia ofendido á Santiago, y deseando calmarle á todo trance, devolvió á Santiago el testamento, suplicándole que lo leyese.

Esto era lo que Santiago deseaba, y entretanto que decia:

—Con mucho gusto, señora,

Acercóse á la luz, abrió el pliego del testamento, despreciando sin contestarlas las miradas del jesuita, y púsose á leer lo siguiente:

«Yo, Jorje Evarini, hallándome en plena vida, y deseando subsanar que en la hora de mi muerte no pudiera espresar claramente mi última voluntad, vengo en ordenar este testamento, para que despues de mi defuncion valga como tal, ó como cualquiera otra especie de última voluntad. Todos los bienes muebles é inmuebles de que yo por títulos legales soy dueño y señor, los dejo enteros á Emigdia Serrano, mi legítima y fiel esposa, con participacion de mis tres hijos, Aurelio, Adela y Sofía, y con la terminante condicion de que todos mis dichos bienes habidos y los por haber, pasen al dominio de mi hijo y heredero Aurelio, luego de muerta su madre, quedando heredero libre de todos los dichos bienes, sin menoscabar por esto la legítima que de derecho pertenezca á mis dos hijas Adela y Sofía. Es al mismo tiempo mi última voluntad que sean procuradores de mis bienes en la persona de mi esposa é hijos, uno el P. Vincencio del Vivár, religioso jesuita, director y maestro de mi hijo Aurelio, y otro D. Santiago Aguilar de Silva, noble hacendado, íntimo amigo mio, á quienes dichos curadores ruego y encargo que en

recompensa del afecto que siempre les he mostrado, confirmen mi buena y acertada eleccion, mirándose como propios los hoy dia mis intereses, y que desde el dia de mi muerte pasarán á serlo de mi esposa é hijos.»

—Esto es todo lo que contiene el testamento, añadió Santiago. En la firma y sello de él, conocereis la mano de vuestro esposo.

Luego despues Santiago devolvió á Emigdia el testamento, dando al jesuita una mirada de triunfo.

—Por lo tanto, señora, añadió luego, yo me ofrezco desde ahora personalmente á cumplir lo que ha dispuesto vuestro esposo, y segura podeis quedar de que, en cuanto de mí dependa, procuraré hacer la felicidad de vuestros hijos aumentando su pingüe patrimonio, y no dudo en afirmar que lo conseguiré, si para ello tengo la ayuda y cooperacion de mi digno concurador el P. Vincencio del Vivár.

El P. Vincencio cambió con Emigdia una mirada de inteligencia.

—Tocante á mí... ya lo sabeis, Emigdia, dijo el jesuita.

La viuda de Evarini no podia dejar de presentir los males que necesariamente debian sucederle; pero en todo caso confiaba en el otro curador, el jesuita, si queria el cielo que debiera resignarse á admitir el testamento que le habia presentado Santiago. Esto era lo único que ella habia imaginado, pero no supo dar en el blanco de la intriga que se habia urdido. Solo el jesuita podia adivinarlo. Segun se verá despues, varios fueron los motivos que hicieron obrar á Santiago. Entre otros, éste anhelaba vivamente poder hablar con el P. Vincencio, pero el maestro de Aurelio huia todas las ocasiones. Santiago, por medio de este testamento, se proponia conseguir dos objetos distintos. En primer lugar estar cerca de la persona de Aurelio, que era para él cosa de suma importancia, y por otra parte, lograr una entrevista del jesuita.

Emigdia se vió forzada á seguir con Santiago y Venlor una conversacion que, aunque indiferente, le era poco agradable en tales circunstancias.

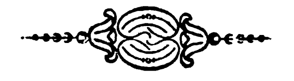
—Sé muy bien, señora, dijo el gefe mason despues de algun rato que estaba conversando, que os aflige en estremo el no saber en dónde se halla el cadáver de vuestro esposo Jorje Evarini. He practicado algunas diligencias para descubrirlo aun antes de manifestaros el empeño que en protegeros tenia contraido. Esta mañana he enviado ya á algunos de mis criados para que descubriesen la huella de la sangre á qué parte se dirigia, pero no ha podido encontrarse... Pero esto no os asuste, porque aun os prometo obtener mas felices resultados con las nuevas indagaciones que haré. Mañana en persona saldré de N... para dirigirme á un

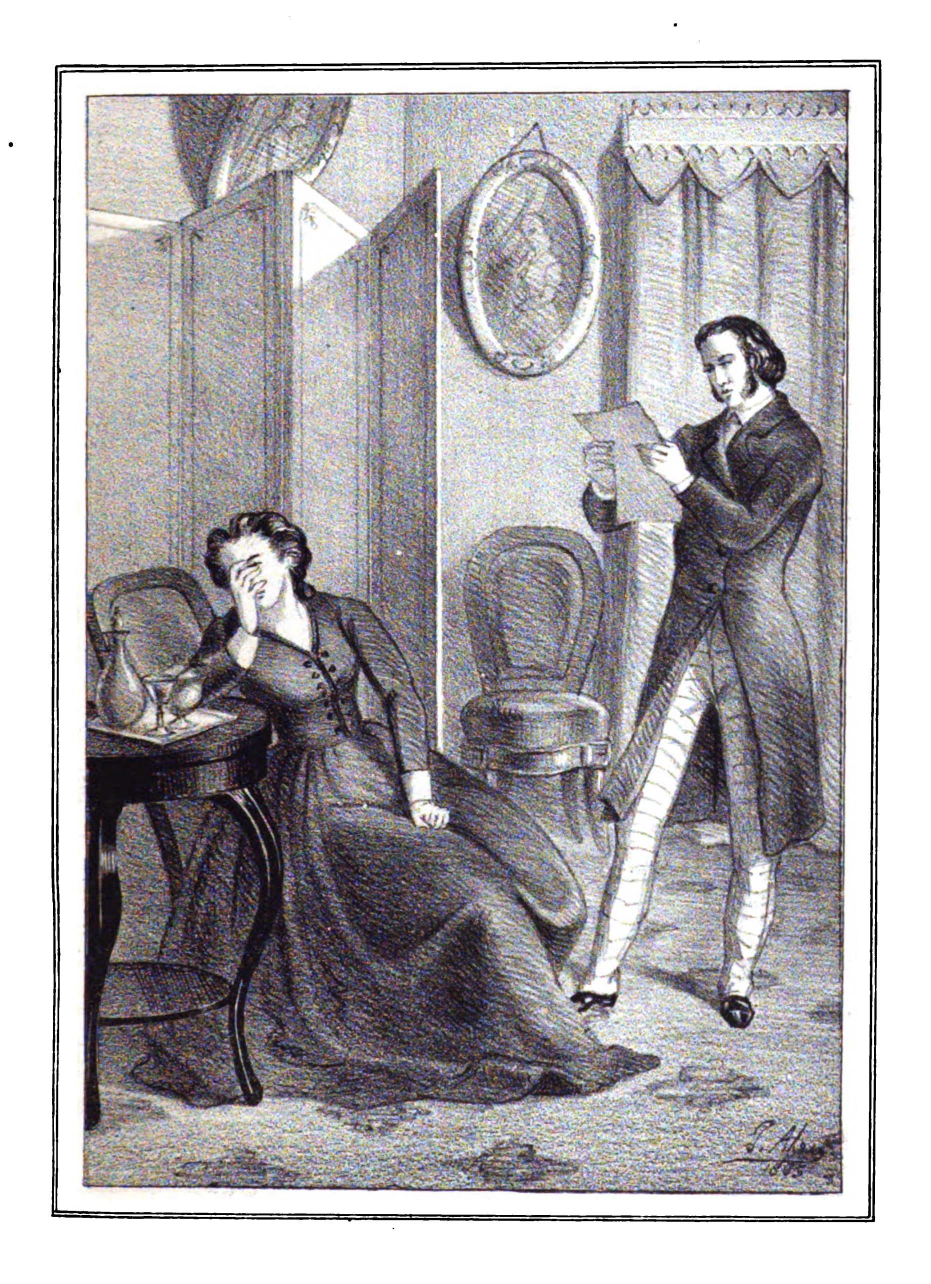
pueblo comarcano, del cual volveré á salir luego con todos los *urbanos* del mismo en persecucion de una gavilla de foragidos carlistas, que esta noche pasada ha estado en sus inmediaciones, y que probablemente será la que habrá cometido el horrible asesinato de vuestro desgraciado esposo, que pretendo descubrir.

—Ya que vos habeis sido nombrado tambien curador de los bienes de la casa de Evarini, continuó dirigiéndose al P. Vincencio, espero, amigo mio, tener con vos alguna entrevista para ponernos de acuerdo sobre nuestra conducta.

—Mucho deseo, le contestó el jesuita con aire resoluto, tener con vos una muy larga entrevista, y creed que á la hora menos pensada vendré á molestaros con una visita, para que me deis, y os dé estensas y circunstanciadas esplicaciones.

Las palabras del jesuita produjeron el efecto de un rayo.





Santiago tuvo el placer de verme llorar.

CAPÍTULO X.

Santiago y Sansimon.

Nó de mi amor y mi afecto
Os burleis; que, ¡vive Dios!
Que me tiene loco y ciego
De vuestra prima divina
La hermosura.—¡Qué! ¿tan presto
Os habeis enamorado?

MORETO.

MUY aturdido Santiago, y Venlor sumamente admirado, despues de haber proseguido la conversacion algunos instantes mas, se despidieron de todos los circunstantes, que con placer viéronse libres de tan importunas visitas.

Aquella misma noche el P. Vincencio, despues de haber abandonado á la viuda, escribió al conde de Fuente-Santa, vice-presidente de la sociedad de *Contramina*, noticiándole la muerte de Evarini con todos sus pormenores.

Al dejar á los Evarini, Santiago y Venlor pasaron á las Logias de los Masones de N... que, por mandato del primero, se reunieron aquella noche.

En todas ellas Santiago, con el hábito de Venerable, hizo leer, de órden del Grande Oriente de Madrid, una relacion de los desórdenes habidos en Zaragoza, Madrid, Málaga y Cádiz. Despues de su lectura, el gefe Mason con un estudiado discurso les arengó como debia para el dia en que los Masones de N... debieran ejecutar lo mismo que sus hermanos de otros puntos de España, y pintóles con enérgicos colores la necesidad de obrar con valor cuando llegára el caso.

Como habia determinado salir de la ciudad de N... dejó el mando de las Logias, para el tiempo que durase su ausencia, á los gefes mas reconocidos de la secta.

Santiago, como á Venerable de las Logias, no podia ausentarse de N... sin el permiso de las mismas, pero como además de esto era miembro del *Sublime Consejo de Legisladores Masones*, tenia la facultad de marchar á donde bien le pareciese sin pedir á nadie permiso, y tenia un imperio sobre las demás Logias, por medio del cual les obligaba á prestarle los auxilios que le fueren necesarios.

Despues de haber arengado á sus hermanos convenientemente, despidiólos por aquella noche; conferenció un corto rato con los que debian quedar como representantes suyos durante su ausencia, marchándose enseguida, acompañado de Joaquin Venlor y de Carlos Colvin, á pasar la noche en la quinta del Oriente.

Despues de despedidos todos los hermanos, Santiago se quedó solo en uno de los salones de la casa Logia. Allí mandó llamar á D. Arnaldo Sansimon.

—Mañana marcho á Barcelona, ¿teneis algun recuerdo para vuestra querida? Mañana sin falta la veré.

—¿A Julieta?

—¡Toma!... ¿y por qué no? Me urge verla mañana.

—¿A ella? replicó Sansimon sorprendido y admirado.

—A ella y á su padre, contestó Santiago. ¿Qué tiene esto de particular?

—Pensaba que no la conociais...

—No la conozco en verdad.

—¿A qué feliz coyuntura debereis, pues, el poder visitarlos?

—No mas que á razones de pura necesidad.

—¿Puedo saberlas?

—Podeis saberlas sin duda... y yo tendré un gusto particular en comunicároslas.

—Estoy deseando mucho saberlas.

—Voy á satisfaceros. ¿Os acordais, D. Arnaldo, de que noches pasadas os negasteis á decirme quién era ese marqués de Barcelona, que tenia relaciones secretas de conspiracion con el P. Vincencio del Vivár?... Veo que vais perdiendo el color á medida que voy hablando; pero sin acordarme de vuestra sorpresa y admiracion, seguiré la esplicacion que tenia comenzada. Vos, D. Arnaldo, no quisisteis comunicármelo, y aunque por de pronto me enfureció vuestra reserva, en la se-

gunda conversacion me rendí á las razones que vos me disteis, y en las cuales os habiais atrincherado con la negativa... Pero sea de esto lo que se quiera... despues de ello he sabido que el padre de Julieta es marqués... ¿Lo oís bien, Sansimon?... He sabido que el padre de Julieta era marqués... Parece que vuestra sorpresa vá aumentando; pero sin embargo, no es esto lo principal de todo lo que he indagado... Cuando por una casualidad rara, muy rara por cierto, supe que vivia en Barcelona un *marqués de Casarrubios*... tambien supe que ese caballero era el padre de Julieta... Todos esos detalles son muy curiosos... ¿no es verdad, Sansimon?... Pues bueno... tened un poco de paciencia y vais á saber lo principal de ese cuento... He sabido finalmente que el marqués de Casarrubios, ó el padre de Julieta, que son una misma persona, tenia relaciones secretas con el P. Vincencio del Vivár, y que esas relaciones versaban sobre una conspiracion contra nuestra secta.

—¡Santiago!!!..

—Aguardad un poco... He sabido tambien que eso que acabo de deciros, era un secreto muy interesante, que este secreto estaba en vuestro poder, y que vos lo callasteis.

—¡Santiago, por Dios!... ¡Estais equivocado!

—¡Equivocado! dijo Santiago riéndose. Delirais, hermano.

—No deliro, pero oidme al menos. Cuando yo me negué á comunicaros ese secreto á que vos aludís, no sabía aun que el padre de Julieta era antiguo amigo del P. Vincencio. Esto me lo habia dicho Julieta, y le habia prometido callarlo hasta la muerte, de modo que no he sabido que el marqués de Casarrubios conspirase contra nuestra secta hasta que vos me lo comunicasteis noches pasadas, y aun entónces no hice mas que presumir lo que ahora os digo.

—Os creo muy bien, D. Arnaldo; pero ¿por qué disteis palabra á Julieta de guardar secreto sobre un hecho tan sencillo como el haber amistad entre el marqués de Casarrubios y el P. Vincencio del Vivár?

—El motivo es mas sencillo aun que el mismo hecho. Julieta, sabiendo por una parte que yo pertenecia á un partido opuesto al del padre Vincencio, y habiendo oido por otra alguna espresion que se me escapó sobre lo peligroso que era mantener amistad con el jesuita, me hizo prometer que á nadie comunicaria esa noticia. Ya veis, D. Santiago, que esto no fué mas que el temor escesivo de una niña.

—Teneis razon; tanto en esto, como en vuestro amor, no encuentro mas que un temor escesivo por parte de Julieta, y una bajeza refinada... casi pueril, por parte de D. Arnaldo.

—Sois demasiado severo, D. Santiago, pero... en fin, decidme si podeis... ¿y es motivo suficiente el que me habeis indicado para presentaros, sin otro cualquiera, á turbar la tranquilidad de una familia pacífica?

—Ese no es asunto que corra de vuestra cuenta, respondió Santiago. Cuando los intereses de nuestra sociedad se ven amenazados ó cuando se vé atacada por nuestros enemigos, ¿será razon que yo, á quien la misma sociedad ha distinguido por la guerra contínua que están haciendo nuestros enemigos, me haga el desentendido y deje de penetrar estos secretos que hasta ahora sé á medias, y que, puestos por entero á mi noticia, pueden salvar nuestra sociedad y nuestros intereses? En fin, hermano, cada vez me voy convenciendo mas de que vuestro amor os tergiversa la razon de dia en dia... Casi estoy tentado á declararos inútil para todos los cargos que se os han confiado.

El *Rey de facha* no contestó.

—Pasemos á otro asunto, dijo Santiago. Ya que tan enamorado estais, quiero preguntaros si sabeis positivamente que Julieta no tenga otro á quien quiera mas que á vos.

—¿Y á qué viene esa pregunta?

—No la he hecho sin motivo. Me acuerdo de que vos dijisteis la otra noche que si no erais correspondido, al menos Julieta no habia entregado á otro su corazon; y casi estoy tentado á creer, que tocante á eso, andais muy equivocado.

—Creed, D. Santiago, respondió Sansimon, que si no fuereis vos quien me lo dice, os pediria pruebas de lo que afirmais...

—Pues tocante á mí, puedo deciros, que si pruebas me pidierais, no dejaria de dároslas. ¿Pensais vos que sin fundamento me atreveria á presentaros observaciones de tal naturaleza?

—¿Y podré esperar de vos que me deis esas pruebas?

—No tal... Cada hombre tiene sus secretos. Vos tuvisteis los vuestros hace algunos dias.

—Parece que habeis resuelto hacerme la guerra.

—Nada de eso, Sansimon. No me pudisteis comunicar un secreto, porque estaba sellado con *vuestro amor*, y yo á mi vez debo deciros que tampoco puedo comunicaros ese mi secreto porque está tambien sellado...

—¿Con vuestro amor quizá?

—No... con el vuestro, D. Arnaldo.

—¿Es decir, que yo mismo os presto recursos para hacerme la guerra?...

—¿Teneis algo que encargarme para vuestra querida?

—No... nada... Suplícoos que no le hableis de mí ni una sola palabra.

—Descuidad... Cuando venga de Barcelona, volveré á hablaros: ahora me es imposible. Solamente tengo que encargaros que presteis á Venlor toda la ayuda posible, puesto que mañana debereis acompañarle á una nueva escursion.

CAPITULO XI.

La noche de la partida.

Marchad pronto, porque vuestra partida aligerará mis males.

SHAKESPEARE.

UNA vez terminada la conferencia, D. Arnaldo Sansimon se retiró á su casa con el objeto de descansar; pero no pudo conciliar el sueño pensando en lo que le habia dicho D. Santiago.

Éste se retiró con Venlor á la quinta del Oriente, donde Santiago dió cuenta á su secretario de lo que debia hacer durante su ausencia.

Allí conferenció largo rato con Venlor, y le dijo que vigilase escrupulosamente á los Evarini y al jesuita, que se acordase de todo lo notable que ocurriese, que no diese á sospechar que él estaba ausente, y que se portase con toda prudencia y decision. Santiago concluyó por fin diciendo á Venlor:

—He puesto en tí toda mi confianza; procura ahora hacerte digno de ella. Yo parto esta noche á Barcelona en compañia de Carlos Colvin y cinco Carbonarios. Tú saldrás tambien de N... cuatro horas despues de haberlo ejecutado yo, acompañándote todos los Carbonarios restantes, y pasarás á emboscarte en el lugar que sabes y del cual te he hablado ya. Allí permanecerás hasta que haya pasado un hombre como el que detuvimos ayer, montado en un caballo blanco, con un sombrero de paja y una cinta azul en el mismo. Te apoderarás tambien de ese hom-

bre y te le llevarás preso á esa quinta, donde volveré yo dentro de veinticuatro horas... Me olvidaba decirte que ese hombre á quien has de prender vendrá de Barcelona, y que cuando él esté en tu poder, pongas en libertad al que detuvimos ayer en la carretera real. De todos modos, antes de obrar, abre la carta que traerá el hombre á quien debes prender, y busca en ella algunas líneas que te escribiré seguramente con tinta simpática.

Pasaron á hablar luego de otros varios asuntos, y despues de algunas preguntas y respuestas, habló Santiago de esta manera:

—Tú ya te acordarás, Venlor, de que al salir de la casa de los Evarini, he prometido á D. Silverio de Rosa-Lis asistir esta noche á su casa para hablarle de algunos asuntos. Yo le he dado la cita con el solo objeto de poderle hablar á mi vuelta de Barcelona, ya que no podia ser esta noche. Sin embargo, podria ser muy bien que mañana, notando mi falta de cortesía, venga él á verme; y por si esto sucediera, quiero dejarte instruido.

Sacó de su faltriquera una preciosa cajita de carey, y enseñándola á Venlor, prosiguió:

—Ya sabes en cuanta desconfianza entró D. Silverio acerca de su hija, cuando le diste á conocer que ella estaba en relaciones de amor con Aurelio Evarini, y no debes olvidarte, si viene á verme, de hacerle entrar aun en mayor desconfianza. Para lograrlo, enséñale un anillo que hay dentro de esa caja, en el cual hay grabadas las iniciales de Laura de Rosa-Lis. Dile que ese anillo le tenia Aurelio, y que es una dádiva hecha por su hija. Pasa despues á hablarle de la pasion mal encubierta de Aurelio á causa de los consejos del jesuita, y enséñale otro anillo que hay tambien dentro de esta caja, en el cual están grabadas las iniciales de J. C. y de Aurelio Evarini. De este modo podrás llevar la conversacion al terreno que mas te acomode, para lograr que D. Silverio se empeñe formalmente en separar para siempre á su hija Laura de nuestro enemigo Aurelio.

Venlor prometió no apartarse de las instrucciones de Santiago.

. . . .

A las tres de la madrugada del dia 14 de julio de 1835, Santiago Aguilar de Silva, acompañado de cinco Carbonarios y de Carlos Colvin, que se hallaba en la quinta del Oriente desde la tarde anterior, caminaban á toda prisa por el camino de N... á Barcelona.

Hacía veinticuatro horas que Jorje Evarini habia sido asesinado; y Santiago pasaba entónces á visitar al marqués de Casarrubios.

. . . .

Despues de haber despuntado el dia, el P. Vincencio pasó á celebrar el santo sacrificio de la misa, y luego fué á conferenciar con la ilustre viuda de Jorje Evarini. Esplicóle en pocas palabras todos sus proyectos, consolóla lo mejor que pudo en su desgracia, y le hizo concebir esperanzas de saber cuanto antes el paradero de la víctima.

PARTE UNDÉCIMA.

EL DIA 14 DE JULIO DE 1835.

CAPÍTULO I.

El marqués de Casarrubios y su hija.

Sin ornatos es hermosa
Bajo transparente velo.
¿De qué vestireis la rosa
Mejor que la vistió el cielo?
AROLAS.

NUESTROS lectores saben ya que en la mañana del 14 de julio, Santiago habia marchado á Barcelona con Carlos Colvin y alguno de los Carbonarios, dejando á Venlor en un camino de emboscada. Santiago habia entrado en Barcelona muy de mañana: el marqués de Casarrubios nada sabía aun del P. Vincencio, porque su mensajero habia sido detenido, ni tampoco de Jorje Evarini, al cual, segun hemos dicho ya, debia recibir en su casa el dia antes, 13 de julio.

. . . .

Acababan de dar las nueve de la mañana, y la calle de los Condes de Barcelona presentaba, como de costumbre, un aspecto sombrío y monótono. En una casa de esta calle habitaba el marqués de Casarrubios. El marqués era un hombre riquísimo, de cuantiosas rentas y de inagotables recursos; pero á pesar de ello, reinaba en su casa una sencillez, que hasta hubiera sido notoria en una familia medianamente acaudalada. Por dos motivos diferentes habia incurrido en esta estra-

vagancia, si así puede llamarse, el rico sócio de la Contramina. En primer lugar, habitaba en Barcelona contra su gusto, puesto que solo apetecia morar en Madrid, su patria, donde tenia una casa adornada con lujo palaciego: y en segundo lugar porque, siendo como era sócio de la Contramina, debia mantenerse oculto é incógnito para poder obrar con seguridad y sin ser observado de nadie. Sin embargo de habitar en Barcelona contra su gusto, servia con celo esmerado á la Contramina, y estaba contento de cualquier empleo que se le confiriera y de cualquier sufrimiento que le fuera anejo, con tal que pudiera servir á la sociedad que habia fundado el P. Vincencio, y á la cual se habia unido voluntariamente.

La escalera de la casa núm. 2 era oscura y húmeda á lo sumo, con una puerta vieja y carcomida, la cual era abierta con mucha prontitud tan luego como se llamaba desde fuera por medio de un anillo de laton que tenia atado el cabo del cordon de una campanilla.

El despacho de la Contramina estaba en lo interior del piso, y este era el aposento que ocupaba casi siempre el señor marqués. Esta habitacion no era grande ni pequeña. Contenia dos escritorios para una sola persona, colocados uno frente de otro y sentados sobre dos catafalcos de dos escalones; algunas sillas, varios mapas y tres armarios de madera barnizados. El del medio de ellos, que estaba sentado en el suelo, era sumamente alto; y los otros dos colaterales del mayor estaban clavados en la pared, y sobre sus puertas habia unas grandes letras que decian: «*La Contramina*.»

Tres personas ocupaban entónces el aposento.

El señor marqués de Casarrubios estaba sentado en una silla de brazos.

Contaba unos cuarenta años, y sus cabellos, negros en otro tiempo, comenzaban ya á encanecer. Su rostro era oval, redondeada su nariz, hundidos los ojos y salientes los lábios, pero disimulados por un regular bigote y perilla que esperimentaban ya la misma mutacion de color que los cabellos. Llevaba un pantalon negro abotinado, un gaban de casimir color de pasa, un chaleco de seda color de naranja, y un corbatin negro. Tenia el sombrero sobre una silla, y un baston de caña de Indias con puño de plata entre sus piernas cruzadas. El marqués era viudo, el hijo único varon que tenia estaba en Madrid, y su hija habitaba con él en Barcelona.

Llamábase Julieta y hacía poco que se habia levantado. Vino á besar la mano á su padre en cuanto supo que habia llegado, y éste la hizo sentar á su lado. La jóven era de diez y siete años, bella á lo sumo,

habia conservado la figura de su madre, y por esta razon era doblemente idolatrada de su padre. Tenia algunas veces la seriedad de una muger de treinta años, y otras la volubilidad de una de diez; vivaracha y de aguda penetracion, en nada hallaba tanto gusto como en escuchar una conversacion séria é interesante de cualquiera clase que fuera. En una palabra, Julieta era, en ciertos casos, una escepcion de la regla general que comunmente siguen todas las mugeres de su edad. Sin embargo de todo esto, el marqués, aunque dotado de suma gravedad y de un natural estremadamente serio, perdia algun tanto esas cualidades por lo que toca á la persona de su hija. Sea por la ideal hermosura de ésta, sea por la semejanza que tenia con su madre, sea porque era la única persona que tenia á su lado y con quien franquearse, ó sea que quisiera vencer la natural severidad que la dominaba, impropia en una jóven de diez y siete años, siempre queria ver á su hija bien vestida y adornada, de modo que era seguro su enfado cuando ésta no vestia trages y adornos distintos de clases mas humildes; pero Julieta, á pesar de que no le desagradaba ese capricho de su padre, poníase, sin embargo, sus adornos y atavíos con una inocencia tan pueril, que jamás llegó á presumir ni por pienso en hacer otro uso de sus galas que el de agradar sin vanidad y sin presuncion al autor de sus dias. El cútis de la jóven Julieta era sumamente blanco, sus cabellos negros, eran finos y tan abundantes que, sin auxilio de postizos, podia remedar los peinados de mas complicacion que presenta la caprichosa moda: unos ojos negros como el azabache y unos lábios pequeños y acarminados, acababan de hacer su rostro del todo interesante. Era algo regordita, lo cual junto con la esbelteza de su talle, pequeñez de sus piés y agradable presencia, le daba un carácter de ideal y singular belleza. Era su vestido de muselina blanca recamado de flores verdes y encarnadas, el cual, abierto desde la cintura hasta el cuello, dejaba descubierto un camisolin de batista con botones de oro y guarnecido con blondas de seda blanca, que le caian sobre sus redondeados hombros desde lo alto del camisolin, que le cubria parte de su blanco cuello. Llevaba los brazos desnudos hasta el codo, en donde finia la graciosa forma de su vestido, y unos zapatos de raso blanco cubrian su diminuto y lindísimo pié.

El otro personaje que estaba en el despacho de la Contramina, permanecia en pié delante del marqués desde que habia entrado. Era un hombre de pequeña estatura, y contaria de cuarenta y cinco á cincuenta años. Vestia con mucho aseo, y estaba al servicio del sócio que la Contramina destinaba para habitar en Barcelona. Era suizo de naci-

miento, y habia sido capitan graduado en los regimientos que servian al gobierno español; pero el pobre hombre, lo mismo que otros muchos infelices militares suizos y no suizos, hubiera perecido de miseria á no haberle dado un cargo los sócios de la Contramina. Este hombre acreditaba mucha ciencia y un profundo discernimiento, y por lo mismo que conocia cuanto favor se le dispensaba con la paga que le daba la Contramina, procuraba servirla con puntualidad y esmero, y con una complacencia y rectitud de conciencia sin límites. Su vestido era un pantalon blanco, una levita de paño muy usada pero limpia, chaleco de terciopelo usado, corbatin de cuero, zapatos anchos de cordoban, un sombrero negro que tendria sus buenos años de servicio, y un baston gordo con un busto de asta por puño, el cual no salia jamás de entre sus manos, y hacía sus ordinarias evoluciones con mas ó menos presteza segun la urgencia de los negocios de su dueño. Su complexion era robusta, sus cabellos empezaban tambien á encanecerse, lo mismo que dos grandes patillas que ensanchaban considerablemente su rostro de color avinado, y la nariz era desmesuradamente larga. Llamábase Clodulfo Kirtholph. Hacía poco que habia llegado al despacho de la Contramina.



CAPÍTULO II.

Tercera caida de los Jesuitas.

Con que no os acomodaria que yo me separase de vos para fundar yo mismo otra Sociedad; y sin embargo, quereis dar á entender que no necesitais de mí.

KNIGGE, *filósofo iluminado.*



PODEIS sentaros, amigo Clodulfo, le dijo al suizo el marqués.

Aquel dejó entónces su sombrero en una silla, tomó otra, y levantándose con tiento los faldones de su vieja levita, sentóse muy cerca del marqués.

—Y bien, hablad, Clodulfo, dijo éste. ¿Evacuasteis ayer el negocio que os tenia encargado?

—Puntualmente... y ahora debo añadiros que vuestras sospechas no fueron infundadas.

—¡Toma! ¡eso ya lo sabía!... ¿Y no os ha señalado dia?

—Sí, señor, me ha hablado del 25 de este mes.

—Pero... ¿podeis vos asegurarme que vuestro amigo no os ha engañado?

—No tal... os lo aseguro bajo mi palabra... Mi amigo es de mucha confianza, y le conozco á fondo desde mucho tiempo hace. Antes que engañarme, me hubiera dicho: «amigo Clodulfo, no puedo comunicártelo.»

—¿No te ha dado pruebas?

—Ninguna, señor, respondió el suizo. Solo me ha dicho, que dias

hace que se está discutiendo el proyecto en las Logias, y que por fin está ya determinado. Comenzará la revoltina en la plaza de toros, donde aquel dia traerán toros mansos al intento. Todos los cofrades estarán allí prevenidos y...

—Veo que no me han engañado, replicó el marqués. ¡Qué lástima que tan terrible y horrenda revolucion no pueda sofocarse!

—¿Pensais, pues, que es imposible?

—Tan imposible como el que dos cuerpos ocupen á un tiempo un mismo lugar.

—La esperiencia me ha demostrado que para las revoluciones tramadas en secreto, es imposible encontrar una contrarevolucion.

—Varios puntos de España han esperimentado ya á estas horas esa infernal teoría que acabais de esplicar.

—Ahora que hablais de eso, ¿no me direis si es verdad que el *Vapor* de hoy confirma la noticia del incendio de algunos conventos en Zaragoza?

—En verdad es así, dijo entónces Julieta, que rato hacía estaba leyendo el periódico. Ahora cabalmente lo estoy leyendo.

—No os han engañado, dijo tambien el marqués. Podeis leerlo en este periódico antes de un real decreto sobre los suizos que están hoy dia en España.

—¡Hola! eso me toca á mí en algo. ¿Y qué dice en resúmen, Julieta?

—Vais á saberlo...

La hija del marqués leyó entónces un real decreto en el cual se facultaba á todos los suizos existentes en España para pasar á servir en los cuerpos militares de entónces, con tal que fueran aptos aun para la milicia.

—Por lo que á mí me toca, dijo Clodulfo, no dejaria el cargo que en vuestra casa ejerzo aunque me hicieran coronel efectivo... y eso que no era mas que capitan graduado. A mas de que, ¿dónde hallaria yo para mi gusto un hombre de vuestro temple, ó hablando mas generalmente, del temple de todos los que han ocupado vuestro lugar?

—Igual observacion puedo hacer yo por mi parte, Clodulfo, añadió el marqués. Sentiria mucho perderos.

—Lisonja, señor marqués... lisonja...

—No es lisonja, amigo Clodulfo... es la pura verdad. Acordaos de los muchos favores que me habeis hecho. Sería un ingrato si así no pensára.

—Pero tambien, señor marqués, me hariais un gran favor si no os acordaseis de todo lo que habeis dicho.

—¡Cómo es posible!... ¡Sois un hombre muy original, Clodulfo!

—Ni eso tampoco... Vaya, lo mejor será que mudemos de conversacion... Nada habeis sabido aun de aquel á quien debiais recibir ayer por la mañana.

—Nada aun... Y me tiene con cuidado su tardanza.

—Es estraño. En vuestro lugar, escribiria al padre Vincencio.

—No quiero hacerlo. Él mismo me previno en su última carta que no le escribiese hasta despues de haber llegado Evarini á mi casa.

—¿Qué pensais, pues, de este suceso?

—No me lo pregunteis, porque me pierdo en conjeturas. Lo que he resuelto es que si hoy no llega, ya no me fiaré mas de escritos, y esta tarde ó vos ó yo partiremos á N...

—Partiré yo.

—Si no adquiero noticia alguna, así será.

—Esperemos, pues.

—La conjetura mas probable es que al P. Vincencio le habrá sido imposible despedir ayer á Evarini, y en tal caso, habrá aguardado mas propicia ocasion. Puede tambien que quede arreglado ya el negocio que motivaba la partida de Evarini.

—No obstante, si Evarini ha salido hoy de N... no pasa la hora.

—Es verdad; pero no tardará mucho en llegar, y entónces...

Aquí Julieta apartó sus ojos del periódico que estaba leyendo, y dijo á su padre:

—Perdonad, papá, que os interrumpa; pero como sé que sois aficionado á noticias que se lo valgan, he querido preguntaros si habeis visto un decreto sobre Jesuitas que lleva este periódico.

—¡Cómo tal! No lo habia advertido. Tenia algun antecedente de que habia de publicarse, pero no sabía... En fin, lee, lee, hija mia.

Julieta leyó lo siguiente:

REAL DECRETO.

Ministerio de Gracia y Justicia.

«Conviniendo para la prosperidad y bien del Estado que se restablezca su fuerza y vigor á la Pragmática sancionada del 2 de abril de 1767, que forma la ley tercera, título 26 de la Novísima Recopilacion, en cuanto por ella tuvo á bien mi augusto bisabuelo el Sr. D. Carlos III suprimir en toda la Monarquía la órden conocida con el nombre de *Com-*

pañia de Jesús ocupando sus temporalidades; oido el Consejo de Gobierno y el de Ministros, he venido en mandar en nombre de mi escelsa hija la Reina Doña Isabel II lo que sigue:

»1.° Se suprime perpétuamente en todo el territorio de la Monarquía, *la Compañia de Jesús*, que se mandó restablecer por real decreto de 29 de mayo de 1815, quedando este por consiguiente revocado y anulado como lo habia sido ya por las Córtes de 1820.

»2.° Los individuos de la Compañia no podrán volver á reunirse en cuerpo ni comunidad bajo ningun pretesto, debiendo fijar su residencia en los pueblos que elijan de la Península con aprobacion del Gobierno, donde vivirán los que estén ordenados *in sacris* en clase de clérigos seculares sujetos á los respectivos ordinarios, sin mas que el trage de su referida órden, ni tener relacion ni dependencia alguna de los superiores de la Compañia que existan fuera de España; y los que no estuvieren ordenados *in sacris* en clase de seglares sujetos á las justicias ordinarias.

»3.° Se ocuparán sin pérdida de momento sus temporalidades que comprenden los bienes y efectos, así muebles y removientes, como raices y rentas civiles ó eclesiásticas que los regulares de la Compañia poseen en el Reino sin perjuicio de sus cargos y de los alimentos de los propios regulares, que consistirán en cinco reales diarios durante su vida ó hasta que sean colocados, y tres reales á los legos, en igual forma que los que se pagarán á unos y á otros cada seis meses de los fondos de la caja de Amortizacion, y perderán si salieren del Reino.

»4.° No disfrutarán de estos alimentos vitalicios los jesuitas estranjeros que existan en los dominios españoles, dentro de sus colegios ó fuera de ellos, ni tampoco los novicios por no estar aun empeñados con la profesion.

»5.° Los bienes, rentas y efectos de cualquier clase que actualmente poseen los regulares de la Compañia se aplican desde luego á la estincion de la deuda ó paga de sus réditos. Se esceptúan, sin embargo, de esta aplicacion las pinturas, bibliotecas y enséres que pueden ser útiles á los institutos de ciencias y artes, así como tambien los colegios, residencias y casas de la Compañia, sus iglesias, ornamentos y vasos sagrados, de los que me reservo disponer, oidos los ordinarios eclesiásticos en lo que sea necesario y conveniente. Tendreislo entendido y dispondreis lo que convenga á su cumplimiento. Está rubricado de la real mano. En Aranjuez á 4 de julio de 1835. *A D. Manuel García Herreros*.»

—¡Infames! esclamó el marqués. ¡Y hacen mérito del decreto espedi-

do por Carlos III, siendo así que este rey fué seducido por sus personas mas allegadas á pesar de su talento y buena fé!... ¡Pobres reyes!...

—¡Lo que mas me ha chocado, dijo Clodulfo, es lo que dice al principio del artículo 1.° «*Se suprime perpétuamente*» me suena á mí muy mal y además...

—Y bien... ¿sabeis por qué dice perpétuamente? En pocas palabras voy á esplicároslo. Nuestros innovadores presumen, y conocen ya, que el estado presente de cosas no puede durar, y les es preciso prepararse para cuando esté cambiada la situacion. Por lo tanto, cuando venga este caso y vuelva á agitarse con calor la cuestion de Jesuitas, entónces será para ellos ocasion de hacer mérito de que por real decreto los Jesuitas habian sido espelidos de España *perpétuamente:* y esta cuestion tratada de cierto modo puede ser bastante motivo para una bullanga.

—Quizá seais demasiado previsor, contestó el suizo, y quizá conozcais demasiado la audácia de los hombres que rigen los destinos de la nacion.

—Quieren echar un nuevo sello de desventura á los pobres y valerosos hijos de S. Ignacio. Mas esto no importa... Dios protege siempre á los perseguidos.

—Esto solo podrá consolar sin duda á los virtuosos Jesuitas, pero no obstante tienen que sufrir entretanto los reveses de esta mortal y penosa vida.

—¡Ah, Clodulfo! esclamó el marqués. ¡Qué dias de luto le esperan á nuestra pobre España! Si vos estuvieseis, como yo, al corriente de ciertos asuntos, conoceriais palpablemente el objeto de este decreto malvado y anticatólico.

—No sé adivinarlo; pero presumo que quizá podrá ser el preludio del próximo incendio de conventos.

—Es el preludio de un sin fin de desdichas.

—¡Santo Dios! ¿Será posible?

—Sí, amigo. Eso lo sé de cierto: pero no me pregunteis el porqué.

CAPÍTULO III.

Medios de salvacion.

> Debe permitirse á los reyes tener alianzas públicas para defenderse contra las *sectas secretas*. ¿Qué es lo que podria tentarme? ¿Tengo yo por ventura necesidad de acrecentar mi imperio? No ha puesto la Providencia á mis órdenés 800,000 soldados para satisfacer mi ambicion, sino para proteger la Religion, la moral y la justicia, y para hacer reinar aquellos principios de órden en los que estriba la sociedad humana.
>
> *El emperador* Alejandro de Rusia *á Chateaubriand.*

Os digo francamente, señor marqués, que me admira vuestro lenguaje.

—Cuando se trata de jesuitas, Clodulfo, pierdo siempre mi acostumbrada sangre fria.

—De ello me acabais de dar una prueba ahora mismo, respondió Clodulfo.

—Pocas veces tambien he tenido tan fuerte motivo. ¿Te has olvidado ya de ese decreto?... pues bien, dime... ¿y puedo yo mirar con calma la próxima destruccion de los defensores españoles del Catolicismo?... ¡Ah! eso es imposible... no en vano me ha hecho Dios católico.

—Es así en verdad... ¿pero estais de todo punto convencido que es asimismo imposible el detener esa revolucion?

—Tocante á eso, sí; Clodulfo... lo estoy... Es enteramente imposible. El torrente ha empezado ya á despeñarse, y su curso impetuoso no puede encontrar ya detencion alguna. Solo estamos obligados á trabajar con asiduidad muchos años para construir una barrera que pueda hacerle cambiar su corriente.

—De ese modo, añadió el suizo, nos veremos condenados á mirar de grado ó por fuerza tan horrible espectáculo sin que podamos encontrar remedio alguno que oponerle.

—¡Horrible será ese espectáculo, por cierto! No puedo pensar en él sin que se me hiele la sangre en las venas y sin que se me trastorne el juicio. Será preciso, sin embargo, que lo presenciemos. Nuestros esfuerzos han sido infructuosos, y ya que Dios lo ha permitido así, bendita sea su divina Providencia, y acatemos humildemente sus altos juicios. Lo único que nos queda que hacer es cumplir exactamente la órden que tengo recibida del vice-presidente de la Contramina para salvar las vidas de todos los infelices regulares, cuyos conventos están destinados á ser presa de las llamas. Felizmente para ellos, todos los sócios y servidores de nuestra Sociedad, diseminados por todos los puntos de la península, habrán hecho cuanto haya estado de su parte para saber, como nosotros, el dia destinado para la destruccion ó el incendio de conventos y poder de este modo dictar las disposiciones necesarias.

—¿Y creeis que esto de que vos hablais se habrá hecho en todas partes, cual pretendeis hacerlo vos en Barcelona?

—Lo creo, porque es así. De Zaragoza me escriben, que gracias á las disposiciones de nuestro sócio, se ha salvado la vida de cincuenta ó sesenta religiosos que en la noche del 5 al 6 de este mes hubieran sido sin remedio presa de las llamas ó de la fiereza popular. De Valencia nuestro sócio me escribe poco mas ó menos lo mismo.

—Vos, señor marqués, en representacion de vuestra sociedad, sustentais en Barcelona á muchas familias, que sin la Contramina estarian reducidas á la mas horrible desgracia, y de ellas podreis echar mano para lo que mas os convenga.

—Tengo recursos inmensos, Clodulfo, añadió el marqués. Si no nos falta actividad, podremos hacer un gran bien en favor de la humanidad y de la Religion; bien es verdad por otra parte que Barcelona es el foco de todos los malvados de Cataluña, bien es verdad que los sectarios de Voltaire tienen en ella mas prosélitos que en otra parte alguna, pero eso no indica sino que será necesaria mucha mas actividad por nuestra parte, mucha mas resolucion, muchos mas sacrificios, al paso que nuestros mayores cuidados darán por resultado ventajas mayores que las de otros sócios.

—Sea como quiera, señor marqués, nosotros sabemos ya de fijo el dia que está destinado para el incendio de los conventos de esta capital; faltan aun algunos dias y durante ellos podremos deliberar sobre lo que mas convenga hacer. Dios dispone lo mejor de todas las cosas, y debemos pensar que lo que sucederá será lo mejor, atendidas todas las circunstancias; procuremos obrar de manera que despues nuestra conciencia de nada pueda acusarnos.

—Apruebo lo que dices, Clodulfo.

Un lacayo anunció á D. Luis Torrecampa, y el marqués mandó que pasára adelante.

CAPÍTULO IV.

D. Luis Torrecampa.

Muertos podremos ser, mas no vencidos.
Ercilla.

Don Luis era hijo de un íntimo amigo del marqués de Casarrubios. Su padre se llamaba D. Evaristo Torrecampa, y era uno de los mas fuertes y decididos adalides del partido progresista.

Su hijo D. Luis desde muy jóven habia entrado en la carrera de las armas, y en la actualidad servia en el estado mayor del capitan general de Cataluña, D. Manuel Llauder. A pesar de su mucha juventud, se habia encontrado ya en algunos choques de guerra, y en ellos habia demostrado un valor á toda prueba. Lo mismo que su padre, era acérrimo defensor de las ideas progresistas; pero el hijo era mas templado que el padre.

Sin embargo, á pesar de sus ideas reformadoras, padre é hijo desaprobaban altamente los intentos de sus correligionarios liberales sobre la destruccion de conventos. Sostenian la oportunidad de la supresion de las órdenes religiosas, pero no la animosidad contra las personas.

Esta desaprobacion fué bastante para que ambos se pusieran de acuerdo con algunas personas de rectas intenciones del partido contrario, con el objeto de salvar la vida á todos los infelices religiosos que pudieran apartar del puñal y del fuego de sus enemigos.

Las filantrópicas ideas de los Sres. Torrecampa encontraron favorable acogida en el marqués de Casarrubios, cuyos desvelos no eran otros en aquellas aciagas circunstancias que procurar de todas maneras el logro de lo que sus beneméritos amigos intentaban.

El jóven D. Luis Torrecampa era capitan de estado mayor, y el poco ó mucho valimiento que le daba su destino era suficiente para influir en bien de los desgraciados religiosos cuando llegase el dia de proceder contra ellos.

Don Luis era un jóven de veintidos años, de buena figura y de finos modales. Cuando se presentó á los de Casarrubios vestia el trage militar, y con gracioso ademan se quitó el sombrero para saludar al marqués y á su hija.

Sentóse D. Luis y dijo luego al marqués:

—Los objetos de mi visita son dos, y voy á esplicároslos.

—Esplicaos como gusteis.

—Lo primero es que podré al fin conseguir el quedarme aquí durante mas de un mes. La licencia que habia solicitado del general Llauder, para no pasar á reunirme con él hasta despues de un mes, me ha sido concedida. De esta manera podré estar en Barcelona durante dicho tiempo, y mucho será que dentro de él no suceda la catástrofe, de cuya venida tan ciertos estamos.

—El dia 25 de este mes es el destinado para la destruccion de conventos en Barcelona.

—Mucho me alegra de que no sea despues. Tengo algunos amigos y compañeros que sirven en los cuerpos que guarnecen á Barcelona, y que me son muy adictos: he hablado á alguno de ellos, y todos están prontos á secundar mis intenciones. Yo por otra parte iré de un sitio á otro de la poblacion, y en todos los lugares de peligro daré disposiciones para impedir todo el mal que pueda. Yo os prometo, marqués, que saldremos con la nuestra. Los furibundos revolucionarios podrán, si quieren, reducir á escombros las iglesias y conventos; pero al menos no podrán atentar á la vida de muchos religiosos.

—Os doy las gracias, D. Luis, por vuestro buen celo, y me congratulo por haber encontrado una persona sensible cual vos y que tanto se interese por las infelices víctimas que iban á ser sacrificadas al furor de las sectas secretas.

—A mí, marqués, no me mueve otra cosa que el deseo de hacer bien y el convencimiento mio de que los religiosos no merecen, por mas que quiera decirse, el pago que quieren darles sus enemigos.

Por este estilo fué estendiéndose la conversacion entre los dos, hasta que D. Luis dijo por fin:

—Vamos ahora, marqués, al segundo objeto de mi visita, que es bien diferente por cierto del primero.

—Para todo hay lugar, contestó el marqués.

—Pasado mañana, dia 16, dijo D. Luis, son los dias de mi mamá, la cual en union con mi papá ha acordado dar por la noche un baile, al que quiere convidar á algunos amigos y conocidos. Y convencidos mis padres y yo mismo de que en el número de nuestros amigos podian y debian figurar en primer órden el marqués de Casarrubios y su hija, hemos querido que fueran ellos los primeros convidados.

—Me es muy sensible, replicó el marqués, no poder admitir el favor que vos y vuestros padres me dispensan. Cabalmente pasado mañana tendré toda la noche ocupada y no me será posible; pero sin embargo, vos y vuestros padres podeis contar desde ahora mismo con la presencia de Julieta.

—A pesar de que la presencia de Julieta sería bastante para encubrir la ausencia de cualquier otra persona, no sucederá así con vos, porque la falta será de todos notada.

Julieta, que hasta entónces se habia callado, contestó á las últimas palabras de D. Luis de esta manera:

—Es mucho el favor que nos dispensais, D. Luis, y tambien vuestros padres; notorio es además el buen concepto que teneis formado de mi papá y de mí, pero no obstante, me parece que os habeis esplicado con un poco de exageracion, ó al menos habeis tratado de lisonjearnos un poco...

—Por mi parte, D. Luis, yo digo lo mismo que mi hija, añadió el marqués.

—Vos, señor marqués, contestó el jóven, conoceis á fondo el carácter de mi padre; Julieta, por su parte, conoce tambien á fondo el carácter de mi hermana; y por este medio vos podeis conocer tambien mi carácter por el de mi padre, y vuestra hija podrá conocerlo por el de mi hermana...

—No dudamos, dijo el marqués, de vuestra sinceridad.

—Soy muy franco, os lo aseguro.

De esta manera pasaron largo rato conversando amigablemente, mientras Clodulfo seguia leyendo el periódico.

Un lacayo anunció por fin á un hombre rústico que pedia ver al marqués.

—¿Un hombre rústico, dices?

—Sí, señor... Está lleno de polvo, y parece que está muy cansado.

—¿Y no te ha dicho quién era?

—No, señor... no se lo he preguntado.

—Bueno; pues pregúntaselo y ven á decírmelo.

Luego que hubo salido el lacayo para cumplir la órden del marqués, Clodulfo le dijo:

—Apostaria cualquier cosa á que ese hombre rústico es el recomendado del P. Vincencio.

Clodulfo conoció que el marqués deseaba estar solo y salió del aposento. Don Luis se despidió tambien del marqués y de su hija, y se retiró.



CAPÍTULO V.

—

Un dia despues.

> Si no me escuchais, apelaré á vuestras leyes; ¿no tienen ahora fuerza en Venecia?... yo pido que se me juzgue; responded, ¿consentís en ello?
>
> SHAKESPEARE. *El mercader de Venecia.*



L lacayo habia vuelto á entrar y el marqués le preguntó:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Me ha dicho que... Jorje Evarini.

—Hazlo entrar al instante, dijo el marqués.

Julieta, dejando entónces el periódico, dijo:

—Será conveniente, papá, que yo salga tambien.

—Sí... mejor será que así sea, y prepárate entretanto para salir pronto conmigo.

El marqués se levantó con su hija, y al ir al encuentro de Jorje Evarini, entró en el aposento Santiago Aguilar de Silva, que, como habrán adivinado nuestros lectores, venia vestido con un trage enteramente igual al de Evarini cuando fué asesinado, y llevaba asimismo la carta, que habia quitado á aquel infeliz, para el marqués de Casarrubios.

Al ver al marqués, Santiago se quitó modestamente el sombrero de paja; la lividez de su rostro y sus miradas investigadoras, descubrian alguna interior emocion.

—Bien venido seais á mi casa, Sr. D. Jorje, dijo el marqués lleno de gozo.

Despues de haberse saludado mútuamente los dos, se sentaron en el despacho con toda cordialidad y alegria, diciendo el uno al otro:

—Llegareis muy cansado, sin duda.
—Un poquito... Pero no es estraño, hay motivo para ello.
—Vuestra tardanza, señor de Evarini, me tenia inquieto.
—Ciertas circunstancias, muy poco agradables para mí, me han impedido disfrutar mas pronto de vuestra amable compañía y amistad...
—Permitidme que os interrumpa, señor, dijo el marqués, pero decidme: ¿habeis dado órden á los lacayos de que cuidasen vuestro caballo?
—No habia motivo para ello, señor... He venido á pié hasta aquí.
—¿Y desde N?...
—No, señor... Salí ayer de N... á caballo, y hoy, para llegar á vuestra casa, he andado á pié como unos siete cuartos de hora.
—¡Cómo tal! ¡qué será eso!
—Es lo que iba á contaros cuando vos me habeis hablado de mi caballo.
—¿Qué os ha sucedido, pues?... Hablad.
—Voy á satisfaceros; pero ante todo permitidme que os diga que os tomais demasiada molestia.
—Nada de molestia, Sr. D. Jorje, contestó el de Casarrubios. Tengo órden del P. Vincencio para que os tribute á vos los mismos obsequios que tributamos á él como presidente de nuestra sociedad, y hasta ahora no he hecho nada que acredite por mi parte el cumplimiento de lo que ha mandado el P. Vincencio.
Estremecióse Santiago al oir de boca del marqués que el P. Vincencio era el presidente de la sociedad de la Contramina. Esa noticia le trastornó sobremanera, pero con todo, acostumbrado como estaba á disimular sus internos sentimientos, supo ocultar con maestría su emocion, y contestó:
—Mucho es el favor que se me hace, tanto por vuestra parte como por la del P. Vincencio... Voy ahora á contaros todo lo que en el camino me ha sucedido.
—Así pues, esplicadme por qué motivo no llegasteis ayer.
—¡Ah, señor marqués! Ayer á las dos y cuarto de la madrugada salí de mi casa-quinta de Santa Magdalena con todo sosiego y tranquilidad...
—¿Pues entónces os habrán detenido? replicó el marqués.
—Mil veces, señor, me he visto á las puertas de la muerte. Cuando ayer salí de mi casa, mi caballo corria á mas no poder, y aquella carrera tan apresurada me daba una alegria inesplicable, porque creia haber escapado del poder de la muerte, y me veia ya libre de mis diabólicos ene-

migos, Santiago Aguilar de Silva y Joaquin Venlor. Seguro y cierto estaba yo de que mi camino no sería interrumpido; pero errado fué mi concepto, porque despues de haber andado largo rato, cuando me hallaba ya á una legua de Barcelona, fuí detenido por seis ó siete ladrones, á los que desde un principio tuve por individuos de las sectas secretas, aunque si he de hablar con toda verdad, eran realmente ladrones. Me rodearon todos, y sin decir palabra, me hicieron seguir por un camino que estaba enfrente. Yo creo que lo hicieron de este modo, porque el dia habia despuntado ya, y pensarian que no les iria muy bien el despojarme á tales horas en un camino real.

—¿Y estais bien seguro de que eran ladrones aquellos hombres?

—No dudeis de ello, señor marqués. Al principio pensé tambien que serian delegados de las sectas secretas, pero conocí que me equivocaba, cuando despues de haberme desmontado, me taparon los ojos, me introdujeron en una cueva subterránea, y fué dinero lo único que me pidieron. Así es que me amenazaron con no dejarme salir nunca de allí si no les prometia una retribucion de mil pesos fuertes. Así fué tambien que pistolas, bastante dinero, reloj y todo cuanto tenia me lo robaron; y si pude salvar esa carta del P. Vincencio, fué porque les supliqué que me la devolvieran con motivo de no ser mas que una recomendacion. Luego despues de todo esto, les pedí que me pusieran en libertad, de lo cual se rieron á carcajadas, y se negaron á ello, diciendo que no convenia que yo saliese ayer mismo de la cueva, porque daria parte del hecho á las autoridades del pueblo á donde me dirigiese, y de este modo les privaria del gusto de poder ejecutar con otros muchos lo que se hizo conmigo. Me dijeron, en fin, que debia quedarme con ellos, y que no saldria de la cueva hasta la mañana siguiente, que era la de hoy. Resignéme á mi suerte, quieras no quieras, y en consecuencia estuve todo el dia de ayer encerrado en oscuro y húmedo calabozo. Figuraros podeis que pasé un dia de los peores de mi vida; y por fin, ayer al anochecer me avisaron que hoy á la mañana me pondrian en libertad. Así ha sido efectivamente: he salido con ellos cubiertos los ojos y limpios mis bolsillos. Despues de haber andado largo rato, me destaparon y me enseñaron el camino que debia tomar para ir á Barcelona. Se han alejado á toda prisa, y yo he caminado á pié hasta llegar á vuestra casa como ahora me veis.

—En buen apuro os habeis hallado, dijo el marqués.

—Y no es solo lo que acabo de deciros, añadió Santiago. Hay, además, que todo el dia de ayer estuvieron prendiendo nueva gente, llevan-

dola como á mí á la cueva, y entre los muchos que tal suerte les cupo, conocí á un paisano de N...

—¿De N?...

—Sí, señor. Era un hombre á quien habia visto muchas veces en la casa del P. Vincencio, que se dirigia tambien á Barcelona montado en un caballo blanco: y de igual modo que yo, fué despojado de todo lo bueno que sobre él traia.

—La circunstancia de ir montado en un caballo blanco, añadió el marqués, me hace sospechar algo... ¿Os acordais del vestido que llevaba?

—Poco mas ó menos era su trage de *arriero*, con dos pistolas, botas de montar, faja azul, y una cinta tambien azul que rodeaba su sombrero de paja.

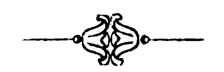
—Las señas que acabais de darme, amigo, convienen perfectamente con otras que yo ya sé. Creed, Evarini, que ese á quien vos llamais *arriero* fué preso por causa vuestra.

—¡Cómo!

—El trage que habeis descrito es el mismo que llevan todos los *enviados estraordinarios* de los sócios de la *Contramina*. Por tanto, no dudeis que el P. Vincencio me enviaba aquel hombre como á propio estraordinario, y que el pliego que llevaba consigo hablaba de vos.

—¿Y será esto posible?

—Vaya si lo es... Pronto lo sabremos positivamente. Permitidme que lea esa carta que os dió para mí el P. Vincencio.



CAPITULO VI.

Las cartas.

Pasadas las penas, al gozo me entrego
Lanzando del alma mi llanto y tristura,
Ca ya mi señora se rinde á mi ruego
Y acoge benigna mi amor con blandura.
BOGAERTS.

PUES, señor, mi sospecha no era infundada, dijo el marqués despues de haber leido toda la carta del P. Vincencio.

—Razon teniais, pues, en decirlo.

—En esta carta me dice el P. Vincencio, que le dé cuenta al instante de vuestra llegada; como vos salisteis ayer de N... pensaria tener ayer mismo carta mia: como que no la ha tenido, me ha escrito á mí, y el portador de la carta es sin duda alguna el que ha sido preso por esos ladrones. Todo eso me hace conjeturar que hoy mismo tendremos aquí al P. Vincencio.

Estas últimas palabras del marqués hicieron estremecer vivamente á Santiago, el cual estaba dispuesto á sobrellevarlo todo con valor, con empeño y constancia. Quiso, sin embargo, disimular y dijo:

—Siendo así como decís, señor marqués, voy á escribir al instante al P. Vincencio, para decirle que ya no es preciso que venga él aquí.

—Eso no lo permitiré, amigo, respondió el marqués. Esta es obligacion mia, y voy á cumplirla ahora mismo.

—Pero, sin embargo, añadió el Franc-mason, si le escribo yo, podré contarle mejor que vos lo que me ha sucedido en el camino.

—En tal caso, lo haremos los dos. Subir podeis á ese escritorio, donde encontrareis recado para ello, y yo haré lo mismo en el otro.

Santiago emborroneó la primera página de un pliego de papel y asimismo parte de la segunda, sin apartar la vista del escritorio donde estaba el marqués. Sacó luego de su bolsillo un frasquito de cristal que contenia un líquido amarillento, destapólo con la mayor precaucion, y mirando á hurtadillas al marqués, metió la pluma dentro del frasquito y escribió con precipitacion algunas pocas líneas mas, que despues de secas quedaron en blanco. Volvió enseguida á tapar el frasquito de cristal, y quedóse tranquilo despues de habérselo metido nuevamente en el bolsillo. Esperó sin embargo á que el marqués acabase la carta que estaba escribiendo, despues de lo cual se las leyeron múluamente y las pusieron debajo de un solo carpete.

El marqués habia tirado del cordon de una campanilla, y un lacayo se presentó en el despacho de la Contramina poniéndose á las órdenes de su señor.

—Dispondrás, le dijo éste, que ese pliego que voy á darte, parta al instante para N... Dí al portador que si encuentra por el camino al P. Vincencio, cuyos carruajes y caballerías conocen muy bien todos mis dependientes, le dé al mismo ese pliego regresando con él á Barcelona. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente, señor.

—No apruebo vuestros planes, señor marqués, dijo Santiago, cuyos cálculos echaban á perder estas disposiciones.

—¿Por qué lo decís? replicó el marqués.

—La razon es clara, porque los ladrones que á mí me robaron y me detuvieron ayer, podrán ejecutar hoy lo mismo, y en tal caso yo no puedo asegurar que el portador de ese pliego se escape de los bandoleros. Si esto sucediera, señor marqués, como es muy probable, ya veis vos que se retardaria para el P. Vincencio la noticia de que yo estoy en salvo.

—Soy tambien de vuestro parecer... pero ¿qué haremos?

—Disponed que el propio no siga la carretera real, y asunto concluido.

—¿Sabeis otro camino?

—Dad instrucciones al lacayo, y él cuidará de que se cumplan.

Entónces Santiago, que llegó al colmo de su alegria, esplicó el camino que se debia tomar.

—Me acordaré perfectamente, respondió el lacayo.

—Advertid sobre todo al portador, añadió Santiago, que de no seguir esas instrucciones, puede resultarle el perjuicio de quedar algunas veinticuatro horas encerrado en una oscura cueva.

Creo será por demás decir que ese camino escusado era el mismo en que habia dejado emboscado á Venlor con algunos Carbonarios. De este modo aquel pliego, que salió de las manos de Santiago, fué á parar á las del mismo por medio de Joaquin Venlor.

Despues de haber salido el lacayo, Santiago y el marqués tuvieron una grata conversacion, durante la cual aquel procuró investigar con mucho cuidado los secretos pensamientos del marqués. Éste le dijo:

—Levantaos, amigo Evarini, vos me perdonareis sin duda el que despues de vuestra llegada haya mitigado vuestro cansancio por medio de una larga y molesta conversacion, pero yo no he podido contener mi curiosidad. Ahora ya estoy satisfecho, y espero que me honrareis viniendo á tomar conmigo algun bocado.

—Voy á complaceros, señor marqués, respondió Santiago. Pero permitidme que os advierta que por ahora no tengo gana de comer; pero con todo, tomaré una sopita de caldo, que es lo que podrá sentarme mejor, dispensándome al mismo tiempo la franqueza.....

—Hablemos claros, amigo Evarini, replicó el de Casarrubios. ¿Estais ó no en vuestra casa? Ya sabeis que teneis que morar en ella por algun tiempo, y por tanto, podeis escusar toda clase de cumplimientos.

—Aprecio mucho vuestra galantería, señor marqués, y para que os convenzais de que soy enemigo de ellos, voy á pediros que mandeis venir aquí un prendero á quien comprar otro trage, para sustituir á este de labrador que llevo ahora.

—No hay necesidad de ello, porque esta diligencia está evacuada ya desde muchos dias hace; en el cuarto á donde voy á conduciros luego, encontrareis dos maletas con toda la ropa que podais necesitar.

—Gracias, señor marqués, contestó Santiago.

Salieron los dos del despacho de la Contramina, y esta fué la primera vez que el marqués dejó abierto aquel aposento, lo cual hizo por respeto á Santiago, á quien tenia por Jorje Evarini.

El de Casarrubios acompañó á Santiago al aposento que le tenia destinado, y en él un ayuda de cámara le desnudó del elegante vestido de payés catalan con que se habia disfrazado, entregándole otro mas lujoso y elegante. Se componia ese trage de un pantalon de casimir amarillo-oscuro, con rayados de color de café, el cual caia graciosamente sobre sus lustrosas botas de charol; de una camisa de fina tela con botones de

diamantes; un corbatin de color gris, chaleco de color naranja recamado de pequeños ramos de flores de amapola, con hojas verdes y claras, y de una levita de paño negro finísimo con cuello de terciopelo. Una cadena de oro además pasaba por sobre su pecho é iba á perderse en el bolsillo del chaleco, terminando en una hermosa repeticion de oro guarnecida de diamantes. El lacayo presentóle luego un sombrero, unos guantes encarnados y un baston de concha con puño de plata dorada. De este modo D. Santiago Aguilar de Silva quedó trasformado de labrador en caballero. Su vestido le sentaba perfectamente; y eso con sus cabellos negros y lustrosos, su tez morena y despejada, sus ojos negros, hundidos y brillantes, su mirada penetrante, su estatura regular, y su natural garbosidad, le daba un aspecto interesante.

Una vez vestido, pasó al comedor, en donde le estaba aguardando el señor marqués.



CAPÍTULO VII.

Dos poderes encontrados.

> Cuando á Carlos V el grande me atreví á resistir, aun sucumbiendo me hice admirar.
>
> FRANCISCO I *rey de Francia.*

YA que vos, señor marqués, dijo Santiago, tantas bondades me dispensais, quisiera pediros una gracia, y es, que puesto que no podré salir á paseo á mis anchuras, me permitais ocupar uno de los cuartos que den al jardin, si es que jardin haya en esta casa.

—Siento deciros que todas las casas de esta calle están sin jardin; mas, sin embargo, puedo ofreceros una habitacion cuyo balcon dá á la calle.

—Tambien me conformo con ello. Para el caso será lo mismo.

Adviértase que Santiago sabía ya que las casas de la calle de los Condes de Barcelona no tenian jardines, pero, no obstante, afectó ignorarlo, para que el marqués le ofreciera uno de los dos aposentos cuyos balcones daban á la calle.

Las miras de Santiago al introducirse en la casa del señor marqués de Casarrubios, eran muchas; pero una de ellas era hablar con el mismo marqués de diferentes asuntos para saber lo que pensaba sobre aquello en que queria que recayese la conversacion. Por lo que toca á uno de estos asuntos, quedó libre de buscar rodeos para entrar en él, porque el marqués lo hizo *motu propio*, y fué de esta manera:

—Habladme con franqueza, Jorje Evarini, le dijo. ¿Teneis miedo á estas sociedades secretas que os persiguen tan sin cesar?

—Yo, á deciros la verdad, marqués, respondió Santiago, las temo mucho... muchísimo... pero, sin embargo, conozco que puedo deponer todo temor hallándome como me hallo escudado por mi bienhechor el P. Vincencio y su amigo el marqués de Casarrubios.

—Justo es este reconocimiento por lo que toca al jesuita... Y no dudeis de que el poder que os guarda conseguirá una segura victoria.

—Me esfuerzo en creerlo así, y por esto he puesto en él toda mi confianza.

—Vos, Evarini, añadió luego el marqués en tono de inspiracion, os formais idea del poder y talento del P. Vincencio, solo porque se ha empeñado en salvaros y apartaros del poder de las sectas secretas, cosa que conseguirá infaliblemente; pero yo, que le he tratado mas de cerca, puedo formarme mas elevada y mas completa idea de él. Si sus deseos y operaciones son secundadas como conviene por todos los que formamos la sociedad de la Contramina, á él solo se deberá el esterminio de las sectas secretas de España, que es lo único que quiere conseguir nuestra sociedad.

—¡Cuán necesario fuera, pues, que los deseos del P. Vincencio llegáran á realizarse!

—Ello será así tarde ó temprano, replicó el marqués.

—Plegue al justo cielo proteger sus laudables designios...

—La mas temible plaga que llevan en pos de sí las sectas secretas es la de pervertir á todos los jóvenes que prestan oido á las seductoras palabras de sus corifeos... Y ahora que hablamos de eso, permitidme, amigo Evarini: ¿quién fué el que tuvo la habilidad de seduciros para haceros entrar en la hermandad masónica?

—¿Conoceis por ventura á D. Santiago Aguilar de Silva?

—Horrible es el hombre á quien me nombrais... No le conozco mas que por sus obras.

—¿Le habeis visto jamás?

—Una sola vez me lo enseñaron aquí en Barcelona, en ocasion que paseaba él con algunos compañeros suyos.

Santiago tenia la conversacion en un punto el mas interesante para él mismo. Admirábale sobremanera la sencillez de su interlocutor, y muy léjos de desviar aquella conversacion, que hubiera sido muy poco agradable si realmente Evarini la sostuviera, la animó cuanto pudo, y por

medio de un lenguaje y sencillez estudiados, hizo que el marqués prosiguiese hablando de él en su propia presencia.

—Pues sí, señor marqués, dijo luego, ese Santiago Aguilar de Silva fué el hombre infernal que se encargó de seducirme.

—No me admira, pues, que sucumbieseis, porque no habeis sido el primer hombre esperimentado de cuyas costumbres ha triunfado él. Es un reclutador del infierno, uno de los principales Franc-masones de España; y atendidas todas las circunstancias, seguramente que es el mas temible de toda su secta.

—¡Por tan temible le teneis!

—No hay que dudarlo. Yo os doy por cierto y seguro, que el que logre vencer á Santiago quitándole su influjo, contrariando por partes su poder y haciéndole perder la confianza de su secta, os aseguro, repito, que un hombre tal podria ser reputado por invencible, y él podria decir con toda razon que con esta sola victoria daba á la causa de la Religion y de las buenas costumbres la ventaja de haber puesto dos mil Masones por lo menos fuera de combate.

—¿Y creeis vos, dijo Santiago despues de algunos momentos de silencio, que el P. Vincencio no puede ser capaz de oponérsele?

—Tocante á valor, disposicion, talento y penetracion de los designios de la secta, es el único á quien reconozco capaz de oponerse á Santiago; pero...

—Sin embargo, si el P. Vincencio es, segun habeis dicho, el único á quien reconoceis capaz de penetrar los designios de la secta, podrá tambien abatir el poder de Santiago, y á lo que me parece, hasta el de la secta misma.

El mismo Santiago era el que conocia mas que nadie que lo que decia no podia ser; pero, no obstante, obró de esta manera, porque así le convenia, para saber el concepto que de él formaban sus enemigos.

—Es preciso hacer aquí una distincion muy marcada, amigo Jorje Evarini, dijo el marqués. ¿Acaso pensais vos que Santiago Aguilar de Silva es igual en conocimientos y disposiciones soci-secretas á todos los demás campeones del Masonismo español? Os equivocais completamente, si tal pensais, amigo. Las luces y talento de Santiago son superiores en grado superlativo á las de todos los demás consócios; y si el presidente de nuestra sociedad, ó mas bien, el P. Vincencio del Vivár, escudado con su valor, disposicion, talento y penetracion de los designios de nuestros enemigos, se halla en estado de poder combatir él solo y sin auxilio contra cualquiera de los Masones de España, por elevados que sean sus cono-

cimientos soci-secretos, con todo, se halla muy distante de poder conseguir lo propio cuando se trata de D. Santiago Aguilar de Silva, porque, como he dicho ya, la sagacidad, conocimientos y operaciones misteriosos é incomprensibles de éste, anulan varias veces lo que hace el jesuita, y dejan muy atrás su mucho talento y penetracion.

—No pensaba yo por cierto que Santiago fuese tan poderoso, replicó el fingido Evarini.

—Con todo, tengo fundadas esperanzas de que el P. Vincencio tarde ó temprano le vencerá.

—Pero esto podrá suceder, señor marqués, si las sectas secretas respetan su vida.

—Vano temor es este, Evarini. Conozco muy bien que os habeis formado una idea equivocada del poder de las sectas secretas. Los puñales de los que las componen se tiñen comunmente en sangre cobarde, en sangre de aquellos hombres necios que las temen; pero respetan aun á pesar suyo la vida de un hombre que puede con sus póstumos trabajos esplicar al mundo todo lo que no hubiera esplicado en vida acerca de sus enemigos. Entónces, entónces es cuando se puede esplicar con claridad y señalar aun quiénes son los... ¡Ah! permitidme, Evarini, que no concluya mi frase porque me horroriza... Es imposible que os formeis una idea de la consideracion que tienen las sectas secretas á los que huyen, tan distinta de la que tienen á los que se les presentan cara á cara; y eso porque el que ataca intenta defenderse, y el que huye no quiere mas que poner un término entre él y sus enemigos. ¿Qué es lo que por ejemplo harán ahora las sectas secretas á ese P. Vincencio que tan cruda guerra les hace? Bien saben ellos que si derramasen su sangre, no quedaria sin venganza, que les fuera de mas fatales consecuencias que dejarle en vida. Saben que el que tan bien les combate, tendrá precisamente el talento indispensable para conocer que le conviene prepararse de antemano para un ataque de vida ó muerte. Esto lo ha hecho el P. Vincencio, y lo que le garantiza á él, comprometeria la vida de cualquier otro que quisiera combatir al socialismo; despues de la muerte del jesuita, no sería así, sino que ella oprimiria á mansalva á los que hubieren dado motivo para ello. Creed firmemente que el P. Vincencio está tan seguro de que no atentarán contra su vida, como lo está de que esta misma vida tarde ó temprano ha de acabar.

Santiago habia escuchado con atencion suma la relacion del marqués de Casarrubios.

—Aunque no sé comprender á fondo, le dijo, toda la estension de vuestras palabras, estoy creyendo, sin embargo, que son exactas, pero no

comprendo por qué motivo, hombres célebres, tan fuertes y tan ilustrados como lo son el P. Vincencio y D. Santiago, hayan escogido la simple ciudad de N... para palenque de su constante combate.

—Tocante á esto, Evarini, no puedo responderos... Ese es un secreto que no es mio, y por lo tanto no me acuseis de poca amistad si no os lo descubro.

No esperaba Santiago semejante contestacion, pero sin desanimarse continuó:

—Disculpad os ruego mi demasiada curiosidad... Pienso yo que don Santiago tendrá mucha influencia y valimiento entre los suyos.

—Así es realmente. Es presidente del *Sublime Consejo de Legisladores Masónicos,* y hubiera sido aun Presidente ó Gran Maestre del Grande Oriente liberal de Madrid, si serlo hubiera querido.

—¿Y de qué proviene, señor, que tanta sea la influencia del P. Vincencio, y tanto el conocimiento de los designios de sus enemigos?

—A deciros verdad, respondió el marqués algo perplejo, no puedo responderos satisfactoriamente. Sé, solamente, que sus conocimientos son superiores á los de todos sus consócios, y que ninguno podrá jamás interpretar lo mucho que él concibe cuando se trata de los designios é intenciones de los Franc-masones. Esto, Evarini, es un misterio que no comprendo aun.

Santiago hubiera dado un año de vida con tal que se hubiera contestado satisfactoriamente á su última pregunta. Se estremeció, sin embargo, al saber que el marqués ignoraba aun de dónde provenia el poder grande del jesuita.

—¿Y cómo hicisteis vos conocimiento con este D. Santiago Aguilar de Silva? dijo luego el marqués.

—Vino á ser amigo mio por medio de otro que se llama D. Joaquin Venlor, al cual tenia por el mejor amigo desde que habia sido capitan en el regimiento que yo mandé en otro tiempo.

—Ya sé quién es ese Joaquin Venlor... es una hechura de Santiago.

—Lo sé muy bien, marqués... me lo ha dicho varias veces el P. Vincencio. Me ha dicho tambien que el objeto de mi iniciacion en la secta de los Masones era el tener estos en su poder á mi hijo Aurelio, y que todo esto se habia dispuesto con el solo objeto de procurarme la amistad de Santiago.

—Esto no debe asustaros, Evarini, respondió el marqués. El P. Vincencio os ha prometido salvaros, y la palabra que dá el P. Vincencio la cumple irremisiblemente.

—Estoy convencido de ello, y de dia en dia voy creyendo mas que es un verdadero jesuita.

—Ese es el mejor elogio qne puede hacerse de su conducta.

—Sin temor de molestaros, marqués, dijo Santiago, estimaria de vos que mandarais conducirme á la habitacion que me hayais destinado.

—Voy á hacerlo con mucho gusto, amigo, y mientras vos descansareis, saldré con mi hija á efectuar algunas diligencias en la ciudad.

CAPITULO VIII.

El robo.

Muy contento voy volando,
Como pajarillo erguido,
Que buscando el dulce nido
Por el bosque vá pasando:
Cuando al pasar voy tocando
Los laureles, van cayendo
Las semillas, y saliendo
De los ramos sacudidos
Pajarillos, que, escondidos,
Estaban dentro durmiendo.

ALMEYDA.

Los ojos de Santiago brillaban de alegria al oir las últimas palabras del marqués. Éste le condujo al aposento que le tenia destinado, y cuyo balcon daba á la sombría y solitaria calle de los Condes de Barcelona.

Cuando el marqués le hubo dejado, salió con Julieta en coche abierto, para hacer algunas diligencias en la ciudad.

El Venerable de la Logia de N... quedó solo en su aposento. Miraba y remiraba con estraordinario contento todos los muebles de su cuarto; formaba su imaginacion mil proyectos halagüeños, sin fijarse en ninguno, y al pensar en el cumplimiento de los que le habian llevado á aquella casa, esclamó:

—Mucho, muchísimo es lo que he descubierto por medio de esta astucia... En mi mano está ahora el aprovecharme... Quiero y debo hacerlo, porque quiero y debo dar nueva vida á nuestra secta...

Abrió finalmente el balcon, entró en él, y sus miradas se dirigieron á la puerta de la iglesia Catedral, que estaba allí cerca.

Hizo Santiago una pequeña señal, y al instante fué contestada por

uno de los tres mendigos que estaban pidiendo limosna á la entrada del templo.

Este mendigo que contestó á las señas de Santiago era Carlos Colvin disfrazado. Hízoles Santiago otra señal, contestóla Colvin, y abalanzándose el asesino de Evarini hácia la parte esterior del balcon, pudo ver fácilmente á otros tres Carbonarios disfrazados tambien de mendigos, que estaban sentados en la misma puerta de la casa. A estos hizo tambien señas Santiago, y fueron contestadas por el *Rey de facha*, que era el principal de los tres. Hecho todo esto, Santiago entró nuevamente en su estancia.

A poco rato salió de nuevo al balcon y dejó caer un papel escrito. Recogióle uno de los Carbonarios, y fué puesto en manos de Colvin. Leyóle éste con precipitacion, hizo á Santiago otra señal, y éste entró por segunda vez en su cuarto. Entre los mendigos hubo entónces algunos cuchicheos y movimientos, y Colvin les comunicó la órden que acababa de recibir de Santiago por medio del papel que le habia tirado.

Santiago siguió todos los aposentos de la casa del marqués, y escudado con la órden que todos los criados habian recibido de obedecer á su huésped de igual modo que si fuera él mismo, no solo recorrió Santiago todas las piezas de la habitacion, sino que entró por fin en el despacho de la Contramina, donde registró cuanto quiso los papeles que habia sobre ambos escritorios. Llamó despues á dos lacayos que á la sazon habia en la casa, les hizo salir con algun pretesto, y quedaron solamente en ella una criada y la camarera de Julieta.

Santiago salió entónces al balcon, hizo otra señal á Colvin y los Carbonarios, y estos se pusieron al instante en movimiento. Levantáronse todos con la mayor lentitud y encamináronse con un estudiado disimulo á la puerta de la casa del marqués. Subieron silenciosamente la escalera, para no llamar la atencion de los vecinos, y al llegar á la puerta del piso del marqués, tiraron con todo comedimiento del cordon de la campanilla.

La criada fué á abrir á los que llamaban, y apenas habia adelantado dos pasos, la puerta fué empujada con fuerza, entrando en tropel todos los Carbonarios capitaneados por Colvin. Cerraron con el mayor sigilo, y sin dar tiempo á la sirvienta de gritar, tapáronle la boca con la mano, atándola con mucha rapidez. Esta operacion fué ejecutada con suma quietud, de modo que la camarera de Julieta, sorprendida como la criada, se vió en breve atada de piés y manos.

Ebrio de alegria Santiago por el feliz éxito de su primera tentativa, habia llamado á todos los Carbonarios, y despues de darles brevemente

las gracias, condújoles al despacho de la Contramina, señalándoles con el dedo los citados armarios para que los rompieran.

Santiago fué el primero en dar el ejemplo, y cogiendo un trozo de figuron de mármol que habia sobre el escritorio, empezó á dar fuertes golpes en los armarios de madera. Los bandidos siguieron á su gefe, y como tigres con su presa, en menos de dos minutos redujeron á astillas las puertas de los armarios.

Dentro de ellos se encerraban muchísimos pliegos de cartas rotulados por meses, é infinidad de libretas manuscritas con grandes pliegos de papeles impresos que parecian periódicos; Santiago, cediendo á los impulsos de su curiosidad, tomó un pliego de cada cosa.

—Cumplid ahora con vuestro deber, dijo entónces á los Carbonarios enseñándoles los armarios abiertos. Apoderaos de todos los papeles que podais, escondéoslos del mejor modo posible, y venid á encontrarme en el paraje que ya sabeis.

Dejó entónces el despacho, y los bandidos quedaron pasando revista de todo lo que contenian los armarios.

Santiago entretanto salió precipitadamente del piso del marqués, entró en la Catedral por la cercana puerta y salió del templo por la principal. Allí le esperaba un coche, subió en él y desapareció corriendo á toda prisa.

Por lo que toca á los Carbonarios, se apoderaron de cuanto pudieron, llegando al estremo de dejar los armarios casi enteramente vacíos. Los secretos de la Contramina fueron repartidos entre todos, y escondiéndoselos lo mejor posible, salieron de la casa, cerrando la puerta de golpe y dejando desmayadas en ella á las dos sirvientas. Al llegar á la calle, dispersáronse en diferentes sentidos, entrándose la mayor parte por la Catedral; pero todos se marcharon luego á un concertado sitio de reunion.

El objeto de este golpe masónico estaba ya meditado de antemano: y aunque favoreció mucho á los intentos de Santiago el que el marqués saliese de su casa, con todo, las medidas estaban ya tomadas para llevarlo á cabo á pesar de cualquier contratiempo.

Cuando Santiago tuvo en su poder todos los papeles que los Carbonarios se habian llevado de la casa del marqués de Casarrubios, no sabía qué hacerse de contento, miraba y remiraba cuanto se le presentaba delante, su imaginacion se exaltaba en sumo grado cuando topaba con algun escrito interesante, pero luego le abandonaba por haber encontrado otro mas agradable; ya leia una carta, ya otra, ya una del conde de

tal, ya otra del conde cual, ya otra del P. Vincencio; todo en fin era confusion para él... todo era alegria... todo sorpresa... Veia por otra parte un considerable número de periódicos redactados en Madrid, llenos todos de cartas, escritos y noticias interesantes y capaces de satisfacer al mas ávido Mason de España.

En tal estado de alegria, tomó Santiago la pluma y escribió al grande Oriente de Madrid las siguientes cartas:

«Hoy ha sido un dia memorable y de regeneracion para nuestra sociedad. Regocíjense por ello todas las Logias que la componen, porque yo, D. Santiago Aguilar de Silva, he descubierto y tengo en mi poder toda la correspondencia y demás papeles pertenecientes al archivo de una sociedad llamada de *Contramina*, estendida por toda la España y fundada con el objeto de combatir á las sectas secretas. Conservaré por ahora la presa en mi poder, trasladándola hoy mismo á mi casa de N... desde donde estará á vuestra disposicion para todo lo que os digneis resolver. No soy ahora mas estenso por no privaros del gusto de saber tan interesante suceso. En la siguiente carta os daré detalles de todo lo que acaba de caer en mis manos.»

Santiago, por medio de esta carta, descubrió á su gefe supremo la instalacion de la sociedad de Contramina; pero guardóse muy bien de advertirle que el P. Vincencio fuera el presidente y fundador de la misma.

Luego de haber escrito esta carta y de haber arreglado en cajoncitos lo que acababa de coger, despidió Santiago á los Carbonarios, pagándoles con buen dinero todo lo que acreditaban de él desde su primera espedicion, que fué el haberle acompañado de noche dos dias antes á la quinta de Santa Magdalena. Visitó despues al Gran Maestre del Oriente de Barcelona, y noticióle en pocas palabras lo esencial de la operacion que acababa de ejecutar.

Santiago recibió del Gran Maestre cumplidos parabienes, y pidióle, que en vista de la cooperacion de Carlos Colvin al buen éxito de la empresa de aquella mañana, se sirviese conferir á dicho Colvin un empleo honroso y lucrativo en las Logias de Barcelona. Santiago daba este prudente paso, no solo para remunerar los servicios de Colvin, sino tambien para alejar al testigo único de su obra, al mismo tiempo que le tenia mas adicto con la remuneracion y mas obligado al silencio. El Gran Maestre de Cataluña contestó á Santiago, que el solo empleo que á la sazon estaba vacante era el de *Revisor Masónico* de todos los Carbonarios de Barcelona.

Despues que Aguilar de Silva hubo dejado al gefe supremo de los

Masones de Cataluña, encontróse en la calle con Carlos Colvin, y en pocas palabras le dió cuenta de su nombramiento.

. . . .

Mientras que todo esto pasaba, Joaquin Venlor se hallaba en camino de N...

Como saben ya nuestros lectores, habia quedado de emboscada en un camino de poco tránsito, para apoderarse del hombre que debia traer al P. Vincencio la carta del marqués de Casarrubios y de Santiago Aguilar de Silva, fingido Jorje Evarini. Cuando estuvo en su poder el portador de las dos cartas, apoderóse Venlor del pliego que traia, le abrió y acercó á la lumbre la parte en blanco de la carta de Santiago, y en ella salió con letras violadas lo que su gefe habia escrito en blanco.

Santiago le decia que pusiese en libertad al propio de quien se habian apoderado el dia antes, y que junto con el portador de la misma carta partiese al instante á N... y que le esperase por la noche en la quinta del Oriente.

En vista de ella, el propio, que desde el dia anterior estaba en poder de los Masones, fué puesto en libertad inmediatamente y le señalaron el camino que debia seguir para pasar á Barcelona. Venlor con los Carbonarios y con el nuevo dependiente de la Contramina, á quien vendaron los ojos como de costumbre, tomaron luego el camino de la quinta del Oriente.



CAPÍTULO IX.

Golpe fatal.

Pero el mas peligroso de todos sus detestables principios, me parece que es este de: *El fin justifica los medios.*
RENNER, *filósofo iluminado arrepentido.*

Muy fatal fué el golpe que recibió el marqués de Casarrubios al llegar á su casa.

Los lacayos que Santiago habia hecho salir de ella bajo diferentes pretestos, habian vuelto ya, pero por mas que golpearon la puerta principal, nadie fué á abrirles. Cansados al fin, fueron en busca de un cerrajero para que echase abajo el cerrojo de la puerta del piso. Hízose así efectivamente á presencia de todos los vecinos de los pisos superiores. Despues de haber abierto, lo primero que se presentó á su vista fué la criada, atada de piés y manos y desmayada junto á la puerta, en el mismo sitio donde la habian dejado los Carbonarios. Al principio tuviéronla por muerta, pero al fin reconocieron que estaba desmayada, y se le prodigaron todos los auxilios necesarios. Los lacayos fueron entónces en busca de la camarera de Julieta, y la encontraron en el mismo estado que la otra sirvienta. Los dependientes del marqués estaban sobrecogidos al presenciar el espectáculo que se les ofrecia á la vista. Registraron minuciosamente la casa, pero á nadie encontraron. Ellos y los vecinos se deshacian en mil conjeturas para averiguar la causa de tan

inesplicable misterio. Entretanto recorrian todas las habitaciones, hasta que por fin encontraron el destrozo que los Carbonarios habian hecho en el despacho de la Contramina.

Luego que el marqués hubo entrado en su casa, le enteraron del caso. Sentóse, ó mas bien, echóse en la primera silla que se le presentó, y su hija, mas temerosa que atrevida, se sentó tambien á su lado.

El ayuda de cámara, á quien llamaban Jerónimo, esplicó entónces al marqués todo lo que él sabía de lo que habia sucedido desde que el marqués habia salido hasta entónces. Quiso esplicarle tambien las sospechas que él tenia sobre ser Jorje Evarini, pero éste le contestó:

—No prosigas. Lo que me has dicho me basta y aun me sobra para comprender que este golpe ha venido de las sectas secretas.

Julieta no pudo reprimir aquí un esclamacion de dolor.

—¿Qué se ha hecho de Evarini? preguntó el marqués con visible alteracion.

—¿Aun no lo habeis comprendido, señor? dijo Jerónimo. Él es el ladron. Lo hemos buscado por toda la casa, y no ha parecido.

—¡Ah! no es él el ladron. Sus enemigos habrán espiado sus pasos y se lo habrán llevado.

La imaginacion del marqués se iba exaltando por momentos. Julieta lo temia ya, y estaba espiando escrupulosamente las mutaciones del rostro de su padre.

—¿Y qué han dicho las criadas? preguntó el marqués.

—No sé, señor: ahora van recobrando el sentido.

—Vamos á verlas, papá, añadió Julieta.

—Sí, hija mia.

El marqués se subió á la cama donde estaban sus sirvientas; y Jerónimo hizo una seña á Julieta para que le escuchase.

Hízolo así la jóven diciendo:

—¿Qué me quieres?

—¿Cómo diremos á vuestro papá que le han robado todos los papeles que tenia en los armarios del despacho?

—Fatal será ese golpe para él, respondió Julieta.

Al fin resolvieron decírselo en aquel mismo instante y sin aguardar á que él lo viese. Pasaron efectivamente á ejecutarlo, cuando el marqués, que habia oido ya la relacion de la camarera, le preguntaba:

—¿Y no habeis visto salir á D. Jorje?

—No, señor, contestaba la camarera. No le hemos visto, ni le hemos oido.

—Pero, en fin, decidme, añadió el marqués dirigiéndose á todos. ¿Qué es lo que me han robado?

—Vuestros escritos secretos, dijo Julieta.

—¡Triste de mí! esclamó el marqués dándose una palmada en la frente. ¡Ese sí que es golpe de muerte! ¡Pobres consócios mios! ¡Pobre Evarini!

Desasiéndose de su hija, corrió precipitadamente al despacho de la Contramina. Sus ojos se fijaron luego en los rotos armarios, y cayó casi sin fuerza en una silla.

—¡Desgraciado de mí!... dijo con voz sofocada. ¡Dios mio!... ¡socorrednos! ¡Cuánta gente está perdida!

Abrió de nuevo los ojos... incorporóse en su silla, y al ver la pérdida de sus escritos, añadió:

—¡Desgraciado de mí!... ¡mil veces desgraciado! ¡Cuántas víctimas irán al sacrificio por mi causa! ¡Cuán triste suerte ha sido la mia!... Triste, sí; porque no solo acabará ella con mis dias, sino que además sembrará el llanto eterno en el seno de un sinnúmero de familias ilustres y valerosas. ¡Dios mio! ¡socorredme!

—Papá, no os desespereis por esto, esclamó Julieta con voz enternecida. No os desalenteis aun.

—Déjame, déjame, hija mia, dijo el marqués apartándola con la mano.

—No quiero dejaros, papá mio, no os apesadumbreis tanto.

—¿Y eres tú quien dices eso, hija mia? ¿No ves que me faltan todos los escritos que contenian aquellos armarios, y que faltándome ellos, me falta la vida de muchas personas ilustres?

—Bien lo veo... Os han robado la correspondencia. Pero calmaos... puede que para todo haya remedio.

—¿Piensas, Julieta, que tu padre es insensible?

Los ojos del marqués empezaron á entumecerse... su cara se amorató y un ligero temblor se apoderó de todos los miembros de su cuerpo.

—Papá, os poneis malo... ¿Qué teneis?... Voy á llamar.

—No, Julieta, no llames hasta que te lo diga... Dame tu brazo, porque voy á hacer la última tentativa para tranquilizarme un poco.

El marqués se asió del brazo de su hija, que ya no podia contener sus lágrimas, y acercóse con paso incierto á los rotos armarios de la Contramina. Su hija estaba observando escrupulosamente sus mas mínimas acciones. El marqués empezó á mirar uno por uno los pocos papeles que habian quedado en los armarios. A medida que iba adelantando

el exámen, iba aumentándose el temblor de sus miembros; y cuando vió que entre aquellos pocos papeles no habia el que buscaba, perdió casi la voz y la razon, y dijo:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!... vos lo quereis; hágase vuestra voluntad.

Cerró el marqués los ojos, y su hija casi tuvo que arrastrarle para hacerle sentar en una silla.

—¿Qué es lo que os falta, papá? dijo Julieta.

—¡Ay, hija mia! replicó el padre con voz temblorosa ¡Ya no hay ni un remoto medio de salvacion!... ¡Todo se perdió!... He buscado las constituciones de la sociedad de Contramina, y hasta ellas me faltan tambien.

Y como si estas últimas palabras hubiesen encendido el sofocado ardor que otras veces le habia dominado, prorumpió luego en fuertes gritos, y con voz ronca y atronadora esclamó:

—El infierno ha vencido... La sangre noble habrá de correr... El catolicismo español vá á cubrirse de luto... A los asesinatos de los religiosos, se añadirán los asesinatos de todos nuestros consócios... y eso será el 25 de este mes... ¡Dia terrible! ¡Dia terrible!

—¡Papá, por Dios!... ¡calmaos!... ¡vais á perder la razon!

El marqués ya no pudo resistir mas á la fuerza de su conmocion interior. Se levantó, dió algunos pasos... cerró sus entumecidos ojos... su temblor convulsivo se aumentó grandemente... perdió el color... inclinó la cabeza... bamboleóse un instante... y su cuerpo perdió el equilibrio. Julieta estaba horrorizada... corrió á socorrerle... tendió sus brazos y recibió en ellos el cuerpo de su padre, que á no ser así, hubiera caido en el suelo. El marqués se habia desmayado.

—¡Socorro! ¡socorro! gritó Julieta con voz sofocada.

A los penetrantes gritos de la jóven, acudieron todos los lacayos de la casa: tomaron en brazos al marqués y lo sentaron en una silla. Julieta se arrodilló junto á su padre y procuró devolverle el uso de sus sentidos. Pero por de pronto vanos fueron todos sus esfuerzos.

Julieta, que con la mayor serenidad habia visto caer á su padre, empezó á llorar copiosamente cuando volvia á recobrar el sentido.

—Papá, le decia. ¿Estais ya restablecido? ¿Padeceis aun?

—No, hija mia, respondió el marqués.

Al principio los ojos del marqués se conservaron fijos en los de su hija, pero despues divagaron algunos momentos por los circunstantes, y paráronse finalmente en los rotos armarios.

—¡Qué desgracia! dijo entónces. Me faltan las constituciones de la

sociedad de Contramina, y con ellos, ¡oh, Dios! me falta todo lo que mas apreciaba en este mundo.

—Papá, por Dios no renoveis esas ideas. Os lo suplico de rodillas por aquella muger que está en el cielo, y que era mi madre, al mismo tiempo que vuestra esposa. Ya sé muy bien, y no me lo repitais mas, que los mismos enemigos de mi padre lo serán tambien de sus queridos hijos.

Julieta hubiera sin duda proseguido en su sentida esplicacion, si entónces no hubiera entrado el lacayo, que habia salido en busca de un médico.

—Vuelvo aquí, dijo el lacayo, para anunciar que acaba de parar un coche á nuestra puerta, del cual ha bajado un religioso, pidiendo por el señor marqués de Casarrubios.

—¡Un religioso!... ¿No sabes quién será?

—Es el P. Vincencio del Vivár, dijo el lacayo.

—¡El P. Vincencio! esclamó con visible conmocion. Compadécelo, hija mia; es una víctima mas, que viene al lugar del sacrificio.

—¡Qué lenguaje tan lúgubre es ese, padre!... ¡Me asustais!

—Es que todos estamos perdidos... perdidos sin remedio.

Julieta, viendo á su padre ya restablecido, mandó á sus criados que salieran del despacho. Efectuáronlo, y siguiéndoles ella algunos pasos, les dijo:

—Alejaos de aquí por algun rato, y quiero advertiros que despediré sin remedio de esta casa al que llegue á hablar de lo que en ella acaba de suceder.

Volvióse enseguida junto á su padre, que seguramente hubiera quedado entorpecido por algun tiempo mas, si la noticia de la llegada del P. Vincencio no le hubiera sacado de su letargo.

—Sosegaos, le dijo la jóven. Mirad sobre todo por vuestra salud quebrantada, y advertid que si no lo haceis así, vuestra hija tampoco podrá mirar por la suya.

—Bien, ya lo haré, Julieta. No te apartes, pues, de mi lado; quédate aquí, ya que lo quieres; pero oirás como anuncio á un inocente la hora de su muerte.

—Vos, padre mio, le respondió Julieta, siempre habeis tenido gran confianza con ese religioso jesuita que vá á llegar: él os ha ayudado en lances de grande peligro, y quizá esta vez podrá obtener los mismos resultados que en otras ocasiones.

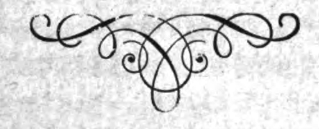
—Eso es enteramente imposible. El golpe que me ha herido á mí,

hiere igualmente á él, y quizá aun mas de cerca, y eso es suficiente causa para creer que nada podrán contra nuestros enemigos los inmensos recursos del P. Vincencio.

—No desespereis por esto. Ahora vá á llegar, ha entrado ya en casa, y vamos á escucharle. A lo menos prometedme que le hablareis con calma y de modo que no le sorprenda vuestra exaltacion.

—Procuraré seguir tus consejos, dijo el marqués.

Ya se oian pasos en la habitacion cercana. Julieta enjugó sus lágrimas, el marqués el frio sudor de su rostro, y compuso sus facciones lo mejor que pudo para recibir al maestro de Aurelio.



CAPÍTULO X.

Poder contra poder.

Ocho veces la cándida luna
Renovó de su faz los albores,
Cada vez contra riesgos mayores
Ocho veces los vió combatir.
Y envidiosa los vió la fortuna
Su poder arrostrar atrevidos,
Y los vió de su rueda caidos,
Y su esfuerzo no pudo rendir.

BEÑA.

El P. Vincencio entró con aire magestuoso en el despacho de la Contramina.

Saludáronse todos mútuamente, y observando cada uno de ellos escrupulosamente á los demás.

El rostro del P. Vincencio denotaba impaciencia, el del marqués desesperacion, y el de Julieta temor y sufrimiento.

—Sentaos, P. Vincencio, y resignaos á escucharme, dijo el marqués con la mayor solemnidad.

—No he venido, marqués, sin justo motivo, dijo el jesuita sentándose con la sonrisa en los lábios. Resignado estoy á escucharos; pero permitidme que ante todo os pregunte si ha sucedido la catástrofe que me presumo. ¿Os han robado los secretos de la Contramina?

—Sí, P. Vincencio. Los armarios hechos pedazos pueden responderos por mí.

—El haberlo visto luego de haber entrado, añadió el jesuita sin dejar por esto su sonrisa, ha sido para mí una confirmacion de lo que ya presumia.

Esa sonrisa imperturbable del P. Vincencio hasta en los mayores apuros, infundia un valor grande en el ánimo de Julieta, al mismo tiempo

que dejaba perplejo al marqués. El marqués se armó del valor necesario para esplicarse con claridad y sin ambajes á su presidente.

—Casi todos vuestros consócios, le dijo, y hasta algunos que no lo son, han convenido siempre en decir, que vuestra presencia en alguna parte era reputada por feliz agüero. Yo, padre, ni soy supersticioso, ni vanamente confiado; pero debo confesaros sínceramente, que desde que he llegado á conoceros, si me ha guiado la suerte á algun fatal apuro y la casualidad por otra parte me ha conducido á vuestra presencia; si os ha traido en socorro mio, no he podido menos que admirar vuestro grande influjo. Jamás he sabido á qué atribuirlo, ni tampoco he intentado nunca penetrarlo; pero debo deciros que estoy convencido de que vuestra influencia y vuestro poder son hoy efímeros y de ningun valor para remediar la horrible catástrofe que nos abruma. Yo tengo un dolor, tengo un sentimiento al decíroslo. Veo, sin embargo, que vos escuchais mi relacion con la mayor calma y sangre fria; que vuestros lábios tienen el valor suficiente para no abandonar la sonrisa que os imprime un carácter imperturbable; pero no debemos hacernos ilusiones: no es cambiar la realidad, no veo mas que la señal de nuestra próxima muerte; P. Vincencio, no seais inflexible por Dios: decidme que estais convencido como yo de que vuestra muerte y la mia están muy próximas. Podreis decir que yo he ocasionado vuestra desgracia, pero tambien os confieso, que eso, y no mi muerte, es lo único que me causa inquietud. Creido estoy de que vuestra hora se acerca, pero á lo menos puedo decir que he obrado siempre con legalidad, y yo no creo...

—No prosigais, marqués, dijo el jesuita interrumpiéndolo y sin dejar por esto su invariable sonrisa. Permitidme que os eche en cara vuestra debilidad en este momento; esa debilidad que es tan impropia en un miembro voluntario de la sociedad católica de Contramina. El temor os domina, marqués; y á fé mia que podriais muy bien advertir, que no se sale de apurados trances por medio del temor. Voy á deshacer lo que os preocupa y que no es mas que una mera aprension. Decidme resueltamente, ¿qué es lo que os ha conducido á tan desacostumbrada exaltacion?

—¿Y aun no encontrais suficiente motivo para ello? No sé cómo hacerlo para creer que os chanceais en este momento. Pero en fin, puede que mi razon esté perturbada:... y es así; no hagais, Padre, caso alguno de mis palabras: pero sin embargo, lo positivo es que nadie puede impedir que el robo de los escritos pertenecientes á la Contramina sea necesariamente la causa de nuestra próxima muerte.

Aquí no pudo contener el marqués sus lágrimas, que empezaron á caer copiosamente de sus ojos.

—Perdonad, Padre, mi debilidad, añadió; perdonad mis lágrimas. Yo no siento ahora mi muerte, pero sí la vuestra... la de todos mis consócios... y despues la de mis amados hijos.

El corazon de Julieta se comprimió con las últimas palabras de su padre.

—Comprendo muy bien, dijo el jesuita, vuestra agitacion. Vos ignorais mis sentimientos en este instante; pero sin embargo, sois muy asustadizo. No veo motivo para la desconfianza que mostrais.

—¿Y sois vos, Padre, el que habla de este modo? ¿Sois insensible acaso?

—No tal: mi sensibilidad me ha conducido algunas veces á muchos apuros; pero muchas mas me ha apartado de ellos. Dígoos que estais equivocado. Pero en fin, abreviemos las palabras. Decidme categóricamente ¿qué es lo que os asusta?

—Una próxima muerte, Padre. Os lo he dicho ya.

—¿Y vos decís eso? ¿Olvidais acaso que vos y yo somos consócios para dar la vida?

—¿Y olvidais tambien, replicó el marqués, que vos y yo somos tambien consócios para recibir ambos la muerte, aunque yo solo haya sido la causa?

—¿Y quién puede darnos la muerte á nosotros?

—¿Quién? la secta secreta que me ha robado hoy los escritos de la Contramina.

—¿Y dónde tiene esta secta el poder bastante para acabar con nosotros?

—En todas partes.

—¿Y es este solo poder el que os asusta?

—Sí; y me parece que es bastante para que así sea. Yo lo encuentro muy fuerte, y nada efímero.

—Pues bien; consideradlo como querais... mas yo puedo deciros que este poder lo anulo.

—¡Padre!...

—¿Y temeis aun, marqués?

—¿Qué quereis que os diga? ¿Insistís vos en decir que anulais este poder?

—Jamás, marqués, he tenido que corregir á sabiendas lo que una vez he dicho.

—Esplicaos pues. ¿Qué es lo que yo debo entender por estas palabras vuestras *«este poder yo le anulo.»*

—Que aunque os hayan sido robados los escritos de la Contramina, os serán devueltos sin tardanza, por la sencilla razon de que así lo quiero y de que no me place que nuestros contrarios tengan poder ni fuerza alguna para proceder contra nosotros.

—Mas, ¿cómo puede ser esto? Esplicadme, Padre, los fuertes fundamentos en que se apoya ese vuestro poder.

—Ahora ha llegado por fin el caso, señor marqués. Os han robado los secretos de la Sociedad, y yo ya tenia presentimientos bien fundados por cierto de que así habia de suceder. Esta es la causa de haber emprendido yo mi viaje á Barcelona. El cielo no ha permitido que llegára á tiempo para impedir el robo; pero sin embargo, el Omnipotente ya quiere que por legales medios recobre la Sociedad lo que ha perdido. Me esplicaré con detencion, para que me comprendais mejor.

—Eso será de mi gusto, Padre; porque hasta ahora os habeis espresado en términos muy vagos y generales.

—Voy á esplicarme, pero ante todo exijo que os pongais tan tranquilo como si no hubiera sucedido nada de cuanto os aqueja; sentaos, Julieta.

La jóven se sentó, el marqués se incorporó en su silla, esperando con ansiedad suma la relacion del jesuita, el cual, despues de haber pasado su blanca mano por la frente y conciliado algunos recuerdos, dijo:

—Os acordareis, marqués, de la primera carta que os escribí relativa á la persona de Jorje Evarini. Os decia en ella, fechada el 2 de este mes, que el citado Evarini habia sido seducido y formaba parte de la secta secreta de los Franc-masones. Os decia tambien, que yo me habia empeñado en salvar á Evarini del peligro que le amenazaba, para lo cual os indiqué entónces, que cuando fuera necesario, mandaria á Evarini á vuestra casa. Me habia comprometido formalmente en salvar su vida, y yo he querido hacerlo: el cielo me perdone si su salvacion no me ha sido posible. Repito que no ha sido mia la culpa, y Dios es testigo de que, diciéndolo así, no falto á la verdad. Despues de haber sucedido todo esto que antes os he dicho, os mandé á decir anteayer, dia 12, que Evarini habia determinado, por consejo mio, sustraerse al poder de los Masones. Fué llamado dos veces por los gefes de la secta, de que á pesar suyo formaba parte; y mi protegido cometió la falta de no contestar á ninguno de los dos llamamientos. Vos ya sabeis que si se desobedece á la tercera vez, se castiga con pena de muerte al que de tal modo se resiste á la autoridad

secreta; eso tenia que ser así, y queriendo yo que mi amigo no tuviera que llegar á tan apurado trance, os escribia en esta carta que habia llegado el momento de que Evarini pasase ocultamente á vuestra casa, para que mientras estuviese en ella, pudiese yo anular, por medios que me reservaba, el derecho que la sociedad de los Masones quisiera tener sobre su persona. Con harto fundamento me lisonjeaba de que no saldrian frustados mis cálculos; de modo que en la misma carta os decia, que al dia siguiente por la mañana tendriais á Evarini en vuestra casa, dándoos acerca de él algunas noticias, pues vos no le conociais aun. Sabeis que otros sucesos mas terribles vinieron á desbaratar mi plan. Evarini se despidió aquel dia de su esposa é hijos para marchar al siguiente. Yo le traje por la tarde una carta con la cual debia presentarse. En esta carta, que vos no habeis podido recibir aun, os repetia algunos de los encargos que os habia hecho en la última, y os decia que me escribierais al mismo instante de entrar Evarini en vuestra casa...

—Permitidme, Padre, que os interrumpa, dijo el marqués. Esta carta á que vos aludís la tengo aquí. Vuestro mismo protegido Jorje Evarini me la ha traido hoy.

—En este caso, marqués, veo que la astucia de Santiago Aguilar de Silva ha pasado mas adelante de lo que yo pensaba... Evarini, como os decia yo, resignóse á lo que yo le propuse y salió ayer de su casa-quinta de Santa Magdalena á las dos y media de la madrugada, tomando á toda prisa el camino para Barcelona. Despues de haberme levantado, fuí á celebrar la misa y pasé á eso de las cinco á la quinta de Santa Magdalena. Dijéronme los criados que á las dos y media habia partido Evarini, y mi corazon se ensanchó de alegria al saberlo. Creia ya salvado á mi amigo, pero ¡ay, Dios! no pudo ser así. Cuando volví á llegar á N... empecé á oir voces vagas de que se habia hallado por el camino de Barcelona el cadáver desfigurado de un hombre que habia sido asesinado. A pesar de mis esfuerzos, no pude resistir al golpe que recibió mi corazon... llenéme de temor á pesar mio, y temí mas que nunca por la suerte de Evarini. Estas voces empezaron á correr y aumentarse mas y mas; yo no sabía qué hacer, y estaba en completa incertidumbre, porque me parecia imposible que mis planes hubieran sido desconcertados. Vino entretanto á mis oidos la noticia de que el cadáver que se habia hallado en la carretera le habian trasportado á las Casas Consistoriales. Entónces ya no pude contenerme mas, marchéme corriendo á inspeccionar el cadáver con toda la zozobra é intranquilidad que podeis figuraros, y la sorpresa y el horror se apoderaron de mi ánimo al reconocer

en los efectos que se habian hallado, la pistola y el sombrero de Evarini..Abalancéme con prontitud hácia aquellos inanimados restos, para reconocer en ellos á mi amigo; pero me engañé, porque aquel cadáver tenia desfigurado todo el rostro por medio de varios cortes hechos con un puñal. Esto no obstante, noté á primera vista que no era aquella la persona de Evarini, sino uno de lós bandidos que le acometieron, y que debió sucumbir al defenderse Evarini.

El marqués, que tanto oia hablar de Evarini y de lo que le habia sucedido en un sentido tan contrario á lo que él sabía de su amigo desde que habia salido de N... no pudo menos que interrumpir al jesuita, diciéndole:

—Permitidme, Padre, que interrumpa vuestra relacion: pero Evarini lo ha contado todo de diferente modo.

—Errado estais, señor marqués. La opinion comun es que Evarini no existe ya, y aunque vais á quedar maravillado con todo eso, permitidme, sin embargo, que termine... Segun iba diciendo, al ver el rostro desfigurado del cadáver que tenia delante de mis ojos, reconocí la perfidia de los enemigos de Evarini, perfidia que solo puede ser propia de los que forman parte de las sectas secretas. Participé á las autoridades de N... el éxito de mi reconocimiento, y dispusieron al instante todas las diligencias necesarias para encontrar los restos de Evarini. Bien es verdad que á punto fijo no podia yo conocer lo que podria haber motivado aquel horrible homicidio; pero sin embargo, pensé constantemente que mi amigo habia sido escondido por sus asesinos, y pienso aun que Evarini se halla todavía en poder de los Masones. Aquella misma mañana os escribí participándoos la noticia fatal, y á muy poco debió caer en manos de los Masones, porque cabalmente el que traia la carta iba vestido de labrador, con faja azul y una cinta del mismo color en su sombrero de paja, y montado en un caballo blanco. La carta que habia dado á Evarini para vos, decia que debian vestir ese trage los mensajeros que nos enviariamos para el caso; y como esta carta cayó en manos de los Masones, les fué muy fácil robarle la que debia traer. El portador de la misma no podia detenerse en Barcelona mas que el tiempo preciso para darla y volverse, y debia estar de vuelta ayer. Cuando ví que esto no se habia verificado á la hora correspondiente, empecé á concebir serios temores, que no eran por cierto infundados. Esto fué lo que me determinó á venir hoy mismo á Barcelona y el motivo por el cual me veis ahora aquí.

El P. Vincencio habia conducido hasta este punto la conversacion sin abandonar su sonrisa inalterable, y el marqués y su hija le escuchaban con una atencion religiosa.

CAPÍTULO XI.

Poder contra poder.

Mirad cómo sé valerme y sacar partido de todas las circunstancias.
WEISHAUPT, *filósofo iluminado.*

MUCHAS son, marqués, las ideas que están ocupando ahora mi imaginacion, continuó luego el P. Vincencio, pero, os lo confieso con dolor, la que mas prevalece y me aturde entre todas ellas, es la de que no haya podido salvarse Evarini. Esta es, amigo, la primera vez que he sido vencido por las sectas secretas: no lo habia sido aun, y esa primera victoria que han conseguido, ha sido sensible para mí, al mismo tiempo que ha producido felices resultados para ellos. No solo ha causado la muerte de Evarini, sino que tambien ha sumergido en el llanto y el horror á su esposa y á sus hijos; ha sido la muerte de uno de los agresores de mi amigo; ha dejado indecisa la suerte de uno de nuestros sirvientes; ha causado el descubrimiento de nuestra sociedad; ha puesto en manos de nuestros enemigos los secretos de la misma, y ha espuesto la vida de todos los que os habeis unido á mí para la grande obra de la defensa del Catolicismo y destruccion de las sectas secretas. No os atemoriceis por esto, marqués; no os asusteis á vista de este cuadro tan tétrico de desdichas é infortunios; sed hombre y pensad que esa cualidad emanada del mismo Dios, os dará el valor necesario para que no podais jamás abandonaros á la desesperacion. Yo solo he sido la causa de todos cuantos males debemos lamentar; yo soy

el que tengo que repararlo. Cuento con medios mas que suficientes para que sea así; y figuraos cuán grande será el triunfo de nuestra sociedad venciendo al que una sola vez nos ha vencido. Esa manifestacion creo que será bastante para calmar vuestros temores; procurad, pues, que así sea, poned treguas á vuestro dolor, mostraos fuerte como yo, acreditad que sois hombre y que nuestra mision es arruinar á los enemigos de Dios; dad pruebas de la invariabilidad de nuestro carácter, y creed firmemente que voy á reparar el mal que he causado. Los escritos que os han robado volverán á vuestro poder, y aunque estoy dispuesto á daros una idea de los medios de que echaré mano para conseguir tan halagüeños resultados, permitidme, no obstante, que antes os escuche á mi vez, para que me hagais las observaciones que juzgueis necesarias sobre todo lo que ha sucedido.

—Muchas son en efecto las observaciones que tengo que haceros, P. Vincencio: pero muchas mas eran las que me habian ocurrido antes de que hablaseis, de modo que puedo muy bien deciros que me habeis ahorrado la mitad del camino. Esto no obstante; vuestra última relacion me ha enredado de tal manera, que ha originado una incertidumbre de la cual quiero prontamente salir. Vos decís que Evarini ha muerto, y por otra parte es tambien muy positivo que esta mañana se me ha presentado otro hombre que fingia ser vuestro protegido, y me ha entregado la carta de que vos habiais hecho mencion. Yo presumo, aunque sin fundamento, que este hombre sería uno de los agresores del infortunado Evarini; pero desearia saber en quién debo reconocer tal astucia.

—El que hoy ha tomado en vuestra casa el nombre de Jorje Evarini, lleva nombre bien conocido en casi todo el reino, y este es el de D. Santiago Aguilar de Silva.

—¡Qué decís! ¡Don Santiago Aguilar de Silva se ha hospedado en mi casa! ¿Y será posible que ese hombre sea capaz de tanta desfachatez?

—Sí, marqués. Y si supierais vos que ese Santiago tuvo ayer noche la sin igual osadía de presentarse á la viuda é hijos de Evarini trayéndoles un testamento de Jorje Evarini, ¿qué diriais? ¿Y si os añadiera además, que este testamento era falso?... Pero en fin, dejemos estos recuerdos amargos... La venida de Santiago á vuestra casa ya la tenia prevista; solo me falta ahora que me espliqueis de qué modo ha llevado á efecto su atrevido designio.

El marqués de Casarrubios esplicó al P. Vincencio todo lo que habia sucedido en su casa desde que Santiago se habia presentado en ella hasta la llegada del jesuita.

—Muchas son, Padre mio, dijo el marqués despues de una larga relacion, las desgracias que en dos dias nos han sobrevenido; pero si vos teneis, como habeis dicho, medios suficientes para repararlo todo, entónces nuestra Asociacion conseguirá con ello una doble victoria.

El marqués creia en verdad que el jesuita tenia medios para recobrar los secretos perdidos de la Contramina; mas con todo, no acabó de darle entero crédito hasta que supo por él mismo cuáles eran los medios de que pensaba valerse.

—Conozco, marqués, decia el jesuita, que vos os dais por vencido, y que la victoria que sobre nosotros habian conseguido las sectas secretas podia acabar con nuestra sociedad; pero os habeis equivocado completamente. Un robo como el que se os ha hecho puede acarrear graves desdichas á la Asociacion, pero nunca arruinarla. Os aseguro, en prueba de ello, que volvereis á recobrar los escritos de la Contramina. No dudeis de lo que os digo: yo en persona me avistaré con Santiago, y en esta entrevista que voy á tener con él, ó yo dejaré de ser lo que soy, ó estos escritos serán nuevamente recobrados.

—Os creo firmemente, Padre, pero me parece que el recobro de estos escritos no reparará jamás el mal que puede sobrevenirnos, pues Santiago los habrá enseñado á otros.

—Nada temais. Conozco muy bien á Santiago, y me atreveria á asegurar lo que él hará con su presa. Le conozco tanto como á vos mismo; es en estremo egoista: y aunque no dudo que por orgullo propio habrá participado el robo á sus superiores de Madrid y aun á algunos Masones de Barcelona, considero, sin embargo, que no se sujetará jamás su egoismo á poner el mas pequeño papel en manos de sus superiores, antes que él los haya leido y releido todos. Eso no puede ser obra de un dia; y hace pocas horas que Santiago está en posesion de esa presa. Su mismo orgullo, pues, vá á proporcionarme sobre él una victoria. Cuento para ello con medios á los cuales es imposible resistir, á pesar de su fiereza é indomable carácter. Hagamos para el caso dos suposiciones: Santiago está aun en Barcelona ó ha partido ya para N... En cualquiera de esos dos casos voy á impedir, por medio de dos billetes, que Santiago enseñe á nadie los papeles que constituyen su presa de hoy. Esas cartas que voy á escribir ahora mismo, serán de igual contenido. Le diré que mantenga en su poder los escritos que ha robado al marqués de Casarrubios, amenazándole con sumergirle en la mas negra miseria y en los mas inauditos horrores si se atreve á resistir á mi voluntad. Con esas solas palabras comprenderá él la fuerza de todo lo que quiero sig-

nificar. Enseguida enviaré una de esas cartas á la casa de Barcelona donde vive Santiago, y la otra se la mandaré á N... para que de todas maneras caigan ambas en su poder lo mas pronto posible. Despues de todo esto, me marcharé hoy ó mañana á N..., y yo en persona pasaré á readquirir lo que os falta á vos.

—No quiero interrogaros mas, P. Vincencio, dijo el marqués lleno de alegria: os diré solamente, que hasta el dia habia reconocido en vos grande ingenio, pero de hoy en adelante publicaré por todas partes que vos sois el mas famoso y valiente atleta que cuenta en apoyo suyo la humanidad oprimida.

—No me lisonjeeis, marqués: con harto sentimiento mio tengo que hacer público mi poder. Esos medios que tanto os admiran estaban ya en mi mano el primer dia que me conocisteis, y me he guardado bien de manifestarlos, porque nunca habia llegado el caso de ponerlos en práctica. Pero hora es ya de que lo sepais de una vez, aunque no os lo digo con el objeto de satisfacer un orgullo que no tengo, ni mucho menos para adquirir gloria entre mis consócios. Siempre que os halleis oprimido por algun miembro de las sectas secretas; siempre que sepais que algun sér humano sucumbe á su poder, acudid á mí presuroso; y siempre me hallareis capaz para salvar á un oprimido, sea quien quiera.

—¡Tanto poder, Padre!

—Sí, marqués, tanto poder tengo adquirido, pero no en balde. Yo no soy egoista, ni lo seré jamás, si Dios está de mi parte; pero, sin embargo, he penetrado hasta el fondo de los abismos; he sondeado todos los arcanos de la malicia; he visto por mis propios ojos los horrores en que están sumergidos los filósofos de nuestros dias; y á pesar de todas las sectas del universo, me he constituido en una altura á la cual ellos no podrán llegar jamás. Desde esta posicion dominaré todo lo que esté debajo de mí; allí mis ideas se sublimarán, allí seré respetado por mis propios enemigos, allí no se atreverán á oponérseme, y allí me mirarán siempre como á un contrario suyo, con cuyas armas no osarán jamás medir las suyas, porque saben que la victoria es segura. Jamás podreis comprender, marqués, el misterio que encierran esas palabras: estoy mas seguro de mi vida en medio de mis enemigos, y aun en lo profundo de sus subterráneos, que sentado en este aposento á vuestro lado y en el de vuestra hija. Nunca os habia declarado eso que acabo de deciros, pero ha llegado la ocasion de formaros una pequeña idea de mi poder. Mientras yo viva, no temais jamás á esos asesinos que se reunen en se-

creto, yo sabré anonadar siempre sus intrigas; y no temais aunque muera; dejo un sucesor á mi poder.

El acento del jesuita era casi profético. El marqués le escuchaba atentamente, y Julieta no perdia ni una palabra de cuantas decia el maestro de Aurelio.

—Os he dicho, marqués, continuó luego el P. Vincencio, que del acertado paso que voy á dar acerca del robo cometido por Santiago, espero sacar una victoria doble, porque mi poder puesto en accion, no se limitará á conseguir el recobro de los escritos de la Contramina, sino que adquirirá aun otra pujanza respecto de mis enemigos. Digo esto, porque no puedo dudar de que á estas horas ya estará en camino de Madrid la noticia de que Santiago Aguilar de Silva tiene en su poder los secretos de la sociedad de Contramina: los golosos de Madrid querrán inspeccionarlos á su vez; mandarán á Santiago que se los envíe, pero ya será tarde, porque Aguilar de Silva habrá puesto en mis manos esos escritos que él no podrá remitir. Santiago entónces no podrá cumplir, y por bien que le vayan los asuntos, no hay motivo para creer que se le pongan de muy buena data. En todo caso, tened presente que cuantos mas descalabros sufran los Masones de España, tantas mas victorias serán para la Contramina y los hombres de bien... En tal caso, manos á la obra. Con vuestro permiso, señor marqués, voy á escribir las cartas que os he dicho.

A poco rato el P. Vincencio estaba escribiendo ya, y el marqués y su hija se daban cuenta mútua de las diferentes impresiones que en ambos habia causado la relacion del jesuita.

—Ahora, papá, dijo Julieta, ya podeis quedar tranquilo... puesto que volvereis á entrar en posesion de lo que habiais perdido. Ya os habia dicho yo, que para todo habria remedio.

El marqués contestó á su hija con una alegre sonrisa, y la jóven no pudo menos que seguir su ejemplo.

Así acabó con risa lo que habia comenzado con llanto.



CAPÍTULO XII.

Medidas prudentes y fuertes.

> Ven acá, bruto animal,
> Definido en pocos puntos;
> ¿Cómo pueden estar juntos
> Dios y el diablo en un costal?
>
> Fr. Luis de Leon.

OCHO minutos trascurrieron, y el P. Vincencio habia dado ya fin á sus dos cartas, que acto contínuo fueron enviadas á sus destinos.

—Querido amigo, dijo el jesuita á su consócio, con dolor en el corazon voy á hablaros; pero me permitireis que así sea, porque no puedo prescindir de ello. El robo de hoy ha tenido un éxito mas feliz de lo que os habiais figurado. Todos los escritos de la Contramina os serán devueltos, pero sin embargo, podria producir fatales consecuencias vuestra permanencia en la capital de Cataluña. Fácil os será conocer toda la estension de los peligros que pueden presentarse. Muy desagradable me será que vos dejeis á Barcelona, pero es necesario que así sea tan luego como hayais recobrado y ordenado los escritos de la Contramina. Preparaos por lo tanto para partir á Madrid, y yo propondré á la sociedad algun otro que sea digno de sucederos en Barcelona, y que tenga las mismas buenas cualidades que vos.

—Esto es, Padre, una necesidad á la cual no puedo oponerme. Tenia igual pensamiento, y hubiera tomado la iniciativa si vos no me hubieseis hablado de ello.

Un lacayo anunció entónces al suizo Clodulfo Kirtholf.

—Cuanto me alegraré de verle, dijo el P. Vincencio.

—He pasado esta mañana á su casa, replicó el marqués, y le he dejado recado para que se presentase lo mas pronto posible. Ahora vendrá á cumplir el encargo.

—Dios os guarde, señor marqués, dijo Clodulfo al entrar, y á vuestra hija.

Y reparando luego en el P. Vincencio...

—¡Loado sea Dios!... ¡El P. Vincencio!

—Mucho tiempo hace que no habia tenido el gusto de veros.

—Pensaba veros hoy, para saber algo de Jorje Evarini, vuestro protegido, al cual por fin he visto llegar sano y salvo, despues de muchas zozobras por parte del marqués.

—Debo deciros que padeceis una equivocacion, Clodulfo, dijo el marqués, porque el que vos habeis visto no era Jorje Evarini.

—¡Cómo! ¿Quién era, pues?

—Era Santiago Aguilar de Silva, el mas furibundo gefe de los Masones; y en prueba de que hemos albergado una buena pieza, podeis pasar la vista por aquellos armarios rotos, que eran antes el archivo de la Contramina.

Clodulfo volvió la cabeza.

—¡Dios mio! esclamó, nos han robado.

El marqués esplicó en pocas palabras á Clodulfo todo lo sucedido.

—Siempre se distinguen las sectas secretas por sus golpes maestros, dijo Clodulfo; pero en este de hoy, lo que mas me admira es la astucia de D. Santiago.

—Grande es siempre la de los Masones. El diablo es quien los ayuda en todas sus obras.

—Bien, bien, prescindamos de todo esto, dijo Clodulfo agitando el baston por entre sus manos. Hablemos ahora de otro asunto mas interesante; voy á burlar á las sectas secretas.

—¡Qué disparate, Clodulfo! replicó el marqués riendo.

—Reid cuanto querais, marqués: no seré yo quien os lo impida: pero mas os reireis aun cuando veais que voy á herir de un solo golpe á cuantos Masones hay en España... ¡Cómo! ¿Ya no reís? ¿Os parece al fin que hablo con formalidad?

—¿Qué quereis decir con esto? preguntó el marqués.

—El hecho estará pronto esplicado, añadió el suizo; pero será muy larga la introduccion, por medio de la cual debo enterar al P. Vincencio de todos los antecedentes.



—No importa... lo sabe ya, dijo el marqués.

—Pues señor, es el caso, que acabo de hablar ahora con aquel amigo mio catalan que es Mason y gefe de Carbonarios, y me ha dado noticia del dia fijado para el incendio de conventos en Barcelona. Por tanto...

—¿Y qué dia se ha fijado para ello? preguntó el jesuita.

—El 25 de este mes.

El marqués y el maestro de Aurelio se cambiaron una mirada de inteligencia.

—Volviendo al caso, prosiguió Clodulfo, esta mañana, al salir de aquí, he pasado otra vez á casa de mi amigo, el Carbonario... Mucho tiempo hace, que en repetidas ocasiones habia solicitado de él el favor de que me permitiera ver el lugar donde se reunen sus súbditos Carbonarios, diciéndole que yo me habia figurado que ese lugar debia de ser bastante interesante, al mismo tiempo que espantoso. Él se rió muchas veces de mi estudiada sencillez, pero siempre me negó la gracia que tanto he solicitado. Hoy finalmente, sin hablarle de ello, me ha propuesto ser testigo presencial de uno de los principales hechos de que deben ser autores los Carbonarios de España en estos tiempos. Yo, por de contado, le he agradecido su condescendencia, protestando que sabria portarme como hombre de prudencia y de buenas intenciones, y de que si tal sentimiento no me hubiera animado, nunca habria pedido una gracia cuyo cumplimiento podia comprometer á un amigo como él, y á quien tanto apreciaba. Me ha esplicado despues lo que queria enseñarme, y por cierto que al saberlo he deseado mas que nunca que cumpla su promesa. ¿De qué diriais, pues, que se trata?

—No puedo sospecharlo siquiera, dijo el marqués.

—Pues bueno, yo os lo diré, replicó Clodulfo.

—¿Habeis oido hablar de este metéoro que mas ó menos grande se ha visto aparecer, formando dos barras de fuego en diferentes puntos de la península?

—Pues en este caso ya sabeis que esas dos barras de fuego significan el próximo incendio de conventos. Y además que esta noche era la designada para que este metéoro aparezca en Barcelona.

—¡Esta noche será!

—Sí, señores... esta noche... Y en ello se funda la amabilidad de mi amigo; porque me ha dicho que si queria cerciorarme de la formacion del metéoro y del modo de elevarlo, estaba en mi mano el hacerlo. Así, si me lo permitís, pasaré despues de comer á darle mi respuesta.

—¿Y cómo se arreglará?



—¡Toma! para él es la cosa mas fácil. En su casa tiene ya prevenido un disfraz que á mí me parece de mendigo y con él me presentaré á los Carbonarios reunidos en una cueva subterránea de la montaña de San Pedro Mártir. Allí veré de qué modo se portarán para elevar el metéoro, y podré al mismo tiempo oir su conversacion.

—¿Y en caso de ser reconocido? preguntó el jesuita.

—No hay que temer; pues mi amigo me propondrá á sus compañeros como candidato para entrar en la Carbonaria.

—Clodulfo, esclamó el marqués, vuestra audácia puede tener grandes consecuencias para la Contramina. Proveeos de tintero y pluma para tomar apuntes de todo lo mas notable que salga de la boca de los Carbonarios.

—Conozco que vuestro amigo no os ha engañado, Clodulfo, dijo el jesuita, y no creo que quien ha tenido buen corazon para serviros en todo, deje de tenerlo ahora que os sujetareis á su voluntad. Por esto tambien no es de despreciar tal ofrecimiento.

—Eso lo habia pensado ya, dijo el marqués. Sobre todo quiero encargaros que no os olvideis de traer con vos vuestro libro de memorias y lapicero.

—Sí, sí: acertado, señor marqués. Voy á daros una prueba de lo bien que sé portarme en tales casos.

—Yo os creo.

—Creed que me portaré del mismo modo que si toda mi vida hubiera sido Carbonario.

—Pero sin embargo, dijo el jesuita, prudencia... Si ha de ser notado ú observado que tomais apuntes, no lo hagais por Dios: porque sería mucho de sentir que lo perdiéramos todo... Hacedlo si podeis, pero sin ser visto.

—Obraré, Padre, con prudencia y acomodándome á las circunstancias.

—Bien... ¿A qué hora teneis que visitar á vuestro amigo?

—Ahora mismo voy á darle respuesta afirmativa; y él me dirá la hora á que debo presentarme.

—Perfectamente, respondió el jesuita.

—¿Sabeis, Padre, dijo luego el marqués, si este metéoro luminoso que indica el incendio de conventos aparecerá tambien en N?...

—Vaya... Es muy probable: porque tengo noticia de que dias hace que los Masones de N... están agitándose en todos sentidos y preparándose para la revolucion.

—Ya lo veo... Esa revolucion, Padre, no dejará de ser muy general.



CAPÍTULO XIII.

Un general y la revolucion.

¡Ay! ¡cuánto de dolores,
Cuánto de mal al pecador insano
Le espera!
CARVAJAL.

Yo vi del polvo levantarse audaces,
A dominar y á perecer tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
MORATIN.

No hay remedio, dijo luego el marqués con voz conmovida. El territorio español vá á convertirse en una grande hoguera cuyo combustible serán las casas de Dios.

—Es eso muy cierto, marqués, respondió el Padre Vincencio. Todos nuestros esfuerzos no habrán podido impedir el que se efectúe tan horrible espectáculo. ¡Desgraciada España! Sin duda que la maldicion del Dios de las venganzas pesa sobre tí, puesto que has llegado ya al estremo de convertir en cenizas los santuarios.

—Ya nada puede remediarse ahora, añadió el de Casarrubios, y ojalá que las demás naciones escarmienten en cabeza ajena y aprendan bien lo que es consecuencia necesaria de unos errores como han sido los nuestros.

—Iguales deseos me animan, marqués. Ojalá que las demás naciones tomen ejemplo; pero es horrible... es atroz... es espantoso que nosotros tengamos que servir de escarmiento. Mas ¿qué debemos hacer, Dios mio? El carro de la revolucion corre ya, y es imposible detenerlo; lo que mas

podemos hacer es anular sus efectos cuanto podamos y procurar salvar á las víctimas, mientras rogamos al Señor que perdone á los agresores.

—Pero, Padre, entre ellos los hay tan injustos, que...

—No acabeis, no, marqués. Todos son hombres, y todos tienen derecho á perdon.

—No sé, Padre, si es que estoy alucinado... pero siempre que vuelvo la vista á ese capitan general de..., á ese catalan... que tan á gusto suyo dejará consumir los santuarios, ¡ah, Padre!... No puedo menos que horrorizarme al ver su malicia.

—Muchos serán, marqués, los motivos poderosos que impulsarán al general*** cuando permite que se arruinen las Comunidades religiosas, cuya salvacion está en su mano. Pero sea, marqués, como quiera, él no piensa que ese golpe vá á causarle la pérdida de su empleo y de su reputacion, y el desagrado general de todos los españoles.

—¿Y en qué fundais, Padre, vuestra suposicion?

—El fundamento es bien seguro. El general es muy amigo de honores y de gloria, y este constante deseo es y ha sido su principal adversario. Animado por esta gloria que jamás ha sabido despreciar, y por la cual ha sido siempre el primero en muchas empresas arriesgadas, ha cometido muchísimos errores de gravedad; y á pesar de que algunos son aun desconocidos y de poca monta, no dejan de ser por esto imperdonables en un general de nombradía. Uno de los mas capitales es el haber dejado la capitanía general de... para pasar al ministerio de la Guerra. Voy á esplicaros el porqué. En una época tan azarosa como la que acaba de trascurrir y seguimos trascurriendo, el general*** habia puesto el territorio de su mando en un pié brillante para su causa, y h[illegible] pruebas harto seguras de ser buen militar y buen defensor de su [illegible] Ha organizado con tal maestría la fuerza material y moral de las provincias de su mando, que la reina gobernadora podia decir con toda seguridad: «*Estas provincias son mias*» y esto era tanto mas notàble, cuanto no podia decir igual cosa de cualquier otro punto de España ni aun de la misma corte. Pero esto prueba, que cuanto mayor fué su acierto en organizar debidamente esas provincias, tanto mayor fué tambien el voluntario yerro que cometió. Dejó una capitanía general por un ministerio, pero ese ministerio no le conservó ileso su primitivo puesto. Dejó á aquella pacífica y en perfecta calma, pero durante su ausencia los partidarios del rey D. Carlos se hallaron menos oprimidos y vigilados, y además de estos, tenia el general otros enemigos, que á pesar de su imparcialidad política, eran numerosos y salidos del seno de los mismos li-

berales. Esos enemigos jamás pudieron unirse con los carlistas: pero sin embargo trabajaban por separado contra él, y durante su ausencia han preparado sus planes en completa seguridad. Ha vuelto por fin á B..., pero ya no se le ha recibido con aclamaciones y triunfos, ya no ha sido el ídolo de los C... como otra vez; sino que, desde su nueva llegada, ha tenido que combatir fuertemente contra sus dos bandos enemigos. Esa es la causa del grande yerro que cometió pasando á Madrid. Conocia muy bien los males que sobrevendrian al distrito de su mando si él lo abandonaba, pero el apetito insaciable de la gloria pudo mas en él que su propia conciencia. Sentóse en la silla ministerial, pero fué una palpable necedad; y quizás él mismo ignora los verdaderos motivos que le hicieron sentar en ella. Deja por fin el ministerio, vuelve á B... y á su venida encuentra desencadenadas horriblemente las pasiones; y los mismos á quienes habia favorecido, no se avergüenzan ya de conspirar contra él. Antes tenia que luchar con el ovillo, pero ahora con la enredada madeja. El mal está ya hecho... pero... ¡ah, desgraciado general! ¡tiempo te sobra para ver cuán triste será tu suerte!

—No pensaba, P. Vincencio, dijo el marqués, que supierais hacer tan bien la apología del general***; pero aun no habeis hablado de lo que á él le pertenece en los asuntos que nos ocupan.

—Bien, marqués, pero eso que falta decir no añade nada á lo que le puede sobrevenir. Cuando la balanza ha caido, es por demás el añadirle nuevo peso; porque solo se logrará con él hacerla caer con mas precipitacion. La primera vez que el general*** vino á B..., se le recibió como á un *restaurador:* los vítores y las alabanzas le acompañaban por do quier, cantáronse por él himnos de *paz* y de *alegria:* pero ahora los mismos que le aclamaron, están fraguando su ruina, y los que habian entonado himnos á su venida, están preparándose para cantar las endechas del fin de su poder y valimiento. Por lo tanto, el torrente que ha de despeñarle ha salido ya de su cauce, y no hay ya remedio... cuando llegue á la peña fatal, habrá de ser arrojado á un abismo el mas profundo. En su mano ha estado el salvar de la ruina á las Comunidades religiosas... él no lo hace... pues bien, este paso no hará mas que acelerar su caida... y aumentar el remordimiento de su conciencia.

Despues de haber dicho estas palabras el P. Vincencio, todos quedaron silenciosos y pensativos y todos participaban tambien de la conmocion del jesuita. El marqués estaba sentado en una silla de brazos y tenia la cabeza apoyada sobre su mano izquierda. A su derecha estaba Julieta, silenciosa tambien. Clodulfo habia escuchado con atencion suma todo

lo que se acababa de decir, y estaba maravillado del discernimiento y buen criterio del jesuita al tratar sobre asuntos de política. El marqués fué el primero en romper el silencio general, diciendo:

—¿Habeis tenido noticia, Padre, de ese decreto sobre supresion de jesuitas que publica hoy el periódico *El Vapor*?

—No lo he leido aun, pero tenia ya noticia de que debia publicarse uno de estos dias.

—Sobre ello no puedo deciros otra cosa, sino que pediré fervorosamente á Dios y á nuestro Padre S. Ignacio que se sirvan perdonar al gobierno español esta tercera ofensa hecha á sus queridos hijos.

—Creo que les asignan una pension vitalicia, dijo Clodulfo.

—Los jesuitas no pueden recibirla ni la recibirán. Lo que les toca hacer y lo harán efectivamente, es salirse del reino. La Francia y otros paises les acogerán benignamente.

El marqués, presumiendo que esa conversacion, si se alargaba, no sería muy agradable al P. Vincencio, hizo á Clodulfo una seña para que no hablase mas de jesuitas.





CAPÍTULO XIV.

El paseo.

Si Evelina Berengher se casa hoy,
tú serás su esposo.
WALTER-SCOTT.

DESPUES de esto, el marqués tuvo cuidado de cambiar de conversacion, empezando otra mas indiferente, en la cual tomaron parte todos los que habia en el despacho de la Contramina.

Clodulfo se despidió al fin, y el marqués pasó con el P. Vincencio á tomar algun bocado. Despues de ello, el marqués proyectó dar un paseo en coche, y el P. Vincencio accedió gustoso.

Hiciéronlo efectivamente, y entónces fué cuando el marqués dijo al jesuita:

—Ahora que estamos solos, voy á haceros una proposicion. En vista, Padre, de la horrible catástrofe que dentro de poco vamos á presenciar, debo deciros, que suponiendo que nuestro Instituto está obligado á defender y amparar á los pobres religiosos que habrán de ser el objeto del arrebato y furia popular, el tribunal de la conciencia y aun el mismo Dios nos acusarian de no haber tentado todos los medios posibles para conseguir lo que tanto de todas maneras interesa. Atendiendo, pues, á todas estas consideraciones, y siendo palpable, por otra parte, que la suerte de los religiosos está en Cataluña en manos del general Llauder, he pensado yo, que prometiéndole una suma bastante considerable, ha-

ria quizás lo que aun no ha resuelto hacer. Yo, por mi parte, aprontaré de mis fondos la cantidad de doscientos mil reales, la cual, añadida á alguna otra cantidad que estraeremos de los fondos de la sociedad, formará una suma de bastante consideracion. ¿Qué os parece, Padre, de ese proyecto?

—Es muy laudable y muy puesto en razon; pero no es conveniente que espongais vuestros caudales sin la seguridad de algun fruto. Además, Llauder no aceptará, y caso de que acepte, quizás no cumpliria lo que nos puede prometer, por la circunstancia de que el general no es ya dueño de contener la revolucion... Es demasiado tarde. Pensad vos sobre el asunto con madurez; yo pensaré tambien, y despues resolveremos los dos.

—Me conformo.

—Así me place: y os advertiré al mismo tiempo, que no dejeis de activar con todo ahinco las diligencias necesarias para salvar de la muerte á todos los infelices regulares en el caso de ser atacados en sus propias casas.

—Tocante á eso, Padre, mucho he trabajado ya.

—Por mi parte tambien escribí desde N... á dos religiosos, priores ambos de dos conventos de esa ciudad, para que en el dia designado hagan conducir ocultamente á una casa que les indico, á todos los súbditos suyos que no tengan conocidos en Barcelona.

—Otro tanto he hecho yo y aun espero hacer mucho mas. Por medio de varias estratagemas, he conseguido poner en mi favor algunos cien hombres entre de tropa y Urbanos, y además un ayudante de campo del capitan general, llamado D. Luis Torrecampa, hijo de un amigo mio progresista. Este particularmente, secundará con mucho empeño mis proyectos, y lo mismo harán los demás, mediante alguna gratificacion. Me han prometido salvar la vida á cuantos les sea posible, conduciéndolos á paraje seguro y quitándolos de las manos de los mismos incendiarios.

—Acertado es, marqués, ese paso; y es además una obra meritoria á los ojos del Criador del universo.

—Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para salvar á nuestros hermanos.

—Lo sensible es que ahora que teniais organizado y regulado todo lo perteneciente á vuestra dependencia, como sócio de la Contramina, hayais de ceder el puesto á otro que tendrá que organizarlo de nuevo, y que quizás no conocerá el espíritu del pais en donde debe habitar.

—Sensible es en verdad... pero me parece que no sería muy dificil

encontrar un hombre de mas talento y disposiciones naturales que yo para sucederme. ¿No teneis vos pensado alguno?

—Para mí nadie tan á propósito como el conde de Fuente-Santa. A ese le tengo bien conocido, y he formado de él un concepto sumamente favorable.

—Pero como el señor conde tiene el cargo de vice-presidente de la sociedad...

—Bien... eso no es obstáculo: porque es muy fácil nombrar otro.

—Siendo así, me alegro de vuestra eleccion, porque he formado tambien muy buen concepto del conde de Fuente-Santa, y siendo él mi sucesor, ya no marcharé á Madrid con tanto sentimiento.

—Antes que marcheis, marqués, quiero recordaros una promesa...

—¿Aludís al proyecto de matrimonio entre mi hija y Aurelio Evarini?

—Sí.

—No dudeis de mi sinceridad. Cuando doy mi palabra, la cumplo como buen caballero, y ya sabeis que la tengo empeñada con vos.

—Empeñada solemnemente no, marqués; ni tampoco permitiria que así fuera, porque ya sabeis vos, y os lo he dicho siempre, que ese enlace era muy favorable para Aurelio; pero que solo tendria lugar cuando éste y sus padres conviniesen en ello.

—Me acuerdo perfectamente de todo, añadió el marqués. Siempre he estado en la inteligencia de que este enlace no podia tener efecto sin el consentimiento del jóven y de sus padres, pero si este no falta, para este caso es para cuando tengo solemnemente comprometida mi palabra.

—Siempre lo he pensado así, marqués.

—En tanto es así, que del mismo modo que os he dicho que lo entiendo, lo he hecho comprender á mi propia hija.

—¿Pues vuestra hija sabe?...

—Todo, P. Vincencio.

—¿Y se conforma vuestra hija?

—No creo que se muestre indiferente al cariño de Aurelio.

—En todo caso tendriamos ya un obstáculo vencido. Pero, en fin, dejemos este asunto. Ambos son demasiado jóvenes y tiempo sobra para hablar de estos proyectos.

Desde que el marqués y el P. Vincencio habian salido de la casa del primero, el coche empezó á correr á toda prisa por las calles de Barcelona, y cuando llegó la conversacion á este punto, habian recorrido ya la mayor parte de la ciudad, y trataron de retirarse.

CAPÍTULO XV.

Recompensa.

> ¡Válgame el cielo! ¡qué veo!
> ¡Válgame el cielo! ¡qué miro!
> ¡Con poco espanto lo admiro!
> ¡Con mucha duda lo creo!
>
> CALDERON.—*La vida es sueño.*—Drama.

QUÉ os parece, Padre, lo que nos ha anunciado Clodulfo sobre la elevacion del metéoro luminoso? dijo el marqués.

—Me parece en verdad que podrá sernos muy útil el conocer su mecanismo, porque aunque ya sabemos por conducto de Madrid la aparicion y significado de este metéoro, con todo no estará por demás, en nuestro manual de noticias masónicas, el medio de elevar este metéoro.

—Me parece, sin embargo, que será esto obra muy complicada.

—No tanto como vos pensais. Soy de parecer que algun gas... puede prestarles este relevante servicio: y sea como fuere, esperemos la relacion que nos hará Clodulfo.

—Entretanto esta noche desde nuestra casa observaremos si aparece este metéoro de sangre y fuego.

—Casi es una obligacion, marqués.

En este instante atravesaba el coche la plaza de Palacio. El marqués asomó la cabeza por la puerta de la ventanilla para observar el sinnúmero de comerciantes que se hallaban reunidos frente la fachada de la Lonja. Entretanto el jesuita guardaba silencio.

—¡Ay, Padre! dijo el marqués haciendo un ademan de sorpresa. Allí está un caballero, que, á pesar de su trage, me parece que es D. Santiago Aguilar de Silva... ¡Miradlo por Dios!

El jesuita se asomó á la ventanilla y dirigió su vista al sugeto que le enseñaba el marqués.

—Él es, dijo. Es efectivamente D. Santiago Aguilar de Silva; y el que está hablando con él es D. Cárlos Colvin, hermano Mason de las Logias de N...

—Me parece que han notado que les observábamos, dijo el marqués. Sí; nos han notado. Ved como avisan á Santiago.

—Cerrad la ventanilla... ¡Que no nos vean!

El marqués entónces no hizo mas que decir:

—Aprisa, cochero.

Cerró la ventanilla, y el coche desapareció velozmente de aquella plaza.

. . . .

—Poco me importa que me hayan conocido, decia Santiago luego que hubo desaparecido el coche del marqués de Casarrubios. Yo no les temo... Dejemos entre tanto que se larguen de aquí y pasemos nosotros á otro asunto.

—A lo que querais, señor.

—Debo deciros, Colvin, que estoy sumamente agradecido por lo bien que habeis desempeñado la comision que os confié en casa del marqués de Casarrubios: y como es obra vuestra, no debe quedar sin recompensa: quiero probaros que yo no quiero ser ingrato con vos.

—Sea como quiera, aceptaré vuestras muestras de generosidad, respondió Colvin, y si os place no darmé nada, contento estaré tambien.

—Mi generosidad, pues, hermano Colvin, os confiere, por medio del Gran Maestre Mason de Cataluña, el empleo de *Revisor Masónico* de todos los Carbonarios del Principado.

—Señor, obligacion mia será el quedar completamente agradecido á vuestros favores.

A la Sociedad debeis estarlo, Colvin; á la Sociedad, que os ha puesto en camino de ser feliz; y además de todo quiero premiar de otra manera vuestros desvelos, y aprovechar la grande disposicion que noto en vos para secundar los fines de la secta. Vos habeis creido hasta aquí, hermano Colvin, que el grado de *Escogido*, que se os confirió hace poco tiempo, era el último á que podia aspirar un hermano Mason; pero debo advertiros que aun hay otros dos mas honoríficos y mas elevados que el

de *Escogido*. Esos son uno el de *Caballero del Sol*, y otro el de *Caballero Escocés;* el último de cuantos cuenta la Franc-masonería. Estos son, pues, hermano Colvin, los dos grados que vá á conferiros mi generosidad, los recibireis ambos en pocos dias, y con ellos os hallareis á la misma altura en que se hallan ya los principales gefes de nuestra Sociedad. En esos dos grados, hermano, se os darán los medios precisos para poder cumplir con todo lo que se os encargó al conferiros el grado de Escogido. No quiero entretenerme ahora en haceros el preámbulo de los misterios que van á descubrírseos, y del honor que se os dispensará por medio de ellos: vos mismo lo oireis todo de boca de vuestros gefes; y entónces sabreis dar el justo valor á la gracia que mi generosidad os dispensa. Yo mañana por la noche estaré de vuelta á Barcelona; vos me esperareis en mi casa, y á la misma noche vendreis conmigo á recibir el grado de *Caballero del Sol* y á prepararos para el de *Caballero Escocés*.

Entónces Colvin contestó á Santiago dándole las gracias, y á poco rato se despidieron. El primero se marchó á su casa, y el otro se quedó para negociar con los bolsistas algunos miles de reales en papel y varias acciones de Sociedades anónimas que tenia en la cartera. Concluido su negocio, se retiró á su casa, y á poco rato estaba ya caminando para N... acompañado de la presa que habia hecho al marqués de Casarrubios.

. . . .

Entre tanto que todo esto pasaba y que el marqués de Casarrubios y el P. Vincencio estaban paseando, acababa de entrar en Barcelona el mensajero que habia salido de N... el dia antes, llevando una carta del jesuita para el marqués, y anunciándole en ella la muerte de Evarini... Venlor, que le retenia preso aun, le puso en libertad aquella misma mañana tan luego como recibió la carta de Santiago, que cogió al otro mensajero que aquella misma mañana habia salido de Barcelona.

Aquella tarde el P. Vincencio, el marqués y Clodulfo escribieron á Madrid todos los acontecimientos de aquel dia.

PARTE XII.

GRADO DE LOS CABALLEROS DEL SOL.

CAPITULO I.

La Iniciacion.

> Los mortales son iguales; la máscara es diferente. Los cinco sentidos imperfectos que nos ha dado la naturaleza son la única medida de nuestros bienes y males. ¿Los reyes tienen seis? ¿y su alma y su cuerpo son de otra especie? ¿tienen ellos otros resortes?
>
> VOLTAIRE.

DURANTE la tarde del dia 15 de julio, Santiago habia vuelto á Barcelona; se avistó luego con Carlos Colvin, le dió todas las instrucciones necesarias para los grados masónicos que debian conferírsele aquella noche, y á la hora designada acudieron ambos á la Logia de los *Caballeros del Sol* de Barcelona.

Este salon, lo mismo que todos los demás, tenia sus colgaduras negras, sus símbolos de muerte y de horror, sus asientos negros para los hermanos Caballeros, y su elevado catafalco para el P. Venerable, que lleva en este grado el nombre de *Adan*. El salon era tambien subterráneo; otro salon colgado de negro le servia de antesala: y en medio de él se descubria una mesita circular cubierta de negro, sobre la cual habia una Biblia, un compás, una escuadra y una piedra cúbica.

En este grado el recipiendario vestido con el hábito de *Escogido* es presentado sin ceremonia alguna á los hermanos Caballeros del Sol. El

Venerable que tenia el nombre de *Adan* (1) era Santiago Aguilar de Silva; el recipiendario era Carlos Colvin, y el introductor, que tomaba el nombre de hermano *Verdad* (2), era el *Rey de Facha.*

Colvin estaba de pié en medio de los hermanos caballeros, y el hermano *Verdad* permanecia á su lado. El hermano *Adan* le habia hecho á Colvin algunas preguntas de costumbre, despues de las cuales dijo el hermano *Verdad*:

—«Sabed en primer lugar que los tres primeros objetos que habeis visto, que son la Biblia, el compàs y la escuadra, tienen un significado reservado que vos no entendeis... La Biblia os demuestra que no debeis tener otra ley que la de Adan, la que el Eterno grabó en su corazon. *Esta ley es la que se llama Ley natural.* El compás os advierte que Dios es el punto céntrico de todas las cosas, del cual todas están igualmente distantes y cercanas... Por la escuadra se os descubre, que Dios ha hecho *todas las cosas iguales*... La piedra cúbica os advierte *que todas vuestras acciones deben ser iguales con relacion al soberano bien*... La muerte de Abirám y la mudanza de la contraseña de Maestro os enseñan que es muy difícil evitar los lazos de la ignorancia: pero es necesario manifestarse tan constante como lo fué nuestro *Venerable Abirám*, que prefirió morir asesinado á rendirse á la persuasion de sus asesinos.» (3) (4)

Despues de todo esto el hermano Adan esplicó á Colvin el admirable beneficio que le hacía la secta en conferirle aquel grado, porque por medio de él le enseñaba las puertas de la felicidad, que no habia sabido encontrar aun, á pesar de estar abiertas. Para ello le hizo de nuevo todas las advertencias que se le habian hecho al conferirle el grado de Escogido, le recordó los medios que se le habian dado para buscar la contraseña perdida del patriarca Abirám, y le exhortó á que fuera digno

(1) Lo llaman así, porque por medio de este grado los Masones conducen al recipiendario al ateismo diciéndole que el mejor modo de honrar y adorar al Criador del universo, se conoció en los primeros siglos del mundo. Con eso le dá á conocer aun, que no hay otra religion mejor que la de la Ley natural.

(2) Creen los Masones que por el camino de la verdad van conociendo los verdaderos derechos del hombre: por esta razon el que introduce al recipiendario á la Logia, en la que le enseña la religion que debe seguir, toma el nombre de hermano *Verdad.*

(3) Esa advertencia es la misma que se hace efectivamente en las Logias.

(4) Jamás abandonan los Masones esa fábula de la muerte de Abirám, cuyo verdadero sentido no se descubre á los recipiendarios hasta el último grado de la Franc-masoneria.



Caballero del Sol y á que se aprovechára de los beneficios de la secta, valiéndose de todas las instrucciones que se le daban para cumplir debidamente con todo lo que se le encargó en el grado de *Escogido.*

Enseguida tomó de nuevo la palabra el hermano Verdad, acabando una larga esplicacion suya de esta manera:

—«Si me preguntais ¿qué debe haber hecho un verdadero Mason? Os responderé que es preciso haber aplastado la cabeza de la serpiente de la ignorancia mundana (1); haber *sacudido el yugo* de las preocupaciones de la infancia (2) relativas á los misterios de la religion dominante en que ha nacido (3). Todo culto religioso ha sido inventado por la esperanza de mandar y de ocupar el primer puesto entre los hombres (4); por una pereza que engendra con una falsa piedad la codicia de adquirir los bienes ajenos (5). En fin, solo ha sido inventado por la glotonería, hija de la hipocresía, que de todo se vale para mortificar los sentidos carnales de los que poseen aquellos bienes (6), para que se los ofrezcan sobre un altar levantado en sus corazones (7) como sacrificios que el deleite, la lujuria y el perjurio les ha procurado (8). Hé aquí todo lo que debeis saber combatir... Hé aquí el mónstruo bajo figura de serpiente que habeis de esterminar. Esto es una fiel pintura de lo que el vulgo adora bajo el nombre de Religion.»

A pesar de todo lo que acababa de decir el hermano Verdad, no por esto Colvin supo penetrarse del sentido real de sus palabras. Escuchó con impasibilidad los defectos que los Caballeros del Sol encontraban en la Religion; y en el modo de hablar y en el espíritu de sus palabras

---

(1) Es la Religion y todas las demás verdades hijas suyas.

(2) Alude el hermano Verdad á las máximas, costumbres, doctrinas y creencias religiosas que nos imbuyen en la niñez.

(3) Aquí se puede conocer ya claramente que los Masones tienden á destruir todo culto religioso, cualquiera que sea. Los que no están enterados de los secretos de la Masonería lo dudan; y hasta los mismos Masones que no han llegado á los altos grados de su secta, no piensan ni creen que ella les vaya conduciendo á combatir toda religion, todo culto y toda creencia.

(4) Alude á las potestades civiles.

(5) Alude á las potestades eclesiásticas.

(6) Alude á las mortificaciones que la Iglesia impone á sus hijos.

(7) Alude al modo con que la Iglesia reclama por medio de diezmos ú otra cosa, la contribucion de los pueblos para el sostenimiento de las creencias religiosas y sus ministros.

(8) Con la palabra *perjurio,* alude á que los sacerdotes de Jesucristo se apartan de la Ley natural, que segun enseñan los Masones, debe regir á todo el mundo.

supo advertir solamente que los hermanos de aquel grado no abrigaban mas que proyectos de reforma sobre el universo y sobre la Religion. A pesar de que las sectas secretas están ya desacreditadas hoy dia, con todo, hemos hablado con algunos sugetos pertenecientes á ellas, y muchas veces no han querido consentir de ningun modo en que se les atribuyera proyectos de destruccion del altar y del trono. Si la interpretacion es favorable á las ideas de lo que ellos llaman *oscurantismo,* dejan al pobre neófito en el lugar en que está, esperando que el contagio masónico le vaya pervirtiendo y preparándole para un nuevo adelanto en la carrera de la maldad. Si la interpretacion es favorable á los designios de la secta, entónces el Mason avanza en su carrera: se le confiere un grado mas, y al fin, llegando á los últimos grados, contempla de cerca los infernales designios que le hubieran horrorizado al principio de su carrera masónica: y entónces se adhiere insensiblemente á ellos, porque ya le es muy fácil el tránsito de una verdad que ha concedido, á otra que puede fácilmente conceder. Para estos efectos cuida la Masonería de hacer creer á sus afiliados que el grado en que están es el último de la secta. Considérese bien la oportunidad de esta medida: y podrá verse que ella sola es la que puede sostener á las sectas secretas.

—«El profano y tímido Abirám, continuó el hermano Verdad, fué quien, á causa de un celo fanático, se hizo el instrumento del rito monacal y religioso, y dió las primeras estocadas en el seno de nuestro Padre Abirám, socavó los fundamentos del templo celestial que el mismo Eterno habia edificado sobre la tierra á la sublime virtud. La mas simple ley de la naturaleza hizo que mis primeros Padres fuesen los mortales mas felices: pero el mónstruo del orgullo (1) se deja ver sobre la tierra: grita y se hace oir de todos los hombres de este tiempo; les promete la bienaventuranza y les dice con palabras melosas, que es preciso tributar al Eterno Criador de todas las cosas un culto mas distinguido y estenso del que hasta entónces se le habia tributado sobre la tierra. Esta hidra con cien cabezas ha engañado y engaña aun á los hombres que están sometidos á su imperio, y los engañará hasta el momento en que los verdaderos *Escogidos* se dejarán ver para destruirlo (2) y combatirlo enteramente.»

Despues de esto, se pasó á todas las ceremonias de costumbre y se admitió á D. Carlos Colvin como Caballero del Sol, aplazándole para la noche siguiente con el objeto de conferirle el grado de Caballero Escocés.

(1) El catolicismo.
(2) Muchas veces se han dejado ver ya, pero no han logrado su objeto.

PARTE XIII.

LA MONTAÑA DE SAN PEDRO MÁRTIR.

CAPÍTULO I.

El Rey de Facha.

Aun dá pavor, aun dá espanto
Ver que algunos astros brillen.
¿Cómo serán las tinieblas,
Si son las luces horribles?
SALAZAR Y TORRES.

RARAS veces el viento del norte sopla con vehemencia en estío, pero el dia 14 de julio de 1835 reinaba en Barcelona con toda la fuerza que puede tener en invierno; y á pesar de estar adelantada la tarde, seguia soplando sin interrupcion.

Pero, á pesar del viento, el cielo estaba perfectamente sereno y despejado, y no se notaba en todo el vasto horizonte la mas insignificante nubecilla.

La puerta del Ángel, que dá contínuamente paso á una coluna de gente, parecia estar abierta aquella tarde para no dejar pasar mas que á las nubes de polvo arremolinado que el viento introducia sin interrupcion alguna. Tres centinelas, que las mas de las veces bailaban á impulsos del viento, eran los únicos que de grado ó por fuerza tenian que aguantar las oleadas de polvo. Aquel dia esperaban el relevo con mayor ansiedad que cualquier otro.

Eran las seis y media de la tarde, y el sol se acercaba ya á su ocaso.

La puerta del Ángel, solitaria como antes, vió pasar finalmente por debajo de sus arcos á un hombre de mala catadura. Era de estatura alta, pero al mismo tiempo algo flaco. Sus ojos, vivos y pequeños, se clavaban en todos los objetos con indignacion y desprecio, como si qui-

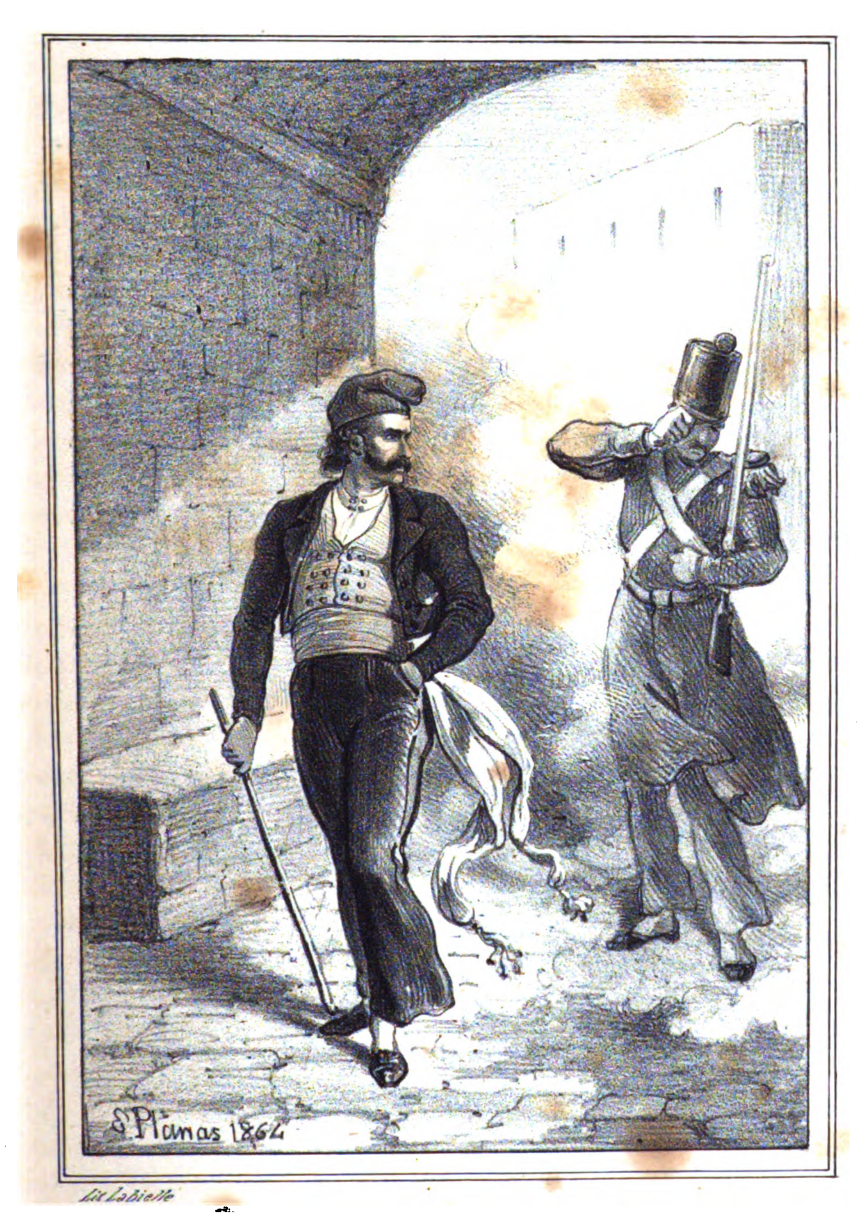
siera significar con ello, que le pesaba que los demás cuerpos existiesen. Por su cútis moreno, se le hubiera tomado por oriundo de Egipto: sus ojos, estremadamente hundidos, ocultaban con destreza sus menores movimientos, y el todo de su semblante era misterioso y admirable. Traia echados hácia atrás sus cabellos largos y descompuestos, y un gorro frigio muy poco usado cubria su cabeza. Sus pantalones, de terciopelo negro, no eran tampoco usados, pero tan anchos, que parecian propios de gitano, y revoloteaban libremente alrededor de sus piernas. Lo mas chocante de su vestido era una faja azul muy ancha, la cual, despues de haber dado dos vueltas por su zámbiga cintura, dejaba caer los picos hasta el pié, arrastrando por el suelo un manojo de borlas que de ellos pendian. No traia corbatin, á causa del escesivo calor, pero su camisa era blanca, abotonada con doblones de á cuatro duros, á diferencia de su chaleco verde, cuyos botones eran de plata cincelada. Su chaqueta era de paño, y el todo de tan estraño trage era rico y magestuoso. A pesar del vestido que traia, se notaba en él cierto aire de dignidad y nobleza mal encubierta, que hacía traicion á sus brutales maneras. Empuñaba con su mano derecha un baston de palo, que revolvia con admirable ligereza.

Este hombre misterioso era... *el Rey de Facha.*

Aquel infernal caudillo de Carbonarios á quien hemos visto aparecer en capítulos anteriores, salia de Barcelona con negros é inícuos intentos.

Atravesó sin ser visto de nadie la plaza interior de la puerta. Al pasar por debajo el segundo arco, acercóse al centinela y miróle de hito en hito. Observó éste al transeunte, pero una nube de denso polvo, que impelida por el viento, entró por el arco de la puerta, obligóle á cerrar los ojos, al mismo tiempo que el Carbonario los conservaba abiertos. Al impulso del viento, el centinela tuvo que acercarse mas deprisa de lo regular á la pared, y la faja del bandido estendióse en toda su anchura, retorcióse tambien, subióle hasta la cabeza y acabó por revolotear alrededor de sus piés. Abrió tambien el viento su camisa, y si los ojos del centinela no hubieran estado cerrados, vieran en el pecho del Rey de Facha algunas figuras simbólicas, capaces de horrorizar á los menos timoratos. Cuando la nube de polvo se hubo disipado, y el militar abrió los ojos, el Carbonario habia pasado ya el puente levadizo y caminaba por el contra-foso por no tener que molestar al otro centinela que estaba á la entrada del rastrillo.

Salió luego del contra-foso. Caminaba silencioso y meditabundo, y en lugar de hacer con presteza su camino para evitar los choques del vien-



Lit. Labielle

El rey de facha.

to, andaba paso á paso, despreciando los empujes de la incómoda plaga, que no le hacía andar por esto mas ni menos aprisa. Parecia que el viento respetaba á aquel hombre privilegiado, ó que desdeñaba de empujarle, ó que se estrellaba contra su cuerpo.

Se hallaba solitario en su camino. Sus ojos no distinguian persona alguna, ni léjos ni cerca; los labradores se habian retirado á sus chozas; nubes inmensas de polvo trasportadas velozmente de una parte á otra, envolvian la campiña en mil partes distintas. Los bramidos del vendaval reflejaban en las montañas vecinas, y el sol de la tarde iluminaba con su luz rojiza aquella vasta escena de desolacion y de esterminio.

El gefe Carbonario miraba con desprecio todo lo de esta vida: nada hallaba nuevo en este mundo; y esto era así, ya porque el interés de su secta le hacía obrar de tal modo, ya porque durante los treinta y tantos años que llevaba de edad habia recorrido ya casi todo el mundo. Su indiferencia era estóica, y para inspirar una idea de la dureza de su corazon, basta decir, que á pesar de haber cometido un sinnúmero de asesinatos, jamás aguijoneó á su conciencia el mas leve remordimiento.

Apoyado ligeramente sobre su baston, seguia con paso lento su carrera; andando por caminos tortuosos y de poco tránsito, se encaminaba á las faldas de San Pedro Mártir, montaña que dista pocas millas de la ciudad de los Condes. Largo rato hacía que caminaba, cuando descubrió no muy léjos de sí á dos Carbonarios. Ambos eran castellanos y eran dos de los que nuestros lectores han visto ya en la quinta del Oriente, y que tambien contribuyeron al asesinato de Jorje Evarini.

Miróles el Rey de Facha con admiracion, y antes que tomase la palabra para reprenderlos, acercáronsele con respeto diciendo:

—Feliz llegada á nuestro *Rey*.

—Buenas tardes tengais, compañeros, contestó el Rey de Facha.

—El vendaval aprieta todavía de recio, añadió uno de los Carbonarios llamado el Gitano.

—Quizás el viento privará la elevacion del metéoro, dijo el otro llamado el Chiclanero.

—Dejemos eso, contestó el *Rey* en tono serio. ¿Por qué motivo habeis salido de la caverna?

—Era temprano todavía, y hemos ido á dar un paseo.

—Y sin permiso...

—Todavía no ha venido nuestro segundo, el *Capitan Franco*.

Entónces caminaron los tres largo rato sin decir palabra.

—¿Están ya todos los Carbonarios reunidos? dijo el Rey de Facha.

—Todos, señor; á escepcion del *Capitan Franco.*

—Ahora recuerdo por qué no ha venido. Si me hubiera acordado antes, hubiera venido mas pronto... Apresuremos el paso.

—¿Temeis acaso que hayan destituido al Capitan Franco? preguntó el Gitano.

—No tal, replicó el Rey de Facha. Vendrá hoy, pero será tarde; porque como nos han nombrado ya un gefe Mason, éste será acompañado por el Capitan Franco, puesto que tendrá que presenciar esta noche la elevacion del *metéoro.*

—¡Tenemos gefe Mason nuevo! dijeron los dos Carbonarios admirados. Siendo así, habrá sido al fin verdad lo que dijisteis vos, de que no volverian á darnos el mismo.

—Yo os dije... sí, que era imposible; y lo era efectivamente: porque aquel himno que compuso para el incendio de conventos, habia sido declarado subversivo. Yo lo sabía ya; y por eso os notifiqué que no volveria á ser nuestro gefe... Y seguramente que, además de esto, no le irá muy bien por la hazaña de componernos el himno.

—Lo sentiria mucho, dijo el Chiclanero, y creo que todos los hermanos Carbonarios quedaremos disgustados de la sentencia del tribunal masónico, si la pronuncian como vos presumís. Al fin y al cabo no ha cometido otro crímen que componer un himno muy hermoso, y que tanto ha gustado á todos los Carbonarios.

—La verdad es esa, hermanos, dijo el Rey de Facha; pero, sin embargo, el tribunal masónico convino en que este himno tendia á separar á los Carbonarios de los Masones, y esta es la razon por que fué declarado subversivo.

—Dejemos, pues, que sea subversivo, añadió el Gitano. Ahora que lo sabemos, procuraremos cantarlo con mas esmero que antes; y tengo ganas de entonarlo esta noche con mis hermanos.

—Oh, sí... sí... lo haremos si nos dan permiso, añadió el Chiclanero.

—No solo os daré permiso para ello, dijo el Rey de Facha, sino que tambien os ayudaré yo mismo á cantarlo.

—En este caso, señor, mas de dos vivas os daremos esta noche.

—Sin ser molestos, señor, ¿no podriamos saber quién es el nuevo gefe Mason que nos han dado?

—No tengo inconveniente en decíroslo, replicó el gefe Carbonario. En el oficio que me ha pasado hoy el Grande Oriente Liberal Barcelonés, me dice que quien ha obtenido el empleo es D. Carlos Colvin, miembro de las Logias de N...

—¡Oh! á éste ya le conocemos, dijeron los dos Carbonarios á la una.

—Y tanto como le conoceis, añadió el Rey de Facha, puesto que esta mañana habeis estado con él en la casa del marqués de Casarrubios.

Aquellos desalmados bandidos, al saber que su nuevo gefe era hombre conocido, y en favor del cual estaban dispuestos, se olvidaron ya del que por complacerles iba á sufrir el rigor de las leyes masónicas.



CAPÍTULO II.

El bríndis.

> Esos indios con sus discursos se calientan la sangre, y escitan á los Macuas á que los despachen pronto.
>
> FEMINORE COOPER. *El Último de los Mohicanos.*

AL instante que los tres bandidos llegaron junto á un recodo formado por una roca negra, que estaba en la misma montaña de San Pedro Mártir, se detuvieron en una llanura que allí habia. Dieron la vuelta á dicha roca, y penetraron despues en una de aquellas cabañas abiertas en la tierra, donde en tiempo de lluvia se guarecen los pastores y demás gentes del campo.

El Rey de Facha, que iba delante, entró el primero y dió un agudo y estraño silbido. Abrióse enseguida una puerta secreta, practicada dentro de la misma cabaña; apartóse asimismo de su lugar el asiento que le rodeaba por dentro, y á favor de esta maniobra, entraron los tres bandidos en una cueva subterránea. Esa cueva era muy larga; las paredes eran de piedra, y la inmensa bóveda estaba sostenida por gruesos pilares de ladrillo. En medio de ella habia un aposento cuadrado y aislado, dentro del cual estaban comunmente los gefes de bandidos que en aquel lugar se reunian. Por lo que toca á claridad, la de aquella cueva era siempre artificial, porque á duras penas se habia podido hacer un pequeño y disimulado tragaluz en la bóveda, el cual iba á desembocar cerca de una roca puntiaguda, sobre la cual nadie podia subir.

Cuando el Rey de Facha entró en la caverna, reinaba en ella el desórden mas completo. La gritería era mucha, y esto era debido á que dentro de ella habian mas de veinte hombres, bandidos todos, y sin gefe alguno. Al Rey de Facha disgustóle la vociferacion de sus Carbonarios y entró en la cueva con ademan muy sério y diciendo:

—Silencio, hermanos.

No tuvo que repetirlo segunda vez, porque esta sola indicacion bastó para que todos se aquietáran y saludáran á su gefe con la mayor cortesía y pusieran luego en su órden todos los bancos de madera que poco antes habian servido para mil diabluras.

El gefe Carbonario habia sacado una lista de su cartera. Púsosela delante de los ojos, y despues de haberla leido, les dijo en alta voz:

—Pónganse á un lado todos los hermanos á quienes voy á llamar.

Leyó entónces los nombres que tenia en la lista, y por medio de este llamamiento se separaron algunos Carbonarios en número de quince, quedando todos los demás en donde estaban, y estos últimos cabalmente eran los mismos que habian contribuido al asesinato de Evarini. A los llamados les dijo que de órden del Oriente Barcelonés se marchasen al instante y se presentasen á cierto personaje de Barcelona que aquella noche necesitaba de ellos.

A pocos momentos de recibir la órden, salieron ya de la cueva, tomando el camino de Barcelona, no sin haberles repetido su gefe que no debian entretenerse, y que se presentasen cuanto antes á donde les habia dicho.

El Gitano y el Chiclanero habian esparcido ya entre sus compañeros la noticia, de que el Grande Oriente Barcelonés les habia nombrado un nuevo gefe Masónico; y esta noticia no dejó de poner en agitacion á todos los bandidos. Por este motivo estaban todos ellos cuchicheando en gran manera desde que habia entrado el Rey de Facha. Éste conoció que á pesar de su presencia no guardarian sus súbditos un continuado silencio, y así fué que quiso evitarles la falta de pasar por insubordinados, permitiéndoles toda clase de diversion.

—Ea, compañeros, les dijo el Rey de Facha, ya que hoy nos han dado un nuevo gefe, despues de haber pasado tantos dias sin tenerlo, es preciso que nos regocijemos. Yo por mi parte debo deciros, que para celebrar esta noticia, debemos convertir en noche de jarana la de hoy... Con que pues... ea, hermanos Carbonarios, alegrémonos debidamente y divertíos á discrecion.

Esto agradó sumamente á los Carbonarios, los cuales prorumpieron



luego en todo género de alabanzas dirigidas á su gefe, el cual con un disimulo el mas refinado afectaba no oirlas.

—Hola, compañeros, dijo luego el Gitano, viva nuestro nuevo gefe Mason.

—Viva la broma tambien, hermanos, gritó el Chiclanero despues de haber dado todos el viva á Carlos Colvin.

—Sí... sí..., amigos, dijeron todos; viva la broma.

Y como si esta sola indicacion fuera la que debia ponerlos á todos en movimiento, empezaron despues de ella á gritar horriblemente, y á jugar con todo estruendo. Los bancos dejaron de permanecer en su anterior posicion, tocáronse guitarras, se cantó y hubo tambien algunos puñetazos.

—¿Quién pudiera darme una botella de buen vino? decia un Carbonario francés á quien llamaban el *Gavachon*.

—Toma, respondió el Gitano, tambien la tomaria yo por mi cuenta.

—Por lo que á vino toca, lo he bebido en gran cantidad esta tarde, añadió el Chiclanero, y que no tomaria ahora bebida alguna que no fuera vino del Priorato, ó á lo menos de Jerez.

—Aunque tuviera algunos quilates menos de bondad que esos, repuso el Contrabandista, me contentaria yo.

—Campañeros, dijo el *Gavachon*, si os contentais con hablar de este ó aquel vino, os digo que no deseo sino una botella de nuestro Champagne.

—¿Dónde vas con la Champagne? respondió el Barrigudo. Quítate de la cabeza ese vino. Mejor es cualquiera de nuestros vinos andaluces que el mejor de los vuestros.

—Soy de tu parecer, añadió el Gitano.

Sin duda entónces se hubiera animado una bonita y embriagante cuestion sobre vinos, si el Rey de Facha no hubiera tratado de impedirlo.

—Vamos, hermanos, les dijo. Ya que de vinos se trata, y vinos quisierais tener á todas horas, voy á complaceros en celebridad de la noticia que tenemos recibida, con el bien entendido, de que no es vino lo que voy á ofreceros, sino aguardiente del mas fuerte.

—Hola... venga el aguardiente.

—Es licor apetitoso.

—Sí... sí.

—¡Viva el aguardiente!

Mientras que los Carbonarios se entretenian en encarecer la benevo-

lencia de su gefe, éste habia abierto el aposento destinado para sí, del cual salió muy luego con una grande botella llena de aguardiente en una mano, y en la otra un vaso de asta. La vista de esos dos muebles alegró en gran manera á todos los Carbonarios. El Rey de Facha dejó sobre una mesa el aguardiente y el vaso.

—Con que, compañeros, aquí está mi provision... Vamos á beberla entre todos, pero debemos hacerlo con toda solemnidad... Ya vereis... Voy á disponerlo.

—Disponedlo como mejor gusteis, dijo el Chiclanero.

—Sí... como mejor gusteis, añadieron todos.

El *Rey* los hizo colocar todos en círculo, y cogiendo despues la botella y el vaso,

—Yo, hermanos, les dijo, me colocaré en medio de vosotros; iré dando á cada uno el vaso lleno, y todos por órden echareis un bríndis: no acabando nuestra diversion hasta apurado el aguardiente. ¿Digo bien, hermanos?

—Sí... ¡aprobado! ¡aprobado! gritaron todos.

El Rey de Facha empezó á destapar la botella con la mayor prontitud, y aquel fué el instante crítico en que todos los Carbonarios guardaron el mas profundo silencio, esperando quién sería el primero en saborear el regalo de su gefe. Éste llenó finalmente el vaso y presentóle al *Bravo* primero que á los demás. Hizo un gesto de satisfaccion; y, escitado mas por los vapores del aguardiente, que por la distincion de ser el primero en beber, acercó á los lábios el vaso y dijo:

—Brindo, hermanos, por la salud y vida de nuestro gefe el Rey de Facha.

Tan pronto la última sílaba de este bríndis llegó á oidos de los Carbonarios como el aguardiente al estómago del Bravo.

—Ahora me toca á mí que soy el mas viejo, dijo el Gitano.

—Ea, ¡cuidado! que vais á desbaratar el círculo, replicó el Rey de Facha. Aquí no guardaré órden de antigüedad sino de localidad..., quietos pues...

Aquietáronse efectivamente los Carbonarios, y el Rey llenó nuevamente el vaso, y despues otra vez, presentándolo sucesivamente á los demás Carbonarios. Todos se esmeraron en hacer gestos á cual mas estraños, y los bríndis de todos fueron los siguientes:

El Gavachon:

—Brindo por el célebre tratado de la cuádruple-alianza.

El Unicornio:

—Brindo por nuestro nuevo gefe Mason, D. Carlos Colvin.

El Gitano:

—Brindo por nuestros valientes misioneros en Grecia y en otras partes del mundo.

El Chiclanero:

—Brindo por el mejor de los Masones de España, D. Santiago Aguilar de Silva.

El Guindilla:

Brindo por la marcha del incendio de conventos, compuesta por nuestro último gefe.

El Barrigudo:

—Brindo por las cabezas frailunas que mi cuchilla separará de sus troncos.

El Sanson:

—Brindo por los Carbonarios de la *Jóven Italia.*

El Contrabandista:

—Brindo por el sábio inventor del metéoro que esta noche vamos á elevar.

El Moro:

—Brindo por todos los objetos juntos por quienes vosotros habeis brindado.

Todos estos bríndis fueron dados en medio de la mayor gritería y algazara. El Rey de Facha tomó tambien el vaso á su vez, lleno de aguardiente, y marcando con el vaso dos líneas paralelas y otra secante en forma de H brindó de esta manera:

—Brindo tambien, hermanos, por todos los objetos por quienes habeis brindado vosotros... brindo por vuestro valor y valentía... brindo por el Grande Oriente Barcelonés... brindo por nuestros hermanos de Zaragoza, que han levantado ya el pendon de esterminio contra los frailes... brindo por la pronta regeneracion de España... brindo por la tremenda noche del 25 de julio próximo en Barcelona... y brindo en fin por la marcha del *incendio de conventos* que vamos á cantar luego.

Imposible es esplicar la manera estrepitosa con que fué recibido el bríndis del gefe Carbonario.

A poco rato tratóse de formalizar un juego general entre todos: pero fué el caso que algunos no tuvieron dinero para ello, pidieron al Rey de Facha que se lo prestase, pero éste no quiso hacerlo.

—Pero ¿qué habeis hecho del dinero? decia el Rey. ¿Tan pronto lo habeis gastado?

—Pero ¿de qué dinero nos hablais? respondió el Contrabandista.

—¡Toma! ¡de qué dinero!... Del que os ha dado hoy Santiago Aguilar de Silva.

—¡El dinero de Santiago! añadió el Gitano dando una solemne carcajada. El dinero de Santiago ha volado ya.

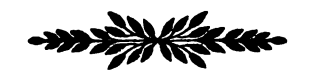
—¡Voto á S. Dimas! esclamó el Rey. ¡Ya os comprendo, jugadores! Es decir que habeis jugado... ¡Maldito juego, que casi siempre hace pasar á las manos de uno solo la cantidad que todos habeis igualmente adquirido!

—Bien, bien, dijo el Gitano apartándose de su gefe. En dias de broma no nos vengais con vuestros sermones; decidnos francamente, si podeis prestarnos ó no vuestro bolsillo; y si no podeis hacerlo, pasemos á otro asunto.

—Pasemos, pues, á otra cosa, replicó el *Rey*, cantemos el himno del *Incendio de Conventos*.

—Así... así... Aprobado... No perder tiempo.

Esas y otras fueron las palabras de aprobacion de todos los Carbonarios.





CAPÍTULO III.

La marcha del incendio de conventos.

De la patria marchemos los hijos,
Llegó el dia de gloria y honor;
La sangrienta cuchilla el tirano
Sobre nuestras cabezas alzó.
LA MARSELLESA.

Es muy justo que lo cantemos, dijo el Rey de Facha, porque hoy cabalmente es el dia destinado para elevar el metéoro, que ha de ser el preludio de nuestras glorias.

—Y es además ese himno una grata memoria del gefe Mason que hemos perdido.

—Sea lo que quiera, hermanos.... manos á la obra... Templemos entre tanto los instrumentos.

Los Carbonarios efectivamente comenzaron á pulsar las cuerdas de sus guitarras, haciéndolas producir toda clase de sonidos, el Rey de Facha probó tambien su flauta; algunos hubo que empezaron por conciliar recuerdos de los sonidos que debian entonar; y empezó una algarabía de informes sonidos.

Dióse por fin la señal de empezar. Entónces sonáronse, se tosió, se estornudó, se escupió, se restregaron las manos, y ejecutóse al fin con muy buen éxito un preludio de flauta y guitarras. Concluido que fué este preludio, cambióse el sonido de los instrumentos; y cantando todos ellos en coro, y solamente algunos en las estrofas, se comenzó el siguiente himno:

MARCHA DE LOS CARBONARIOS
en el dia del incendio de conventos (1).

CORO.

Hermanos, la Secta
Nos llama á la lid;
Juremos por ella
Vencer ó morir.

Seamos valientes,
Fieles Carbonarios,
Cantemos, Sectarios,
El himno á la lid.
A nuestros acentos
El orbe se admire,
Y en nosotros mire
Los hijos del Cid.
Coro.

Blandamos el hierro
Que el fraile y esclavo
Del libre y del bravo
La faz no osan ver.
Sus casas muy pronto
Vereis incendiadas,
Y á nuestras espadas
Fugaces correr.
Coro.

La Secta vió nunca
Mas grande osadía
Jamás lució un dia
Tan grande en valor.
Como el que inflamando
Nos vimos del fuego,
Que escitára luego
De Secta el furor.
Coro.

¡Honor al de Silva!
Honor al primero
Que el patriota acero
Nos hizo empuñar.
La Secta oprimida
Oyó sus acentos,
Y quiere conventos
De frailes quemar.
Coro.

Su voz fué seguida,
Su voz fué escuchada:
Tengamos en nada,
Hermanos, morir.
Los frailes matemos,
Quememos su casa;
Y aprisa que pasa
Poderlos abolir.
Coro.

Quememos, matemos;
El furor nos lleva,
Y nadie se atreva,
Tal furia turbar.
Nosotros, cual fieras
De hombres disfrazados,
Sabremos osados
Su infamia borrar.
Coro.

---

(1) Es imitacion del *Himno de Riego*.



Al arma ya tocan;
Las armas tan solo
Al fraile y al dolo
Podrán abatir:
¡Que tiemble! ¡que tiemble!
¡Que tiemble el frailuno,
Si nos vé uno á uno
Su muerte pedir!

Coro.

La trompa sectaria
Sacude los vientos;
Marchemos contentos
Que ya es ocasion;
Vamos, Carbonarios,
Los frailes matemos,
Y de ellos libremos
A nuestra Nacion.

Coro.

Ya veis á los frailes,
Volemos airados;
¿Los veis aterrados
Su frente humillar?
Volemos, que el libre
Por siempre ha sabido
Del fraile vendido
Vencer y triunfar.

Coro.

Si quiere oponerse
A nuestro progreso
Fecundo y travieso
El débil Mason;
Su voz no escuchemos,
Y para escarmiento
Sirva de aumento
A la destruccion.

Coro.

Si el Mason se opone,
Matarle sabremos,
Hermanos, juremos
Su yugo cortar.
Valientes quedemos
Por muchas razones,
Que es justo Masones
Y frailes matar.

CORO.

—

Hermanos, la Secta
Nos llama á la lid;
Juremos por ella
Vencer ó morir.

—Bravo, bravo, compañeros, dijo el Rey de Facha luego de haber concluido. Divinamente hemos cantado.

Escusado es decir que en los intermedios de estrofa á estrofa hubo entre los Carbonarios grandes cuchicheos. Luego de acabar su canto, levantáronse todos del suelo y volvieron de nuevo á sus juegos de manos, á sus saltos sobre los banquillos y á otros mil entretenimientos semisalvajes.

—Lo que hay que notar, hermanos, decia el Gavachon, es que en la noche del incendio de conventos en Barcelona no podremos cantar nuestro himno con tanta calma, ni tampoco con tanto compás como ahora.

—Pero en cambio, añadió otro, lo cantaremos con mas entusiasmo y fervor que hoy.

—No hay duda, dijo el Rey de Facha.

—Silencio, hermanos, dijo entónces el gefe interrumpiendo á todos. Deteneos un poco, porque quiero escuchar si el viento ha parado... Me parece que no soplará ya.

Detuvieron efectivamente los Carbonarios sus juegos y sus gritos; y todos ellos escucharon por algun rato.

CAPITULO IV.

Proyectos de tumulto.

Giustizza in palazzo,
E pane in piazza.
CLAMORES VENECIANOS.

Me parece que el viento no sopla ya con tanta violencia, dijo luego el Rey de Facha.

—Efectivamente, respondió otro. Parece que al fin dejará de incomodarnos con sus silbidos tan ingratos.

—Y podremos elevar nuestro metéoro, añadió el Rey.

—Sí... sí...; elevaremos nuestro cometa.

—Ay ¡cuánto deseo verlo! añadió otro. Gran diversion será.

—Pero á ver... decidme... ¿No os parece que con nuestra hazaña vamos á llenar de horror á todo Barcelona?

—Y bien, dijo el Rey de Facha, si ese es uno de los motivos principales.

—¡Cuántas lúgubres elegias sobre la *destruccion del mundo: futilidad de las cosas humanas: desdichas de los hombres*... y demás fruslerías, que los que creen ser poetas, escriben siempre como título de lo que ellos llaman *delirio de su imaginacion, y efectos de su sensibilidad!*

—Y dejarán unos su mullida cama; y dejarán otros su duro lecho, para presentarse en los tejados y azoteas á inspeccionar, unos con sus

turbios ojos, y otros armados de telescopio, creyendo observar la primera aparicion de un cometa nuevo y nunca visto.

—Y si demasiado apuramos el caso, señor, dijo el Gavachon, algunos efectuarán en paños menores sus observaciones.

— El tiempo no es para menos.

—Eso prueba, pues, que con nuestro metéoro vamos á obrar una revolucion en Barcelona.

—Inevitable sin duda.

—Tanto como eso... ¿por qué la creeis inevitable?...

—¡Toma! porque las almas timoratas que creen en duendes y apariciones dirán que el metéoro significa el fin próximo del mundo.

—En ese caso, señor, la revolucion será inevitable entre las gentes de rosarios tomar.

Una risotada de tres Carbonarios que se habian acercado ya, aprobó la pulla que acababa de decir el Gavachon.

—No hay duda, hermanos, replicó éste. Yo quise hablar de otra revolucion debida á ideas políticas, y que tendrá lugar entre gente menos santurrona que la que cree en apariciones y milagros.

—Y bien, replicó el Contrabandista. No os asusteis tanto por lo que ha dicho antes nuestro gefe. Porque suponiendo que algunas personas sean timoratas, podrian creer que el metéoro representa la destruccion del mundo, y debeis conceder francamente, que atendido el objeto de la elevacion, no dejaria de ser algo exacta la creencia popular.

—Es cierto, dijo el Gavachon.

—No hay duda...

—Si esto es una verdad, añadió el Rey, podrán decirlo y esplicarlo los conventos de Barcelona de aquí á once dias.

Esto fué recibido tambien con una carcajada.

—Yo por mi parte, dijo el Chiclanero, haré que los tales conventos se acuerden de la aparicion de este metéoro.

—Seremos tantos los que dejaremos recuerdos á los señores frailes...

—A ver, dijo el Rey de Facha á todos los de la reunion. Sepamos una cosa. ¿Qué es lo que direis, hermanos, sobre la aparicion de ese metéoro, cuando, hallándoos en reuniones y parajes públicos, oigais hablar de él?

—Lo que es de mí no querais saberlo, respondió uno, porque espero dar mil significados diferentes á la aparicion.

—Y tendremos con ello tanto motivo de diversion, que lo tomaremos á gran placer.

—Bien, señores, dijo otro. Pues yo voy á fijarme desde ahora; y os digo con franqueza, que hablaré con mucho énfasis de la aparicion, diciendo de ella que significa el esterminio de todos los carlistas de España.

—¡Bah!... ¡bah!... No sereis creido. Lo mejor será, y yo lo haré así, escuchar lo que todos los demás dirán, y seguir la opinion de la mayoría, que bien descabellada será tambien.

—Nada, compadres, replicó el Gitano. Yo estoy por creer que si quereis seguir la opinion de la mayoría, tendreis que seguir la mia, porque será seguramente la que tendrá mayoría.

—¿Y por qué?

—Porque me iré á reunir con las verduleras, fruteras y demás gente de este jaez, á todas las cuales les encajaré á bulto, que las dos barras de fuego, que habrán visto, significan una próxima y horrenda peste. Me atrevo á asegurar que seré creido.

—Pues si en eso estamos, replicó el otro, muchos serán de mi opinion, si digo tambien que las dos barras significan hambre.

Entónces fué cuando todos los Carbonarios quisieron decir la opinion que propalarian.

—Pues, señor, yo diré que significa guerra, dijo uno.

—Yo falta de aguas, dijo otro.

—Yo una lluvia de fuego.

—Yo otra de piedras.

—Yo calor en Egipto.

—Yo frio en Rusia.

—Yo la caida de una estrella.

—Yo la venida de unos animales venenosos que en todas partes se encontrarán.

—Yo la vuelta de los Moros á España.

—Yo la resurreccion de Bravo y de Padilla.

—Yo el regreso del *cólera*.

Esta procesion de *yo tal cosa, yo tal otra*, fué tan larga, que seguramente no se hubiera acabado jamás, si el Rey de Facha, cansado de ella, no hubiera dicho:

—Acabemos de una vez, hermanos. Por vida de *Jacobo Molay*, que esto es ya demasiado largo. Muchas son las cosas que quereis decir; pero hay que advertir tambien que ninguna de vuestras opiniones conviene que se haga pública. Lo que debeis publicar es que las dos barras de fuego significan el fin del mundo.

Esto no gustó mucho á los Carbonarios, cambiaron una mirada de in-

teligencia, y se dieron cuenta de las pocas ganas que tenian de circunscribirse á lo que acababa de decirles su gefe. Alguno hubo, sin embargo, que no pudiendo oponérsele directamente, lo hizo por un medio indirecto, diciendo:

—¿Y vos creeis, hermano, en eso del fin del mundo?

—No es esta la ocasion propia para cuestionarlo, amigo, dijo el gefe.

—Me conformo: pero lo que es, yo no creo en tal bravata.

—Mejor diriais en esa amenaza del oscurantismo, añadió el Barrigudo.

—Fin del mundo no lo hay, ni lo habrá, compañeros, dijo el Gavachon. Lo que puede admitirse es que tendrá fin ese mundo tal cual está ahora, pero que empezará otro mundo nuevo.

—Eso tambien lo concedo yo.

—Pues, señor, yo aun concedo mas, repuso el Bravo, y es que nosotros los Carbonarios somos los que hemos de dar fin al mundo de hoy, y preparar los cimientos del nuevo que ha de venir.

—Sí... sí... así es, dijeron gran número de ellos.

—No dudeis, hermano, de que el mundo ha de finir, dijo el Gavachon, y de que ha de finir con sus reyes, con su gobierno y sus privilegios; pero cuando este acabe, nosotros levantaremos otro que tambien ha finido ya. Este es aquel que se conocia en los tiempos mas remotos de la humanidad, en los que todos los hombres eran iguales y libres por su ciencia, y vivian felices y contentos, sin leyes y sin gobierno.

—Pero convenid tambien, Sr. Gavachon, le replicó el Guindilla, en que seremos nosotros los Carbonarios los que realzaremos ese mundo antiguo, y no serán los Masones; aunque ellos se glorien vanamente de ello.

—Sí... sí... no lo dudo... Seremos los Carbonarios los que regeneraremos la humanidad.

—Y de aquí en adelante, hermanos, añadió el Unicornio, no permitamos jamás que los Masones se glorien de nuestros triunfos.

—¡Necios! dijo para sí el Rey de Facha, no saben conocer que ellos sin los Masones no son nada.



CAPÍTULO V.

Los tres gefes y Clodulfo.

Señor, diciendo verdad,
No tengo mas calidad,
Ni padres mas generosos
Que estos brazos y esta espada;
Soy un pobre labrador,
Que no tuve mas honor
Que el arado y el azada.

MATOS FRAGOSO.—*Lorenzo me llamo.*

Un agudo silbido dado desde fuera, interrumpió la algazara de los Carbonarios, con el cual se pedia que abriesen.

—Alguien hay, dijo el Rey de Facha.

—Silencio, hermanos. Es el gefe Mason que llega ya.

No fué menester otra indicacion para guardar todos los Carbonarios un profundo silencio. Uno de ellos fué á levantar la trampa, por medio de la cual se entraba á la cueva, y presentóse en ella el Carbonario Capitan Franco, gefe segundo de los bandidos. Seguíale D. Carlos Colvin y detrás de él venia Clodulfo Kirtholf, disfrazado de bandido Carbonario. Grande y muy grande fué la admiracion del suizo al verse introducido en aquel sitio de un modo casi milagroso.

El Rey de Facha se acercó con el gorro en la mano á ofrecer á Colvin sus respetos, saludándole. Despues todos los Carbonarios que se habian puesto ya en órden, le saludaron tambien.

Entretanto que el Rey dirigió la palabra á Colvin, el Capitan Franco le presentó una silla, en la cual no quiso sentarse.

—Hermanos Carbonarios, dijo luego Colvin, la suerte ha ordenado

por algunos dias que estuvierais sin el gefe supremo, cuyo nombramiento y poder depende directamente de la Sociedad de los Masones, de la cual sois vosotros sus afiliados y fieles defensores. Grande es, hermanos, la responsabilidad y cargo de vuestro gefe Mason, y cuando esta mañana un pliego de la secretaría del Grande Oriente Barcelonés me ha puesto en conocimiento de que yo habia obtenido tan eminente y espinoso cargo, no he podido menos que suponerlo superior á mis débiles fuerzas y conocimientos. Pero al fin he debido prescindir de todas estas consideraciones, y me ha sido preciso aceptar. Solo me toca indicaros ahora, que es mi obligacion y mi deber el acreditar la eleccion que han hecho de mí mis superiores. Para lograrlo, como es necesario, creo que me ayudará mucho la cooperacion de los súbditos que tendré el honor de mandar. Felizmente para mí, sé que todos los Carbonarios son gente decidida y valiente, lo cual me hace creer y esperar que en la cercana noche del incendio de conventos me ayudarán, con su buen comportamiento, á que el Grande Oriente no tenga por ilusorias las esperanzas que ha concebido ya, de que sabré desempeñar muy bien el cargo de gefe Mason. Soy por otra parte amigo del órden y de la lealtad: nada aprecio tanto como la obediencia, y me valdré de todos los medios que estén á mi alcance para haceros cumplir esos tres deberes de que acabo de hablaros... Con que, pues, hermanos Carbonarios, en vuestra discrecion confío.

Ese lacónico discurso, que Colvin habia estudiado ya de antemano, fué pronunciado con énfasis y perfectamente acogido por los Carbonarios.

—¡Viva nuestro gefe Mason! ¡Viva Carlos Colvin! ¡Viva el elegido del Grande Oriente!

Estos fueron los gritos que resonaron en aquella inmensa caverna, tan pronto como Colvin finalizó su estudiada improvisacion. Despues de todo esto, el Rey de Facha preparóse tambien á hablar.

—Hermanos Carbonarios, les dijo: seré breve en lo que voy á deciros. Ya sabeis que en defecto de nuestro gefe Mason yo debo sucederle, como se ha verificado hasta ahora: pero finalmente el Grande Oriente Barcelonés ha provisto hoy ese cargo, y por este motivo traspaso al nuevamente nombrado todas las facultades y atribuciones que habia unido á las de gefe Carbonario. No es necesario que os repita que soy siempre muy celoso para hacer cumplir las órdenes del gefe Mason, mis obras os lo acreditarán, como pueden habéroslo mostrado hasta aquí.

Así acabó el Rey de Facha. Luego despues entró en el aposento aislado, junto con Colvin, el Capitan Franco y Clodulfo.

Una mesa redonda, algunas sillas y un armario eran los únicos muebles del aposento.

La conversacion de los tres gefes versó sobre las atribuciones y deberes de cada uno.

—Con que, pues, dijo al fin el Rey al Capitan Franco, este hombre que habeis conducido aquí, desea entrar á formar parte de la institucion de los Carbonarios.

—Este es realmente su gusto, respondió el Capitan Franco.

—¿Y habeis abrazado ese deseo voluntariamente? dijo el Rey á Clodulfo.

—Así es, señor, contestó el suizo. Yo he dado á ese Carbonario, á quien vos llamais el Capitan Franco, una esplicacion de ciertas necesidades que me impelian á ello, y él no ha tenido reparo alguno en admitirme como *recipiendario* en la Sociedad de la Carbonaria.

Nótese que el suizo habló siempre de un modo ambiguo.

—¿Y esas necesidades de que vos hablais, preguntó Colvin, son de miseria?

—Nada de eso, señor; porque la miseria no me arredra, y no me hubiera conducido aquí por sí sola.

—Sois noble al menos, hermano, le dijo Colvin, pero decidme... ¿estais comprobado ya por el gefe Carbonario?

—Aun no, señor... He suplicado solamente á mi amigo el Capitan Franco, que me permitiera venir á reconocer á los que deberán ser mis hermanos luego que esté admitido en la Sociedad.

—Así es, señor, añadió el Capitan Franco, mi amigo es un sugeto al que tengo en mucho aprecio, y de cuya cooperacion á nuestros principios tengo relevantes pruebas, motivo por el cual no he vacilado en presentároslo á vos y á la secta de los Carbonarios.

—Atended, hermano, dijo entónces al Capitan Franco.

Éste se acercó á su interlocutor, el cual le dijo al oido:

—¿Ese vuestro amigo ha ejercido ya la profesion de bandido?

—Nada de esto, contestó el amigo de Clodulfo. Por esa razon creo yo que será preciso probarle por espacio de algun tiempo, antes de hacerle juntar con los demás Carbonarios.

Un gesto de Colvin indicó al gefe Carbonario que no estaba del todo satisfecho.

—Señor, ya me encargaré yo de esto, dijo.

—Será preciso que así sea, respondió Colvin.

El Capitan Franco y Clodulfo eran dos amigos que se habian cono-

cido en la milicia y se amaban en estremo. Es de notar á primera vista la diversidad de conducta de ambos: la de Clodulfo muy laudable, y la del Carbonario tan plagada de crímenes. La conducta del Capitan Franco era, sin embargo, escusable hasta cierto punto, porque habia abrazado la profesion de Carbonario á causa de la mucha pobreza á que se habia visto reducido, y además porque seguia tan infame carrera por el temor que tenia á los resultados si se apartaba de ella. Eso mismo que le sucedia al Capitan Franco sucede tambien á otros muchos afiliados en las sectas secretas.

Entretanto que Clodulfo y el Capitan Franco estaban hablando de sus cosas, Colvin y el Rey de Facha estaban tambien en conversacion sobre el metéoro que significaba el incendio de conventos de Barcelona.

—Habrá anochecido ya, dijo el Rey de Facha á Colvin.

—Efectivamente, contestó éste mirando su reloj. Son ya las ocho y media, y á lo que parece, ha cesado el viento.

—De este modo, señor, hora es ya de que pasemos á maniobrar.

—Cuando vos querais, hermano, dijo Colvin. El secretario del Grande Oriente me ha dado una pequeña noticia de la forma de esa máquina del metéoro; pero no he quedado de ella muy enterado, por lo cual estimaré de vos que os sirvais darme mas esplicaciones.

—Con mucho gusto lo haré, señor, respondió el Rey de Facha.

Cuando esto dijo, habia abierto ya un grande armario, del cual sacó ocho linternas sordas, que encendió y dejó sobre la mesa, y ayudado del Capitan Franco, sacó tambien de dicho armario un grande armatoste de la figura de un paralelipípedo, que tendria unos doce piés de altura, teniendo su base seis de longitud y cuatro de latitud.

—Para que pueda manifestaros todo el secreto de esa máquina, señor, dijo el Rey á Colvin, será preciso que la saquemos á fuera, donde podré esplicároslo todo con mayor provecho, á medida que vaya preparándola.

CAPITULO VI.

El metéoro.

Siguiendo voy á una estrella
Que desde léjos descubro,
Mas bella y resplandeciente,
Que cuantas vió Palinuro.
CERVANTES.

TODOS los Carbonarios ayudaron á Colvin á trasladar el armatoste desde el aposento en donde estaba hasta fuera de la caverna, en una pequeña llanura que habia cerca de ella. Trasportaron igualmente la mesa, sobre la cual colocaron todos los utensilios necesarios para la operacion que iban á hacer, ayudados de las linternas sordas.

La primera operacion del Rey de Facha fué hacer clavar dos recios palos de igual altura, los cuales tenian en su estremidad superior una pequeña polea, por la cual pasaba una cuerda que podia tirarse y aflojarse, y que se sujetaba en un garfio que estaba pegado á los mismos palos.

Ató fuertemente con dicha cuerda el armatoste, y tirándolo cuanto pudo, le dejó suspendido en el aire á la distancia de ocho palmos del suelo. Acto contínuo subió á una escala de madera y estuvo cerca un cuarto de hora trabajando por diferentes estilos dentro del armatoste. Bajó luego de la escalera y dijo:

—Ahora es la ocasion, hermano Colvin, de esplicaros lo que deseais saber. Tomad una linterna y acercaos.

Colvin lo hizo efectivamente, y el Rey colocó junto á sí la mesa que

habian sacado. Los demás Carbonarios armáronse tambien de linternas y se acercaron á sus gefes para escuchar la relacion del Rey de Facha. Clodulfo se colocó junto al Capitan Franco.

—Ya veis, hermano Colvin, dijo entónces el Rey de Facha, que el armatoste está ya suspendido y preparado para el efecto que debe producirnos. Reparad tambien que, por razon de su peso, se halla mas inclinado á la derecha que á la izquierda: pero para restituir el equilibrio, bastará que coloque varios pesos del tamaño de este en estos pequeños garfios que están pendientes de la base inferior del armatoste... Ved aquí que de este modo queda ya restituido el equilibrio, despues de haber colocado á la izquierda algunos de estos pesos. La parte esterior del armatoste, es ropa basta y fuerte, clavada sobre una guarnicion de madera, que constituye el interior de la máquina. Aquí tenemos este vaso de metal, dentro del cual se coloca una mezcla de aceite de trementina con espíritu de vino. Este vaso debe cuidarse que esté siempre á la misma altura que la base inferior del armatoste, y que diste bastante de la derecha. A este fin es sostenido por estos hierros horizontales. En el citado vaso cabe una porcion tal de la mezcla dicha, que encendida la mecha de algodon colocada en el brocal, producirá llama por espacio de nueve horas. Esto conviene saberlo para quedar al corriente de cuánto tiempo puede estar elevado el metéoro... La mecha de algodon debe llegar precisamente hasta el fin del vaso para poder chupar todo el líquido que contenga... Ahora bien: encendamos con un fósforo la mecha, y produce, como podeis verlo, una llama de unas ocho líneas de espesor. Esta envia su calor y su claridad á este espejo ustorio que veis aquí, y para que no pueda perderse nada de la claridad de la llama, se coloca alrededor de ella ese cañon ó receptáculo de hoja de lata ú otra cosa semejante, cuya base inferior se ajuste á la anchura del brocal, y la superior con el todo del espejo ustorio, dejando un orificio cualquiera por donde pueda entrar alguna corriente de aire que sostenga la combustion. Ni este espejo ni el cañon pueden empañarse en manera alguna, porque la mezcla de aceite de trementina y espíritu de vino se prepara de modo que pueda inflamarse sin producir humo. Este espejo ustorio, á su vez, tiene su foco en la boca de este cañon, la cual está cerrada con un tapon, de lo que se llama *aleacion de Darset,* la cual es derretida por el mismo foco del espejo... Este tapon de metal de Darset está cubierto con otro de un metal mas duro, el cual no se quita hasta el momento de elevar la máquina, y resulta, que cuando el tapon de la aleacion queda del todo derretido por fuerza de la accion focal, la máquina

ya está á mas de un cuarto de hora de elevacion. A medida que vá de-
ritiéndose, cae el metal en este depósito que está colocado al efecto..
Luego que el tapon de metal acaba de derretirse, empieza á ser visibl
el metéoro, porque este cañon tiene su boca bastante estrecha y comuni
ca por otros dos cañones mas estrechos aun, que van á las dos barras
que son las que se ven lucir. El todo de este cañon y sus barras est
lleno de un gas inflamable, elegible á gusto del que opera, y luego qu
el tapon de metal queda derretido, enciéndese el gas interior y vens
lucir las dos barras, que son de metal agujereadas á lo sumo, y cuyo
agujeros son el término del cañon, por los cuales salen contínuament
grandes chorros de gas inflamado... Este gas contínuamente se renueva,
porque junto á la boca del cañon hay una llavecita colocada debajo de
mismo cañon, abriendo la cual el gas inflamable contenido en el gra
receptáculo que aquí veis, vá pasando contínuamente al cañon, donde vá
inflamándose y saliendo por los agujeros de las barras.

Ya tenemos ahora, hermano Colvin, continuó el Rey de Facha des-
pues de alguna pausa, esplicado el mecanismo para hacer lucir el me-
téoro; vamos ahora al de elevarlo. Este es muy sencillo, y tal como el
de todo globo aereostático. Se procura estraer el aire del interior del
armatoste por uno de los mil medios tan sabidos, y despues se sustituye
para llenar el vacío, una corriente de gas hidrógeno, que es el mas apto
para las materias de elevacion... Esta máquina, Colvin, se eleva y se
baja cuando se quiere. Estas cuatro barras de hierro se reunen en e
punto, y por este anillo que forma en su estremidad, se pasa la pu
de esta cuerda y se sujeta con toda fuerza. Esta cuerda no es de caña
sino de lino gordo; ya lo veis: y por su interior pasan dos peque
alambres que la dan mas consistencia. Preparada que está la máquina
esta manera, se corta la cuerda superior que la tiene suspensa, y co
todo globo aereostático, se eleva con seguridad y en toda pausa. A me-
da que se vá elevando, se van rodando con prisa estos dos manubrios
de este modo nunca falta cuerda á la máquina. Al mismo tiempo
cuerda, antes de estar libre, pasa por este anillo, y entre este y el de
sito de la cuerda se coloca este peso: si baja mucho, es señal de q
máquina tiene bastante cuerda, y entónces se rueda el eje con m
velocidad; si la cuerda se mantiene tirante desde el anillo, es prueb
que el eje ha de dar las vueltas con mas velocidad; y este peso dá
nocer tambien cuando la máquina está del todo elevada.

—Pero, parece que el total de los pesos que deben elevarse, dijo
vin, es demasiado, por lo cual será difícil sin duda su elevacion.

—En parte decís bien y en parte mal, contestó el Rey de Facha á Colvin. El peso es mucho; pero tambien debeis observar, que el puesto ocupado por el gas hidrógeno es de mucha estension; y cuanta mayor es esta, mas puede ser tambien el peso. Y no solamente hay esto, sino que en razon de lo poco que se eleva, debe aumentarse aun mas el peso. Por razon de este se podrá elevar la máquina á poca distancia de aquí, pero esto importa muy poco, porque lo que se busca es que los ojos del observador vean coincidir las dos barras de fuego en un punto cualquiera del cielo; y esto se logrará fácilmente, porque en primer lugar el sitio en que ahora nos encontramos se halla bastante elevado sobre el nivel de Barcelona, y por poca que sea la altura á donde llegue el metéoro, se conseguirá el efecto que se busca: y todo es tanto mas notable, por cuanto causa grande ilusion la circunstancia de aparecer de noche las dos barras de fuego.

Así acabó el Rey de Facha su relacion, y todos los que le habian escuchado quedaron admirados de la soltura con que se esplicaba.

—Famoso físico sois en efecto, le dijo Carlos Colvin.

—El inventor de la máquina ha tenido que elevarla él solo en Madrid y otras partes, y dos de sus discípulos en todos los demás puntos en donde han aparecido las barras de fuego: yo he estudiado bien su mecanismo, y sin auxilio de nadie, la he hecho aparecer en Reus, la habré elevado esta noche en Barcelona, y aun la verán despues en otros puntos del Principado.

—Por eso os he dicho que erais vos famoso físico.

—Nada de eso, señor...

—Pero en fin sed franco: al menos habreis estudiado bien ó mal la física.

—Ni tampoco eso, señor. Lo único que de tal ciencia aprendí (y considerad cuán poco será) fué lo que observé en casa de un físico-farmacéutico que habia sido militar, y que de todo pretendia saber algo, descuidándose alguna vez de lo que mas le importaba. Mi familia me colocó de practicante en su casa, á la edad de doce años.

—¿Siempre debisteis adquirir allí algunas noticias?

—Ni eso aun. Estuve solo dos meses con el buen hombre, el cual me enseñó á leer los rótulos de la botica. Hice algunas cosillas propias de mi edad, y el *Signor* me despidió de su casa diciéndome que no podia ser mas que un borrico, y que solo era bueno para zapatero. Al principio lo creí, pero á los diez y siete años conocí que, dejando aparte otras materias, sabía yo mas de física que mi antiguo amo. ¡Pobre hombre! yo le perdono su desacertada prediccion. Pero en fin, hermano Colvin, dejemos este asunto para otra ocasion, porque de lo contrario no acabaria jamás.

—Teneis razon, pasemos á la elevacion del metéoro.



CAPITULO VII.

Incendio de una diligencia.

> ¡Oh, luz de mis deseos! ¿por qué conducís mi vista atenta á esos espacios inmensos que mi imaginacion no puede recorrer jamás?
>
> SHAKESPEARE.

SERIAN las nueve dadas cuando el Rey de Facha pegó fuego al globo, cortó la cuerda que sostenia el armatoste, quitó el boton de metal de que hemos hablado, y dejó ir por los aires aquel grande metéoro, el cual empezó á subir con mucha lentitud. Los Carbonarios rodaban los manubrios con alegria y entusiasmo.

Diez minutos despues el metéoro empezó á lucir, y á hablar todos con mas ó menos risa y alegria sobre el objeto que les ocupaba la atencion; y á Clodulfo le hubiera sido muy agradable el escucharlos si la elevacion del metéoro no hubiera significado actos de desolacion y de muerte.

Sin embargo, la alegria comun de los Carbonarios se suspendió un poco, cuando el Gitano, llamando la atencion de todos los demás, les dijo en alta voz:

—¡Eh, compañeros!... Descubro fuego allá bajo.

—¿Dónde?...

—En la carretera real... Será á poca distancia del pueblo de Sans.

—Sí... sí... fuego es lo que se descubre, añadió el Bravo.

—Ea, compañeros, les dijo el Rey de Facha, dejaos de fuego y atended á nuestro metéoro. No es justo que le descuidemos por la llama de un pajar que se habrá incendiado.

—Pero me parece que descubro gente tambien, dijo el Barrigudo.

El Rey de Facha se acercó á Colvin y en voz baja le dijo al oido:

—¿Cómo podremos distraer, hermano, la atencion de los Carbonarios?

—¿Y por qué ese empeño? preguntó Colvin.

—Porque este fuego que descubro es de la *diligencia* que arde.

—¿Y vos lo sabeis?

—Lo sé porque de órden del secretario del Grande Oriente de Barcelona he mandado salir hace poco una partida de Carbonarios, con la ayuda de los cuales ha detenido é incendiado la diligencia.

—¿Cómo distraeremos pues su atencion?

—Podremos ocuparles en alguna cosa.

—Los ojos no se ocupan.

—En tal caso, Colvin, no nos queda otro remedio que mandarlos entrar dentro de la cueva.

—Hacedlo pues.

—Bastante gente se descubre, repetia el Barrigudo.

—Y además se observa un grupo informe que no acierto á descifrar, añadió el Contrabandista.

—Ahora crece el fuego... Se vé todo... se ven caballos...

—¡Un carruaje!

—¡Es la diligencia!

—Sí... sí... es la diligencia, repitieron todos.

Y entónces cabalmente era cuando el Rey iba á mandarles que entrasen en la cueva.

Despues de todo esto el Rey de Facha se vió obligado á esplicar á sus cohermanos el motivo de haber despedido á los demás Carbonarios antes de anochecer.

. . . .

Al tiempo que los diferentes relojes de la ciudad de los Condes esparcian por los aires el sonido de dos campanadas, el Rey de Facha reunió todos los Carbonarios para descender de nuevo la monstruosa máquina. La mezcla de espíritu de vino con aceite de trementina que se le habia puesto en depósito, debia ser consumido en cuatro horas, y por tanto á eso de la una y media de la madrugada dejó ya de arder el mechon. El gas inflamable, que permanecia siempre dentro el cañon, no se apagó por esto, sino que continuó ardiendo, aunque fué con mas debilidad. A poco rato acabóse tambien el gas inflamable, y el meteoro dejó finalmente de luçir, de espantar, de alegrar y de horrorizar.



Los Carbonarios probaron vivamente sus fuerzas rodando los manubrios para el descenso de la máquina, la cual, á pesar de su muchísima resistencia, á las dos y media habia bajado ya algo humedecida. A los pocos momentos fué colocada dentro el armario, de donde la habian sacado junto con los demás enséres que habian sido necesarios para su elevacion.

Todos acabaron de pasar la noche en la cueva. El Rey de Facha dió otra botella de aguardiente á sus súbditos, y mientras brindaban de nuevo y cantaban el himno del incendio de conventos, los tres gefes y Clodulfo permanecieron en el aposento aislado.

Por lo que toca á Clodulfo, desempeñó puntualmente el papel que tenia estudiado para aquella noche. Tenia ya preparadas las respuestas que debia dar á las preguntas que podian hacerle, pero no por esto dejó de apuntar taquigráficamente las unas y las otras, cuando el Rey de Facha y el Capitan Franco estaban ocupados en trasladar el armatoste desde el armario en que estaba hasta delante de la caverna. Lo mismo hizo cuando el Rey esplicaba á Colvin el mecanismo del meteoro; de modo que con toda precipitacion su lápiz trasladaba al papel las maniobras que se estaban efectuando. Así es que el grandor de la máquina, su figura, sus partes, el diverso uso de ellas, el sitio que ocupaba, su modo de obrar y todos cuantos movimientos hacía el gefe Carbonario, todo indistintamente quedó consignado en su libro de memorias.

. . . .

Al amanecer, cuando las puertas de Barcelona fueron abiertas, todos los Carbonarios, escepto dos, dejando su subterráneo escondrijo, entraron en la ciudad para esparcir en ella sus patrañas. Colvin, el Rey de Facha, el Capitan Franco y Clodulfo entraron en Barcelona, y á pesar de que el gefe Carbonario habia prevenido á sus súbditos lo que debian publicar sobre el significado del meteoro, sin embargo, en menos de dos horas Barcelona estuvo llena de mil noticias diversas y cada cual era autor de su propia opinion. Unos temian, otros se burlaban, todos disparataban, y muy pocos fueron los que acertaron á conocer el verdadero motivo de la nocturna aparicion.

Aquel mismo dia el Rey de Facha fué premiado por los gefes Masones en recompensa del feliz éxito con que habia sabido elevar el meteoro, y acto contínuo fué destinado para el mismo objeto á otra poblacion de Cataluña.

. . . .

El P. Vincencio, despues de haber sabido por Clodulfo todo lo que éste



habia visto y oido en la noche fatal de la elevacion del meteoro, partió nuevamente para N...; y antes de subir al carruaje que debia conducirle, dijo al marqués de Casarrubios:

—Vos, marqués, habeis perdido los escritos secretos de la Contramina, pero ya os he dicho, y os repito que esto no debia intimidaros, puesto que todos volvereis á recobrarlos; y el acto del recobro me producirá tambien otra ventaja muy inmensa. Esa será el malquistarse Santiago Aguilar de Silva con sus consócios Masones, y de ello procuraré yo sacar partido para reducir á buena vida al impío Santiago. Creo que obtendré buenos resultados, y si así no fuere, será mucho de temer que nos hallemos peores que nunca. Conozco muchísimo al gefe Mason, y presumo muy bien lo que haria él en tal caso. Si cede á mis instancias, triunfaremos al fin de él y de su secta; pero si se obstina en ser Mason (cosa que le será muy imposible), Aurelio estará mas en peligro que nunca, y preciso será que le apartemos entónces de su poder. ¿Si llega este terrible caso, ya tengo yo concertadas mis medidas. Le enviaré á nuestros misioneros jesuitas de la Georgia ó la Circasia, y mientras que Aurelio estará de este modo libre de las intrigas secretas de Santiago y de su secta, podré yo ir á Madrid y dedicarme á los objetos para los que tanto me llama nuestra Sociedad. Acordaos bien de eso, marqués. De la entrevista que voy á tener con Santiago depende, á mas de la suerte futura de Aurelio, una victoria considerable ó una pérdida de bastante peso...

—Pero, Padre, preguntó el marqués, ¿serán objeto de esa pérdida los escritos que me robaron ayer?

—No... eso jamás; ya os lo he dicho.

—Pero... os esplicais tan poco.

—Otro dia podré hacerlo con mas detencion, marqués. Solo puedo deciros estas dos palabras, «*conozco á Santiago.*»

—Dios proteja vuestras obras y fomente vuestra elocuencia para persuadirle.

A las ocho y media del dia 15 de julio el P. Vincencio emprendió nuevamente su camino para N...



PARTE XIV.

EL BAILE.

CAPÍTULO I.

Don Evaristo Torrecampa.

Tus ojos están cegados
Por el falso resplandor;
Este mundo es un gran baile,
Y los locos disfrazados
Con los nombres tan ridículos
De *Su Eminencia, Su Alteza*...
Ay, creen hinchar su sér,
O alzarse de su bajeza.
VOLTAIRE.

Don Evaristo Torrecampa era un *progresista* exaltado.

Constitucional el año 12, y el año 20, y Estatutista el año 33, habia profesado siempre ideas puramente liberales; y arraigado en su corazon la de que era inútil el gobierno monárquico.

Sus intenciones eran naturalmente rectas, sus sentimientos filantrópicos, franco, bueno de corazon, amigo de la paz, del órden, del progreso, de la civilizacion, é incapaz de producir el mas leve daño. En tanto era así, que en diferentes ocasiones habia prodigado inmensos favores á amigos y enemigos. Podia decirse de él, que hacía los favores con tal que se los pidieran, sin mirar jamás quién se los pedia. Este era el motivo porque era querido de los hombres de todos los matices políticos.

No obstante, á pesar de todas estas prendas naturales, sirvió constantemente al filosofismo español, que le conquistó desde un principio, impidiendo que pudiera ser un verdadero adalid de una justa causa.



La Constitucion del año 1812 se promulgó cuando Torrecampa tenia solamente 18 años. Su carácter no era reservado; á todos sus compañeros hacía indistintamente las mismas confianzas, á todos igualmente abria su corazon; y algunos quisieron aprovecharse de su condescendencia, sencillez y buena fé. Para que el código constitucional produjera su efecto, fué antes tratada su realizacion en las Logias masónicas, que estaban generalmente establecidas en España, y algunos de los jóvenes cofrades recibieron el encargo de conducir á la secta de los Masones al sencillo jóven Evaristo Torrecampa. Poco trabajo les costó á sus engañadores el conseguirlo.

Torrecampa se prestó fácilmente á las insinuaciones de sus amigos. Era amigo del órden, de la paz y del progreso de las buenas ideas, y no pudo oir, sin acogerla, el nombre de defensa de la *libertad* y la *igualdad*, el florecimiento de la civilizacion y de la industria. Pensó que la sociedad de que se le hablaba tenia por objeto la defensa de todos los intereses que habian lastimado las revueltas pasadas promovidas por los invasores franceses, y queria solamente regularizar los derechos populares, que en parte estaban olvidados; imaginóse entre otras muchas cosas, que con aquella sociedad se trataba de dar duradera estabilidad á las ideas de paz, de concordia, de órden, de civilizacion, y hasta de Religion; motivos por los cuales se dejó conducir con su natural sencillez por sus corruptores, y creyó sinceramente sus engañosas palabras.

Bajo tales auspicios y con tales creencias, entró á formar parte de las sectas secretas; siendo en ella una de tantas víctimas como supieron seducir en todos tiempos los descendientes de los innovadores franceses.

Luego que Torrecampa se halló entre los sectarios de Voltaire, esperimentaron un cambio bastante perceptible su carácter y sus cualidades. El mal ejemplo es un contagio que muy pronto se pega; y así fué; él empezó á corromper al escelente jóven. Poco á poco las ceremonias de las *orjías* absorbieron la atencion que le merecian las solemnidades religiosas; los deberes de *Cofrade* le apartaron del cumplimiento de las prácticas familiares; y mientras que él pensaba encontrarse en el camino de la felicidad suma, alejábase de ella á medida que el mal ejemplo le conducia en alas de la malicia y de la rebeldía.

El código constitucional dejó en 1814 de regir los destinos de la nacion, y entónces se pudo conocer cuán de buena fé era Mason. Como que la mayor parte de sus amigos habian entrado en la nefanda asociacion á impulsos de su egoismo, ocultaron sus designios durante el restablecimiento monárquico; valiéronse de la hipocresía los que pudieron, y se

pintaron fieles monárquicos, mientras que otros mas comprometidos tuvieron que comprar su tranquilidad á mas caro precio.

Evaristo Torrecampa habia entrado de buena fé en la asociacion; creia que defendia la verdad, y mas constante que sus compañeros durante el gobierno monárquico, se declaró defensor de la libertad con el mismo empeño que antes de haber caido en 1814. Otro que no hubiera sido Torrecampa, hubiera pagado muy cara su osadía; pero el jóven habia prodigado favores á toda clase de individuos, y algunos agradecidos monárquicos se acordaron de lo que habia hecho por ellos cuando la situacion no les era favorable. Fué, sin embargo, algo perseguido, pero nunca corrió peligro.

Vino nuevamente la Constitucion del año 1820, y desde tiempo antes Torrecampa trabajaba asíduamente en las Logias para el restablecimiento del código constitucional. Despues de la victoria del pueblo soberano, se concedió á Torrecampa el grado de Caballero del Sol, y últimamente el de Caballero Escocés; pero al recibir este, empezó á concebir sospechas sobre lo que se le habia dicho. Entónces comenzó á conocer que los secretos masónicos tenian algo de oposicion con sus ideas. Esto fué conocido por los grandes Padres de la secta, los cuales tuvieron buen cuidado de esplicarle al jóven Mason que los secretos de la caballería escocesa no chocaban ni podian chocar con sus sentimientos religiosos, todo lo cual creyó fácilmente Torrecampa. La secta resolvió, no obstante, no pasarle jamás de Caballero Escocés á otro grado superior; y para distraerle mejor, le ofrecieron primero una Gefatura política, y despues una Intendencia, todo lo cual fué despreciado con el mayor desinterés. En la lucha de Masones y Comuneros se mostró siempre acérrimo Comunero.

El Código Gaditano cayó nuevamente; y desde 1823 á 1835, Torrecampa se mostró defensor implacable de las prerogativas populares del mismo modo que lo habia hecho desde 1814 á 1820.

Promulgóse últimamente el Estatuto Real, y Torrecampa se alegró de que volviera á dominar el principio de la soberanía del pueblo. La secta le preparó de antemano, para que no chocasen sus íntegros sentimientos con lo que de nuevo pudiera ver; y con estos precedentes se le confirió en 1834 el grado de Caballero de San Andrés, del cual no quedó tampoco del todo satisfecho. Si las impresiones de este grado hubieran sido recibidas por él en 1812, no hubiera sido por cierto Mason. Pero su carácter habia cambiado ya, sus sentimientos habian sufrido tambien variacion, y no quiso por esto abandonar su carrera porque no

era tiempo aun. Púsose entónces de observacion, pero prosiguió por esto defendiendo con todo calor el sistema liberal; y aunque hubiera dejado á su secta, no por esto hubiera dejado de morir gritando: ¡Viva la Libertad! ¡Viva el Progreso! Sus engañadores habian sabido establecer en su corazon una marcada diferencia entre lo que era la secta y lo que eran sus fines.

Desagradado altamente quedó de los proyectos que se fraguaron en las Logias para la estincion de los Regulares: los desaprobó y los combatió animosamente, pero su voz no fué oida. Ya verán nuestros lectores de qué modo se portó en aquellos aciagos dias en que se incendiaron los templos del Señor.

Don Evaristo Torrecampa era sumamente acaudalado y propietario. Tenia dos hijas, una de las cuales estuvo casada en Pamplona, y la otra, de edad de diez y siete años, vivia con él. Tenia además un hijo llamado Don Luis, al cual nuestros lectores conocen ya.

Su figura no era interesante, pero, sin embargo, su rostro revelaba franqueza, desinterés y buenos sentimientos. Cualquiera podia leer en él un carácter de bondad. Era de estatura pequeñita y de ademanes apreciables: hablaba con mucha prisa, y rara vez su boca dejaba un cigarro puro, que luego de acabarse, servia de tizon para otro nuevo.

Tenia contraida estrecha amistad con el marqués de Casarrubios, á pesar de su diversidad de opiniones; y esa amistad comenzó de la siguiente manera:

Sucedió una vez, que al tiempo que el marqués de Casarrubios salia del teatro con su hija en una noche de furiosa lluvia, observó que un caballero y una señorita estaban allí detenidos y no podian pasar á su casa. Invitóles el marqués á subir á su coche, el caballero aceptó el ofrecimiento, y de este modo el marqués llevó á su casa á D. Evaristo Torrecampa y á su hija María Concha. Al dia siguiente D. Evaristo y su hija visitaron al marqués; y las dos familias conocieron las buenas cualidades de entrambas. El marqués y su hija devolviéronles la visita á pocos dias; y así de visita en visita, la amistad de las dos familias se fué estrechando cada vez mas. María Concha y Julieta fueron siempre muy amigas; y fué esto en tanto grado, que raro era el dia que podian pasar sin verse. Los padres de entrambas les permitian pasar todos los dias la una en casa de la otra.

De este modo el marqués de Casarrubios y D. Evaristo Torrecampa se profesaron los dos una amistad á toda prueba, á pesar de la diversidad de opiniones.

CAPÍTULO II.

Antes del baile.

Cualquiera mote en el suelo,
O en la luz del sol trazad,
O en el plácido arroyuelo,
O en la recia tempestad:
Vuestra frase así trazada
En un instante se vá;
Pues menos de vuestra amada
La constancia durará.

WALTER-SCOTT.—El *Condestable de Chester.*

La noche del dia 16 de julio daba D. Evaristo Torrecampa un magnífico baile en su casa, en celebracion de los dias de su esposa llamada Carmelita. Estaban convidados á él los principales corifeos del partido progresista, con no pocos del partido moderado, y hasta tambien algunos carlistas. Debia ser aquel baile una miscelánea de todos los partidos; y se esperaba que la reunion sería lujosa y escogida. Los salones estaban adornados con elegancia, y no se habia perdonado gasto alguno para que todo fuera maravilloso y sorprendente.

Una hora antes de la señalada para principiar el baile, todo estaba ya preparado para la magnífica fiesta. Las bujías ardian, los ramos de hermosas flores estaban en preciosos cestitos para ser repartidos entre las señoras, los lacayos esperaban á los convidados, y el mismo D. Evaristo paseábase con su esposa de un salon á otro, mirando con sincero orgullo los adornos de su casa.

María Concha se hallaba con su hermano y la jóven Julieta en un

pequeño aposento que aquella noche estaba destinado á servir de tocador. Las dos jóvenes estaban sentadas detrás de la cortina del balcon, y el hijo de Torrecampa enfrente de ellas. El vestido de ambas era de gró de color de rosa claro, cayendo encima otro mas corto de gró azul, que terminaba en cuatro lazos por la parte inferior; mientras que dos cintas de color de cereza, graciosamente dibujadas, le dejaban abierto por el frente, del medio de cuya abertura pendian dos borlas azules. Los guantes eran de punto de seda blancos, con preciosos y brillantes brazaletes en sus desnudos brazos, y sus delicadas manos sostenian un *buqué* de oro con un bello ramo de hermosos claveles. María Concha traia sobre el pecho un camafeo de gran valor y gusto, montado en oro; y Julieta el retrato de su difunta madre montado en diamantes. El peinado, á pesar de su sencillez, era lo mas gracioso de entrambas. Traíanlo á la romana con largos y espesos rizos, la una rubios y la otra negros, sujetándolos ambas con un cerquillo. El de María Concha era simplemente de oro y el de Julieta lo era tambien, pero terminaba en una estrella de una pulgada de diámetro, guarnecido de diamantes, que caia sobre su hermosa frente.

Don Luis vestia un elegante trage de baile, y, como ya hemos dicho, estaba sentado enfrente de las dos jóvenes.

—Dime, Luis, preguntó María Concha, ¿sabes si esta noche asistirá á nuestro baile D. Arnaldo Sansimon?

—Papá le envió esquela de convite, y no creo que deje de asistir.

Una carcajada de María Concha, seguida de una risa forzada de Julieta, interrumpió á D. Luis.

—¿De qué ries, Conchita? preguntó éste.

—¿No lo adivinas?... Me rio de lo mal que ha sonado á los oidos de Julieta el anuncio de la venida del Sr. de Sansimon...

—¿Tanto os pesará la venida de ese caballero, Julieta?

—A mí todos me son igualmente agradables, D. Luis; pero vos ya sabeis que los designios del Sr. de Sansimon incomodan.

—Pero él os ama, señorita... No es estraño que...

—Es verdad, Julieta, añadió María Concha. Él te ama, y no debieras... en fin, amor de viejo...

—No es tan viejo como tal vez os figurais.

—¿Qué edad tiene?

—Como cuarenta años.

—¡Eh! no es cosa, replicó María Concha. Cuarenta años por su parte,

y diez y siete por la tuya, son cincuenta y siete... Muchos mas tenia mi abuelo cuando aun quiso casarse.

—¡Qué disparates estás diciendo! respondió Julieta. ¡A fé que no estoy para tanta risa como tú!

—Sí... sí... tienes razon, Julieta, dijo María Concha poniéndose séria. Temo que te fastidies esta noche. ¿No es verdad?

—Verdad es... Si hubiera sabido que debia encontrarle aquí, no me hubiera presentado en el baile.

—¿Tan severa sois, señorita?

—No tal: soy muy justa.

—Voy á pedirte un favor, Luis, dijo Conchita.

—Vamos, pídelo sin reparo.

—Te pido, pues, que procures entretener y ocupar á D. Arnaldo Sansimon, para que en toda la noche no vaya á molestar á Julieta con sus obsequios.

—Para evitar su presencia, nada mejor que comprometerse Julieta para todas las danzas... Yo desde ahora le comprometo el primer walz y rigodon.

—Agradezco la atencion, Luis; pero deseo que os comprometais...

—¿Y á qué? hablad sin reparo.

—A librarme de ese importuno viejo, para que se convenza de que yo no le corresponderé jamás, y para que así no me moleste.

—Pero ¿cómo podré lograr eso?

—Vamos, caballero, vos sois muy ingenioso.

—Me lisonjeais.

—Pero, sea como quiera, Luis, añadió María Concha, es preciso que cumplas. Yo te lo pido.

—Pero, hermana, eso mejor puede hacerlo ella.

—¿Y cómo?

—Yo le proporcionaré los medios.

—En ese caso, comunicádmelos, dijo Julieta; dispuesta estoy á ponerlos en práctica.

—Con mucho gusto. Ahora cabalmente tenia concluida una composicion poética que queria enviar anónima al Sr. de Sansimon, y si se la dais vos misma, no tendrá seguramente ganas de molestaros nuevamente.

Sacó D. Luis una cartera de terciopelo con cerraduras de oro, y tomó una carta que en ella tenia. Rompió el carpete, y leyó la siguiente composicion:

A TODAS LAS MUGERES

UN VIEJO CALAVERA

ó SEA

VELEIDAD DE D. ARNALDO SANSIMON.

En una noche de estío
En que el calor arreciaba,
De este modo se esplicaba
Sansimon amigo mio.

—

Si me trae la ventura
A un magnífico jardin,
A contemplar la hermosura
De una floresta sin fin...
Digo con todo calor.
que el jardin es lo *mejor*.

Si del jardin me desvío,
Y una beldad se presenta...
Ya le rindo mi albedrío,
Si tenerlo quiere en cuenta
Y entre ella, flores y olor
La beldad es lo *mejor*.

Sigo bosques: y en un prado
Dentro rústica cabaña
A una aldeana he hallado,
Aunque de infeliz calaña...
Mas del bosque es el primor
La aldeana,... y lo *mejor*.

Busco alguna jornalera,
Aunque sea la mas pobre;
Y para que ella me quiera
Cuido de que algo le sobre:
Mientras que si habla de amor
Le digo que es la *mejor*.

Otra por fin he encontrado
De fortuna algo arreglada,
Y pronto pardiez la he amado
Olvidando la pasada;
Pero alivió mi dolor
Con la nueva que es *mejor*.

Vienen ciertas ocasiones
De diez mil duros de dote;
Y hay en ellos mil razones
Para que mi amor las note...
Ella es fea, sin color...
Con *argent* es la *mejor*.

Si una princesa me agrada...
La amaré... la adoraré...
Mas que cualquiera otra amada
Que por ella dejaré:
Pues para darle mi amor.
Por supuesto... es la *mejor*.

—

Quererlas todas, ya sé,
Que no es bueno... mas ¿qué haré?
Soy un *ómnibus* de amor...
La que veo es la *mejor*.

—

Si me agrada una soltera
La adoro yo con ardor,
Porque siempre es la *mejor*.
Si una casada cualquiera

Tambien me gusta... mi amor
La tiene por la *mejor*.
Si una viuda se presenta,
Aunque es tardía la flor,
La quiero cual la *mejor*.
Y si es vieja de setenta,
Es ya mas dura la cuenta;
Mas con dinero y su amor
Vamos, pase... es la *mejor*.
Todas las quiero,
Todas me agradan;
Nunca me enfadan,
Por ellas muero.
De cualquíer modo
Con gran pasion
Lo abarca todo
Mi corazon.

—

Cabello negro y lustroso
Tiene en sí mucho valor;
Y yo hallo que es el mejor,
Porque agrada y es hermoso.
El castaño es muy precioso;
¿Pero el rubio?... así lo pido...
Que es muy bello el colorido
De una rubia cabellera,
Y por ella otra cualquiera
Dejaria yo en olvido.

La muger alta me agrada,
La muy esbelta tambien,
Y doy grande parabien
A la que está bien formada.
Tampoco me desagrada
La estatura pequeñita;
Si está séria es muy bonita,
Tambien lo es si se menea.
Y hasta me gusta una fea,
Si tiene gracia esquisita.

La que baila me interesa,
La que canta mucho mas;
Y no creo que jamás
La desprecie si es que reza.
A nadie quita belleza
El ser algo vanidosa:
Si es amable y bondadosa
La quiero con mas razon;
Pues tiene mi corazon
Lugar para cada cosa.

—

Quererlas todas ya sé
Que es muy malo; mas... ¿qué haré?
Soy un *ómnibus* de amor.
La que veo es la *mejor*.

—

De este modo se esplicaba
Con lenguaje tan preciso
Sansimon, cuando habitaba
El rincon de un quinto piso,
Donde el hambre le apretaba.

Loca tenia su mente,
Y en tremenda agitacion
Sometida su razon
Discurria vagamente
sobre amor y corazon.

Cualquiera muger queria
Con imperturbable afan;
Y formó su fantasia
Con famélica alegria
Hasta mugeres de pan.

A tal estado se vá
El que quiere ser poeta:
Su genio le llevará
Donde encuentre una coqueta,
Mas siempre necio será.

Hombre cual vos hay no obstante
Sin famélico semblante,
Sin ser poeta, ni hambriento;
Pues cuando haceis el amante
Os portais como un jumento.

—

Luego que hubo acabado la lectura, María Concha y D. Luis prorumpieron en carcajadas que hasta entónces habian contenido. Solo Julita se quedó pensativa y sin reir.

—Y bien, ¿qué decís, señorita, preguntó D. Luis?

—Digo que me parece muy bien vuestra composicion; pero no seré yo quien se la entregue.

—Creedme, Julieta. Dadle á D. Arnaldo esa composicion. Para que no crea que la habeis leido, iré á ponerle otro carpete, y se la entregareis cerrada, despues que os haya obsequiado un poco; diciéndole que es una carta que os han entregado para él, despues de haceros prometer que no revelariais quién era el dador.

—Pero puede que despues de haber leido el papel quiera obligarme á revelarlo.

—No tal... Eso podeis remediarlo fácilmente. Decidle que teneis una carta para él, y haceos dar palabra de que jamás os obligará á que hagais una tal revelacion. Cuando os la haya dado, entónces entregadle la carta.

—Eso me parece bien: pero sin embargo, podrá pensar que estoy enterada del contenido de la carta, y eso no me honra mucho.

—Vamos, Julieta, no hables mas de ello, respondió María Concha. Aprueba como yo la opinion de Luis, que me parece sumamente acertada. Al primer walz que Sansimon baile contigo, entrégale esa carta, y te librarás de él esta noche y para siempre...

—Me conformo pues... Dadme la carta.

—Esperaos, contestó D. Luis levantándose, voy á ponerle un carpete, y vuelvo luego con ella.

—Desfigura la letra, para que no la conozca, añadió María Concha.

Don Luis se marchó muy contento á poner el carpete á la carta para Sansimon, y las dos jóvenes se quedaron solas hablando del chasco que iban á pegar al caballero D. Arnaldo.

Al cabo de poco rato Julieta tenia la carta para su fastidioso obsequiante: y los músicos estaban ya tocando una escogida sinfonía con la cual debia empezar el baile. Entónces D. Luis ofreció el brazo á Julieta, otro caballero lo ofreció á María Concha, y las dos brillantes parejas se dirigieron al salon, en que se hallaban reunidos ya muchas señoras y caballeros.

Las miradas de toda la concurrencia se fijaron en los dos jóvenes y en sus elegantes parejas, luego que entraron en el salon.



CAPÍTULO III.

El primer walz.

El uno de ellos tenia la piel roja y los atavíos bizarros de un natural de los bosques; el otro, aunque equipado de un modo grosero y casi salvaje, anunciaba por su tez, aunque tostada por el sol, que tenia derecho á reclamar un orígen europeo.

FENIMORE COOPER.—En el *Último de los Mohicanos*.

NUMEROSÍSIMA era la concurrencia que habia asistido al baile de Torrecampa. Ostentaban las señoras sus brillantes aderezos, sus preciosos ramos de esquisitas flores, sus vistosos trages de seda y otras telas de valor; y la elegancia realzaba notablemente la gracia particular de cada una de ellas Las jóvenes estaban rodeadas de un sinnúmero de adoradores, apuestos, elegantes, y deseosos de obsequiar y gozar de la presencia de todas las bellas. María Concha y Julieta no eran de las que mas reducido tenian el número de sus admiradores. Don Evaristo estaba paseándose de una parte á otra del salon lleno de alegria, de contento y de orgullo por lo escogido de la reunion que llenaba sus salones.

Doña Carmelita, la esposa de D. Evaristo, sentada en medio de unas cuantas señoras de su edad, demostraba tambien su contento. Reia á cada paso por frívolo que fuera el motivo; tenia por una gracia ó una agudeza la mas insignificante palabra, contestaba á todas las que pasaban á cumplimentarla, y su corazon rebosaba de gozo y contento cuando, haciéndose la desentendida, observaba que estaban notando los cor-

tinajes de damasco, los candelabros de plata, las preciosas arañas, las elegantes colgaduras, los hermosos cuadros, los adornos de marisco, de seda, de cera, de porcelana, y todo lo demás que ella habia colocado y distribuido á fin de que admiráran su buen gusto y la opulencia de su casa.

Cuando la orquesta empezó á tocar la sinfonía, todos los circunstantes guardaron silencio. Las miradas que se cruzaban en tódas direcciones, y algunas palabras dichas á medias y por lo bajo, sustituyeron la algazara primera.

Concluida la sinfonía, todos los jóvenes se preparaban ya para el primer walz. Muchos fueron los que manifestaron á Julieta el deseo de abrir la primera danza con ella, pero todos se quedaban con la contestacion de que estaba ya comprometida.

Don Luis le habia dicho antes de traerla al salon:

—Cuando vengan á convidaros para el primer walz, direis que estais comprometida. De este modo, si viene Sansimon, podrá bailar con vos el primer walz, y le dareis la carta. Si él no viene, lo bailareis conmigo.

La negativa de la jóven fué causa de que se quedase en pocos instantes sin ninguno de los muchos caballeros que poco antes la rodeaban. Esto, en cierto modo, la humillaba algun tanto; pero al mismo tiempo pudo observar detenidamente lo que estaba pasando en el salon. Veia á todos los caballeros que iban en busca de su pareja, pero en ninguno de ellos reconoció á D. Arnaldo Sansimon.

Entretanto entró Clodulfo. Despues de haber saludado á D. Evaristo en la antesala, fué á hacer lo mismo con doña Carmelita, y pasó luego á hablar con Julieta.

—¿Vendrá papá esta noche? preguntó la jóven.

—Seguramente... pero será muy tarde.

—Os lo digo, porque D. Evaristo me lo ha preguntado, y yo le he contestado afirmativamente.

—¡Estais muy solita esta noche! añadió luego Clodulfo. ¿Habreis reñido acaso con vuestros obsequiantes?

—No, Clodulfo; no es eso... Van á bailar un walz que tengo ya comprometido...

—Vuestro caballero será poco obsequioso. ¿Quién será ese hombre que así os deja? ¿Podeis decírmelo?

Julieta no supo qué contestar. Clodulfo no dejó de notar su turbacion.

—El que tiene que bailar conmigo, dijo por último, es D. Luis, el hijo de D. Evaristo.

Clodulfo no respondió, afectando quedar distraido con los movimientos de los caballeros que se preparaban para el primer walz. En el salon iban entrando siempre nuevas señoras, y todas las sillas se ocupaban por momentos. Sansimon compareció por último dando el brazo á don Evaristo.

—Ya le teneis aquí, señorita, dijo D. Luis á Julieta.

—Ya le he visto.

—Pues bien; manos á la obra. ¿Teneis antes algo que mandarme?

—¿Vais á bailar tambien?

—Sí... ¿por qué lo preguntais?

—Para deciros que no os alejeis mucho de mí... é interrumpais la conversacion de D. Arnaldo, si vieseis que estoy demasiado turbada.

—Dejad eso á mi cargo, Julieta.

Ese D. Arnaldo que en los bailes y reuniones es tan afeminado, tan complaciente y tan obsequioso, es el mismo gefe de bandidos tan duro, tan bárbaro y tan sanguinario. Era descendiente de una familia aragonesa, noble é ilustre; y á pesar de su noble alcurnia, habia pasado por todos los horrores de una vida bárbaramente agitada. Hasta la figura era diferente; hasta en la conversacion, hasta en el vestido; y el que hubiese visto el rostro seco, cadavérico y feo del Rey de Facha, no lo hubiera reconocido en la interesante figura de D. Arnaldo Sansimon.

Despues de haber cumplimentado á doña Carmelita, pasó al lugar donde estaba sentada Julieta, y la comprometió para el primer walz.

—Al fin, señorita, dijo Sansimon, habré tenido una vez el gusto de poder bailar con vos la primera danza.

—Mucha casualidad es, caballero, respondió Julieta. Pero no todo se debe á ella.

—Lo deberé acaso á otro incidente mas honroso para mí.

—No sé. Juzgad vos mismo. Tenia comprometido ese primer walz con otro caballero de confianza; y, olvidando su compromiso, baila con otra señora. Lo mas sensible es, que aquellos á quienes he despedido dirán que lo he hecho por el capricho de bailar con vos, por lo mismo que acabais de llegar.

—Suponed, bella Julieta, que teniais de antemano comprometido este walz conmigo.

—No tengo inconveniente en ello.

—No esperaba, por cierto, encontraros tan dispuesta á mi favor. Os aseguro, en verdad, que pocas veces he pasado un momento tan feliz á vuestro lado como esta noche.

—Permitidme, dijo Julieta, que os haga observar que no sé conocer en qué fundais esa felicidad... Pero, en fin, dejemos este asunto. Esta noche deseaba bailar con vos, porque tengo que cumplir un encargo.

—¡Tanto honor! Hablad pues: ¿qué teneis que decirme?

—Luego os lo diré: vamos á bailar.

Julieta dijo esto, porque la orquesta habia comenzado ya un armonioso walz. Sansimon le dió entónces el brazo, y se levantaron.

Don Evaristo fué el que abrió la danza, á pesar de su edad. Siguióle luego María Concha con su pareja, despues D. Luis con la suya; y finalmente Sansimon y Julieta siguieron á los demás. Don Arnaldo, ó sea el gefe de los Carbonarios, danzaba perfectamente, y casi podia decirse que él y Julieta era la mejor pareja.

Detúvose por fin Sansimon despues de haber dado algunas vueltas por el salon; y casi al mismo instante se paró tambien D. Luis á alguna distancia, el cual, mientras daba conversacion á su compañera, no perdia de vista á Julieta ni á Sansimon. María Concha, á pesar de que no podia detenerse, no dejaba por esto de observar á su amiga.

Sansimon esperó por mero capricho á que su danzante le hablase la primera del encargo que para él tenia. Pero se engañó, porque permanecieron ambos por algunos momentos sin decir palabra alguna.

—Si os cansais, Julieta, dejaremos de bailar, y nos sentaremos, dijo por último Sansimon.

—Nada de eso, caballero: podremos volver á bailar cuando querais.

—Cuando vos gusteis... La concurrencia es escogida.

—Sería muy difícil señalar imparcialmente la reina de la fiesta.

—No tanto como os parece, señorita. Preguntad y todos os señalarán á vos como tal.

—No tanto, señor, no tanto: sed siempre justo y hablad segun lo que os dicte la razon.

—¿Dudais acaso? Mil veces os he asegurado que tengo sometida mi razon á vos, á vuestro capricho; y que todo lo que os digo es hijo de lo que siento. Tocante á eso, téngoos dadas mil pruebas diferentes de que vivo solo por vos; y vos me habeis dicho algunas veces que esas pruebas os eran notorias, que las reconociais, pero siempre que os he hablado de mi amor, me habeis despreciado; y á pesar de tantos desprecios, vuelvo siempre á humillarme á vuestros piés, para suplicaros que no seais tan severa.

—No creo que ignoreis, caballero, que eso es muy fácil de conseguir.

—¡No hablándoos jamás!... ¡Ingrata! ¡Cruel Julieta! ¡Vos sois la

que habeis derramado en mi corazon todo el veneno de la vida! Solo siento que el cielo me dé las fuerzas necesarias para soportar tantos desprecios. No sabeis, señora, el sinnúmero de imposibles que he atropellado para poder ser digno de vos; y despues de un año de humillaciones y de desprecios, me hallo en el mismo estado en que me hallaba el primero y fatal dia en que os conocí. Pero quiero acabar de una vez..... Ya que tantos sacrificios he hecho por vos, os pido á lo menos que contesteis ahora mismo, si creeis ó no que verdaderamente os amo. Julieta, no me negueis por Dios ese favor.

—No seré yo quien os lo niegue, caballero, contestó Julieta. Ya os he dicho alguna vez, que reconocia vuestros sacrificios, que estaba convencida tambien de que eran tales, pero al mismo tiempo os he dicho que no queria admitirlos. Ahora os diré tambien, aunque ya pudierais haberlo advertido, que conozco que me amais; pero es lo mismo que no deciros nada; porque ya podeis ver vos mismo, que yo soy aun demasiado jóven.

—Pero, señorita, eso es singularizaros.

—¿Qué quereis que os diga? Yo sé que otras jovencitas de mi edad han hablado ya el lenguaje del amor; pero eso no prueba que deba yo hacer lo mismo. Dios me ha hecho menos sensible que ellas; y esa es la razon por la cual no pretendo halagar el amor de ningun caballero.

—Injusta sois en estremo, señorita; pero en fin voy á probar con vos todos los recursos. Ya que no podeis, ó no quereis corresponder á mi amor, prometed al menos que cuando os plazca disponer de vuestro corazon, os acordareis de Arnaldo.

—Es bien original por cierto vuestra exigencia, repuso la jóven. Quereis en resúmen que os diga, que cuando quiera yo amar, no amaré á otro que á vos... Deciros que haré lo que vos deseais, sería igual, ó produciria los mismos resultados que si os dijera que os amo ya.

—¿Temeis acaso esos resultados?

—Tal vez.

—¿Sereis insensible acaso?

—No lo creo... pero quiero dominar mi sensibilidad.

—¡Tan jóven y tan filósofa, Julieta!... ¡Qué prodigio!... ¿Habeis amado alguna vez?

—Caballero, os apartais de la conversacion, contestó Julieta jugueteando con las borlas de su vestido.

Y despues de decir estas palabras, quedóse tan turbada, que Sansimon lo advirtió luego.

—¡Ah! todo lo comprendo, dijo éste. Vuestro corazon está ocupado ya. ¡Pobre Julieta! ¡tambien vos sufrís! Mil veces lo habia presumido yo así, pero no habia querido comunicaros mi sospecha. Ya veo que otro hombre es mas feliz que yo. ¡Oh! ¡y cuánto envidio su dicha!

—No... no envidieis á nadie esa dicha, respondió. Ya sabeis que solo hace poco mas de un año que vivo en Barcelona.

—Bien, lo comprendo todo: antes de vivir en Barcelona habeis permanecido en Madrid... Pero en fin, callaré por no molestaros; pero os diré al menos, que aunque no seais ya dueña de vuestro corazon, no dejaré yo por eso de adoraros.

Julieta estaba ya tan turbada, que no sabía qué hacerse ni qué responder.

—No me hableis mas de eso, caballero, dijo. Os repito que sé que me amais, pero no puedo deciros otra cosa, sino que compadezco vuestro amor. Os compadezco de veras, porque no sereis jamás correspondido.

Tanto el uno como la otra quedaron sin poder decir palabra. Julieta, que temia las quejas de su pareja, quiso poner fin á la conversacion y dijo:

—Vamos á bailar.

Á pocos momentos estaban ya por entre las demás parejas, bailando el primer walz, que la orquesta estaba tocando aun.

Clodulfo estuvo observando sin ser visto toda la turbacion de la hija del marqués: y junto á Clodulfo estuvo tambien otro caballero vestido con mucha elegancia, el cual, sin decir una sola palabra, permaneció siempre sentado sin perder jamás de vista á D. Arnaldo Sansimon ni á su pareja.



CAPÍTULO IV.

El desconocido.

Así á un amante le quitan
Con los celos el amor;
Los celos al llanto incitan;
Y cuando con el favor
Acallarlo solicitan,
Celoso, enojado y ciego,
Desprecia el llanto y el ruego.
WILLAIZAN Y GARCÉS.

JULIETA y Sansimon detuviéronse al lado de María Concha y su pareja. Las dos jóvenes se pusieron á hablar, y entretanto el Carbonario estaba reflexionando sobre lo que acababa de decirle Julieta.

—Hablemos de lo que á mí me interesa, señorita, dijo Sansimon á su pareja, luego que María Concha se hubo levantado para bailar de nuevo.

—¿Qué es lo que á vos os interesa? preguntó Julieta.

—Ese encargo que os han dado para mí...

—Queria hablaros de él ahora mismo, respondió la jóven. Debo entregaros una carta que me han dado para vos. Si quereis que os hable francamente, he admitido ese encargo, pero despues me he arrepentido de ello.

—No creo que sea cosa de arrepentirse el recibir una carta que debais darme.

—Pronto la vereis, caballero... Pero ante todo exijo de vos una promesa.

—¿Y tambien os han encargado esa exigencia?

—Tambien.

—Lo siento infinito... pero, en fin, ¿qué es lo que exigís?

—Que no me pregunteis jamás, quién me ha dado el encargo.

—Si la carta no es cual corresponde, es demasiado pedir, Julieta; pero no obstante, cuando vos lo exigís, mi deber y mi corazon me mandan satisfaceros. Yo os juro no preguntaros jamás quién os ha entregado esa carta para mí. Dádmela pues.

—Os la daré despues de concluido el walz.

—¿La teneis aquí?

—Sí: la traigo pegada al pañuelo con un alfiler.

—Bien... permitidme, Julieta, que os haga al menos una pregunta.

—Hacedla...

—¿Acaso sabeis ya lo que dice la carta... ó acaso os han enterado del objeto de ella?

—Nada de esto, caballero... En prueba de que es así, puedo asegu-raros que iba á decíroslo cuando me lo habeis preguntado, para que no me juzgaseis sabedora del contenido de la carta en el supuesto de que no fuese escrita con todo el decoro preciso, como es de temer, ya que el autor no ha querido dárosla él mismo.

—Eso es lo que me admira, y me sorprende que se hayan valido de vos.

—No es tanto de admirar, dijo Julieta. Vos habeis dado motivo á que muchos hicieran mil suposiciones sobre vuestro amor y sus consecuencias: y por esta razon han pensado que nadie como yo podia desempeñar ese encargo. Yo lo siento, en verdad, y os afirmo que me pesa sumamente el no haber advertido á tiempo el motivo de tanta confianza. Por lo tanto, si me he visto precisada á admitir ese encargo, á vos solo debo dar las gracias.

Sansimon respondió cual era de esperar á las razones de Julieta, y despues de algunos momentos, volvieron nuevamente á bailar.

Entretanto ni Clodulfo perdió jamás de vista á Julieta, por lo mismo que la veia muy ocupada con su pareja, ni aquel desconocido de que hemos hablado ya, apartaba los ojos de D. Arnaldo Sansimon. Parecia que le envidiaba la menguada dicha que estaba gozando, ó que dudaba de que fuese verdaderamente lo que allí representaba. Cuando el Carbonario bailaba, le seguia siempre con la vista, y hasta en el continuado movimiento del walz, no dejaba de observarlo con escrupulosidad y hasta con entusiasmo. Paróse por fin Sansimon junto al mismo desconocido. Éste le observó entónces con mas atencion que nunca, y esperó á que hablára.

Dijo por fin D. Arnaldo algunas palabras á Julieta, y al desconocido le pareció reconocer la voz. Escuchó de nuevo, Sansimon habló, y el desconocido advirtió al fin que el caballero que bailaba con Julieta era un gefe de Carbonarios.

Sansimon, bien ajeno por cierto de la escrupulosidad con que era observado, volvió á bailar alejándose de los alrededores de su atento observador.

Éste ya no le siguió mas con los ojos. Empezó por volverse á una parte y á otra, como buscando á quién hacer una pregunta; y dirigiéndose finalmente á Clodulfo, que permanecia sentado á su lado, le dijo con cortesía:

—Permitidme, caballero, la franqueza que me tomo... ¿tendriais acaso la bondad de decirme el nombre de ese caballero que acaba de alejarse de aquí, y que ahora está bailando?... Vedlo allá abajo... es aquel que ahora se detiene...

—Ya comprendo de quién hablais... Se llama D. Arnaldo Sansimon.

—¿Y sabeis el nombre de su pareja?

—Sí, replicó Clodulfo. Se llama Julieta.

—¡Julieta!... ¿Acaso será esa la Julieta de Casarrubios, cuya gracia y donaire me han celebrado tanto?

—Esa misma, caballero. ¿Os parece si se han engañado en los elogios?

—¡No tal!... los merece muy bien: y la tal señorita se asemeja una bella y elegante andaluza.

—¿Tal os parece, caballero?

—Sí, efectivamente. Su gracia... su modo de espresarse y su figura tambien son del Mediodía de España.

Aquí llegaba la conversacion de Clodulfo y el desconocido cuando la orquesta acababa de tocar el primer walz. Todos los caballeros acompañaron á las señoras á sus puestos respectivos, y entretanto el desconocido pasó á donde estaba la orquesta para enterarse del programa de la funcion.

Cuando Sansimon hubo dejado á Julieta en su asiento, le pidió nuevamente la carta; y ella, con todo el disimulo posible, sacó la carta de su pañuelo y entregósela á Sansimon, el cual la puso luego en su cartera.

En aquel mismo instante se presentó á los dos el desconocido, y dirigiendo á Sansimon la palabra, le dijo:

—Con vuestro permiso, caballero, voy á hacer á esta señora la pregunta siguiente:

—¿Podeis comprometeros, señorita, á bailar conmigo el walz que van á tocar?

—Lo siento mucho, caballero, contestó Julieta con la mayor afabilidad, pero estoy ya comprometida.

—No importa... En este caso, decidme si quereis comprometeros para el primer rigodon.

—No tengo inconveniente en ello, replicó Julieta.

Saludó entónces el desconocido con afectada cortesía, y tanto en su modo de presentarse, como en el modo de hablar y en sus ademanes, se conoció que no habia frecuentado muchas reuniones. Parecia que no era hombre de gran mundo, y que para hacer en él las primeras entradas habia estudiado con mucho empeño todo lo que era preciso para evitar la grosería.

Luego que hubo obtenido de Julieta la palabra de bailar con él el primer rigodon, se salió del salon de baile y pasó á otro de lectura, que el Sr. de Torrecampa habia preparado para que pudieran entretenerse en él todos los que no asistieran á su casa con el objeto de bailar.

Sentóse allí junto con otros varios que estaban leyendo. Estuvo algunos momentos solo y sin decir palabra, hasta que Clodulfo fué á sentarse tambien á su lado, y entablaron los dos una amistosa conversacion.

A poco rato apareció D. Arnaldo Sansimon y tomó asiento. Buscó un diario, abrió entretanto la carta que le habia dado Julieta, y poniéndola sobre el periódico, la leyó de la cruz á la fecha. Fácil es de conocer la impresion que haria en su ánimo la tal carta, mayormente cuando al fin leyó en posdata una cláusula que habia urdido D. Luis aquella misma noche, despues que Julieta se habia comprometido á entregar la dicha carta. Decia así: «Dentro de pocos dias enviaré á Julieta de Casarrubios una copia de esta carta, y si proseguís en quererla reducir á que sea vuestra amante, le daré noticia de ciertos hechos vuestros, que no serán muy agradables ni á vos ni á ella.»

Esto fué un golpe mortal para Sansimon, porque le tocaba en la parte mas viva; pero sin embargo, como era hombre de resolucion y de ilimitados recursos, dispuso proseguir obsequiando á Julieta toda aquella noche.

Cuando volvió al salon de baile, Julieta estaba rodeada de admiradores, á todos los cuales contestaba con su estrema amabilidad: Sansimon le dirigió una penetrante mirada, pero Julieta afectó no haberlo observado.

Sansimon queria hacerle algunas preguntas indirectas, pero eso le era

imposible por los muchos oyentes que hubiera tenido. Dió algunas vueltas por el salon, y aquel desconocido que le siguió de nuevo hasta allá con motivo de haberle visto leer una carta á escondidas, ya no le perdió mas de vista un solo instante.

Comenzóse el segundo walz, Sansimon se retiró al salon de lectura, y el desconocido le siguió tambien hasta allá. El armonioso sonido de la orquesta despertaba el rencor y venganza del Carbonario, y la curiosidad del desconocido.

Julieta estaba bailando con D. Luis, muy contenta y ufana por haberse librado ya de su impertinente adorador. Contó á D. Luis el feliz desempeño de la comision; y los dos se rieron algun rato á costa de don Arnaldo Sansimon.

—Y aquel caballero, preguntó despues Luis, que ha venido á comprometeros para bailar cuando Sansimon os ha dejado en vuestro sitio, ¿le conoceis acaso?

—No tal, respondió Julieta. Ha venido á comprometerme un rigodon y le he visto hoy por primera vez... ¿Por qué me lo preguntais?

—Porque no le conozco tampoco. Mi padre me ha preguntado por él, y no le sé dar razon alguna. Se ha introducido aquí con un billete de convite y nadie enteramente le conoce.

—Es estraño, pues, que no se dé á conocer.

—No sé... No habla con nadie... no baila... y á lo que parece, no está tampoco en el salon.

—Bailará conmigo, y entónces hablará, dijo Julieta.

—Por supuesto, contestó Luis, porque su modo de obrar dá á conocer que no ha venido sino para bailar con vos.

—No lo creais, Luis.

—Sí, Julieta; no puede ser otra cosa. A nadie se ha dado á conocer, con nadie ha hablado; os pide para bailar, y se retira hasta que llegue la ocasion de hacerlo... ya veis que esas son pruebas convincentes.

—Verdaderamente lo son... ¡Pero qué! ¿acaso temeis algo de este hombre?

—No tal... no creo que sea imprudente por mas que sea impolítico. En fin, bailad con él, y de este modo podremos tener del tal personaje alguna noticia.

De este modo siguieron su conversacion D. Luis y Julieta, á los cuales Clodulfo estuvo observando siempre con la mayor atencion.

Pareciále al suizo que jamás habia visto á su jóven señorita tan habladora ni tan ocupada como aquella noche.

CAPÍTULO V.

—

El anillo y la carta.

¡Yo tambien, muger, [illegible] amado!
¡Es tan hermoso el [illegible]
¡Pecado! Dale otro [illegible]
Ese es la vida... es la [illegible]
El mísmo Dios ¡no te asombre!
Murió por amor al hombre
Enclavado en una cruz.

García Gutierrez.—En el drama: *El Rey Monje.*

Poco antes de empezar el rigodon, el desconocido se presentó en el salon de baile. La orquesta habia hecho la señal, todas las parejas estaban ya preparadas, y Julieta mirando á una parte y à otra. Presentósele por fin su pareja, dióle el brazo con una gracia sin igual, y trájola al medio del salon.

Empezóse el rigodon, y Julieta y el desconocido bailaron la primera parte. A pesar de la desfachatez del tal caballero, parecia, sin embargo, que bailaba dominado por alguna turbacion.

—Señorita, dijo por fin á Julieta, no puedo dejar de confesaros que ahora es la primera vez que bailo en Barcelona; y no puedo menos que deciros, que estoy plenamente satisfecho por haber tenido el honor de bailar con vos, á quien tanto todo el mundo celebra por su hermosura y talento.

—Por lo que decís, replicó Julieta, voy conociendo que, á pesar de no haber bailado en Barcelona, os habeis formado en la misma escuela en que se han formado los principales concurrentes á las reuniones de esta ciudad.

—No creais eso de mí... Quiero cortar la disputa inútil á que gene-

ralmente me han conducido todas las señoras á quienes he querido obsequiar; y para que os convenzais de que he dicho la verdad, os pido con encarecimiento, que os digneis admitirme por pareja para el walz que vá á bailarse despues de este rigodon.

—No tengo inconveniente, replicó Julieta, pero por la misma razon que no habeis bailado en Barcelona, sería mas del caso que buscaseis otra pareja, para que pudieseis responder mejor de lo que son las señoritas de Barcelona.

—Señora, yo estoy convencido de que las señoritas de Barcelona son iguales á las de las demás poblaciones; y por esta razon no quiero meterme ahora en una conversacion que me sería fastidiosa. Por otra parte, vos habreis advertido sin duda, que á pesar de mi presencia en el salon, no he bailado con señora alguna hasta que he podido hacerlo con vos, y os doy asimismo palabra de no bailar con otra.

—Pero... ¿por qué motivo... ese empeño?

—Es muy sencillo el motivo.

—Será que habreis venido aquí para bailar conmigo.

—Vos lo adivinais.

—Pero, ¿por qué lo habeis querido?

—Voy á decíroslo, pero vamos antes á bailar la segunda parte del rigodon.

Bailáronla efectivamente: y tanto Julieta como el desconocido estaban ansiando vivamente el continuar la conversacion interrumpida.

Concluida la segunda parte del rigodon, el desconocido pensaba volver á hablar á Julieta; pero ésta tuvo que responder á alguna pregunta que le hizo María Concha, que bailaba á su lado.

—¿Quién es ese caballero con quien bailas? le dijo.

—No lo sé, respondió Julieta. Pero se lo preguntaré. Me parece un caballero muy fino.

—Está muy contento de bailar contigo.

—Me ha dicho que tenia que decirme alguna cosa, y que ha venido aquí solo para bailar conmigo. En fin, ya te lo contaré despues.

Así siguieron las dos amigas hablando un ratito mas, hasta que se bailó la tercera parte. Concluida que estuvo, Julieta fué la primera en tomar la palabra.

—Caballero, le dijo, espero que me esplicareis lo que poco hace me habeis prometido.

—No me niego á ello, señora. Pero, en primer lugar, decidme... ¿Os llamais acaso Julieta?

—Sí... no os han mal informado. Me llamo Julieta Casarrubios.

Entónces el desconocido acercó cuanto pudo su mano á la jóven y le dijo:

—Pues bueno. Siendo así, no podreis dejar de conocer en ese anillo que traigo en el dedo meñique, una prenda que antes os habia pertenecido.

Miró Julieta el anillo, y le pareció reconocerlo.

—Miradlo bien, señorita. En él vereis dos iniciales que son J. C. *Julieta Casarrubios*.

Julieta estaba confusa y admirada.

—Lo reconozco, dijo. Pero ¿cómo ha venido á vuestras manos?... Lo habré perdido sin duda.

—No tal, replicó el desconocido. Si lo hubieseis perdido, no podria saber yo que la J. y la C. son las iniciales de vuestro nombre.

—Verdaderamente es así, replicó Julieta cada vez mas turbada. Pero en este caso, será que alguno á quien yo lo habré confiado, lo habrá puesto en vuestras manos.

—Será todo lo que vos querais, señorita; pero lo cierto es que ha pasado de las manos á quien vos lo disteis, á las mias.

—No lo dudo... pero lo siento... Sin embargo, ¿acaso volverá á mis manos ese anillo?

—Señora, lo aprecio en mucho; y no quiero desposeerme de una sortija á la cual doy un valor inmenso por la sola circunstancia de haberos antes pertenecido.

—¿Es decir, caballero, que no podré agradeceros la fineza?

—Perdonadme, lo siento... Mas no obstante, os dispensaré otro favor que vos estimareis en mucho sin duda.

Bailaron, al llegar aquí, la cuarta parte del rigodon.

—Ante todo, señorita, prosiguió el desconocido, decidme si os acordais de la persona á quien confiasteis este anillo.

Julieta sospechó entónces que su interlocutor no sabria sin duda á quién habia dado el anillo, y esta sospecha le alegró el corazon.

—No lo sé, caballero, respondió.

—¿No lo sabeis?...

—Digo mal... no me acuerdo.

—Sois olvidadiza á lo que parece... Y es estraño, además, que tan reservada querais ser con quien tan franco se os muestra.

—Sentiré, caballero, que dejeis de ser franco conmigo; pero de todas maneras, lo que os he dicho es la verdad.



—Vamos, señorita, ya os perdono la astucia, replicó el desconocido sonriéndose. Vuestra turbacion me anuncia vuestra sencillez y vuestras buenas intenciones. Ya que vos no quereis serme franca, decidme al menos que confesareis la verdad, si adivino la persona á quien disteis el anillo.

—Siento mucho que tanta molestia os tomeis, añadió Julieta mas turbada que nunca, pero estareis mal informado sin duda, y cualquiera que sea la persona que me nombreis, yo me turbaré; y entónces...

—En fin, Julieta, quereis significar con todo esto que os es imposible adivinarlo... Bien... yo habia querido no confundiros; pero ya que me precisais á echar mano de todos los recursos, voy á hacerlo.

Dijo; y abriendo la tapa del anillo en que estaban grabadas las dos iniciales, descubrió un fondo de color de escarlata, en el que estaban grabadas unas letras casi imperceptibles. Julieta se dió ya por vencida al ver esa maniobra.

—¿Os turbais de nuevo, señorita? preguntó el desconocido, que la habia observado. Con la luz artificial no se pueden distinguir perfectamente esas letras que hay aquí grabadas; pero, sin embargo, vos sabeis tan bien como yo, que dicen: *«Julieta de Casarrubios á Aurelio...»* ¿Persistireis ahora en vuestras negativas?

—No negaré, pues, ya mas. Sabedlo de una vez: yo misma dí ese anillo á un jóven llamado Aurelio; pero al menos tengo derecho á preguntaros, cómo ha caido en vuestras manos.

—Es escusada esa pregunta, señora... Ya podeis pensar que Aurelio Evarini es el que me ha hecho depositario de este anillo; y ved aquí la razon porque no puedo comprometerme á dároslo.

—¿Qué habeis pretendido, pues, con enseñármelo?

—Pronto lo sabreis. Vos amais en estremo á Aurelio, no os sonrojeis por esto... todo lo sé... Aurelio mismo me lo ha contado..., añadiendo que vuestro amor le es muy indiferente.

—Callad por Dios, esclamó Julieta avergonzada. ¿Con qué derecho venís á interpelarme?

—Callaré, señora... Volvamos á bailar; pero permitidme que antes os diga, que en el desprecio que hace Aurelio de vuestro amor, reside la causa de que tan fácilmente se haya desprendido de esa sortija para entregármela á mí.

Dichas estas palabras, bailaron la última parte del rigodon; pero Julieta seguia con marcada pesadumbre. Concluido que hubieron, el des-

conocido presentó su brazo á Julieta, y volvióla al lugar de donde la habia sacado.

—Señora, le dijo al dejarla, ¿al fin quereis que me retire hasta empezarse el walz que debemos bailar, ó permitireis que prosiga disfrutando de vuestra interesante conversacion?

—Soy incapaz, caballero, respondió Julieta un poco reanimada, de dar un desaire á persona alguna; y por esta razon me hareis mucho favor en no apartaros.

Escudado con este permiso, el desconocido tomó una silla y acercóla á Julieta, cerca de la cual se sentó.

—Perdonadme, caballero, dijo luego Julieta ya muy recobrada, si en algo he podido ofenderos... porque la sorpresa...

—Ya os comprendo, Julieta.

—¿Y no me direis ahora cómo ha venido á vuestras manos esa sortija?

—Me une una estrecha amistad con Aurelio Evarini, y estoy enterado do todos sus secretos, de modo que ya desde su principio me confió el amor que vos le profesabais.

—¿Y él mismo se ha atrevido á decíroslo.

—Os lo juro.

—¡Desgraciada de mí!

—No tanto, señorita, no tanto. Aurelio os deja por otra, y me parece que vos estariais en vuestro derecho dándole á conocer que sabeis hacer lo mismo.

—Ya sé que él nunca me ha amado.

—Y por eso, señora, me confió á mí ese anillo.

—¿Y vos lo sabeis todo, caballero?

—Todo lo sé.

—¿Estais pronto á darme otras pruebas de ello?

—Pronto estoy... Cabalmente para eso traia prevenida una carta, que podrá enteraros de todo lo que yo sé sobre este asunto.

—¿Y no temeis con esto hacer traicion á vuestro amigo?

—No tal... en cierto modo estoy autorizado por él mismo.

—¿Qué decís?

—Sí, señora... y además unos motivos los mas justos y los mas santos son los que me obligan á ello.

—Os creo, caballero.

—¿Admitireis, pues, esa carta que os traigo?

—No creo yo que sea preciso dar este paso.

—Como gusteis, señorita... ya podeis haber conocido que á mí no me gusta decir todas las cosas de golpe: y por la misma razon puedo aseguraros que esa carta contiene noticias mucho mas interesantes para vos que todas las que esperais.

—¿Hablais de veras?

—En ella os hablo, señorita, de la muger que ocupa el corazon de Aurelio... ¿No os determinais aun?

—No sé...

—En fin, voy á daros el ultimatum. Dentro de esa carta encontrareis el retrato de la querida de Aurelio.

—¡El retrato de Laura!...

—El retrato de Laura de Rosa-Lis.

—Pero...

—¿Dudais acaso de mí? Yo soy caballero, señorita, mas que el mismo Aurelio Evarini, y como á tal os doy mi palabra de honor de que los motivos que me hacen obrar son dignos, y de que vos misma los justificareis cuando hayais leido mi escrito.

—Tentada estoy á no dudar.

—Libre sois de hacerlo, pero decidme ¿admitís?

—No puedo decíroslo aun. Vos acabais de confesarme, que Aurelio os tiene por amigo; y eso me hace creer que alguna vez os habrá pedido consejo. ¿No es verdad?

—Verdad es.

—Yo tambien tengo una amiga, y es esa jóven que está á mi lado, voy á pedirle consejo sobre eso, por lo mismo que es asunto muy delicado admitir una carta de un caballero; y por lo tanto estimaré que os retireis por algunos minutos.

—Con mucho gusto, señorita.

—Volved de aquí á poco rato.

—Pensadlo bien, no volveré hasta que empiece el walz.

El desconocido se apartó de Julieta, y entretanto que ésta se puso á hablar con María Concha, aquel salió del salon de baile, pasando al de lectura, donde empezó á pasear, sin dignarse decir una sola palabra á ninguno de los caballeros que allí estaban.

Cuando el desconocido oyó que comenzaban el walz, entró otra vez en el salon de baile. Julieta le estaba esperando ya con ansia suma. Sus hermosos ojos se fijaron en el desconocido, y éste no pudo menos que conmoverse por aquella mirada Ofrecióle su brazo, ufano por ser el que

aquella noche ocupaba solo la atencion de la que era reputada siempre reina de la fiesta, y al instante se pusieron á bailar.

—¿Qué habeis resuelto, señorita? le dijo luego que se pararon.

—He consultado á mi amiga; y ella, lo mismo que yo, es de parecer que si no me respondeis á las dos preguntas que voy á haceros, no admita vuestra carta.

—Hacedlas pues.

—La primera es... ¿por qué me habeis escrito?

—Bien, pero... ¿por qué motivo esa pregunta? Ya os he dicho que en esto consiste mi secreto por ahora. A pesar de todo, leed mi carta, y lo sabreis.

—Pues en este caso, si no accedeis á lo último que voy á proponeros, no admitiré de ningun modo vuestra carta.

—Si no puedo acceder, no accederé, y me serán sensibles los resultados. Decid...

—Despues que haya leido vuestra carta y visto el retrato, ¿podré enseñarlo todo al mismo Aurelio?

—Sin duda alguna, señora.

—Siendo de este modo, haré lo que no deberia hacer, admitiendo esta carta; pero confío en vuestra palabra de caballero de que no habeis escrito nada cuya lectura pueda avergonzarme.

—Señora, dentro de pocos dias volveré á estar de vuelta en Barcelona con el mismo Aurelio; y en su propia presencia podreis reprenderme si os ofende lo que he escrito.

—Me alegro de ello... Decidme pues, ¿cómo me dareis esa carta, para que nadie lo advierta?

—Muy fácilmente. Seguidme.

Empezaron á bailar, haciéndolo con tanta rapidez que sobrepujaban en ligereza á todas las demás parejas; pero á los pocos momentos eran muchos ya los que seguian el ejemplo del desconocido y Julieta, los cuales se pararon de nuevo.

—Ya veis, señorita, dijo aquel. Luego volveremos á bailar con rapidez, animando á todas las demás parejas á que lo hagan. Entónces vos dejareis caer vuestro pañuelo, permitiendo que yo vaya á recogerlo, y cuando lo pondré nuevamente en vuestras manos, estará la carta envuelta en él.

—¡Ingenioso es el medio!... Aseguraos de su buen resultado.

—Lo haré.

En esto sacó de la faltriquera de su frac un pañuelo blanco, y mien-

tras se lo pasaba por la cara para quitarse el sudor, hizo seña á Julieta de que allí estaba su escrito.

Cuando mas animada estaba la danza, se pararon, y Julieta, con todo el disimulo posible, dejó caer el pañuelo junto á un rincon de la sala. Quiso bajarse para cogerlo, pero no se lo permitió su pareja, y tomando el pañuelo de Julieta con la misma mano en que tenia el suyo, hizo que la carta quedára cerrada entre los dos pañuelos, y con el objeto de replegar una punta del mismo, que á propósito dejó pendiente, envolvió la carta en el de Julieta. Todo esto fué ejecutado con una presteza estraordinaria.

—Terminado el walz, dijo el desconocido á Julieta, una vez tuvo la carta en su poder, me retiraré.

—¿Tan deprisa?

—Ya he logrado lo que queria.

—¿Y volveré á veros alguna vez?

—Dentro de pocos dias: mañana veré á Aurelio.

—¿Y no le direis nada?

—Todo se lo diré.

—¡Ah! esclamó Julieta procurando contener su admiracion...

—¿Qué teneis, señorita? le preguntó el desconocido. ¿Sentís algo?

Y observó que Julieta iba perdiendo su color, al mismo tiempo que parecia desmayarse. Sostúvola lo mejor que pudo por la cintura, y le dijo poco despues:

—¿Quereis sentaros? ¿qué teneis? Decídmelo.

La única contestacion de Julieta fué señalarle un caballero que acababa de presentarse á la puerta del salon. Miróle el desconocido, y á su sola vista se sobresaltó de tal manera que casi se puso á temblar.

Era Santiago Aguilar de Silva el que infundió miedo á la pareja.

—Caballero, ¡por Dios! dijo al fin Julieta, no quiero bailar mas, conducidme á mi asiento. Que no vea á ese Jorje Evarini... no... no... digo mal... Que no vea á ese Santiago Aguilar de Silva.

—¡Oh, bendita seas, Julieta! dijo para sí el desconocido. Ese primer nombre que has proferido, me pone en conocimiento de lo que tanto busco.

Y dirigiéndose á ella:

—Vamos, señorita, le dijo.

Y la trajo á su asiento, donde pareció que Julieta se reanimaba algun tanto. Entónces cabalmente acabó el walz, y Santiago, que habia llegado

poco hacía, cogió del brazo á D. Evaristo y pasó á saludar á todos sus conocidos del salon.

Desde al principio advirtió ya la presencia de Julieta, pero aquel hombre impasible no se inmutó á pesar de la presencia de la hija del marqués de Casarrubios.

Cuando Sansimon vió sentada á Julieta antes de acabar el walz, temió sin duda que la presencia de Santiago le hubiese sorprendido, y se acercó á ella.

Entónces fué cuando el desconocido admiró mas que nunca la desfachatez de Sansimon.

—Señora, dijo luego á Julieta, os dejo porque ya estais ahora al lado de vuestra amiga, y ella podrá serviros mas que yo.

Y dirigiéndose á Sansimon, le dijo tambien:

—Caballero, si os quisieseis tomar la molestia de escucharme por algunos momentos, desearia hablaros.

El Carbonario, que no esperaba esa interpelacion, formó ya un sin fin de suposiciones sobre la persona del desconocido y le contestó de una manera poco satisfactoria.

—¿Os pesa seguramente escucharme? replicó el desconocido con la mayor sangre fria y haciendo un gesto de indiferencia. Lo siento: pero en fin sed un poco amable. No temais nada de mí. Otras veces os he hablado ya; y á fé que ha sido en parajes menos dignos que un salon de baile. Acabemos, caballero, os conozco muy bien, venid.

—Vendré, dijo Sansimon, pero será para que me deis estensas esplicaciones sobre las palabras tan poco respetuosas que acabais de decirme. Salgamos pues.

—Un poco de calma, replicó el desconocido.

—Señorita, dijo luego á Julieta, voy á hablar un momento con ese hombre y despues me marcharé, pero antes de hacerlo vendré á ponerme á vuestras órdenes.

—Solo prudencia os encargo, caballero... porque me parece que vais á incomodaros con D. Arnaldo Sansimon.

—Don Arnaldo de Sansimon, dijo él recalcando con befa el acento al nombrar al Carbonario, sabe muy bien que tengo sangre fria, y que sé despreciarlo todo. En fin, sabe D. Arnaldo, ó al menos debe saberlo, que yo no me batiré con él.

Iba el Carbonario á responder, pero el desconocido se lo llevó fuera del salon.

No bien habian desaparecido, cuando se acercó á Julieta otro caballero.

Era Cárlos Colvin que habia entrado con Santiago.

CAPÍTULO VI.

—

Dos Carbonarios.

D. Beltran. Pues si honor puede ganar
¿Quién nació sin él? ¿no es cierto
Que por el contrario puede,
Quien con él nació, perdello?
D. García. Es verdad.
D. Beltran. Luego si vos
Obrais afrentosos hechos,
Aunque seais hijo mio,
Dejais de ser caballero.
ALARCON.—En el drama: *La verdad sospechosa.*

CABALLERO, dijo Sansimon al desconocido en cuanto estuvieron en lo mas recóndito del salon de lectura: espero esplicaciones y satisfaccion.

—Para todo habrá tiempo, Sr. D. Arnaldo; vos habeis venido aquí, porque en cierto modo os he obligado: y por lo tanto es muy justo que sepais el motivo de ello. He notado que obsequiais á Julieta de Casarrubios; y quiero que dejeis de hacerlo por la sencilla razon de que estoy yo enamorado de ella, y no deseo tener competidor. ¿Me entendeis, Sr. D. Arnaldo?

—Me admira vuestra demanda, contestó Sansimon, porque yo queria hacérosla.

—Recordad que os hallais en una posicion diferente de la mia.

—¿Cómo puede ser eso?

—Vos no recibireis mas que desprecios de Julieta.

—¿Y vos?...

—Puede que no.

—Pues ahora mas que nunca os desprecio, caballero; y os diré cobarde mil veces, si no recurrís á otros medios para saber quién será el único dueño de Julieta.



—Decidme todo lo que querais, pero advertid que de cualquier modo que sea, vos no quedareis único dueño de Julieta. En fin, ella sabe muy bien, que yo no me batiré con vos; y decidme cobarde cuanto querais, que ¡vive Dios! yo sé muy bien que no lo soy, y pruebas teneis de ello.

—¡No sois cobarde! ¡villano! ¡tengo yo pruebas! Dadme, pues, una sola mas... ¿Por qué no os quereis batir?

—Francamente... por ahorraros la vergüenza de quedar siempre vencido.

—¿Y si yo os matase á vos?

—No triunfariais por eso de Julieta.

—Voy á escupiros á la cara si no admitís el desafío.

—Alto ahí, dijo el desconocido con la mayor sangre fria. No soy tan indigno como vos, para que merezca ser escupido.

—Acabemos de una vez: os he dicho que dejarais á Julieta, y ahora añado que cuento con los medios necesarios para lograrlo.

—¿Con qué derecho me hablais de esta manera?

—Con el derecho que tengo adquirido para despreciar á un hombre soez é infame como sois vos.

—¡A mí me tratais así!... ¡á mí, que soy D. Arnaldo Sansimon... que corre sangre noble por mis venas!

—¡No invoqueis esa sangre noble, por Dios! Indigno sois de ese nombre que llevais. Un noble que es culpable, es digno de peor abominacion que un plebeyo; y vos teneis que avergonzaros de un sin fin de bajezas...

—¡Pruebas de eso que decís! interrumpió Sansimon.

—Pruebas quereis de lo que digo; pues bueno, ya os las daré. No os acordais ya de que ese nombre noble que traeis lo trocais siempre con un apodo despreciable, bajo y soez... con el nombre detestable de Rey de Facha... nombre que tomais siempre que os toca capitanear una cuadrilla de bandidos. ¡Ah, vil Carbonario! Ya ves que te conozco sin que basten á encubrirte esos vestidos que te disfrazan. ¡Oh sí! los criminales quedan siempre bien marcados. ¿Qué intentas pues al lado de esa Julieta de Casarrubios, á quien tanto sigues? ¿Intentas acaso añadir un crímen mas al largo catálogo de los que has cometido ya? Retírate, pues, vil seductor: ahora soy yo quien te escupo á la cara.

Dijo, y lo hizo de la misma manera: pero afortunadamente el desconocido no pudo tocar á Sansimon.

—Yo te desprecio, añadió luego, y si quieres que te acabe de probar

cuán alto es este desprecio, espera que esté en la calle, donde voy á salir dentro de poco.

—Sí; allí os espero, dijo D. Arnaldo, no pudiendo contener apenas su indignacion; pero ante todo deseo saber con quién deberé batirme, para juzgar si sois ó no igual mio, y para poder daros el castigo de vuestra bajeza.

—Caras os han de costar esas palabras, pero en fin, sabed quién soy, ya que no me reconoceis. Puedo decir con toda verdad que soy un espíritu del otro mundo. Vos me creeis muerto, mas con todo, á pesar de vuestra creencia, debeis saber que el que os está hablando es un hombre á quien vos sacasteis del hogar paterno, un hombre á quien sedujisteis, un hombre, en fin, del cual hicisteis vos un Carbonario, para ponerlo á vuestras órdenes.

—¿Quién sois pues?

—¡Ah! ¡no me conoceis aun! Eso me prueba que no fuí yo el único á quien sedujisteis. ¡Ah, Sansimon! ¡Sansimon! recorred el número de vuestros súbditos, y ved si habeis perdido alguno, de unos cuantos dias á esta parte. Vos me habeis creido muerto cuando yo he vivido, pero sin embargo conservo abierta una herida en el brazo izquierdo. ¿Me conoceis ya?

—Vos sois pues...

—Soy aquel Carbonario á quien vos llamabais el Huron... soy el que dí la puñalada al desgraciado Jorje Evarini, de cuyo hecho me he arrepentido mil veces: pero, á pesar de esto, el crímen está cometido y vos sois el único responsable de él...

—Callad, imprudente, dijo entónces el Rey de Facha; vos acabais de perderos comunicándome vuestro nombre. Ahora ya puedo heriros á vos con las mismas armas con que vos pensabais herirme á mí.

—¡Miserable! ¡tan insensato me juzgais! ¿No veis vos mismo, que revelando mis crímenes, nada conseguireis en favor vuestro, ni en contra mia, cuando si yo revelo los vuestros, os abatiré para siempre? Además estoy yo arrepentido de los crímenes que me habeis hecho cometer, en prueba de lo cual os doy á vos toda la culpa. Si vos quereis, ya podeis publicar quién soy: si quereis decirlo á Julieta, hacedlo ahora mismo: si quereis comunicarlo á su padre, id cuanto antes; y para daros una relevante prueba de mi mucha indiferencia sobre este asunto, pasad al salon, volved con D. Santiago Aguilar de Silva, traedlo aquí, y yo mismo le diré que soy el Huron, que vivo aun, y que le desprecio á él juntamente con vos. Mirad ahora el reverso de la medalla, y ved el

mal que yo puedo haceros. No lo haré por esto, pero entended, al menos, que en recompensa quiero obligaros á que olvideis á Julieta.

—¿De este modo, añadió Sansimon cada vez mas admirado, sereis vos el que me habreis escrito ese papel tan insolente que Julieta me ha dado esta noche?

—¿De qué me hablais?... no quiero escucharos mas; si quereis, podeis seguirme al salon, donde voy á despedirme de vuestra querida; y venid despues á la calle, donde nos veremos seguramente por última vez.

La idea de un desafío era la única que dominaba entónces á Sansimon. Si quedaba en el campo, quedaria con honor, y si vencia á su rival, se apartaba de la ominosa y horrible dependencia en que le hubiera tenido el Huron. Siguió por lo tanto á su enemigo, el cual penetró por última vez en el salon de baile. Acercóse junto con el Rey de Facha á Julieta.

—Confío, caballero, dijo la hija del marqués, que dentro de breves dias volveré á veros, y entónces os haré algunas observaciones sobre lo que vos me habeis dicho.

—Señora, contad con mi palabra... quiero que os convenzais de que sé cumplirla.

Despues de haberse despedido de Julieta, acercóse á D. Evaristo, del cual se despidió tambien con toda la cortesía posible. Acompañóle Torrecampa hasta la puerta del salon, y al estar en ella, presentóse en la antesala el marqués de Casarrubios seguido de Clodulfo y el Capitan Franco. El marqués asistió tambien al baile de su amigo Torrecampa. Acercóse éste para obsequiarle como era debido; el marqués fué á hablar luego con su hija, y ésta le enteró de la presencia de Santiago Aguilar de Silva. El Huron, (que no conocia al padre de Julieta), dirigió á ésta una mirada tierna de despedida; y ella no pudo menos que sonreirse.

Entretanto el Huron bajó la escalera de la casa, seguido del Rey de Facha. Cuando estuvieron en el patio de la misma, Sansimon, semejante á un toro herido y que desea vengarse bárbaramente, comenzó á injuriar al otro Carbonario de mil maneras diferentes, provocándole al desafío.

—Poco á poco, le contestó al fin el Huron deteniéndose á cada paso. Para todo habrá tiempo, amigo. Antes debo deciros que yo os haré una guerra á muerte y en secreto: ya no me vereis mas seguramente, y quiero daros á entender con eso que podré valerme de vuestros crímenes,

sin que vos podais obrar contra mí; os he dicho y os lo repito: quiero haceros una guerra á muerte, sin que vos sepais desde dónde os la hago.

Llegaron á la puerta de la casa, y Sansimon, que iba cobrando ya aquellos ímpetus carbonarios, agarró por el brazo á su enemigo, diciéndole:

—Perro cobarde, es preciso que nos batamos al instante, y que esto sea en la primera calle sombría que encontremos, porque despues de haber derramado tu sangre quiero volver á ese baile. Yo traigo ya una pistola, y tú traerás tambien la tuya.

—Sí la traigo, respondió el Huron desviándose del Rey de Facha, y nos batiremos en la primera calle que tú quieras... detrás de la Catedral, por ejemplo.

—Allí... sí...

Entretanto un coche que estaba á corta distancia acercóse á la puerta de la casa, y el cochero iba á abrir la portezuela cuando el Huron le dijo:

—No dejeis el pescante, amigo; yo mismo abriré y cerraré la portezuela.

—¿Qué es esto? preguntó Sansimon admirado.

—Nada, amigo. Es un obsequio que voy á haceros. Subireis conmigo en este coche, y nos iremos á batir donde vos querais.

Pensó el Rey de Facha que si se negaba á admitir, era cobardía, y por lo tanto consintió en que su enemigo abriese el coche para entrar en él los dos. Cuando el Huron tenia ya un pié en el estribo, volvióse á á Sansimon, que estaba detrás de él.

—Amigo, aun es tiempo, le dijo, podeis aun dejar de batiros si quereis.

—Cobarde, ¿y por qué dices eso? replicó Sansimon.

—Porque de este desafío vá á resultar vuestra pérdida; y es preciso que yo os diga que tengo en mi poder el cadáver del desgraciado Jórje Evarini.

—¿Y qué me dá á mí todo eso? Subid pronto... quiero batirme...

—Pues bueno, ya os batireis, pero si quedo yo en el campo, revelad á Santiago lo que acabo de confiaros, y temblad por sus consecuencias.

—Cuando haya derramado vuestra sangre, ya no influireis en nada entre los vivos, repuso Sansimon.

—Hasta la vista, D. Arnaldo, dijo sarcásticamente el Huron; no me olvideis.

Y dando un puntapié al Rey de Facha y despues un fuerte empujon, derribóle casi sin sentido. El gefe Carbonario volvió á levantarse luego, pero el coche habia desaparecido, y solo se oia el lejano galopar de los caballos.

El Rey de Facha, despues de algun rato, volvió al salon lleno de rábia, pero no avergonzado.

PARTE XV.

MASONERIA ESCOCESA. (1)

CAPITULO I.

Grado de Caballeros Escoceses.

Les prêtres ne sont pas ce qu'un vain peuple pense;
Notre credulité fait toute leur science.

No son los Sacerdotes lo que el pueblo vano piensa;
Nuestra credulidad hace toda su ciencia.

VOLTAIRE.—En la tragedia: *El Edipo.*

INNUMERABLES son los Masones que entran en los grados de la Masonería Escocesa, sin haber entrado en el de Caballeros del Sol, y los que en este último entran, son aquellos á quienes la secta considera aun demasiado pegados á las religiosas creencias, despues de haber recibido el grado de Escogidos; y para prepararlos á los grandes misterios que deben descubrírseles en la Masonería Escocesa, les confieren el grado de Caballeros del Sol. Si la secta vé en el hermano Escogido toda la perversidad de ideas que ella busca, entónces le admite en las Logias Escocesas sin necesidad de otras formalidades.

Despues de estos antecedentes, vamos á esplicar la reunion de los dos primeros grados de los Caballeros Escoceses.

(1) En 25 de octubre de 1762 fueron declarados Misterios de la Masonería de todo el mundo los Misterios de la Masonería Escocesa. Esta declaracion se hizo en Berlin con la concurrencia y beneplácito de los principales dignatarios masónicos de todas las naciones. Pero propiamente hablando, lo que los Masones de España han prohijado de los trece grados que cuenta la Masonería Escocesa, son los tres grados de Caballeros Escoceses, que ellos conocen, el último de cuyos tres grados tiene el título de Caballeros de San Andrés.

El aparejo de la Logia es, á corta diferencia, el mismo de todas las demás: colgaduras negras con gran infinidad de objetos simbólicos.

En la noche del 16 de julio, Carlos Colvin debia ser admitido Caballero Escocés, segun Santiago se lo habia prometido. Santiago, el Rey de Facha, D. Evaristo y otros muchos, fueron á reunirse en la Logia despues de haber finalizado el baile. Colvin les acompañaba tambien.

Reunidos en Logia todos los cofrades escoceses, presentóse Colvin en medio de ellos con una cuerda atada al cuello y tirándole de ella uno de los hermanos que hacía de introductor.

El Venerable era el Gran Maestre Mason de Cataluña, que por obsequio y condescendencia á Santiago, habia tomado tal encargo en aquella reunion.

—Hombre á quien aquí presentan, ¿qué quieres? preguntó el Venerable á Colvin.

—Soy un esclavo, y vengo á pedir que se me rompan los lazos que forman mi esclavitud, respondió el recipiendario.

—Tú lo quieres y lo haremos, repitió el Venerable. Con gran placer ha oido toda la Logia cómo has confesado que eres un esclavo; porque todo aquel que se presenta ante nosotros, debe estar convencido de que es esclavo desde que nació, que nunca ha entrado en la carrera de la libertad, que le es de suma importancia entrar en ella, y que solo podrá conseguir este beneficio viniendo á pedírnoslo á nosotros. Yo sé muy bien, hermano Colvin, que tú estás convencido de todo lo que acabo de decir. Cuando tuviste el honor de ser admitido entre los Escogidos, se te hizo Sacerdote de la ley natural; pero se te habló de un gran sacerdote, llamado Melchisedech, superior á todos los demás sacerdotes. Entónces debia decirte que la ley natural no admite superioridad alguna ni en sacerdotes, ni en seglares; pero se te calló esta interesante verdad, por la razon de que nuestra secta ordena que no se descubra, hasta llegar al grado que tú vas á recibir esta noche. La ley natural hacía iguales á todos los hombres, cualquiera que fuese su condicion: y esto te probará que tan gran pontífice pudo ser el mismo Melchisedech como el último de los sacerdotes; y por esta razon, tú, que al recibir el grado de Escogido, fuiste admitido sacerdote, debes ser nombrado tambien Pontífice, porque tanto puedes ser lo uno como lo otro. Por tanto, hermano Colvin, yo te hago Pontífice de la ley natural, única que debes respetar y tener por válida, fundado en que... *todos los hombres son iguales y libres.* Acércate, pues, para recibir la bendicion que en nombre de Dios voy á darte.

Colvin se acercó á la mesa del Venerable: y éste, estendiendo su diestra, bendijo al neófito, no haciendo la señal de la cruz, sino trazando en el aire un triángulo, y diciendo:

—Yo te concedo el título de Gran Sacerdote ó Pontífice de la ley natural, en nombre del *inmortal é invisible Jehová.*

Despues de esto, se le hicieron pronunciar al neófito los mas horrorosos y aterradores juramentos, prometiendo no hablar en toda su vida palabra alguna tocante á lo que se le habia dicho y se le iba á decir. Luego añadió el Venerable:

—Conociendo, hermano, la verdad de los juramentos que acabas de proferir, paso á decirte, que á pesar de la gran dignidad que te he conferido, no por esto debes considerarte superior á los demás sacerdotes de la ley natural; porque esta superioridad solo debe admitirse en razon á que hay otros que, como tú hace poco, no han conocido aun que eran esclavos desde que nacieron, y que como tales, deben salir de simples sacerdotes como ahora se encuentran. Te he dado, además, mi bendicion en nombre del *inmortal é invisible Jehová*, porque, de hoy en adelante, ya no podrás conocer á la divinidad bajo otro nombre que el de Jehová, pues este título se acomoda mejor á nuestra libertad é igualdad, y además, es mas espresivo que cualquiera otro. Algunos creen que la ciencia masónica tiene su verdadero orígen en Salomon y Abirám (1); pero yo debo añadir que esta ciencia fué prohijada y renovada por los Caballeros Templarios, que la dieron vigor y consistencia. Por la misma razon que nosotros y nuestros antecesores hemos profesado siempre el culto de la ley natural, debemos reconocer que nuestro primer y comun padre fué el primero que profesó dicha ley. Este fué Adan: y por tanto Adan es nuestro primero y comun padre. Despues de él han seguido sus mismas huellas Noé, Abraham, Melchisedech, Hemrod, Salomon, Abirám, Hugo de Paganis, fundador de los Templarios, y Jaime Molay, el último de sus Gran-Maestres. Estos son los grandes Maestros de la Masonería, y los favoritos de Jehová (2). Todo lo que acabo de decir, puede instruirte, hermano Colvin, en lo mucho que te faltaba saber: y con el auxilio de tus reflexiones, podrás trazarte la línea de conducta que de

---

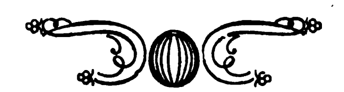
(1) Obsérvese bien, como en cada grado vá la secta añadiendo y descubriendo nuevos misterios á los neófitos. En esto puede conocerse la misteriosa marcha de las ideas que poco á poco y sin violencia inculca en el ánimo de los que van progresando en los secretos de la secta.

(2) Esta fusion de personajes tan diversos, sorprenderá á muchos. Al leer los últimos misterios de la secta, comprenderán el verdadero objeto de esa miscelánea.

aquí en adelante debes seguir. Yo te saludo, en conclusion, como á gran Sacerdote ó Pontífice de la ley natural, encargándote particularmente que procures con todo abinco buscar la palabra sagrada que se perdió con la muerte de nuestro padre Abirám. Este ha de ser siempre tu principal cuidado; tú no la has encontrado aun, pero es preciso que la encuentres: y lo puedes hacer con esperanza de buen resultado, por cuanto la secta te vá poniendo á la mano todos los recursos indispensables para lograrlo.

Despues de esto, todos los hermanos le dieron á Colvin el parabien, y el Mason introductor le sacó fuera de la Logia.

La asamblea quedó por esto reunida.



CAPITULO II.

Grado de Caballeros de San Andrés.

> Teneis toda la habilidad y conocimientos de que necesitamos para el intento. No edificar cuando se puede y hay ocasion, es un doble crimen.
>
> WEISHAUPT.

MIENTRAS que el Gran-Maestre Mason se quedó arengando á los Caballeros Escoceses (que todos los que estaban allí reunidos eran Caballeros de San Andrés), en una caverna subterráneà, contigua al salon de la Logia, estaba pasando una escena que era *de reglamento* con un Caballero Escocés, que en aquel instante debia entrar en la cofradía de los de San Andrés.

La caverna era muy oscura, de modo que tan solo recibia una escasa claridad artificial por un pequeño ventanillo alto, que daba á un retrate iluminado. El Escocés recipiendario estaba tendido en el suelo con las manos atadas y sujeto con cuerda de cuatro nudos ó lazos corredizos que apretaban su cuello.

El hombre estaba inmóvil como una estátua cuando se abrió la puerta de la caverna. El que entró allí fué un caballero de San Andrés con una antorcha encendida en una mano y una espada en la otra.

—¿Has meditado bien, le dijo, la esclavitud á que estás reducido?... ¿has aprendido á conocer el precio de la libertad?

—Sí, contestó, y estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio por conseguir lo que me conviene.

—En tal caso, sígueme...

El hermano de San Andrés desató las manos del recipiendario, le cogió por la cuerda que traia atada al cuello, le hizo andar y le presentó á la Logia de los Caballeros de San Andrés.

—¿Qué es lo que quiere este mortal? preguntó el Venerable al Mason introductor.

—Quiere deshacerse de los grillos de su esclavitud; y porque no acierta á encontrar los medios de conseguirlo, viene aquí para que sus hermanos se los comuniquen.

—¿Y no ha encontrado aun la palabra ó contraseña que se perdió con la muerte de Abirám?

—No tal; pero viene aquí para que se le diga.

—Despreciable es el esclavo que no sabe encontrar todos los medios de recobrar su libre condicion. Un hombre como este no debe nunca penetrar en nuestras reuniones.

—Él está convencido de su ignorancia, añadió el introductor; lo confiesa ingénuamente; pero ha hecho muchos sacrificios por nuestra secta, se ha desvivido mucho por ella, y atendida esta circunstancia, viene á saber si en recompensa de sus servicios, le juzgareis digno de que oiga de vos la palabra que no ha sabido encontrar. Él cree que de este modo podrá hacer mucho por nuestra sociedad, valiéndose para ello de *esa palabra*, si es que vos quereis comunicársela.

—Bien es verdad, replicó el Venerable, que no debiéramos admitir en nuestra presencia á un hombre tan aferrado á su esclavitud; pero sin embargo, la secta estima en mucho los sacrificios que cualquiera de sus hijos haga por ella. Y satisfechos quedaron los deseos de este hermano.

—No dudeis de su escelencia.

—Que se acerque pues á prestar todos los juramentos necesarios.

Entónces el introductor acompañó al recipiendario hasta la mesa del Venerable, y allí con la diestra estendida sobre el libro de los Santos Evangelios tuvo que jurar que nada revelaria en ningun período de su vida de cuanto viera, oyera ó coligiera de cuanto allí se iba á hacer; sometiéndose con el juramento á las mas terribles venganzas de parte de Dios y de sus hermanos.

Despues de hechos los juramentos y haber improvisado el Venerable una larga peroracion sobre la criminal esclavitud en que se hallaba el recipiendario, añadió:

—Lo que tú tanto deseas, hermano, es saber esa palabra ó contraseña que tú por tí mismo debieras haber buscado. Ahora por fin voy á descorrerte el velo que hasta ahora te la habia ocultado. La palabra que se perdió con la muerte de nuestro padre Abirám, es la de *JEHOVA*. Acuérdate bien de ella. Tú con las luces masónicas que la secta te habia infundido, podias haberla ancontrado: pero la secta, que siempre mira por tu bien, te la acaba de comunicar ahora, perdonando tu ineptitud: y juzga tú mismo cuánto á esta secta le deberás, puesto que te ha comunicado un secreto, que por sí solo puede constituir tu suma felicidad, del mismo modo que constituye la de todos los que ves aquí presentes. Pero antes de esplicarte las principales consecuencias de nuestra revelacion, voy á decirte cómo se llegó á encontrar en tiempos muy atrasados la famosa palabra que constituye el secreto de nuestra secta.

En el número de nuestros antiguos Padres, los que mas se distinguieron en pro de la propagacion y engrandecimiento de nuestros misterios, fueron los Caballeros Templarios. Gran porcion de estos pasaron á Jerusalen luego despues de su instalacion; y entre otros de los muchos proyectos grandes y admirables que concibieron allí en la Tierra Santa, figura el de edificar una iglesia en Jerusalen y en el mismo sitio donde estuvo antes el templo de Salomon. Pasaron efectivamente á ejecutarlo; y cavando el terreno en el mismo sitio donde en otro tiempo estuvo aquella parte del templo llamada *el Santo de los Santos*, encontraron tres piedras de forma cúbica, que habian servido de cimiento á toda la grande mole de aquel antiguo templo donde habia sucumbido Abirám. Movidos por la novedad y por la forma de estas tres piedras, quisieron los Templarios apartarlas de allí para fijar en ellas su atencion; y despues de haberlo hecho, observaron con gran sorpresa, que en una de ellas estaba perfectamente grabada la palabra JEHOVÁ. Entónces se convencieron de que esta era la palabra ó contraseña perdida por Abirám, porque, amen de otras pruebas que ellos tenian para creerlo así, eran además hombres de gran penetracion y talento, que siempre odiaron mas que tú la esclavitud en que hasta ahora habias estado; y por medio de sus muchos conocimientos adquiridos ya, habian conocido desde infinito tiempo antes que la palabra perdida no podia ser otra que la de *Jehová*. Contentos entónces por tener á la vista una patente confirmacion de lo que ellos habian adivinado, conservaron dignamente aquel monumento tan precioso, con el cual se embarcaron para Europa, dando fin á su viaje en un puerto de la Escocia. Los Templarios que conducian estas tres piedras eran tambien escoceses, y ellos lograron, no solo que todos los sábios Ma-

sones de la Escocia venerasen y respetasen aquellas tres piedras, sino que además toda la nacion entera les tributó tambien sus honores. Entretanto que tan plausible noticia para nuestros antepasados Masones se estendia por todo el mundo, los Templarios escoceses edificaban su primera Logia en honor de las tres piedras que sirvieron tambien de fundamento á dicha Logia, y de la circunstancia de haberla comenzado en el dia mismo de San Andrés, se derivó el título de Caballeros de San Andrés, que despues tomaron todos los Masones Escoceses, que eran sabedores de los secretos de las tres piedras. Esto fué objeto de una secta masónica particular, que se llamó *Masonería Escocesa:* y en vista del precioso monumento que habia sido objeto de su fundacion, los Masones de toda la Europa adoptaron los Misterios de los Escoceses como propios de toda la Masonería del mundo, y así lo declararon y mandaron. Sin embargo, no se adoptaron mas que tres de los grados de la Masonería Escocesa de entre los treinta y tres de que consta, por considerar que estos bastaban para el secreto que te hemos revelado. El último de estos grados es el presente de Caballeros de San Andrés, que voy al instante á conferirte.

Despues de concluida esta relacion, preguntó el Venerable al recipiendario:

—¿Es esto, hermano, todo lo que has visto?

Y él contestó:

—He visto otras muchas cosas, pero guardo el secreto en mi corazon con los Caballeros Escoceses (1).

—Yo te constituyo por tanto, añadió el Venerable, Caballero de San Andrés, mandándote solemnemente que cumplas lo mismo que cumplieron los primeros que se hicieron acreedores á este heróico dictado: y te confiero, hermano, este grado, con el consentimiento de todos tus hermanos presentes, que desean infinito verte en el número de ellos.

El recipiendario contestó entónces dando las gracias á la Logia, hizo luego nuevos juramentos, practicáronse tambien largas y ridículas ceremonias, y el interesado quedó nombrado Caballero de San Andrés.

—Vas á saber, dijo luego el Venerable, los grandes beneficios que te dispensa este grado. En el de Escogido se te nombró Sacerdote de la ley natural instituida por Dios; en el de Caballero Escocés se te dijo lo mis-

(1) Este secreto se descubrirá en el grado siguiente. Obsérvese bien como la secta jamás abandona en ninguno de sus grados esa mal zurcida fábula de Abirám y su palabra sagrada.

mo, en nombre del *inmortal é invisible Jehová;* y ahora, por fin, se te dice que eres sacerdote de Jehová; por lo mismo que se te dijo que este era el nombre que debias dar á la divinidad, ya que esta misma fué quien instituyó la ley natural, que es la del verdadero Mason. Siendo, por tanto, Caballero de San Andrés, eres Sacerdote de Jehová; y esto solo puede ponerte en conocimiento de cuál ha de ser la línea de conducta que debes trazarte. Tus principales deberes son considerarte digno de la libertad que te dá este grado, y *eximido de todos los misterios del Evangelio y de toda Religion revelada* (1). Solo Jehová es el que ha fundado la religion que tú debes seguir, ya puedes conocer tú mismo lo demás que has de saber. La libertad y felicidad que te proporciona la secta, te dá á conocer lo que debes pensar de eso que nos cuentan sobre el cristianismo y su divino fundador (2). El deber que la secta te impone por obligacion, es buscar quién fué el que robó la palabra de Abirám, para darle el condigno castigo. Acuérdate de que esta es tu obligacion: y no quieras mostrarte tan necio en encontrarla, como te lo has mostrado en buscar la palabra sagrada.

Así acabó el Venerable su relacion. Despues de ello se practicaron algunas otras formalidades acostumbradas, y se levantó la sesion.

---

(1) Palabras testuales.

(2) Este es el principal secreto de la Masonería. Por de pronto, ya puede conocerse que las tendencias de la secta son conducir al mundo, por medio de sus iniciados, al verdadero deismo.



PARTE XVI.

LA CONSTITUCION DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA.

CAPÍTULO I.

La enfermedad.

Pero en tanto que mi cuello
Esté en mis hombros robusto,
No he de permitir me agravie
Del Rey abajo ninguno.
ROJAS.—En el drama: *García del Castañar.*

Ya hemos visto como al amanecer del dia 15 de julio el P. Vincencio tomó nuevamente el camino de N. Llegó allí por la tarde y al instante tuvo una larga entrevista con Emigdia Evarini, á la cual comunicó sus esperanzas para saber muy pronto el paradero cierto de su esposo. Fundaba el P. Vincencio estas esperanzas en la conviccion que tenia de que Evarini vivia aun, y en el predominio que ejercia sobre Santiago, del cual pensaba valerse para saberlo. Este era tambien uno de los principales motivos que aguijoneaban su espíritu, induciéndole á que se avistase con Santiago lo mas pronto posible.

Éste por su parte habia llegado á N. la mañana del 17 de julio; y luego de su arribo recibió una carta del jesuita, en la cual le decia que al dia siguiente á cierta hora determinada pasaria él á la casa de Santiago y que esperaba que no se negaria á admitirle, puesto que debia tratar con él asuntos muy importantes. Aguilar de Silva leyó esta carta con mucha tristeza, y aunque con rábia, resolvió cumplir la voluntad de

su adversario. Pero como el hombre propone y Dios dispone, este proyecto no llegó á verificarse con gran sentimiento del jesuita y placer de Santiago, en razon á que el P. Vincencio se vió atacado de improviso de una fuerte calentura, originada sin duda por los sucesos de aquellos últimos dias, tan fuerte, que le postró casi sin sentido en la cama.

Santiago supo tambien la enfermedad del jesuita, y aunque podia ir á visitarlo y hablar con él en la cama, se contentó con aguardar en su casa el dia en que el P. Vincencio quisiera hacerle la visita que le tenia anunciada, por lo mismo que comprendia bien el móvil del último escrito del P. Vincencio. Hubiera deseado sin duda salir de N..., pero conocia á lo que se esponia, y no quiso dejar de esperar el restablecimiento del jesuita para que le hiciera la visita que entónces temia tanto, y que en otro tiempo tanto habia deseado.

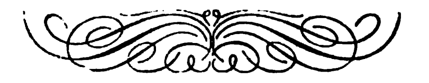
El P. Vincencio, al siguiente dia de estar en cama, se sintió un poco mejorado. Sin embargo, se encontraba muy cansado y resolvió pasar unos cuantos mas en cama para lograr su completo restablecimiento.

Aurelio estaba siempre junto á la cabecera del enfermo, y era tanto el cariño que á su maestro tenia, que no quiso abandonarle un solo instante. Pero en cambio ¡qué lecciones morales no recibió aquel tierno jóven de su maestro, que aprovechaba aquellas escelentes ocasiones para darle los mas saludables consejos! Aurelio lo escuchaba todo casi con religiosidad: hacía poco que habia acontecido el fatal y misterioso asesinato del que creia su padre, su corazon estaba conmovido, y su imaginacion llena de fantásticas ideas, por cuyo motivo se hallaba su ánimo en estado de poder recibir mejor que nunca todas las impresiones. Así fué que las reflexiones que pudo hacerle el P. Vincencio se quedaron eternamente grabadas en su corazon.

Una tarde Aurelio habia acudido cerca de su maestro mas temprano de lo regular: el jesuita, que estaba leyendo sentado en la cama, dejó de repente el libro y habló á Aurelio de esta manera:

—Quiero aprovechar, querido Aurelio, algunas horas que vamos á pasar los dos solos para esplicarte ciertos hechos que te conviene saber para tu aprovechamiento en lo futuro. La mayor parte de las desgracias que hoy dia aquejan al mundo, son hijas de unos hombres que se reunen en sociedad secreta, y que tienen por objeto destruir todos los vínculos de la sociedad, toda religion y todo gobierno. Efecto mas ó menos directo de esos hombres y de esas ideas son las muchas de las formas de gobierno por las cuales se rigen los pueblos que se apartan de las formas antiguas monárquicas. No quiero decirte que estas sean las

mejores; cuales ellas sean, otro dia ya te lo diré. La Constitucion de la Monarquía española del año 1812, la del año 1820, y el Estatuto real que nos gobierna ahora, amado Aurelio, son tambien el fruto de esas sociedades tenebrosas, que todo quieren destruirlo y sujetarlo á sus cálculos. Conviene mucho que sepas el modo cómo verificaron en nuestro suelo esas revoluciones que nos han dado un código innecesario en cierto modo, y absurdo en otro; conviene que sepas los principales y mas escandalosos hechos que á su sombra se han verificado. Lo que voy á referirte es la historia de hechos poco há trascurridos y ¡ojalá que pudiera decirte todo lo que sé! Estoy cierto de que al hacerlo te horrorizarias demasiado; y además, hechos hay á veces tan graves y tan horribles, que por mas ciertos que sean, traspasan, para el que los oye referir, los límites de la credulidad.



CAPITULO II.

Esplica el P. Vincencio lo que fué el rey D. Fernando 7.° hasta la caida de la Constitucion de 1812.

¡Hé aquí á Fernando! aborto del...
Para oprimir... y...
Continuemos su historia y hallaremos
Hechos que todavía le presentan
Mas fiero y axecrable. Entusiasmados...
El fuego del cañon... las bayonetas...
Sabian despreciar los Españoles
Por Fernando el amado: perecieron,
Prodigándole vivas afectuosos
En el mas fuerte ardor de la pelea.

MORALES.—*Caballero Comunero.*

Las grandes revoluciones de los pueblos, dijo el jesuita, están rodeadas de ciertas circunstancias mas ó menos poderosas que aumentan ó disminuyen el valor de las mismas, y que empujan ó detienen su propio curso. Esta corta teoría tiene mucha aplicacion á lo que los Españoles han presenciado respecto al instalamiento de una nueva *Constitucion política* en 1812. Yo creo que si hubiera gobernado en España otro rey que no fuera D. Fernando VII, la revuelta constitucional no se hubiera efectuado. La invasion de los franceses y la misma perversidad de las sectas secretas quizás influyeron menos en aquella revolucion, que las medidas y mal obrar del rey. Esto conviene que lo sepas, y voy á probártelo de un modo conveniente. Tú mismo juzgarás de las razones que te dé.

Mucho tiempo antes de que D. Carlos IV dejára de ser rey, el infante D. Fernando demostraba ciertas ideas y ciertas inclinaciones, que, desarrolladas con el tiempo, podian producir males sin cuento en una nacion

cualquiera. El bueno de su padre no supo aplicarlas á tiempo el remedio conveniente. Guiándose D. Fernando por estas inclinaciones, llegó en 1807 á conspirar ya contra la vida de su padre rey. Descubrióse la conspiracion, formóse causa al infante, y el fiscal del consejo y cámara suprema de Castilla, que lo era D. Simon de Viegos, pidió pena de muerte para el mismo D. Fernando, el duque del Infantado y algunos otros, entre los cuales se cuenta al célebre Escóiquiz. Don Fernando escribió á su padre y á su madre pidiéndoles perdon de tan horrible atentado. Las cartas, Aurelio, prueban que estaba arrepentido (1). Don Carlos le perdonó: en una carta que le dirigió desde Bayona en 2 de mayo de 1808: entre otras cosas le decia así: «Os hice arrestar, y hallé en vuestros papeles las pruebas de vuestros delitos; pero al acabar mi carrera, reducido al dolor de ver perecer mi hijo en un cadalso, me dejé llevar de mi sensibilidad al ver las lágrimas de vuestra madre, y os perdoné.» Esta frase de *al acabar mi carrera* se referia á la abdicacion que de su corona habia hecho D. Carlos IV. Dejando aparte los males sin cuento que ocasionó á la España el malhadado Godoy, el infante D. Fernando volvió á conspirar contra su padre, no ya para quitarle la vida, sino para quitarle la corona. No me detendré en esplicarte la violencia que se cometió para verificar esta abdicacion, lo cierto es que se verificó. Colocó D. Fernando sobre sus sienes la corona de España, y al fin D. Carlos IV protestó solemnemente contra su abdicacion, noticiándolo al emperador de los franceses, ante el cual se habia verificado la misma (2). Los hechos anteriores á la invasion de los franceses, son

(1) Podria copiar esas dos cartas que D. Fernando escribió á sus padres en 5 de noviembre de 1807; pero no lo haré por considerar que un escritor, cualquiera que sea, debe trazarse ciertos límites al hablar de los asuntos domésticos y delicados de su rey.

(2) Carta de Carlos IV al emperador de los franceses.

«Señor mi hermano:

»V. M. oirá seguramente con pesar la relacion de los acontecimientos sucedidos en Aranjuez y sus consecuencias. Vos no vereis, sin simpatizar conmigo, á un grande monarca aliado, puesto todo bajo su proteccion, como de aquel que solo puede asegurar su felicidad, la de sus dignos y amados vasallos. En este apurado momento, en medio del ruido de las armas y de los clamores de una guardia rebelde, me encuentro en la precision de escoger entre mi vida y mi muerte, y que á mi muerte se habia de seguir la de la reina, y fui obligado á abdicar el trono: mas hoy se halla restablecida la paz, y lleno de confianza en la generosidad del grande hombre que en todos tiempos se ha declarado mi amigo, he tomado la resolucion de resignarme en sus manos y esperar su resolucion sobre mi suerte, la de la reina, y la del príncipe de la Paz.

sabidos de todos, y el primer mal paso que dió el rey D. Fernando fué olvidarse de que como rey debia *ó salvar la patria*, *ó perecer con ella.* Prescindiendo del espíritu que podia animarle en todas sus acciones, salió de la corte y llegó hasta Bayona à postrarse á los piés del emperador Napoleon. Todos los españoles sintieron su marcha: en Vitoria cortaron las bridas de los caballos para que no pudiera llegar á Francia, pero nada fué bastante. Don Fernando, por medio de un *bando*, condenó á muerte á los que se opusieran á su marcha, y el pueblo *obedeció.* Llegó por fin á Bayona, habló con Bonaparte, y despues de recibir una pension de dicho emperador, le traspasó todos los derechos que tenia á la corona de España y sus dominios. Don Fernando no podia hacerlo, pero sin embargo, lo hizo: por esto no me atreveré sobre este particular á decir una sola palabra en contra de aquellos que dicen que D. Fernando vendió la España á Bonaparte. Sea venta, sea abdicacion, el caso fué que D. Fernando lo hizo, y para que la masa de la nacion lo aprobára, espidió desde Bayona dos proclamas muy notables, escitando á los españoles á la resignacion y sufrimiento (1). En vista de estas proclamas

---

»Dirijo á V. M. el protesto de los sucesos que acontecieron en Aranjuez, y contra mi destronacion: y muy confiadamente descanso en el cordial afecto y amistad de V. M., rogando á Dios que lo tenga en su santa guarda.—Señor mi hermano.—De V. M. el mas aficionado y amigo.—Carlos.—*Aranjuez, 25 de marzo de 1848.*»

PROTESTA.

«Yo protesto y declaro, que mi decreto de 19 de marzo en que renuncié mi corona en favor de mi hijo, fué un acto á que me hallé constreñido para evitar mayores calamidades y economizar la sangre de mis amados vasallos. Debe por tanto considerarse como de ningun valor.—*Yo el Rey.*»

(1) Hé aquí las proclamas:

«¡Españoles! mis amados vasallos: hombres pérfidos procuran desanimaros. Ponen las armas en vuestras manos porque las empleeis contra las tropas francesas. Ellos trabajan al mismo tiempo para armaros contra los franceses y á estos contra vosotros. El resultado de eso no puede ser otro, sino que la España sufra un saqueo con las mayores calamidades posibles. El espíritu de faccion, de que tengo ya sentidos los tristes efectos, está muy en movimiento. En medio de estas importantes y críticas circunstancias, yo me ocupo en concertar con mi aliado el emperador de los franceses, todo lo que tiene relacion con vuestra felicidad. Guardaos de oir á sus enemigos. Todos aquellos que os hablaren en contra de los franceses, están sedientos de sangre. Estos tales son enemigos de la nacion, ó son agentes de Inglaterra que se aprovechan cuidadosamente de las circunstancias, y cuyas intrigas envolverán la pérdida de vuestras provincias y una série de años de trabajos y calamidades para vuestro pais.

»¡Españoles! confiad en mi esperiencia y obedeced á la autoridad que tengo en

¿podrá decirse quizás, que D. Fernando obró de tal manera por un escesivo temor? ¡Ah! ¡si no hubiera conspirado contra su padre, aun pudiera defendérsele! Él fué ingrato con sus pueblos, y estos no lo quisieron ser con él, que al mismo tiempo que los llamaba villanos, traidores é insurgentes, los veia por otra parte proseguir animosos una encarnizada lucha, una sangrienta guerra, cuyo principal objeto era volver á don Fernando el sólio que él mismo habia despreciado. Don Fernando, fuerza es decirlo, correspondió muy mal á tantos sacrificios, y hasta llegó, por medio de cartas, á felicitar al rey de España José Bonaparte, cuando las tropas francesas conseguian alguna victoria contra las armas españolas; felicitaciones que se hacian estensivas tambien al mismo emperador. Entre muchas de las que dirigió D. Fernando á Napoleon, descuella una que versa sobre el nombramiento de José Bonaparte para rey de España (1), y para acabar de una vez, baste decir que llegó hasta el estremo de pedir para consorte una princesa de la familia de Bonaparte. Pero el hecho que mas tilda la conducta de D. Fernando,

---

mi pais. Seguid mi ejemplo, y pensad que en la posicion en que estais, no hay para los españoles prosperidad ni seguridad sin la amistad del grande emperador nuestro aliado.

»*Dado en Bayona, en el Palacio Imperial, llamado Palacio de Gobierno, á 14 de mayo de 1808.*—Yo el REY.»

Á LOS CONSEJOS DE CASTILLA Y DE LA INQUISICION.

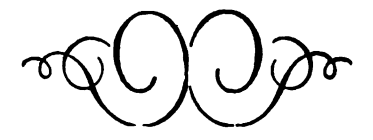
«En nuestras actuales circunstancias, hemos resuelto dar una prueba de afecto hácia nuestros amados vasallos, cuya felicidad, durante todo el curso de nuestro reinado, ha sido el constante objeto de nuestro cuidado Hemos por tanto abdicado todo nuestro derecho en favor de nuestro amigo y aliado el emperador de los franceses por un tratado que he firmado y ratificado, y que estipula la integridad ó independencia de los reinos de España y la conservacion de nuestra sacrosanta Religion, no solamente como dominante, sino como única y esclusiva en toda la España. Hemos, pues, juzgado conveniente mandaros esta carta para que os conformeis con mis disposiciones, haciendo todo esfuerzo para sostener al emperador Napoleon. Presentad la mayor franqueza y amistad á los franceses, y sobre todo dirigid vuestro cuidado á preservar el pais de insurrecciones y tumultos. En la nueva condicion en que vamos á entrar, volveremos frecuentemente los ojos para vos, y seremos felices si sabemos que gozais paz y contento. *Dado en el Palacio Imperial á 4 de mayo de 1808.*—Yo el REY.»

(1) Esta felicitacion fué escrita en Valencey á 29 de junio de 1808; y su principal pasaje es este: «El fin de todos nuestros deseos ha sido siempre la felicidad de la nacion generosa que habia en aquel vasto reino: no podemos ver á su frente un monarca tan digno y tan propio de sus virtudes, por asegurársela sin esperimentar un grande consuelo.»

fué la delacion que hizo á Bonaparte del baron de Kolly, irlandés, que habia venido cerca de D. Fernando, de órden de Jorje III, rey de Inglaterra, para salvar á D. Fernando y apartarlo de su cautiverio. Bonaparte hizo prender al desgraciado baron, y si no cayera el imperio de Napoleon, hubiera sufrido la última pena. Si quisiese citarte, Aurelio, hechos de ingratitud de D. Fernando, podria hacerlo; pero todas estas y otras noticias aun pueden encontrarse en ciertos documentos relativos á D. Fernando VII que publicó en 1823 un periódico comunero de Madrid llamado *la Tercerola*.

A favor de la invasion francesa, el espíritu de socialismo habia cundido mucho en la península, se habian formado ya varios clubs secretos, y en Cádiz se redactó y promulgó la Constitucion de la Monarquía, fruto de algunos hombres que lograron allá el triunfo de sus ideas. Cree esto que es mucha verdad, Aurelio; miembros de las sectas secretas eran los principales corifeos de la promulgacion constitucional. Este código encontró en el pueblo hispano oposicion. Promulgada la Constitucion y retirados los franceses de España sin haber podido lograr en ella su dominio, volvió D. Fernando á ocupar el sólio en 1814: pero es preciso afear el hecho de hacerle jurar por fuerza la Constitucion, al entrar en España, dándole á entender que si no lo hacía sería destronado. Sucedió esto á poco de haber pisado el rey terreno de Cataluña, y en medio del ejército francés que le acompañaba y del ejército español que le recibió, le presentó la Constitucion el general Copons. No es de estrañar que se adhiriera y prestára el rey juramento á la Constitucion, pues que si no lo hubiese hecho, hubiera quedado desposeido de la corona de España. Visto este acto de violencia, no era estraño que el rey sacudiera el yugo á la primera ocasion, aboliendo un código en cuya formacion para nada habia él intervenido. Hízolo efectivamente el rey, no obstante que prometió, en un decreto espedido en mayo de 1814, convocar Córtes tan pronto como le fuera posible. Este decreto fué espedido para calmar á los ánimos tumultuosos, pero de ningun modo para ser observado. Así acabó la Constitucion de 1812. Se habia formado por hombres que no tenian autoridad, y de ello puedo responderte, Aurelio, porque sé todas las supercherías que en Cádiz se pusieron en juego para poder reunir el suficiente número de representantes y discutir y sancionar la Constitucion. La España estaba entónces ocupada en la guerra, y los socialistas no podian escoger mejor ocasion para sembrar lo que ha venido á degenerar, y degeneró desde un principio, en *libertinaje*. Las sectas secretas fueron las únicas que promovieron y dirigieron el movimiento

constitucional; y aquel gaditano código fué solamente publicado para ponerse sus fundadores y prohombres en camino de dominar la situacion, de realizar los sueños dorados que eran el objeto de su secta, y de vivir á costa de un pueblo al que preconizaban con vano alarde. Cayó por fin el sistema; el rey hizo prender, encarcelar y desterrar á sus principales corifeos, y muchos de los que estuvieron bajo la accion de las leyes y los que mas sufrieron su rigor, fueron los célebres patriotas Argüelles y Canga Argüelles, Martinez de la Rosa, conde de Toreno, Capaz y Feliu, miembros entónces de la sociedad masónica. Se restableció la Inquisicion, y se erigió una rigurosa policía. Voy á hablarte ahora de otra época constitucional mas reciente.



CAPÍTULO III.

Esplica el P. Vincencio la segunda época constitucional de 1820.

> Riego fué el instrumento; Riego el grande,
> Que levantando ufano la cabeza
> Entre las tumbas de patriotas tantos
> Como han perecido á la violencia
> Del déspota inhumano... y elevado
> Sobre la pestilente y densa atmósfera
> De la opresion... blandiendo el refulgente
> Y noble acero su animosa diestra
> Del batallon de Asturias á la frente
> En primero de enero en las Cabezas,
> Ufano comparece.
>
> B. Morales.—*Caballero Comunero.*

En distintas ocasiones, continuó el P. Vincencio, se habian proyectado y efectuado en varios puntos movimientos insurreccionales en favor de la Constitucion. En Madrid, en Barcelona, en la Coruña, en Valencia y en otros puntos se probó fortuna, pero todo fué en vano. El único grito que mas tuvo eco é inspiró sérios temores, fué el que diera en la Coruña el brigadier Porlier, pero fué reprimida tambien la sedicion y Porlier fué condenado á muerte. El movimiento de Madrid fué tambien de bastante consideracion. Reychars con otros cinco fueron condenados á muerte: y O-Donojú, Yandiola y el general Rinobales con otros gefes militares sufrieron tambien penas y castigos dignos del crímen que intentaron. En Barcelona estaba á la cabeza de los insurrectos el general Lacy. El general Castaños supo la conjuracion, y Lacy, gracias á un antiguo compañero de armas suyo, fué preso, y Castaños le condenó á muerte de órden del Rey. En Valencia del mismo modo fué descubierta la conjuracion por el general Elío; y Vidal y Bertran de Lis fueron, con algunos otros, conde-



nados tambien á muerte. De este modo eran sofocadas todas las intentonas de los *filósofos de nuevo cuño* en sentido constitucional; hasta que ocurrió el pronunciamiento del general Riego. Estaban reunidos en Cádiz y sus inmediaciones 30,000 combatientes destinados á pasar á Ultramar con el objeto de reconquistar nuestras colonias, que se habian declarado independientes aprovechando la guerra que contra la Francia estaba sosteniendo la nacion española. Las sectas secretas se agitaron en todos sentidos, y despues de haber pesado todos los medios y todas las consecuencias, el coronel Riego (que era Mason) y que mandaba el regimiento de Asturias, fué el primero en pronunciarse por la Constitucion, á las ocho de la mañana del 1.° de enero de 1820, en la villa de San Juan de las Cabezas, distante 7 leguas de Sevilla. Al instante, seguido de su regimiento, se dirigió al cuartel general, que estaba en la villa de Arcos de la Frontera, distante 10 leguas de Cádiz, sorprendió al general de la espedicion Conde de Calderon Calleja, lo prendió junto con los generales, Fourna, Sanchez Salvador, y Blanco, y luego emprendió su marcha para la isla de Leon. Eso de prender un coronel á cuatro generales gefes suyos, sin otro motivo para ello que su solo capricho, es en verdad muy despótico. En la isla de Leon se habia levantado entretanto el coronel Quiroga (Mason tambien), que habia proclamado la Constitucion al mismo tiempo que Riego, y que con la ayuda de oficiales subalternos, habia reunido bajo sus órdenes 5,000 combatientes, sin contar los que Riego llevaba consigo. Quiroga fué elegido general en gefe de la sublevacion; y en 2 de enero publicó una proclama, en la que hacía mencion de lo que iba á hacer (1). Al mismo tiempo el ejército insurrec-

(1) Hé aquí la proclama:

«Soldados:

»Colocado á vuestro frente por la eleccion de los oficiales de este ejército, me dirijo á vosotros con aquella franqueza que debe existir entre compañeros de armas. La España se aproximaba á su destruccion, y vuestra ruina iba á completarse con la de la Patria. Vosotros erais destinados á la muerte, para librarse así el gobierno del temor que vuestro coraje le inspiraba; y tomó el pretesto de la conquista de las colonias, que ahora es imposible. Entretanto guardaban vuestras familias en la mas abyecta esclavitud bajo un gobierno arbitrario y tiránico, que dispone á su placer de las propiedades, de la existencia y de la libertad de los infelices españoles.

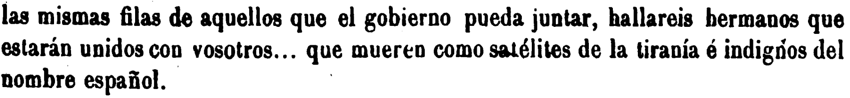
»¡Soldados! este gobierno se destruiria á sí mismo. ¡Es imposible sufrirlo por mas tiempo! Por una parte violencia y flaqueza; y por otra escitando la indignacion y el desprecio. Para que el pais sea feliz, el gobierno inspira confianza, amor y respeto.

»¡Soldados! empeñémonos por nuestro bien y el de nuestros hermanos de armas que aseguraron la independencia de la Nacion contra el poder de Bonaparte.

»La empresa es muy gloriosa. ¿Hay algun soldado que se nos oponga? Nó. En

cionado, que se llamó Nacional, dirigió al pueblo español un manifiesto (1),

---



las mismas filas de aquellos que el gobierno pueda juntar, hallareis hermanos que estarán unidos con vosotros... que mueren como satélites de la tiranía é indignos del nombre español.

»¡Soldados! Yo descanso en vosotros: vosotros sois dignos hijos de la Patria: probad que lo sois: union y disciplina es lo que os encomiendo. Yo tendré la satisfaccion de renumerar á aquellos que se distinguieron: pero si alguno falta á su deber, probaréis que no es en vano la autoridad que se me ha confiado, y que la energia de un gobierno que procura el bien, es siempre superior á la de un déspota.

«¡Soldados! la victoria nos espera, y su resultado es la gloria y los premios que la Patria derramará sobre nosotros en abundancia.

«Cuartel general de San Fernando, 2 de enero de 1820.

«El general en gefe del ejército Nacional.

«ANTONIO QUIROGA»

(1) Los principales párrafos de este manifiesto son los siguientes:

¡ESPAÑOLES

«Este problema es de solucion muy fácil. Cuando las naciones comienzan á ser posesion absoluta de un hombre solo, quedan sepultadas. El deseo de engrandecer al Príncipe, ocupa el lugar de los sentimientos del patriotismo y de la gloria. La seduccion, las artes, la intriga, las maquinaciones sórdidas, la traicion, la perfidia, son otros tantos genios malos que rodean al trono de los reyes absolutos y arbitrarios. La España ha sufrido estos males mas que ninguna otra nacion, desde el tiempo que Fernando VII comenzó á forjar sus cadenas. Los príncipes de la casa de Austria rivalizáronse unos á otros en levantar el edificio de la dominacion del despotismo. Desde aquel tiempo, se contó este pueblo por nada de policía. Desaparecieron los representantes que mantenian sus derechos. El principal objeto de las producciones del genio era lisonjear las pasiones de los reyes é imbuirlos en la idea de su omnipotencia. Nadie se ocupaba de los derechos de los hombres ni de la felicidad del pueblo con la energia que dá fuerza á los estados, ni con las virtudes que le aseguran su felicidad y su gloria. . . . .

. . . .

»Mas ¿qué ventajas ha tenido el pueblo español de tantos sacrificios y de tanto valor? ¿Qué ha venido á ser del edificio que la ley erigió y que debia ser inmortal? El rey, que todo lo debia á la nacion, hizo el primer ensayo de su poder para derribarlo. Los padres de la patria que lo erigieron fueron tratados como criminales y traidores. Amar y desear un gobierno que podrá ser el mas útil á la nacion, fué tenido por alta traicion. Las instituciones que fueron reprobadas por los sabios, y que habian provocado la invasion pasada, fueron renovadas con furia y exaltadas por la mas detestable hipocresía. Inventóse el crímen de desafeccion á la persona real, hasta entónces desconocido en Europa. Prisiones, destierros fueron el premio de los mas beneméritos de la patria. Corazones inflamados con sus glorias pasadas fueron llenos de terror; y al fuego de la Libertad que dá vida á los estados, sucedió el corrupto de la esclavitud que lleva consigo por do quiera que exista la muerte civil. .

. . . .

«¡Pueblo español, generoso, valiente y grande! ¡Pueblo, llamado por el destino á

y cuando Riego y Quiroga se juntaron, encaminaron todos sus esfuerzos á lograr el pronunciamiento de Cádiz, pero el gobernador de aquella plaza A. R. Valdés desbarató el complot, prendiendo á Rotalde y á otros que debian entregar Cádiz á los insurrectos. Son infinitas las tentativas que se hicieron para lograr que Cádiz cayese en su poder, pero todo fué en vano. Entretanto Quiroga desde su cuartel general de San Fernando envió un memorial al rey, pidiéndole que cediera al movimiento revolucionario; dirigió una proclama á su ejército *nacional*, (que era como él lo llamaba) á los de la ciudad de Cádiz y á los cuerpos de Milicias provinciales. Los insurrectos permanecian en la isla de Leon cerrados y sitiados por los generales O-Donell y Freyre, que habian tomado fuertes posiciones. Dios sabe los medios y estratagemas de que tuvieron que valerse Quiroga y Riego para conservar el espíritu revolucionario de sus tropas, y para impedir que se volvieran á las filas reales. El hambre empezaba ya á apretarles, y entónces fué cuando Riego, poniéndose al frente de 1,200 hombres, salió de la Isla cantando el célebre *himno de Riego*. Felizmente para ellos pudieron pasar desapercibidos por las tropas reales, y llegaron por fin á Algeciras, en cuya ciudad hizo proclamar la Constitucion.

Habia llegado ya el momento decisivo, y todos los que la secta habia comprometido al sostenimiento de la Constitucion, debian declararse hostiles á su rey, por mas que éste tuviese puesta en ellos su confianza, y

---

ser el primero sobre la faz de la tierra! únete á tus hijos para hacer aquellas leyes que constituyeron vuestra propiedad y grandeza. Atreveos á usar de vuestros derechos, y á restablecer lo que tan solemnemente promulgasteis. Sin leyes no puede haber estado: sin leyes sancionadas por cuerpos representativos, no puede haber libertad civil, que es el mayor bien que el ciudadano puede gozar. Practicad estas virtudes, fruto de la inteligencia y de la esperiencia de los siglos: dad al mundo este grande espectáculo, que espera de una nacion que por doce años tiene á toda la Europa en movimiento: no permitais que se diga que la apatía es vuestro elemento, ó los hierros que os esclavizan son solamente los que os convienen: uníos á vuestros hijos, que aspiran solamente á la sublime honra de quebrarlos: sus armas y su sangre os pertenecen, y cientos de millares de almas dependen solamente de vuestra voluntad ¿En quién pondreis vuestra esperanza? ¿Qué barreras se os oponen? ¿Quién se opondrá á la voluntad de todo un pueblo? ¡Nacion española! si no aprovechas la aurora de tu felicidad, no suspires, no te quejes. Los males que sufririas, los habrias bien merecido: las lágrimas que derramarias no escitarian la compasion de nadie; y si por causa de tu abatimiento perdiésemos tan noble empresa, tendremos la satisfaccion por lo menos de haberla comenzado: y cualquiera que sea nuestra suerte, será envidiada de los que respiran en la opresion y sienten el remordimiento que su ignominia á cada instante les presenta.»

por mas que tuviesen que violar sus mas sagrados juramentos. El Grande Oriente habia trabajado infinito desde mucho tiempo antes para aumentar considerablemente el número de sus adeptos, y les habia comprometido á secundar el movimiento constitucional. Juramentos de muerte impedian á los iniciados el volverse atrás, y por este motivo los revolucionarios de la isla de Leon vieron secundados sus esfuerzos en todos los ángulos de España. No siendo por las maquinaciones de la secta, no es ni tan solo concebible que pudiera llevarse á efecto una revolucion de la naturaleza de la de 1820. Riego salió al pronto de Algeciras, y al llegar á Málaga encontró ya allí que la sociedad Masónica habia trabajado para secundar sus esfuerzos, y no solo fueron depuestas las autoridades, sino que tambien se unieron á la columna de Riego 2,500 hombres, con los cuales, y la fuerza que tenia de antemano, se dirigió á Granada. En el reino de Valencia se sublevó el brigadier Nebot con 400 hombres y proclamó la Constitucion. La ciudad de Murcia se pronunció tambien; fué cañoneado el palacio inquisitorial, y 500 hombres que salieron de su recinto fueron á Cartagena, y obligaron á esta ciudad á pronunciarse en igual sentido. La guarnicion y el pueblo de la Coruña se sublevaron tambien, pusieron preso al capitan general de Galicia, nombróse una junta de Gobierno presidida por D. Pedro Agar, se destacó una columna volante con el objeto de sublevar todas las demás poblaciones, y en pocos dias, no solo la secta masónica logró proclamar la Constitucion en toda Galicia, sino que hizo estender la sublevacion por todo Asturias, llegando hasta Santander. El general Mina entretanto (que fué uno de los capataces de la secta masónica) entró en la península, procedente de Francia, donde estaba emigrado, se puso á la cabeza de 500 hombres que la secta le tenia preparados, proclamó la Constitucion en muchas poblaciones de Navarra, y despues de haber aumentado su pequeño ejército hasta el número de 2,000 hombres, se presentó á las puertas de Pamplona, cuyo gobernador le estaba esperando para proclamar tambien la Constitucion. En Barcelona se hizo lo propio en 10 de marzo, nombróse una Junta directiva, se depuso al general Castaños, y se nombró para sucederle al general Villacampa. Cataluña entera siguió el ejemplo de Barcelona. El conde del Abisbal se pronunció con su pequeño ejército en Ocaña; el coronel Riguero en Ciudad-Rodrigo con su regimiento; el general Fréyre, en lugar de atacar á los sublevados de la isla de Leon, los protegió cuanto pudo, y se pronunció tambien con su ejército de 6,000 hombres. En todas partes tenia la secta masónica sus creyentes, en todas partes se cumplieron estrictamente sus mandatos, y no parecia sino

que D. Fernando habia apoyado tanto tiempo á todos sus ejércitos, para que le abandonáran cuando necesitaba de ellos. Los generales en quienes él tenia confianza le volvieron tambien la espalda, la secta todo lo habia invadido, hasta el honor de los militares; y el rey, abatido, afligido, admirado por tantos y tan inesperados sucesos, no sabía en cuál de sus súbditos depositar su confianza, no podia conocer los corazones de aquellos hombres para quienes los juramentos no fueron inviolables; y así fué, que divagando de uno á otro de entre sus servidores, escogió al general Ballesteros, que estaba de cuartel en Valladolid. Quiso el rey confiarle el mando del ejército que queria destinar para combatir contra los insurrectos, pero el general Ballesteros manifestó al monarca que él era constitucional, y que no queria atacar á los sublevados. Entónces el rey no supo ya qué hacer, y mientras se hallaba en esta alternativa publicó en 6 de marzo un decreto convocando Córtes. Los insurrectos, envalentonados con sus triunfos, no quisieron Córtes sino Constitucion, y viendo que el rey no queria ceder á sus exigencias, hicieron que cediera á la fuerza. Para ello el general Ballesteros se puso de acuerdo con los principales gefes de la guarnicion de Madrid y el Grande Oriente..., hace sublevar al pueblo... cunde la alarma... puesto á la cabeza de unos cuantos insubordinados y de los mas perversos de entre el populacho, penetra á mano armada en el real palacio... Llega hasta la misma estancia del rey... y le intima que elija entre jurar la Constitucion ó la muerte. Puesto el rey en tal conflicto, escogió el primer partido. De este modo vino D. Fernando á adherirse al sistema constitucional. No era esto lo que él queria; pero ya lo ves, Aurelio, aprende en esta leccion: Dios del mismo modo castiga los desaciertos de un hombre cualquiera, que los de un monarca. Aquí tienes á D. Fernando, cuyos actos reprobables fueron tantos, y cuya conducta en política habia sido muy reprensible desde 1814 á 1820... Véle como llegó por fin el dia en que no encuentra ningun vasallo que pueda mandar por él en el ejército... todos le dejan... todos le abandonan... y quizás si hubiera sido otra su conducta, no hubiera dejado de encontrar súbditos mas leales; y tal vez no hubiera motivo para que muchos creyeran aquellas espresiones de que la Constitucion era mas buena que el gobierno absoluto.

El Rey entónces, añadió luego el P. Vincencio, declaró que habia sido engañado, y suspiraba tambien por la Constitucion: mas esto no debia hacerlo en verdad, porque la falsía es mas notable en una testa coronada que en otra cualquiera. Formóse entónces una Junta directiva en la ca-

pital del reino (1); decretóse la formacion y reunion de Córtes; la abolicion del Santo-Oficio; la supresion de la policía; la amnistía para los sectarios de Bonaparte; la libertad de los constitucionales que estaban presos desde la caida de la pasada Constitucion; y el rey dirigió un manifiesto á la Nacion (2), el cual fué seguido de otro del infante D. Cár-

(1) Individuos de esta Junta:
Eminentísimo señor Cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo.—*Presidente.*
D. Francisco Ballesteros, teniente general.
Ilustrísimo señor Obispo de Valladolid.
D. Manuel Abad Queipo.
D. Manuel Lardizabal.
D. Mateo Baldomeros.
D. Vicente Sancho, coronel de Ingenieros.
D. Francisco Queipo de Tejada.
D. Bernardo Tarrien.
D. Ignacio Pezuela.
El infante D. Cárlos María Isidro fué nombrado tambien general en gefe de todo el ejército español.

(2) Decia así:

«ESPAÑOLES:

»Cuando vuestros heróicos esfuerzos pusieron fin al cautiverio á que me habia reducido la mas inaudita perfidia, todo cuanto ví y oí despues que volví á pisar este mi pais natal contribuyó á persuadirme que la Nacion deseaba ver restablecida su antigua forma de gobierno: y esta persuasion me indujo á consentir en lo que parecia ser el deseo general de una nacion magnánima, que despues de haber triunfado de un enemigo estraño, tenia todavía los horribles males de la discordia intestina.

»No ignoraba yo que los rápidos progresos de la civilizacion de Europa, la universal estension de los conocimientos, aun entre las clases menos elevadas del Estado, la mas frecuente comunicacion con diferentes paises del globo, y los mas espantosos acontecimientos que estuvieran reservados para la presente generacion habian escitado ideas y deseos desconocidos á vuestros antepasados, de que precisamente debian emanar nuevas é imperiosas necesidades. No dejaba yo de conocer que sería requisito indispensable amoldar vuestras instituciones conforme á nuestros elementos, en órden á asegurar aquella conveniente armonía entre el pueblo y las leyes, sobre que se apoya la estabilidad y el reposo de las sociedades.

»Pero aunque yo meditaba maduramente y con toda la solicitud natural en mi paternal corazon, en las reformas de nuestro Código fundamental, que parecian mas congruentes al carácter nacional y al estado presente de las diferentes porciones de la monarquía, y tambien conforme á la organizacion de otros paises ilustrados, vosotros me hicisteis saber vuestros deseos de que se restableciese aquella Constitucion que en medio del estruendo de las armas enemigas fué promulgada en Cádiz en 1812, en un período en que con admiracion de Europa peleabais por la libertad de vuestra patria. Oí vuestros deseos, y como tierno padre he consentido en lo que mis hijos juzgan conveniente á su felicidad. Presté el juramento á la Constitucion

los y de una esposicion que hizo Riego al Rey (1). En tal estado de cosas es fácil conocer, que habiéndose visto el rey obligado á jurar la Constitucion, debia necesariamente intrigar para que volviera á caer á la mayor brevedad; y así lo hizo efectivamente. A medida que la Constitucion española era aclamada en Portugal, Grecia, Nápoles y Piamonte, solicitó D. Fernando el auxilio de los gabinetes estranjeros para que le ayudasen á vencer á la revolucion. En vista de esas peticiones de don Fernando y de las de los demás soberanos que se hallaban en su caso y de que era conveniente á los gabinetes del Norte el impedir la propagacion del movimiento liberal, reuniéronse en Tropau, y trataron de los medios de llevar á cabo su empresa. Túvose despues otro congreso en Verona y se prometió finalmente á D. Fernando el auxilio estranjero para el caso de que no pudiera vencer por sí solo la revolucion. Confiado en estas promesas, empezó el rey á intrigar abiertamente contra la Constitucion, y los que mas le sirvieron para ello fueron los mismos liberales que se apartaron del camino que habian emprendido Riego, Quiroga, y los primeros que se pronunciaron. Hubo entre los liberales grandes di-

---

que anhelabais y seré siempre su mas firme apoyo. Tengo ya adoptadas las medidas necesarias para la pronta convocacion de las Córtes, y unido á vuestros representantes, me regocijaré en contribuir á la grande obra de la prosperidad nacional.

»¡Españoles! Mi corazon no aspira sino á vuestra gloria, y mi único deseo y alegria consiste en veros unidos alrededor de mi trono contentos y libres. Confiad por tanto en vuestro rey que se dirige á vosotros con aquella sincera efusion de su corazon, escitada por las circunstancias en que estais colocados y por el íntimo convencimiento de que estos son los altos deberes que la Providencia me impone. Vuestro bien dependerá de aquí en adelante en gran parte de vosotros mismos. Guardaos de estraviaros por la falsa apariencia de un bien ideal, que frecuentemente impide que se goce el bien verdadero. Evitad la efervescencia de las pasiones, que demasiadas veces trasforman en enemigos á aquellos que solamente procuran tener el lugar de hermano: concordad en afecto, así como concordais en Religion, en lenguaje y en costumbres. Repeled las insidiosas insinuaciones enmascaradas con ardid de vuestros rivales: *marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional:* y dando á la Europa un ejemplo de sabiduría, órden y perfecta moderacion, en una crísis que en otras naciones ha ido siempre acompañada con lágrimas y desgracias, hagamos que se admire y respete por siglos el nombre español al mismo tiempo que trabajamos por vuestra gloria y felicidad.

»*Palacio de Madrid á 10 de marzo de 1820.*

«FERNANDO.»

(1) Este es el principal párrafo de este manifiesto:

«Jamás presentó la España tan grande espectáculo: nunca el trono de S. Fernando apareció tan espléndido y glorioso. Un Rey unido con su Nacion, un Rey jurando aquella Constitucion que le priva del triste poder de hacer mal á la Patria. ¿Qué

visiones, y de ellas, Aurelio, voy á hablarte ahora mismo, porque es el período mas horrible y espantoso de la Constitucion española.

---

objeto mas magnífico á los ojos de la razon, de la humanidad y de la justicia? ¿Quién puede pensar en esto sin llenarse de entusiasmo como perteneciente á una Nacion que ha sido el teatro de tal accion? ¿Quién no se convencerá, Señor, viendo la brillante perspectiva que presenta tan noble y generoso comportamiento? ¿El restablecimiento de la ley y de la moral, la vivificacion de la industria, la proteccion á la agricultura, el comercio levantándose de sus ruinas, las ciencias y las artes liberales reasumiendo todo su lustre, las ventajas del pueblo y el nombre de Fernando VII pasando á la posteridad con tanta gloria? ¿No son estos objetos interesantes para el corazon de V. M.? ¿Y no os hacen dar los parabienes á vos mismo por haber sacudido el ignominioso yugo que la lisonja y la traicion os habian levantado?»



CAPITULO IV.

Continúa el P. Vincencio su narracion.

Pero todo en poder de estos tiranos
Sin duda alguna perecido hubiera:
Y las Naciones todas que subyugan
En distinta aptitud ahora estuvieran,
Si no hubiera en España hombres indignos
Que á sus hermanos sin piedad vendieran.
B. Morales.—*Caballero Comunero.*

Aquí interrumpió el P. Vincencio su narracion por algunos momentos. Aurelio guardaba profundo silencio, mientras que la relacion de su maestro conmovia vivamente su imaginacion.

—¿Hubieras creido, Aurelio, le preguntó al fin el jesuita, que en España hubieran acaecido hechos tan estraños y sorprendentes, y tan análogos á otros que están sucediendo hoy dia?

—Hubiera creido sin duda lo primero, contestó el jóven, pero tocante á lo segundo, debo deciros, que si bien encuentro alguna analogía entre los sucesos que están ahora trascurriendo y los que vos me contais, sin embargo, veo entre ambas épocas una diferencia muy notable.

—¿De veras?

—Sí en verdad...

—¿Y cuál es?

—Vos no habeis dicho si en la otra época constitucional se llegó á tal estremo de barbaridad, que pueda equipararse con lo que vamos á presenciar muy pronto en el incendio de conventos... Y como no me ha-

beis citado aun ningun hecho de estos, presumo que no habrá término de comparacion.

—Tambien entónces se pegó fuego á algunas casas de religiosos, varias de ellas fueron saqueadas y derribadas, muchos frailes perseguidos, calumniados y acusados; y los hombres del partido monárquico no podian contarse seguros sino en el estranjero. Yo no te he hablado de ello, porque sería cansarme en vano si bosquejára tan solo ligeramente las horribles atrocidades de aquella época, frutos de una Constitucion que decian ser la suma felicidad, la civilizacion, la industria y la libertad. Pasaré por alto todos estos hechos terribles que el corazon humano deplora. Prescinde tú de si la Constitucion era buena ó mala, y piensa tan solo que era hija de úna secta, y que habia jurado la destruccion de aquellas creencias que llenaron de ódio á Voltaire y á sus amigos.

—No dejaré nunca de tener en cuenta esa circunstancia, mayormente ahora que estoy deseando saber los males y calamidades que se originaron de la division de los mismos liberales.

—Las causas de las divisiones entre los liberales, dijo el P. Vincencio, son muchas. En primer lugar, Riego, que habia sido el restaurador de la Constitucion, escitaba la envidia de todos sus colegas constitucionales, y algunos de ellos calumniaron con razon ó sin ella á Riego, para hacerle caer del alto puesto en que su arrojo y atrevimiento le habian colocado. Estas, sean supercherías ó acusaciones verdaderas, tuvieron acogida en el ministerio, en el cual estaba D. Agustin Argüelles, que se demostró enemigo de Riego. Voy á esplicarte lo que era este ministerio. Don Agustin Argüelles, junto con otros muchos, entre los cuales descuellan en primera fila el conde de Toreno y D. Francisco Martinez de la Rosa, habian permanecido encarcelados desde que habia caido la primera Constitucion; y el levantamiento de 1820 los restituyó á Madrid llenos de popularidad. No era estraño, por lo tanto, que Riego y todos los demás confiáran en sus manos las riendas del gobierno. Pero ¡qué estraña casualidad! ¡Dios solo es el que puede conducir los negocios de tal manera! Estos mismos hombres, que desde tanto tiempo habian estado sujetos á la cadena (y no sé si al grillete); estos hombres que tan acérrimos defensores debian permanecer de una Constitucion exaltada, estos hombres que tan enemigos debian mostrarse de ese D. Fernando, á quien habian llamado mil veces tirano; esos hombres fueron los que se declararon mas enemigos del código de Cádiz, y los que se coligaron con el rey para modificarlo enteramente. De este modo el rey pudo conspirar abiertamente y á mansalva, para derrocar el nuevo órden de go-

bierno. De esas tendencias del ministerio á reformar la Constitucion, se originó la primera division de los Liberales, que era lo que deseaba el rey. Abriéronse por fin las Córtes: Argüelles se puso al frente de los Reformistas, y Riego y otros al de los Constitucionales puros. Hubo en aquellas Córtes dos bandos enteramente opuestos, que enconaron de tal modo la division, que los Reformistas se separaron de los Masones y formaron una sociedad secreta separada con el título de *Comuneros*. Argüelles entretanto, que era el ministro de la Gobernacion de la Península, hizo propalar por medio de sus periódicos la idea de que Riego era un intrigante, un ambicioso y un enemigo de las verdaderas libertades patrias; que la Constitucion de 1812 presentaba muchos inconvenientes; que era preciso modificarla; que muchos intereses y derechos lastimados eran incompatibles con algunos artículos del Código, y que el mismo rey D. Fernando no queria adherirse á él, porque preveia que iba á ser la ruina de España. Yo creo muy bien que hasta cierto punto tenia razon Argüelles: y á él le habia sobrado tiempo, mientras permaneció preso, de considerar todos esos inconvenientes que despues espuso. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que las ideas de Argüelles encontraron mucha acogida, y por esta razon se unieron con él y los Masones todos aquellos Constitucionales que estaban llenos de miedo, y pesaba ya el paso que habian dado, pronunciándose tambien por la *Pepa*, que era como los del Zurriago llamaron despues á la Constitucion. Por otra parte, los que deseaban el Código de 1812 puro y neto, se reunieron á los Comuneros y trabajaron asíduamente para sostenerse. Argüelles entretánto presentóse á las Córtes, pidiendo que la Constitucion fuese modificada, y entre otras de las reformas que pedia, era la de un estudiado *plan de cámaras,* y la del *veto absoluto* para el rey. Apoyaron esas reformas D. Fernando y el ministerio con todos los demás corifeos Masones, y el otro bando no se quedó atrás en punto á ataques. Por supuesto que con tales apoyos como tenia el plan de cámaras y veto absoluto, encontrarian mucho eco en toda la nacion. Esto lo tuvieron los Comuneros por un verdadero *casus belli*. Dedicáronse entónces á aumentar el vigor y poderío de su secta y lo consiguieron á poca costa. Todos los Constitucionales exaltados se reunieron á ellos; aquellos jóvenes que eran noveles en materia de masonismo, y que habian hecho su primera salida con los pronunciamientos de 1820, se pasaron tambien á las filas de los Comuneros; los descontentos de los Masones iban tambien abandonando sus antiguas filas; pero lo que contribuyó mas poderosamente al engrandecimiento de los Comuneros, fué el sinnúmero de cesantes que cada dia iba multipli-

cando el gobierno. Entre los Constitucionales de 1820 habia infinitos que habian entrado en los pronunciamientos sin mas patrimonio que sus bocas para gritar, y unos inmoderados deseos de ganar dinero: y la mayor parte de ellos fueron destinados á desempeñar los cargos públicos de la nacion. Bien es verdad que esos cargos se multiplicaron hasta lo infinito, mas, con todo, no bastaron para los solicitantes; era por otra parte imposible contentar á todos, y no solo los que se cansaban de esperar que fueran premiados con un empleo *sus relevantes servicios,* se pasaban á los Comuneros, sino que hacian lo propio aquellos que quedaban cesantes. Hubiera sido preciso, que para cada diez hombres en España, hubiérase nombrado un empleado de crecido sueldo, para que Argüelles y los Masones no perdieran infinitos de sus prosélitos. De este modo vino á engrosarse la secta de los Comuneros.

Por otra parte, mientras que los dos bandos liberales se preparaban para una sangrienta lucha, el partido monárquico tenia tambien sus reuniones secretas, con el objeto de derrocar la Constitucion y nombrar nuevamente á D. Fernando rey absoluto. Estas reuniones se tuvieron tambien en muchas capitales de provincias y poblaciones subalternas. En Madrid se tenian en casa de un tal Basso, que era hijo de uno de los principales agentes de la suprimida policía, y los mas comprometidos de esa reunion eran el mismo Basso, el canónigo Heroz y el general Echebarri. Mientras ellos deliberaban, llegó la ocasion de que el rey tuvo que prestar ante el Congreso el juramento de adhesion al nuevo Código; se presumió que el rey no lo haria de muy buena gana, y algunos de los mas acalorados Comuneros concibieron el proyecto de asesinarle con todo su ministerio, dado caso de que no prestase el juramento, levantando luego el pendon republicano. La reunion monárquica, que estaba al corriente de todos esos negros proyectos, concibió á su vez la idea de hacer huir á Fernando de Madrid, sustrayéndole por este medio á la furia de los Comuneros, y aun de los Masones, que tampoco hubieran consentido de ninguna manera que el rey dejase de jurar la Constitucion. Los Comuneros, que por un medio ú otro traslucirian tambien los proyectos de la reunion monárquica, resolvieron pegar fuego á Madrid por todos lados, el dia de la fuga de Fernando, y cumplir con sus primitivos proyectos en medio del barullo popular. Señalaron para ello dia y hora, pero la reunion monárquica, empeñada en llevar cuanto antes á cabo sus intentos, resolvió que el rey huyese antes de la hora convenida, y así iban á verificarlo ya. Estaban los coches preparados; algunos emisarios habian partido de antemano para convencer á los pue-

blos del tránsito de que el partido constitucional iba á proclamar la república, y hasta habian hecho ya los preparativos para levantar un ejército real y proceder inmediatamente contra los constitucionales. De este modo debian quedar burlados los designios de los Comuneros, que no creian estuviese tan cercana la fuga del rey; pero se descubrió de antemano por una casualidad, y ya que no pudieron poner en planta el incendio y asesinatos, se contentaron con impedir la fuga del rey. El general Velasco, gobernador de Madrid, instruido del proyecto, hizo prender á todos los conjurados, se alborotó el pueblo de Madrid, y el rey no pudo huir. Por de pronto, los presos fueron conducidos á la cárcel de Búrgos; pero como que el rey era el principal interesado en la conspiracion, no se les impuso castigo alguno y se suspendieron las causas.

Ya tienes, por lo tanto, Aurelio, á los liberales divididos en dos bandos formidables. No te diré yo cuál iba mejor de entre ellos, pero puedo asegurarte que los Comuneros, prescindiendo de sus designios, eran mas consecuentes, y si cabe, mas caballeros que los Masones. Hoy, Aurelio, tambien se llama Comuneros á los Progresistas, y Masones á los Moderados; yo en verdad te digo, que los títulos les convienen, sin que pueda asustarte el que sean hoy Comuneros algunos que entónces fueron Masones, ó viceversa.



CAPÍTULO V.

—

Continúa el P. Vincencio su narracion. Masones y Comuneros.

Estos motivos están consignados en algunas páginas secretas que el descubrirlas seria muy perjudicial.

Argüelles.—en el Congreso de diputados. Legislatura de **1820.**

PRESENTÓSE Aurelio al dia siguiente á la casa del Padre Vincencio, el cual se hallaba ya un poco restablecido, y estaba sentado en una silla de brazos, desde la cual prosiguió su narracion á pesar de la presencia de algunas otras personas de confianza que habian ido á visitar al Jesuita. Dijo así:

—Argüelles era el gefe de los Comuneros y era envidiado por muchos, no solo por el distinguido puesto que habia conquistado, sino tambien por la gran consideracion en que se le tenia. Al rey, por otra parte, se le hacian insufribles las ovaciones que el pueblo de Madrid tributaba á Riego, y conociéndolo Argüelles, quiso poner término á esas demostraciones populares, mas bien por otras razones agenas del desagrado del rey, que por este mismo. Reunióse por lo tanto en la casa llamada *del Patriarca* junto con los demás ministros, el conde de Toreno y un buen número de diputados. Allí espuso Argüelles los proyectos de Riego para proclamar la República, lo que fastidiaban al rey las ovaciones del pueblo de Madrid, la cruda guerra que hacía á la secta masónica, y les dijo que era enteramente preciso que Riego fuese alejado de la capital del reino, no solo por mil razones que espuso, sino tam-

bien porque era el principal enemigo del *plan de cámaras* y *veto absoluto*. Determinóse por fin desterrarle de la capital, y una órden del rey le intimó que pasára de cuartel á Oviedo y que para hacerlo tenia solamente el término de 24 horas. Riego se vió obligado á salir para Oviedo: elevó sus quejas á las Córtes, y los Comuneros, que reconocian en él al mas fuerte sosten de su secta, pusieron el grito en el cielo. En Madrid hubo alarma, y Argüelles se vió precisado á poner sobre las armas toda la guarnicion de Madrid, formando una batería en la puerta del Sol. Los diputados clamaron tambien contra tal modo de obrar, se pidieron esplicaciones al gobierno, y en una sesion-barullo tenida en setiembre de 1820, dijo Argüelles á las Córtes, al tratar de los motivos que habia tenido para desterrar á Riego: *que estos motivos estaban consignados en algunas páginas secretas, que el descubrirlas sería muy perjudicial.* No sé qué motivo tenia Argüelles para esa peregrina contestacion. Lo cierto es que Riego marchó á su destierro, y los Comuneros perdieron á su principal adalid.

Algunas de las medidas del Gobierno desagradaron altamente al ejército nacional, que estaba acantonado en la isla de Leon, y cuya mayor parte estaba en pro de los Comuneros, los cuales y sus adictos en el ejército (con verdad sea dicho) no suspiraban sino por la caida de los Masones. Constantes en este objeto, los Comuneros trabajaron asíduamente en sus Logias ó Torres para lograr la caida del ministerio; y se pensó dar un golpe de mano con el ejército nacional de la isla, ya que de otra manera no podian conseguir sus fines. Tomadas estaban ya las disposiciones, pero el Gobierno, que estaba al corriente de todas las maquinaciones, quiso destruir el ejército de la isla. Entónces era ministro de la guerra el mismo marqués de las Amarillas, que lo es ahora (en julio de 1835): y á él se debió la realizacion de este proyecto. Esto no fué en verdad obrar constitucionalmente; y por este motivo se elevó al rey una esposicion, pintándole los fatales resultados que podria producir al sistema la realizacion de este proyecto, pero todo fué en vano (1).

(1) Hé aquí la esposicion elevada al Rey en 11 de agosto de 1820.

«Señor: Deseamos que los que cercan á V. M. conozcan plenamente la sinceridad de nuestros sentimientos, y deseamos con igual buena fé promover la felicidad de España siguiendo las veredas que el cielo se dignó abrirnos. Deseamos que ellos quieran, así como nosotros, que V. M. viese que su gloria y su prosperidad se aumentaba en la línea del comportamiento que adoptó con tanta nobleza para el bien

Entretanto el ministerio Argüelles, acosado por todos lados y estre-

de la Nacion: de esta Nacion que ha probado á todo el universo el amor que profesa á vuestra Real Persona.

»Pues, Señor, si esto es así, sin temer interpretaciones siniestras, vamos á depositar en el seno de V. M. todos nuestros sentimientos: y nuestra franqueza hará que ellos sean recibidos con generosa indulgencia. Una órden real de 14 de julio último que desbanda el ejército de observaciones, nos ha sido comunicada en el 8 del corriente por el capitan general de Andalucía D. J. O. Donojú. Esta órden nos hace temer que este recurso no sea recibido tan favorablemente como debe ser: recelamos que una mano hostil dirige las operaciones del Ministerio y lleva la Nacion á su ruina: recelamos que compromete á V. M., al ejército y á nosotros mismos, que nada deseamos mas que el establecimiento del sistema constitucional. Este sistema, Señor, asegura á V. M. una grandeza y un poder que no podia gozar en el sistema contrario: porque V. M. ha tenido demasiada triste esperiencia, á costa de la honra española en aquellos años de triste memoria, en que estabais cercado y engañado por ministros, al mismo tiempo ignorantes y perversos.

»Decimos, Señor, con franqueza, que una mano oculta guia á su destruccion inevitable tanto á la Nacion, como á V. M.; porque escita desconfianzas indignas de V. M. y de nosotros. Nuestra buena fé se ha irritado por las sospechas que las órdenes ministeriales no pueden disfrazar.

»En órden, Señor, á preservar el efecto que nuestros cuidados nos testifican y la bondad con que V. M. nos honra, debemos permanecer fieles á los principios que proclamamos cuando abrazamos la causa de nuestra Patria y la de V. M. La historia nos enseña que muchas veces ha costado caro el decir la verdad á los reyes, no porque ellos sean enemigos de la verdad, sino porque ella contrasta los intereses de sus cortesanos.

»Las mismas hazañas del Cid, que nunca se ocupó de otra cosa mas que de la gloria de su príncipe, fueron objeto de sarcasmos de los validos de palacio, y castigadas por aquellos que las debian premiar. Pero nosotros no podemos ver con indiferencia á nuestro pais sumergido en la confusion, no por la ignorancia, sino por la perversidad del ministerio que nos lleva al borde del precipicio, poniendo en peligro la seguridad del Estado, obligándonos á relajar las leyes de la disciplina y sorprendiendo á V. M. para que dé órdenes contrarias á su servicio, y peligrosas á la tranquilidad pública. Nuestro comportamiento prueba que no debemos ser objeto de ninguna suerte de desconfianza: las tropas que tenemos la honra de mandar, merecen las bendiciones y el amor de V. M. y de todos los españoles. Á pesar de la oposicion que esperimentamos á cada paso y de las intrigas que incesantemente contrarian nuestros mas inocentes movimientos, no hay un individuo en el ejército que corra algun peligro de ser acusado de enemigo de su Patria y de su Rey. Ya somos esperimentados y además daremos pruebas convincentes de nuestro buen comportamiento para poder contar de antemano con la estimacion de la posteridad. Se reunió el Congreso: pero todavía no ha podido realizar las reformas que la Nacion exige; estas reformas necesariamente las han de remitir aquellos que están acostumbrados á vivir de las calamidades públicas: aquellos que no pueden soportar la idea de ver que los españoles adquieran, por medio de las nuevas instituciones, los conocimien-

chado por las exigencias de sus compromisos, fué depuesto, entrando á sucederle el ministerio Feliu, compuesto del citado Feliu, Sanchez Salvador, Cano-Manuel, Pelegrin, Vallejo, Escudero y Bardají. Este ministerio subió al poder por la intriga de una nueva sociedad secreta que se ha-

---

tos que antes les faltaban: aquellos que no pueden ver que se difunden las verdaderas fuentes de aquella prosperidad que debe ser procurada por el hombre de bien, por el Español digno de este nombre.

»El dia 10 de marzo todavía estaba impune: la justicia nacional aun no habia alcanzado á aquellos que en 1814 hicieron traicion á la justicia de su patria, y abusaron de su augusta mision, engañando á V. M. y estraviando su razon hasta el estremo de hacerle compensar con tormentos y muertes la generosa inclinacion de los españoles en favor de V. M. cuando estaba cautivo en manos de sus perversos enemigos, aquella inclinacion cuyo objeto era consolidar la libertad pública sobre tales bases, que no fuese posible destruirla aunque alguno de nuestros príncipes fuese víctima de ministros ignorantes y corrompidos. Mil reglamentos indispensables tienen todavía que ser sometidos á la primera discucion: la Ley fundamental del estado y la seguridad pública están amenazadas por asociaciones protegidas por estranjeros, y por inquietudes internas, cuyas causas pueden tambien atribuirse á influencia estranjera.

»En estas circunstancias quiere el ministro disolver el ejército de observacion, aquella salvaguardia de la representacion nacional, por la cual nosotros peleamos por V. M. y por las nuevas instituciones que todavía están bien léjos de la perfeccion y solidez necesarias para dar una verdadera garantía al sosiego general.

» Una vez disuelto este cuerpo del ejército, V. M. ya no tiene defensa alguna contra los enemigos de su Persona y de la Nacion. Si abandonamos esta posicion, desde la cual hemos hecho temblar á los malos, ¿qué vasto campo se abrirá á las culpables esperanzas de aquellos, de cuyos proyectos criminales proviene nuestra union? Señor, la desgracia de la inocencia proviene de la seduccion de los perversos, y V. M. ya fué seducido por consejeros pérfidos, como V. M. declaró en su proclamacion de 10 de marzo próximo. ¿Quién puede asegurar á V. M., á sus ministros y á nosotros, de que la disolucion de este cuerpo no procede de una trama contra la libertad de nuestra Patria, contra la Constitucion, de V. M. y el trono?

»Animados, Señor, por el mas vivo interés del bien general que interesa escencialmente á V. M. y á su real familia; convencidos de que el buen concepto que tenemos adquirido en nuestros conciudadanos y ante todo el mundo, debe ser preservado intacto, y ageno de toda mancha de traicion ó flaqueza que nuestro silencio sería un crímen cuando nuestra Patria está á punto de caer en las manos de sus enemigos que han pronunciado la disolucion del ejército; rogamos á V. M. sea servido atender á esta esposicion, pesando las consecuencias de la órden real comunicada al ejército por el ministro de la guerra, y suspender su efecto, apercibiendo al ministerio por el paso que ha dado en esta ocasion, que puede ser orígen de incalculables desgracias.

»En nuestro nombre y en el del ejército

«Rafael del Riego.—Lopez Baños.—Arco Argüero.»

bia formado con el título de Sociedad del *Anillo* ó de los *Anilleros*. Algunos creen, (y yo lo habia creido tambien) que esta Sociedad se habia formado en contra de Masones y Comuneros con el objeto de reformar la Constitucion y poner coto á los desmanes que cometian las dos sociedades citadas; pero en la realidad no fueron mas que unos truhanes de *nueva ley*, que solo querian para ellos lo que tenian los demás. Todas las prisiones y actos de represion llevados á cabo contra Masones y Comuneros fueron mas bien para lograr la realizacion de sus proyectos, que para suavizar las demasías de sus contrarios. Las obras lo prueban así. Entretanto los principales corifeos de los Anilleros se habian mostrado muy amigos de los Masones, halagando á Argüelles y los demás ministros con el solo objeto de ocupar las poltronas ministeriales, cuando estos se viesen en la precision de dejarlas. Sucedió así efectivamente. Acosado Argüelles por las circunstancias, se vió precisado á dejar el ministerio; y creyendo que nadie era tan digno de sucederle como Feliu y comparsa, dejóles el mando, confiando que seguirian las mismas huellas que él les dejaba trazadas. Voy á esplicarte ahora los principales hechos acaecidos durante la dominacion *anillera*.



CAPÍTULO VI.

Los Anilleros.

Él á los ministerios subsiguientes,
Del error y del mal marcó la senda,
Y los condujo como por la mano
Atados á la bárbara cadena
Del anillo, que al plan premeditado
De *cámaras* y *veto* los sujeta.
MORALES.

BIEN pronto se dejó conocer la tendencia del ministerio anillero. La única reforma que en la Constitucion querian introducir era el plan de cámaras y veto absoluto, lo cual para ellos no era reformar, sino un medio de obrar segun su capricho. Lo primero que hizo el Sr. de Feliu, presidente del ministerio, fué publicar algunos artículos en la Gaceta, probando que los oradores de la Fontana de Oro sostenian falsas y perniciosos doctrinas sobre política. Los oradores de la Fontana de Oro, Aurelio, eran unos hombres *llenos de ciencia liberalísima,* que se reunian en la fonda ó café de la Fontana de Oro, que era entonces el de mas consideracioa en Madrid. Allí subian por su órden en una tribuna, desde la cual peroraban *pitoyablemente*, (permítase la francesada) para convencer á los tontos de las ventajas y sublimidad, hermosura y necesidad de las ideas liberales, amoldadas al caprichoso gusto del orador. Como esta tribuna habia otras en Madrid y en todas las demás poblaciones de España; y por decirlo acertadamente, eran unas cátedras de *liberalismo* donde sabios y tontos iban á cursar la ignorancia con oropeles de sabiduría. Por de contado

que Feliu no conseguiria su objeto por medio de la Gaceta; y entónces, como ya era ministro, pudo acudir á otro medio muy corriente, cual era el de la fuerza. Para ello depuso al general Copons de la gefatura política de Madrid, y puso en ella á D. José Martinez de San Martin, (alias Tintin de Navarra) dándole á entender que sería inmediatamente depuesto si no destruia todas las tribunas populares de Madrid. El Tintin, por no perder la preciosa prebenda que le habia tocado en suerte, acudió á la fuerza bruta, destruyendo como un héroe las tribunas populares, poniendo en prision á D. Juan Antonio Jipini, de la Fontana de Oro, con otros dos oradores que pudo haber, y cometiendo caprichosamente un sinnúmero de liberalísimas hazañas. Los Anilleros, antes de llegar al poder, habian convenido no permitir que ningun cargo público, y particularmente los mas distingüidos, recayese en personas que no fuesen de su sociedad. Tal propósito lo cumplieron religiosamente, y aquí fué Troya: daba gusto leer todos los dias en la Gaceta aquellas columnas anunciando al ilustrado público español unas inmensas procesiones de cesantes que iban destinados á hacer urgente una ley de vagos. Debo decir ahora que las Córtes estaban disueltas, y que cuando llegó el caso de reunirlas de nuevo, el ministerio envió reservadas notas á todos los gefes políticos, encargándoles, so pena de..., que influyesen de tal manera en las elecciones, que triunfasen en ellas los partidarios del Gobierno: y pues gran parte de las Córtes fué anillera, puedo asegurar que los gefes políticos cumplieron las órdenes del Gobierno.

Los Masones, al verse tan horriblemente engañados, hicieron en cierto modo las paces con los Comuneros, para combatir al enemigo comun. Estos, oprimidos como estaban, se consolaban con los recuerdos del héroe Riego, tributándole honores é incienso en público y en secreto, y hasta llevando en triunfo su retrato por las calles de las poblaciones. Esto no era del gusto de Feliu y comparsa; y por esta razon determinó proceder contra Riego para herir al partido en su cabeza. Riego habia sostenido siempre ideas republicanas, y con estas pensó acusarle el ministerio. No sé si decir que el Gobierno nombró por acusador de Riego al gefe político de Zaragoza; lo cierto es que este fulano, un tal Moreda, fué el que acusó á D. Rafael del Riego; el Gobierno acogió muy bien la tal acusacion, é inmediatamente el gefe de los Comuneros fué separado de su destino de comandante general de Aragon, y fué remitido de cuartel á Lérida. Al ver tamaño atentado, la secta comunera rabiaba atrozmente, pero... tuvo que callar. La imprenta por supuesto quedó libre de decir todo lo que no dañase al ministerio, y las peticiones del pueblo

llovian á millares, pero daba la fatal casualidad de que nadie pedia nada, esceptuando los Anilleros.

Como ya has estudiado, Aurelio, las ciencias físicas, te acordarás sin duda de que toda *accion* material vá necesariamente seguida de una *reaccion*. Yo por lo tanto, á guisa de aquellos que todo, y hasta sus propios pensamientos, lo sujetan á cálculos matemáticos, admito tambien en política la teoría de la accion y la reaccion. La accion política de la época á que me refiero está en los innumerables desafueros cometidos por los prohombres del Anillo, que no contentos con tal anillo, querian forjar una *cadena;* y la reaccion era preciso que existiera en demostraciones y revoluciones por parte de los oprimidos, y violencias, puesto que la accion del anillo era tambien violenta. Empezóse esta reaccion por medio de manifiestos, que contínuamente se hacian al rey, pintándole el lastimoso estado del pais, y lo conveniente que era el quitar de sus cargos al ministerio: el ejército multiplicó por su parte estas manifestaciones, y mientras que las sectas masónica y comunera trabajaban cada una en provecho propio, haciendo llegar de todas partes quejas al rey, se preparaban para una sublevacion violenta y á mano armada. Los Comuneros eran los que tenian mas adelantados sus proyectos: el *Gran Castellano* de la secta, al saber que los combustibles estaban ya preparados en toda España, dió por fin la señal, y empezó la sublevacion. Cádiz fué la primera en pronunciarse contra el rey y su gobierno; y bien pronto todas las poblaciones del resto de Andalucía siguieron el movimiento. Cataluña no se hizo esperar, y sublevóse tambien casi toda; luego despues Galicia, y así fué cundiendo la sublevacion por todos los ángulos de España, de modo que el rey y su gobierno ya no mandaban mas que en Madrid. El ministerio hizo desde luego deposiciones, nombramientos nuevos, etc., etc., pero de nada sirvió, todo fué inútil: hasta las Córtes se negaron á las insinuaciones del rey, y fué preciso entónces despachar al ministerio. El PUEBLO quedó ya contento; pero ¡pobre Pueblo!!! al dia siguiente aparecieron nombrados otros seis ministros que eran peores que los pasados. Estos nuevos cofrades fueron el gran Martinez de la Rosa, presidente; y le acompañaban los Sres. Moscosa de Altamira, Sierra, Pambley, Balanzat, y Garelli. Todos eran tambien Anilleros; de modo que cuando el pueblo pensó que el ministerio caia, no hacía mas que mudarse el vestido.

La contraseña de los nuevos ministros fué tambien la misma que la de los ministerios pasados, á saber: *plan de cámaras* y *veto absoluto;* pero como no tenian mayoría en las Córtes (porque nunca los Anilleros

la tuvieron) no pudieron conseguir su objeto. Lo que mas contribuyó á la caida del ministerio anterior fué la Milicia Nacional Voluntaria, que en su totalidad era comunera. El ministerio Martinez, que no se entendia de chiquitas, quiso cortar de raiz ese árbol de mala raza, y por esto resolvió la disolucion de la tal Milicia. Pero ¿cómo podia hacerse? ¿Quién les quitaba á los voluntarios las armas de las manos? Para todo hubo remedio. Pretestó el ministerio que la tal Milicia Nacional Voluntaria necesitaba prontas reformas para su competente reorganizacion, y con esto previno que sería del caso desarmarla momentáneamente para volver despues á ponerla en el pié de organizacion que se adoptase, pero esto de nada sirvió; porque los Milicianos, avisados por los Comuneros, no se dejaron seducir. Algunos de los patriotas exaltados fueron acomodados en bonitas prisiones, como por ejemplo, Nuñez Maeron, Morales, Mejia, Bessieres, etc., y esto no solo se hacía en Madrid, sino en las provincias, en las cuales los *Bajás* obraban siempre á satisfaccion del sultánico ministerio Martinez de la Rosa. Entre estos Bajás se cuentan, por los mas montados á la oriental que todos los demás, á Villacampa, Ruiz de Porras y Manzanares... No sé qué pretesto tomó el gran Martinez de la Rosa, ó mejor dicho, su ministerio en masa, para hacer encarcelar en Barcelona á Bessieres. Era éste un liberal de los mas exaltados, y le condenaron á muerte por conspirar en favor de la República. Iba ya á efectuarse la ejecucion, cuando el pueblo de Barcelona se amotinó *de improviso*, pidiendo su salvacion, y no hubo mas remedio que obedecer al *Pueblo*. De este modo Bessieres se salvó, gracias á este motin *casual sin duda;* pero Bessieres supo vengarse de la mala pasada que le habian jugado. Arrepintióse de sus pasadas ilusiones, y levantando una bandera de absolutismo, peleó en favor de la monarquía así como hasta entónces habia peleado por la libertad. Fuera ó no sincero su arrepentimiento, lo cierto es que llenó de horror, de muerte y de espanto las filas de los liberales, y llegó á mandar hasta 6,000 hombres.

Mientras que los unos y los otros se hacian la guerra para dirigir ellos solos los negocios públicos, los realistas no se durmieron: levantáronse varias partidas recorriendo muchas provincias y aumentando el número de sus pequeños ejércitos, con los cuales escarmentaban siempre á los liberales. Y todo esto se hacía al abrigo de un ejército francés que se acercaba á la frontera y esperaba el momento de ser llamado para penetrar en el territorio español. Los ministros no abandonaban por esto el proyecto de establecer el plan de cámaras y veto absoluto, y mientras trabajaban para ello de acuerdo con el rey, éste no dejaba medio para

recobrar asimismo su gobierno absoluto y hacer la guerra á la Constitucion. Yo no sé entónces qué clase de motin promovieron seis batallones de la Guardia Real en 30 de junio de 1822. Atribuyóse este motin á los Comuneros; pero el resultado fijo de ello fué, que dejáronse cesantes á los gefes de los citados seis batallones, y pusiéronse en su lugar á otros menos liberales, algunos de los cuales eran á satisfaccion del rey; porque, es preciso decirlo, existia tambien por aquellos tiempos una mano oculta que cuidaba de que los intereses del rey llegáran á buen término. En los primeros dias de julio de 1822, creyeron los ministros que era la hora llegada de establecer definitivamente su tan suspirado plan de cámaras y veto absoluto. En razon de eso, avisaron los ministros al rey que iban á promover la sublevacion de los guardias con el objeto de establecer las cámaras y el veto; y aquí, Aurelio, es preciso que entiendas una cosa muy interesante. El ministerio habia nombrado gefes de los guardias á personas que le fuesen adictas para el dia de la sublevacion; y el rey, por otra parte, nombró por medio de manos ocultas, otros gefes de los mismos guardias que le eran tambien adictos. Llegó por tanto la tremenda noche del 6 al 7 de julio de 1822, y el rey, que estaba enterado de todo, dijo á los ministros que habia llegado ya la hora de recobrar su poder absoluto, y que ellos quedaban presos en palacio. Atónitos y pasmados los ministros con tal novedad, no sabian qué pensar de tan estraordinario suceso, pero bien pronto llegaron á sus oidos los gritos que se daban por las calles de *abajo la Constitucion, viva el rey absoluto*, acompañados de un vivo fuego de fusilería que se rompió por todas partes. Esta jornada, Aurelio, fué horriblemente sangrienta y renuncio á describírtela.

A Martinez de la Rosa reemplazóle San-Miguel, que no era ya Anillero. Esa fraccion dejó de influir en política con la caida del ministerio Martinez de la Rosa. La sociedad caida de los Masones, que tan abatida estaba desde que se habian entronizado los Anilleros, trabajaba en secreto para poder llegar de nuevo al poder, y no dejó de tener su parte en la bullanga del 7 de julio: pero suponiendo que fuera la de menos influencia en aquella bullanga, sin embargo, es preciso conceder que ella se quedó con el resultado positivo. Valióse de San Miguel para poder usurpar el ministerio de Estado y lo logró. San Miguel se habia metido Anillero por consejo ó mandato del Grande Oriente Mason, y los Anilleros pusieron en él toda su confianza, por medio de la cual burló sus empresas; y en hombros de los Anilleros llegó al poder ministerial, á consecuencia de la jornada del 7 de julio. Martinez de la Rosa y com-

parsa creyeron dejar por sucesor suyo otro ministerio Anillero; pero se engañaron, porque San-Miguel, luego de estar en el poder, se declaró Mason y buscó por compañeros de ministerio á Argüelles, Calatrava, Adan, Canga Argüelles, y Rico; todos los cuales eran Masones y no Anilleros. De este modo, por medio de una traicion, cayó la célebre sociedad del *Anillo*. Entónces los Comuneros, si bien sintieron no haber podido llegar al poder, sin embargo, no dejaron de achacar á los Anilleros toda la culpa sobre los sucesos de la guardia y otros. Los Masones, por otra parte, no les guardaron muchas consideraciones; y oprimidos y acosados por todas partes, los Anilleros se vieron en la necesidad de disolverse y repartirse cobardemente entre los Masones y Comuneros. Como aquellos estaban en el poder, es muy claro que la mayor parte de los Anilleros se uniria en cuerpo y alma con los Masones, y muy pocos con los Comuneros; y por esta razon estos se dieron entónces por mas ofendidos que nunca contra los Masones, en virtud de que se habia formado una sociedad poderosísima rival de ellos, con la union de otras dos que eran ya poderosas y rivales suyas. Atendidas estas esplicaciones, ya no encontrarás estraño, Aurelio, que despues de reunidos los Masones y principales Anilleros, prosiguiesen aun los Comuneros dando al ministerio San-Miguel y á sus paniaguados el mismo título que le daban á Martinez de la Rosa y comparsa.

San-Miguel y sus colegas prosiguieron repantigados en sus sillas doradas. Avenidos estaban con el rey para establecer cuanto antes las reformas que intentaban; pero el rey, que sin curarse de los unos ni de los otros, queria tan solo ser absoluto, mantenia estrechas relaciones con los gobiernos estranjeros, principales defensores del absolutismo. Estas negociaciones, aunque ocultas, no dejó de traslucirlas la astuta Inglaterra, la cual, previendo que con los designios del rey se tendia á destruir la Constitucion, ofreció su amistad y proteccion al ministerio español para el caso de un ataque en sentido monárquico. San-Miguel, que queria gobernarlo todo por sí, despreció la mediacion inglesa y contestó de un modo bastante ofensivo á las notas que le pasó el ministro inglés de órden de su gobierno. Puede decirse que entónces el ministerio enemistó á la España con la Inglaterra. A poco tiempo se enemistó con el gobierno pontificio por no querer seguir las formalidades prescritas desde muchos siglos atrás para el caso de nombramiento de embajadores españoles cerca la corte romana. El embajador de Portugal propuso tambien una alianza ofensiva y defensiva para asegurar la paz de los dos estados, y San-Miguel tuvo tambien la gracia de quedar malísimamente con el mi-

nisterio de Portugal. Todos estos desaires de un hombre como San-Miguel, unidos á un formidable ejército invasor que la Francia iba acantonando en los Pirineos, eran poderosos medios para acabar con la Constitucion española. Entretanto que esto sucedia, San-Miguel se contentó con declarar al Austria la guerra sin empezarla ni tan solo prepararla, solo por haber atacado la Constitucion española en las Dos Sicilias; no obstante, su sola manifestacion bastó para quitar una de las pocas piedras que sostenian el edificio constitucional. La Francia, instigada por Fernando, determinó hacer la invasion; pero Luis XVIII, fundado en las negociaciones de los congresos de Tropau y de Verona, reclamó proteccion del Austria, Rusia y Prusia, para el caso de que se sublevâran sus vasallos mientras se efectuaba la invasion en España. Las potencias del Norte convinieron en ello, y Rusia y Prusia formaron para este caso un ejército de observacion en el Rhin (si mal no me acuerdo). Estas tres potencias remitieron de antemano notas al gobierno español para que restableciera á buenas lo que ellos querian restablecer á viva fuerza; pero como San-Miguel habia sido obsequiado por el diablo con el don de errar, erró en esto del mismo modo que erraba en todo. Contestó de un modo muy altanero á las notas de los gabinetes de las citadas naciones, y aunque esto era digno y muy español, sin embargo, en aquellas circunstancias equivalia á labrar su ruina.





CAPITULO VII.

La invasion francesa.

El fin justifica los medios.
WEISHAUPT, KNIGGE, ZWACH, CONDORCET, HOLBACH, etc., etc.

SAS á saber, Aurelio, los pormenores de la invasion de los ejércitos franceses con objeto de derrocar la Constitucion, con todos los demás sucesos que la precedieron.

A su debido tiempo pidió D. Fernando que entrasen en España, y el rey de Francia, que tenia en el Rhin un ejército aliado que le guardaba las espaldas, mandó que ochenta y tantos mil hombres, al mando del general Moncey, penetrasen en España con objeto de restablecer á D. Fernando y su gobierno absoluto. Entraron efectivamente, y esos ochenta mil hombres recorrieron casi toda la península, sin haber dado tan solo una batalla campal. Habia en España cerca de cuatrocientos mil hombres sobre las armas, y á pesar de todo, los franceses triunfaron. Pero en esto es preciso hablar con toda justicia, porque ni los mismos franceses han osado jactarse de haber triunfado, por razon de que estaban demasiado cercanos aquellos tiempos en que mas de cien mil franceses enviaron sus almas al cielo ó al infierno, mientras estuvieron en España. El triunfo se debió á muchas causas. En primer lugar, encontraron organizadas y armadas en la península una infinidad de partidas realistas, algunas de ellas considerables,

todas las cuales se les unieron; pudiendo asegurar que los realistas españoles que secundaron la invasion francesa, ascenderian sin duda á poco menos de cincuenta mil hombres. Añádase á esto, que algunos generales estaban vendidos; que la Milicia Nacional estaba en muchas partes engañada y sujeta á los Masones; y que cuando quisieron valerse de ella, no pudieron ya. Añádase tambien, que la principal tropa de línea se retiró con el rey á Cádiz, y que el mando del ejército de reserva fué confiado al conde del Abisbal, que tantas traiciones habia hecho, y que si sus subalternos no le hubiesen quitado el mando del ejército, lo hubiera entregado quizás á los mismos franceses.

Estos, ayudados de los malos españoles, consiguieron por fin restablecer el gobierno absoluto en la persona de D. Fernando de Borbon, sin que sirvieran para nada los esfuerzos de algunos cuerpos liberales que quisieron resistirse. La última plaza que se rindió fué Barcelona, cuya guarnicion, compuesta de algunos cuerpos del ejército y de Milicia Nacional, sostuvo un sitio de algunos meses bajo la direccion del general Rotten, y últimamente bajo el mando del general Mina. Los cuerpos de Milicia Nacional que habia dentro la plaza, los componian los paisanos de Barcelona, sin contar algunos batallones de otras poblaciones del Principado. El general Mina, solo y sin apoyo en toda España, con unas tropas de espíritu abatido y con unas milicias que todos los dias le iban abandonando, trató por fin de rendirse y capituló honrosamente, despues de lo cual el general Moncey le despidió para Inglaterra, ofreciéndole para ello el bergantin de guerra *Couracier*.

Así acabó la dominacion del liberalismo en España, antes de finir el año 1823, despues de haber pasado escenas horrorosas y bárbaras. Prescindiendo de la poca ó mucha bondad de las ideas liberales, debemos confesar, que á no disputarse el mando, no hubieran acaecido tantas desgracias como llenaron de luto el patrio suelo. Los crímenes y atentados fueron muchos, y no te los he referido, Aurelio, porque, dominado por el horror que te hubieran causado, te habrias colocado en una posicion en que yo no quiero verte, para juzgar á los diferentes bandos liberales. Ahora, segun las ideas que demostraron y los malos resultados que produjeron, no dudo que habrás juzgado quiénes fueron los mas perversos é indignos del nombre español y hasta del nombre cristiano. Pero se conmoveria demasiado tu corazon si acompañase mis esplicaciones con los relatos de varios crímenes particulares de infinitos hombres de bien que murieron á manos de los asesinos que pagaban algunas Logias, y de diferentes familias que quedaron en la orfandad y en la mi-

seria. Créeme, Aurelio; no es una exageracion cuanto te digo, y es imposible enumerar todos estos crímenes á que me refiero. Dios castigó, castiga y castigará su sinrazon. Tampoco te he hablado de otras muchas sectas que se formaron en aquella época, tales como Carbonarios-Europeos, etc., etc. Estas sectas sirvieron de ayuda á los Masones ó Comuneros, y segun se presentaban, era mayor ó menor el número de dinero que se les ofrecia, y como influyeron muy poco ó nada en la política, no te he querido hablar de ellas. No dejaron de cometer por esto mil barbaridades y atropellos, con menos miramientos que nadie, por razon de que la mayor parte de sus miembros eran piamonteses, sicilianos y napolitanos, que se vieron precisados á huir de su patria cuando cayó en ella el Código Constitucional. El mas pernicioso de todos los males que á España le causaron, fué el haber dado orígen á esa secta que desde entónces no ha salido de España, llamada de los *Carbonarios*, ó como quiera llamársela, que ya presta ayuda á unos como á otros de los partidos políticos. Son comunmente aquellos que van delante de todos en caso de bullangas ó conmociones populares.

Despues de derrocado el código constitucional, entró D. Fernando en el lleno de sus poderes, y empezó á regir á la España segun el sistema monárquico. Los mas puros Masones y Comuneros pasaron á pais estranjero á comer el pan amargo de la emigracion, mientras que otros mas débiles se humillaron ante aquel á quien habian llamado *tirano*, para que les perdonase. Don Fernando les perdonó, admitió sus servicios, y hasta los distinguió con empleos. Entretanto, temiendo el rey que no se reprodujeran en España los movimientos constitucionales, tomó todas las seguridades convenientes para que no sucediera; y si bien mandó retirar el ejército francés, dejó sin embargo la plaza de Barcelona en poder de una numerosa guarnicion francesa para que le sirviese de baluarte contra cualquier intentona que se promoviese. Este plan fué muy acertado y mas aun el haber escogido á Barcelona para ello, porque la capital de Cataluña habia sido siempre el gran foco de los revolucionarios que iban despues á infestar el suelo español, y era además la poblacion donde tenian mas acogida las ideas liberales.

Esplicada, pues, la época constitucional de 1820 á 23, voy á esplicarte lo mas brevemente que pueda la época de absolutismo que le siguió, la cual no deja de tener tambien algunas páginas bastante tristes y desconsoladoras.



CAPÍTULO VIII.

Malos resultados de la restauracion. Sociedades monár quicas.

> Nada es tan lastimoso á los ojos de un verdadero monárquico como el ver á un rey imbécil juguete de una pandilla de favoritos.
>
> BOURDALONE.

TRASCURRIÓ una época azarosa, y despues de estar D. Fernando restaurado en el trono de sus antepasados, podia muy bien purgar á la España de los vicios que la habian acarreado las sectas secretas; pero D. Fernando no sabía ó no quiso saber el camino que debia seguir para ello, y su mala direccion en los negocios políticos hizo que se enconasen aun mas las pasiones, y precipitó el reinado de su hija en un abismo, en el cual él se hubiera precipitado irremisiblemente, si hubiese vivido mas tiempo. Una de dos: ó D. Fernando era muy malo y de pésimas entrañas como rey, ó del contrario era muy inepto para mandar; en cuyo caso mandaba el que mas influencia ejercia en él. Tú, Aurelio, ya puedes conocer cuál de estas dos suposiciones sea la mas verdadera: ó si es preciso tomar de cada una su parte. Para un rey que se encontrase en las difíciles circunstancias que él se encontró despues de 1823, y que tuviese como él tantos elementos de insurreccion dentro de su reino, era necesario conducirse con mucha prudencia, con mucho miramiento y con mucha reserva. Era preciso ante todo perdonar á los que no eran los principales culpables, y luego hermanar en lo posible á todos los individuos de la gran familia española;

hácer apreciables y apetecibles las instituciones monárquicas por medio de un combinado plan de política y de convincentes ejemplos; probar á los liberales, que no eran vencidos, sino perdonados; impedir que los acérrimos y escesivos partidarios del absolutismo dominasen esclusivamente á los miembros de los bandos caidos; que la justicia fuese aplicada á todos los partidos; y sobre todo impedir, entre mil cosas mas, que se oprimiese de ningun modo á los liberales, que de esta manera tan solo podian llegar á convencerse de la gran profundidad de sus pasados yerros. De tal modo D. Fernando se hubiera restaurado completamente; de tal modo hubiera sido ardientemente adorado de todos los españoles; de tal modo hubiera cimentado una paz general y duradera; de tal modo hubiera borrado las huellas indelebles, que en pechos verdaderamente españoles habian grabado su reprobable conducto de otras épocas; hubiera impedido tambien que las sectas encontrasen pretesto de revolucion y trastorno, ya que no se hubiera dado para ello motivo alguno. Nada de esto se hizo, Aurelio: y advierte bien, que tal modo de obrar fué un error de errores, que será muy difícil reparar. Don Fernando, en vez de obrar como acabo de decirte, hizo á los liberales caidos una oposicion marcada, horrible y á veces sangrienta; no supo elegir los medios en las difíciles circunstancias en que se encontraba; no trató de ganar el corazon de sus enemigos; y sobre todo, durante esta época de su dominacion, se cometieron un sin fin de crímenes y de horrores, que aturden, maravillan y espantan. Don Fernando era un rey que habia desconocido la mision que le tocaba cumplir sobre la tierra; que ignoraba que era padre de sus pueblos, y al mismo tiempo lo que á estos les debia; que todo habia de hacerlo menos oprimirlos; que por añadidura habia dado pruebas de algunos instintos de gran nota... y un rey de tal naturaleza apoyarse en un hombre tan nulo, tan malvado y tan bárbaro como Calomarde, fué un grandísimo error, que originó exigencias insaciables, desgracias sin cuento, y desbarajustes políticos. Colomarde aconsejó pesimamente á su rey; y por mas que yo blasono de monárquico, no quiero honrarme jamás con ninguno de los títulos adquiridos por el favorito á fuerza de barbaridades, de tropelías y de crímenes.

Luego de caida la Constitucion, instalóse una policía secreta tan fina, tan vigilante, y sobre todo mas reprobable que la de los mismos Masones y Comuneros; se sujetó á los liberales con mil trabas y cadenas: y en verdad, que causa espanto recordar algunas de las horribles escenas que ocurrieron á consecuencia de las medidas del rey. Bastaba que á un hombre cualquiera le dijeran que habia sido liberal ó Miliciano Nacio-

nal, para considerarle indigno de los derechos de ciudadano, y hasta de los derechos del hombre. Con un solo pasaporte atestado de signos secretos y geroglíficos era conocido un hombre por liberal ó miliciano; y en todas partes se le señalaba con el dedo diciéndole: *«¡sospechoso!»* Sus acciones, sus movimientos, sus paseos, sus visitas... todo era escrupulosamente escudriñado. Si algun español solicitaba pasaporte para hacer un viaje, procuraban inquirir si habia sido liberal; y en caso afirmativo, se le comunicaba de un modo el mas indecente, que no podia salir del punto de su destino, ó á lo mas del rádio de una legua, de seis, de cuatro, etc., al arbitrio de un simple agente de policía. Para obtener un cargo público, era obstáculo invencible el haber sido liberal, y hasta lo era para el simple cargo de maestro de niños, de ayudante de maestro. Para perder á un hombre, bastaba, en fin, una grosera calumnia en sentido liberal, comunicada á un simple cura-párroco, ó á un insignificante alguacil. Las cárceles públicas se llenaban cada dia de hombres que habian sido liberales, y que, tratados de un modo el mas vil é infame, purgaban allí sus exaltadas ideas. ¡Triste medio era este para torcer las opiniones estraviadas!... Con estos tratamientos, estas barbaridades, estos horrores inauditos, y con otros muchos, que es imposible referir, se exasperó en tales términos el espíritu de los partidos liberales, que determinaron aunarse nuevamente con mucho sigilo para conspirar contra el poder constituido. Reuniéronse en Logias secretas, y empezaron á preparar proyectos de trastorno y revoluciones; proyectos que no hubieran encontrado prosélito alguno aun entre los mismos liberales, si la conducta de D. Fernando hubiese sido otra; y que por gran fatalidad llegaron á tener mucha consistencia. Sabedores D. Fernando y su ministro Calomarde de la existencia de estos proyectos, quisieron atajarlos, pero esto era imposible. Para conseguirlo enviaron á las provincias mas amenazadas *Bajáes* con poderes sultánicos, por el estilo de D. Carlos de España, conde de España, en Cataluña, cuya memoria será tan eternamente ominosa entre los buenos catalanes, y cuyos hechos merecen mas bien el sello de iniquidad que de justicia.

No contento D. Fernando con todas estas medidas, permitió tambien la instalacion de una sociedad secreta, llamada de la *Concepcion* ó de los *Concepcionistas*. Feo borron fué esto para un rey que habia combatido á las sectas liberales. Lo mismo que él habia reprobado, toleraba y autorizaba, porque se habia instalado con el engañoso pretesto de defender los derechos del rey. No se defienden de esta manera los derechos de un rey, mayormente cuando no se hallan hollados por faccion alguna: no es

al abrigo de las tinieblas y bajo bóvedas subterráneas donde deben discutirse los mejores medios de salvar y conservar intactos unos derechos, cuya legitimidad abona cualquiera demostracion que á favor de ellos se haga, por cuyo motivo no deben esconderse á la vista de nadie. Yo quisiera mucho estar equivocado, pero, segun los informes que he tomado, me parece que los *Concepcionistas*, en vez de defender los derechos del rey, trabajaron tan solo por influir en los negocios políticos, perseguir á los liberales, plantear algunos absurdos mas, y sobre todo restablecer la Inquisicion. No contento D. Fernando, ó mejor dicho Calomarde, con una sola sociedad que defendiera sus derechos, toleró y autorizó otra que llegó á ser tambien muy formidable, y que tomó el título de *Defensora de la Fé*. Fundóse en 1825: y desde su principio marchó de acuerdo con los *Concepcionistas*. Sus pretestos y verdaderas tendencias fueron tambien idénticos. Pero ninguna de esas sociedades ni tampoco las dos reunidas produjeron tantísimos males como la sola sociedad del *Angel Esterminador;* que fundada en 1827, inmediatamente fué tambien tolerada y autorizada por D. Fernando y Calomarde. Éste, que era el que sabía á fondo todas sus intenciones, fué el que la dió mas considerable ensanche. La principal de esas intenciones era restablecer en toda su fuerza y poderío el abolido tribunal de la Inquisicion, y además de esto trataba de poner en el trono de las Españas al infante D. Carlos. En honor de la verdad debo decirte, que el infante no quiso mostrarse traidor al rey su hermano; pero á pesar de esto, el *Angel Esterminador* prosiguió y adelantó sus proyectos. Los males que produjo esa abominable Sociedad son incalculables, y no quiero tan solo enumerarlos; porque fué el mas poderoso descrédito para la causa monárquica, que tanto habia reprobado y perseguido á las sociedades liberales, el querer apoyarse, y aun sin necesitarlo, en sociedades monárquicas que tomaban por pretesto el sostenimiento del trono. Otro que no fuera D. Fernando no hubiera permitido su instalacion, pero él no supo conocer lo que mas le convenia, y acabó de echar el último borron sobre su conducta con esa autorizacion. ¡Desgraciado monarca! de esta manera contribuyó á que socavasen su trono, cuando estaba en el caso de poder afirmarlo indestructiblemente. Dios castigó sin embargo su mal obrar. Durante el último período de su reinado hubo diferentes sublevaciones, que mas ó menos directamente tendian á destronarle, ó cuando menos á aminorar su autoridad. Su ministro Calomarde entraba tambien en esos complots; y aunque hubo muchos conflictos y desgracias imprevistas, no obstante, el que mas

perdió siempre fué el rey, que era á la vez el juguete de sus errados sentimientos y de su valido Calomarde.

Por lo demás, la sociedad del *Angel Esterminador* se reunia tambien en juntas secretas; estaban afiliados á ella personajes de gran valía é influencia que podian hacer el mal á su sabor; y entre varios de sus mas escandalosos hechos citaré el de que muchísimas veces llegaron hasta el estremo de tener sus conciliábulos nocturnos en el sagrado de los santuarios. En todos los puntos de España habia, Aurelio, delegados de esta Sociedad que en cierto modo disponian de la opinion pública, conduciéndoles á los mas fatales errores. Su perversidad es infinita; y en verdad te aseguro que, aunque mas turbulentos, eran sin embargo mas preferibles los planes masónicos que los del *Angel Esterminador*. Aquellos anduvieron siempre satisfechos con sus errores, pero á lo menos no eran incompatibles con sus autores, que por lo general estaban distantes de las ideas religiosas y monárquicas, y que por otra parte preconizaban unas creencias para cuyo progreso é institucion era en cierto modo indispensable la ereccion de sociedades liberales que corrompiesen la opinion pública; al paso que los hechos del *Angel Esterminador* no concordarán jamás con las ideas que representaban sus prohombres, máxime cuando para el progreso y florecimiento de esas ideas no necesitaban de juntas secretas, porque estas entorpecieron ese mismo progreso en lugar de fomentarlo. ¡Ay, Aurelio! prefiero un indómito Comunero, un Carbonario, con un puñal en la mano, amenazándome con quitarme la vida, si no digo: *viva la Canstitucion*; antes que ver asimismo á un implacable y abominable *Esterminador* con una cruz en el pecho hablarme con palabras las mas melosos y engañadoras de la conveniencia de restablecer la *Santa* Inquisicion, y... pero, callemos... Quiero correr un velo á todos estos hechos, que lamento, y de que me conduelo. En el primero podria ver á un tigre furioso que quiere hacer presa de mi corazon, y que me dejará en paz si se lo doy; pero en el último puedo tan solo ver á una maligna raposa, cuyas perversas intenciones no me son muy conocidas, cuya hipocresía no tiene límites, y que de consiguiente no puedo precaverme contra sus ulteriores designios. Es infinito lo que yo podria decirte sobre ese particular: hechos y propósitos podria comunicarte que te horrorizarian tanto, y aun mas que las escenas mas perversas de los Masones y de los Comuneros. Pero es preciso callar estos hechos por razones que no puedo comunicarte... Te diré, sin embargo, que en los designios y complots de las sociedades monárquicas no tuvieron participacion alguna los Jesuitas; te lo juro, Aurelio: no fueron por cierto los Jesuitas quienes

les prestaron cooperacion, y á pesar de que algunos hombres (no muchos) han sostenido lo contrario, no obstante, los hijos de S. Ignacio se mostraron siempre enemigos de esas odiosas maquinaciones, y nunca quisieron tomar parte en ellas. Los males del *Angel Esterminador*, considerados en globo, fueron incalculables; pero el principal de ellos es el efecto de la ojeriza que tuvieron siempre á los liberales, particularmente á los que habian sido Milicianos Nacionales. ¡Desgraciado el que habia sido esto último!... ¡Y el *Angel Esterminador!!!*... pero... callemos otra vez;... pasemos en silencio sus depravados designios, y vamos al asunto principal. Suponiendo que esa Sociedad tuviera para ello un legítimo poder, que fuera dable proceder contra los liberales (y estas reflexiones entiéndanse tambien sobre el gobierno de D. Fernando), ¿habia motivo fundado para tratar á muchos de ellos, y á casi todos en general, del modo que fueron tratados? Habian sido milicianos, es verdad; habian sostenido con las armas en la mano un principio opuesto á la monarquía... es mucha verdad...; habian cometido varias tropelías, y algunas veces barbaridades... tambien es verdad esto; pero sin embargo, aun no era motivo bastante fuerte para proceder contra ellos con tanto empeño. Podia tenerse en cuenta que muchos de los milicianos habian sido engañados por los capataces de los movimientos; que otros lo eran por compromiso, por condescendencia ó por temor; que les animaba en su resolucion el ver que el rey D. Fernando se habia proclamado primer miliciano del reino y protector de la Constitucion; que el espíritu público halagaba las nuevas reformas, y que muchos pensaban que sería mas duradero el órden constitucional, puesto que no estaban acostumbrados á presenciar las grandes revoluciones de este siglo, que estallan en un dia y se estinguen al siguiente; y que además varios de ellos no podian tener la fortaleza de alma y de convicciones que sin duda tendrian los feos é hipócritas prohombres del *Angel Esterminador* y otros varios. Muchos eclesiásticos se singularizaron en aquella época de una manera bastante significativa; y aunque es infinito lo que podria tambien decirte sobre este particular, lo callaré por no promover malas interpretaciones que quizás se generalizarian mas de lo que el espíritu de la verdad consiente. Te diré tan solo que está cercano el dia del incendio de conventos; y que gran parte de la ojeriza que se tiene hoy á los frailes depende de aquella época: no quiero decir mas.

Despues de haberme oido hablar así, añadió luego el jesuita cobrando aliento, te admirarás sin duda de mis palabras, siendo yo tan celoso, tan acérrimo y tan intransigente monárquico como siempre me he mostra-

do; pero debo decirte tambien, que las verdaderas ideas monárquicas reprueban altamente lo que yo he reprobado por un sin fin de razones que cualquiera puede conocer; y ¡cuidado! que yo en ello no exagero, sino que me fundo en verdades incontestables, porque son evangélicas. Yo quiero, Aurelio, que todo lo sepas; quiero que conozcas al siglo en todas sus fases: tú puedes estar llamado para grandes empresas, y es preciso que conozcas todos los males y todos los bienes que han rodeado á las revoluciones españolas. Mañana te hablaré de la tercera época liberal que se inauguró con la proclamacion del Estatuto Real; te esplicaré tambien las grandes y sorprendentes alternativas que para ello han sido precisas, y los manejos de las sectas secretas de que ha sido fruto. El Estatuto Real, sin embargo, toca á su término: es como un endeble puente provisional que se ha colocado sobre un insondable abismo: las sectas secretas nos preparan para cuanto antes otra época constitucional; época, que segun vayan las complicaciones de Europa, no será tampoco muy durable, porque en España levanta ya la cabeza un partido que se llama *republicano*, y que se apoya en una secta que yo llamo *Iluminada;* la cual podrá acarrear en algun caso la caida de la Constitucion, entronizando la república, ó quizá proporcionando indirectamente el nuevo entronizamiento de una monarquía *reformada*. Este es el problema que por de pronto puedo presentarte, y cuya resolucion no está quizás muy lejana.



PARTE XVII.

LAS CAVERNAS DEL GRAN TEMPLO.

CAPÍTULO I.

El subterráneo.

Bárbaro eres y atrevido;
Cumplió su palabra el cielo:
Y así para él mismo apelo
Soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quién eres
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves
Donde á todos te prefieres,
Mira bien lo que te advierto
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando
Aunque ves que estás despierto.
CALDERON—en el drama: *La vida es sueño.*

SUNTUOSAMENTE amueblada estaba la casa que habitaba en N... Santiago Aguilar de Silva, y el lujo y la profusion que en ella era de notar indicaban claramente la opulencia de su dueño. Sin embargo, no tenia en la casa mas que un lacayo y una cocinera, y aun estos se hallaban afiliados á la secta de que él formaba parte.

Santiago y sus amigos daban el título de *cavernas del gran templo* á unos subterráneos inmensos, que aquel tenia en su casa por razon de haber allí un magnífico y suntuoso templo adornado á espensas de Santiago, en el cual se hacian las iniciaciones para los altos grados de la Franc-masonería. A pesar de esto, la caverna del gran templo no tenia comunicacion con los demás subterráneos, que eran las otras cavernas, y se bajaba á aquel por una escalera practicada en una casa vecina, propia tambien de Santiago.

El mayor de estos subterráneos tenia diez varas de ancho sobre diez y seis de largo; y se bajaba á él por una escalera practicada en la misma casa de Santiago.

En este subterráneo se hallaba Aguilar de Silva en la noche del 21 de julio.

A primera vista admiraba y casi horrorizaba el aspecto de este subterráneo; ya por la sorprendente variedad de sus adornos, ya por el temible aparejo que en él se notaba, y por lo guerrero y destructor de sus atavíos. Estaba rodeado de bancos de madera clavados en la misma pared, la cual estaba en todas partes cubierta por diferentes hileras de fusiles, trabucos, carabinas, pistolas, sables y otros muchos instrumentos de guerra. Las armas de fuego estaban todas sin cargar; pero no obstante, una mecha ingeniosamente colocada que pasaba por el oido de todas ellas, daba á conocer que, en caso necesario, una esplosion instantánea de mas de quinientas bocas de fuego podia volar el edificio. Esta consideracion asustaba en verdad al que bajaba por primera vez á aquel subterráneo, lo cual sucedia escasas veces. Debajo de los bancos de madera estaban tambien colocados con el mejor órden y armonía gran multitud de cajas de madera que contenian toda clase de municiones de guerra. La bóveda de este subterráneo era muy alta, y descansaba sobre cuatro gigantes grotescos de piedra mal labrada que hacian las veces de columnas. Aquellas figuras inmóviles y horribles, sosteniendo aquella bóveda, causaban una impresion espantosa al que fijaba en ellos la vista.

En medio del terreno que circuian las cuatro columnas habia una mesa esferoidal, sostenida por cuatro águilas de madera, que eran sus piés; y en el centro de dicha mesa habia una gruesa lámpara que difundia por el aposento una luz macilenta, temblorosa y casi agonizante. Junto á esta mesa habia dos sillas, que eran las únicas, de forma antigua, y en una de ellas estaba sentado Santiago.

Solo se hallaba en aquel recinto espantoso. Tenia lívido el semblante, desencajadas sus facciones, desordenados sus cabellos, y sus ojos entumecidos conservábanse fijos en un reloj de arena que tenia sobre la misma mesa.

Oyóse muy cerca del aposento una voz humana que cantaba tan pronto canciones funerarias como la marcha del incendio de conventos. De repente se oyó tambien el ruido de una frágua, y enseguida los sonoros golpes de varios martillos al caer sobre el yunque. Este ruido parecia causar alguna sensacion á Santiago, que hizo un pequeño movimiento.

Levantó pausadamente la cabeza y dirigió una mirada involuntaria hácia donde se oia. Paró el sonido del yunque, exhaló un agudo suspiro, y cesó tambien su agitacion... volvió á inclinar la cabeza... y su vista se dirigió de nuevo al reloj para observar con atencion suma la arena que pasaba de un receptáculo á otro.

Volvió á oirse de nuevo el ruido del yunque acompañado de grotescas cantinelas; y Santiago, como si le incomodáran aquellos monótonos sonidos, se levantó súbitamente y empezó á andar á largos y desmesurados pasos en rededor del aposento. Parábase de cuando en cuando... volvia á andar con mas agitacion... deteníase á mirar el reloj de arena... suspiraba... hacía ademanes espantosos... torcia siempre su direccion: demostrando una agitacion tremenda y frenética. El repetido y continuado ruido del yunque, que tan mal sonaba á sus oidos, volvió otra vez á oirse; y como si Santiago ya no pudiera sufrirlo mas, dióle tan fuerte convulsion, que, á pesar suyo, tuvo que volver á sentarse. Disminuyó su exaltacion, y un poco calmado ya, esclamó con ronca voz y entre suspiros:

—Fuí creado hombre fuerte... y hasta hoy nada he temido... Toda una generacion me conoce por valiente, emprendedor, atrevido, turbulento y atleta. Jamás he temido. Infinitos son los que tiemblan al oir tan solo mi nombre... y hoy tiemblo tambien por mí... ¡Oh rabia!... Y me veo precisado á confesarlo así... ¡Qué vergüenza!!!...

Inclinó la cabeza sobre su pecho y quedó sumergido en profunda meditacion, hasta que, levantándose de nuevo, dirigió los ojos á la bóveda del subterráneo, y con miradas de buitre y las manos estendidas esclamó:

¡Dios de todos los hombres!... ¡Ente superior!... ¡Creador ó Arquitecto del Universo!... seas quien seas y cualquiera que sea tu nombre... yo confieso mi debilidad ante tí... reconozco que existes, porque me anima un furor grande contra tí... pero con todo, ya que todo lo sabes, ya que nada se te oculta, revélame por qué causa padezco tanto... ¿Oyes mi voz?... Dime por qué motivo padezco... y si veo en tí esa demostracion poderosa, publicaré con las glorias de mi secta... la gloria superior aun de tu influencia.

Mientras hacía Santiago esta invocacion, propia de un ateo sin convencimiento, temblábanle las piernas, su voz era en estremo ronca, un vértigo horrible agitaba todos sus miembros, y no parecia sino que un espíritu oculto en su seno le impulsaba á hacer aquella confesion, que su lengua no queria proferir, ó que un ángel esterminador se la encadenaba hostigándole con dolores agudísimos. Avergonzado por fin de lo que

habia dicho, calló bajando los ojos... paseóse con un poco de calma, y luego añadió con sonrisa sardónica y horrorosa:

—¡Qué necio soy! ¡qué flaqueza es la mia!... Yo lo reconozco: no padezco, no tengo nada: un vano é insignificante temor me agita... No dejaré por él mi camino jamás, no;... lo juro... ¡Sociedad de los Masones! quizás lo que vá á suceder esta noche me apartará para siempre del número de tus iniciados; pero esto no importa: perderás un miembro, pero no perderás por esto un servidor, un esclavo que como un vil gusano se arrastrará por la tierra, con tal que pueda proporcionar alguna ventaja á tus altos y heróicos fines.

Santiago despues de esto se sentó, quedóse por algunos momentos tranquilo y sosegado, pero mirando por esto el reloj de arena que tenia delante de sus ojos. Así estuvo largo rato, hasta que abriéndose una puerta secreta que estaba al confin del aposento, presentóse en el mismo dintel de ella un hombrecillo mulato, de mala catadura, vestido con una blusa larga y arremangado hasta la espalda. Era el verdugo de aquellos subterráneos. Tenia en una mano un hierro candente, que salia de la frágua y seguia aun arrojando vivas chispas, mientras que con la otra mano sostenia el martillo. Hizo allí algun ruido para ser oido; pero Santiago estaba tan ensimismado, que no oyó nada hasta que aquel hombre dijo:

—¡Señor!

Volvió Santiago la cabeza, y al verle allí, echó la silla hácia atrás gritando desaforadamente:

—Retírate, buitre, que vas á perdernos á todos... Aparta el hierro... vas á pegar fuego á la pólvora.

—Teneis razon, contestó el hombre.

Y tiró el hierro dentro del otro aposento.

—¿Qué es lo que quieres? le preguntó Santiago.

—Venia á deciros que son ya las ocho y media, le respondió el verdugo.

—¿Y para qué?

—Para saber qué es lo que debo hacer del hombre que ya sabeis.

—¿Todavía vive?

—Respira aun, á pesar de lo mucho que ha padecido.

—Tírale pues á uno de los pozos...

—Está muy bien... ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo... ¿y por qué aguardar?

—Pues al instante... voy á hacerlo, replicó el verdugo en ademan de retirarse.

—Escúchame aun, le dijo Santiago. ¿Cuántas hojas tienes ya hechas?

—Hasta ahora diez y siete.

—Cuida, pues, de adelantar en tu trabajo... ya sabes que has de hacer hasta trescientas antes de cuatro dias.

—No faltarán...

—Retírate, pues, y haz pronto lo que te he dicho.

—Al instante lo haré.

El verdugo de aquellas cavernas volvió á pasar la puerta, y dirigióse á sus sanguinarios quehaceres, mientras Santiago volvia á quedar solo. A pocos momentos sentóse, y pasándose la mano por la frente repetidas veces, esclamó:

—¿Qué importa que haya una víctima mas en la cuenta y razon que tengo que dar algun dia?... Una gota mas ó menos en un vaso de agua no lo hace subir ni bajar, de igual modo que un soldado mas ó menos en un gran ejército, no acarrea ni quita la victoria... La víctima de hoy será, seguramente, la última que habré inmolado como gefe de las Logias masónicas y como Sublime Legislador de nuestra secta... ¡Oh! no puede dejar de ser así, porque todos mis honores van á ser perdidos, mis hazañas escarnecidas, mis laureles despreciados... ¡Oh horror! Y despues... ¿qué seré? No puedo adivinarlo. Capitan de bandoleros, gefe de los Carbonarios al servicio de la Masonería, ó á lo menos deberé mudar de Sociedad secreta... Este y no otro será mi destino si quiero salvarme; no hay que dudarlo.

En esto miró atentamente aquel malhadado reloj que tanto absorbia sus miradas, y dijo:

—Son las nueve menos cuarto y no ha comparecido aun... Pero aguardemos; no creo que tarde mucho en presentarse, porque él es quien perderia mas en ello.

Aquel reloj, aquel malhadado reloj, era entónces su tormento, mirábalo con satánica agitacion, y un vértigo terrible se iba apoderando entretanto de él.

CAPÍTULO II.

Dos rivales.

> Si llego á abandonarme á una imprudente venganza, no dejeis de meditar esto: Por órden de *Espartaco* escribí contra los *ex-jesuitas* y los de *Rosa-Cruz* que nunca me habian ofendido.
>
> KNIGGE.—*Filósofo iluminado.*

OYÓSE un confuso ruido á lo alto de la escalera, mientras Santiago estaba absorto en sus meditaciones; se habia abierto y cerrado una puerta, y un hombre negro de piés á cabeza, bajó pausadamente la escalera.

Santiago no oia nada, y el forastero se detuvo al llegar á los últimos peldaños. Dirigió á Santiago su mirada imponente, y parecia que no se atrevia á bajar á un sitio que le inspiraba mucho horror. El gefe Mason permanecia por esto inmóvil, y finalmente hizo un ligero movimiento, levantó la cabeza y esclamó:

—¡Qué dia tan terrible! ¡qué noche tan espantosa! ¡Soy muy desgraciado!... ¡Ya es imposible que nadie pueda darme un momento de tranquilidad!

—Hay un Dios en el cielo que aun te la puede dar eternamente, contestó el hombre vestido de negro, acabando de bajar magestuosamente á la caverna.

Era el P. Vincencio... Las quejas de Santiago le decidieron á bajar.

—¡Oh, Dios! esclamó el Mason levantándose. ¡Eres tú, Vincencio! ¡eres tú!

—Sí... yo soy... sosiégate...

El P. Vincencio se hallaba ya restablecido de la enfermedad que le habia postrado en la cama durante algunos dias. Tenia aun lívido y amarillento su rostro. Aquella mañana habia pasado aviso á Santiago de que á la noche iria á verle, ya que antes no habia podido hacerlo.

—¿Qué quieres que te diga, Vincencio? dijo éste; siempre que te veo, me admiro, ó mejor, me asusto... Yo no sé por qué.

—Y yo, añadió el jesuita, siempre que me ha sido preciso presentarme á la vista de mi hermano... me he horrorizado... Ahora siento igual efecto, pero yo ya sé el por qué.

—¿Y por qué lo sientes? Esplícate...

—Al ver ese aparejo de armas de toda especie, se me figura que me encuentro en alguna fortaleza.

—Y bien, ¿qué importa eso?

—¡Oh! mucho importa...

—¿No sabes que estás seguro?

—Pero por mas seguro que esté, ese aparejo me sorprende muchísimo.

—¿Desde cuándo acá te has vuelto tan medroso? Este miedo no está conforme con el valor que siempre demuestras, Vincencio. Deponlo, pues, y siéntate aquí, que hablaremos juntos.

Sentóse el P. Vincencio en la otra silla que allí habia, y los dos enemigos se hallaron ya cara á cara.

¡Eran hermanos!!!...

—Ese reloj de arena, Santiago, dijo el jesuita, es muy emblemático; y para tí debe ser un gran tormento el tenerlo siempre á la vista.

—No: ¡quimera!... A mí nada me conmueve... Soy yo un hombre gastado en todos sentidos...

—Pero siempre escitará en tí pensamientos poco halagüeños.

—Juzga tú mismo... Ahora estaba pensando en mi vida pasada por lo que á tí toca.

—¡Fecundo pensamiento, Santiago!

—¡Fecundo en verdad!...

—¿Y cuál ha sido su resultado?

—Que siempre has sabido penetrar todos mis proyectos, y que muy pocos se han escapado á tu penetracion.

—¿Y aquí estaban tus pensamientos, cuando yo te he interrumpido?

—No por cierto: han pasado mas adelante. Estaba yo discurriendo sobre si tal perspicácia podias deberla á otra causa que al saber todos los secretos masónicos en general, y los mios en particular...



—Eso es; pero aun mas, Santiago. Yo conozco tu carácter, tu genio, tus inclinaciones, tu pasado, tu presente y tu futuro, y por añadidura todos los secretos de tu sociedad... ¿qué me falta, pues, para penetrar todas tus intenciones?...

—¿Y no será verdad que una inteligencia grande, gigantesca y nada comun perfecciona ese don particular tuyo?

—No tal: esa inteligencia de que hablas está de tu parte, pero te has valido siempre de ella para el mal.

—¡Ojalá que así fuera, porque de este modo yo sería superior á tí, y no penetrarias ya mis proyectos!

—Superior eres á mí: pero conociendo tu índole y sabiendo á qué se dirige tu inteligencia, me hago tu igual... Hé aquí todo el secreto que buscas.

—No me satisfacen aun tus esplicaciones.

—¿Y no habias adelantado mas tu pensamiento cuando yo he venido?

—Sí; pensaba últimamente en la gran variedad que ofrecen las cosas todas de este mundo. Hace pocos dias que yo solicitaba hablar con mi hermano, y él se negaba á ello: hoy, al contrario, tú eres quien has ansiado verme, y yo hubiera deseado poner un mundo entre los dos.

—¿Tanto miedo te infundo, Santiago?

—Ello es la verdad, pero no te enorgullezcas.

—Ese es caso raro, un estraño acontecimiento; pero nadie mejor que tú puede dar de él una completa esplicacion. He deseado verte... pero bien pesado vá á ser para tí el motivo de mi visita.

—Mis conjeturas siempre han avanzado en este supuesto.

—Y con mucha razon...

—¿Con que, pues, no me habré equivocado?

—Vamos á verlo. Escúchame.

—Habla...

Al punto que iba á hablar el P. Vincencio, resonó por aquellas cavernas el ruido del yunque.

—¿Qué es esto, Santiago? dijo el jesuita. ¿Tienes en esos subterráneos las fráguas infernales de Vulcano?

—¡Esto te asusta! ¡Tan pronto pierdes tu decantado valor!

—No: pero... ese ruido... Desearia saber lo que es...

—¡Bello deseo! ¿y no lo conoces? Es un herrero que trabaja...

—¡Ah! ya comprendo: un herrero que trabaja en estos subterráneos, no podrá menos que fabricar alguna argolla ó picota, cadenas, ó alguna cuchilla para herir.

—Está fabricando lo último que has dicho.

—¿Será verdad?

—No hay que dudarlo, puedes verlo si quieres... Está fabricando unas trescientas hojas de cuchillo.

—¿Y para qué uso las destinas?

—Para dar de puñaladas la noche del 25 de julio.

—¡Oh horror! esclamó el jesuita cubriéndose la cara con las manos. ¿En la casa de un hermano mio se están fabricando las armas que han de quitar la vida á los hijos del Señor?

—Sí, Vincencio: y yo seré el primero en herir.

—¡Bárbaro! ¿y tendrás corazon para ello?

—Eso me lo podrás preguntar cuando me veas armado del mejor templado de esos cuchillos que ahora cerca de tí se están fabricando.

—¡Y al fin será verdad que eres mas perverso que el mismo demonio!...

—Sí, ya lo ves: yo soy un demonio y tú un santo... pero ¡un santo hermano de un demonio! ¡válgame Dios! ¡qué contraste!

—¡Calla, bárbaro! deten esa lengua viperina... no insultes mas las desgracias de la mísera humanidad.

—Callaré, respondió Santiago, pero advierte que tú eres quien me hace hablar.

—Bien; ya no te preguntaré mas sobre eso... pero yo te juro que no empuñarás el acero contra los religiosos.

—Vano empeño es el tuyo, añadió el Mason, pero yo te juro tambien que haré mi voluntad, por mas que tú hayas jurado perderme.

—Eso, Santiago, ya lo veremos.

—Verdad es: el tiempo nos lo dirá... ¿No habias venido para hablarme de otros asuntos?

—No hay duda... voy á ellos.

—Como tú quieras... habla.

—Antes que todo, vengo á exigirte algunas esplicaciones.

Tomó aquí el jesuita un aspecto mas sério y magestuoso que nunca, despues de lo cual prosiguió:

—Tú ya sabes que desde algun tiempo á esta parte falta la persona del desventurado Jorje Evarini, cuya perdicion tú has procurado; y como no ha sido hallado en parte alguna, presumo que lo conservarás en tu poder, por lo que vengo á reclamártelo con todo mi valimiento, y á exigirte una esplicacion de lo que has hecho de él.

—¿Pero no sabes que murió? dijo Santiago aturdido.

—Repito que sabes muy bien que su cadáver no fué encontrado, y por tanto, pretendo saber cuál es su paradero, muerto ó vivo.

—No dudes, Vincencio, de que fué muerto, y despues de eso arrojado su cadáver al mar... En esto te digo la verdad; si otra cosa fuera, tambien te la diria.

Estupefacto quedó el P. Vincencio: parecíale imposible el crímen que acababa de escuchar, y su sangre quedó helada en las venas. Si le hubieran anunciado su última hora, no hubiera quedado mas aturdido de lo que quedó. No sabía qué responder á su hermano, y solo acertó á decirle:

—¿Y quién pudo ejecutar accion tan bárbara?

Santiago le contestó con estudiada calma:

—Yo lo mandé, Vincencio...

—¡Asesino! esclamó el Jesuita, pegando sobre la mesa un puñetazo que hizo estremecer al Mason. No te contentas con dar la muerte á un infeliz á quien has seducido, sino que despues luchas con la muerte misma... Pero... no me engaña tu osadía con estudiadas revelaciones.

—Vincencio, te juro que he dicho la verdad.

—¡Hombre bárbaro! añadió luego el jesuita con voz conmovida y amenazadora que hizo temblar á su hermano. Yo habia creido que le tenias escondido... ¡Golpe fatal!... ¿qué le diré yo á su esposa? ¿qué les diré á sus hijos?... ¡Ah! ¡desgraciado de tí, cuya crueldad no tiene límites, ni te estremeces al derramar la sangre de los inocentes! Pero ¿qué ha de ser, Santiago? ¿qué ha de ser? Dios te ha dejado de su mano, porque mi padre te ha maldecido y mi madre tambien... esta maldicion no te ha abandonado nunca, y te seguirá sin dejarte hasta que te encuentres al borde del sepulcro. ¡Oh, sí! que la maldicion de los padres es atrozmente dañina, pero tú no la sientes. Mi padre al morir te dijo: «*¡Hijo asesino! ¡parricida! ¡caiga mi maldicion sobre tí!*» ¡Oh! aun me acuerdo de esa maldicion horrible, que sin herirme á mí, me hizo estremecer y me hace llorar su recuerdo; y tú, desalmado, tú que has sofocado hasta los generosos sentimientos del corazon, despreciaste ese grito, acreditando con tus obras el dictado de *asesino y parricida*... Yo no te he maldecido, Santiago, porque te amo mucho, como un pastor á su oveja, como un amante á su amante; pero, á pesar de esto, no dejaré de decirte siempre *¡asesino! ¡parricida!* si bien impediré que llegues jamás á ser fratricida.

Santiago agitado escuchaba las palabras de su hermano.

—¡Vincencio, por Dios! esclamó; déjame... déjame de una vez: no me

oprimas mas... habla de lo que á tí te importa; pero no me hables de mis padres, porque me veré obligado á dejarte solo, si no quiero morir de... rabia é indignacion...

Y pronunció estas últimas palabras en medio de un arranque convulsivo.

—Muy bien; voy á hablarte de otros asuntos, porque así me conviene, ya que la muerte de Evarini reclama mas justa venganza que muchas otras.

—Habla pues.

—Quiero que al instante me presentes aquí mismo los documentos que robaste de un modo el mas vandálico al marqués de Casarrubios.

—Siempre temí, hermano mio, que me exigirias esos documentos...

—Pues si tal temias, ¿por qué los robaste? Acuérdate, Santiago, de que poseo la clave de todos tus secretos; acuérdate de que yo puedo perderte; y no olvides tambien que tu vida y la de otros compañeros tuyos están en mis manos. Pues bien, teme mi cólera si no me presentas ahora mismo lo que acabo de pedirte.

Frio y helado quedó el de Silva al oir estas palabras imperiosas de su hermano.

—Desde el dia fatal en que robé estos papeles, dijo Santiago, siempre he dicho que este robo ha sido mi primer error de trascendencia... yo lo reconozco... Si hubiera sabido que tan interesantes eran estos documentos, no hubieras debido dirigirte á mí para recobrarlos.

—Peor para tí hubiera sido, Santiago... porque de todos modos tú hubieras sido la primera víctima.

—Pero escucha... á lo menos...

—Basta. Los documentos.

—He visto que eres el gefe y fundador de una Sociedad erigida para abatir la nuestra.

—Los documentos robados, Santiago...

—¡Oh, Dios!...

—No invoques el nombre del Dios que nunca has querido reconocer.

—¡Ah, hermano mio! ¡eres el único enemigo que tengo sobre la tierra! Tú quieres esos documentos, cuando yo he noticiado ya su aprehension á mis superiores de Madrid... pero no importa: todo te lo devolveré, y... moriré... Cuando el Grande-Oriènte de Madrid me pida esos documentos, contestaré que me someto gustoso á la muerte... Pues bien; ya lo conseguirás... pero... teme los resultados.

—Santiago, entrégame los documentos... despues me escucharás...

Abrió Santiago un grande armario de hierro que habia cerca de él, y empezó á sacar uno por uno todos los paquetes de papeles que habia robado al marqués de Casarrubios. Cuando estuvieron todos sobre la mesa, levantóse el P. Vincencio, y poniendo su mano derecha sobre los papeles en señal de dominio, dijo estas palabras:

—Sabrás, Santiago, lo que dicen estos documentos, ¿no es verdad?

—Muchos he leido de ellos, pero no todos...

—Pero sabrás á lo menos la lealtad y pureza de nuestras intenciones... la rectitud de nuestro fin... la santidad de nuestros medios...

—Nada de esto, Vincencio... Solo he admirado la entera libertad de que gozais todos los miembros de la sociedad.

—Ya lo ves: nosotros, usando de entera libertad, defendemos lo que vosotros llamais tiranía; y esta es la piedra filosofal con la que tarde ó temprano conseguiremos sobre vosotros una completa victoria.

Despues de esto el jesuita revolvió algunos de los paquetes, y sacando de entre ellos una libreta en pergamino, mostróla á su hermano en señal de triunfo, diciéndole:

—Santiago, ¿has leido el contenido de esta libreta?

—No... le contestó el Mason.

El jesuita se la metió en el pecho.

—Has dejado lo mejor, dijo.

—¡Cómo!... ¿por qué?

—Porque en ella están consignados los estatutos de nuestra sociedad.

Santiago, al primer impulso, se puso de pié, pegando una patada en el suelo, y un puñetazo en la mesa.

CAPÍTULO III.

Dos hermanos.

Conde. ¿Quién sois?
Reina. Ya es ocioso:
Soy quien pondrá un escarmiento
Con vuestra cabeza al mundo.
Conde. Por vos inocente muero...
¿Quién me dijera algun dia?...
Reina. Vos teneis la culpa de eso.
FELIPE IV—en el drama: *Conde de Essex.*

Solo á un mónstruo podemos dar vida
Agripina y yo.
DOMICIO, *padre del emperador Neron.*

No hay tranquilidad para mí, dijo el Mason. Soy completamente desgraciado... estrella de la ventura ya no puede lucir nunca para mí... y la mala suerte me persigue tenazmente. Pero... ¿á qué tanta emocion? añadió luego. ¿Qué me importa todo esto, si dentro de poco dejaré de existir?

—Escúchame, Santiago, dijo el jesuita, quiero hacerte una propuesta.

—No quiero escuchar propuestas de ninguna clase, porque no pueden ser buenas cuando me las hace un hermano que me ha perseguido, mientras ha durado mi vida; pero pronto cesará tu rencor, porque cesará mi existencia: vete en paz, te lo ruego.

—Santiago, añadió el jesuita volviendo á sentarse de buena ó de mala gana, vas á escucharme, porque no puedo sufrir á sangre fria, que digas que yo te he perseguido. Bien sabes tú cuán falso es lo que dices y voy á recordarte algunas cosas que quizás tendrás olvidadas, pero que sin embargo te probarán la inexactitud de lo que has dicho. Nuestros padres, como sabes bien, no han tenido mas que dos hijos, tú y yo: pero ya desde la niñez adivinaron tu carácter indomable, y creciste á tus an-

churas bajo sus benéficos auspicios. A la edad de catorce años te fugaste de nuestra casa, despues de haber robado una considerable cantidad de dinero á nuestros padres y sin que pretenda ahora indagar si fueron tus pasos, tu malicia ó ciertas amistades las que te guiaron á Barcelona, lo cierto es que allá fuiste á disfrutar del robo en compañia de algunos perversos amigos. Allí encontraste pábulo á tu malicia y egoismo; mas las pesquisas de mi padre descubrieron tu paradero, y la policía te puso luego en sus manos; pero tu carácter habia empeorado ya mucho, y viniste de Barcelona dispuesto á proclamarte el destructor de la familia, y para ser el verdugo de tus bondadosos padres. Muy pronto vimos pruebas de eso. Mi padre enfermó luego, y bien puedes acordarte del horrible acontecimiento de entónces. Él te llamaba á la buena vida, te lo rogó encarecidamente, te amenazó con desheredarte si no lo hacias; pero tú, constante en el mal, te burlaste de él, de sus súplicas, de sus consejos y de sus amenazas. ¡Pobre padre mio! durante su enfermedad se pusieron en juego todos los remedios imaginables para salvarle, los médicos ya no sabian qué hacer, y al fin, obligados por las circunstancias, se reunieron en numerosa consulta, y afirmaron que mi padre estaba envenenado... Al principio ni mi madre, ni yo podiamos creerlo; pero bien pronto se confirmó el parecer de los médicos, cuando tú en sueños nos revelaste el envenenamiento fatal. Sí: mi padre estaba envenenado por tí, y tú mismo lo confesaste. A la edad de diez y seis años pudiste adornarte con el dictado de parricida. Él lo supo, y en algunos momentos de arranque febril te echó su maldicion, diciéndote entre convulsiones y angustias: «*¡Asesino! ¡parricida!...*» ¡Ah, Santiago! esa maldicion te ha seguido por todas partes, no te abandonará un instante, desbaratará todos tus proyectos, y del mismo modo que tú emponzoñaste al que te maldijo, su maldicion emponzoñará tambien tu existencia, sin que te deje hasta en las profundas cavernas del infierno, si tú no propones quitártela de encima. Nuestro padre antes de su muerte te desheredó, y me puso en tu lugar á mí, el menor de los dos; y toda mi vida tendré presente aquellas sublimes palabras que pronunció por tí en el trance fatal de la hora de su muerte. Su principal sentimiento era dejar sobre la tierra á un mónstruo de iniquidad por hijo suyo. Murió luego dejándote libre para revolcarte en el cieno de tu malicia. ¡Oh! en aquel trance fatal con una voz agonizante dijo que eras un mónstruo, del mismo modo que Domicio al nacer su hijo Neron: «*Solo á un mónstruo podemos dar vida Agripina y yo.*»

El P. Vincencio enjugó una lágrima que rodaba por sus mejillas.

Santiago permanecia impasible en actitud de meditacion y como escuchando á su hermano. Éste prosiguió:

—Nuestra madre, débil por naturaleza, no pudo resistir á golpes tan repetidos, y como consecuencia de ellos perdió el conocimiento hasta el estremo de volverse loca. Tú te encargaste, sin duda por mandato del infierno, de darle cada dia nuevas pesadumbres; y al notar su locura, te burlabas de ella; pero acuérdate, de que, á pesar de lo mucho que te amaba, te maldijo tambien en uno de sus delirios. A los dos años de la muerte de nuestro padre, murió tambien ella... pero ¡feliz ella mil veces, que abandonó este mundo mortal por ir al cielo á reunirse con su esposo! Dejó sin embargo á dos hijos huérfanos, uno de diez y ocho años, que eres tú, y otro de catorce, que era yo. Tratóse de dar cumplimiento á la última voluntad de nuestro padre: nuestro tio paterno, que era mi tutor y curador, quiso darte la herencia que te correspondia, para alejarte de nuestra casa; pero tú á todos sus sanos y conciliatorios proyectos opusiste tenaz resistencia, y los abogados que defendieron el pleito entablado por tí, como que estaban vendidos á una vil secta secreta, tuvieron á la mano mil medios indignos para triunfar, y triunfaron efectivamente contra toda justicia y contra toda razon. En resúmen, quedó sin efecto el testamento de nuestro padre, y quedaste tú como heredero absoluto en la casa paterna, por cuyo motivo yo tuve que ser desde entónces tu esclavo y tu juguete. Por aquellos tiempos fué cuando supe de una manera positiva, por medio de ciertos papeles tuyos, que formabas parte de la sociedad secreta de los Franc-masones. En vez de comunicar mi descubrimiento á persona alguna, procuré tomar una copia de todos los documentos que te encontré pertenecientes á tu secta. Ciertamente me horroriza la lectura de algunos, mayormente entónces que apenas entraba en la edad de las impresiones profundas y duraderas. Juzga tú mismo cuánto me sorprenderia al leer que estabas enteramente sujeto á unos hombres invisibles, que podian disponer de tí á su arbitrio, pudiendo ellos disponer de tu vida, de tu honra, de tus bienes, de toda nuestra casa y de la influencia que ejercias y podias ejercer sobre mí y sobre cualquiera otra persona. Las copias de los citados documentos las enseñé despues á mi tio curador, y con este motivo recibí de él las primeras nociones sobre esta secta malvada, de la cual tú has venido á ser uno de los capataces. Nuestro tio, avisado por mí, te llamó un dia á su casa, para afearte la reprensible conducta que observabas, quejóse de tus prodigalidades, y al ver tu mal modo de proceder, te ordenó poco despues que pusieses coto á tus inmensos y supérfluos gastos, que

suspendieses los repetidos y costosos viajes que estabas haciendo á Gerona y á Barcelona, y te significó que estaba resuelto á no soltar un solo maravedís mas de los fondos que nos habia dejado nuestro padre. Hubo entre vosotros algunas contestaciones, por cuyo motivo te dijo que queria usar de su autoridad: tú lo tomaste á mal, segun públicamente lo decias... corrieron estraños rumores sobre los enemigos de mi tio... y á los pocos dias fué hallado su cadáver en un camino real. Habia muerto á puñaladas... Tú te ausentaste entónces de nuestra poblacion, y la opinion pública te designó como su asesino; y como que á mí no me faltan pruebas de tu culpabilidad, nunca he dejado, ni dejaré tampoco de señalarte como autor de dicho asesinato. A la edad de 22 años habias cometido ya tres asesinatos sabidos... pero sigue adelante: la maldicion de tus padres no te abandonará, hasta que llegues al sepulcro. Á veces Dios por sus misteriosos fines permite que mónstruos como tú pisen la tierra. Muerto nuestro tio, pasaste á Barcelona, que era, como tú decias, el cuartel general de todos los hombres que desean divertirse: allí te hiciste declarar mayor de edad, y entraste ya en ciertos planes muy horribles con sugetos que entónces no conocia y que ahora conozco mucho. Volviste por fin á nuestra casa paterna lleno de deudas y de amigos que chupaban á raudales los bienes de nuestros antepasados. Yo, cuyo genio y educacion eran muy diferentes, no pude ver tu conducta sin horrorizarme; pero no sabiendo qué partido tomar segun el consejo de una persona que bien me queria, y te pedí mi dote para salir de nuestra casa. Tú, no obstante, me negaste lo que te pedia, pretestando que no era conveniente que yo saliese de la casa paterna, pero como yo insistiese en pedírtela, me anunciaste definitivamente que no me la darias, y que exigias aun que saliese de tu casa dentro el improrogable término de dos meses. Confuso y atónito me quedé al saberlo.

Temiendo entónces de tí algun proyecto mas sanguinario, me marché á Gerona á elevar mis quejas á un tio materno, que, como sabes bien, me queria en estremo; y como yo llevaba intento de pasar á Roma para empezar allí la carrera eclesiástica, procuró proporcionarme todos los medios indispensables para ello. Acepté sus ofrecimientos, dándole poderes para entablar contra tí un formidable pleito. Hice mis preparativos de marcha, lo cual te llenó de alegria. Mi tio me acompañó entónces á Barcelona, estuvimos allí algunos dias, y despues de ellos, me embarqué en un buque austríaco que pasaba á Civita-Vecchia. Antes de despedirme de él, lloré amargamente horas enteras, encarguéle con mucho empeño que vigilára tus pasos y velára por tí; y emprendí por fin mi

viaje, encomendándome á mis padres, que están en el cielo. Despues de una feliz navegacion llegué á puerto, y al cabo de pocos dias entré en la capital del mundo católico. Referirte lo que allí hice sería muy largo. Comencé mis estudios en un colegio de PP. Jesuitas: los maestros me amaron mucho, me quisieron como hijo y me hicieron olvidar la pesadumbre que me habia causado la pérdida de mis padres. Ellos me mantenian en su propia casa, y de esta suerte pude disminuir los gastos que al principio ocasionaba á mi buen tio. Éste, segun yo se lo habia encargado, vigilaba todos tus pasos y me daba noticia por escrito de todos tus estravíos, y de tus grandes prodigalidades sobre todo; el pleito presentaba un buen aspecto para mí, sin duda alguna que él hubiera triunfado, pero... ¡pobre hombre! fué una víctima mas... fué asesinado tambien... Bien sabes de qué modo vine á adquirir noticias ciertas de que tú y algunos otros habiais cometido este asesinato; pruebas tengo, que si yo llegase á mostrar algun dia, harian rodar vuestras cabezas en un cadalso. Muerte ignominiosa era lo único que mereciais; pero no lo quise, porque tú eras mi hermano, y porque resolví aprovecharme de esas pruebas de un modo tal, que pudiera castigaros sacando de ello grandísima ventaja. Solo los Jesuitas podian ser capaces de calmar mi dolor por la muerte de mi tio. Para distraerme, confiáronme algunos encargos cerca de otras casas de la Compañia en Italia, con el objeto de distraerme. Hice al poco tiempo mis votos en Roma, y despues de ellos vine á España por mandato del general, para reunirme con nuestros hermanos de Madrid, donde debia seguir mi largo noviciado, y me mandaron pasar de incógnito por algun tiempo, aunque yo ignoraba el motivo. Hasta que hube llegado á la capital de España, no tuve noticia del asesinato del duque de las Siete-Torres, que tanto ruido habia metido en todo el reino; y entónces pude conocer por qué mis superiores me habian puesto un nombre supuesto en lugar del mio propio; y al mismo tiempo supe que el duque de las Siete-Torres al espirar dijo: «*Arcestel es mi asesino*» sin anunciar cuál de los dos hermanos era el asesino. La desgraciada viuda del duque, abandonada de todo el mundo y hasta de su mayordomo, cuyo paradero se ignoraba entónces, te perseguia sin cesar, y no era prudente por ningun estilo que yo me diera á conocer. Entónces, con el permiso competente, volví á Roma, echéme á los piés de mi general, esplicándole el crímen de mi hermano, la confiscacion de sus bienes, y sobre todo, el peligro en que me encontraba; por cuyos motivos le pedí, que si era su voluntad que prosiguiera yo en España, me permitiera al menos guardar mi nombre supuesto para evitar compromisos inútiles, y

sobre todo, el desdoro de la Compañia con tener en su seno al hermano de un hombre tan malvado y criminal como tú. Mi general me consoló lo mejor que pudo, y me puso el nombre de Vincencio del Vivár, nombre con el cual vine á España y que he conservado siempre hasta ahora en sustitucion del de Vincencio de Arcestel, que no he podido usar por tu complicidad en el asesinato del duque de las Siete-Torres, á pesar de que mi general hubiera salido garante siempre de mi inocencia, en caso de que por causa tuya me hubiese visto comprometido. Volví por tanto á España, y á poco de llegar, la Compañia de Jesús quedó disuelta por las Córtes de 1820: y todos mis hermanos de España recibieron órden de Roma para diseminarse por otras naciones, como lo hicieron; á escepcion de algunos pocos, á los cuales se les mandó quedar en España por fines particulares, y uno de estos pocos fuí yo. Entónces, por una casualidad asombrosa, por un acontecimiento que puede llamarse un milagro y que siempre guardaré con gran secreto, trabé amistad con *Carlos*, el antiguo mayordomo de los duques de las Siete-Torres, y me entregó las pruebas del asesinato del duque. Con ellas podria enviarte al patíbulo junto con algunos otros que hoy son tenidos por grandes hombres; pero no quise ni quiero hacerlo para mayor provecho de la humanidad. Entónces recorrí varias poblaciones de España, y por mas que quise encontrarte, no lo logré jamás. Con el nombre supuesto de Santiago Aguilar de Silva te sustraias á mis pesquisas y á las de la duquesa viuda, que te buscaba asíduamente, para darte una muerte reclamada por el cielo y por las leyes. Buscándote yo con todo ahinco, logré por fin encontrarte: tú ya sabes dónde. Aquella fué la primera vez que me presenté delante de tí sin temor, y la primera que tú temblaste tambien á mi presencia. Entónces quisiste poner fin á mis dias, pero yo te contuve, diciéndote que con mi muerte decretabas la tuya, porque los documentos que tenia para atestiguar tus asesinatos y los de otros muchos compañeros tuyos que hoy desempeñan grandes cargos públicos, estaban de tal modo preparados por mí, que en el instante mismo de mi muerte pasarian cada uno á sus respectivos interesados, por cuyo medio no podriais escapar de una muerte segura é ignominiosa. Esto te contuvo, y esto sucederá irremisiblemente siempre que trates de atentar á mi vida ó dejes de hacer lo que yo te pida.

Tú ya sabes ahora lo infinito que podria aquí decirte, continuó el P. Vincencio; pero me entretengo en recordarte los principales hechos, para que por ellos puedas ver cuán distante estoy de haberte perseguido, como tú has dicho. Por aquel entónces ocurrió que algunos amigos

tuyos, queriendo justificarte del asesinato del duque, publicaron varios escritos defendiéndote, y suponiendo al duque gefe de una horrorosa conspiracion. Yo, que sabía lo contrario de todo lo que se dijo en los periódicos y folletos, pasé nuevamente á Madrid, y en un escrito particular, coloqué la cuestion en su verdadero terreno. Con motivo de este y otros muchos acontecimientos, llegué á apoderarme luego, de un modo que tampoco comunicaré jamás á persona alguna, de todos tus escritos y de los de muchos otros pertenecientes á la secta de que formas parte. Horrorizado mas que nunca quedé con su lectura, lo cual me puso en estado de conocer todos los hechos y designios de los Francmasones, y he sabido tambien que eres tú el tercer Mason de España. Observa, pues, cuantas ventajas llevo sobre tí; son infinitas: y tú podias conseguir una tan solo sobre mí, leyendo las Constituciones de nuestra sociedad; y aun esta no ha permitido Dios que consiguieras. Bien es verdad que me obligas á ocultar el nombre puro y sin mancha de Arcestel por causa tuya, pero esto no durará eternamente. No quiero hablarte tampoco de esa persecucion tan contínua de que es víctima ese pobre niño Aurelio, en cuyo brazo teneis marcadas las indelebles señales de vuestra dependencia, y cuyos padres no son conocidos aun. ¿Quién es, Santiago, ese niño desgraciado que tanto temor os causa, siendo inofensivo, y á quien perseguís con tanta saña? No quiero tampoco hablarte de otras mil atrocidades tuyas, ni tampoco de este horrible asesinato cometido en la persona de Jorje Evarini. De algunos años á esta parte, observo, con harto sentimiento mio, que en todos los crímenes y atentados trascendentales que se cometen en España, tienes tú mucha participacion: en todas partes te das á conocer como hombre perverso é infernal, pero al fin y al cabo esto no es estraño, porque mis padres te han maldecido, y esa maldicion no te abandonará jamás, si no cuidas de anularla por medio de un total arrepentimiento. No siendo así, tus acciones todas estarán bajo una influencia maléfica é infernal; pero nunca podrás quedar por esto con la victoria definitiva. Las sectas secretas y sobre todo la del Grande-Oriente manda ahora esclusivamente en España; pero tarde ó temprano se arruinarán ellos mismos, se despedazarán con divisiones intestinas, sufrirán ataques fuertes y violentos, y sus despojos serán el brillante trofeo de nuestra CONTRAMINA, que no dejará de haceros jamás una guerra á muerte. Ella y yo, como su fundador, anularemos todos vuestros actos. Vuestro Oriente asesina por todas partes; y nosotros, con tal que distingamos la víctima, correremos inmediatamente á ampararla; vuestro Oriente quiere incendiar los santuarios y

conventos, pero hágalo enhorabuena, que nosotros ya sabremos tomar las medidas convenientes para que puedan ser apartadas del incendio las víctimas designadas; vuestro Oriente persigue tambien á este jóven Aurelio, pero no importa todo esto, porque yo, un hombre solo, me he comprometido á hacerle triunfar de vosotros con la ayuda de Dios, y triunfará; en fin, para concluir de una vez, si vuestro Oriente es una MINA que pretende volar todo lo que atañe al altar y el trono, nosotros seremos tambien una CONTRAMINA que junto con vosotros volará tambien todos vuestros proyectos. Una cosa sola es la que yo siento, y me atormenta, que es el tener que ocultar á mis consócios el poder que sobre tí ejerzo, por no haber de descubrir ni mi nombre verdadero de Arcestel, ni mi nacimiento, pór el borron que has echado sobre él; pero eso es un estado escepcional, que no puede durar, y que ha de acabarse sin remedio; un dia ú otro publicaré entre mis consócios mi verdadero nombre, y entónces todos los negocios mios y tuyos tomarán un aspecto diferente. Mas, para acabar de una vez, te diré que la lucha entre las sectas secretas y la Contramina, es la de la verdad con la mentira, de la libertad contra la tiranía secreta: todos los triunfos que consigan estas sectas y los partidos que las encubren son efímeros y pasajeros, al paso que los que consiguen los hombres de bien, que se os oponen, son permanentes, duraderos, y mas indelebles aun que vuestros mismos crímenes.

Aguilar de Silva habia escuchado á su hermano sin dar la menor señal de aprobacion ni de desprecio. Inmóvil como estátua, parecia insensible é indiferente á los diversos sentimientos que necesariamente debia escitar en su corazon el acento de su hermano. Considerábase en un trance apuradísimo en el cual era preciso tomar una resolucion definitiva; y para ello trazóse un plan de conducta, mientras le estuvo hablando el P. Vincencio. Cuando éste acabó, levantó el Mason su cabeza con ademan resuelto.

—¿Qué has intentado conseguir, Vincencio, con tan larga y estudiada relacion? dijo.

—He intentado, contestó el jesuita admirado, ponerte á la vista unos pocos de tus innumerables crímenes, á fin de que pudieras conocer la causa de todos ellos.

—Díme ¿cuál es esta causa primaria?...

—Tu malicia y tu egoismo fomentado por las malas compañias que tuviste desde tu mas tierna niñez.

—¿Y no ha sido otro el principal objeto de tu afan?

—Otro ha sido aun...



—¿Cuál?
—Inducirte á que te arrepientas...
—¿Y lo lograrás?
—Qué sé yo... En tu corazon está la respuesta. Consúltale, y verás...
—No quiero tomarme tal molestia.
—¿Y por qué razon?
—Porque nada adelantaria con ello, dijo Santiago riéndose de su hermano.
—¿Nada adelantarias?... ¿En qué te fundas para asegurarlo?
—En que mi corazon no puede dejar de ser siempre lo mismo que ha sido hasta ahora.
—¿Es esta tu definitiva resolucion?
—Esta y no otra...
—¿Siempre la misma?...
—Siempre.
—¿Cómo podrás cumplir con ella de aquí en adelante?
—Tiempo te sobra para verlo.
—¿Y los mil peligros que te esperan?...
—¡Oh! ¡quimera, Vincencio!... No me espera ninguno.
—¿Y sus consecuencias?
—No las temo...
—Tan malas como serán...
—No pueden dejar de ser buenas...
—Hablemos claros, Santiago. ¿Has comunicado á tu único gefe de Madrid la aprehension de los secretos de la Contramina?
—No te he dicho que sí... Lo hice á la media hora de tenerlos en mi poder...
—¿Qué contestacion esperas?
—Que mande á Madrid estos secretos.
—¿Y cómo podrás hacerlo?
—No podré...
—¿Y entónces?...
—Entónces les enteraré de que me ha sido preciso devolverlos á su dueño...
—¿Y serás creido?
—Demasiado...
—¿Y esto solo bastará para...
—Bastará para que me condenen á muerte.
—¿De qué medios se valdrán?...
—Me perseguirán por todas partes.
—¿Y podrán aprehenderte?
—Jamás...
—¿En tal caso no morirás?...
—No moriré...
—¿Qué intentos son pues los tuyos?
—Oye y lo sabrás.

CAPITULO IV.

Obstinacion.

Pues, vil, infame, traidor,
¿Qué tengo mas que saber,
Despues de saber quién soy,
Para mostraros desde hoy
Mi soberbia y mi poder?
CALDERON.—En el drama: *La vida es sueño.*

Mis proyectos son muy atrevidos, hermano mio, continuó Santiago jugueteando con sus azabachados cabellos. Dentro de pocos dias los sabrás.

—Pero bien... ¿Y estos secretos? dijo el jesuita señalando los paquetes de papeles.

—¡Estos secretos! respondió Santiago sonriéndose, ¿por qué me lo preguntas? ¿No te los acabo de devolver?

—Pero hace poco rato que esta devolucion te ha atemorizado.

—Es cierto: pero ya ves, Vincencio, ahora puedes tú aprender tambien en ello la instabilidad de las cosas humanas. La devolucion que poco antes me habia atemorizado, ahora me alegra. Mientras yo estaba, pues, dudoso, tú has procurado ganarme por medio del terror, ensartándome la larga relacion que he tenido que escuchar; mas para mí, mal medio has escogido: pensaba que me conocias mas. Durante la relacion de lo que confieso que son mis crímenes, consideraba yo como iba á ser condenado á muerte; y en vista de ello, he arreglado mis planes para lo futuro... Tenlo así entendido...

—¿Y cuáles son esos planes?

—No sé si puedo ó no decírtelos.

—Pero á lo menos...

—No te canses en vano... Aunque yo no te los diga, el tiempo te los mostrará con toda fidelidad.

—No pensaba yo esto, Santiago...

—Tú pensabas, sin duda, convertirme.

—Venia predispuesto á ello...

—Yo, Vincencio, he vivido Mason, y quiero morir Mason. La constancia es la principal virtud de los hombres de mi sociedad ó de mi secta, que es como tú la llamas.

—Pero los Masones van á perseguirte, y quizás á darte la muerte.

—¡Darme la muerte!... no.

—¿Y perseguirte?

—Perseguirme, sí...

—¿Y en tal caso?...

—En tal caso no conseguirán nada.

—No te comprendo; porque á la verdad eres en supremo grado misterioso.

—Toda mi vida ha estado envuelta en misterios mas ó menos profundos, y tú has descubierto de ellos una pequeña parte tan solo.

—¡Bárbaro! yo he conocido siempre que tus dias han sido una cadena de atrocidades y delitos, propios todos de un hijo maldecido por un buen padre. ¡Desgraciado de tí! tu hermano no te maldice, solo te compadece, y conoce que eres un salvaje... un...

—Pero tú eres á tu vez un pusilánime, un cobarde... un supersticioso... y confiando demasiado en el inmenso poder de que te supones revestido, amenazas conseguir por medios bajos, indignos y traidores, lo que no alcanzarias de otro modo, porque no eres propio mas que para bajezas. Hoy mismo, por ejemplo, pensando valerte de ese poder de que te supones revestido, me has amenazado en términos bastante significativos, diciéndome que yo no contribuiria al incendio de conventos. ¡Miserable! ¡mil veces miserable! Si al afirmarlo no confiabas en tu poder, confiarias al menos en que la devolucion de los secretos de la Contramina me pondria fuera de combate; pero ya te he dicho entónces, que yo sería uno de los capataces entre los incendiarios, y para afirmarlo me escudaba con los planes que despues he formado, y cuya necesidad he conocido desde un principio.

—Lo dije mas bien porque pensaba convertirte, dijo el jesuita, vista la nueva posicion en que iba á colocarte la devolucion de los secretos.

—Pues entónces, nada de lo dicho. Acuérdate solamente de que la noche del 25 al 26 de este mes es la designada para el incendio de conventos... y entónces verás de lo que soy capaz.

—No se me ocultaba, Santiago, cuál era el dia designado por el incendio.

—Yo me alegro; pero ¿sabes que hoy á estas mismas horas están ardiendo ya los conventos en otra poblacion?

—¿En dónde?

—En Reus...

—¡En Reus!!! ¿Y es posible?...

—¡Oh!... no cabe duda... A estas horas los conventos de Reus son ya humo y llamas...

—¡Ah!!!

—¿Te espanta la noticia?

—¡Mónstruo!... ¿crees acaso que soy insensible?

—Pero, ¿y tu valor?

—¡Oh, Santiago! tengo mucho valor: tú bien lo sabes, y sino, espera que llegue la noche del 25 de julio, y entónces lo sabrás...

—En Barcelona, lo mismo que hoy en Reus, los incendiarios no darán cuartel á ningun fraile que caiga en sus manos.

—¡Bárbaro!...

—Esas noticias te asustan mucho...

—Me asustan mas que tu crueldad...

Levantóse Santiago y le dijo:

—Pues quiero aumentar tu horror, Vincencio. Levántate y sígueme...

Obedeció el jesuita. El Mason se dirigió á una ventana que daba á un gran patio tambien subterráneo, abrióla, hizo asomar por ella á su hermano, y señalando el cielo con el dedo,

—Mira, le dijo: ¿ves allí aquellas dos grandes barras de fuego, unidas por otra mas pequeña, que juntas tienen la figura de una H?

El metéoro brillaba efectivamente sobre sus cabezas. El jesuita lo miró atónito y pasmado, y Santiago prosiguió:

—Míralo bien, Vincencio: esta señal es el anuncio del incendio de conventos... ha aparecido ya en Madrid, Málaga, Zaragoza, Cádiz, Reus, Barcelona y otros muchos puntos... hoy aparece como ves en N... donde tambien anuncia una grande catástrofe. Esta señal es el preludio de la muerte; por lo tanto, Vincencio, si tanto y tan grande es tu valor, prepárate para luchar con ella.

Considera, pues, cuan alto es nuestro poder, añadió Santiago, des-

pues de haber cerrado la ventana y sentádose, cuando con tanta facilidad hacemos confundir las ideas que suscitan nuestros caprichos, con las que suscitan las magníficas y admirables obras del Criador.

—Este poder, Santiago, contestó el jesuita con denuedo, puede ser muy alto para el vulgo ignorante, mas para otros no. Esta señal ó metéoro de que tanto y tanto te honras, que tanta importancia le das, y que tanta gloria piensas que te acarrea, no es mas que una gran máquina que se eleva, y cuya construccion ó manejo sé quizás tan bien ó mejor que tú mismo.

—Pero todo esto no quita ni añade nada á mis cálculos ni á tus peligros.

—Tal vez no sea así... ¡Ay! ¡veo cuán imposible es volverte al buen camino; pero no importa; sigue tu senda, ya que tan agradable te es, y ya que quieres vivir siempre con criminales y asesinos, continúa enhorabuena en su agradable compañia. Yo, por esto, te amo cordialmente, siempre seré tu hermano, nunca te olvidaré, porque sé que ignoras las bellezas y felicidades que encontrarias en el buen camino, porque jamás has abandonado el malo. Sigue por tanto tu senda, seguro de hallar en ella la felicidad de un asesino sin conciencia; continúa en ella y hallarás el fin que deseas. Quieres morir como Mason y lo lograrás; pero tu muerte será una conquista mas para Satanás. Morirás deshonrado; pero, á pesar de esto, considerando que soy tu hermano y que la sangre de tus venas es la de las mias, no quiero dejar de pedirte un pequeño favor. Cuando veas acercarse la muerte, sea natural, sea violenta, acuérdate de mi cariño fraternal, no te olvides de mis desvelos, y envíame á buscar, porque yo deseo recibir tus últimos suspiros y la última mirada de tus ojos. Responde, Santiago, ¿te acordarás de pedir por mí, cuando estés próximo á espirar?

—Está muy bien, contestó Santiago con la mayor indiferencia; peró, dime: ¿me mandas que lo haga, ó me lo pides?

—No tan solo te lo pido como hermano, sino como efecto del profundo cariño que te profeso; y si no me lo concedes, me pondré de rodillas á tus piés, sin levantarme hasta que me lo hayas concedido.

Santiago, al oir estas palabras de su hermano, no pudo contener su admiracion y dijo:

—¿Quién diria, Vincencio, al oirte, que tú eres la causa de todos mis padecimientos?... No te desalientes: lo que tú quieres haré... accedo á tú peticion...

—Gracias doy á Dios por ello, Santiago. Este es el primer sacrificio que he conseguido de tí voluntariamente.

Guardaron los dos hermanos un profundo silencio. El jesuita lo rompió de nuevo diciendo:

—Santiago, es ya tarde y yo debo salir de aquí.

—¡Cómo! ¿será posible que te lleves contigo tantos papeles?

—Esto fuera imposible;... que venga conmigo alguno de tus lacayos y los llevará.

—Está corriente... así se hará...

—Adios pues, Santiago, dijo el jesuita levantándose. Yo me voy, pero antes quiero que tengas de mí una prueba de eterno cariño. No creo que la rehuses.

Sacó de su pecho un crucifijo de marfil con una cruz de ébano, y lo presentó á Santiago diciéndole:

—Tómalo, Santiago. Esta es la prenda que te doy en señal de mi eterno amor. Guárdala como ella merece... está bendecida por nuestro Santo Padre Gregorio XVI, y sin duda podrá salvarte de mil peligros en que te encuentres. Tú estás rodeado de enemigos, de los cuales unos hostilizan tu cuerpo, y otros tu alma. Es preciso que triunfes de todos; y por esto al darte este crucifijo, puedo decirte lo que dijo el cielo al gran Constantino emperador: «*Con esta señal vencerás.*» Recíbelo, pues, Santiago, no lo desprecies.

El jesuita alargó la mano para entregar á su hermano el crucifijo; pero éste no hizo movimiento alguno para tomarlo. Parecia admirado de tal regalo.

—¿Qué debo yo hacer de ese mueble, Vincencio? le preguntó.

—Podrás hacer uso de él...

—Me será inservible...

—No tal...

—¡Oh, sí!

—¿Lo desprecias pues?

—Por supuesto...

—¿Por qué motivo?

—Juzga tú mismo...

—No alcanzo...

—¡A mí un crucifijo!... ¿Lo has pensado bien?

—¿Y qué tiene de particular?...

—¿Te parece poco?

—Me parece mucho.

—Pues quédate con él.

—¿Por qué no lo admites?

—¿Lo aprecias tú mucho?

—Infinito, Santiago...

—¿Será pues digno de aprecio?

—¡Oh, sí!

—¿No podré deshonrarlo?

—¡Oh, no!

—Pues... por eso mismo.

—¿Y qué?

—No me podrá servir; porque si es digno de aprecio, le deshonraria, por cuanto yo no le daria otro valor que el que puede darse al marfil.

—Pero bien, apreciale como quieras, lo cierto es que siendo un regalo de tu hermano no te desharás nunca de él.

—Es verdad, pero...

—¿Pero qué?

—Es un mueble que debe estar desterrado de la casa de un Mason.

—Y bien; escóndelo en el paraje mas oculto que tengas; y no te pido sino que vayas de vez en cuando á mirarlo, sino como lo que el crucifijo representa, á lo menos como un regalo que tu hermano te ofrece de todo corazon.

Entónces Santiago desclavó un alfiler de diamantes que llevaba en el pecho, el cual formaba un hermoso triángulo con una estrella en el centro, y entregándolo al P. Vincencio, le dijo:

—No quiero que me ganes, pues, en generoso: acepta ese hermoso alfiler de costosos diamantes, y guárdalo del mismo modo que yo guardaré tu crucifijo.

El uno aceptó entónces el regalo del otro; y Santiago dejó el crucifijo sobre la mesa.

Despues de esto dió la mano al jesuita, y los dos subieron en esta disposicion la escalera del subterráneo. A pesar de su enemistad, se despidieron los dos hermanos muy cordialmente: el jesuita derramaba lágrimas, y Santiago estaba notablemente conmovido.

A poco de haber salido el P. Vincencio, presentóse Venlor en la casa de Santiago para recibir sus órdenes; y el gefe Mason le comunicó la siguiente:

—Mañana á las diez de la mañana esperadme en la quinta del Oriente.

Venlor se retiró.

CAPÍTULO V.

—

Proclama masónica.

> Solo puedo hacer cosas admirables con los que me obedecen. No quiero ser responsable de los que me resisten. Todo lo he previsto, y todo lo tengo prevenido.
> . . . .
> Los obstáculos solo sirven para comunicarme mas actividad, y poseo el arte de sacar ventaja de la misma resistencia.
> WEISHAUPT.

Poco despues entregaron á Santiago la correspondencia de Madrid, que llevóse al subterráneo.

Volvióse á sentar en el sillon que poco antes habia ocupado; pero ya no le dominaba el furor y rabia de que no habia mucho estaba poseido. Las mas de las cartas que habia recibido eran felicitaciones de Madrid por el triunfo que habia conseguido con la aprehension de los escritos pertenecientes á la Contramina. Abriólas una por una y leyólas de la cruz á la fecha, hasta que dió con una del Gran Maestre de la secta, en la cual le pedia la entrega de todos los secretos aprehendidos. Santiago la dejó á un lado sin leerla y pasó adelante en el exámen de las demás cartas. Topó al fin con otra que contenia una larga proclama-circular dirigida á todos los venerables diputados y gefes de las Logias masónicas, la cual decia así:

PROCLAMA

de la triple Junta Masónica, Iluminada, y Comunera, á todos los Venerables, Diputados, Oradores y demás Gefes de las Logias de las tres sectas.

«UNION.—FRATERNIDAD.—LIBERTAD.—IGUALDAD.»

«Hermanos Masones, sabios Iniciados: Se acerca ya el dia de nuestra

completa regeneracion, del readquirimiento de nuestros sagrados é imprescindibles derechos, para lo cual es preciso una grande victoria; y para lograrla se han de hacer muchos esfuerzos; y á fin de conseguirlos se han reunido los hombres mas eminentemente liberales, que cuenta la España de hoy dia. Para lo que intenta esa triple junta, se han presentado infinitos obstáculos, pero todos han sido vencidos. Algunos han pretendido que no debia darse contra las comunidades religiosas el paso necesario y trascendental que esta junta ha intentado; mas sin embargo no hemos perdonado medio alguno para conseguirlo. Toda la secta iluminada en masa se ha unido á nuestros proyectos; gran parte de la progresista ha hecho lo mismo; y la moderada no ha sido tambien la que menos sufragios nos ha dispensado. Revestidos, pues, Nos con el grande poder que nos han delegado los capataces de las tres sectas, y compuesta esta junta de miembros de las tres, hemos acordado las medidas mas convenientes para el logro de nuestra empresa, no dudando de que nos darán por último resultado el fin que nos proponemos. Por esta razon, hermano Venerable, convencidos de la grandeza de nuestros proyectos, no dudamos de que aprobareis todas nuestras resoluciones, y de que contribuiréis poderosamente á su sostenimiento y á la cooperacion de todos vuestros súbditos.

«Sabios Iniciados: Ha llegado ya el dia en que la nuestra Nacion debe regenerarse políticamente, gracias á los esfuerzos de nuestra secta; y es nuestro deber el procurar por todos los medios que estén ó puedan estar á nuestro alcance, que la tal regeneracion se haga con toda la armonía posible entre las tres sectas, y con la cooperacion franca y sincera de todos los españoles.

»Nos, intérpretes de vuestros secretos sentimientos, conocemos á fondo la alta y magestuosa mision que tenemos confiada; y ningun medio hemos eludido para lograr la victoria de nuestras ideas, que ha de durar ya para siempre, si queda bien cimentada.

»Sabios Iniciados: los que componemos la triple junta nombrada por los capataces de las tres sectas, hemos tenido á bien entre otras cosas recordaros, que esta lucha que vamos á sostener lleva todas las ventajas de nuestra parte, porque no hemos de habérnoslas con carlistas y absolutistas, sino con una fraccion liberal, formada en parte por algunos desertores de nuestras filas, que se han apartado del camino de progreso que tenemos emprendido, para seguir las huellas del ministerio Toreno; que despues de habernos engañado completamente, quiere con sus planes de moderacion y justo-medio quitarnos el poder de que gozamos, poner

límites á nuestras ideas, y dar los empleos á solo los que siguen su bando y camarilla. Los secuaces de Toreno son pocos y desacreditados; la lucha durará poco, y la victoria será definitivamente por nosotros.

»Nos hemos considerado, que la próxima revolucion deberá cifrarse en la caida de Toreno y de sus empleados adictos, en la estincion de todos los Regulares, y la promulgacion de la Constitucion del año 12 ó de otro Código cualquiera que afiance nuestras libertades y deseos, redactado por unas Córtes constituyentes, cuyos miembros sean esclusivamente de nuestra sociedad.

»Igualmente hemos considerado que convenia mucho al buen éxito de nuestros proyectos, el tener al pueblo de nuestra parte, junto con la cooperacion de las personas indiferentes y con la total neutralidad de aquellas que pudieran hacernos una oculta y dura guerra.

»Para tener al pueblo de nuestra parte, debe considerarse que la mayor parte de él está en favor de las ideas liberales, y que por lo tanto, el principal medio para estimularlo en favor de las Juntas Gubernativas que van á instituirse, será destacar varias columnas en persecucion de los carlistas, haciendo ver en las proclamas que dentro breve tiempo quedará del todo destruida la faccion. Al propio tiempo deberán hacerse algunos beneficios al pueblo, tales como suspender alguna contribucion, quitar algun derecho de puertas ó arbitrio municipal con otros y otros muchos y eficaces medios que hay, para que el pueblo se ponga de parte de la revolucion.

»Estos últimos citados medios captarán tambien la benevolencia de las personas indiferentes, cuya cooperacion puede procurarse por medio de proclamas en que se alabe el objeto de la revolucion, se hagan ver los defectos del ministerio Toreno, la felicidad que vá á recibir con el nuevo régimen, y la tiranía que nos espera si triunfa el antiguo. Esto animará á los timoratos, enardecerá á los valientes y ganará el favor de los que se habian declarado neutrales y de los que siguen las banderas del presente ministerio.

»Del mismo modo conviene tener de nuestra parte á todos los criminales y desafectos al existente órden de cosas, lo cual se logrará muy bien quemando los papeles y procesos pendientes que existan en las Comisarías de policía y otros archivos, y finalmente quemando en las plazas públicas todos los procesos, indagaciones y autos criminales por delitos políticos, lo cual, seguido de una proclama escrita de cierto modo, llamará en apoyo de la revolucion á todos los interesados en el citado incendio y á todos los que teman algo tocante á delitos políticos.

»Finalmente, para lograr una total indiferencia de aquellos que pudieran hacernos una oculta y cruda guerra, que son los carlistas-absolutistas y acérrimos partidarios de Toreno con otras personas, nos ha parecido bien adoptar los siguientes medios. Intimidarlos por una parte, y garantirlos por otra. Se logrará intimidarlos, quemando públicamente todas las banderas y estandartes de los voluntarios realistas estinguidos, y quitando de sus empleos á todos los que sean tildados de absolutistas ó partidarios de Toreno. Y se logrará garantirlos no armando al pueblo contra ellos con las proclamas, y haciendo ver en estas, que el nuevo régimen no atentará contra nadie con otros medios que los que estén al alcance de todos.

»Esto es lo que Nos hemos determinado para el buen éxito de nuestra revolucion.

»Igualmente, para empezarla y proseguirla, Nos contamos con muchos recursos morales y materiales, con los cuales confiamos llevar á cabo nuestros intentos.

»De igual suerte Nos tenemos ya nombrados á los sugetos que han de componer las Juntas Gubernativas que deberán formarse en el dia prefijado en cada poblacion. Así tambien, por motivos que solo á Nos conviene saber, tenemos decretada la muerte de Toreno y otras muchas personas que es preciso quitar de enmedio.

»Tocante á la estincion de los regulares que alegrará á los nuestros y aterrará á los contrarios, debemos advertir que sea completa, y que para ello se envien á diferentes puntos las muchas bandas de Carbonarios que son pagados con el dinero de nuestras Sociedades, para que incendien los conventos y asesinen á los religiosos que se les designaren. Prevenimos sin embargo á los Venerables de las Logias, que ellos quedan responsables de la vida de los regulares que están adictos á nuestra causa, cuyos nombres se saben ya.

»Nos hemos accedido tambien á las peticiones que nos han hecho muchos gefes de provincias, tales como la de Barcelona en hacer la revolucion en dos partes; una para la estincion de los regulares y otra para la instalacion de la Junta Directiva que despues se erigirá en Superior Gubernativa. Asimismo tambien hemos accedido á las peticiones de otras provincias, sobre hacer toda la revolucion en un mismo dia.

»Esto es lo que nos ha parecido comunicaros, y entretanto, os mandamos y obligamos, que despues de haber recibido esta circular, reunais por la noche á toda la Logia y la arengueis mas que de costumbre para la regeneracion que vá á hacerse, quedando vos responsable de la

buena ó mala disposicion de vuestros afiliados, á los cuales leereis esta proclama por espacio de tres dias.

»Nuestra Sociedad sepa guardar vuestra preciosa vida, para mayor bien de ella.

»Dado en Madrid á los 16 dias del mes de julio del año de 1835.

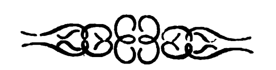
»Presidente, el hermano *Dollabella*, Gran Maestre.—Como representantes de la secta masónica ó del Justo-medio, los hermanos *Trianon*, y *Duchesne*.—Como representantes de la secta comunera ó del Progreso, los hermanos *Marat*, *Washington*, y *Mac-kinsthi*.—Como representantes de la secta iluminada ó de la república, los hermanos *Bruto*, *Catilina*, *Pompeyo*, y *Mario*.—Secretario, el hermano *Robespierre*. (1).

»*Sr. Venerable de la Logia de N...*»

Santiago leyó con el mayor júbilo la anterior proclama, y lleno de alegria, esclamó entusiasmado y fuera de sí:

—Ahora pudiera yo despreciar esta proclama y declararme en favor de Toreno y de otros muchos gefes masones que le seguirán; pero ya que estoy ardiendo en deseos de quemar conventos, no incurriré en la bajeza de mantenerme en la devocion de un ministerio y una secta que, despues de haber sofocado mis íntimos sentimientos respecto de la revolucion meditada, me condenarian á muerte, porque no podria cumplir sus exigencias. Leamos, en prueba de ello, esa carta que me envian.

(1) Nombres que toman en la Logia.



CAPÍTULO VI.

—

Heróica resolucion.

.... Al Universo
Preguntarlo podeis; él os lo muestra
Grabado con sangrientos caractéres
Desde el Tanais en la ribera fria
Hasta la cumbre del soberbio Cédar.
LAMARTINE.

DESPUES de haber leido Santiago la proclama referida, volvió á fijar la vista en la carta del Gran Maestre de su secta, en la cual le pedia los papeles que habia aprehendido á la Contramina.

La carta decia así:

«VENERABLE HERMANO:

»Con grandísimo placer se ha hecho cargo la secta masónica del Grande-Oriente, por medio de su Gran Maestre y Sublime Consejo de Legisladores, del gran triunfo que ella ha conseguido con motivo de la aprehension de esos papeles hecha por vos, adorable hermano, á una Sociedad erigida para abatir la nuestra, y cuyos desgraciados efectos habiamos esperimentado mas de una vez sin saber de qué parte nos venian.

»Yo por mi parte os doy las mas espresivas gracias: por ahora haré que se os declare cuanto antes nuevamente benemérito de la sociedad; y que además se os recompense de un modo digno y debido el singular beneficio que á nuestros intereses habeis hecho.

»Por de pronto ya podeis conocer que es enteramente preciso que estos papeles aprehendidos pasen al poder de los miembros del Sublime Consejo de Legisladores Masónicos, de que vos formais parte, para que

ellos resuelvan lo que haya lugar. Espero, por lo tanto, que cumplireis con esta formalidad lo mas pronto posible, para que entre otros saludables efectos pueda conocerse en toda su estension el valor de la heróica hazaña que habeis llevado á cabo.

»El Grande Arquitecto del Universo guarde por muchos años vuestra interesante vida para ejemplo, aprovechamiento y utilidad de nuestra adorable hermandad.

»Dada en Madrid á los 18 dias del mes de julio del año 1835.

»*El Gran Maestre: Hermano* DOLLABELLA.»

Luego que Santiago hubo leido esta carta, tomó papel y pluma sin hacer ninguna demostracion, y escribió las siguientes líneas:

«*Apreciable hermano Dollabella, Gran Maestre de la Sociedad masónica del Justo-medio.*

»He recibido vuestra apreciable misiva del 18 del que rige, pero con harto sentimiento debo decir á Vuestra Verdad, que me es imposible poder cumplir con lo que me pedís. Me ha sido preciso é indispensable, devolver á sus dueños los papeles, por cuya aprehension Vuestra Verdad me felicita. Mañana os escribiré mas detenidamente sobre este particular.

»Reciba Vuestra Verdad las seguridades de mi mas alta consideracion.

»SANTIAGO AGUILAR DE SILVA.

»*Dado en N... á los 21 dias del mes de julio de 1835.*»

Esta fué la contestacion que dió Santiago á su gefe de Madrid. Enseguida cogió dos pistolas cargadas, metióselas en los bolsillos de su gaban, y apagó la luz que estaba ardiendo sobre la mesa.

—El mundo se ha estremecido al hacerse cargo de lo que él llama mi barbarie, dijo entónces, pero mas vá á sorprenderse y aterrorizarse ahora, cuando sepa mis últimas resoluciones y el modo como voy á cumplirlas. ¡Desgraciado de mí si no consigo que el mundo se estremezca siempre al oir tan solo mi nombre!...

Dijo estas palabras, y dejando aquel oscuro subterráneo, subió la escalera. A los pocos instantes se hallaba solo y meditabundo caminando en direccion á la quinta del Oriente.

No bien habia andado unos doscientos pasos fuera de la ciudad, cuando topó con el Rey de Facha y una partida de Carbonarios, que venian de la quinta del Oriente. Al encontrarse, se detuvieron todos, y el Rey de Facha preguntó á Santiago:

—¿Vais acaso á la quinta del Oriente?

—Allá voy.



—Pues en tal caso guardaos. Encontrareis seguramente emboscada. Será muy prudente que tomeis algunos de nuestros camaradas, para que os acompañen. Se ha acercado á nosotros un hombre montado en un brioso caballo, y nos ha preguntado por vos. Le hemos dicho que no estabais en la quinta, pero que probablemente iriais allá esta noche. Entónces nos ha dado ganas de detenerle, á pesar de que iba bien armado; mas no hemos podido hacerlo, porque se ha escapado á toda prisa, dando fuertes silbidos, lo cual me hace creer que tendrá algunos compañeros emboscados.

—¿A qué casta pertenecen?

—Son Carlistas, á lo que parece...

—En fin, yo no temo nada: pero que me acompañen tres ó cuatro Carbonarios.

Dicho y hecho. Reúnense á Santiago tres de los Carbonarios, y con ellos emprende la marcha. Sea que entónces el hombre de á caballo estaba mal apostado, sea que Santiago se dirigió á la quinta por un camino estraviado, lo cierto es que llegaron á la quinta sin haber topado con persona alguna. El gefe Mason subió al primer piso de la casa, y los Carbonarios se retiraron.

Venlor estaba esperando en la quinta al hermano del P. Vincencio.

—¿A qué habeis venido aquí? le preguntó.

—A solicitar de vos, replicó Venlor, el permiso de salir de N... por algunos dias para asuntos particulares. Voy á deciros cuáles son.

—No quiero saberlos, respondió Santiago con acento duro.

Entónces tuvieron allí un pequeño altercado, despues del cual Santiago concedió el permiso que se le solicitaba; sea que pensase que en caso de negárselo, Venlor se lo tomaria, sea que no quisiese hacerse odioso en los últimos dias de su permanencia en el Justo-medio. Venlor se despidió de su Venerable despues de haber hablado de la elevacion del metéoro.

Cuando Venlor se retiró, Santiago salió al balcon de la quinta á respirar el aire libre. Entónces sin duda el hombre á caballo que le estaba esperando advertiria su figura en el balcon, por lo cual, al verse chasqueado, empezó á correr á escape hácia la quinta. Como Venlor salia, topó con él á unos treinta pasos antes de llegar debajo los balcones. Conociéronse sin duda, y se detuvieron.

—Has quedado chasqueado, perro maldito, le dijo Venlor al otro. Santiago está en la quinta, y no le has visto.

—Bien; si no le he visto, le escribiré todo lo que me convenga; y sabrá de tí todo lo que debe saber.

—Obra como quieras, contestó Venlor, no os temo ni á tí ni á él. Lo que yo quiero es que me devuelvas esa carta que me has quitado: y te juro que la tendré de grado ó por fuerza, y que te perseguiré por todas partes hasta que te haya dado la muerte.

Santiago oyó la conversacion, y creyendo descubrir un secreto importante, gritó á su subordinado:

—Retrocede, Venlor... vente aquí.

—Te llaman, dijo el desconocido.

—No importa, contestó Venlor.

Y dirigiéndose hácia la quinta del Oriente, dijo en alta voz:

—No quiero volver, Santiago. Para que me dé despues esplicaciones, os dejo aqui á este hombre, que dentro de tres dias será cadáver.

Marchóse al momento, temiendo que Santiago hiciera cumplir á la fuerza lo que acababa de mandar, pero antes dijo al desconocido:

—Quédate con él, ya sabes que á tí te conviene mas que á mí callar tu nombre... y si no me entregas la carta antes de mañana, dentro tres dias serás cadáver, lo juro, y lo cumpliré.

Entónces el desconocido puso en el cañon de una pistola una carta que tenia entre los dedos, y dijo á Venlor, que ya estaba andando:

—Toma, pues: ya que pides esa carta, voy á entregártela de un modo bien poco agradable.

Atacó la carta dentro el cañon de la pistola y disparó. La bala pasó silbando cerca de la cabeza de Venlor.

—Morirás... esclamó éste al alejarse.

Santiago estaba atónito y pasmado. Quiso hablar con el desconocido, y le llamó.

—No puedo complaceros, le respondió, porque no estaria seguro á vuestro lado; vos mismo me matariais, pero creed que os escribiré.

En ello tenia razon el desconocido, porque era... el Huron.

Emprendió entónces una marcha acelerada al través de los bosques y plantíos vecinos, mientras Santiago, acompañado de algunos pocos con antorchas de viento, salia al campo. Dirigióse al lugar de la escena, y buscando largo rato por el suelo, dió al fin con un papel medio quemado, que era la carta que el desconocido habia metido en la pistola.

Fuera de sí de alegria con este hallazgo, se retiró á la quinta, y mas se alegró aun cuando reconoció que la letra de aquel escrito era de Julieta.

A pocas horas Venlor cruzaba por aquellos lugares disfrazado de *peregrino*, yendo en seguimiento del bandido Huron.

PARTE XVIII.

EL CASTILLO DE LOS CUERVOS.

CAPÍTULO I.

Los forasteros.

Por un alegre prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljófares regada,
Mi dueña idolatrada
Iba cogiendo flores
Mas bella y mas lozana
Que ninfa de Diana.
SAAVEDRA.

La Torre-cuadrada, antiguo y feudal castillo del siglo x, se elevaba soberbia y magestuosa á orillas del pequeño rio Negre, y á pocas leguas de distancia de Solsona, una de las mas antiguas ciudades de Cataluña. Sin duda derivaba su nombre de una alta y elevada torre cuadrada que dominaba el resto del edificio. Despues de abolido el feudalismo, trocó su nombre primitivo por el de Castillo de los Cuervos, con motivo sin duda de las muchas aves de esta especie que se albergaban en sus cinco torres.

En 1835 ese castillo era propiedad del conde de Fuente-Santa, al cual conocen ya nuestros lectores. Habia escrito repetidas veces á su amigo el marqués de Casarrubios que pasára á hacer una visita al dicho castillo, con objeto de recoger algunos papeles que le indicaba; y el marqués, viendo que se acercaba el dia de dejar á Cataluña con motivo de los sucesos ocurridos en su casa, quiso hacer la visita al castillo de los Cuervos antes de salir de Barcelona. Así fué que el marqués de Casarrubios y su hija, despues de haber asistido al baile de D. Evaristo Tor-

recampa, emprendieron su marcha á Solsona en la tarde del 18 de julio, acompañados de algunos criados.

El castillo de los Cuervos era antiquísimo y se hallaba situado en una posicion retirada y pintoresca. Solo de cuando en cuando los moradores del castillo recibian visitas de algun forastero; y esto aun muy raras veces. Mucha parte de él estaba arruinado, y sobre los montones de escombros habia crecido abundante yerba, arbustos y enormes tendidos de yedra arbórea, que atestiguaba la antigüedad de su orígen. Los lienzos de la muralla permanecian aun intactos, á escepcion de una pequeña parte que daba al rio Negre, y sus ruinas, estendiéndose en forma de anfiteatro dentro el álveo del rio, hacian que el agua formára una balsa que bañaba los fosos del castillo. Sus paredes eran parduzcas en algunas partes, y enteramente negras en otras: no se las veia sino desde muy cerca, á causa de la proximidad de los bosques; y la Torre-cuadrada era la única que, sobrepujando en altura á los mas atrevidos abetos, mostraba á lo léjos el contínuo homenaje que estaban tributando las nubes á su coronada cúspide. Sin duda que esta remataria en corona, porque despues de haber sido destruida en parte por el tiempo, fué reedificada y elevada, y quiso el dueño del castillo que la Torre-cuadrada terminára en una corona ducal sostenida por siete almenas en forma de torres cuadradas tambien. Las otras cuatro torres eran circulares y de arquitectura gótica como lo restante del castillo.

Los moradores del castillo se reducian á diez personas: un mayordomo con su esposa y su hija, un criado y cuatro labradores con dos mugeres. El mayordomo habia recibido órden del conde de Fuente-Santa de obsequiar y recibir al marqués de Casarrubios del mismo modo que si fuera él mismo. Cuando el marqués y su hija llegaron al castillo, fueron recibidos con las mayores muestras de respeto y veneracion por parte de sus habitantes. El mayordomo se mostró digno amigo del marqués de Casarrubios, y Julieta encontró tambien unas apreciables amigas en la esposa é hija de aquel.

Los nuevos huéspedes quedaron plenamente admirados al recorrer todas las estancias del castillo tan atestadas de preciosidades antiguas... Era tal la belleza de todos los objetos que se presentaban á su vista, el adorno de las habitaciones, el lujo y limpieza de los muebles, la abundancia de cosas esquisitas y sorprendentes que, á pesar de lo mucho que habian visto en la corte y otras capitales de España, se consideraron trasportados por de pronto á un palacio encantado, ó á un castillo de hadas. Añádase á todo esto, que el mayordomo, como que estaba esperan-

do desde muchos dias antes la visita, habia cuidado de que todas las cosas ocupasen su puesto respectivo y se presentasen á la vista de los forasteros colocadas en el mejor órden. Julieta en particular era la que mas demostraba su admiracion; pareciale un Eden aquel castillo medio arruinado, ó mejor, uno de aquellos palacios encantados de que habia visto sobradas descripciones en las *Mil y una Noches*.

El marqués, luego de haber llegado al castillo, quiso cazar, acompañado del mayordomo, que era un cazador de los mas famosos de aquellas comarcas: los bosques contiguos ofrecian abundante caza. Julieta quedó encomendada á la muger del mayordomo Hortensia, y á su hija llamada Berenice. Julieta y Berenice al instante se hicieron muy amigas, ambas eran muy amables y casi de una misma edad. Berenice, aunque criada en medio de los bosques, recibia de su padre una educacion esmerada y cumplida, que la hacía digna de alternar con cualquiera clase de personas. A la hermosura de una georgiana, reunia la agilidad, la soltura, la esbeltez y el valor de una helvética. Trepaba y corria por los montes y selvas lo mismo que una intrépida gacela, y mil veces tuvo que pararse en sus paseos y correrías, porque Julieta no podia seguirla á pesar de su natural travesura.

Una tarde que salieron solas, Berenice acompañó á su única amiga á un hermoso jardin que se hallaba á poca distancia del castillo para coger flores, con las cuales querian adornarse por la noche al presentarse á sus padres. Afanosas las dos niñas en coger flores en abundancia, reunieron un gran número de las mas esquisitas. Cuando juzgaron que tenian las suficientes, ó mejor dicho, cuando sus manos no pudieron abarcar ya mayor número, trataron de retirarse. Marcharon efectivamente con la mayor alegria, cuando al doblar una calle de árboles por la cual estaban caminando, les pareció oir un grito estraño. Volviéronse las dos niñas hácia la parte del ruido, y apenas tuvieron tiempo de ver á un hombre que se escondia detrás de un alcornoque, teniendo cogido por el hocico á un perro, que era sin duda el que habia promovido la sorpresa de las dos jóvenes.

—¿Has visto, Berenice? dijo Julieta medio asustada. Un hombre hay allí que nos está acechando...

—Es eso tanto mas estraño, añadió Berenice, por cuanto no acostumbra presentarse forastero alguno en estos alrededores... Pero no temas por esto: llamaré á alguno de nuestros perros.

—No, no lo hagas aun... Espera que hayamos llegado al castillo.

Despues de esto, caminaron las dos jóvenes con mas prisa, y en breve rato llegaron al castillo de los Cuervos.

El forastero que las estaba acechando soltó á su perro cuando se hubieron alejado, y cambió entónces de direccion. Fué dando la vuelta al castillo, y cuando menos lo pensaba, topó de frente con uno de los colonos, que quedó tambien admirado de la presencia del forastero.

—Decidme, buen labrador, preguntó éste, ¿es este acaso el castillo de los Cuervos?

—No sé si debo responderos, contestó el colono; pero me parece que si alguna vez en vuestra vida habeis oido hablar de él, no es posible que dejeis de reconocerle.

El forastero, sin hacer caso de la respuesta del colono, y conteniendo con su cayado á su perro, que no hacía mas que gruñir, volvió á preguntar:

—¿Y no ha llegado hace poco al castillo el marqués de Casarrubios y su hija?

—¿Por qué lo preguntais? ¿qué os importa el saberlo?

—Porque me ha parecido reconocer á Julieta, que iba en compañia de otra jovencita como ella, que por cierto me ha parecido tan esbelta y ligera como una sílfide.

—Si debeis ver al marqués ó á su hija, le respondió el colono, penetrad en el castillo y allí enteraos: mas si lo preguntais por mera curiosidad, podeis retiraros, que no obtendreis de mí una palabra mas.

Y al instante volvió la espalda sin esperar la respuesta del forastero. El perro empezó á ladrar con toda fuerza, que á duras penas pudo su amo contenerlo.

—No importa, vete en paz, dijo entónces el forastero, pero yo no saldré de estos lugares sin haber hablado á Julieta.

Despues de esto, se retiró al interior de un bosque, casi al mismo tiempo que llegaba á las puertas del castillo un peregrino que caminaba con paso mesurado, apoyándose en su báculo ordinario, y seguido tambien de un enorme perro.

Advirtió la llegada del peregrino el mismo colono que poco antes habia hablado con el forastero.

—¿Qué diantre de motivo habrá hoy, dijo el colono, para que se acerquen á nuestro castillo tantos forasteros, cuando á veces pasamos meses enteros sin ver tan solo una persona estraña?

Acercóse luego al nuevo huésped, y con el mayor respeto le dijo:

—¿A dónde os dirigís, buen hombre?

—Al castillo de los Cuervos, respondió el peregrino deteniéndose. ¿Es este?

—Todos preguntan hoy lo mismo... Sí: este es.

—¿No hay, pues, en el castillo, un santuario dedicado á la Vírgen con el título de Ntra. Sra. de la Torre-cuadrada?

—Sí: verdad es... existe este santuario.

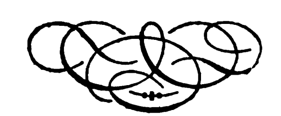
—Vengo, pues, á cumplir un voto á la Vírgen.

—Para esto será preciso que hableis con el mayordomo del castillo.

—Dejadme descansar entretanto, y despues lo haré.

—Seguidme pues, le dijo el colono.

Éste penetró en el castillo, y le siguió el peregrino á corta distancia.



CAPÍTULO II.

Julieta y Berenice.

Buen olor el de rosas y claveles,
Bello el sol por su luz y sin segundo;
Mas si hablais de dulzuras y de mieles,
Como el primer amor, nada en el mundo.

AROLAS.

Al dia siguiente, apenas empezó á rayar el alba, cuando las dos amigas se hallaban ya en pié. Habian resuelto la noche anterior madrugar mucho para poder pasear por algunos sitios deliciosos que Berenice conocia perfectamente.

Llegada la hora de salir del castillo, Berenice fué en busca de dos cayados, presentó á Julieta uno de palo de abeto, guarnecido con círculos dorados y verdes, formando dibujos caprichosos: y quedóse ella con otro de acebuche pintado de color de perla.

Salieron del castillo mucho antes de salir el sol; pero en lugar de hacerlo por la puerta principal, Berenice condujo á su nueva amiga por otra puerta escusada que guiaba al lienzo de muralla, cuyas ruinas se estendian por dentro el álveo del rio Negre, en forma de anfiteatro. En la balsa que formaban allí las aguas del rio estaban tomando su baño matutinal algunos blancos ánades, que al ver á Berenice, dejaron de buscar con sus dorados picos los gusanos que encontraban en la profundidad del rio, y acercándose á las piedras de su márgen, subieron por ellas hasta llegar á los pies de Berenice con las alas estendidas en señal de alegria.

—¡Pobres animalitos! dijo Berenice cogiendo á Julieta por la cintura. Están acostumbrados á que todas las mañanas les echo algunos pedacitos de pan.

—Pero, Berenice... ¿dónde vamos á parar? preguntó Julieta. Si debemos salir á paseo, ¿cómo no salimos por la puerta principal?

—Calla, Julieta, respondió Berenice. Es que vas á aprender de mí el modo de andar ligera por esa cerca de piedras. Pasando por sobre de ellas, y tomando despues aquella otra hilera que conduce á la márgen opuesta, intento pasar el rio, y tú debes seguirme.

—Yo soy muy atrevida, me siento con fuerzas para seguirte; mas no sé si saldré con ello.

—¡Cómo que no!... no me sigas aun... verás yo como lo hago.

Entónces Berenice puso en movimiento sus ligeras piernas, y saltando como una gamuza por encima de las ruinas que se estendian dentro del rio, despues fué poniendo con presteza sus piesecitos sobre unas piedras que estaban á propósito de trecho en trecho, y de esta manera pasó á la otra parte del rio.

—¿Lo ves? dijo ella á Julieta cuando llegó á la parte opuesta.

—Ya lo veo, le respondió la hija del marqués.

—Vuelve luego, y te sigo.

Berenice volvió en un instante al lugar donde habia dejado á su amiga.

—Sígueme ahora, le dijo.

Entónces tomó Berenice la delantera; y Julieta recogiéndose el vestido, la siguió. Ésta era tan ágil, que pasó con poca menos ligereza que su amiga la cerca de piedras, mas al llegar á los pedazos de roca colocados de trecho en trecho, que Berenice saltaba tan diestramente, le fué un poco mas difícil seguirla; mas no obstante, puso en los saltos todo el cuidado posible, y pasó perfectamente á la opuesta orilla.

—¿A dónde vamos ahora, Berenice? preguntó Julieta.

—Ahora nos dirigiremos á una ermita que hay á media hora de distancia de aquí, donde voy á desayunarme muchas veces con un anacoreta que en ella habita, y que me quiere muchísimo, lo mismo que á toda mi familia. Tú misma vas á juzgar cuán amable es y con qué gusto nos convidará á las dos.

—Pero á fé, Berenice, me parece que andar media hora sin tener un hombre que nos acompañe, es muy espuesto. Aquel forastero que nos sorprendió ayer y que se paró despues debajo de nuestros balcones, podria seguirnos.

—No temas nada de él; si nos siguiera, pronto perderia la pista,

porque sé todos los ocultos senderos de estos bosques y breñales; y caso que nos viera, le dejariamos in albis con tres palmos de narices. Pero veamos, amiguita; me dijiste que este desconocido de ayer, tenia la misma figura y se parecia mucho á un jóven que conoces hace pocos dias y que está complicado en cierta historia. Quisiera saber esa historia: me has contado tu primer amor, y desearia saber si ese hombre á quien te refieres, te ha interesado tambien.

—Que me ha interesado, es mucha verdad; pero no me ha enamorado como Aurelio; puedo decir que el nuevo personaje me ha interesado relativamente. Voy á contártelo.

Julieta contó á Berenice todo lo que le habia sucedido con el Huron el dia del baile de D. Evaristo Torrecampa. Cuando hubo concluido, añadió Julieta:

—Luego que pude estar sola, que fué cuando mi papá se hubo acostado, y yo estuve en mi cuarto, abrí la carta que me habia dado el caballero incógnito. Mis manos temblaban, y mi corazon palpitaba con zozobrosa inquietud. Al abrir la carta, cayó á mis piés un papel blanco que tenia envuelta alguna cosa... Cogí el papel... abrílo... y descubrí el retrato de Laura de Rosa-Lis. Pero ¡qué hermosa es, Berenice! Voy á enseñártelo, para que lo veas: no es estraño que Aurelio se olvide por ella de cualquiera otra muger.

Julieta sacó entónces de la faltriquera de su delantal el retrato de la querida de Aurelio. Enseñólo á su amiga y ambas lo miraron con escrupulosa atencion.

—Es rubia y de ojos azules.

—Sí... como le gustan á él.

—Es muy hermosa en verdad; pero le valiera mas tener el cabello negro como tú.

Julieta volvió á tomar el retrato y dijo:

—Ahora vas á leer la carta sin firma que acompañaba al retrato. Lee.

Entregó la carta á Berenice, y leyó lo siguiente:

«*A Julieta de Casarrubios,*

»Señorita:

»Cuando leais esa carta, el dador de ella habrá ya desempeñado cerca de vos todos los encargos que le he dado. Mi principal objeto es deciros, que soy un Mason, que he resuelto salvar á vuestro adorado Aurelio de las manos de sus verdugos. Á pesar de que soy Mason, tengo mucha confianza en el P. Vincencio, y cuidaré mucho de que no aparte de su cuidado al desgraciado Aurelio. Ya sabreis que éste se halla en

íntimas relaciones con Laura de Rosa-Lis, y por si no la conocierais, os incluyo su diseño, copiado de otro retrato que Santiago Aguilar de Silva ha quitado á Aurelio, aunque ignoro de qué manera...

»Suplícoos por lo tanto, señorita, que tan pronto como veais á Aurelio le enseñeis el retrato, y le espliqueis por quién ha sido robado: esto es lo que os pido encarecidamente, confiado en que lo cumplireis: y cuando lo hayais hecho, entónces os devolveré el anillo que vos le habiais entregado, para que así no quede esa prueba de vuestro amor, que no será jamás correspondido.

»Yo no puedo darme á conocer, aunque lo siento mucho: pero creed que tarde ó temprano sabreis quién soy.»

—Juzga, Berenice, cómo me pondria la lectura de esta carta, dijo luego Julieta, por la cual pude conocer que no estaba escrita por el mismo que me la habia entregado. Resolví enseñar á Aurelio el retrato de su querida, pero como no le he visto aun, no he podido efectuarlo. Me acordaba, por otra parte, de que el desconocido que en el baile de Torrecampa me habia dado la carta antedicha, habíame prometido tambien que volveria..... Yo deseaba mucho que así fuera; ya porque habia conocido su natural franqueza, ya porque esperaba hacerle un sin fin de preguntas sobre los sucesos ocurridos. Él cumplió como pudo su palabra; pero yo no pude verle mas que momentáneamente, y fué de esta manera. A los dos dias del baile saliamos por la tarde á paseo mi papá y yo en carretela abierta. Al doblar una esquina, sin saber cómo ni cuándo, vi caer á mis piés un hermoso ramo de flores atado con una cinta verde. Tanto mi papá como yo quedamos sorprendidos, y mas aun cuando oimos casi al mismo tiempo una voz que decia: «A la hermosa Julieta.» Mi primer impulso fué, como puedes figurarte, dirigir la vista hácia el lado de donde venia la voz y ví á mi incógnito de pié con el sombrero en la mano en ademan de saludarme. Yo no pude negarme á contestarle con una ligera inclinacion de cabeza. Mi padre me preguntó entónces sobre tan inesperado suceso, y le satisfice lo mejor que pude. El ramo que me habia regalado era muy bonito, y debo decirte que no lo llevé con disgusto en la mano. Vueltos á casa, empecé á abrirlo por todas partes, porque presumí que no pudiendo hablarme el desconocido, habria introducido algun papelito en el interior de él. A fuerza de mirarlo, topé al fin con una carta escrita en papel verde como la cinta, por el mismo incógnito, que firmaba Lorenzo Vega. Por su contenido conocí que su instruccion no debia de ser mucha, pero se esplicaba con mucha franqueza y dignidad. Me de-

cia que ignoraba el contenido de la carta que me habia dado en el baile, pero que no obstante lo adivinaba; añadia que estaba rodeado de una cuadrilla de ambiciosos Franc-masones, que pretendian perder á un sinnúmero de personas, entre las cuales se contaba Aurelio y yo, pero que él tenia medios con que amedrantar á sus enemigos y burlarse de ellos, y que habia resuelto salvarnos de sus tramas. Me referia en esta carta los pormenores del asesinato del padre de Aurelio, acaecido pocos dias antes, é infinitos crímenes y atropellos horrorosos de otras muchas personas; pero particularmente de un tal D. Santiago Aguilar de Silva, de D. Arnaldo Sansimon y de D. Joaquin Venlor, á los que tú no conoces. Te confieso sinceramente que me horrorizó la lectura de esta carta, porque sabía que eran ciertos la mayor parte de los hechos que allí me citaba. Suponia estar enterado de todos los planes de nuestros enemigos, y añadia á cada paso que él podia anular muchos de esos planes, porque no solamente sus enemigos creian que él estaba muerto, sino que además conservaba en su poder á un gran personaje que la secta masónica y el mundo entero creian tambien muerto. La carta acababa de un modo el mas frio. En la posdata decia que no me pareciese estraño el interés que se tomaba por mí pues solo era hijo del amor puro que habia sabido inspirarle. Añadia que su amor sería duradero, que deseaba fuese correspondido, y que nunca dejaria de darme pruebas de él para conseguir el mio. Esto era todo lo que me decia en la carta.

—¿Diste cuenta á tu papá del contenido de la carta?

—¿Y por qué?

—No me atreví.

—Porque hubiera debido entrar en esplicaciones, que no eran muy del caso.

—¿Qué uso piensas, pues, hacer de esas noticias?

—Ninguno. Si no viene ocasion de valerme de ellas, haré que mueran en mi pecho.

—Si pudieras consultar el caso con alguna persona de confianza, sería mucho mejor.

—¿Y por qué, Berenice?

—Porque los sucesos que me has comunicado son demasiado complicados, y yo he visto infinitos ejemplos lamentables.

—¿De veras?

—Sí... El castillo de los Cuervos es una verdadera historia que podria hablar por mí. Esta noche haré que mi padre te cuente algu-

nos lances bien sorprendentes, acaecidos en ese castillo y sus inmediaciones.

—Siendo así, Berenice, consultaré al mismo Aurelio: aunque no lo haré, ni puedo hacerlo sobre todo lo que te he dicho.

—Obra como te parezca prudente.

—Lo haré...

Despues de esto, las dos jóvenes caminaron un corto rato sin decir palabra.

—Y bien, Julieta, dijo al fin Berenice, segun lo que me has contado, ese misterioso Lorenzo Vega te habrá interesado sin duda...

—Infinito...

—¿Y te hará olvidar seguramente á Aurelio?

—¡Oh, no! ¡jamás!

—Pero él te ama...

—Ya lo sé... La misma noche del baile conocí que me amaba mucho.

—¿Y le dejarás sin correspondencia?

—Sí... no quiero ser coqueta...

—Y tocante á su físico, ¿es tambien interesante?

—Tambien... Es un arrogante mozo...

—¡Ah, Julieta!... estoy muy segura de que si él renueva sus instancias y sabe tocar á tiempo las cuerdas de tu corazon, logrará lo que desea.

—Yo lo desearia mas que él... pero es imposible. Aurelio me inspiró el primer amor, y no creo que jamás pueda olvidarlo. ¡Ah! ¡si tú supieras lo que es el primer amor!... Nada hay en el mundo tan grande, tan inmenso como él.

—Ya te creo, Julieta. Yo tambien sé lo que es el primer amor; pero no lo siento con la misma vehemencia que tú.

—No quieras sentirlo jamás como yo... Si la religion y las máximas de mis padres no me contuvieran, me arrojaria sin duda en el insondable abismo que tengo abierto siempre á mis piés. Amo con pasion y con delirio, y el objeto de mi amor tiene entregado á otra su corazon.

—Eso ha de ser muy sensible...

—Mucho: y amo tanto, que si fuera delito el amar, yo mereceria sin duda la última pena. Te pido, Berenice, que no me hables nunca de ese amor.

—Pero, dime: ¿no has vuelto á ver aun al misterioso Lorenzo Vega?

—Verle no... pero he tenido de él nuevas noticias. Hablando aquella noche con mi papá sobre el suceso de la misma tarde, nos dijo un ayu-

da de cámara, al que profesamos particular afecto, que el hombre de quien hablábamos se habia acercado á preguntarle por mí aquella mañana.

—¿Y qué le preguntó?

—A qué hora saldria el marqués con su hija, porque tenia que hablarnos: pero el ayuda de cámara no le contestó muy satisfactoriamente; no tuve reparo en decir delante de mi padre, que si volvia á preguntarle por nosotros el individuo del ramo, tratase de adivinar sus proyectos. Esto produjo muy buen efecto, porque al dia siguiente vino el ayuda de cámara, diciéndome que habia vuelto á encontrar á nuestro hombre, y que despues de muchas preguntas indirectas, habia podido arrancarle tan solo, que antes de pocos dias le convenia infinito hablar conmigo. A esta noticia, encargué al ayuda de cámara que si volvia á encontrarle, le dijese que no podia satisfacer sus deseos porque tenia que salir de Barcelona con mi papá al dia siguiente. Como no se apartaba mucho de los alrededores de mi casa, supo muy pronto mi contestacion. La misma órden de escudriñarle que habia dado al ayuda de cámara, la dí tambien á mis criadas, una de las cuales se topó tambien con él en la calle y le preguntó si sabía á dónde debia dirigirme con mi papá. Respondió la criada que nada sabía de eso, y el desconocido rogóle entónces que me entregára una carta. La criada la puso en mis manos; abríla con impaciencia y ví que en ella me decia que tenia que hablarme de un asunto muy interesante y del cual dependia la salvacion de su vida y de la de otro personaje al que yo no podia menos que profesar particular afecto. Me rogaba encarecidamente que le contestase por escrito, diciéndole dónde y cuándo podria hablar conmigo. En vista de la energia con que estaba escrita la carta, y de la mucha confianza que yo tenia en él, no tuve reparo en contestarle por escrito, diciéndole que me era imposible hablarle, por cuanto yo salia de Barcelona; que tampoco podia decirle donde debíamos ir con mi papá; pero que, no obstante, podia comunicarme por escrito estos asuntos importantes á que él aludia, para lo cual daria las órdenes convenientes á alguna de mis criadas, á fin de que sus cartas llegasen á mis manos. Marchó mi criada con esa contestacion, y á la media hora volvió con otra carta suya, en la que me decia tan solo lo siguiente: «*Señorita: Antes de tres dias, habré hablado con vos.*» Desde entónces ya no he sabido mas de él.

—¿Y cuándo cumplen esos tres dias? preguntó Berenice.

—Hoy...

—En tal caso, ya podemos decir que faltará.

—No hay duda... ¿Cómo puede saber dónde me encuentro? Dejé encargado al ayuda de cámara de mi papá, que me enviase cualquiera carta que el tal Vega le entregase para mí; pero hasta ahora no ha recibido ninguna.

—¿Y qué presumes tú de esos asuntos que debia comunicarte?

—Presumo que serán, como él dice, muy interesantes, porque por lo poco que le conozco, me figuro que es un caballero muy formal.

—¿Y no te pesa de haberte negado á hablar con él?

—Si he de decirte la verdad, me pesa mucho y desearia hallar medio de reparar esa falta.

—Es ya tarde.

—Eso es lo que siento.

—Pero á lo menos podias haberle dicho que venias á ese castillo.

—Pero eso no podia hacerlo; porque mi papá ha salido de Barcelona con una reserva suma; y á pesar de que lo tenia proyectado desde mucho tiempo antes, no lo ha dicho á persona alguna, ni aun á sus amigos.

Hablando de esta manera llegaron las dos jóvenes junto al bosque donde se hallaba el ermitaño á quien iban á visitar.



CAPÍTULO III.

Aclaraciones.

Yo os prometo degollaros
Tan sutil y tan ligero
Que parezca que el cuchillo
Ha nacido en el pescuezo.

ROJAS.—En el drama: *El mas impropio verdugo.*

ESPLIQUEMOS los hechos que acabamos de contar.

El objeto de Venlor, al mandar á Julieta la carta que el Huron le dió en el baile de D. Evaristo Torrecampa, no era otro que poner en un compromiso á Santiago; al cual por mil razones, ajenas de este capítulo, no profesaba particular afecto. Lo que mas habia contribuido á esto fué el tardío arrepentimiento que se desarrolló en su corazon con motivo del asesinato de Evarini. Venlor se habia propuesto minar el terreno en que estaba basado el poderío de Santiago, y empezó por la carta que escribió á Julieta, para poder de este modo formar de ella, de Aurelio y de Laura unos adversarios bastante temibles. Este paso de Venlor era muy espuesto; pero no obstante, se lanzó á él, confiando en que podia burlar la venganza de Santiago con solo proferir una palabra sobre la existencia de Evarini.

Dió no obstante la casualidad que el Huron, portador de la carta citada, se enamoró perdidamente de Julieta. El pobre hombre no tuvo reparo alguno en esplicar á Venlor el estado de su corazon, y éste se lo afeó mucho. De ahí se originaron algunas disputas. Venlor habia dicho que debia mandar otras cartas á Julieta, de las cuales debia ser portador

el Huron; pero como aquel temió que éste en cualquier altercado que hubiese se pondria de parte de Julieta, por lo mismo que estaba enamorado de ella, no se atrevió á confiarle las otras cartas. El Huron tomó á mal esta providencia, mayormente porque habia dicho á Julieta que dentro breves dias volveria á presentarse á ella. Sobre esto trabáronse los dos de palabras, y Venlor amenazó de muerte al Huron en caso de que no se adhiriese á sus proyectos. La conversacion fué acalorándose y Venlor descargó un terrible puñetazo sobre el carbonario, quien juró matarle cegado por la rabia. Venlor no quiso hacer caso de las bravatas del bandido, y olvidóse de ellas. La noche siguiente, mientras Venlor asistió á la asamblea de los Masones, el Huron tomó un carruaje, y sin topar con resistencia alguna, metió en él al casi alelado Evarini, que se hallaba en un estado el mas lastimoso. El bandido tomó al instante el camino de Barcelona y dejó á Evarini en un cuarto de una fonda, mientras buscaba un piso en que hospedarse. El mismo dia logró encontrar lo que deseaba, y trasladó á Evarini de la fonda á un cuarto bajo de un barrio retirado en donde solo vivian gitanos y gente de este jaez: allí fijó por de pronto su residencia pagando todos los gastos con el dinero que le habia dado Venlor por la salvacion de Evarini, y con otra cantidad considerable que le habia robado la noche de la partida.

Entónces fué cuando tiró el ramo á la carretela de Julieta; y por esto en la carta que habia dentro el ramo hacía mérito de que tenia en su poder á un grande personaje, á quien muchos creian muerto.

Supo entretanto que Venlor le buscaba por todas partes para matarle, y además que le habia denunciado á las autoridades; entónces fué cuando, temiendo que si se averiguaba la existencia de Evarini, sería esto una prueba contra él y no contra Venlor, escribió á Julieta aquella carta que entregó á la criada, y que le decia cuan necesario era hablar con ella para un asunto del cual dependia la salvacion suya y de otro personaje, que era Evarini. El Huron queria descubrirle la existencia, mas no el paradero de Evarini, y dejar á éste al cuidado de aquella, en caso de que se viese acosado por la justicia. Ya hemos dicho la contestacion que dió Julieta á esta carta. El Carbonario entónces, á fuerza de dinero, logró que la criada del marqués le descubriera la direccion que llevaban sus señores y por esta razon escribió á Julieta el último billete, diciéndole que dentro tres dias habria hablado con ella.

Con motivo de esto, el Huron se vió precisado á ejecutar un acto de crueldad. Resolvió pasar primero á Solsona, y despues al castillo de los Cuervos; viéndose obligado á dejar á Evarini solo y abandonado en la

casa en que le tenia. Bien es verdad que le dejó prevenidas provisiones, á lo menos para quince dias, pero no obstante tuvo que quedarse solo.

Dispuestas así las cosas, partió para N... con objeto de ver á Venlor, ó mejor, con intento de desafiar su cólera. Presentóse á su casa la noche misma en que Santiago y el P. Vincencio platicaban en un subterráneo de las cavernas del Gran templo. Venlor, al principio, dió muestras de arrepentimiento, trató de conquistar al Huron, y dar á su mal genio la culpa de todo lo ocurrido: pero el Huron, que era mas astuto que sabio, dió á todas las palabras de Venlor el valor que tenian, y no hizo caso de ellas. Le dió á entender solamente que Evarini se hallaba en paraje seguro; y que iba á hablar dentro de poco con Julieta. Venlor se rió de esa bufonada; y el Huron, para convencerle, le mostró la carta de la hija del marqués sin leérsela. Venlor quedó atónito y admirado al ver esta prueba; y su exasperacion no tuvo límites al reflexionar que estaba perdido si Julieta llegaba á saber el paradero de Evarini. Pidió con imperio al Huron la carta de Julieta, diciéndole que si no se la queria dar de grado, obedeceria á la fuerza. El Huron se negó á ello, respondiéndole, que si queria la carta, podia ir á buscarla antes de tres dias, cuando él estaria arrodillado á los piés de Julieta.

—Pues bien, antes de esos tres dias morirás, le dijo Venlor.

—¡Oh! ¡no moriré á tus manos! replicó el Huron. Ahora no puedes matarme en tu casa, porque, cuerpo á cuerpo, siempre te venceria: y como que no sabes dónde voy, ni cuándo me marcho, no podrás seguirme ni avisar á tus asalariados para que me maten, sino despues que haya visto y hablado á Julieta.

—Pero voy antes á denunciarte á la justicia, para que ella impida la salida de un bandido como eres tú, sin pasaporte. Voy á encerrarte en mi casa, para que vengan al instante á prenderte.

—¡Oh! lo que es por este lado, no hay temor alguno, añadió el Huron. Desde que Evarini está á mi cuidado, que me he dado á la buena vida; y cuando he salido de Barcelona, no lo he hecho sin el correspondiente pasaporte, que acaban de refrendarme en N...

—Pero, ¿qué has hecho de Evarini?... ¿Dónde permanecerá mientras tú estarás ausente de Barcelona?

—Evarini está en paraje seguro. Está solo en una casa que tengo alquilada: y le he dejado provisiones de boca para todo el tiempo que pueda yo estar fuera de allí.

—¿Y nadie podrá saber el paradero de ese hombre?

—Nadie. Aunque se muera, nadie lo sabrá hasta que yo vaya á buscarle muerto ó vivo.

—¡Miserable! ¿qué has dicho ahora? esclamó Venlor. Con estas palabras acabas de decretar tu muerte. Ahora ya podré matarte á mansalva, porque aunque Evarini muera, no podrá comprometerme á mí de ningun modo.

—Vete, pero acuérdate de que he jurado que antes de tres dias acabará tu existencia.

—Muy bien. Me alegro mucho de saberlo. Pero atiende á lo que te digo. Creo encontrar á Santiago en la quinta del Oriente, voy allá, y sin descubrirle mi nombre, le diré de tí ciertas cosas que harán que tu vida acabe antes que la mia. ¡Insensato! Tú vas á jugar conmigo de un modo muy horrible: pero yo te juro que las ventajas están de mi parte. Adios, voy á visitar á Santiago.

Venlor, despues de la salida del Huron, pasó inmediatamente á las oficinas de pasaportes en la casa municipal: y preguntando dónde debia marchar un hombre sospechoso de las señas del Huron, le fué contestado que aquella noche misma habia sido refrendado su pasaporte para Solsona... Ébrio de alegría por este descubrimiento, resolvió partir sin perder momento y ganarle la delantera para poder asesinarle antes de los tres dias, como lo tenia prometido. Para ello era preciso que pidiera permiso á Santiago, y al efecto pasó á la quinta del Oriente, al mismo tiempo que desde ella estaban elevando el metéoro del incendio de conventos, el Rey de Facha y sus Carbonarios. El Huron, entretanto, habia ido en busca de su caballo, y se habia apostado en sitio conveniente para esperar á Santiago, despues de haber sabido que aquella noche debia ir á la quinta. Ya hemos visto por qué casualidad supo el gefe Mason que le estaban esperando, y cómo quedaron burladas las esperanzas del Carbonario.

El Huron emprendió luego el camino de Solsona, y Venlor le siguió vestido de peregrino. Cuando éste habia andado parte de la noche, quitóse su vestido de peregrino, tomó una mula de alquiler en un pueblo, y no la dejó hasta poco antes de entrar en Solsona. Entónces volvió á ponerse el hábito de peregrino: y á poca diferencia, llegaron los dos á la ciudad á un mismo tiempo. El Huron, sin pensar que nadie le siguiera, dirigióse al instante al castillo de los Cuervos, donde llegó al anochecer del dia 22; y así como éste tuvo que quedarse al campo raso, Venlor pudo penetrar en el castillo, gracias á su hábito respetable y al pretesto del voto que debia cumplir en la capilla de la Vírgen de la Torre-cuadrada.

CAPÍTULO IV.

Un encuentro en el bosque.

> Quedó elevado así; como se encanta
> El que escucha la voz de la sirena
> Helósele su voz en la garganta
> Como cercado de engañosa hiena.
>
> ESPINOSA.

No bien Julieta y Berenice habian andado cien pasos por dentro del bosque, caminando en direccion de la ermita, cuando vieron venir hácia ellas un hombre de elegante figura vestido con trage de camino, y llevando un sombrero hongo en una mano, y un cayado en la otra.

—Mira, Berenice, dijo Julieta, ¿será un faccioso ese hombre que viene hácia nosotras? Yo tengo miedo.

—Nada temas. No es un faccioso: y si esto fuera, menos malo: porque todos los dias les vemos, y como que mi padre es de la misma cuerda que ellos, nos tienen un gran respeto.

—¿Pues quién será?

—No me parece que sus trazas sean sospechosas. Esperemos y dejemos que se acerque.

—Nos hace señas con el sombrero.

En esto se pararon las dos hermosas niñas y aguardaron la llegada del forastero. Cuando éste se halló á poca distancia, Julieta dijo á su amiga:

—¡Ah, Berenice! ese forastero es el caballero misterioso... es Lorenzo

Vega. Cumplió religiosamente su palabra... Dijo que antes de tres dias me hablaria, y los tres dias no cumplen hasta esta tarde.

—¿Cómo ha sabido tu paradero?

—No sé...

En esto el Huron llegó hasta ellas, y cayendo de rodillas en tierra y fijando los ojos en la hija del marqués, le dijo:

—Hermosa Julieta, ¿os dignais escucharme?

Un rayo que hubiera caido sobre la cabeza de la jóven, no la hubiera dejado mas paralizada de lo que quedó al oir aquellas dulces palabras, dirigidas á ella en voz doliente y por un hombre que se hallaba penetrado por el amor. Julieta comprendió toda la estension de aquellas palabras. Quedóse estática é inmóvil con los ojos fijos en el hombre misterioso. Parecia una magnífica estátua destinada á hermosear aquel silencioso desierto. Sus negros rizos flotaban á merced del viento alrededor de su cabeza, y Berenice, admirada de ver aquel espectáculo, no sabía qué hacer ni qué pensar, y se contentaba con dirigir la vista, ya á Julieta, ya al *misterioso.*

—Levantaos, viajero, dijo Julieta, ¿qué pedís?

—Que me escucheis...

—Os escucho: pero levantaos...

—Sentémonos aquí en ese árbol caido; y os esplicaré el motivo de haber interrumpido vuestro camino.

—Me inspirais, caballero, mucha confianza; pero no obstante, estamos las dos solas en medio de un bosque desierto, y por esta razon no puedo detenerme con vos. Sigamos andando, y...

—Nada temais, Julieta. A poca distancia de nosotros vive un ermitaño, con el cual he pasado la noche: y como me ha dicho que esta mañana debiais ir á visitarle, he venido á recibiros con consentimiento suyo.

—Mas, ¿cómo ha sabido el ermitaño?...

—Yo se lo mandé decir ayer, respondió Berenice.

—Siendo así, vos le habreis contado que habiais venido á estos desiertos para verme.

—Sí.

—Sois, Vega, un cumplido caballero, dijo Julieta. Prometisteis que antes de tres dias hablariais conmigo; y estos no finen hasta esta tarde... Sois muy puntual.

—No he querido faltar á mi palabra, á pesar de todos los peligros que se me han presentado.

—Mas ¿cómo habeis sabido mi paradero?

—Lo pregunté á vuestra criada.
—¿Y os lo dijo?
—No hay duda.
—Pero tanto empeño...
—Era preciso que lo tuviera.
—¿Y por qué?
—Porque era indispensable que os hablára.
—¿Y por qué motivo?
—Pronto lo sabreis.
—Me escribisteis, que se trataba de unos asuntos interesantes.
—Mucho...
—De salvar la vida á un grande personaje.
—Es cierto...
—De salvar la vuestra.
—Esa nada vale...
—En algo debeis apreciarla.
—Hasta ahora no la aprecio en nada.
—¿Tan desesperado estais?
—¡Oh! mucho.
—¿Y por qué motivo?
—Porque de ella no puedo esperar mas que desdichas y penas.
—Esto no debe decirlo un cristiano.
—Y no obstante...
—No os faltará remedio.
—Vos pudierais dármelo tan solo.
—No creais...
—¡Oh, sí!
—¿Influyen para nada en esa desesperacion vuestra los secretos interesantes que debeis confiarme?
—Ellos son la causa de todo.
—Deseo saberlos.
—En primer lugar, debo hablaros del estado en que me encuentro por causa vuestra. Despues os hablaré de las probabilidades de que yo muera pronto; igualmente os indicaré ese grande personaje que vos debeis salvar; y por último os esplicaré los peligros que os rodean á vos, á vuestro padre, á Aurelio y hasta á la misma Laura.
El Huron dirigió una mirada de fuego á Julieta cuando nombró á Laura.
—No pudiendo deciros por escrito cuanto debo confiaros, continuó el



Lit. Labielle

Hermosa Julieta ¿os dignais escucharme?

Carbonario, me resolví seguiros hasta estos desiertos, donde por fin he llegado á hablaros.

—Pero ¿por qué motivo me habeis elegido á mí mas bien que á cualquiera otro?

—Porque estoy convencido de que vos sois la única persona á quien puedo yo hacer esa revelacion.

—Tal vez os equivocais...

—No tal...

—Vos habreis tratado á muchas personas dignas de...

—Todas me han engañado...

—Siendo así, considerareis muy reducido el círculo de personas de bien que hay en el mundo...

—Lo reduzco á solo vos.

—¡Disparate!

—No es disparate. Si vos pudierais penetrar en el fondo de mi corazon, os convenceriais de esta verdad. Yo, señora, hace poco tiempo que no era mas que un miserable; un hombre á quien quizás no os hubierais dignado mirar: el círculo de mis amigos era muy corto, mis ocupaciones eran groseras; y en fin, si quisiera haceros una pintura de lo que era Lorenzo Vega un mes atrás... pero ¿qué digo?... ¡un mes! ocho dias tan solo... os sorprenderiais infinito. Todas las impresiones que fijan al hombre durante su vida, habian pasado para mí desapercibidas. Criado sin una esmerada educacion y sin cuidado alguno, habia crecido como los árboles que dan el fruto segun el terreno en que están sembrados. Ni el dinero, ni la gloria, ni los vicios, ni las virtudes hacian en mí impresion alguna: me era indiferente; el mundo entero era mi patria; y si alguna idea se despertaba vivamente en mi imaginacion, era solo momentánea. Hacía lo que veia hacer, ó lo que me mandaban, fuera malo, fuera bueno: y era, en fin, un hombre sin conciencia, sin corazon, sin honor, y hasta sin voluntad propia. Tal estado no era normal, era un estado violento, un estado que repugnaba á la misma naturaleza; y era preciso que cambiára. Pero el modo de llevarlo á cabo es una severa leccion para los hombres, que todo lo reducen á la duda. Habia cometido un grande crímen, asesiné á un hombre... No os asusteis por eso, Julieta: dejadme acabar... Habia querido asesinar á un hombre; pero el cielo sin duda desconcertó el golpe, y la herida no fué mortal. Este hombre vive aun, y yo mismo le he salvado. Yo era antes un mortal insensible á todo, pero al ver por primera vez los padecimientos de aquel hombre que sufria por mí... ¡ah, Julieta! ¡cómo se desgarraba

mi corazon vírgen aun! Entónces encontré dentro de mí mismo un precipicio que no habia sondeado nunca; conocí cuán insensato habia sido en no escitar aquellos tiernos sentimientos que yo esperimentaba al curar y consolar á aquel hombre que habia querido matar: ¡estos sentimientos me recordaron poco á poco mis deberes de hombre. Entónces empecé á ser un ente racional, recobré todo el ascendiente que debia tener sobre mí: y cuando oia á mi víctima, que en lugar de injuriarme como matador, me saludaba como salvador, entónces se despertaba en mi pecho la idea de arrepentimiento; entónces conocia que era preciso dejar mis antiguos crímenes y empezar una carrera digna de un hombre que ha conocido todos sus deberes... Hecho este propósito, estudié mi vida pasada, me dediqué á las máximas de religion y hallé en ella un gran consuelo. Gracias á su influencia, logré hallar medio de modificar y regularizar mis costumbres, mis acciones, mis palabras, mis trabajos, mi mismo esterior; y me daba por contento de haber encontrado el medio de ser feliz, porque pensaba que jamás debia oponerse obstáculo á mis prósperos sucesos. En tal estado me hallaba yo, cuando, por el motivo que vos sabeis, me presenté en el baile de D. Evaristo Torrecampa. Observaba con grande contento aquel espectáculo, y quiso la suerte que la persona cerca de la cual debia cumplir la mision que me tenian confiada, fueseis vos. Yo, Julieta, hasta entónces no habia sabido lo que era el amor: las mugeres habian dejado en mi pecho una impresion nada noble, y cuando os ví por primera vez, empecé á esperimentar los bellos sentimientos del amor, aquellos sentimientos que elevan el alma humana y la hacen salir, aun á pesar suyo, de su postracion y bajeza. Hubiera deseado ser un hombre grande, un millonario, un monarca, para rendir á vuestros piés mi gloria, mi dinero ó mi corona: y ¡desgraciado de mí! no tengo mas que un corazon lleno de amor.

El Huron añadió despues de un momento de silencio con tono solemne:

—Estoy dispuesto á serviros en todo; sé que mi vida es corta, que mis enemigos ¡andan buscándome para matarme; pero moriré gustoso despues de haber hecho algo por vos. Hé aquí por qué he resuelto haceros depositaria de esos grandes secretos de que os he hablado, y que vos solamente debeis saber y aprovechar.

—Sois un hombre muy raro, respondió Julieta, pero no es estraño. He notado que lo primero que os hizo conocer vuestra dignidad humana y vuestros deberes, fué la influencia que las ideas de religion ejercieron en vuestro ánimo: pero esto no fué por haber visto padecer á vuestra víctima, como vos decís, sino porque así le plugo á Dios que sucediera,

puesto que la religion hace que el hombre conciba caritativas ideas, cualquiera que sea el objeto que se le presente. He observado además, que en cierto modo dabais la culpa á la religion del descontento que esperimentasteis al hallaros inclinado á mi favor. Si hubierais amado como debiais al Criador; si hubieseis conocido que él era el Sér mas perfecto y mas digno de amor, no hubierais amado á ningun otro sino relativamente; no hubierais sufrido tanto al enamoraros, y no os hubierais colocado en el borde del abismo do os encontrais.

—Pero puedo no caer en ese abismo...

—No... ya habeis caido...

—¿Y no hay remedio ninguno?

—Sí. Vos habeis entrado en la casa de Dios y habeis salido por otra puerta, sin haber tenido mas tiempo que el de observar muy ligeramente la belleza del edificio.

—¿Qué remedio encontrais, pues? Decídmelo, porque os escucho como si me hablára un ángel.

—No tengo tales pretensiones. Lo que vos debeis hacer, voy á decíroslo. ¿Os habeis acercado alguna vez á los piés de un confesor?

—Jamás: ni tengo ganas de hacerlo, porque en materias de religion estoy tan atrasado como cuando nací. Pero si quereis que os diga la verdad, me repugna solo el pensarlo.

—Y no obstante, debeis hacerlo.

—¿Y sois vos quien me lo decís?

—¿Os proponeis creerme?

—Creeré; no puedo dudar hablando vos. Mas, ¿cómo lo haré yo, pobre ignorante, si...?

—Eso no os dé pena ninguna. Ahora vamos á visitar á un ermitaño, y él os enterará de lo que debeis hacer; os encargo que sigais sus consejos.

—Lo haré porque vos lo pedís, y mayormente tratándose de ese ermitaño con quien he pasado la noche. ¡Ah, Julieta! ¿qué conversaciones hemos tenido? Yo no me he atrevido á descubrirle el estado de mi corazon, y ahora lo siento. Ayer noche, llegado á las cercanías de ese castillo, tuve tan solo tiempo para veros. Vos, sin duda, no me conoceriais: y, loco y ciego de amor, me interné en este bosque para pasar en él la noche, cuando al mucho rato descubrí luz por entre los matorrales... me acerqué á ella... y poco despues un hombre venerable me presentaba su mano, me hacía compartir su frugal mesa, y me daba hospitalidad.

—Pues bien, lleguemos á la ermita, y ese hombre os instruirá.

—Lleguemos, añadió el Huron, y será lo mejor, porque veo que nos sigue á poca distancia un peregrino, cuya traza me parece sospechosa.

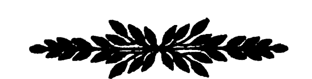
En esto las dos niñas se volvieron para ver al peregrino que con paso regular venia tras ellos.

—Ese peregrino, dijo Berenice, ha pernoctado en el castillo, porque ha venido á cumplir un voto á la Vírgen de la Torre-cuadrada, y ahora irá sin duda á visitar á nuestro ermitaño.

—No lo creais, añadió el Huron. Apretad el paso, niñas; no querais encontraros con él antes de entrar en la ermita.

Julieta y Berenice, animadas ó asustadas por las palabras del Huron, echaron á andar con ligereza.

El peregrino que les seguia era Venlor. El Huron le conocia, y no quiso comunicar á las dos jóvenes todos sus temores.



CAPÍTULO V.

El ermitaño de San Antonio.

Y aunque la penitencia lo maltrata,
Y los años convierten sus cabellos
En hebras sutilísimas de plata...
Su pecho es un volcan de mil destellos.

AROLAS.

JULIETA y Berenice, acompañadas del Huron, llegaron á una espaciosa esplanada formada por tres hileras de árboles de diversas especies; en uno de sus estremos habia una grande mole de apiñadas rocas coronadas por una cruz de palo.

Sea naturalmente, sea que se hubiera hecho á pico, lo cierto es que habia abiertas en la roca dos grandes cuevas, de las cuales la mas pequeña servia de santuario, y la otra de habitacion al anacoreta que allí vivia. En el santuario habia dos altares de piedra. En el uno se veneraba la imágen de Jesucristo crucificado, y en el otro la de San Antonio, cuyo nombre se dió á la ermita. Una sola lámpara, que pendia contínuamente de la bóveda, iluminaba aquella pequeña casa del Señor. La vivienda del anacoreta se componia de tres estancias. En la primera, que era la que se veia por completo luego que se entraba en la esplanada, habia una mesa, dos banquillos de madera y dos sillas viejas; la segunda servia de dormitorio y tenia una cama con dos jergones de paja, un banquillo, una silla, algunas estampas pegadas á la pared y tres estantes con libros; y la tercera, que permanecia cerrada siempre, contenia efectos particulares. Algunos mal intencionados decian que encerraba armas para los carlistas.

Cuando el Huron y las dos jóvenes penetraron en la esplanada, divisaron al ermitaño que estaba remendándose unas sandalias viejas, á la entrada de la cabaña, al mismo tiempo que entonaba con voz dulce los cánticos de Job. Cuando vió á los forasteros, dejó su trabajo y se puso en pié. Era un hombre de bastante estatura, vestido con larga túnica de paño vasto de Aragon, ceñido con una cuerda de cáñamo. Sus piés estaban calzados con sandalias, sus ojos pardos, eran grandes, vivos y penetrantes; su pelo castaño-oscuro, era desmesuradamente largo; su barba negra le llegaba hasta la mitad del pecho; y tanto el cabello como la barba no dejaban de tener algunos surcos blancos. En su cara se conocia que habia padecido mucho; su frente despejada y abultada, hubiera dado mucho que observar á un frenólogo. Contaba unos cuarenta y ocho años.

Con paso grave y noble continente se acercó á los recien venidos, saludólos con cortesía y amabilidad, particularmente á Julieta, por no haberla visto nunca. Al instante sacó fuera de la cueva los banquillos de madera, é hizo que en ellos se sentáran los forasteros, cuyo ofrecimiento fué debidamente aceptado.

—Aquí os presento, hermano Ambrosio, dijo Berenice al ermitaño, á la hija única del noble marqués de Casarrubios, cuya visita os hice anunciar ayer.

—Tengo un grandísimo placer en saludarla, respondió el ermitaño. Sin duda es la primera vez que visita el castillo de los Cuervos.

—Sí, padre, contestó Julieta.

—Es un edificio antiguo y magnífico.

—Y vos, amigo Lorenzo, añadió luego dirigiéndose al Huron, ¿tampoco habiais visitado el castillo de los Cuervos?... Y ¿qué tal? ¿no os he dicho ya que debia venir á verme esta mañana la señorita á quien tanto buscabais?

—Por eso no he dudado de ello.

—Lo que es Berenice, raras veces pasa tres dias sin hacerme una visita... Me aprecia mucho y yo correspondo de igual manera.

—¿Y nunca, hermano Ambrosio, dejais esa miserable vivienda? preguntó Julieta.

—No, señorita. A veces paso semanas enteras sin alejarme trescientos pasos de ella. Bien que esto sucede cuando tengo alguna ocupacion importante, porque no siendo así, debo confesar que me gustan mucho algunos ratos de paseo por estos desiertos y breñales contiguos.

—¿Y no os amedrenta, hermano Ambrosio, el vivir tan solo?

—A mí nada de eso me amedrenta. Cabalmente ¿cómo puede darme

miedo una cosa que es mi elemento? ¡La soledad!... ¡vaya!... ¡ella es la que constituye toda mi felicidad! Yo he vivido en el gran mundo... he habitado en las grandes ciudades... he frecuentado las reuniones y tertulias... he sido muy rico y muy pobre... y por añadidura soy de una familia noble y distinguida... todo esto me ha puesto en disposicion de conocer todo lo bueno y malo que puede hallar el hombre... pero al fin de todo, he debido confesar, que nada es tan agradable, nada tan placentero y nada tan provechoso para el alma y el cuerpo como la soledad. Aquí soy el rey de mi cabaña... nadie sino Dios me gobierna... cultivo por mis manos algunas flores... me ocupo en algunas tareas mecánicas... y nunca he de lamentar traiciones, ni engaños, ni desgracias... y sobre todo estoy á mi edad libre de las sectas secretas, que durante toda mi vida me han perseguido.

—¿Pero nunca, repuso Julieta, volvereis á tener deseos de presentaros en el mundo?

—No lo creais, replicó el hermano Ambrosio. No creo que esto suceda á pesar de mi juventud. Siempre que me hablan de eso, contesto con unas mismas razones... Yo prosigo oculto en mi cabaña... soy un verdadero ermitaño... nadie tiene noticia del lugar de mi retiro... He vivido largo tiempo en el gran mundo, y me ha dejado recuerdos muy horribles. No tengo ganas de volver á aparecer en él... Si mis amigos no me reclaman para su ayuda en trances apurados, aquí acabaré mi vida, que ha sido llena de pesares, de horrores y de desengaños. En mi solitario retiro vivo placentero y con tranquilidad... nadie turba mi sosiego... y contínuamente tengo á la vista los grandiosos objetos y los sorprendentes espectáculos que hacen conocer á Dios por digno de toda alabanza. Algunas veces me acuerdo de mis íntimos amigos y de algunos que han sido desgraciados y perseguidos como yo... entónces derramo algunas lágrimas... les compadezco... levanto los ojos al cielo... ruego á Dios por todos... y durante mis oraciones, me parece que el cielo se pone de mi parte, y me asegura que vela por todos cual yo deseo... ¡Ah, señoritas! ¡si supierais cómo miro las cosas del mundo desde este solitario recinto, os maravillariais!... Yo he padecido infinito; los enemigos del altar y del trono me han perseguido encarnizadamente; han querido quitarme la vida; y aunque Dios no lo ha permitido, he vivido siempre en contínua zozobra, en contínuo sobresalto, y en contínuos temores; pero hoy dia, á pesar de que las sectas secretas quisieran encontrarme para asesinarme, sin embargo, estoy exento de todo temor; y aunque viera á mis enemigos con sus puñales desenvainados á la puerta de mi pobre ermi-

ta, no por esto me estremeceria, ni les proporcionaria el placer de haberme intimidado. Esa confianza la debo solo á la que tengo en Dios; porque en este retiro me ocupo mas que nunca en alabarle, y esto hace que le tenga siempre de mi parte.

—Pero aquí estais muy espuesto, añadió Julieta, que se tomaba mucho interés por el hermano Ambrosio. Esta ermita será conocida, y las partidas de ladrones pueden insultaros; las fieras... las borrascas... los relámpagos...

—¡Oh! ¡no! ¡no! nada de eso me espanta... Aquí los ladrones no vienen, porque ya saben que no encontrarán dinero... las fieras huyen de la presencia del hombre... si vienen, es de noche, y aun algunas veces apago el hambre ó la sed de algun lobo que se presenta en esa esplanada... las borrascas no pueden nada contra mi pobre cabaña; está abierta en la piedra, y no debo temer que se conmuevan jamás los cimientos: los rayos tampoco pueden nada contra una masa de piedra: gracias al laurel bendecido que tengo á la entrada, y á algunas precauciones que tomo, respetan mi triste morada, y encuentro motivo de grandes alabanzas al Señor en el espectáculo de quedar tronchado alguno de esos árboles que me rodean bajo el peso de un rayo.

—Pero estamos en tiempo de luchas. En España se sostiene una guerra de dinastía, y las demasías de cualquiera de los dos bandos pueden molestaros en este retiro.

—Este es el único obstáculo que encuentro á veces. Los carlistas casi nunca salen de estos alrededores; pero me respetan y me escuchan como si fuera un enviado de Dios. Ese bosque es casi un castillo para ellos; y las partidas liberales raras veces pueden ó quieren introducirse en él. Si alguna vez lo intentan, tengo de antemano el aviso correspondiente, y entónces cierro mi ermita: si se necesita de mí, empuño la espada ó el fusil, y me uno á los carlistas; y si no es necesaria mi presencia, me retiro al castillo de los Cuervos, donde aguardo que pase la tormenta.

—Así es que temeis mas á los cristinos que á los carlistas.

—¡Oh, sí! porque los cristinos solo son modelos de conducta cuando se encuentran en las grandes ciudades. Hoy mismo ha pernoctado en ese bosque una partida de facciosos: toda la tarde de ayer estuvo perseguida por una columna cristina que venia de Gerona, y no creo que ambas partidas estén muy léjos de aquí. Estoy aguardando algun mensaje sobre el particular; y esta noche que viene me veré seguramente en la necesidad de hacer lo que hace poco he dicho, ó irme por algunas horas con los carlistas, ó pernoctar en el castillo.

—Lo que es hoy debereis hacer eso último, dijo Berenice, porque nos habeis de prestar un gran servicio.

—Yo tambien os pido lo mismo, y no creo que nos desaireis, añadió Julieta.

—¿Y por qué motivo, hijas?

—Porque tenemos que consultaros.

—Me alegro mucho.

—Y yo tambien, hermano, dijo el Huron, quiero consultaros sobre alguna cosa, y necesitaré de vos.

—Probaré de complacer á todos.

Aquí llegaban de la conversacion cuando apareció al estremo de la esplanada el peregrino que habia seguido al Huron y á las dos jóvenes.

—Aquí está el peregrino, dijo Berenice.

—Este hombre me dá miedo, añadió Julieta.

—Un peregrino no infunde temor, replicó el ermitaño.

—Es un hombre sospechoso. Ha pasado la noche en el castillo, y...

—Eso nada importa...

—El caballero Lorenzo Vega le tiene tambien mucho miedo.

—Miedo no, replicó el Huron. Pero atended, hermano Ambrosio. ¿No me habeis dicho esta noche que conociais perfectamente los signos de los Franc-masones?

—Los sé perfectamente.

—Pues bueno: valeos de ellos, y sacareis en claro, que el tal peregrino es un Franc-mason.

CAPÍTULO VI.

El peregrino.

De algunos santos que antiguamente eran muy respetados en Sion, escogió algunos y con un tono solemne dijo: «Adoremos al Señor.»

BURNS.

CUANDO Venlor llegó á cierta distancia de la ermita, quitóse su sombrero guarnecido de mariscos, para saludar á los que estaban sentados á la puerta. Todos contestaron muy friamente á su saludo. El Huron le dirigió una mirada rabiosa y tentó con la mano un bonito puñal que tenia escondido debajo del paletó de camino que llevaba: Julieta casi temblaba, y Berenice soltó repentinamente la mano de su amiga, con la cual estaba jugueteando. Solo el hermano Ambrosio permanecia impávido y de pié, y se adelantó algunos pasos para recibir al huésped.

—Dios guarde á la gente de paz, dijo el peregrino.

—Bien venido seais á mi pobre ermita, contestó el hermano Ambrosio.

—He venido á cumplir algunos votos á la Vírgen de la Torre-cuadrada en el castillo de los Cuervos; y preguntando esta mañana si habia por estos alrededores algun santuario, me han hablado de vos, hermano Ambrosio, y me he decidido á venir á visitaros y hacer alguna oracion á los santos de vuestra ermita.

—Yo me tengo por muy honrado con esta visita.

—¿Qué sagradas imágenes teneis espuestas á la pública veneracion?

—La de Jesucristo crucificado, y la de S. Antonio. Podeis entrar á verlas.

—Sí, lo haré con mucho gusto. Daré las gracias al Señor, y rogaré por vuestra felicidad y por la mia.

—Mil gracias por ello... venga la mano en señal de agradecimiento, y seamos amigos.

El hermano Ambrosio y Venlor se dieron la mano. El primero apretó la del segundo con tres dedos, para ver si entendia la señal (1); y Venlor correspondió perfectamente, apretando la mano del otro con el dedo pulgar y haciendo con los ojos un gesto de ceremonia. Los dos se habian comprendido como buenos Masones.

El anacoreta acompañó á Venlor hasta dentro de la ermita.

—Os he hecho las señas del Justo-medio, dijo el ermitaño.

—Pues bien: moderado soy...

—Como yo...

—¿Necesitais dinero? añadió Venlor.

—No me hace falta... ¿Y vos necesitais algo?

—No sé si podreis servirme... luego os lo diré.

Los dos estuvieron hablando largo rato, y entretanto Venlor, que habia recibido del ermitaño la seña de Maestro Mason, le hizo á intérvalos las de Escogido, Escocés, San Andrés, Rosa-Cruz y Kadosc; á todas correspondió el ermitaño, y los dos se hallaron Caballeros de Kadosc.

—¿Cómo os llamais?

—Yo, Julian Prates... ¿y vos?

—Yo, Joaquin Venlor...

A la vista de un tigre amenazador no hubiera dado el ermitaño un paso atrás con tanta prisa como al oir el nombre de Joaquin Venlor.

—Hermano, ¿qué os sucede? preguntó éste admirado. ¿Os asustais acaso? ¿Qué significa esa turbacion?

—No tal, replicó el hermano Ambrosio algo repuesto y resuelto á disimular. Me admira mucho vuestra presencia.

—¿Y por qué?

—Porque creia que estabais en Zamora... que erais aquel malvado Venlor que tanto daño ha causado á nuestra Sociedad, y cuyos hechos sabe todo Mason.

—Hace mucho tiempo que estoy fuera de Zamora y vivo en N... y tocante á ese Venlor de que hablais, es un hermano mio.

---

(1) Las señales masónicas de toque son muchas, y ahora me valgo de esa.

—Sí... ese ha de ser. Aquel era Carlos Venlor, que fué mayordomo de los duques de las Siete-Torres.

—Ese mismo... yo soy su hermano...

—Ya sabía que tenia un hermano... Pero, en fin, no hablemos mas. Haced como que decís vuestra oracion y despues hablaremos.

Venlor entónces se arrodilló á los piés del altar del crucifijo, dejó en el suelo el baston y el sombrero, empezó á pegarse fuertes golpes en el pecho y á besar el santo suelo, para que los de fuera se admirasen de su mucha devocion.

El ermitaño le dejó, y al salir de la ermita dijo para sí, volviéndose para mirar al peregrino:

—¡Hombre vil y miserable! Si supieras quién soy, no te hubieras presentado á la puerta de ese santuario... Mas el cielo que te ha conducido, me bendecirá si logro desentrañar tus planes, que no pueden dejar de ser inícuos.

Las dos jóvenes y el Huron estaban con la mayor ansiedad aguardando que saliese el hermano Ambrosio de la capilla.

—Y bien... ¿qué habeis conocido? le preguntó el Huron.

El ermitaño se puso el dedo en la boca y dijo en voz baja:

—¡Silencio! es un Franc-mason completo; en cuerpo y alma.

—Pero ¿qué es lo que le habrá guiado á esos desiertos? dijo Berenice.

—Qué sé yo...

—Yo casi lo adivinaria, añadió el Huron.

—Despues me lo dirá él mismo, repuso el ermitaño. Callemos y disimulemos.

Despues de esto hubo un rato de conversacion indiferente, y cuando le pareció al hermano Ambrosio que el peregrino habria concluido ya sus oraciones, entró en la capilla y halló efectivamente al devoto que se levantaba del suelo.

—Y bien ¿cuál es vuestro proyecto, hermano? preguntó el ermitaño.

—Me conviene mucho hablar á solas con ese jóven que está allí fuera con aquellas señoritas.

—Muy bien: yo os prometo que vuestros deseos se cumplirán. ¿Podeis esperar la noche?

—Sí puedo.

—Perfectamente, yo creo pasar la noche que sigue en el castillo, y os proporcionaré medios para que podais hablar con él. ¿No quereis nada mas?

—Quisiera del mismo modo poder hablar á solas con esa señorita forastera, con Julieta de Casarrubios.

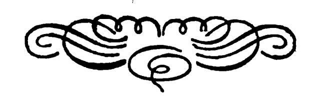
—Eso ya es mas difícil.

—Lo veo...

—Pero no os desalenteis. Yo os prometo proporcionaros lo uno y lo otro.

—Os doy por ello mil gracias.

Despues de esto los dos salieron fuera de la ermita. Venlor se sentó solo en un banquillo, mostrándose indiferente á las miradas que le dirigia el Huron.



CAPITULO VII.

La retirada.

> ¿Qué se dirá
> De que un hombre como yo,
> La vez que á servir me ajuste
> Á alguna dama galante,
> No le quite de delante
> Cosa que le dé disgusto?
> CÁNDAMO.

TRABÓSE una conversacion general bastante animada sobre política, en la cual cada uno hizo sacrificio de su opinion, escepto el hermano Ambrosio, que no hacía mas que ir y venir de una parte á otra de la esplanada, como si esperase alguna cosa con impaciencia.

De repente se acercó á todos los demás con el dedo en la boca y les obligó á parar la conversacion. Entónces se tendió en el suelo, agachóse lo mas que pudo como una lagartija, y aplicando el oido al terreno, permaneció en aquella actitud algunos momentos, despues de la cual se levantó con aquella sonrisa que inspira el buen resultado de una operacion.

—¿Y qué sacais en claro de todo esto? dijo el Huron, que comprendió todas aquellas maniobras.

—Que dentro de poco tendré aquí un mensajero. Viene corriendo á todo escape.

El ermitaño, silbando un aire de caza, dejó á la comitiva para instalarse al estremo de la esplanada, donde se sentó en un tronco de árbol que pocos dias antes habia derribado un rayo.

Allí seguia con la mayor calma, ó quizá para distraer su ansiedad,



silbando del mismo modo, hasta que, levantándose prontamente, echó á correr con toda prisa por un camino abierto al través de la selva, y que se ocultaba á la vista de los que formaban la comitiva de la esplanada... Poco tiempo sin embargo tardó en aparecer de nuevo acompañado de un hombre rústico con todas las trazas de tal, pero que no era mas que un espía. Tan luego como llegaron á la esplanada, se detuvieron. El recien venido quitóse una mugrienta corbata que traia en el cuello, desdoblóla y sacó de entre ella un corbatin plegado y chafado, de dentro del cual sacó un pequeño pliego de papel que entregó al ermitaño. Éste lo tomó, loco de contento, sin hacer caso de las miradas de los demás, y se puso á leerlo con marcada complacencia. Enseguida contestó de palabra al portador, el cual se retiró al momento con la mayor prisa.

El ermitaño se acercó entónces á la comitiva con el papel en la mano, diciendo:

—Una nueva noticia, amigos.

—¡Qué! respondieron todos.

—Una partida de carlistas se halla acosada á poca distancia de aquí por tres columnas liberales; y mis hermanos de armas reclaman la asistencia mia.

—¿De veras?

—No hay que dudarlo.

Y apenas habia dicho estas palabras, cuando se oyó á alguna distancia una descarga cerrada de fusilería.

—¿Oís? dijo el ermitaño.

Al ruido, todos se pusieron en pié escepto el Huron, que quiso bendecir al Señor por aquella casualidad.

—¿Y será preciso retirarnos? dijo Berenice medio asustada.

—¿Pero dónde iremos solas? replicó Julieta. Si nos encontramos en medio de la refriega, ¿qué nos vá á suceder?

—Señoritas, no deben tener Vds. ninguna pena por esto, contestó Venlor. Yo me ofrezco á acompañarlas.

—Este derecho me toca á mí, caballero, objetó el Huron. He acompañado á las señoritas hasta aquí, y me toca volver con ellas al castillo. A mas, soy amigo de Julieta.

Venlor contestó al Huron con una mirada terrible, que el bandido sostuvo con firmeza.

—Señoritas, dijo Venlor, he pernoctado en el castillo, y puedo acompañaros: además de que mi hábito respetable hará que nadie venga á incomodaros.

El Huron, queriendo pagar á Venlor con la misma moneda, no hizo caso de sus palabras, y sin mas ceremonia, presentó uno de sus brazos á Julieta y otro á Berenice, cuyo ofrecimiento fué aceptado.

—Poco á poco, amigos, dijo entónces el ermitaño, es preciso que me espereis un poquito, para que no os perdais. Yo debo abandonar tambien la ermita, y espero que aguardeis á que esté preparado, para que os diga qué camino debeis tomar, á fin de evitar todo peligro.

El anacoreta habia apagado las luces de la capilla; habia puesto en órden todos sus muebles y quitábase su ropaje largo cuando Venlor entraba en la cueva para hablar al ermitaño. Éste, fingiendo no haber visto á Venlor, salió fuera, y acercándose al Huron, le dijo en voz baja:

—Tened cuidado en el camino, temo que este hombre os quiera matar. Mucha prudencia: y vosotras, niñas, no solteis á ese caballero, porque así será mas respetado por el peregrino.

—¡Oh! ¡no temais! esclamó Julieta.

—Ya sé que quiere matarme, respondió el Huron, pero no temais, ni por mí, ni por estas señoritas, porque sé lo que debo hacer...

Y sin decir mas, hizo un gesto de impaciencia.

—Pero ¿por qué os quiere matar? preguntó Julieta.

El Huron no respondió.

—¿Y si fuera por vos? preguntó despues de un momento.

Julieta no pudo responder, porque Venlor acababa de aparecer en el dintel de la casita. El ermitaño lo conoció por el gesto de las dos jóvenes, y sin volverse, púsose á hablar con el mayor disimulo diciendo:

—En fin, amigo, repito que es enteramente imposible. Esta noche estaré sin falta en el castillo, pero esta tarde no puede ser.

—Obrad pues como gusteis.

El ermitaño volvióse entónces á la cueva, y cogiendo á Venlor por su vestido, le dijo:

—Queria que esta tarde estuviera yo en el castillo. Sin duda os tiene mucho miedo: pero le he contestado que no podia ser hasta la noche.

—Hareis muy bien en no venir hasta la noche; pero no falteis.

—No faltaré.

Y diciendo y haciendo, se quitó el anacoreta su larga cota, y poniéndose un vestido de labrador, quedó enteramente trasformado, no sin admiracion de Venlor. Despues se caló en la cabeza una payoleta de segador, y tomando un enorme trabuco, que tenia escondido debajo de unas piedras, se lo colgó á la espalda, ajustandose luego al cinto una gruesa y bien provista canana.

Despues de esto salió con Venlor fuera de la cueva y cerró las puertas, dejando abierta una rejuela, por la cual se podia ver interiormente la capilla y nada mas; lo cual, á la par que satisfacia la curiosidad de algun transeunte, le convencia de que no habia dentro de ella mas espacio que el que ocupaba la pequeña ermita.

Julieta quedó admirada al ver al hermano Ambrosio tan estrañamente trasformado; pero éste, sin hacer caso, se tendió al suelo, mientras se oian á lo léjos las descargas de fusilería, y levantándose prontamente, dijo al Huron:

—El camino del castillo no está ocupado aun: podeis guiar por él á estas señoritas sin el menor peligro, pero daos prisa.

El Huron y las jóvenes iban á contestar al ermitaño, pero éste empujándoles ligeramente, les dijo:

—¡Deprisa, deprisa! Esta noche ya nos veremos en el castillo.

Echaron á andar, y el ermitaño, cogiendo á Venlor de la mano, le dijo:

—Acompañadles tambien, hermano: pero os encargo por vuestro bien que si no teneis otro ropaje que el que llevais puesto, no salgais por hoy del castillo. Hasta la noche.

—Sí, hasta la noche, contestó Venlor haciendo una seña de inteligencia.

El hermano Ambrosio, luego que estuvo solo en la esplanada, descolgóse el trabuco, y encendiendo un fósforo, pegó fuego al parte que le habia traido el espía. Despues encendió un cigarro, y empezando á fumar con la mayor sangre fria, dió algunas vueltas alrededor de su cabaña con aire meditabundo y reflexivo. A poco rato, dió con el trabuco un fuerte golpe en el suelo diciendo:

—Gracias sean dadas á Dios... Ya tengo concebido mi plan. ¡Malvado mortal, disfrazado de peregrino! no crees que yo te haya conocido. ¡Avechucho carnívoro! yo te cortaré las alas. Espérame esta noche en el castillo, y verás lo que te sucede... Perdonaré tu vida, pero...

Aquí se interrumpió el ermitaño, porque cayeron cerca de él algunas balas muertas, procedentes del lugar del combate.

—¡Cáspita! dijo el ermitaño dando un salto. Hasta aquí llegan los regalos del combate.

Y acariciando su enorme trabuco, añadió:

—Vamos, al hombro, y echemos á andar.

Cuando iba á salir de la esplanada, venian corriendo á ella el mayordomo del castillo de los Cuervos, acompañado del marqués de Casarrubio y seguidos de dos soldados carlistas.

—Gracias á Dios que estamos á salvo, dijo el mayordomo dejando caer en el suelo la culata de su escopeta de caza, lo cual hizo tambien el marqués y los dos soldados. Y vos, hermano Ambrosio, ¿qué haceis ahí con tanta calma? Os están esperando.

—¿De veras?

—De veras, señor, replicó uno de los soldados que se habia quitado el gorro. Nuestro gefe os está aguardando con impaciencia, porque se teme no escapar del peligro que le rodea. Ha visto de léjos á esos señores que huian, con el anteojo ha reconocido al mayordomo, y nos ha mandado acompañarles.

—Pues bien; darse prisa, darse prisa, señores, dijo el ermitaño. Vos, mayordomo, encontrareis por el camino á vuestra hija Berenice que acaba de salir de aquí: y como presumo que este caballero que os acompaña es el marqués de Casarrubios, tengo el gusto de anunciarle que encontrará tambien á su hija Julieta.

—¿Van solas? preguntaron los dos padres.

—No, señores: las he hecho acompañar por un amigo que han encontrado aquí conmigo, y por el peregrino que ha pernoctado en el castillo y que ha venido á visitar mi ermita. Marchaos pues; y ya no necesitais de la ayuda de esos dos soldados, porque el camino del castillo está aun espedito.

No habian pronunciado estas palabras, cuando dos ó tres balas estraviadas silbaron á sus oidos.

—¡Diantre! repitió el ermitaño. Qué se acercan, amigos ó enemigos.

—Son enemigos, señor. Intentan, segun presumo, apoderarse de esta altura inmediata. Están á tiro de fusil de nosotros, y son en número de ciento.

—Será preciso alejarlos de estos lugares.

—¡Bah! imposible, murmuró el marqués.

—No es imposible, añadió el ermitaño. ¿Quereis prestarme un favor?

—Con mucho gusto.

—¿Teneis cargadas las escopetas de caza?

—Sí, se apresuraron á responder el mayordomo y el marqués. Ibamos á perseguir un lobo que huia, cuando nos hemos visto obligados á huir de otros cazadores.

—Pues bien: los cuatro haced una descarga á discrecion hácia la parte de donde vienen los tiros, y despues podreis marcharos.

El mayordomo, el marqués y los dos soldados dispararon casi á un tiempo. El ermitaño hizo lo mismo con su enorme trabuco, produciendo un estruendo horrible que resonó por aquellos bosques.

Una lluvia de balas pasó poco despues por encima de sus cabezas.

El mayordomo y el marqués se retiraron al instante á toda prisa, tomando el camino del castillo de los Cuervos.

CAPÍTULO VIII.

El Capitan-Negro.

Mas ¡ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva;
Y envuelto en sangre, en tierra le derriba.
MIRA DE AMÉZCUA.

La descarga, seguida del grito que diera el ermitaño, á quien los carlistas apellidaban el *Capitan-Negro*, hizo creer á la partida de liberales que venia hácia la ermita, que iban á topar con otra partida carlista que venia en apoyo de la que se hallaba amenazada, y cambiaron de direccion, no solo para sorprender á los supuestos nuevos enemigos, sino tambien para no abandonar el proyecto de ocupar el punto que les habian indicado.

—¿De cuántos individuos consta vuestro pequeño ejército? preguntó el ermitaño, á quien llamaremos ahora el Capitan-Negro, á los dos soldados.

—De ciento cincuenta hombres no mas. El resto de la fuerza fué destacada ayer por nuestro gefe á algunos pueblos distantes.

—¿Y los enemigos son muchos?

—Son cuatro columnas diferentes, cuya fuerza general calculamos que será de unos cuatrocientos hombres.

Un gesto desagradable del Capitan-Negro indicó que la ventaja estaba de parte de los liberales.

Iban corriendo y hablando á un mismo tiempo; y el ruido de las descargas era cada vez mas estrepitoso.

Los liberales que avanzaban por la parte de la ermita, habian ya torcido de camino por temor de una emboscada. Entretanto, el Capitan-Negro, acompañado de los dos carlistas, iba corriendo á toda prisa, trasponiendo bosques y mas bosques: parecian tres cabras montesas, al verlos trepar por las mas altas rocas y abrirse paso al través de las matas y zarzales. Llegaron por fin, sin haber sido vistos, hasta un sitio despejado, donde se pararon para ver en qué posicion se encontraba el campo. Veíase descender de una eminencia la pequeña partida carlista, que iba cediendo con mucho órden el terreno que les disputaba palmo á palmo una columna enemiga de duplicadas fuerzas. Habíanse destacado, sin embargo, de dicha partida, unos cuantos hombres que, dirigidos por un hábil trabucaire, se adelantaban por la parte en que se encontraba el Capitan-Negro, molestando de tal manera á los Liberales que estaban por aquella parte, que, asustados del valor y maestría del gefe enemigo y del acierto de sus disposiciones, trataron de retirarse para ver de ganar el bosque vecino y poder ofender desde allí sin ser molestados. El objeto de esta maniobra por parte de los carlistas, era desembarazar terreno por la parte mas flaca, para tener mas ancho el círculo dentro del cual debian verificar la retirada á que les obligaba la columna liberal atacada por el centro carlista. A derecha é izquierda de aquel círculo habia otras dos partidas liberales, que estaban sin hacer fuego; pero que no obstante iban adelantando terreno á medida que se lo mandaba el gefe principal.

—El asunto está muy mal parado, dijo entónces, apoyando los brazos sobre la boca del trabuco. Pero, ¿qué han de hacer? son cuatro contra uno. Y además, ¿quién vá á reunirse ahora con la partida? Esta columna enemiga que vá adelantando hácia nosotros, nos envolverá al instante; y por mucho que sea el ardor de ese trabucaire que les obliga á la retirada, no creo que logre desalojarlos de los primeros matorrales que ocupen: y en tal caso, nosotros, que por supuesto nos esconderemos, quedaremos inhabilitados por no poder salir. ¿Qué harás... qué harás, cabeza mia? añadió golpeándose la cabeza.

—No hay mas remedio, dijo al cabo de un instante: allí hay una roca, y es preciso que, sin ser vistos, vayamos á agacharnos detrás de ella en una hendidura que tiene; y lo demás quede de Dios, si no me sale el plan que acabo de formar... Vamos adelante.

En esto cogió el trabuco por la boca, y siguiendo los dos soldados todas sus operaciones y movimientos, agacháronse en el suelo: y arrastrándose por él como pudiera hacerlo la mas astuta serpiente, fueron

ganando poco á poco, sin ser vistos de nadie, el terreno que les separaba de la roca. Esta distaba de ellos unos doscientos pasos, y gracias á las espaldas del bosque, á algunos árboles que iban ocultándolos y á su astucia, llegaron á ella sin ser vistos. Entónces el Capitan-Negro sacó una grande cinta negra, la puso en su sombrero de paja y dijo:

—Ahora yo soy el Capitan-Negro: y todo el que me vea, me reconocerá.

La partida cristina que iba retirando, lo hacía con el intento de situarse en derredor de la roca. Conociendo el Capitan-Negro la proximidad del peligro, adelantóse algunos pasos, á riesgo de ser visto de ocho ú diez cazadores que se apoyaban ya en el estremo de la roca. Hizo entónces alguna seña á los carlistas, la cual, vista por el trabucaire hizo torcer el camino á su pequeña columna con objeto de proteger la roca. Los cristinos, no creyendo que la ocupacion de aquella masa de piedras debiese producirles ventaja alguna, no hicieron mas que aprovecharse de ella al paso, para poder hacer fuego parapetados á su alrededor, despreciando la parte en que hubieran quedado descubiertos, que era aquella en que se encontraban los tres detenidos.

—Orden, órden, soldados, decia un gefe liberal á los que rodeaban la roca; dejemos eso que de nada sirve, y deprisa retirémonos á la entrada de este bosque.

—Mi capitan, yo no quisiera retirarme sin haber despachado á ese maldito trabucaire que los manda.

—A ver, pues, como luces tu destreza y habilidad. Tírale.

—Voy á ello.

Todo esto lo oia el Capitan-Negro. El cazador apuntó entónces de órden de su capitan, disparó, y la bala hirió levemente al trabucaire en la espalda. Al primer impulso, el gefe carlista soltó el trabuco, y creyendo los enemigos haberlo muerto, poblaron los aires con un grito general de *¡Viva Isabel II!* que recorrió toda la línea enemiga. Entónces iban á recobrar el terreno perdido, pero el herido recogió su trabuco, y disparando, dejó tendido, entre otros, al cazador que le habia herido.

—*¡Viva Carlos V!* gritaron los carlistas.

Entónces la partida cristina volvió á emprender la retirada, y el Capitan-Negro, levantándose un poco, dijo:

—Este cazador que acaba de morir, ha pagado su merecido á causa de ese capitan que le ha mandado tirar: y ahora es preciso que lo pague él tambien.

Dicho esto, asomó la cabeza por sobre la roca, disparó su arma mortífera, y el capitan de cazadores cayó tendido al suelo.

Entónces el gefe carlista, saliendo con los dos soldados de su escondrijo, echó á correr á toda prisa para reunirse con los suyos.

—¡El Capitan-Negro! dijeron todos asustados.

Y los carlistas, al verlo entre ellos, prorumpieron en gritos de alegria, poblando el aire con los clamores de:

—¡Viva el Capitan-Negro!

La partida cristina, al verse sin gefe, se retiró á toda prisa, corriendo á la entrada del bosque.

El Capitan-Negro fué reconocido al instante por todo el campo. Sobre su sombrero de paja colocóse una pluma tambien negra. Éste era conocido y temido de todos los liberales, y al verle entre aquel puñado de carlistas, sin saber si habia caido del cielo ó si habia salido de la tierra, no contaron ya tan fácil la victoria.

Luego que el Capitan-Negro estuvo entre los suyos, hizo retirar la partida, para reunirla nuevamente con el cuerpo principal; y al instante dictó todas las disposiciones convenientes para mejorar la suerte del combate. Conferenció con el otro gefe, y para conseguir mejor resultado, determinaron atacar á los enemigos que se ponian en movimiento por la parte del rio Negre, que corria mansamente á poca distancia. El objeto de este proyecto era romper la línea de bayonetas que les sitiaba y que amenazaba estrecharles cada vez mas.

—Sí, eso es lo mejor, dijo el gefe carlista convencido de las razones del Capitan-Negro.

—Y además, añadió éste, una vez salvada esta barrera, podremos retirarnos tranquilamente á cualquier pueblo: y si esto no pudiera hacerse, á lo menos podriamos emprender nuevamente el combate en un paraje mas á propósito para nuestros intentos.

Tomada esta resolucion, pasaron á ejecutarla. El Capitan-Negro ordenó á la pequeña partida que habia mandado el trabucaire, que contuviera cuanto le fuese posible á los enemigos, á medida que los demás fuesen avanzando hácia el Negre. La partida se puso en movimiento, atacando con denodado valor á los de la parte opuesta para engañarlos; y cuando el gefe cristino vió el movimiento contrario, ordenó un ataque general por todas partes, dirigido á estrechar de tal manera á los carlistas, que en último resultado pudiera pasarlos á cuchillo impunemente.

El fuego se hizo entónces general por todas partes, y cuando se encontraron á muy poca distancia, se empezó el ataque á la bayoneta. Bien

es verdad que los carlistas pagaron su atrevimiento bastante caro; pero no obstante, llegaron á mezclarse los combatientes, y no creyendo ya lo mejor el uso de las bayonetas, echaron mano á los puñales y cuchillos, convirtiéndose el combate en una completa carnicería.

El Capitan-Negro emprendió una ordenada fuga pasando á vado el rio Negre. De este modo, gracias á sus disposiciones, el gefe trabucaire y los suyos pudieron escaparse tambien de tan superiores fuerzas, y fueron enseguida á apoderarse de una altura vecina, donde se contaban seguros de todo ataque.

Engañado quedó el Capitan-Negro, pues los liberales, furiosos porque se les escapaba la presa, les persiguieron tenazmente y se prepararon para atacarlos de nuevo àun en la altura en que se hallaban.

Al principio no hizo caso de sus movimientos; pero viendo al fin que se hallaban dirigidos por un gefe hábil, y empezando á ser demasiado vivo el ataque, pensó que era del caso ponerse del todo á la defensiva.

Los cristinos atacaban con fuerza y valor, y rodearon tan perfectamente la eminencia, que parecia imposible que pudiera escaparse nadie. Esto poco le importaba al Capitan-Negro; pero lo que mas le sorprendió fué el ver que se atrevian á subir por el monte y á atacarle en la formidable posicion que ocupaban.

—Eso se hace ya muy sério, dijo el Capitan-Negro, y es preciso que les mostremos alguna de las nuestras á esos atrevidos que intentan desalojarnos.

—Atrevidos son, murmuró, y es preciso mostrarles las uñas.

—Y cuanto antes, añadió el otro gefe carlista, porque luego vamos á tenerles encima.

El Capitan-Negro mandó armar con piedras á toda su gente, despues de cargados los fusiles. Tomó la delantera y principió á bajar con toda furia la montaña seguido de todos los demás.

Un torrente despeñándose de lo alto de una sierra, y una formidable roca desprendida de la cumbre de los Alpes, no bajan con tanta prisa, con tanta furia, con tanto estruendo y con tanta impasibilidad, como la masa carlista bajó la montaña. Ese movimiento tan estraño como inesperado, fuera de la costumbre del arte militar, y propio mas bien de las tribus del Cáucaso ó de los indios de la América, sorprendió tan vivamente á los enemigos, que no supieron ya qué hacer ni qué pensar: y como para ese caso tan imprevisto no tenian órdenes recibidas, se contentaron con redoblar el fuego.

Bajaba corriendo la turba carlista, sin reparar en obstáculo alguno;

no temia barrancos, rocas, ni zarzales: todo lo atravesaba y todo lo trasponia, sin hacer uso ninguno de sus armas, y cuidando tan solo de seguir á la una todos los movimientos del Capitan-Negro. Cuando llegaron á cierta distancia, á una señal del gefe carlista, arrojaron una lluvia de piedras sobre sus enemigos que les dejó llenos de pavor.

No por esto dejaron de correr, sino que, siguiendo su acelerada carrera, atropellaron al enemigo con otra descarga general de piedras. Los cristinos que habian avanzado en primera línea, fueron los primeros en emprender la retirada, pero lo hicieron con poco órden y con tanta precipitacion, que mientras se encontraban en este conflicto, acabó de desconcertarlos la tercera pedrada general que el Capitan-Negro hizo descargar sobre ellos.

Los gritos de alegria se mezclaron con los ayes y quejidos de los cristinos. Sus enemigos, aprovechando esta ocasion y queriendo retirarse, tomaron la direccion hácia otro bosque bastante apartado.

Tal fué el asombro de los cristinos, que por de pronto no acertaron á tomar ninguna medida para perseguirlos. Repuesto al fin su gefe, reunió toda la gente que pudo, y deseando quitarse el borron que acababa de caer sobre él, emprendió con calor la persecucion de la valiente partida carlista.

De esta manera tan heróica era como el Capitan-Negro conducia á los suyos á la victoria.



CAPÍTULO IX.

—

Ataque del castillo.

Si derribais estas almenas, os consideraré valientes como buenos ingleses.
SHAKESPEARE.

RECIBIÓ el mayordomo del castillo de los Cuervos una comunicacion del gefe carlista, en la cual le decia: que despues de haber hecho prodigios de valor con su partida, despues de haber arrollado á sus enemigos diferentes veces, no habia podido escapar aun de la persecucion y arrojo de fuerzas tan superiores, por cuyo motivo antes de anochecer se introduciria en el castillo con toda su gente, para defenderse desde allí y escapar durante la noche.

A esta comunicacion contestó el mayordomo: que podia entrar en el castillo, pero que él cerraria como de costumbre las puertas, y que ellos debian abrírselas á viva fuerza, para que los liberales creyesen que él no tenia parte en aquel atropello.

El mayordomo no comunicó esta noticia á nadie mas que al marqués.

Estuvo esperando largo rato el movimiento carlista; y por fin, al ponerse el sol, los vió retirarse hácia el castillo. El Capitan-Negro iba al frente de su pequeña columna, reforzada con unos cuantos hombres que se le habian unido, y seguidos muy de cerca por toda la fuerza liberal que les atacaba vivamente.

Cuando llegaron á cierta distancia, el mayordomo levantó el puente

levadizo que habia á la entrada, cerró las puertas, subióse al pequeño campanario de la capilla y mandó tocar á rebato, entretanto que con un pañuelo blanco hacía señas á los cristinos para que se acercasen. Estos, que le comprendieron, al momento contestaron satisfactoriamente, diciéndole que se resistiese cuanto le fuese posible, porque pronto irian á darle auxilio. El gefe cristino dió al instante mismo las órdenes convenientes para dividir su fuerza y rodear apresuradamente el castillo con objeto de impedir la entrada en él de los enemigos.

Mientras que todo esto pasaba, la campana no cesaba de tocar á rebato, y los carlistas se hallaban ya á la puerta, pidiendo á grandes voces que se les franqueára la entrada.

El mayordomo aparentó resistirse haciendo con los suyos algunas descargas sin bala sobre los carlistas. Estos contestaron, y echando mil imprecaciones, todo lo cual oian los cristinos, empezaron á atacar la puerta á golpes de hacha. Los liberales se condolieron entónces de la suerte que esperaba á los del castillo si los carlistas entraban en él: para impedirlo, hicieron todos los esfuerzos posibles; pero de nada sirvió, porque cuando ya se acercaban al muro, la puerta acababa de ceder hecha astillas, y los carlistas entraban con grande algazara y gritería.

Eran tantos los individuos á quienes abrazaba y daba la mano el mayordomo, que casi puede decirse que conocia personalmente á todos los de la partida.

Luego que hubieron entrado, parapetaron la puerta del mejor modo que pudieron y se constituyeron en vigorosa defensa siguiendo las órdenes del Capitan-Negro, el cual mandó situar á toda su gente sobre el muro para impedir que se acercasen á él los contrarios.

—Gracias al cielo, ha ido todo muy bien, dijo el mayordomo al Capitan-Negro. No creen ellos sin duda que hubiera connivencia entre los dos.

—Qué diantre han de pensar, si creen que en este momento os estamos degollando á todos... dejemos esto: ¿dónde teneis á los forasteros?

—Están todos reunidos con mi hija en la capilla de la Vírgen.

—Muy bien. Yo voy á mi puesto, y vos pasad á la capilla á vigilar mucho á ese peregrino, porque es un hombre enteramente perverso y de dañadas intenciones. Hacedlo por vuestro bien, no le quiteis el ojo de encima.

Y mientras el Capitan-Negro decia esto, empujaba al mayordomo para que fuera al instante á hacer lo que le decia. Obedeció el mayordomo, y el Capitan-Negro, lleno de polvo y sudor, subió á los arruinados muros del castillo para dirigir la defensa.

Sitiados y sitiadores hicieron prodigios de valor, porque aseguraba el Capitan-Negro que el gefe liberal era un hombre de talento y bravura militar.

Al anochecer, resolvió el Capitan-Negro hacer una salida del castillo con toda su gente, porque no queria de ninguna manera pasar la noche sitiado, temiendo que se agolpasen contra él fuerzas considerables. Condujo toda su gente á la parte derruida del muro, por donde habian salido aquella mañana Julieta y Berenice, y en un santiamen pasaron todos á la otra parte del rio, en donde, favorecidos por la oscuridad de la noche, se mezclaron con los sitiadores, desbaratándolos completamente. Aquella misma noche los cristinos se dirigieron á Solsona.



CAPITULO X.

Muerte del Huron.

Mas lo que miré altivo
Fué que habiéndole muerto, estaba vivo,
Porque tan cerca de mi boca daba,
Que de mi propio aliento se animaba
Y de esta suerte con valor incierto
Sin duda peleó despues de muerto.
BELMONTE.

BERENICE y Julieta se hallaban solas á la mañana siguiente en una estancia, mientras que su padre, el marqués y los demás dependientes estaban recorriendo el castillo.

—¡Ay qué dia de horror! decia Julieta ¡Qué tristeza se ha apoderado de mí!

—¡No temas! respondia Berenice. El fuego ya ha cesado; los enemigos se han retirado: y todo ha vuelto á quedar en órden.

—¡Oh! Hace un instante que he salido á estas ventanas, y me he quedado petrificada al ver tanta sangre derramada... ¡Eso es horrible! Si al menos tuviéramos aquí quien nos acompañára...

—Esto no os faltará, señorita, dijo una voz desde la puerta.

Y esta se abrió y apareció el Huron con aire risueño y placentero. A su vista las dos jóvenes se alegraron.

—Y bien, ¿cómo habeis abandonado á los carlistas? preguntó Berenice.

—Señorita, yo no soy carlista, replicó el Huron, pero, sin embargo, he peleado hoy por ellos, por la circunstancia de haberme hallado en el castillo. Cuando se han escapado, solo me ha ocupado una idea, y era la del peligro que vosotras, niñas, podiais correr. Entónces he pedido al

Capitan-Negro el permiso de retirarme y de venir á protegeros, á lo cual el buen hombre ha accedido prontamente, encargándome que os defendiese á todo trance, y que os dijese que él estaria con vosotras poco antes de la media noche.

—Os estamos muy agradecidas por vuestro favor, añadió Julieta, y ¡ojalá pueda yo mostraros mi reconocimiento!

—¿De veras?

—¿Y lo dudais?

—No, señora, no lo dudo; porque he recibido de vos muchas pruebas de bondad.

No bien habia proferido estas palabras, cuando oyóse un confuso ruido cerca de la habitacion, mezclado de gritos y juramentos, producido por unos cuantos hombres armados. Al llegar al aposento donde se encontraban los tres, dieron un fuerte culatazo á la puerta, la cual se abrió inmediatamente, y entraron por ella diez hombres, ó, mejor dicho, diez demonios. El Huron se levantó, y poniéndose delante de ellos,

—¿Qué quereis? les dijo ¿qué buscais? ¿á qué venís?

El que iba delante de aquellos bandidos, ocupado en mirar las dos bellezas que tenia delante, no hizo mas que instigar los deseos brutales de todos sus compañeros, que iban ya á abalanzarse sobre su presa, cuando el Huron, que conocia sus intentos, dirigió la punta de una espada al pecho del primero, y una pistola al restante grupo, diciendo:

—Si adelantais un paso mas, haré que alguno de vosotros pague caro su atrevimiento.

Los bandidos, sin hacer caso del Huron, iban á echarse sobre él, cuando apareció en la escena el peregrino Venlor diciendo:

—Deteneos, hermanos.

Volviéronse todos para ver al que así les sorprendia, y soltaron una carcajada general al notar la figura del peregrino.

Venlor, como es de suponer, se habia visto forzado á pelear por los carlistas, y cuando salieron del castillo, salió tambien con ellos. Al poco tiempo observó la desaparicion del Huron, y creyendo que estaria al lado de Julieta y Berenice, abandonó la partida y volvió tambien al castillo.

Cuando tan inesperadamente apareció detrás de los bandidos, llamó aparte al que parecia ser gefe de ellos, y como buenos masones, se entendieron perfectamente; enseguida se retiraron sin causar el menor daño á las dos niñas.

Julieta y Berenice, que se habian asustado á la vista de aquellos

hombres, se asustaron mucho mas aun á la vista de Venlor. El Huron, que lo conoció, las animaba con miradas de amor, mientras que él, sorprendido tambien, permanecia en medio de la sala apoyándose en su cayado.

Venlor se adelantó entónces con paso triunfante, y acercándose hasta donde estaban las niñas, las dijo:

—Señoritas, os he salvado.

—Y os estamos agradecidas, acertó á murmurar Berenice, que era la mas animosa.

Al entrar los bandidos, se habian abrazado y permanecian aun de la misma manera. El Huron, que no podia ver aquel hombre sin enardecérsele la sangre, no sabía cómo contener su indignacion.

—Venia dispuesto á hablar con vosotras y con el caballero que os acompaña, pero he conocido que antes podia hacer á los tres un favor; espero que nadie me negará la atencion que necesito por breves momentos.

—¿Pero sabeis lo que pedís? replicó el Huron. Estas señoritas están asustadas...

—No es mucho lo que tengo que decir; podéis aguardaros un corto rato, y acordad, si os molesto, que si no hubiera venido á salvaros, hubierais permanecido mucho tiempo en situacion mucho mas penosa.

El Huron, sin hacer caso de sus palabras, acercándose á las dos jóvenes, les presentó el brazo para salir. Iban á aceptar el ofrecimiento, cuando Venlor, pegando una fuerte patada, esclamó:

—¡Ea, caballero! basta ya: si los ruegos no bastan, sabed que yo mando aquí... ¿Lo entendeis?

Y diciendo esto, corrió á la puerta, echó el cerrojo y apoderóse de la llave.

—¿Qué haceis? dijo el Huron.

—¡Mi voluntad! contestó Velor.

Julieta y Berenice, al ver la desfachatez del peregrino, iban á gritar desaforadamente; pero Venlor, que conoció sus intenciones, se les acercó con un puñal en la mano, diciéndoles:

—Señoritas, yo no os quiero mal; pero si dais gritos intempestivos, me obligaries á que me ponga á cubierto de algun lance desagradable.

El Huron rabiaba de coraje; no pudiendo contenerse, cogió por el brazo á Venlor y le dijo:

—¡Hombre malvado! ¿qué intentais? ¿Qué pensais hacer aquí? Habeis venido á asustar á esas niñas, ¿pero ¡no veis que aquí hay un hombre

tan valiente, tan atrevido, y aun quizá mas que vos, que no consentirá ningun atropello?

—Grita, ahulló Venlor, grita por última vez, porque vas á morir.

Un grito de horror se escapó á las dos niñas. El Huron se quedó parado en medio de la sala riéndose y meneando la cabeza.

—¿Matarme á mí?

—Hace tres dias que os lo prometí. Os dije que seriais cadáver, y vengo dispuesto á que delante de esas niñas podais acreditar con vuestra muerte que yo sé cumplir lo que prometo; y ¡¡desgraciadas si les habeis confiado alguno de vuestros secretos!

—¡Hola! ¿y á qué viene tanto atrevimiento señor peregrino, ó mejor diré, señor Venlor? ya que es preciso quitaros la máscara: es preciso que esto acabe de una vez. Yo no os temo. Aprovechando los disturbios del castillo, habeis penetrado en esa habitacion, y habeis cerrado en él á dos señoritas conmigo, y con vos, hombre indigno: pero esto no ha de durar, vos me volvereis al instante la llave de esa puerta... al instante la quiero; y tened entendido que si no me la dais, os obligaré á ello. Si algo pretendeis de mí, aguardadme esta noche debajo los muros del castillo y allí nos batiremos si os place... pero ahora no me dignaré obrar contra vos, hasta que estas señoritas hayan salido de mi proteccion y cuidado.

—¿La llave me pedís?

—Si no me la dais, os la arrancaré á viva fuerza.

—Y bien; eso quiero.

El amante de Julieta fué á su encuentro y amenazóle con el palo: Venlor, sin esperar otra indicacion, cogió el cayado de peregrino por el cabo superior, y tirando de él, desenvainó una aguda espada. Al ver el Huron esta maniobra, no se hizo de esperar, hizo la misma operacion, y desenvainó á su vez otra espada poco menos aguda que la de su contrario. Las dos jóvenes dieron un grito de terror, é interponiéndose, trataron de impedir el duelo: pero Venlor las ahuyentó, vibrando la espada y haciéndola dar unas cuantas vueltas alrededor de sus cabezas. Por fin cruzáronse los dos aceros, y Julieta y Berenice, por no presenciar el resultado del combate, se acercaron á una ventana, donde cayeron casi desfallecidas.

—Si dais el mas pequeño grito, esclamó Venlor, os aseguro que acaba vuestra vida.

—¡Oh, infame! contestó el Huron. Esto no sucederá, si tú no pasas antes por sobre mi cadáver.



Trabóse la lucha con furia pero sin perder Venlor su sangre fria; el Huron, por el contrario, peleaba con mucho coraje y furor, y despues de haberse cansado en vano por largo rato, hirió á su contrario en el costado; algunos borbotones de sangre empezaron á enrojecer el hábito negro del peregrino. El Huron creyó herir mortalmente á su enemigo, y cuando se abalanzaba para profundizar la herida, la espada de Venlor salió teñida de sangre por la espalda del contrario, á quien acababa de atravesar.

—Soy muerto, esclamó el Huron.

Y cayó al suelo produciendo un ruido confuso, que hizo dar un nuevo grito á las dos jóvenes, á pesar de la prohibicion de Venlor. Sin duda este grito fué oido, pues oyóse una voz que esclamaba:

—Defendeos cuanto podais, subo á socorreros.

Sorprendido Venlor, trató de ocultar el cadáver, echó mano de un tapiz que habia sobre una mesa y con él cubrió el cuerpo del Huron.

No bien hubo acabado esta operacion, cuando se oyeron gritos á la puerta del cuarto.

—Aguardad, dijo Venlor, luego os abriré.

Se abalanzó al herido con objeto de registrarlo, mas cuando iba á hacerlo, una fuerte patada dada á la puerta le hizo temer que esta cederia. No queriendo esponerse, se levantó del suelo, cogió á las dos jóvenes por el brazo y esclamó:

—Dejadme en paz... Tengo cogidas por el brazo á estas señoritas y clavaré mi puñal en el corazon de una de ellas si intentais entrar.

Pero Venlor no fué escuchado, el de afuera tomó sin duda las medidas para que la puerta cediera al segundo puntapié, como efectivamente sucedió; al ver Venlor al que se presentaba, no solo no se atrevió á herir á sus víctimas, sino que ni aun hizo movimiento alguno.

Era el hermano Ambrosio vestido nuevamente con el hábito de ermitaño, el cual con aspecto grave penetró en aquel recinto y fué á coger á Venlor del brazo. Al principio el ermitaño no habia notado el cadáver que habia en el suelo; mas al notarlo, quedó inmóvil como una estátua.

—He cumplido con mi deber, hermano, dijo Venlor con énfasis masónico.

Mientras esto decia, enjugaba su espada; las dos jóvenes permanecian desfallecidas y casi sin aliento; el hermano Ambrosio soltó el brazo del asesino.

—¡Ah, bárbaro! murmuró el ermitaño.

Al instante entró Hortensia, la madre de Berenice, que al oir derri-

bar la puerta, voló nácia donde estaba su hija, y se encontró con tan triste espectáculo. Luego de entrar, corrió al socorro de las dos jóvenes.

La sangre del Huron se iba empapando en el tapiz que le cubria, y Julieta, que era la que estaba mas cerca de él, le oyó suspirar.

—Vive aun, dijo.

Se le acercó para socorrerle. Quitóle de encima lo que le cubria, y vió al Huron con las manos plegadas sobre su pecho y los ojos fijos en ella.

—¡Julieta! ¡Julieta! murmuraba el Huron con voz doliente y moribunda.

—Ya estoy aquí, respondió la jóven. ¿Qué quereis?

Venlor habia querido retirarse, pero el ermitaño se lo impidió cerrando con llave la puerta de la antesala. Cuando el buen hermano Ambrosio oyó decir á Julieta que el Huron estaba vivo, se abalanzó tambien sobre él para socorrerle y guiar su alma á los cielos. Entretanto Julieta le habia levantado un poco la cabeza, y poniendo una rodilla en el suelo, hizo descansar el cuerpo del Huron encima la otra, quedando su cabeza inclinada sobre el pecho de Julieta. Los ojos del moribundo no se cansaban de mirar las facciones encantadoras de la jóven. Mientras estaban de este modo, el ermitaño descubrió la herida, limpióla cuanto pudo y la cerró con los vendajes y ungüentos que trajeron Hortensia y Berenice.

—Soy un malvado... dijo el Huron con voz confusa y cortada. Muero del mismo modo... que he matado... Hace pocos dias... que asesiné á un hombre... á un padre de familia... por órden de un Mason... yo le dí... la puñalada mortal... Y Dios me castiga... y yo muero...

—Todo os lo perdonará Dios, hermano, dijo el ermitaño. ¿Os arrepentís?

—Me arrepiento... Maté á Evarini... y...

Al llegar aquí empezó á mirar á una parte y á otra, y al fin esclamó:

—De todo me arrepiento... voy á morir, pero quiero hablar á solas con vos... con vos, Julieta.

A esta ligera indicacion, todos salieron de la sala; el ermitaño cogió á Venlor por el brazo para que lo verificára tambien, y Julieta quedó sola con el Huron.

—¿Qué quereis de mí? le dijo enjugándose una lágrima que salió de sus ojos.

El Huron se tentó el pecho, y sacando una llave que traia colgada del cuello dentro de su vestido, y no teniendo fuerza suficiente para quitársela, dijo á Julieta:

—Esta llave... quedaos con ella... Julieta, yo os amo... y me muero...

—Pero ¿qué haré de esa llave? preguntó Julieta quitándola al moribundo.

—Esta llave... calle de San Sulpicio... (1), núm. 8...

Y al llegar aquí, no pudo proseguir. Dióle una fuerte convulsion, cerró los ojos, y dijo tan solo:

—Yo... muero... Decidle... que me perdone... y vos... no hableis... á nadie... de ello... ¡Yo... me... mue... ro!...

—¡Se muere! esclamó Julieta.

Y al mismo tiempo entraron todos en la sala, incluso Venlor, que llegó á tiempo para observar como la hija del marqués escondia la llave que le habia dado el Huron. El ermitaño cogió luego al herido é hizo ladear á Julieta, sacó un crucifijo, y poniéndoselo delante, le dijo en voz alta:

—¡Hermano! ¡hermano!... Dios os perdona. ¿Os arrepentís de haber obrado mal?

El Huron no pudo hablar, pero hizo un señal afirmativo con la cabeza y estrechó la mano del ermitaño.

—¿Confesais que habeis obrado mal? añadió el ermitaño. ¿Os arrepentís de todo? ¿Os pesa de haber muerto á ese hombre de quien habeis hablado?

El Huron contestaba estrechando la mano del ermitaño, el cual al fin le dijo:

—Dios perdona todos vuestros pecados: y en prueba de que os pesa de haber obrado mal, pedidle perdon con el corazon, y besad esa sagrada imágen.

Acercó el crucifijo á la boca del moribundo hasta tocársela, y en él imprimió cuantos besos le fué posible, hasta que, inclinando la cabeza y haciendo las últimas convulsiones, espiró.

El ermitaño le puso el crucifijo entre las manos, y de esta suerte lo dejó tendido en el suelo.

Venlor entretanto se habia acercado á Julieta.

---

(1) No existe esta calle en Barcelona.

CAPÍTULO XI.

—

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

Es fama que en los últimos momentos
De su larga agonía
Solo allí... con su genio... ante la oscura
Terrible eternidad se le veia
Al cielo levantar una mirada,
Y tocar con su frente la sagrada
Redentora señal; mientras se oia
En sus lábios vagar un santo nombre,
Que no osaba concluir. ¡Ah! no te asombre
¡Su augusta magestad!... ¡acaba! ¡acaba!
Ese es el Dios que reina y que corona,
Ese es el Dios que castiga y que perdona.

LAMARTINE.

He sido la causa de la muerte de este hombre, esclamó Julieta cuando se apartó del Huron llorando amargamente, sin que pudieran consolarla Hortensia y Berenice.

—Estais muy equivocada, señorita, la replicó Venlor acercándose á ella. He muerto á ese hombre porque tres dias hace que se lo habia jurado.

Julieta nada contestó.

—No os tomeis por esto tanta pena, añadió Venlor. Lo que os interesa es procurar que nunca os suceda á vos lo mismo que acaba de suceder á ese bandido que he degollado... Ya le habeis oido confesar que ha muerto porque mató á otro hombre á instancias de los Masones. Pues bien, señorita: estos Masones son una gente á quien debeis temer mucho; y ¡ay de vos! si alguna vez tienen algo que ver con vuestras acciones.

Julieta no hacía mas que redoblar el llanto; y Hortensia y Berenice no se atrevian á soltar palabra.

—No os admireis de lo que os digo, continuaba Venlor. Sé que te-

neis una llave que os acaba de entregar ese hombre muerto; esa llave me es necesaria y espero que me la dareis.

—¿No respondeis? añadió luego. Os repito que la quiero; y ¡desgraciada de vos! si no me la dais voluntariamente. Del mismo modo que ha muerto ese hombre, podeis morir vos, por mas que seais muger; y no creo que vos querais morir tan jóven. Si me la entregais, no temais nada. Yo soy el que os hice dar el retrato de Laura de Rosa-Lis junto con una carta mia en el baile de D. Evaristo Torrecampa. Os prometí el anillo que disteis á Aurelio Evarini, cuyo padre murió á manos de ese hombre que yo he muerto ahora. Todo esto, Julieta, puede convenceros de mi poder... temedme, pues, si no me dais esa llave... pero si me complaceis, cumpliré con exactitud las promesas que os hice en la carta que acabo de citar... ¿No me respondeis aun?... ¡Oh, Julieta! Vos quereis que os arranque esta llave á la fuerza... pero lo haré... y entónces moriréis...

Cuando Venlor llegó aquí, el ermitaño habia dejado ya en el suelo el cuerpo exánime del Huron, y decia:

—¡Ya murió!... Admítale Dios en su gloria. Y vos, Julieta, no lloreis... Es muy apreciable esa sensibilidad que demostrais... pero habeis dado pruebas de un alma grande, y creo que sabreis haceros superior á este golpe... Si acaso os hacen llorar las palabras que el difunto os ha dicho á solas, confiad en Dios, y él os ayudará.

—Sí, hermano, respondió Julieta arrodillándose á los piés del ermitaño. La muerte de ese hombre y sus últimas palabras me hacen llorar amargamente; pero os ruego de todo corazon que me quiteis de delante... á este infame peregrino... Si no lo haceis, voy á espirar á vuestros piés.

—Lo haré, Julieta, lo haré, contestó el ermitaño levantándola. Y no lo he hecho antes porque debo ajustar cuentas con él.

Venlor, al oir hablar tan resueltamente á la jóven, dió algunos pasos atrás esclamando:

—Si hablais mas, temed mis amenazas, Julieta.

—¡Cómo temeros! respondió ella. ¿Y debo yo temeros, acaso?... ¿Quién sois, hombre infame, hipócrita, infernal, enviado de Satanás, para atemorizarme?... ¿Pensais que, porque soy una muger, debeis dominarme, mandarme, ó quizá matarme con una sola mirada? ¡Ah, malvado!mal juzgais del corazon y valor de esta muger. ¡Que os tema, si hablo... me habeis dicho! ¿Y qué es lo que debo callar? ¿Será por ventura el haberme amenazado vos de muerte sino os daba una llave que me ha entregado ese desgraciado, á quien vos, ¡hombre barbaro! habeis

muerto? ¿Y me creeis débil hasta el estremo de obedeceros? ¡Ah! ¡no! ¡perezca yo mil veces á vuestras manos! ¡haced vos lo que querais! pero jamás la hija del noble marqués de Casarrubios pasará por la bajeza de haberse humillado ante un asesino como vos. Yo no os temo, matadme si quereis, pero sabed que ya no podeis intimidarme; que he cambiado completamente; que soy una muger enojada y temible; y que así como hay revoluciones que cambian la faz de los estados, así tambien el suceso de hoy ha cambiado mi sér... mi existencia... y mi carácter todo entero... ¡Oh... sí, sí!... Dios sabe muy bien que yo no miento; y sabréis lo que puede una muger... sabreis lo que puede hacer... cuento con medios poderosos... para abatiros... ¡Vil é infame Mason! tiempo vendrá que podreis atestiguar bien lamentablemente lo que es Julieta de Casarrubios.

Al llegar aquí su voz era ronca; y si Venlor no la hubiese interrumpido, sin duda hubiera seguido hablando. El asesino quedóse admirado ante el valor que demostraba aquella niña, pero creyó sin embargo que aquello era una exhalacion fugaz.

—Por vuestro bien os advierto, dijo el bandido, que no he temido jamás á hombre alguno, y que he triunfado siempre de todos: y me parece que una muger...

Julieta iba á responder, pero el ermitaño le hizo señal de que callára:

—Y bien, hermano Venlor; y os digo hermano Venlor, porque se me figura que el difunto os habrá ya designado con este nombre. ¿Es verdad que nunca habeis temido á ningun hombre?

—Nunca...

—¿Y sabeis lo que decís?

—¡Oh, sí!...

—Pero repasad bien el largo catálogo de los hombres á quienes vos creeis enemigos, y decidme: ¿á ninguno encontrais que pueda atemorizaros?

—A ninguno...

—¡Cosa singular!... ¡Me admirais!

—¿Y por qué?

—Porque os pintais demasiado animoso, Venlor.

—¡Oh! no creais...

—¡Vaya!

—Si quereis que os dé pruebas...

—No os molesteis, porque ya sé que podria presentarse tal persona delante de vos, que al instante os haria temblar de piés á cabeza.

—No lo creais, replicó Venlor riéndose.

—¡Qué no lo crea! Pues bien, voy á convenceros de que es tal como digo; y en prueba de que puedo hallar á cada paso personas capaces de intimidaros, os hablaré de una, pero es preciso que respetemos á ese difunto, que de todos modos, vale mas que vos...

—Sea en hora buena.

Entónces salieron todos de la sala y pasaron á otra habitacion contigua. Despues que estuvieron todos sentados, el ermitaño prosiguió.

—¿Os acordais de cuando, estando vos en Zamora, anunciasteis al duque de Villa-Leon, de órden de los gefes Masónicos, que dentro breves dias sería asesinado en Madrid el noble duque de las Siete-Torres?

—Sí, pero no fué de órden ne nadie. Aquello fué tan solo una espontaneidad mia.

—Eso me importa muy poco; pero vamos al caso. El duque de Villa-Leon sabe todos vuestros secretos, y si él se os presentára ahora como enemigo vuestro ¿lo temeriais?

—De ningun modo... El duque es tambien de los mios. Es Mason...

—Me alegro de saberlo... Pero ya habreis oido contar la horrible muerte de los duques de las Siete-Torres.

—Sí... como el mayordomo del duque era hermano mio... he tenido lugar de saber perfectamente este acontecimiento.

—Me alegro de que lo sepais... porque si ahora, cuando habeis pedido á Julieta la llave que le ha entregado Lorenzo Vega, os hubieseis acordado de que cuando acaeció la muerte del duque su mayordomo se tragó una llavecita de oro de una pulgada de largo, cuando vuestro gefe Santiago Aguilar de Silva se la pidió, os hubierais asustado al hacer tal demanda á Julieta.

—Pero, ¿á qué viene todo esto?

—¿A qué viene?...

— Estais muy enterado...

—¡Oh, sí!... ya sabeis que soy mason.

—¡Oh, no! vos sois un traidor...

—Y sin embargo, me temeis...

—No os temo. Pero ¿por qué motivo me recordais todos esos pormenores de la muerte del duque de las Siete-Torres?

—Vos no me comprendeis aun. Os recuerdo todos esos pormenores, para que os acordeis del mayordomo del duque... de aquel que era hijo de vuestro padre, y que se llamaba Carlos Venlor, así como vos os llamais Joaquin Venlor.

—¿Y por qué quereis que me acuerde de mi hermano?... Le aborrecia de muerte; y ya le tengo olvidado.

—Pero bien... ¿le temeriais á éste?... Meditad bien antes de responder... Ya sabeis que era animoso, y hacía temblar á la secta entera... Si se os presentase delante ¿os haria temblar?

—¿A qué viene esa pregunta? ¿No sabeis que mi hermano no existe ya?

—Pero si existiera...

—Esa suposicion no es de este momento.

—Respondedme...

—Ya que tanto lo deseais saber, os diré: que si se me presentára delante, no le temeria.

—¿De veras?

—Os lo juro...

—Pero vos ya sabeis que estaba enterado de todos vuestros crímenes... que podia perderos.

—Tanto mejor... Así le temeria menos...

—¿Qué hariais, pues, en tal caso, para darle una muestra de que no le temeriais?

—Lo mataria al instante...

—¿Y os atreveriais?

—Del mismo modo que me he atrevido á matar al que vos llamais Lorenzo Vega, y al que yo llamo el bandido Huron.

—Bandido cómo vos no hay nadie, esclamó el hermano Ambrosio. Pero, no obstante, veamos una prueba de vuestro valor.

El ermitaño se levantó entónces, sacó un puñal que tenia debajo del hábito, del cual se habia armado cuando siguió á los carlistas, y levantando la voz al mismo tiempo que la mano armada, cogió á Venlor por el brazo, diciéndole:

—¡Hermano mio!... ¡yo soy Carlos Venlor!... ¡yo soy el antiguo mayordomo de los duques de las Siete-Torres!... ¡yo soy el que tengo las pruebas de todos tus crímenes!... ¡yo soy el que tantas veces me he visto perseguido por tí!... Reconóceme al fin: yo soy tu hermano... y si esta noticia te hace ya temblar, y si te ves con el valor necesario pára matarme, como acabas de decirlo... aquí tienes este puñal... mátame si te atreves...

Y levantando aun mas la voz, esclamó:

—¡Mírame bien! soy tu hermano.

Venlor quedó casi petrificado, cayó desfallecido en una silla, sin poder decir palabra alguna.

—Con que, pues, añadió el ermitaño, ¿ya no te atreves á matarme?... ¿al fin has encontrado un hombre que te hace temblar delante de una endeble niña, á quien habias querido aturdir? ¡Ah, malvado!... ¡Quién á hierro mata, á hierro muere!... y ¡no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague! Como has muerto, morirás: y así como prometiste matar á ese hombre dentro el término de tres dias, yo te prometo tambien que antes de medio año comparecerás ante el tribunal de Dios á dar cuenta de tus crímenes. No creas que esto sea un emplazamiento cualquiera; y para que de ello te convenzas, sígueme, te conduciré á mi pobre ermita, y allá oirás por la penúltima vez á tu hermano.

Obligóle á levantarse, y dirigiéndose á los que quedaban, les dijo:

—No tardaré en volver á estar con vosotros, para disponer el entierro del difunto; y entretanto, encargo el mayor secreto sobre lo que acaba de pasar.

Los dos hermanos salieron entónces de la sala. El ermitaño caminaba con paso animoso y decidido; pero el otro parecia que andaba por fuerza. Sin embargo, al salir de la sala, dirigió á Julieta una mirada amenazadora.

A poco rato habian salido ya del castillo y caminaban solos al través de los bosques, dirigiéndose á la ermita de San Antonio.

. . . .

Poco tiempo despues, el ermitaño presentóse solo en el castillo con un sacerdote. Julieta le preguntó por su hermano. En la capilla de la Vírgen de la Torre-cuadrada se hicieron los funerales del Huron con asistencia de todas las personas del castillo, que estaban ya enteradas de lo sucedido. Julieta lloraba amargamente delante del féretro, pero nadie se atrevió á preguntarle qué era lo que le habia dicho el Huron antes de espirar... Solamente admiró mucho á los habitantes del castillo, y hasta al mismo marqués, ver á su hija con un pliego cerrado, al tiempo que iban á meter el cadáver del Huron en el nicho que se habia abierto en un ángulo del panteon del castillo. Julieta, por sus propias manos, puso el papel dentro la caja del difunto; quiso despues presenciar el emparedamiento del nicho, y cuando todos habian salido ya, permaneció aun orando, arrodillada delante de aquel sepulcro.

. . . .

Pocas horas despues, el marqués de Casarrubios, su hija y Berenice se hallaban ya en camino de Barcelona.

Joaquin Venlor, por un camino diferente y sin abandonar su hipocresía ni su hábito de peregrino, se encaminaba tambien á la capital del Principado.

El ermitaño se quedó como siempre en la capilla de S. Antonio, pero antes de despedirse de los que partian, habia hablado mas de una hora con Julieta.

PARTE XIX.

GRADOS DE CABALLEROS DE ROSA-CRUZ Y DE KADOSC.

CAPÍTULO I.

La iglesia de los Rosa-Cruces.

Si conocieseis vuestros intereses, el mundo sería vuestro.

KNIGGE.

NUESTROS lectores se acordarán perfectamente de la fábula ó supuesta historia de Abirám, que se cuenta á los maestros Masones cuando reciben este grado.

La tal fábula, pues, aplicada á los designios de los Masones, dá lugar á un sin fin de preguntas, cuya contestacion ó solucion se vá desenvolviendo poco á poco en los diferentes grados de la Masonería.

En los grados Escocés y caballero de San Andrés, se dá á entender á los recipiendarios, que la palabra sagrada que se perdió con la muerte alevosa de Abirám, es la de JEHOVÁ. De resultas de este descubrimiento, queda el maestro Escocés enterado de cómo debe jurar á todos los religiosos, cuáles han de ser sus creencias, y que ha de considerarse sacerdote de Jehová.

Entendido, pues, todo esto, y fijándonos en la historia de Abirám, podemos preguntar aun ¿y quién robó la palabra sagrada que se ha encontrado en el grado de Caballeros de San Andrés? ¿quién fué el que, dando un golpe con el martillo en la cabeza de Abirám, le dejó muerto en el

templo, quedando así perdida la célebre contraseña, que es la que forma toda la creencia, rito y religion masónica, si así puede llamarse? A estas dos preguntas, pues, se dá lugar; y su solucion se encuentra en el grado de los Caballeros de la Rosa-Cruz que vamos á esplicar ahora.

Consiste este grado, en acusar á Jesucristo de haber destruido, por medio de su religion, la doctrina de la unidad de Dios.

. . . .

El dia 23 de julio por la noche, se confirió á Carlos Colvin el grado de Caballero de Rosa-Cruz. Desde que pasó á Barcelona á ocupar el puesto de gefe de Carbonarios, que habia obtenido por mediacion de Santiago Aguilar de Silva, su conducta habia ido empeorándose de tal modo, que á los pocos dias habia perdido ya algunos rasgos de bondad que á veces endulzaban el carácter escéptico que le habian impreso las creencias masónicas. Con el ejemplo tan perverso que debia tener siempre á la vista en los Carbonarios, sus subordinados; con los crímenes en que debia intervenir, y con las perniciosas amistades que contrajo, se pervirtió de tal manera, y adelantó tan considerablemente en la malvada carrera por donde la secta empuja á sus individuos, que muy pronto sus gefes le consideraron digno de que se le confiriesen los grados que aun le faltaban para llegar á ser uno de los prohombres de la secta. Por esta razon, pues, quisieron hacerle Rosa-Cruz.

La disposicion y órden de la iglesia masónica para los individuos de este grado, es el siguiente:

La sala es subterránea y espaciosa. Está toda colgada de negro, sin que falten algunas calaveras y cráneos de hombre en blanco sobre el fondo negro.

Vénse en el suelo dos largas hileras de hacesillos de pequeños trozos de caña, uno para cada individuo de la Logia. En el catafalco del Venerable lo hay tambien, pero está colocado sobre un pequeño banquillo, en el cual debe sentarse.

No hay ninguna otra cosa de notar que esté á la vista. Reina en este grado la mas pura sencillez; y hasta en la mesa, que el Venerable tiene delante, no hay mas que el preciso recado de escribir con algunos infólios.

Por razon de esta sencillez, es sin duda lo mas notable lo que ahora vamos á decir:

Detrás de la mesa del Venerable hay una cortina, que baja desde el techo hasta el suelo. Esta cortina es de gasa negra, para que pueda traslucirse lo que haya detrás de ella. Sin embargo, no se vé nada hasta llegar

á cierto punto de la iniciacion, en que aparecen luces detrás de esta cortina; y entónces se distingue perfectamente lo que oculta.

Por de pronto el recipiendario solo vé la cortina movible, con tres cruces encarnadas que hay dibujadas en ella.

Cuando llegó la hora de la ceremonia, la iglesia estaba preparada, pero sin mas luces que tres simples velas verdes ardiendo sobre la mesa del Venerable.

A poco rato empezaron á venir todos los hermanos Rosa-Cruces, vestidos con ornamentos sacerdotales y la cabeza descubierta. El Venerable se sentó sobre su hacesillo de cañas, y los demás hermanos en el suelo, sobre el suyo propio. Ciertamente es muy ridículo figurarse dos hileras de hombres, vestidos como sacerdotes en el acto de la celebracion de la misa, sentados en el suelo sobre cañizos y en ademan de llorar amargamente, sin decir palabra alguna.

Despues de estar todos sentados y en la posicion referida, el Venerable dijo en alta pero dolorida voz:

—Llorad, hermanos... Deplorad la muerte de aquel que debia impedir el triunfo de la supersticion (1).

Hubo otro largo rato de silencio, despues del cual apareció un sirviente de la iglesia con un monton de cañas largas y repartió una á cada individuo. Entónces todos se pusieron en pié; y tomando el Venerable la delantera y siguiéndole todos los demás por su órden, dieron tres vueltas por la sala en silencio.

Despues se sentaron del mismo modo que antes; y cada uno guardó la caña que se le habia repartido.

Todas esas ceremonias de la caña y sentarse sobre cañizos hacen referencia á la muerte del fundador (aunque indirectamente) de la Masonería. Ya hemos dicho otras veces que éste era el Heresiarca Manés, esclavo cúrbico, que quiso recobrar la libertad. La historia de este hombre es muy curiosa, y por causa de sus embolismos y embaucaciones, el rey de Persia le condenó á morir introduciéndole pedacitos de caña dentro la carne. Por esto los Franc-masones, que son descendientes de los Maniqueos, (sin que muchos de ellos lo crean), hacen aun estas demostraciones de dolor por la muerte de su primer fundador, cuya procedencia no pueden negar por la identidad de ceremonias y espresiones entre ellos y los Maniqueos.

Las tres vueltas que dieron alrededor de la sala los Rosa-Cruces, y al mismo tiempo todos los signos, ceremonias, etc., que coinciden con el número *tres* durante toda la carrera masónica, hacen referencia á las tres sectas que se hallan reunidas, en cierto modo, para la destruccion de los altares y los tronos.

---

(1) La supersticion quiere decir la Religion. Todos los filósofos conjurados lo confirman. El marqués de Argenson escribió al rey de Prusia lo siguiente: «Mi blanco ha sido el destruir para siempre la supersticion, á la cual se ha dado el nombre de Religion.»—Carta de 14 de octubre de 1762.—*Obras de los Incrédulos*, tomo III, página 290.

CAPITULO II.

INRI.

Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt.
S. Lucas, cap. 23, v. 34.

Antes de pasar adelante, esplicaremos el orígen de este grado.

Un monge aleman del siglo XIII que se daba á sí mismo el nombre de hermano Rosa-Cruz, pasó á Egipto: despues de haber estado allí algun tiempo, regresó á Europa lleno de misterios y de mágia. Fundó con este objeto una Masonería particular, llamada de la Rosa-Cruz, llena de ceremonias ridículas é irrisorias. Inició en ella á muchos individuos: y aunque estos se conservaron aislados despues de muerto su fundador, no obstante, se juntaron últimamente á los Franc-masones, los cuales, en prueba de atencion y para utilizar todas las circunstancias, reunieron todo lo esencial de los Rosa-Cruces, y formaron un grado particular.

Volvamos ahora á tomar el hilo de la narracion.

Cuando los hermanos Rosa-Cruces empezaron á dar las tres vueltas alrededor de su iglesia, apareció á la puerta de ella un hermano con vestido diferente de los demás, que llevaba una espada levantada, y se sitúó á la puerta de la propia iglesia. Detrás de él aparecieron tambien dos hermanos vestidos con ornamentos sacerdotales, que se detuvieron á su vez. El uno era Carlos Colvin, y el otro era D. Arnaldo Sansimon, ó el *Rey de Facha,* que hacía de hermano introductor.

Cuando todos volvieron á ocupar sus puestos respectivos, el Venerable repitió la siguiente frase:

—Llorad, hermanos...

Y al instante los dos que se hallaban á la puerta, se adelantaron con paso grave, quedando en su puesto el de la espada levantada. Cuando llegaron junto á los dos hileras de mascarotes sentados en el suelo, se pararon nuevamente, y el hermano Venerable dijo en voz alta:

—«*Hermano Celador, ¿qué hora es?*

—»*Es la primera hora del dia*, contestó el hermano Celador, que era »el que habia quedado á la puerta; *instante en que se rasgó el velo del »templo, y en que las tinieblas y la consternacion se derramaron sobre »la superficie de la tierra; en que se oscureció la luz; en que se rompie»ron los trebejos de la Masonería; en que desapareció la estrella que ar»rojaba llamas; en que se quebró la piedra cúbica, y se* **PERDIÓ LA PALA»BRA SAGRADA.»**

Hubo aquí algunos momentos mas de silencio, hasta que, despues de algunas preguntas y respuestas de mera ceremonia entre el Venerable y el recipiendiario, le dijo aquel:

—Ya habeis oido, hermano, la respuesta que acaba de dar el hermano Celador. Todo lo que él ha dicho, concuerda con lo que acaeció cuando llegó á su muerte, aquel Jesucristo, á quien el vulgo necio y estúpido apellida el *Salvador del mundo*. Vos, por lo tanto, que os habeis distinguido mucho en favor de la Masonería; vos, que habeis dado grandes pruebas de un espíritu fuerte; vos, que vestís ahora un trage que os hace igual á todos los sacerdotes, y que os demuestra conocedor de la religion que la Masonería os enseña, y que habeis jurado buscar al asesino de nuestro padre y fundador Abirám, podreis fácilmente conocer lo que significa la respuesta que me ha dado el hermano Celador.

—Me parece que lo comprendo muy bien, respondió Colvin.

Al llegar aquí, apareció una luz detrás de la cortina que iluminaba una cruz de gran magnitud, en cuyo lugar ordinario habia la gruesa inscripcion de INRI.

—Ya veis, hermano, prosiguió el Venerable, ó á lo menos podeis conocerlo, que el dia que se perdió la palabra sagrada ó de JEHOVÁ, cuyo hallazgo os esplicaron al haceros Caballero de San Andrés, es precisamente el mismo dia en que Jesús Nazareno murió castigado por sus crímenes en la cumbre del Calvario. Él es, pues, el que nos ha hecho perder la palabra sagrada, y el que vino á oscurecer el brillo de nuestra religion natural. La secta, hermano, está convencida de vuestra adhesion á

la *palabra* y á la misma religion natural: y por esta razon cree y confía que sabreis detestar, como corresponde, al autor de la religion revelada, que quiso abatir la nuestra; pero que no lo logrará, gracias á nuestros esfuerzos. Es preciso, sin embargo, que vos estudieis el mejor medio de detestar, *cual corresponde*, al autor de esa nueva religion. Aborrecedle... insultadle, si quereis... pero hacedlo de un modo digno del furor que debe animar á todo celoso Mason.

Colvin, enardecido por estas palabras, concibió mil proyectos de sangre y esterminio.

—Pero, hermano, el mejor medio de causar á este *judío*, á quien llaman Jesucristo, todo el mal posible, es hacer y publicar la esplicacion de una palabra que todos los cristianos tienen en gran veneracion, y que á nosotros nos revela toda la maldad y designios del *judío de Nazareth*. Decid, pues, hermano Colvin, ¿sabeis cuál puede ser esta palabra?

Colvin no contestó.

—¿Nada respondeis?... ¿No estais observando cosa alguna detrás de esta cortina?

—Observo, contestó Venlor, la palabra INRI colocada á lo alto de una cruz.

—Pues bien, hermano: esta es la palabra que os pido... Los cristianos, que por razon de seguir la religion del que mató á nuestro padre Abirám, merecen nuestro ódio é indignacion, aseguran que el *Nazareno* murió en la cruz para salvar al mundo; y que la inscripcion de la cruz significa, Jesús Nazareno Rey de los Judíos. Pero, como nosotros, los Rosa-Cruces, sabemos que no era el hombre *rey de Judíos*, ni murió para salvar al mundo, damos otra esplicacion á la palabra INRI, y es la siguiente: Jesús de Nazareth conducido por Rafael á Judea. Eso, pues, os dará á conocer que el *judío* que murió crucificado era un hombre perverso, un malhechor cargado de crímenes tan graves, que dió motivo á que otro judío, llamado *Rafael*, lo condujese á Jerusalen, para allí sufrir el castigo que merecia, muriendo en la cruz. ¿Estais convencido, hermano, de todo lo que os he dicho?

—Sí, lo estoy, replicó Colvin, y deseo encontrar los medios para detestar, cual corresponde, al autor de la religion cristiana, que quiso destruir la religion verdadera, que es la natural (1).

Despues de esto, hubo aquí algunas ceremonias de costumbre, cuyo

(1) Suplico á los lectores timoratos, que no se asusten por esto que les voy diciendo; porque otras cosas verán aun en otros grados que les asustarán mas.

significado se esplica despues arbitrariamente á los iniciados. El Venerable volvió á levantarse, los demás hermanos hicieron lo mismo; y seguidos de Colvin, volvieron á dar las tres vueltas alrededor de la sala.

Entretanto detrás de la cortina se habian encendido una porcion de luces. Cuando todos estuvieron sentados nuevamente, córrióse aquella, y se presentó á Colvin el espectáculo mas sorprendente. Elevábase en el fondo de aquel espacio una especie de montaña, que representaba el Calvario, con tres cruces, teniendo la de en medio la inscripcion INRI. A derecha é izquierda de las cruces habia tres cipreses, y por el suelo estaban descompuestos ó hechos pedazos una escuadra, un compás, un triángulo, un nivel, una piedra cúbica, etc., y en la pared veíanse asimismo el sol, la luna, una estrella grande y otras muchas pequeñas, eclipsado todo y manifestando desórden. Seis velas verdes iluminaban ese cuadro espantoso.

Sansimon entretanto habia hecho que Colvin se acercase á la mesa del Venerable, y éste, cogiéndole por el brazo, le dijo:

—Mirad, hermano Colvin: mirad ese cuadro espantoso. Aquí teneis los objetos que constituyen nuestra religion hechos trizas al pié de esa cruz, en la cual murió el *infame* que pretendió abatirnos y que merece ser destrozado. Gracias á nuestros principales gefes de aquel tiempo, gracias á sus esfuerzos y gracias á su divino carácter, la Masonería se ha conservado intacta; no ha sufrido menoscabo alguno: pero, no obstante, siempre deplora el mal que ese *infame* Jesucristo le ha causado; siempre necesita vengarse de él, porque en ello está nuestro honor y nuestra obligacion, y porque los antiguos reformadores y restauradores de la Masonería lo reclaman de esta manera. Acordaos, pues, hermano, de los juramentos que habeis hecho; acordaos de que habeis jurado vengar á nuestro padre Abirám: y sabiendo de quién habeis de vengaros, os mando, en nombre de la secta, que busqueis todos los medios posibles para que esta venganza sea propia de un hermano Mason.

—Despues de esto y alguna otra ceremonia, Colvin hizo el juramento, ¡juramento horrible! que pertenecia á los Rosa-Cruces, por el cual se obligaba, bajo pena de muerte, á vengarse de Jesucristo, en su doctrina y en la persona de los que le seguian.

Despues de todo, se declaró á Carlos Colvin Caballero Rosa-Cruz, y digno de ocupar de allí en adelante el puesto que le pertenecia entre los demás: acabando las ceremonias con enseñarle los signos de que debia valerse para conocer á sus cohermanos y ser de ellos conocido (1).

---

(1) Entre muchos de estos signos, gran parte de los Rosa-Cruces acostumbran servirse de la palabra *Inri*, dicha por lo bajo para reconocerse.

Despues de esta iniciacion, quedaron los Rosa-Cruces reunidos algunas horas mas para tratar del incendio de conventos, que debia verificarse á los dos dias siguientes.

Para terminar este capítulo, copiaremos algunos párrafos de un autor muy conocido, que ha escrito sobre este grado segun el rito antiguo francés.

«Cuando llegaba un iniciado al grado de Rosa-Cruz, la esplicacion que se le daba sobre lo que habia visto hasta entónces, dependia absolutamente de las disposiciones que en él observaban. Si era alguno de aquellos que no es posible volver impío, pero que á lo menos se puede separar de la fé de la Iglesia, bajo el pretesto de reengendrarla, se le decia, que en el actual cristianismo reinaba una multitud de abusos contra la Igualdad y Libertad de los hijos de Dios. La palabra, para estos, que se habia de buscar, era el deseo de una revolucion que restableciese aquellos tiempos en que todo entre los cristianos era comun y no habia entre ellos ricos ni pobres, ni altos y poderosos señores. En fin, se les prometia la renovacion mas feliz del género humano, y en cierta manera, un nuevo cielo y nueva tierra. Los espíritus sencillos y crédulos se dejaban engañar con estas bellas promesas. La revolucion era para ellos el fuego que habia de purificar la tierra: por esto se les habia visto cooperar con tanto celo como si fuese la empresa mas santa. Era esta la que se puede llamar *Masonería mística*. Era esta la de todos aquellos imbéciles para quienes los Masones metieron en danza aquella pretendida profetisa Labrousse, que tanta bulla metió en el principio de la revolucion. Y fué tambien la del imbécil Varlet, obispo *in-partibus* de Babilonia. No sabía yo de dónde le venian á este hombre estas opiniones, hasta tuvo la debilidad de reconvenirme por haberlas combatido. Lo supe por uno de sus convidados, tenido por sábio Mason, á quien el buen obispo invitaba algunas veces á sus cenas masónicas. Hasta en estos convites se habria podido observar la diferencia que habia entre los iniciados de un mismo grado, quienes habian recibido instrucciones tan diversas como eran sus caractéres. El obispo *in-partibus*, entusiasmado por la regeneracion religiosa que le habian dado á entender, ordenaba toda la Masonería para la perfeccion del Evangelio, observaba en los convites masones el precepto de la Iglesia, si aquellos se hacian en dia de abstinencia. El apóstata D. Gerle, por el contrario, se manifestaba Mason de un sistema muy diferente, y ya cantaba aquellos versos que en una carta á Robespierre, declaró que habia consagrado á la Ver-

dad: *ni culto, ni sacerdote, ni rey; porque la nueva Eva eres tú* (1).

»En estos mismos convites masónicos, el doctor Lamothe, sábio Rosa-Cruz, se manifestaba mas modesto. Ya se podia prever entónces lo que he oido decir de su conversion, que llegaria dia en que detestaria igualmente la Masonería de Varlet y de D. Gerle. A este último lo guillotinaron; los otros aun viven, los nombro porque no temo que me desmientan y porque las pruebas que resultan de esta especie de anécdotas las hacen interesantes, porque se vé cuantas personas piadosas y caritativas han podido padecer engaño, como una princesa, hermana del duque de Orleans, pudo llegar á tal punto de seduccion, que desease esta revolucion para regeneracion del mundo cristiano. Esta esplicacion del grado de Rosa-Cruz era solo para los tontos, y en los cuales descubria la secta una cierta inclinacion á la mística. Al vulgo lo abandonaban á sus propias esplicaciones, pero si el iniciado manifestaba grandes deseos de hacer progresos; si se le consideraba en estado de sujetarse á las pruebas, le admitian al grado en que se rasga el velo, llamado KADOSC, que significa, el *hombre reengendrado*.»

(1) Ni culte, ni prêtres, ni roi;
Car la nouvelle Eve c'est toi.

Proceso verbal de los papeles hallados en casa de Robespierre. Documento núm. 59.



CAPÍTULO III.

Preparativos para el grado de Kadosc.

Todos los medios son buenos cuando lo es el fin. ¿Qué cosa es el buen fin en comparacion de las imperdonables injusticias que habeis cometido con Voltaire y Levelling? ¡Ah! ¡qué cosa son los hombres! ¿Qué mas hariais si fueseis Jesuita?

KNIGGE.

MIENTRAS en Barcelona se conferia á Carlos Colvin el grado de Caballero de la Rosa-Cruz, se conferia en Madrid al duque de Villa-Lon el grado verdaderamente último de la Masonería, llamado de los Caballeros de Kadosc.

Hemos leido un escrito de un Mason francés que asegura que este grado fué inventado y formulado en Lion por dos Masones franceses hace muy pocos años; pero en esto hay error, porque además de algunas autoridades que podriamos citar, tenemos pruebas de que este grado era ya el último de la Masonería á mediados del siglo pasado.

En este grado, pues, es donde se rasga el velo que de mil maneras distintas la secta habia tenido delante los ojos de sus iniciados, y donde se esponen lisa y llanamente los designios de la secta, y los principios de donde debe partir todo buen Caballero Kadosc. Para una revelacion tan alta, tan importante y de tanta trascendencia, es preciso que el recipiendario reuna un fondo de perversidad tan estremada como el que mas; y es preciso que sea hombre á toda prueba, para llevar á cabo con todos los medios á su alcance lo que le imponen por obligacion.

Para lograr esto, sujetan á los recipiendarios á unas pruebas las mas

horribles y espantosas, capaces de aterrar al hombre menos tímido. Y no obstante, el aspirante á Kadosc ha de reunir tan numeroso caudal de insensibilidad, ha de estar dotado de tanta abnegacion, y ha de ser tan enteramente impasible, cual debe serlo el que pasa por las pruebas tan horribles á que les sujetan, durante las cuales, si se escapa al aspirante un solo grito de temor, un solo gesto de indecision ó alguna prueba de espanto, no es admitido en los últimos misterios, por juzgar que no está á la altura de las consecuencias de la revelacion de los últimos propósitos de la Masonería.

Hacer ahora una descripcion ó enumeracion de todas las pruebas al objeto, y entre las cuales escogen los gefes, fuera tarea demasiado larga: describir tan solo una de esas pruebas con todas sus minuciosidades, sería dejar un vacío grande; y nos limitaremos á comentar ligeramente las principales de ellas á las cuales sujetan á los pobres animalitos Masones, que se han dejado conducir insensiblemente por unos hombres sistemáticamente pervertidos, y que les han perdido á ellos tambien.

A unos les hacen disparar, apoyando el cañon en su frente, una pistola descargada, pero que el recipiendario supone cargada. Otros pasan horas enteras cerrados en espantosas cuevas, atados y amarrados como malhechores. A otros les hacen apoyar sobre la punta de una espada, que se dobla al punto que el cuerpo se apoya sobre ella; les dan á otros bebidas espirituosas, que producen tales convulsiones, que creen por de pronto que están envenenados. Les hacen aparecer fantasmas y espectros horrorosos, les aturden con gritos destemplados y furibundos: y esto aun es lo menos malo. A un embajador portugués en Madrid, le tuvieron colgado dos horas, haciéndole creer á cada momento que iban á matarle; al duque de Orleans (padre de Luis Felipe) le tiraron de una escalera abajo; y á otro le hicieron caminar largo rato por subterráneos, hasta que al llegar á cierto punto, apagaron la luz, huyeron los acompañantes, y quedó el recipiendario solo en la oscuridad y espuesto á los espectros y fantasmas, que, dando terribles alaridos, le rodearon desde luego. Una de las pruebas mas comunes es hacer bajar al recipiendario á un profundo subterráneo, del fondo del cual se eleva una altísima torre larga y estrecha, como chimenea de vapor. Métenlo por el subterráneo en la torre, y lo hacen entrar dentro una especie de jaula que allí hay, le elevan poco á poco hasta que al cabo de algun rato se encuentra cerca de lo alto de la torre, desde donde puede ver el cielo; y en este instante sueltan las cuerdas con que le han subido y la jaula cae con tanta

fuerza, con tanta violencia como si verdaderamente fueran á estrellarse; pero no hay que temer: á pesar de que el recipiendario no vé persona alguna durante toda esta escena, no obstante, se toman todas las precauciones para que no reciba daño, y la jaula queda colgando y sin tocar al suelo. En las otras pruebas sucede tambien lo mismo, y es que se toman precauciones para que el recipiendario no se lastime. Así por ejemplo, cuando el duque de Orleans fué caritativamente arrojado por aquella escalera, encontraria sin duda algunos colchones que al fin de ella recibieran su precioso cuerpo.

Si el iniciado dá el menor grito de temor mientras se efectúan las pruebas, le sujetan á otras mayores, para que vaya así fortaleciéndose; y si al fin persiste en dar muestras de temor, le declaran indigno de ser admitido y tiene que retirarse.

Véase, pues, á qué cosas tan ridículas se sujeta á los hombres que hacen alarde de estar dotados de la ciencia liberalísima, y que son siempre los que mas se rien ó hacen que otros se rian de las pruebas justas, naturales, provechosas y humanas, á que los Regulares sujetaban á sus novicios.

Dejemos las pruebas y vamos á la iniciacion. Nuestros lectores conocen al duque de Villa-Lon, que desde poco antes habia ingresado en la Masonería; pero estaba tan henchido de ciencia liberalísima, que en poco tiempo llegó hasta el último grado del rito masónico.

Vamos, pues, á asistir á su iniciacion.



CAPÍTULO IV.

Rásgase el velo.

Este es vuestro deber; si os separais un paso, morireis.

CAGLIOSTRO.

Despues que el duque de Villa-Lon se hubo sujetado á todas las pruebas, le declararon digno de ser admitido en el grado, para lo cual se presentó á la puerta de la iglesia acompañado del introductor.

La Logia estaba decorada de la mismísima manera que la de los hermanos Escogidos, sin que faltase á ella la tremenda caverna donde se encuentra el asesino-maniquí de Abirám.

Allí se hicieron diversas formalidades y ceremonias, á cual mas ridícula é irrisoria; y despues de ellas, se pasó á la muerte del asesino de Abirám. Entró el duque de Villa-Lon en la caverna, cortó la cabeza al maniquí, presentóla al Venerable, y fué con ello un digno Kadosc.

Despues, entre otras ceremonias, hace el Venerable diferentes relaciones, cuyo estracto es el siguiente: que lo que le han contado al recipiendario durante el curso de todos los grados, es una fábula completa; que el arquitecto Hirám es Jacobo Molay, último Gran-Maestre de los Templarios (1), y que el rey que le mató, es Felipe el Hermoso de

(1) Fué quemado vivo en una plaza de la Cité de París en 1314, de órden del rey Felipe el Hermoso.

Francia. Añádesele que los Templarios eran el sosten de la Masonería, que Felipe el Hermoso les condenó á muerte á unos, y á la proscripcion y prision á otros, haciendo lo mismo á instigacion suya los demás monarcas; que Felipe el Hermoso debe morir, y que no pudiendo hacerlo en su persona, los Caballeros de Kadosc deben vengar á Molay en la persona de todos los demás reyes.

—La *libertad é igualdad* masónica, le dice el Venerable, consisten en no conocer superior alguno sobre la tierra; en no mirar á los reyes y pontífices sino como hombres iguales á los demás, y que no tienen otros derechos al trono ó al altar que los que el pueblo les quiera dar, y que les puede quitar cuando le dé la gana. Ya hace mucho tiempo que los príncipes y sacerdotes abusan de la bondad del pueblo: y el principal deber de un Mason para edificar templos á la libertad é igualdad, es librar la tierra de estas dos plagas, destruyendo todos los altares que han levantado la credulidad y la supersticion, y derribando todos los tronos, en donde solo se descubren tiranos que reinan sobre esclavos.

Todas esas cosas las creen los recipiendarios cómo artículos de fé, y desgraciadamente vemos á cada paso los efectos de esa credulidad.

Este es, pues, el último desenlace de la Franc-masonería; y prescindiendo de todas sus ridiculeces, preciso nos es confesar la trabazon indestructible de los grados, y el modo particular con que se sale de ellos, viniendo á parar en último resultado, á que se han de establecer la libertad é igualdad masónicas, aboliendo todo culto y acabando con todos los reyes.

Que los Masones han hecho todo lo posible para cumplir con esos dos preceptos, es innegable, y las historias de todas las naciones, en estos últimos tiempos, lo demuestran bien claramente.

PARTE XX.

EL GRANDE ORIENTE EN MADRID.

CAPÍTULO I.

El marqués de Saint-Just.

La libertad para mí,
Y á los demás opresion:
Sí, que sí, que sí, que sí;
Y que se hunda la nacion.

MUNDO.

Ya que en Madrid nos encontramos, esplicaremos algunas de las escenas mas interesantes de esta obra acaecidas en Madrid la noche misma del incendio de conventos en Barcelona.

Alguna vez hemos hablado del Gran-Maestre de la Masonería y de su secretario el marqués de Saint-Just; y vamos ahora á encontrarles en su propia casa. Era, como hemos dicho, secretario del Gran-Maestre del Grande Oriente Liberal Madrileño.

Debemos ante todo advertir, que este Gran-Maestre, que desde Madrid manda como soberano, y como déspota en todas las Logias de la Nacion, es desconocido las mas de las veces, y se ven tan solo los efectos de su poder, sin saber de dónde vienen. Sus mas allegados dependientes son los solos que le conocen y le ven, y los que mandan segun las inspiraciones de su gefe.

Vamos pues al caso.

Vivia el marqués de Saint-Just en una rica y soberbia casa-palacio de la calle de las Infantas, amueblada y adornada con esquisito lujo.

Al mismo tiempo era el marqués de Saint-Just uno de los mas ricos banqueros.

Estaba anocheciendo el dia 25 de julio, y el marqués, echado sobre un sofá, leia una carta que tenia en sus manos. Hubiera querido sin duda poderla leer con la poca luz del dia que quedaba; pero hacía un viento muy fuerte y fuéle preciso mandar cerrar los balcones y traer luz.

Un lacayo encendió las seis bujías que sostenian dos candelabros de plata, que habia sobre un tocador de forma muy particular y con embutidos de nácar.

—¿Dónde está la señora? preguntó el marqués.

—Ha salido con la señorita, respondió el lacayo.

—Pues bien, ahí tienes esa carta, vete con ella á casa del Conde D..., y entrégasela: si allí no estuviere, le encontrarás dentro de media hora en nuestro palco del teatro del Circo.

—Está muy bien, señor.

El lacayo se retiró; el marqués de Saint-Just era de estatura regular, y de aspecto bastantemente agradable; pero luego que se echaban de ver sus ojos pequeños y avinados, perdia algunos quilates la primera impresion. Tenia además el rostro algo picado de viruelas, pero esto no le desfiguraba. Sus cabellos habian encanecido, y el todo de su fisonomía era muy espresivo.

Su padre, que era francés de nacimiento, habia sido uno de los mas acérrimos republicanos, y además gefe, ya secreto, ya público, de los clubs políticos de París. Como tal, habia sido miembro de los estados generales, de la Asamblea constituyente, de la legislativa, de la Convencion; y de esta manera llegó á ser uno de los terribles azotes que por aquellos tiempos aparecieron en Francia. Él fué quien, en el célebre dia 2 de setiembre, dirigió una partida de bandidos, matando y asesinando por todas partes; y él fué quien en aquel mismo dia hizo cortar la cabeza á la hermosa princesa de Lamballe, que habia tenido la ocurrencia de meterse individua de los clubs de París, y que despues fué asesinada por un mismo conclubista suyo.

Asesinó asimismo en diferentes tiempos á muchos personajes distinguidos, pidió cuando fué ocasion la cabeza de Luis XVI; despues de haberla visto rodar por el cadalso, pidió la de María Antonieta, y despues la de sus hijos: en Lion, Tolon y Burdeos fué de los que mas contribuyeron al asesinato general; en la Vendée hacía matar sin piedad á todos los pobres campesinos que caian en sus manos; y casi puede decirse, que en todas partes donde hubo escenas de horror y de barbarie,

allí estuvo el marqués de Saint-Just, para contribuir eficazmente á la destruccion general. Era una fiera que se complacia en actos de atroz carnicería.

Tenia en Francia el marqués de Saint-Just bienes muy considerables; pero tuvo que dejarlos para pasar á España en compañia de los ejércitos imperiales invasores, lo cual no hizo por voluntad suya, sino por escaparse á la persecucion de las familias que él habia arruinado de varias maneras distintas. Mas, no por esto se escapó al furor de ellas. Algunos enemigos personales suyos habíanse conjurado para matarle; entraron tambien en España, y fueron á encontrarle en una quinta que el marqués habia comprado cerca de Búrgos, en dónde le asesinaron de un modo el mas cruel y merecido.

Antes de espirar, hizo llamar á su hijo que tenia entónces veinte años. Hízole sentar á su lado, y del mismo modo que Aníbal juró por mandato de su padre, guerra eterna á los Romanos, así tambien el hijo del marqués juró guerra eterna y esterminio contra el altar y el trono en todos los puntos de la tierra. Su hijo, que es el actual marqués de Saint-Just, no necesitaba este juramento para cumplir los deseos de su padre; porque, con los ejemplos que habia tenido siempre á su vista, y con los consejos que habia recibido, se habia puesto en estado de proseguir con tenaz ardor y constante frenesí, la bárbara y vandálica carrera que habia empezado su padre.

Jóven aun y henchido de ideas revolucionarias, nada respetaba el marqués de Saint-Just, hijo. Consideró que los bienes que tenia en Francia, tarde ó temprano serian confiscados, y vendióselos lo mas pronto que pudo; compró con su producto otros en España, cuya renta superó en mucho á la anterior.

Fiel á sus juramentos é ideas, trabajó infinito en propagar por diferentes puntos de la península la filosofía que habia aprendido en Francia, y las sociedades secretas, de que él formaba parte. Fué tanto lo que trabajó en este sentido, y tales sus buenos resultados, que á los pocos años fué nombrado miembro del Sublime Consejo de Legisladores Masónicos.

Alimentaba asimismo otras ideas horribles; y una de ellas era el hacerse rico y poderoso á costa del prójimo, para así poder dominar, que era lo que mas deseaba ese hombre, que se pintaba adalid de todo lo *igual* y *libre*. Para ello asocióse á algunos otros pícaros de la misma calaña, y valiéndose de varios tunantes que tomaron á sueldo, equiparon un buen número de embarcaciones, con las cuales se dedicaron á pira-

tear por todos los mares del mundo; y de este modo en muy poco tiempo crecieron admirablemente los caudales de los que formaban la asociacion. Pero el marqués de Saint-Just, ducho como era en todas materias, supo echar de la compañia á los demás consócios y quedarse solo con el negocio.

Cuando el marqués de Saint-Just llegó á ser Sublime Legislador, ofreció al Grande Oriente los servicios de su sociedad de piratas: el Oriente aceptó, y desde entónces esa terrible asociacion fué dirigida por el Grande Oriente. Cuando se embarcaba alguno á quien la secta miraba como enemigo, las naves que componian la sociedad de piratas se encargaban de que el tal enemigo no volviera jamás de su viaje.

Por los muchos servicios que prestaban los piratas, y por los que prestó el mismo marqués, fué éste promovido al empleo de secretario del Gran Maestre, puesto elevado y distinguido, desde el cual podia cumplir con religiosidad el juramento que habia hecho delante de su padre moribundo.

Gracias á los manejos de la dicha asociacion, el marqués doblaba á cada instante sus caudales, y de este modo pudo llegar con ellos á ser un afamado y poderoso banquero.



CAPÍTULO II.

Una estratajema.

Sabed, D. Camilo, que no hay en vuestro palacio un doméstico, á escepcion de Gino, que no goce sueldo por la república ó sus agentes.

FENIMORE COOPER.—En el *Bravo*.

CUANDO el marqués de Saint-Just tuvo encendidas las luces de la sala donde se encontraba, acabó de leer la carta, y despues cogió la *Gaceta* del dia, para enterarse de su contenido.

Iba á empezar con gusto un largo articulo, que con el título de *Reflexiones sobre las cruzadas*, satirizaba á no poder mas al Sr. Martinez de la Rosa; pero tuvo que dejarlo muy luego por haber entrado en el salon un hombre de 25 años, alto, muy bien plantado y vestido: con la mayor franqueza se quitó el sombrero y se sentó en una poltrona, que estaba junta al sofá.

—Nuestro negocio está ya satisfactoriamente evacuado, señor marqués, dijo el recienvenido despues de haber saludado.

El marqués, loco de contento, sentóse en el sofá, tiró la *Gaceta* y esclamó:

—¿Y me dices de veras, Eduardo?

—De veras lo digo. Voy á contároslo.

—Sí; cuenta, cuenta.

—A eso de las seis, ha sucedido lo mismo que vos me habiais dicho; ambos hermanos han salido de su casa. Yo desde léjos les he seguido, y

han entrado en un café de la calle del Príncipe. «Aquí os quiero» he dicho para mis adentros: «ya os tengo en una fortaleza, de la cual no saldreis sin composicion» y sin mas ceremonia me he colado tambien por la puerta del café. Mis miradas se han dirigido á todos los circunstantes, pero no he reconocido á los dos hermanos. Pensé entónces que estarian en alguna sala de juego, y subo corriendo á una sala de billar, pero no estaban allí: paso á otra, y allí cabalmente los he encontrado con cinco ó seis compañeros suyos que habian dejado el juego, y estaban hablando con mucha intimidad. Al ver á un estraño, han parado los cuchicheos, y yo he dicho en alta voz:

—¿Quién está jugando aquí? ¿Puedo tomar parte en la partida?

—Mal hiciste en entrar de este modo, replicó el marqués meneando la cabeza, porque podian tenerte por un calavera.

—Tambien pensé lo mismo, pero ¡qué diablos! me admitieron y en pocos instantes fuí amigo de todos, hasta de los dos hermanos. He puesto todo mi cuidado en el juego y he ganado las partidas una tras otra. Hemos parado por fin; é ibán á pagarme todo lo que acreditaba yo, cuando les he dicho:

—Compañeros, pagadme por mitades solamente: lo demás os lo abono.

Ellos querian pagármelo todo, y entónces, siguiendo vuestras indicaciones, les he dicho:

—Compañeros, desearia muchísimo que mañana volviésemos á jugar; pero como sé que todos Vds. se marchan de Madrid, tengo el sentimiento de no poderles convidar.

Saint-Just estaba impaciente por saber el fin de esta estratajema, y su amigo Eduardo prosiguió:

—Verdad es, caballero, contestó uno de los hermanos, que mañana nos marchamos de Madrid; pero dasearia saber cómo ha venido eso á vuestra noticia.

—Francamente os lo diré, caballeros, contesté yo. Al entrar en el café, un sugeto, á quien conozco de vista tan solo, pero que sabe que soy jugador, me ha dicho:

—Vaya, muchacho, sube deprisa al billar, y allí encontrarás unos cuantos jóvenes que mañana salen de la corte, y es probable que traerán los bolsillos bien provistos.

—Bien vá por ahora el asunto, Eduardo, dijo el marqués de Saint-Just, con alegria. Solo falta saber de qué modo diste fin á la comision.

—¿Podriais darme las señas de ese caballero que os ha dicho que marchábamos? me preguntó uno de los jugadores.

—No tengo interés alguno en ocultarlo, respondí yo, y al instante les dí las señas, que vos, señor marqués, me habiais comunicado. Les dije que era un caballero alto, moreno, de ojos grandes, pelo castaño, y de carácter jocoso y divertido. Esta declaracion les volvió la vida, y todos respiraron...

—No hay que asustarnos, compañeros, dijo uno de ellos. El caballero de quien nos habla, es D. Antonio de Camporedondo.

—Ese mismo, contesté yo, no recordaba su nombre... y se lo creyeron bonitamente. Con que, pues, señor marqués, ya tenemos lo que queriais, que era saber el nombre de ese caballero cuyas señas me habeis dado. Se llama D. Antonio de Camporedondo.

—Muy bien, Eduardo, muy bien, dijo Saint-Just lleno de júbilo. Eres el único que podias desempeñar este papel tan á las mil maravillas. ¿Qué ha hecho entónces la comitiva?

—Todos se desgañitaban, dándome el parabien, dándosele entre sí, y felicitándome por la amistad que tenia con su amigo; y entre alegria y algazara, nos unimos en estrecha amistad. Me confesaron al fin, que ellos debian marcharse al dia siguiente con el mismo D. Antonio de Camporedondo, y que ellos habian acudido allí para saber la hora de la marcha. Entónces procuré indagar el punto á donde se dirigirian, pero se han negado á decírmelo: he replicado que deseaba saberlo porque queria marchar dentro pocos dias á Cataluña y deseaba tenerlos por amigos si iban allá. Me confesaron que iban efectivamente en Cataluña y que debian embarcarse en Barcelona para ir á hacer una especulacion comercial en Cuba y Chile y que marcharian á principios de setiembre en una lujosa fragata, costeada por uno de los principales nobles de la corte, cuyo nombre no me han querido revelar. Esto es, señor marqués, todo lo que he podido indagar; y creo haber cumplido.

—Satisfactoriamente, Eduardo, respondió el marqués, pegando palmaditas al hombro de su amigo, y quiero darte una prueba inequívoca de lo mucho que me complace tu buen comportamiento. Entretanto ya puedes marcharte en busca de mi esposa y de mi hija. No las dejes en toda la noche, y mañana hablaremos.

—Con mucho gusto.

Salió del salon, y á poco rato entró sin anunciarse un hombre vestido de negro, á cuya vista enderezóse el marqués de Saint-Just para inclinarse luego profundamente.

Antes que entren en conversacion estos dos personajes, bueno será que espliquemos á nuestros lectores la intriga que urdió el marqués de Saint-Just con la ayuda de su amigo Eduardo, la cual tenia por objeto apoderarse de los dos hermanos en cuestion y matarlos.

CAPITULO III.

Una conspiracion.

Así habló el Sábio: «los Reyes sin mas tardanza terminan el consejo, y obedecen á su gefe.»
POPE,—traduccion de la *Iliada*.

EL principal objeto de la junta de los principales gefes de la secta Masónica, Comunera é Iluminada, era la estincion de los Regulares con el saqueo é incendio de sus conventos. Eran tambien infinitos mas los objetos de esa junta; pero uno de los mas trascendentales era la caida de Toreno y su ministerio.

Prescindamos ahora de los motivos que habia para desear las fracciones liberales la caida de Toreno; porque, como dice muy bien un escritor inglés, «nunca hay entre ellos paz y bienandanza:» y fijémonos tan solamente en lo material de la parte activa que en dicha caida tomaron el Gran Maestre de la secta masónica ó moderada, ó del Justo-medio, con su secretario el marqués de Saint-Just. Nadie ignora que Toreno era moderado, y yo añado que era Mason; por cuyo motivo debia apoyarlo la secta masónica entera. Lo apoyaba efectivamente, pero á pesar de eso, el Gran Maestre de ella y su secretario, por motivos que no debo analizar, resolvieron derribarlo, haciéndose de este modo traidores; pero eso no es estraño, porque tocante á engaños y traiciones, los moderados se pintan solos. Aprovecharon la coyuntura de que las sectas Comunera é Iluminada deseasen

la estincion de los Regulares, para declararse á favor de aquellos, los cuales los recibieron benignamente, no solo por el alto grado que ocupaban en su secta, sino tambien por lo que podria contribuir á la caida de Toreno y su partido.

Así preparadas las cosas, formóse la triple junta para empujar la destruccion de los frailes y robo de sus bienes; pero los dos gefes Masones significaron despues á la junta la necesidad de que se procediese á la caida de Toreno y á la renovacion de ministerio. Por de contado, que los representantes de la Comunería é Iluminismo aprobarian la medida, y desde entónces se trabájó de concierto para conseguirlo.

El Gran Maestre de los Masones y su secretario propusieron la caida de Toreno, teniendo ya otro ministerio moderado en candidatura; pero es claro que eso era imposible, porque de ningun modo podia triunfar un partido que derrocaba á un ministerio que era el alma de este partido, y que se creia sostenido por él mismo. Sin embargo, los dos dichos Masones trabajaron cuanto pudieron para conseguirlo; y para mayor efecto, hicieron entrar á dos otros hermanos Masones en la triple junta, y consiguieron que el Gran Maestre fuera nombrado presidente de la propia junta, y Saint Just secretario de la misma. Sin embargo, los demás aprobaron ambos nombramientos, no por otra razon que por considerar que los que los obtenian estaban en posicion de poder herir mas de cerca á Toreno y su pandilla.

Desde entónces la triple junta procuró ganar prosélitos para sus intentos en las tres sectas respectivas, y las decisiones de ella eran conducidas con el mayor secreto.

Pero dió la fatal casualidad, que habia en Madrid una pandilla de *despreocupados* dirigidos por un anti-sectario, que siempre andaba en acecho de todas las acciones de las tres sectas y las desbarataba. El Gran Maestre de los Masones tenia, en calidad de tal, sus oficinas y despachos en su propia casa; pero en calidad de presidente de la triple junta, las tenia en casa del marqués de Saint-Just, que, segun hemos dicho en el capítulo interior, vivia en la calle de las Infantas. Esa partida de hombres *despréocupados*, ó mejor, su gefe, sabía tambien la vivienda del marqués, y una noche tuvo el tal gefe la humorada de detener á un hombre misterioso que salia de dicha casa. Pilláronle un pliego que traia y lo dejaron suelto. El pliego contenia documentos pertenecientes á la triple junta, y con ellos podia venirse en conocimiento de quiénes la formaban y de cuáles eran sus fines. Pero sucedió al mismo tiempo, que el hombre conductor del pliego, á pesar de la oscuridad de la noche,

conoció á dos de sus agresores, que eran dos hermanos; y cuando el marqués de Saint-Just tuvo noticia de ello, empezó á trabajar eficazmente para lograr su captura y escarmiento.

Despues de este chasco solemne, la triple junta volvió á reunirse, y para precaver mas fatales resultados, resolvieron sus individuos ponerse nombres supuestos, por cuyo motivo el Gran Maestre Mason tomó el nombre de hermano *Dollabella,* y Saint-Just el de hermano *Robespierre.*

Por lo que toca á la interceptacion de aquel pliego, perdieron á los pocos dias todo temor, confiando en que no serian inteligibles dichos documentos si iban á caer en manos profanas.

Despues de haber tomado los nombres supuestos, trataron de activar el negocio, de ganar prosélitos; y para mejor conseguirlo, espidieron aquella proclama ó alocucion que han leido nuestros lectores.

Al leerla, por de contado que todos los Comuneros é Iluminados se adheririan á sus deseos, mayormente cuando supieron que sus principales gefes respectivos formaban la triple junta.

Las Logias masónicas, ó moderadas, ó del Justo-medio, se dividieron: unos se declararon á favor de Toreno, y otros á favor de la triple junta. Estos al principio fueron muy pocos, pero, gracias á los esfuerzos de los dos gefes traidores, se consiguió que las Logias moderadas que se declararon por la triple junta, fuesen mayores en número que las que quedaron afectas á Toreno. Éste supo, por medio de la proclama, que es de juzgar con cuanto asombro la leeria, la existencia de la triple junta: pero no sabiendo quién sería en ella el representante de la secta masónica, acudió al Gran Maestre de la misma, para que le ayudára á conjurar la tormenta que le amenazaba. El Gran Maestre le contestó con buenas palabras, y fingiendo ayudarle, puso á las Logias afectas á Toreno en estado de no poderle favorecer. El ministerio fijaba toda su existencia en los esfuerzos y medidas del Gran Maestre de su secta; y éste, á la par que halagaba á él y á sus afectos, les vendia, activando y dirigiendo los proyectos de la triple junta. Figúrese el lector, si Toreno podia salir del escollo en que se hallaba (1).

Como Toreno tenia puesta toda su confianza en el Gran Maestre de los Masones y en su secretario, éste trató de apoderarse de los hermanos arriba citados, para que no se descubriese su traicion (1).

(1) En honor de la verdad, debo decir á los lectores que quieran dar entero crédito á lo que en este capítulo queda espuesto, que deben hacer en él alguna cortapisa; porque, aunque lo esencial de todo él sea una pura verdad, no obstante, en algunos puntos secundarios lo he acomodado al espíritu y marcha de mi novela; de la que puedo deducir que es el trage, ó mejor dicho, el disfraz de luchas y hechos grandemente ciertos, pero que, sin embargo, no pueden publicarse aislados por muchas consideraciones.

(1) El que mas contribuyó á la caida de Toreno y estincion de las Regulares, protegiendo á la triple junta, fué el embajador inglés, al cual el público conoce con tres nombres distintos. El motivo de la ojeriza con que miraba á Toreno, provenia de un lance de amor, como vamos á ver muy luego.

CAPÍTULO IV.

La pandilla de los despreocupados.

Sabed, D. Camilo, que no hay en vuestro palacio un doméstico, á escepcion de Gino, que no goce sueldo por la república ó por sus agentes. Aun los gondoleros que os conducen diariamente por los canales á donde gustais ir, han visto caer en sus manos los cequíes de la república. Todavía mas; no solo están pagados para espiar á vos mismo, sino tambien para vigilarse los unos á los otros.

FENIMORE COOPER:—En el *Bravo*.

VAMOS pues á esplicar lo que era esa pandilla de entes despreocupados, que acechaba y desbarataba los proyectos de las sectas secretas, y de cuya pandilla formaban parte los dos hermanos, que eran objeto de las iras del marqués de Saint-Just, el cual, segun hemos visto, habia tomado con su amigo Eduardo disposiciones enérgicas para sorprenderlos.

Hacía tres ó cuatro años que existia en Madrid esa compañia de hombres *despreocupados* y valientes, cuyo número era bastante considerable, y estaba á las órdenes de un capitan, que las recibia inmediatamente de una de las personas mas nobles y ricas de la península, y que tenia su residencia en Madrid. Esta persona, que ya conoceremos despues, era enemiga declarada y jurada de las sectas secretas de España, y para poderlas perjudicar, habia organizado y mantenia á sus costas una compañia de hombres valientes y decididos, á los cuales habia tenido el cuidado ó prudencia de ocultar su propio nombre. Así, pues, estos hombres dependientes suyos sabian solamente que una persona noble y rica les mandaba y mantenia por me-

dio de un capitan que todos conocian. No ignoraban, sin embargo, que este capitan conocia al supremo gefe. Con esta compañia de hombres, que eran verdaderamente escogidos de entre los mas valientes y atrevidos que se habia encontrado, habia su gefe incógnito, incomodando contínuamente á las sectas secretas, deteniéndoles pliegos, atisbando las acciones de sus prosélitos, descubriendo y desbaratando sus planes, y aun dando muchas veces la muerte al que queria hacerles resistencia, si bien los gefes Masones de Madrid no tardaron en observar que de improviso los golpes que contra ellos se daban, eran mas seguros, mas maestros y, sobre todo, mas redoblados; y de esta manera, su continuacion, alarmó á todas las Logias de Madrid. A pesar de esto, nada se consiguió, porque nunca se pudo coger á ninguno de los que formaban la citada pandilla, en la cual era de reconocer el talento y sagacidad del que la dirigia. Este personaje noble y poderoso tuvo que salir de Madrid y pasar á Cataluña por motivos que ya sabremos despues, y aunque no quiso disolver su compañia, vióse obligado á disminuir su número. Hizo de los que la componian tres divisiones. A los que conceptuó inútiles, por tener ya demasiada edad ó haber finido ya el tiempo de sus contratas, quiso gratificarles buenamente para estímulo de los demás, y la gratificacion la hizo de esta manera: Empleó un gran capital en mercancías de toda especie, que cargó en una fragata suya, con el pacto de que fuesen á venderlas en el lugar que les designó, y que sus productos los empleasen en lo que mejor les pareciese para volver á España á devolverle el capital, y repartirse entre ellos la ganancia. Los que debian contribuir á esta empresa, eran unos doce dirigidos por D. Antonio de Camporedondo, á quien esta persona incógnita debia muchos favores.

Este D. Antonio Camporedondo no habia servido en la compañia de los *despreocupados,* y solo sabian su nombre los doce que debian partir con él á América. A estos doce se les habia encargado, por parte del noble incógnito, que guardasen profundo secreto sobre la empresa, y sobre el citado Camporedondo que debia dirigirla.

Pero hubo uno que con fundado motivo fué espulsado de la compañia, y como era de prever, pasó á conferenciar con los gefes de la Masonería. Saint-Just tuvo conocimiento de esto, y quiso tener una conferencia particular con el espulsado, y gracias á ella, supo el marqués de Saint-Just cosas importantes relativas á los *despreocupados*. Le pesó infinito no saber cuál era el fundador ó sostenedor de la pandilla; pero vino en conocimiento de que algunos de ellos iban á salir de España, sin saber á dónde se encaminaban, y de que dirigiria la espedicion un hom-

bre tal como le hemos descrito. Eduardo no supo tampoco quién era ese hombre. Por de contado, que el marqués preguntaria tambien por los dos hermanos que le robaron aquel pliego reservado; y tuvo la satisfaccion de saber que tambien eran de los que debian salir de España dentro breve tiempo. Eso último lo sabía el espulsado por medio de los mismos dos hermanos que eran amigos suyos.

El personaje rico y poderoso, del cual hemos dicho que debia partir para Cataluña, temia con fundada razon que el espulsado haria alguna de las suyas; y para impedir que de modo alguno pudiera incomodarlos, tomó las medidas siguientes: Además de los doce que debian pasar á América, quedaban aun existentes en Madrid treinta y dos hombres mas de los *despreocupados*, y á esos últimos los dividió en dos secciones. La primera, en número de doce, quedó destinada para quedarse en Madrid á las órdenes del mismo capitan, que siempre les habia mandado; y todos los demás, en número de veinte, para partir á Cataluña con el mismo personaje que los mantenia; y allá les encontraremos á todos muy luego. Cuidóse sin embargo de que los que quedasen en Madrid no fuesen conocidos del espulsado, y de este modo, tanto él, como el marqués de Saint-Just, perdieron enteramente la pista de la presa que tanto buscaban. La pequeña partida de doce, que quedó en Madrid, bien pronto se aumentó considerablemente, porque el personaje incógnito dió para ello las órdenes competentes á su encargado, el capitan de los *despreocupados*.

Añadiremos que el pliego que fué pillado al marqués de Saint-Just pasó á manos de ese personaje incógnito, al cual muy pronto conoceremos, y que se dió por muy contento con la presa que habia hecho.

Volvamos, pues, ahora á lo que ha hecho el marqués de Saint-Just desde que le hemos dejado en un salon de su casa con una persona grave y respetable, que habia entrado á verle.



CAPITULO VI.

El Gran Maestre de la Franc-masonería.

Y sus absolutas leyes
Suelen abatir monarcas,
É igualar con las abarcas
Las coronas de los reyes.
ABENAMAR.

GUARDE el cielo á Vuestra Verdad, dijo el marqués inclinándose, al personaje que habia entrado á conferenciar y que era el Gran Maestre de la Franc-masonería española, ó mejor, del Grande Oriente español... era aquel ente desconocido y misterioso á quien solo conocen su secretario, y los miembros del Sublime Consejo de Legisladores Masones.

El tal hombre era un cumplido caballero y de modales muy finos. Su fisonomía era espresiva y agradable. Tenia ya unos sesenta años, pero no obstante, reunia una agilidad casi juvenil, y su semblante conservaba tambien todo el buen aspecto de cuando tenia menos años. Llevaba un trage enteramente negro de piés á cabeza, lo cual le hacía aparecer mas grave y circunspecto de lo que era realmente, y siempre caminaba con paso mesurado.

El Gran Maestre contestó al saludo de su secretario, y sentóse en el sofá.

—Permítame Vuestra Verdad, que os felicite, añadió el marqués, porque, segun las noticias recibidas, de hoy á un año será el aniversario del incendio de conventos en Barcelona.

—Me alegro mucho. ¿Y cuál será la capital que seguirá á Barcelona?

—Murcia, segun las noticias dirigidas á Vuestra Verdad.

—Eso me satisface plenamente, replicó el Gran Maestre, que á su vez jugaba tambien con el perrito que Saint-Just tenia en el sofá. ¿Y qué sabeis del desafío del conde de Toreno y mister Villiers? (1)

—Qué quereis que os diga...

—¿A estas horas sin duda se habrán ya batido?

—A las ocho y media creo que habian de efectuarlo.

—¿Cómo lo habeis sabido?

—El mismo mister Villiers me lo ha dicho.

—¡Ojalá que de esa muriera Toreno! porque así nos ahorrariamos el trabajo de armar un pronunciamiento para quitarle del poder.

—Vuestra Verdad no pierde nada en ello, añadió Saint-Just, y aunque se diga que el diplomático inglés ha sido el autor del pronunciamiento, esto debe darnos muy poco que pensar, porque de todas maneras nuestra secta gana en ello: y cuando otra cosa no sea, nuestros afiliados adelantan un paso de los muchos que hay que dar para llegar al fin que nos proponemos.

—Absteneos, sin embargo, de propalar estas ideas, marqués. Nuestra secta no debe hacer como la progresista... tiene su camino trazado, y no debe separarse de él ni de un ápice. Mientras yo sea Gran Maestre, no lo consentiré... y aunque vos y yo proclamemos ahora la guerra á Toreno, no obstante, sabeis muy bien que es momentánea y por segundos fines.

—En todo esto convengo, replicó Saint-Just, pero confesad que despues de haber hecho al embajador inglés grandes favores, de que no hay ejemplo en la historia, seremos pagados por él del modo que acostumbra toda esa canalla inglesa.

—Temo lo mismo.

—Pero en tal caso, señor, del mismo modo que condenamos á muerte á los españoles, podemos hacerlo con los ingleses, por mas que sean protestantes.

—Lo mismo me dá ver morir á un protestante que á un católico. Todos me son iguales respecto á los fines de nuestra secta; y en prueba de ello, puedo aseguraros que la misma impresion causarian en mí los asesinatos de Eduardo VI de Inglaterra (2), que los de Carlos IX de Francia en la célebre noche de S. Bartolomé (3).

(1) El embajador inglés en 1835. A veces tomaba el nombre de mister Villiers, y mister Williams.

(2) Ese Eduardo VI es el hijo de Enrique VIII el Reformador, que tan contrario y perseguidor fué siempre de los católicos.

(3) Alude á la matanza de herejes hugonotes que se hizo en París en el año de 1572.

—Convengo en todo; pero Vuestra Verdad no ignorará que con la muerte del embajador inglés, sufririan mucho algunos de nuestros afiliados.

De este modo siguieron los dos personajes su conversacion.

El embajador inglés, cuyo verdadero nombre ocultó siempre, aunque él se hacía llamar mister Villiers unas veces, y mister Williams otras, estaba perdidamente enamorado de una hermosa dama de la corte, y encontró un rival en la persona del conde de Toreno, que entónces era presidente del Consejo de ministros. Por supuesto que entre los dos rivales habria algunos altercados; pero como, segun creemos, el conde de Toreno llevó la preferencia, el inglés, para vengarse, resolvió derribar á Toreno y hacerle la guerra de todas maneras. Como era embajador y Toreno tenia muchos enemigos políticos en España, le fué muy fácil al de Albion armar á su contrario lo que puede decirse una zancadilla. Coaligóse con los individuos de la triple junta Masónica, Comunera é Iluminada, y de este modo llevó á la arena política el ódio á muerte que habia concebido por causa de una dama. En esto tuvo orígen la caida de Toreno; y decimos tuvo orígen, porque el embajador inglés fué el que mas trabajó para ello. No contento, sin embargo, trató de incomodar á su rival de otras mil maneras distintas; y de aquí provino el desafío entre los dos, desafío que, como muchos saben ya, no llegó á verificarse, porque se presentó en medio de ellos un noble castellano enviado por María Cristina, (hoy duquesa de Rianzares), que impidió el duelo, haciendo firmar á ambos combatientes un documento por el cual se obligaban á no batirse jamás. Los dos *duelistas* quedaron asombrados, y mucho mas aun cuando les dijo el noble enviado, que si llegaban á batirse, se publicaria el hecho en los dos reinos de España é Inglaterra acompañando á la relacion el documento que acababan de firmar.

El Gran Maestre y su secretario prosiguieron hablando con mucha intimidad hasta las nueve. Entónces el marqués dijo:

—Dan las nueve, señor; y Vuestra Verdad permitirá que me retire, porque es ya la hora de la audiencia.

—Bien... sí; retiraos: y procurad enteraros bien de lo que os digan.

—De todo os daré cuenta. Aunque, en verdad, me será muy pesado, porque aun no tengo leida toda la correspondencia de hoy.

—¿Y cómo es eso?

—Han llegado dos correos marítimos.

—En tal caso, poned ante todo la correspondencia en su órden debido, y despues dareis audiencia.

—Está muy bien.

Iban á dejarse ya, cuando el marqués replicó:

—¡Ah, perdonad, señor! Se me olvidaba dar á Vuestra Verdad una mala noticia con la carta que os presento.

—¿Sobre qué versa esa noticia?

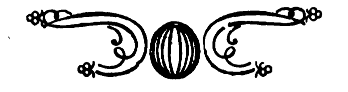
—Podeis leerla con mucho espacio. Es de Santiago Aguilar de Silva, que al fin se ha declarado traidor á nuestra Sociedad.

—¿Será posible?

Al llegar aquí oyeron ruido en la antesala, y el marqués, abriendo una puerta secreta, escurrióse por ella con el Gran Maestre.

Al instante apareció un criado, que vino á observar si la sala estaba desocupada. Volvió á salir, y al momento entraron dos caballeros, que se sentaron prosiguiendo la conversacion empezada.

Era llegada la hora de la audiencia.



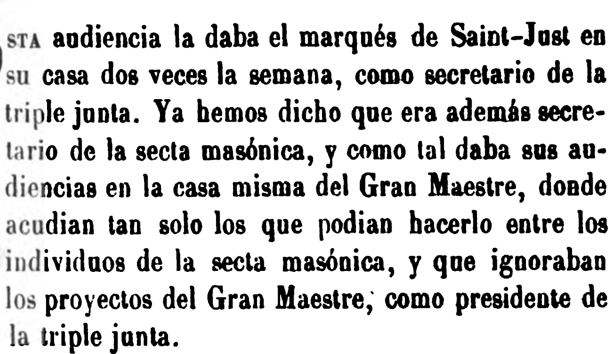
CAPÍTULO VI.

—

Antes de la audiencia.

¿Quién es aquesta dama religiosa,
Que de Getsemaní volando viene?
En su cuerpo gentil, su faz hermosa,
Mas el rostro en sudor bañado tiene:
Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasion se aflija y pene;
Lástima causa. ¿Quién es la afligida
En igual grado bella y dolorida?

Diego de Hojeda.



ESTA audiencia la daba el marqués de Saint-Just en su casa dos veces la semana, como secretario de la triple junta. Ya hemos dicho que era además secretario de la secta masónica, y como tal daba sus audiencias en la casa misma del Gran Maestre, donde acudian tan solo los que podian hacerlo entre los individuos de la secta masónica, y que ignoraban los proyectos del Gran Maestre, como presidente de la triple junta.

Asimismo á las audiencias de Saint-Just, como secretario de dicha tri- triple junta, podian acudir los Masones que se habian declarado por ella, todos los Comuneros y los Iluminados.

Es decir, que se formaba en estas audiencias la amalgama mas monstruosa que pueda concebirse.

Cuando entraban los concurrentes, se sentaban sin ceremonia alguna y sin que los que habian entrado anteriormente tuvieran que levantarse ni guardar otras reglas de urbanidad y buena crianza. Solamente al entrar el marqués de Saint-Just, se quitaban todos sus sombreros. En la antesala se ponia cada uno las condecoraciones que éranle propias; y siempre reinaba entre ellos la mas completa fraternidad.

Ya hemos dicho que al salir del salon el Gran Maestre y su secretario, entraron en él dos caballeros.

—¡Hola! hoy está sola la sala, dijo uno de ellos.

—Poco me importa, contestó el otro. Hoy no vengo por diligencia ninguna; sino tan solo por pasar el rato.

—Tampoco á mí me ocurre cosa particular... Pues, como íbamos diciendo, Federico; me ha parecido una arrogante moza... y sobre todo tan esbelta, tan ligera, tan airosa... te digo, á fé, que me pesa mucho no haber podido escudriñar sus facciones...

—Son muy hermosas, Julian.

—¿La conoces?

—De vista.

—Andaba con mucha prisa, y casi adivinaria cuál era su direccion.

—¿Cuál?

—La de palacio.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de ir hablar á la Reina Gobernadora, para impedir el duelo entre los dos amantes.

—Podria ser... pero ¿por qué?

—Se dice que la reina no quiere permitir el duelo.

—¡Bah!... ¡tontería!

—No es tontería. La reina tiene mucho miedo á lo que puede salir de amantes desesperados.

—Volviendo, pues, á nuestra linda cortesana, me ha parecido que andaba muy agitada.

—Motivo tiene para ello, porque sus dos amantes esta noche se han batido.

—¡Eh! no es esto suficiente motivo.

—¡Oh! ¡no digo eso!

—¿Y por qué no? ¿No es muger? Pues así siendo, muy poco le importará que se batan, ni que se mueran.

—Lo cierto es que yo deseo mucho conocerla.

—¿Te interesa?

Un lacayo anunció en este instante al Sr. duque de Villa-Lon, el cual entró en la sala.

El duque de Villa-Lon era un cumplido caballero. Alta estatura, cabello rubio y brillante, ojos azules y vivos, figura esbelta y aire gracioso, eran las principales prendas que le carecterizaban. El conjunto de su rostro era interesante y lo realzaba un pequeño bigote rubio. Tenia cua-

renta años, vestia con lujo y elegancia, y puede decirse que era aun el modelo de la juventud matritense.

Entró en la sala muy cansado, y echóse con dejadez en una silla.

—Parece, señor duque, que estais muy cansado, dijo Federico.

—Efectivamente, señor baron de Aliatar; estoy muy cansado... sumamente cansado... Y os aseguro que encuentro muy penoso el no poder venir en coche á la audiencia.

—Habeis caminado muy deprisa.

—Verdad es, contestó el duque, porque me convenia mucho llegar antes que otra persona...

—¿Lo habreis logrado seguramente?

—Lo he logrado.

El lacayo anunció entónces á D. Luis Jacobo de Santello, que era secretario del *Gran Castellano de los Comuneros*, y que era tambien miembro de la triple junta con el nombre de *Mac-kinsti*. El duque, que tenia un carácter propenso á escudriñarlo todo, hizo sentar junto á sí al Sr. de Santello, que le habia saludado, y le dijo:

—Venís muy á tiempo, Sr. de Santello... Vos sois de los mas entendidos Comuneros de España; no dudo podreis darme razon de una cosa que desearia saber.

—Mucho quiero complaceros, replicó Santello, pero no admito eso de ser yo de los mas *entendidos*, porque entre ellos solo debeis figurar vos.

—No tal, Sr. de Santello. Vuestros títulos... vuestra esperiencia... todo lo acredita.

—Sí tal, señor duque... Vuestro talento... vuestros progresos... todo lo acredita tambien.

—¿Mis progresos?

—Sí... en menos de dos meses habeis hecho toda la carrera masónica. ¿Os parece poco?... Pero, en fin, decidme: ¿qué es lo que deseais saber?

—Quiero suplicaros que emitais vuestra opinion acerca de ese nuevo pronunciamiento con que nos regala el embajador inglés.

—Me buscais cabalmente conversacion, señor duque, sobre un asunto del cual tenia muchas ganas de hablar.

—Me alegro, porque esta noche tengo mucho deseo de politiquear.

—Y bien... lo mismo que yo...

—Hablad, pues, francamente. El embajador inglés, que Dios en buen hora condene, vá á darnos un pronunciamiento. Esto es una grande gloria para el Mister; y desearia saber vuestro parecer.

—Vais á oirlo.

CAPÍTULO VII.

Moderados, Progresistas y política de 1835.

Masons have long been free;
And may they ever be...
Princess and King our brother are.

Libres han sido los Masones
En distintas ocasiones,
Y mas pueden aun serlo;
Pues como á hermanos nuestros
Príncipes y reyes tenemos.

CANCION MASÓNICA INGLESA.

Se ha dicho que el inglés adquiere en España demasiada gloria y preponderancia promoviendo una revolucion, añadió el progresista Sr. de Santello. ¡Linda bravata!... ¡Bello modo de discurrir!... ¿Sabe ó no la triple junta lo que le conviene? Pues si lo sabe... ¿á qué viene consultar mezquinos intereses? ¿A qué objeto se hace la revolucion? Para destruir esta sociedad secreta del Justo-medio, contraria nuestra, y de la triple-Junta, que ha conocido sus perfidias; y por lo que toca á nuestra faccion comunera, deseamos la revolucion para establecer nuestras miras de progreso.

Adviértase que el Sr. de Santello era progresista y el duque de Villa-Lon moderado. Ambos eran dos buenos adalides, de los cuales el uno queria sondear al otro. Sin embargo, condujeron la cuestion con mucha prudencia, y lo que es mas, con mucha tunantería.

—No será preciso, señor duque, añadió Santello, que os demuestre los males sin cuento que atrae á la causa del progreso y de la triple junta esa sociedad secreta del Justo-medio, que sostiene á Toreno y que

se coloca entre el despotismo de D. Cárlos ó de cualquier otro, y lo que se llama *demasías del partido exaltado*. Es preciso que tarde ó temprano acabemos con esa sociedad que sostiene á Toreno, y que es por él sostenida... Pues bueno, señor duque... si esto es la necesidad, si esto es lo que conviene, ¿qué nos ha de importar que sea inglés, árabe, tudesco ó mameluco, el autor de la revolucion? ¿Direis acaso, que mister Villiers satisface mezquinos deseos? ¿Se dirá quizás que una cortesana... una simple muger de alcurnia habrá sido la causa de esa misma revolucion? ¡Bello reparo! ¡Nécio escrúpulo, al mismo tiempo que estrema falsedad!... Imposible me parece que hombres de talento puedan decir tales despropósitos. ¿No tenemos los Progresistas guerra jurada al Justo-medio? ¿No debemos vencerlo un dia ú otro? Pues ¿á qué vienen escrúpulos tan intempestivos? Por habernos proporcionado el embajador inglés lo que necesitábamos, ó lo que nos faltaba para la revolucion ¿se dirá que esa misma revolucion ha sido motivada por la rivalidad en amores de Toreno con el embajador? El embajador inglés... entendedlo bien... no ha sido mas que un apoyo del pronunciamiento, y de todos modos se hubiera declarado enemigo de Toreno. Los ingleses odian á muerte á los Masones, no por ser tales, sino por ser moderados; y jamás vereis á la Inglaterra hacer causa comun con ellos, del mismo modo que jamás la vereis dejar de proteger á los Comuneros, no por ser tales, sino por ser Progresistas. Esta dama no ha sido causa, sino ocasion del pronunciamiento. La causa está en las viles y tiranas acciones de Toreno y su secta; y en la guerra á muerte que nosotros los Comuneros tenemos jurada á los nenes del Justo-medio... Toreno, en primer lugar, desertó vilmente de nuestras filas para pasar á las del Justo-medio, que es imposible en un siglo de luces y de filosofía, como el que nosotros deseamos y está pronto á venir. Ya veis cuáles han sido los resultados de su desercion. Se ha encallado nuestro progreso; se nos ha designado como anarquistas y conspiradores (1); se ha declarado la existencia de nuestras Logias, dándoles el nombre de *clubs de pervertimiento y de venganza* (2); y para mayor abatimiento se ha declarado la existencia de esos *clubs*, no solo en los periódicos vendidos, sino hasta en las mismas sesiones de Córtes (3). Y no es eso todo. Vos no ignorareis lo que ha hecho con los Iluminados, y aun con muchos individuos y Logias de su mismo Justo-medio. Y todo esto ¿podremos aguantarlo? ¿Podremos sufrir que un periódico nos venga

(1) Véanse los periódicos moderados de 1835.
(2) Véanse los mismos.
(3) Véanse los mismos.

en 1835, diciendo que hay las mismas sectas secretas de esterminio que en 1822; diciendo que estas sociedades de progreso atemorizan con sus designios á muchos liberales y espíritus indiferentes, engrosando por este medio las filas carlistas? (1) Y antes de todo esto, ¿no éramos nosotros solos para preconizar la libertad?... ¿Quién diablos abortó pues esa sociedad del Justo-medio y moderacion? ¿Es acaso necesaria para algo? Para conocer, señor duque, cuán indispensable es el acabar pronto con ellos, tended la vista á los años de 1820, 21, 22 y 23, y ved en ellos los estragos y horrores que nos causaron nuestros rivales... ¿Y no puedo aseguraros ¡vive Dios!¡ que mejor era la sociedad de los Comuneros en 22, que la del Justo-medio en 35? Caiga pues mil veces esa banda de cafres, ya que se nos presenta ocasion para ello: ataquémosla de frente y flancos, y esterminemos, que ya es hora.

—Mucho me ha agradado vuestra esplicacion, Sr. de Santello, replicó el duque, pero he notado en ella una idea muy chocante, que despues habeis desenvuelto con muy estudiada maestría. Habeis dicho vos: «¿Y quién diablos abortó, pues, esa sociedad del Justo-medio y moderacion?»

—Verdad es... lo he dicho y lo repito.

—Lo he oido perfectamente; pero yo soy muy franco, Santello; y de buena ó mala gana, me permitireis que os hable con franqueza. Con estas palabras, de que «no sabeis quién abortó esta sociedad del Justo-medio» quereis dar á conocer, ó que yo soy muy nene ó muy poco entendedor: y á fé mia, que os lo digo sin empacho, á pesar de que seais secretario del Gran Castellano ó Maestre de los Comuneros. Yo soy solamente un Caballero Kadosc en mi sociedad; pero esto no impide el que vos debais ocultar lo que sabeis tan bien á un hombre como yo, á un duque de Villa-Lon, que no tiene sed alguna de dinero, porque sería un injusto en tenerla, puesto que sus tierras y señoríos le producen á él mas oro que el que le producian en otro tiempo al rey de España las minas del Potosí. Y digo, Sr. de Santello, que no tengo ambicion ninguna de dinero, porque sé lo mismo que vos, que el dinero y no otro fué el diablo que abortó la sociedad del Justo-medio y moderacion. La ambicion de dinero fué y no otra: y advertid de paso, que lo sé perfectamente: y que lo sabe tambien el menos profundo de los políticos de Europa.

(1) Son muchos los periódicos moderados que publicaron esto. Yo por de pronto, cito al *Vapor*, periódico Mason que se publicaba en Barcelona.

—Enterado os mostrais, señor duque, y desearia que me hicierais la historia de la sociedad del Justo-medio.

—No me haré de rogar, replicó el duque. El sistema representativo, considerado en general, es objeto de todas las sociedades secretas, sea cual fuere su color (1), pero vos ya sabeis que, en vista del crecido número de preconizadores que tuvo al principio, no todos pudieron disfrutar de los empleos y turron que el citado sistema proporcionaba. Es decir, que como con el sistema representativo muchos desean *robar*, y no todos pueden ser *ladrones*, ha tenido que haber division entre ellos. Este es el principal fundamento de esa division entre los liberales; fundamento bastante mezquino por cierto, considerado con ojos desinteresados; pero mas relevante y grande, considerado con los de la avidez de llenar bolsillos, sin trabajar y á costa del pueblo.

—¿Y á qué viene, Sr. duque, el que á unos les digan moderados... y á los otros exaltados?

—¡Tambien eso!... ¡Vaya!... Dicen algunos, que eso proviene de las ideas de cada cual; pero vamos á indagarlo... Ya que vos estais de cachaza, y yo tambien, hagamos un precioso cálculo, y politiquemos de este modo, hasta que vos esteis saciado. Decidme, Sr. de Santello, ¿á qué número haceis subir los liberales por conviccion, que hay en España?

—Segun cálculos exactísimos, ascienden á tres millones.

—¡Portentoso disparate! replicó el duque soltando una solemne carcajada. ¿Sabeis lo que habeis dicho?

—La verdad.

—Por supuesto... pero...

—¿Pero qué?

—Os equivocais completamente.

—¡No tal!

—Fingireis, pues, equivocaros...

—Mucho menos... Pero decid, pues, duque, ¿cuántos son los liberales por conviccion, que cuenta hoy dia la España?

—Segun cálculos exactísimos é infalibles, no pasan de ochocientos á mil y ¡cuidado! que aun voy demasiado léjos.

—¡Gracioso, señor duque!... ¡Magnífico! replicó Santello soltando tambien á su vez la carcajada. ¿Y los miembros de las sociedades secretas? ¿Y el pueblo que sigue nuestros designios? ¿Y la semilla que hay sembrada para lo futuro?

(1) Esto en España, y sino en la esencia, en la apariencia.

—¡El pueblo!... ¡las sociedades secretas!... ¡Lindos apoyos, por Dios, Sr. de Santello!... Esos apoyos son como batallones de reclutas forzados, para sostener á un general de poco talento... Pero en fin... atendedme. Vos evaluais en tres millones el número de liberales que hay en España... que sean tantos en su acepcion genérica, no os lo niego: pero veamos lo que ellos son. La mayor parte lo son por espíritu de novedad; los hay además por espíritu de venganza; por estar afiliados á las sociedades secretas; otros por temor, y por seguir á los dogmatizadores engañosos; y otros por mil motivos mas. Esto es tan cierto, que no puede negarse; ni creo que nadie quiera intentarlo. Por esto he dicho, que segun mis cálculos (y estos los callo) no pasaban de ochocientos los liberales por conviccion. Que estos son los que deben hacer prevalecer el sistema liberal, no hay duda tampoco: y atendido á lo que requiero, para que un liberal lo sea por convencimiento puro, dudo aun que llegue á ochocientos su número. Los liberales puros y desinteresados son una planta muy escasa, que no se encuentra siempre que se necesita.

—Peró, señor duque, ¿á qué viene esa estadística? Si tan pocos fueran... ¿cómo podrian realizar todos los proyectos que abrigan?

—Pues bueno... en eso está el orígen de llamarse unos moderados y otros exaltados... Vamos á verlo. Con solos ochocientos liberales por convencimiento, entre los cuales os cuento á vos, quieren los progresistas emprender esos descabellados proyectos, que solo podrian realizarse con mucho tino y con poderosos alicientes en naciones, cuyos individuos fuesen concienzudamente liberales en su mayor parte. ¡Miseria humana!!!... Hay naciones, cuyo número de liberales por conviccion es crecidísimo, y no obstante, en estas naciones se medita mas para plantear ciertas novedades secundarias, que no lo han hecho los progresistas con ochocientos para plantear nada menos que una ley fundamental del Estado. Por todos lados se encuentran un sin fin de obstáculos; y ya veis, Sr. de Santello, que yo no soy un niño y que todo lo conozco tanto como vos, si sois de mi parecer; pero mejor que vos, si disentís. Lo mismo vuestra sociedad progresista, que la nuestra moderada, no quisieron avenirse con los planes del ministerio Cea-Bermudez: el motivo ya lo sabeis... vino despues el Estatuto real... y todos le aplaudieron. Yo confieso paladinamente, que descendiendo de Calomarde, era bueno y casi necesario el progreso; pero en vista de los pocos liberales que hay de buena fé, debiamos detenernos en el Estatuto, para, por medio de él, preparar con la ayuda del tiempo la publicacion de otras leyes mas ámplias. Esto convenia: pero la sociedad Comunera del progreso, erre que

erre, ha admitido el Estatuto, para proclamar sin tregua la Constitucion del año 12, y luego una república moderada, que fuera la cuna de otra enteramente *iluminada*. Pero sobre todo no perdais de vista que vuestra sociedad pretendia hacer todo esto, confiada en ochocientos liberales por conviccion repartidos en dos bandos; aunque si quereis que os diga la verdad, reconozco que si son ochocientos los liberales de buena fé, setecientos cincuenta á lo menos están de parte de los progresistas.

—Os he escuchado con atencion, señor duque, dijo entónces Santello, y al fin habeis confesado que vuestra sociedad del Justo-medio tiene dos fundamentos ú orígenes distintos.

—Dos orígenes distintos..... sí, señor. El uno es la sed del dinero, y el otro el mostrarse mas razonables que los progresistas.

—¡Mas razonables!.... ¡por Dios, señor duque..... por Dios!

—Entendámonos, Santello; la ambicion dividió á los liberales; y las ideas moderadas de los unos, y exaltadas de los otros, canonizaron la division.

—Pero amalgamando los proyectos de los dos partidos, ¿qué es lo que vos hariais, señor duque?

—Si yo tuviera que regir los destinos de la Nacion, obraria de la siguiente manera: Vosotros los progresistas, os habeis propuesto publicar la Constitucion del año 12 en 1835, otra Constitucion reformada en 36, la república moderada en 40, y la otra de raja-tabla tan pronto como posible fuera; pero yo me contentaria con publicar la Constitucion del año 12 en 40, la reformada en 50, la república moderada en 60 ó 70, y la iluminada jamás. Me parece que eso es ser muy razonable.

—¡Mucho! Dios nos libre de ello..... y decidme, ¿pensariais, si vos redactaseis las disposiciones para cada cosa en particular, del mismo modo que yo?

—No penseis tal cosa, Santello..... Andariamos á mas de diez mil leguas de distancia uno de otro; y por mas vueltas que diéramos, no nos encontrariamos jamás..... Dejemos esa cuestion, porque es demasiado larga, y quién sabe á donde iriamos á parar.

—Dejémosla en hora buena. ¿Qué me decís, pues, señor duque, del empeño de los individuos de la triple junta y de sus secuaces?

—Tocante á derrocar á Toreno, aplaudo todas las medidas. No sería yo quien pusiera un colchon debajo de sus ventanas, si por ellas le arrojaban; pero tocante á publicar la Constitucion la triple junta, sin tener medios para ello, debo decir que su empeño es igual al de un heredero pobre que quiere comprar una gran propiedad y no tiene dinero.

—¡Oh..... señor duque de mi alma! esa semejanza no es admisible... pero démosla por tal, y decidme, ¿qué pensais de Toreno, que, segun dicen, vá á pedir auxilio estranjero para conjurar la tormenta?

—¡Pero, Santello! ¿á quién vá á pedirlo?

—A la Francia.....

—¡Maldita Francia!....

—¡Maldita! pero.... ¿qué decís?

—Digo que Toreno y su partido se parecen en tal caso á otro heredero pobre que quiere comprar una gran hacienda con dinero ajeno, que tarde ó temprano tendrá que devolver con usura.

—Eso ya me gusta mas.

—Por tanto, Sr. de Santello, confesad sinceramente, que la revolucion que estamos haciendo, no hubiera llegado á realizarse si una dama no se hubiese apoderado del corazon de Toreno y del embajador. Gracias á éste, si vencemos á los frailes y á los moderados de Toreno... pero.....

—Por lo que veo, duque, y á pesar de todo lo que decís, sois mas partidario de Toreno que de la triple junta y mucho menos de los progresistas.

—Os equivocais en esto como en todo. ¿Me teneis á mí por cobarde, inconsecuente y ambicioso?

—Nada de esto, señor duque, léjos de mí tal pensamiento.

—Pues, no siéndolo, no puedo ser de ninguna manera partidario de Toreno, porque ó son cobardes, ó ambiciosos, ó inconsecuentes (1).

—Esplicadme esos epitetos.....

—¿Deseais que os los esplique?

—Pues bien. Son cobardes los partidarios de Toreno (los moderados quiere decir), que por temor, entre otras cosas, de que los progresistas irritáran con sus propios progresos la ira carlista, en caso de que triunfasen, abandonaron unos al partido progresista, y otros dejan hoy á la triple junta para pasar al Justo-medio de Toreno, y evitar de este modo las represalias que podrian tomar los carlistas, en caso de que triunfasen. Yo por

(1) Suplico encarecidamente y con mucha instancia á todos mis lectores sin distincion lo siguiente: Que prescindan de todos esos epitetos, con que el duque de Villa-Lon regala á los partidarios de Toreno: y lo interesante de mi súplica consiste en que los apliquen á todos los moderados en masa, y no solo los epitetos esos, sino todo lo demás que sigue, sin esceptuar la menor idea. Por no romper el hilo de mi historia, lo hago aplicar por el duque á los partidarios de Toreno; pero repito, que todo conviene al partido en masa.

tanto, no soy cobarde; soy progresista de corazon, pero no por ideas: y por esta razon admito los designios de la triple junta, compuesta toda de valientes, y que han de ser laudables para todo buen liberal..... Los partidarios de Toreno (quiere decir tambien los moderados) son unos ambiciosos, porque han procurado separar de sí á los progresistas y á los moderados, que les hacian sombra, para poder disfrutar todos del turron. En el bando progresista hay muchos hombres rectos y desinteresados, que ahora se han unido á la triple junta; y por esta razon me he unido yo tambien á ella, lo cual he hecho tambien para apartarme de ciertos moderados que son en estremo ambiciosos, y yo no lo soy. Los partidarios de Toreno (tambien quiere decir todos los moderados) son asimismo inconsecuentes; y las pruebas de ello son muchas. Entre otras, los oireis clamar por la estincion de los Regulares, y se oponen á nuestros proyectos dirigidos al mismo objeto. Yo no solo les califico de inconsecuentes, cobardes y ambiciosos, sino tambien de traidores, de opresores del pueblo y de embaucadores públicos. Yo por tanto no soy ni quiero ser nada de eso, y por esta razon jamás querré mezclame entre ellos.

—Pero, señor duque, creo que obrariais mejor si adjudicarais á todos los moderados los epitetos que acabais de dirigir á la fraccion de Toreno.

—Es mucha verdad, pero no obstante, hay algunos que no los merecen.

—¿Y lo decís de veras?

—De veras. Son algunas personas como yo, que se han unido á los Masones por haber sido engañados como chinos.

—¿Y no podriais abandonarlos?

—Cuando los pocos hombres de bien que hay entre ellos les abandonen, les abandonaré yo.

—Pues de este modo ya no os pesaria que destruyésemos la sociedad masónica.

—Si se tratase de destruir á toda la sociedad y las ideas de ella que yo apruebo, me opondria; pero si se tratase de destruir á los moderados malos (*que son casi todos*) pudiendo subsistir las ideas buenas, yo sería el primero en dar el grito. Podriais darme á mí la bandera, y veriais cuán alta la sostendria.

—Si deseais la destruccion de los moderados, mucho adelantareis promulgando la Constitucion del año 1812.

—Ya os he dicho, Santello, que yo era partidario de algunas ideas

de los moderados, y contrario al mismo tiempo de casi todas ellas. Pero destruirlos, publicando la Constitucion por medio de un inglés, será mas bien un triunfo para ellos que un contratiempo. Yo no niego que si vosotros los progresistas quereis, lograreis ahora el triunfo, pero será momentáneo, y no tendrá en que apoyarse. Teneis medios para ello, pero desengañaos: si vuestras miras van mas allá de la caida de Toreno, colocando en el poder á los miembros de la triple junta, estais perdidos sin remedio. Meditadlo bien.

—Señor duque, si quereis que os diga la verdad, sois muy estatutista, á pesar de ser enemigo de muchos moderados.

—Tampoco soy estatutista, Santello. A los estatutistas por sistema los reputo como enemigos, porque son los bárbaros que satisfacen mezquinos intereses. Hay algunos moderados, como yo, que desean salir del Estatuto, pero no quieren apresurarse tanto como vosotros... ¡Y á fé que me habeis hecho gracia con decir que yo soy estatutista! No he entrado en la sociedad de los Masones para defender á todo trance el parto de Martinez de la Rosa... Y con esto, Sr. de Santello, acabemos por hoy, porque ha llegado ya una persona á la cual debo hablar.

—Como gusteis, duque, dijo Santello levantándose. Pero sabed, que todo lo que vos habeis dicho, ya lo sabía yo: solo he querido que os esplicaseis, porque sospechaba de vos; pero ahora veo que hombres de vuestro temple son los que faltan en España.

Y acercándosele al oido, le dijo:

—Duque de Villa-Lon, ya sereis ministro.

Durante la conversacion del duque y Santello, la sala se habia ido llenando de toda clase de caballeros, y vamos ahora á ver lo que hacen algunos de ellos.

CAPÍTULO VIII

—

El embajador inglés.

Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con glorias que merezca
Gozar eterna vida
Sin que yazga en tinieblas ofendida,
Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido y la termine,
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline.

HERRERA.

Cuando mister Villiers, el embajador, entró en la sala de la audiencia, hubo un movimiento general.

Tenemos á la vista una descripcion del personaje que nos ocupa, y dice así:

«El señor conde de ***, que ha estado en España algunos años, primero como Mr. Villiers, despues como sir Williams, y por último, como lord ***, representando á la Gran-Bretaña cerca de nuestra corte, es un hombre alto, delgado, pálido, rúbio, sério, elegante, fino y circunspecto. En Madrid le conociamos por profundo político, de estos que saben bien la aguja de marear por los diferentes rumbos de la diplomácia; le teniamos tambien por hombre de buenas prendas como particular; sabíamos que era persona de trato amable y cortesano, muy á propósito para disponer un baile y dar un banquete con todos los ribetes y tildes del buen tono, y la refinacion del gusto mas esquisito. La sociedad madrileña le dió mil pruebas de afecto, honrando los productos de su cocina y repostería, consumiéndole con la mayor amabilidad sendos sorbetes y esquisitos helados, masticándole emparedados y pastas, y ayudándole con tanto celo como

el que nuestra aliada la Inglaterra muestra para ayudarnos en la guerra civil, á desocupar botellas de Champaña y de Madera, ó frascos alemanes de Kirschenwasser.»

Cuando entró en el salon, iba de uniforme. Venia sudado y lleno de polvo, como si acabára de correr tras una partida de facciosos, ó como si acabase de dejar su caballo, puesto que aun traia el látigo en la mano.

—¡Albricias, milord! le dijo uno de los circunstantes cuando él entró.

El inglés se echó en un sofá, al tiempo mismo que arrojó su sombrero sobre una silla. El que le habia dirigido la palabra continuó diciendo á su lado:

—Me alegro infinito de veros, Mr. Williers, porque vuestra presencia es señal manifiesta de que la suerte os ha favorecido... ¡Gracias á Dios! ¿Habreis dado la muerte á Toreno?

—¡Ojalá que así fuera!

—¿Pues no?

—¡Maldita suerte mia! repuso el embajador fuera de sí. ¡He sido un cobarde, señores!

—¡Cómo!... ¡Imposible!...

—¡Oh! si volviera á hallarme en el caso, ¡por S. Jorge!... obraria de otra manera.

—Pero, en fin, ¿á que viene todo eso? preguntó uno.

—¿A qué ha de venir? á que no comprendo cómo ha podido saberse el sitio donde debiamos batirnos. Pero ¡qué diantre! si ya era tan público!

—¿Os han descubierto?

—Aun mas que esto. Al momento de ir á cruzar las espadas, se nos presentó un enmascarado seguido de diez ó doce satélites, y nos mandó nada menos que bajar las armas y quedar prisioneros, hasta que hubiésemos firmado un documento que nos ha presentado. Habíannos rodeado ya, se habian apoderado de nuestras espadas, y nos era imposible huir. ¿Y no saber ahora quién era ese tunante de la máscara?... ¡Vamos, vamos!... lo diré mil veces... he sido un cobarde.

—¿Sería quizás?...

—¡Aguardad, aguardad! replicó el embajador. Cuando ya habiamos firmado, leyósenos el documento; nos obligábamos, bajo palabra de caballeros, á no empuñar mas las armas para batirnos, con otras minuciosidades que me cállo. Y no es esto solo: sino que despues de haber firmado Toreno y yo, hizo firmar como testigos á los padrinos que habiamos llevado, y antes de abandonarnos, nos dijo:

—Ya saben Vds. lo que han firmado; si hoy ó cualquier otro dia llegan á batirse, publicaré esa aventura en los dos reinos de España y Gran-Bretaña, para que en ambas naciones se sepa; al mismo tiempo, que la reina Regenta de España y el rey de Inglaterra leerán ese documento que acabais de firmar.

Cuando llegó aquí el embajador, muchos de los circunstantes se echaron á reir.

—¡Vive Dios... que les ha cogido de lleno el enmascarado! dijo un militar.

—Ya no quiero, añadió el inglés, á esa maldita Dulcinea, que es como la llamaria vuestro Cervantes, porque ha sido la causa de que mi honor se rebajase, hasta tal estremo... ¡Por Dios y S. Jorge, que estoy rabioso!

—¡Mejor para Toreno, milord!... así tendrá la plaza desocupada.

—Pero bien caro lo pagará (1).

—¡Oh! ¡y cuánto me alegro!

—Pero yo, añadia el inglés, quisiera saber quién es este hombre enmascarado.

—¿No sospechais de nadie?

—Sospecho que sería alguno instigado por el mismo Toreno...

—¡No!... ¡disparate!... acaso por la pobre muger de Toreno...

—¡No creais... es muy celosa!

—¿Y qué importa que lo sea?

—Mucho: porque á saberlo ella, hubiera permitido que su esposo quedase escarmentado, para quedar sin rival.

—¡Buenas noches, milord! dijo el duque de Villa-Lon acercándose al embajador.

El embajador contestó al saludo del duque inclinándose.

—He visto á Toreno entrar en su casa sano y salvo... os veo despues á vos sano y salvo: ¿no ha tenido lugar el combate, segun parece? pero en verdad, milord, debo deciros que sé algo de lo que ha pasado.

—Sabreis lo que yo he dicho.

—Mas aun... á pesar de no haber escuchado nada.

—¡Duque! añadió el inglés levantándose lleno de admiracion.

—Milord, repuso el duque, sentándose sin duda para formar contraste.

—¿Y sabeis tanto como yo?

(1) Bien caro lo pagó

—Mas aun que vos... Ya os lo he dicho...

—Y para que yo no pueda dudar... tendriais la bondad de esplicarme...

—Os esplicaré cuanto querais... y mas aun de lo que vos sabeis...

—En tal caso, nos retiraremos á un lado, dijo el inglés, y allí podremos...

—No, milord... es cosa de mucho hablar... y necesito tiempo.

—En este caso, señor duque, pasaré mañana á vuestra casa.

—No puede ser, porque cabalmente esta noche misma salgo para Barcelona.

—En tal caso decid que quereis evitar las esplicaciones.

—Os equivocais, milord... Tomaos la pena de pasar á verme á Barcelona, y allí os esplicaré algunas cosas que os conviene saber.

—Pero, señor duque, podeis conocer que me es imposible pasar á Barcelona.

—Estoy empeñado en que vengais á Barcelona... y creedme, no os pesará, porque es una poblacion muy agradable... Soy vuestro amigo como ya sabeis, y os repito, que si emprendeis la marcha, no os arrepentireis jamás de haber ido á Barcelona para hablar con el duque de Villa-Lon... Puedo deciros ciertas cosas que os interesan á lo sumo...

—¡Pero no podré venir!...

—¿Por qué?

—Soy embajador... y...

—¿Y qué?... Pedid pasaporte... y está todo concluido...

—Bien, duque... lo haré... dadme esa mano.

—Muy bien, milord Villiers... ahora os daré una tarjeta con mi direccion.

—Corriente...

Sacó el duque una cartera de terciopelo azul con embutidos y cerradura de oro y su escudo de armas del mismo metal. A la vista de esa cartera, el embajador se quedó atónito y pasmado. El duque lo observó, pero no hizo caso, sacó de su cartera una tarjeta y se la entregó. Decia así:

Calle de los Condes de Barcelona, núm. 2, piso 1.°

El inglés permanecia atónito.

—¿Os admira la propuesta? le dijo el duque conservando en la mano su cartera.

—Quiero haceros, duque, una pregunta, replicó el embajador. ¿Esta cartera azul ha tenido otro dueño antes que vos?

—Sí tal... habia pertenecido á mi padre; pero desde que él murió, me he servido de ella esclusivamente.

Entónces mister Villiers cogió al duque por la mano, y éste se dejó conducir como un niño y riendo hasta en medio de la sala.

—Vuestra cartera, duque, os ha descubierto...

Todos los circunstantes estaban maravillados y esperaban.

—¿Y qué? replicó el de Villa-Lon.

—El dueño de esa cartera es el que ha impedido hoy mi desafío con Toreno. ¡Vos sois el enmascarado!

—Ahora voy sin máscara, milord, replicó el duque con la mayor socarronería; pero decidme... ¿acaso me considerais poco firme para sostener lo que os he dicho en el lugar del combate? Yo soy el enmascarado.... he impedido el duelo... pero... ¿dudais de mi firmeza?...

—Duque... necesito esplicaciones.

—Os las daré.

—¿Cuándo?

—En Barcelona... Venid allá, milord... lo deseo mucho. Ya sabeis mi habitacion, y creed que no os pesará de haberlo hecho; pero atended á que nada de lo que os interesa os comunicaré, si intentais reproducir el duelo... Lo que he dicho en el campo, os lo digo ahora... puedo cumplirlo... y por tanto, necesito hablaros, tanto como vos necesitais escucharme... Venid á Barcelona...

Iba á contestar el embajador inglés, pero cabalmente apareció en la sala un lacayo que dijo:

—¿Mister Villiers está aquí?

—¿Qué se ofrece? repuso éste.

—Su Verdad le está esperando.

El embajador dejó á los circunstantes y fuése con el lacayo.

CAPÍTULO IX.

Tristes recuerdos de un año antes.

Mil ecos gloriosos
Dirán: «yace aquí
Quien fué su divisa
Vencer ó morir.»
ARRIAZA.

Despues de haber salido el embajador inglés del salon, quedaron todos los circunstantes hablando de lo que acababa de pasar. Volviéronse por fin á animar los grupos, y uno de ellos particularmente, llegó á ser muy crecido.

El duque de Villa-Lon quedóse hablando nuevamente con el Sr. de Santello. Así prosiguió el duque hasta que se acercó á ellos un señor brigadier amigo de Santello, y les dijo:

—Ea, amigo Santello... y vos tambien, chuscador de ministros y embajadores, ¿no quereis pasar un buen rato?

—Para eso venimos, dijo Santello.

—Pues, en tal caso, acercaos al grupo de allá y oireis cosas estupendas.

—¿Cuáles?

—Una relacion de todo lo que acaeció en la célebre tarde del 16 de julio del año pasado (1).

(1) Los Masones y demás sectarios propalaron la noticia de que los frailes habian propagado el *cólera* en Madrid. Amotinaron al pueblo, y acaeció la matanza que todo el mundo sabe.

—¡Hola! dijo el duque, que hasta entónces no habia contestado. Siendo así, vamos á oirlo... ¿Y quién lo cuenta?

—El marqués de Rosental, que fué testigo de vista de muchos de aquellos sucesos.

Los dos interlocutores se acercaron al grupo, en medio del cual se hallaba el marqués de Rosental, hombre feo, pero de buena estatura, el cual estaba contando á todos los demás los sucesos á que nos hemos referido.

—Aquello daba gusto de ver, iba diciendo el marqués de Rosental. En un santiamen las calles se llenaron de gente, y en cuanto tuve noticia de los movimientos, me puse mi vestido de guardia de corps y me fuí derechito á palacio. Allí me encontré con un amigo íntimo, que era tambien guardia de corps, quien me dijo que me estaba esperando para salir. Yo al principio me resistí; pero él instó de nuevo, pidiéndome que le acompañase al colegio de los Jesuitas, donde tenia á un hermano, al cual queria salvar de los coléricos. Salimos efectivamente. Ahora pasaré por alto, amigos, todo lo que vimos; las atrocidades que presenciamos; los horrores que nos sorprendieron; la crueldad con que nuestro populacho asesinaba á los indefensos religiosos.

—¡Cómo indefensos!... ¿no tenian al cólera?

—Y sobre todo, la asiduidad con que registraban los conventos y desbarataban cuanto encontraban, todo bajo pretesto de encontrar polvos venenosos ó botellas de licores epidémicos, segun ellos decian (1). Os aseguro que tuve lástima á los frailes...

—Pero decidme, señor marqués, objetó el brigadier. ¿Encontraron efectivamente esas botellas de cólera ó de licores coléricos?

—¿Qué habian de encontrar? Algunas botellas de vino y nada mas.

—¡Eh! al fin sabremos algo. Casi, casi estoy por creer que aquellos amotinados, al topar con esas botellas, se beberian animosamente el cólera, como Sócrates se bebió la cicuta. ¡Oh qué abnegacion! Ahora ya no hay que dudar, que algunos de los tales pillan el cólera, en cuanto cae entre sus manos algun frasco de Champagne ó de Madera de los de mister Villiers ó cualquiera otro. El escremento de uva es muy poderoso... Seguid, seguid, marqués de Rosental, añadió el brigadier.

—Ya me apurais la paciencia, y deseo que si vuestra lengua os lo permite, me dejeis hablar. Sois tambien tan colérico como... Llegamos

(1) Paso por alto la relacion de hechos tan horrorosos y salvajes, por ser ya bien conocidos del público.

por fin al colegio de los Jesuitas, y me es preciso confesar, que no puede encontrarse valor como el de aquellos hijos de San Ignacio. Cuando entrábamos en la portería, salian los pensionistas llorando y temblando la mayor parte. Y no era estraño; querian infinito á sus maestros, uno de los cuales los hizo pasar todos al oratorio, para rogar á Dios tan luego como se notaron los primeros movimientos. Los niños no sabian nada de lo que pasaba, y mientras ellos oraban dentro del colegio, estaban asesinando á los demás Padres. Algunos habian querido disfrazarse y salir, pero al instante fueron conocidos y asesinados sin piedad. El rector del colegio era un catalan sapientísimo y virtuoso, llamado el P. Saurí. Valiente como un atleta, no quiso esconderse ni escaparse... tomó un crucifijo, y con él fué á pasearse por los claustros. Advirtióle la muchedumbre, y al instante se le acercó. El P. Saurí les arengó con toda entereza, les habló con dignidad y hasta con atrevimiento. Sus acometedores se detuvieron al oirle, casi temian acercarse á él; pero al fin, avergonzados de que pudiera decirse que tal presa se les habia escapado de las manos, algunos de los mas audaces arremetieron contra el indefenso, y lo mataron á puñaladas (1). Yo le ví tendido en los claustros y bañado en su propia sangre. Los sublevados registraron escrupulosamente el colegio, y no encontraron mas que un pequeño vasito de vinagre en cada celda; porque los Jesuitas supieron ya lo que debia suceder, y habian preparado aquel líquido, no para ellos, sino para socorrer á los pensionistas. Llegó el populacho por fin á la puerta del oratorio, y echaron abajo las puertas (2). Los niños se asustaron al ver entrar á aquellos hombres asquerosos, llenos de sangre. Levantáronlos á todos, y uno de los gefes asesinos hizo marchar á los niños de dos en dos, mandando que los acompañasen hasta fuera del colegio. Esto se hizo así, y figuraos cómo estaria el alma de aquellas criaturas al encontrar á cada paso, mientras iban saliendo, los cadáveres de sus amados y desventurados maestros; y lo digo así, porque sabe todo el mundo cuanto se hacian amar de sus discípulos los PP. Jesuitas. Ya he indicado que cuando salian los pensionistas, entrábamos nosotros. En la misma porteria encontramos á dos religiosos muertos, y nos dirigimos luego en busca de los que aun se habian escapado de la matanza. Ahora es ocasion de de-

(1) Murió pidiendo á Dios que perdonase á sus matadores, y diciéndoles que moria gustoso lo mismo que todos sus demás compañeros, con tal que no causasen daño alguno á los pensionistas que habia reunidos en el oratorio.

(2) A pesar suyo, tuvieron que detenerse al ver aquella infinidad de niños arrodillados y orando con el mayor fervor, teniendo á su frente á algunos de sus maestros.

cir que el guardia de corps que iba conmigo era D. Fernando Muñoz (1), el cual acudia allí para salvar á su hermano, que era Padre de aquel colegio (2). En vano buscamos al tal P. Muñoz. Todos los religiosos que habian podido escapar á la matanza, habíanse encerrado en el oratorio; y los amotinados que iban á caza de ellos, empezaban ya á derribar las puertas. Tuvimos que abrirnos paso con nuestras espadas para llegar hasta la puerta; la desembarazamos, y luego que nos dejaron solos, pedimos á los Padres encerrados que hicieran salir al P. Muñoz. Acercóse éste á la puerta, y sin abrirla, preguntó qué era lo que queriamos. Respondióle su hermano, diciendo que venia por llevárselo y ponerlo en paraje seguro: pero el humilde Jesuita contestó que apreciaba el solícito cuidado de su hermano, pero que no queria valerse de él, si no salvaba al mismo tiempo á todos los PP. que estaban en el oratorio. Fuerza fué al fin acceder, y para poder ponerlos en paraje seguro, enviamos por alguna fuerza, la cual nos fué concedida al momento.

Aquí llegaba la conversacion, cuando presentóse un lacayo y anunció en alta voz:

—El marqués de Saint-Just.

(1) Hoy duque de Rianzares, y esposo de D.ª María Cristina de Borbon.

(2) El duque de Rianzares tenia efectivamente un hermano Jesuita, que estaba en el colegio de Madrid.



CAPITULO X.

La audiencia.

Nunca mejora su estado, quien solamente
muda de lugar y no de vida y costumbres.
QUEVEDO.

Todos los circunstantes se pusieron en pié cuando entró el marqués de Saint-Just. Saludáronle cortesmente, y dejaron sus sombreros los que le llevaban puesto.

El marqués se sentó en el sofá y anunció que los que tuvieran algo que esponerle, podian acercarse á él por su órden. El duque de Villa-Lon habia suplicado á varios sugetos, que le permitiesen hablar el primero, en razon á que debia salir de Madrid aquella misma noche. Así fué que el duque se acercó al secretario y se sentó en el sofá.

—Bien venido seais, poderoso duque de Villa-Lon, le dijo el marqués. ¿Qué se os ofrece?

—Venia á noticiaros, que me marcho á Barcelona esta noche misma.

—¿De veras? ¿y dejareis ahora nuestros asuntos? no debierais hacerlo, duque...

—Es enteramente indispensable.

—Obrad como gusteis.

—Tengo que pasar allá para asuntos de familia; y vengo á pediros que desde aquí me ocupeis en algo, porque deseo mucho servir á nuestra sociedad.

—Bien... ya veremos... Pero, ahora recuerdo... Hablais, duque, como un santo, y venís sin duda como enviado del cielo... Hay un negocio interesante que evacuar en Barcelona, y me he estado largo rato devanando los sesos para encontrar un sugeto á propósito y de confianza... y á fé que vos podreis desempeñar perfectamente la comision.

—Hablad, marqués; estoy enteramente á vuestras órdenes.

—Es preciso que antes os esplique ciertos antecedentes... La triple junta intenta apoderarse de dos hermanos que asesinaron á una persona de mí muy estimada; y además, estos hermanos han formado parte de esa compañia de *despreocupados,* como ellos se titulan, y que se hallan capitaneados por una persona rica y noble de la corte, pero que es desconocida de todos, hasta de sus mismos súbditos.

—Ya tengo noticias de ello, dijo el duque.

—Estos dos hermanos, asociados con otros que han dejado como ellos á su capitan, marchan mañana para Barcelona, donde se embarcarán en una fragata propia de la persona noble que manda la compañia, la cual, en prueba de agradecimiento, les confia la fragata cargada de géneros, para que puedan hacer un lucroso tráfico. En consecuencia, yo comunicaré mis órdenes á uno de los barcos piratas que están á nuestro servicio, para que vayan al alcance de la fragata y se apoderen de los dos hermanos y de otro, quedándose el dinero y papeles que encuentren en el buque. Como que la cosa pasará en Barcelona, yo no quiero que dependa de las Logias de dicha ciudad, sino de la de Madrid inmediatamente; y á este fin deseaba yo hallar una persona como vos, la cual dirigiese el golpe. La fragata que ha de conducir á los citados sugetos, no es conocida y ha de marchar á principios de agosto; pero enviaré yo á un emisario de confianza para que reconozca el buque en que entrarán los dos hermanos, y así puedan darse al pirata las noticias concernientes. Este sugeto de confianza que espiará la fragata en que han de partir, vendrá á comunicaros á vos las noticias que adquiera: y otro sugeto, que se os presentará con una carta mia, vendrá á pedir vuestras órdenes para el barco pirata. Es decir: que recibireis las noticias de uno, sin decir á quién las dareis; y las dareis á otro, sin decirle de quién las recibís. Necesitais mucha prudencia.

—Está bién, marqués de Saint-Just, vereis cuan bien cumple vuestras órdenes y desempeño la comision.

—Ya lo creo, duque. Su Verdad sabe bien quién soia, y quiere que se os tenga en lo que mereceis... Permitidme que os lo diga...

—¿Y cómo se avisará al capitan del buque pirata?

—El modo de llamar el buque pirata á la costa, queda á cargo mio, pero me falta aun deciros algo. Vos marchareis esta noche á Barcelona, y un dia despues de haber llegado, podeis daros á conocer al gefe Mason de Barcelona, porque yo le diré que sois enviado mio estraordinario. Y segun las noticias que recibais relativas al embarco de los dos hermanos y el otro, dareis órden al delegado del buque pirata de marcharse: pero en una misma entrevista hareis decir á D. Evaristo Leon, que es el que manda el bergantin pirata, el dia en que marchará la fragata y todas las demás noticias que tengais á bien comunicarle... El que se os presente con una carta mia, como os he dicho ya, será el que deberá recibir las noticias para el barco pirata: en la noche que vos le designáreis, saldrá de Barcelona, acompañado de dos hombres armados, que prestarán las Logias de Barcelona; y se dirigirá por la costa del mar, entre Badalona y Mongat, donde el comandante del buque pirata se avistará con él, para recibir las noticias competentes. En una palabra, señor duque, vos solo debereis mandar, y yo daré las órdenes para obrar. Tanto el gefe Mason de Barcelona, como el buque pirata, el que espiará la fragata y el delegado del buque, recibirán las órdenes de vos. Pero será preciso escribirme cada dia el estado de los asuntos con todas las noticias que vayais adquiriendo; y al mismo tiempo conviene que paseis una copia de mi escrito al Gran Maestre de Barcelona, para que éste pueda obrar como mejor convenga, en vista de las órdenes que de mí recibirá. Ya estais, pues, enterado.

—No quiero deciros nada del modo cómo obraré, marqués; pero os juro que no podiais buscar otra persona mas á propósito. Mis actos acreditarán vuestro acierto.

—Lo espero, duque. Conozco muy bien que vos sois un Mason en quien puedo descansar del todo; y Su Verdad tiene tambien noticia de vuestras escelentes cualidades.

—Pues bien, ya estoy enterado, señor marqués; y ahora quisiera pediros tambien una gracia.

—Pedidla con toda libertad: deseo serviros.

—De mil maneras distintas, querido marqués, os habreis enterado de los deseos que me animan en favor de la sociedad de los Masones, y ya sabeis tambien cuanto me intereso por ella; pero conozco al mismo tiempo, que mi celo supera en mucho mis cortos conocimientos. Yo me esplicaré. Pretendo crecer mucho en poco tiempo, para que así, unidos mis pocos conocimientos á mi riqueza y poderío, pueda yo ser uno de los mas fuertes adalides de la Masonería. Todo esto, marqués, lo com-

prendereis mejor cuando os haya manifestado que deseo obtener algun empleo en Barcelona, que me permita leer los manuscritos pertenecientes á la sociedad, y practicarme de este modo en la ciencia masónica. ¿Me entendeis?

—Perfectamente... y vuestros deseos son tan laudables, que casi me considero obligado á satisfacerlos.

—No os arrepentireis de haberlo hecho.

—Así lo creo, señor duque. Descuidad, pues: esta noche misma se os estenderá un despacho, nombrándoos archivero de las correspondencias y manuscritos del Grande Oriente de Cataluña. Tendreis á vuestra disposicion todos los escritos que esplican los hechos de nuestra sociedad acaecidos en Cataluña, desde que allí se instaló. Leedlos y releedlos bien; que de este modo os formareis tal como vos deseais. Debo haceros, sin embargo, una advertencia, y es: que sepais dirigiros bien en este asunto, porque, de otro modo, encontrariais mas de un disgusto. Es este un empleo que no se confiere á cualquiera, y que confiriéndooslo, os doy una prueba muy esplícita de lo mucho que vale para mí el duque de Villa-Lon.

—Con obras, marqués, acreditaré lo mucho que sé apreciar esta distincion.

—Apreciadla, yo me alegro.

—Dadme, marqués, vuestra mano.

—Tomadla, duque. Al dia siguiente de haber llegado á vuestro destino, el Gran Maestre de Cataluña os entregará vuestro despacho en regla. Allí sereis respetado además como servidor de la triple junta, y debidamente recibireis noticia de nuestros acuerdos.

—Adios, marqués... Contad conmigo para todo.

—Adios, duque... Cuento con vos para todo.

El duque se despidió de los demás é iba á salir de la sala, cuando entraba en ella el embajador inglés.

—¿En qué quedamos, duque? preguntó éste.

—En que vengais á verme á Barcelona.

—Vendré...

—Pues venid: y á fé mia, que no os pesará... tengo que hablaros de cosas interesantísimas.

CAPITULO XI.

¡Pobre libertad!

Con estos casos que digo
Y los que paso en silencio
A mis soledades voy
De mis soledades vengo.
MUNDO.

Apenas hubo salido el duque de Villa-Lon, sentóse junto al de Saint-Just el brigadier.

—¿Quién sois, brigadier? preguntó el marqués.

—Aquí os presento mis poderes, contestó el militar entregando al marqués sus documentos como credenciales. Soy un comisionado por las Logias del ejército del Norte y del pais navarro y vascongado, y vengo á haceros en nombre de todas ellas una pregunta.

—Os escucho.

—¿Por qué causa, siendo tan fácil acabar la guerra civil en poco tiempo, se permite prolongarla en descrédito del ejército?... El ejército del Norte junto con las columnas volantes, es mucho mayor en número que el ejército de D. Carlos; mas con todo jamás se le ataca... y á fé que todos los dias se presentan ocasiones para ello. Damos por ejemplo una batida al enemigo y luego hay órden de dejarle huir en vez de perseguirle mientras retira: damos una batalla, y no hay órden de dar otra, hasta que D. Carlos ha llenado los claros: el ejército enemigo hace tal ó cual movimiento, y nosotros no podemos perseguirlo porque hay una real órden que lo impide... Es decir, que todos los errores que se ha-

cen son por real órden ó por mandato de la Sociedad. Y por lo tanto venia á saber ¿por qué causa, pudiendo acabar con la guerra civil, se permite que dure, perdiendo nuestros soldados á centenares, y engañando á la Nacion?

—Es muy justa, brigadier, la pregunta que me haceis en nombre de las Logias del ejército del Norte y del pais navarro y vascongado; por lo tanto, estoy pronto á contestaros. Vos, brigadier, ya conoceis cuan poco viable es nuestra naciente libertad y cuan reducidos son sus verdaderos defensores; por cuyo motivo lo que interesa á la triple junta, es que los defensores de la libertad se aumenten á la par que los de las luces. Para conseguir estos dos efectos, ya veis que no hay mejor medio que hacer ver con horribles colores la fealdad del gobierno absoluto, que es el que se opone al progreso: y ved aquí en pocas palabras la esplicacion del problema que no sabiais resolver.

—Así lo diré á los que me han enviado.

—Decídselo así. Durando la guerra civil en el Norte, D. Carlos gobierna en una porcion de terreno bastante considerable, y sus hechos buenos ó malos son anotados y abultados en los periódicos, que lee toda la Nacion. Los ánimos indiferentes se declaran á su lectura decididamente por la libertad, que es lo que nos conviene. Ya veis, pues, que cesando la guerra civil, lo que nos sería facilísimo, dejaria de gobernar Don Carlos en parte alguna, y cesarian de pasar á nuestras filas nuevos prosélitos: al paso que sosteniéndola, se aumentan los de la libertad, y los mismos partidarios de D. Carlos se cansan de tanto combatir, y le abandonarán finalmente. A todo esto añadid, que los *hermanos* deben considerarse obligados á hacer cualquier sacrificio por la sociedad.

—Así lo esplicaré á mis compañeros de armas.

—Y decidles, brigadier, que dentro de ocho dias se pasará una circular sobre el asunto á las Logias del ejército del Norte y del país navarro y vascongado.

—Asimismo lo haré.

—Y decidme, brigadier. ¿Qué os parece del espíritu del ejército?

—Es muy bueno, señor. Desde que murió Zumalacarregui, ha cobrado grandes esperanzas de continuados triunfos.

—No quiero decir esto. Pregunto cuál es su espíritu respecto á los designios de la triple junta.

—Es tambien muy bueno. Al principio á muchos les costó bastante trabajo el decidirse á protegerla; pero al fin, convencidos, han abrazado

la causa decididamente, y están esperando con ánsia la caida de Toreno.

—¿Y en el pais?

—En el pais hay tambien algunas pocas Logias que permanecen adictas á Toreno; pero no podrán nada contra todas las demás.

—Muy bien: pero conviene mucho no molestar á esos pocos.

—Somos del mismo parecer.

—La triple junta confia mucho en el apoyo del ejército del Norte.

—Os puedo asegurar que este apoyo no le faltará jamás.

—No olvideis nada de cuanto os tengo dicho, brigadier; adios.

El militar saludó respetuosamente y salió del salon.



CAPÍTULO XII.

Los secretos de la secta.

> Levántese la voz de los hombres honrados para precaver á los pueblos contra la plaga de las *sociedades secretas,* no menos enemigas del buen órden que de la verdadera libertad.
>
> MARTINEZ DE LA ROSA.

> Mi cabeza derribada
> O quitará la libertad á Roma,
> O la dará para siempre: mas en tanto
> Que esté sobre mis hombros, tiembla: nunca
> Cesará de gritar... *¡Pueblo, á las armas!*
> *¡Venganza!... ¡Libertad!*
>
> ALFIERI.—En el drama: *Antígona.*

Hora es ya de que abandonemos la audiencia y sigamos al marqués de Saint-Just.

Cuando hubo despedido á todos los que solicitaron hablarle, pasó á despachar con el Gran Maestre, se entró en la sala donde Su Verdad se paseaba, quitóse el sombrero y le dijo:

—Señor, ahora he acabado la audiencia. Todo vá bien.

—Me alegro mucho. Enteradme de la correspondencia de este dia, porque la hora es ya demasiado avanzada para dedicarnos á otros asuntos.

Sentóse Saint-Just delante de un escritorio que habia sobre un catafalco. Cogió un libro grande, en el cual estractaba las cartas que recibia, y se dispuso á leer.

El Gran Maestre era un hombre de mucha memoria y de penetracion agudísima: podia decirse que tenia siempre fijo en su entendimiento el estado exacto de toda la sociedad secreta que presidia. El marqués, despues de caladas sus antiparras, dijo:

—Empiezo, señor.

—Empezad.

—Don Pedro Rodriguez de Castro, leyó enseguida, hermano de la Logia *Terrible* en Málaga, comerciante y capitan de Urbanos, escribe á Vuestra Verdad, que dió un banquete á los sargentos de la guarnicion; y que los puso en buen sentido para el próximo pronunciamiento. Avisa, sin embargo, que los Masones de Toreno no se duermen por allí.

—Contestad, replicó el Gran Maestre, á este celoso Mason malagueño, dándole las gracias de mi parte... Proseguid.

—Don Sebastian Forenge, Venerable de la Logia de Comuneros de Cáceres, avisa que teme mucho que sean infructuosos todos sus esfuerzos en aquella capital, porque la mayor parte de la poblacion está de parte de Toreno, añadiendo que la Logia del Justo-medio es mucho mas numerosa que la suya.

—Contestareis á D. Sebastian Forenge, que estamos trabajando para reducir á la Logia moderada de Cáceres; pero que, entretanto, la triple junta tiene superioridad en Badajoz, y que en consecuencia procure secundar todos los movimientos que ocurran allí.

—El Venerable de la Logia progresista de Pamplona, llamada: *La Convencion*, avisa la ereccion de dos Logias moderadas, y á favor de Toreno, en aquella capital.

—Respondedle, que ya le daremos las instrucciones oportunas para destruir las dos referidas Logias.

—Las Logias de Granada avisan que allí han elevado ya el metéoro que significa la destruccion de conventos.

—Proseguid...

—El gefe Mason de Almería comunica, que el metéoro se elevó allí despues de haberlo elevado en Granada.

—Seguid adelante.

—El Venerable de la Logia de Denia dá parte de que se ha formado una Logia, cuyas intenciones ignora, en un pueblecito de la costa. Sabe solamente que á ella concurren muchos carabineros, y que su principal objeto es favorecer el contrabando.

—Contestadle, que daremos las órdenes convenientes á las Logias de Alicante para que no molesten á dichos carabineros en caso de que se decidan por la triple junta. Seguid....

—El Gran Maestre de Barcelona avisa que tiene adelantadísimos los trabajos para el pronunciamiento. Dice que para hacerlo mas productivo, ha pasado órden á todas las Logias del principado para que escriban

varios artículos en favor de la revolucion, los cuales podrán insertarse en los periódicos de Barcelona, y en los boletines de Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida.

—Contestadle al Gran Maestre Mason de Barcelona, que repita á las Logias esa invitacion: y esponed la necesidad de esta medida á todos los gefés Masones, Comuneros é Iluminados de España.

—Don Leoncio de Crespo, hermano Iluminado de la Logia de Reus, escribe á Vuestra Verdad, que se ofrece á escribir artículos en favor del pronunciamiento, y que ya ha escrito uno, que publicará luego un diario de Barcelona.

—Decidle que siga infatigable en su tarea; y que yo me reservo el premiarlo debidamente si sus artículos son de mi gusto.

—Don Ignacio Doria, hermano Comunero de la Logia de Mataró, se compromete tambien á escribir varios artículos en favor de la revolucion.

—Contestad al Comunero de Mataró lo mismo que al Iluminado de Reus.

—El Gran Maestre de Valencia dá parte de que ha hecho dar varios empleos de curatos, parroquias y sacristías á religiosos exclaustrados que siguen y favorecen á la triple junta. Añade que deberia hacerse general esta medida.

—Decidle que para esto último se presentan dificultades; pero que no obstante, sus deseos serán tomados en consideracion.

—Don Julian de Mallolas, hermano Mason agregado á la embajada española en París, dá parte de que ha publicado un largo artículo refutando otro de *la Cotidiana*, en el cual probaba que despues de muerto Enrique V, era legítimo rey de Francia D. Carlos, el pretendiente de Navarra.

—Contestad hoy mismo diciéndole que prosiga incansable en combatir todos los derechos del déspota D. Cárlos.

—Don Emilio Dayné y Borrell, hermano mayor de nuestros misioneros del ejército del Norte, avisa que tiene ya sólidamente establecidas sus relaciones con los lanceros de Navarra, y que sus trabajos producen bastante fruto. Añade, que dos de dichos misioneros fueron muertos por el general carlista Eraso, como espías.

—Contestad, que prosigan en su empeño; pero que no dejen de dar muerte á todos los que prendieron á los dos misioneros.

—Don Adolfo Hekell, nuestro corresponsal en Bruselas, comunica, que al fin ha conseguido que el Gobierno consintiese en levantar una

legion auxiliar para combatir á D. Carlos en España, y que el rey ha dado ya las órdenes para ello.

—Le dareis las gracias.

—Don Salustiano Escorren, Iluminado de Bilbao, avisa que corre muy válida, entre los de su Logia, la noticia de que la bala que mató á Zumalacarregui fué tirada con artificio por un Comunero de aquella villa.

—Escribidle que imponga pena de muerte al que llegue á publicar tan importante secreto.

—El gefe Mason de Málaga dá parte de que la Milicia Nacional está en muy buen sentido, gracias á sus esfuerzos; y que se está esperando con ánsia el dia deseado.

—Contestadle dándole las gracias; y por sus servicios y los anteriores, enviadle una suma de diez mil reales.

—Don Juan Valdés, hermano Comunero, oficial en el ejército del Norte, anuncia que dió muerte al cura de L... segun las órdenes recibidas de Vuestra Verdad. Dice que lo prendió yendo de guerrilla, suponiéndole complicado en una conspiracion, y que luego lo hizo fusilar dando parte de ello, y diciendo que lo habia hecho porque habia intentado fugarse.

—Gratificad á ese jóven oficial con la suma de diez mil reales.

—El Gran Castellano de Granada dice que tiene en su poder las banderas de los ex-voluntarios realistas y que las hará quemar públicamente despues de efectuado el pronunciamento.

—Dadle las gracias por ello; y redactad una circular á todas las Logias para que hagan lo mismo cuando sea ocasion.

—El Gran Maestre de Pamplona participa que entre otras de las inscripciones que los carlistas han puesto en la tumba de Zumalacarregui, se distingue la siguiente:

AQUÍ YACE EL VENCEDOR DE
SARSFIELD, SOLÁ, VALDÉS, QUESADA, RODIL Y MINA, QUE TODOS TUVIERON Á SU MANDO FORMIDABLES EJÉRCITOS LIBERALES, Y QUE SE VIERON APOYADOS CON LAS FUERZAS Y EL DINERO DE PORTUGAL, FRANCIA É INGLATERRA.

—Contestad inmediatamente, que hagan borrar esa inscripcion, y que en su lugar pongan la siguiente:

AQUÍ YACE EL PROPAGADOR DE LA TIRANÍA:
DIOS NOS LIBRE PARA SIEMPRE DE OTRO COMO ÉL.

—Dice otra vez el Gran Maestre de Barcelona, que ha elegido á Mataró para levantar en ella el estandarte del pronunciamento catalan, y

que ha determinado enviar allí doscientos hombres entre guias é incendiarios á peticion de los recomendables hermanos Masones y Comuneros de dicha ciudad. Añade que el Ayuntamiento de esta poblacion es partidario de Toreno; y que es probable que Llauder empezará por allí sus fingidos ataques, en cuyo caso serán nulos nuestros esfuerzos por lo que toca á Mataró. Sin embargo, se trabaja mucho y los hermanos conjurados de dicha poblacion se hallan apoyados por un gran número de Urbanos; por cuya razon se cree, según las promesas de todos, que acaecerá en Mataró alguna cosa memorable, porque se han comprometido los conjurados á atentar contra los dias de Llauder y á incendiar, cuando menos, dos conventos de la poblacion.

—Contestad al Gran Maestre, que no crea en las promesas de los conjurados de Mataró, porque tenemos pruebas de que hablan muchísimo, y obran poquísimo. Añadid, que si algo quiere hacer en Mataró, que confíe tan solo en los guias que pueda mandar allá; porque los mataronenses no sabrán cumplir nada de lo que han prometido. Por lo mismo, si Llauder ha de morir en Mataró, no morirá jamás, y por lo que toca á incendiar los conventos, es mas creible que lo hagan, porque no se necesita ningun valor para ello.

—Los gefes Mason, Comunero é Iluminado de Cuenca, avisan que la poblacion no está en buen sentido; y que no sería mal enviar allí á algunos espertos de la corte.

—Responded que atenderé á sus deseos.

—El gefe Comunero de la Logia de Cuenca escribe que le es imposible vencer en la próxima lucha á las Logias del Justo-medio, que se conservan adictas á Toreno.

—Contestad que yo cuanto antes me trasladaré á Cuenca.

—El gefe Comunero de Plasencia escribe lo mismo que el de Cuenca.

—Contestad al de Plasencia, que siga los movimientos de Badajoz.

—El gefe de nuestros misioneros Masones en Grecia participa que, á mas de aumentarse allí los partidarios de nuestras ideas, han entablado relaciones con los señores de mas influencia en el pais. No sabe aun á punto fijo las próximas decisiones del rey Othon, pero cree probable que triunfen nuestros afiliados. Reclama dinero al mismo tiempo.

—Espedidle una libranza de sesenta mil reales.

—Los Comuneros de Zaragoza envian una esposicion firmada por dos mil individuos, felicitando á mister Villiers por la proteccion que dispensa al pronunciamiento. La envian á Vuestra Verdad para que hagais la entrega de ella.

—Contestad que no conviene de ninguna manera dar curso á este negocio, y que por ahora quedará suspendido.

. . . .

Todas las noticias que aquella noche comunicó al Gran Maestre el marqués de Saint-Just eran en su mayor parte prósperas y satisfactorias: pero no obstante, les daba muy mal rato la noticia de que Santiago Aguilar de Silva hubiese desertado de la secta. Santiago era un hombre de grande influencia: los dos gefes confiaban mucho en él para los planes que tenian meditados, y no sabian qué hacer ni qué pensar sobre tan estraño suceso. Obligados sin embargo á tomar una medida decisiva, escribieron aquella misma noche á Santiago, incitándole á la conciliacion y al arreglo definitivo de los asuntos. Al propio tiempo escribieron al Gran Maestre Mason de Barcelona, mandándole que se presentase personalmente á N..., para apoderarse de Santiago, previniéndole que inmediatamente lo mandase preso á Madrid.



CAPÍTULO XIII.

Tres en uno.

En fin ¿vos sois en la villa
Quien al mismo Rey no dá
Dentro de su casa silla?
¿El rico hombre de Alcalá
Es mas que el rey de Castilla?
¿Vos sois aquel que imagina,
Que cualquiera ley es vana,
Solo la de Dios divina?

MORETO.—En el drama:—*El Rico hombre de Alcalá.*

RECUERDEN nuestros lectores que con motivo del robo hecho al marqués de Casarrubios, debia éste volverse á Madrid y venir en su lugar á Barcelona otro individuo de la sociedad de la Contramina.

El conde de Fuente-Santa era, como se ha dicho ya, vice-presidente de dicha Sociedad; y á él fué á quien escribió el P. Vincencio, para que viniera á ocupar el lugar de Casarrubios. Al conde le vino muy bien esta disposicion por muchas razones que ya diremos. Así es que hizo los preparativos para la marcha á Barcelona, la cual resolvió efectuar en la noche del 25 al 26 de julio.

Al mismo tiempo recordarán que aquel otro personaje noble y poderoso que mantenia á sueldo la compañia de los *despreocupados*, debia partir á Barcelona acompañado de veinte *despreocupados* de que hemos hecho mencion. El objeto de su marcha era vigilar de cerca la fragata suya, que debia partir con Camporedondo y los demás.

Así fué que este personaje fijó para su marcha la noche del 25 al 26 de julio; y cabalmente fijó tambien la misma hora que habia elegido el conde de Fuente-Santa: pero esto no es nada estraño, porque este no-

ble sugeto y el conde de Fuente-Santa eran una misma persona, y la causa de sus tan estraños procedimientos se esplicará mas adelante.

No creo tampoco que hayan olvidado nuestros lectores que aquella misma noche debia partir tambien á Barcelona el duque de Villa-Lon. Hasta ahora no se ha dicho el objeto de su marcha: pero baste decir, que el duque de Villa-Lon era el mismo conde de Fuente-Santa, y el mismo que mantenia á sueldo á los *despreocupados*.

Figúrense cómo quedaria ese triple y misterioso personaje al oir de la boca del marqués de Saint-Just, que él quedaba encargado de destruir en Barcelona su propia fragata, y de conducir á la muerte á dos de sus mas fieles servidores.

. . . .

Aquella noche, á eso de las dos de la madrugada, salió de Madrid el conde de Fuente-Santa ó el duque de Villa-Lon con su esposa y dos hijos, en una carroza escoltada por los veinte *despreocupados* que les acompañaban.

Dejémosles llegar en paz á Barcelona: y cuando allí les encontremos, esplicaremos con toda claridad los motivos que tenia el triple personaje para obrar de tal manera, con las ventajas que de ello reportaba: y esplicaremos tambien de qué modo conservó sin comprometerse su triple carácter.



PARTE XXI.

EL INCENDIO DE CONVENTOS EN BARCELONA.

CAPÍTULO I.

Grado de Caballeros Comuneros.

Señales son de juicio
Ver que todos le perdemos
Unos por carta de mas
Y otros por carta de menos.
LOPE DE VEGA.

.........Comuneros,
Que desdorar quisisteis la corona,
La clemencia de Cárlos os perdona;
De Simancas salid, pero mirad.
HARTZENBUSCH.

Las sectas secretas como hemos dicho, tenian designada en Barcelona la noche del 25 al 26 de julio para dar el golpe fatal contra los infelices regulares. Reunidos en secreto los corifeos de las sectas, habian hecho ya todos los preparativos para el caso desde mucho tiempo antes, y durante la noche del 24 de julio volvieron á reunirse nuevamente á peticion de muchos de ellos para el arreglo definitivo de todo, y para oir las propuestas de algunos de sus miembros.

Reunidos estaban todos los del partido Moderado ó Masónico con los del partido Iluminado ó Republicano; pero faltaban todavía los del partido Comunero ó Progresista, los cuales no habian asistido aun, por hallarse ocupados en una iniciacion de grande interés para su secta.

Los principales Comuneros se hallaban reunidos en su *Torre* (1) para la iniciacion de D. Santiago Aguilar de Silva. Éste, despues de haber

(1) Nombre que los Comuneros dan á sus Logias.

abandonado á los Masones, por la razon que hemos dicho, pasóse á los Comuneros, no por afecto particular á ellos, sino por tener quien reclamase poderosamente su persona, si llegaba á caer en manos de los Masones ofendidos.

Sabiendo la superioridad de conocimientos, recomendable nombradía y grandeza de ánimo de Santiago, es fácil conocer con qué gusto y placer le recibiria la secta comunera, que con su iniciacion ponia de su lado á un gefe de influencia, que habia sido el honor y prez del partido Mason, y el que mas habia dado que sentir á los progresistas en los choques de ambos partidos.

Luego que Santiago pidió ser iniciado, los gefes Comuneros le admitieron con todas las distinciones y miramientos de que Santiago era digno, y quisieron darle al instante la patente de caballero Comunero sin necesidad de pruebas ni investigaciones de ninguna clase; pero Santiago objetó que él queria pasar por todos los trámites por que pasaban los demás caballeros al tiempo de su iniciacion.

El Gran Castellano de Cataluña (1) escribió de su propio puño á Santiago, dándole las gracias por su vocacion, y participándole que él mismo se ofrecia á iniciarle y hacerle Caballero Comunero. Aceptó Santiago, y el dia 23 salió de N..., marchó á Barcelona, presentóse á sus nuevos hermanos, y como si estos temieran perder tan buena presa, eligieron la noche siguiente para la iniciacion, á pesar de que debian asistir á la junta de las tres sectas arriba dicha.

A la iniciacion de Santiago, pues, estuvieron presentes tan solo unos treinta de los mas principales Caballeros, que eran los que debian asistir despues á la reunion de la triple secta.

Reunidos los citados Caballeros Comuneros en la sala de las iniciaciones, uno de ellos, que era el padrino de Santiago, entregó al Gran Castellano la proposicion de dicho Santiago como candidato. En esta proposicion por escrito se hacía particular mencion del nombre, edad, naturaleza, habitacion, fortuna y empleo de Santiago (2).

El Gran Castellano leyó la proposicion.

Entónces se levantó uno de los Caballeros, delegado por la comision de policía, que la secta tiene establecida en todo el reino. Ese delegado presentó al Gran Castellano otro documento, en el cual constaban los re-

(1) Así es como se llaman los gefes de los Comuneros. Hay un *Gran Castellano* en Madrid; y otros Castellanos que mandan en las provincias.

(2) Debo advertir, que todo lo que digo y voy á decir respecto á la iniciacion de los Comuneros, es enteramente exacto, y tal como sucede todos los dias.

sultados de las informaciones que se habian tomado respecto al candidato, cuyos resultados eran sumamente favorables á Santiago.

Entónces el Gran Castellano dijo:

—Queda aprobada la presentacion de D. Santiago Aguilar de Silva para recibir el grado de Caballero Comunero si se hace digno de él. Vaya el *gobernador de la Torre* (1) á desempeñar sus funciones.

Entónces se levantó uno de los hermanos, salió de la *sala de armas* (2) acompañado del Comunero padrino, y ambos se dirigieron en busca del aspirante, que estaba esperando la hora de ser admitido.

Santiago estaba aguardando en una sala destinada al efecto, y allí le informó el gobernador de la Torre de todas las obligaciones que debe cumplir un buen Comunero; preguntándole si las aceptaba, Santiago contestó afirmativamente, y entónces el padrino le vendó los ojos con una tela encarnada, y tomándole de la mano, le condujo con el gobernador á la entrada de otra pieza, donde habia un Comunero de centinela con la espada desenvainada.

—¡Quién vive! dijo el centinela.

—Un ciudadano, respondió el gobernador, que se ha presentado á los puestos avanzados con bandera de parlamento, solicitando ser admitido en los rangos de la Confederacion.

—Esto no basta, replicó el centinela. Voy á conducirlo al cuerpo de guardia.

Y al mismo instante dijo en muy alta voz:

—Alguien viene.

Entónces el centinela se apoderó del candidato, lo condujo al cuerpo de guardia, y entretanto se oyó una voz que mandaba levantar los puentes levadizos y cerrar todas las puertas, órden que se cumplió con estrépito.

El cuerpo de guardia (ó gabinete de reflexiones) era una sala adornada con toda clase de armas, armaduras y trofeos militares. Allí fué conducido Santiago, y sentado sobre un banquillo. El gobernador de la Torre y el padrino se retiraron; y cuando el centinela estuvo solo, se puso una máscara para no ser conocido, y quitó la venda á Santiago.

Retiróse luego el centinela y quedóse solo el de Silva, admirando el aparejo de tal cuerpo de guardia; y entretúvose en leer diversas inscripciones que habia en las paredes relativas á máximas de política, que por sí solas revelan el espíritu de la Comunería.

(1) Es lo mismo que si dijéramos introductor.

(2) Es el lugar donde se reunen los Comuneros.

Santiago volvió luego á sentarse; sobre una mesa encontró una hoja de papel en la cual se le mandaba responder por escrito á las preguntas siguientes:

Primera: ¿Cuáles son las obligaciones mas sagradas de un ciudadano?

Segunda: ¿Qué pena merece el que no las cumple?

Tercera: ¿A qué recompensa se hace acreedor el que sacrifica su vida para cumplirlas debidamente?

Embarazado quedó Santiago por responder á estas preguntas. Leyólas á lo menos diez veces.

—A fé mia, dijo, que no es poco responder debidamente á esas tres preguntas... pero, en fin, es preciso y lo haremos.

Entónces puso mano á la pluma, y debajo de la primera pregunta escribió lo siguiente:

«Defender con todas sus fuerzas los derechos de los individuos y las instituciones liberales que las garantizan.»

Debajo de la segunda pregunta escribió:

«La de infamia y muerte.»

Y debajo de la tercera:

«Ser recibido entre el número de los verdaderos liberales, que son los verdaderos Comuneros.»

Volvió Santiago á leer las preguntas y las respuestas: y mientras tiraba arenilla sobre ellas, decia:

—Conténtense con estas respuestas... Me gusta mucho la idea de esas preguntas; pero si yo debiera fundar una sociedad secreta, otras preguntas pondria, y otras respuestas exigiria á las que á mí me han dado.

Apenas dijo estas palabras, el centinela que le habia estado observando, entró en la pieza sin quitarse la máscara, y sin decir palabra alguna apoderóse de las preguntas y de las respuestas, y desapareció con todo.

—Buen viaje, mudo compañero, le dijo Santiago.

El centinela entregó el documento al gobernador, y éste le llevó al presidente de la asamblea, que, como hemos dicho, era el mismo Gran Castellano de Barcelona.

Éste leyó á la asamblea las respuestas que Santiago acababa de escribir, y fueron muy bien recibidas por todos los Caballeros. Despues de eso, dióse órden al gobernador para que introdujera en la sala al recipiendario con los ojos vendados.

El gobernador volvió á salir, avistóse con el centinela, y éste volvió al cuerpo de guardia á vendar los ojos de Santiago. Cuando eso estuvo

hecho, el gobernador entró y mandó á Santiago que le siguiera, para lo cual el padrino le cogió de la mano.

Antes de llegar á la sala de armas ó asamblea, el gobernador pidió permiso para entrar, y el presidente esclamó:

—¿Quién vá allá?... ¿qué quereis?

—Yo soy el gobernador de esta fortaleza, respondió él, y vengo acompañando á un ciudadano que se ha presentado á los puestos avanzados, pidiendo ser recibido.

—Abridle la puerta, replicó el presidente.

Abrieron la puerta y entraron todos en la sala de armas. Dejaron en pié á Santiago, y todos los demás se sentaron.

Despues de esto, se hicieron á Santiago varias preguntas, pidiéndole en la última, que esplicase el verdadero sentido de las respuestas que por escrito habia dado.

Santiago lo hizo, y su esplicacion satisfizo á todos los de la asamblea, y enseguida procedió el presidente á las demás ceremonias de invariable costumbre.

—Quitadle la venda, dijo, pues es digno de que vea la luz y conozca á sus hermanos.

Quitáronsela efectivamente, y por mandato del presidente, todos los hermanos desenvainaron las espadas, y despues éste enseñó á Santiago un escudo verde que habia sobre unos cojines de terciopelo encarnado, y le dijo:

—Acercaos y estended la mano sobre el escudo de vuestro gefe JUAN PADILLA (1); y con todo el ardor patriótico de que seais capaz, repetid el juramento que os voy á dictar.

Este juramento es muy largo, y son notables los siguientes trozos:

«*Juro trabajar con todos mis esfuerzos y con todos los medios que estén á mi alcance, para conseguir el fin de la sociedad.*

» *Juro oponerme siempre, ya solo, ya con la ayuda de mis hermanos confederados, á que ninguna corporacion, ninguna persona,* NINGUN REY, NI AUN EL QUE AHORA REINA, *abusen de su autoridad, para violar las constituciones nacionales (2); en cuyo caso juro tomar venganza y obrar con las armas en la mano contra los delincuentes.*

---

(1) Recuerden mis lectores, que los Comuneros formaron su secta, pretendiendo imitar á aquellos Comuneros de Castilla que se levantaron contra su rey Carlos I. El gefe de aquellos era D. Juan de Padilla. Las intenciones de aquellos no eran en verdad las de estos.

(2) Cuando los Comuneros se hallan mas adelantados en los otros grados, ya les dicen entónces, que esas palabras *constituciones nacionales* deben sustituirse con las de *designios de la sociedad.*

»*Juro, que si algun caballero falta á este juramento comun, yo le mataré tan pronto como sea declarado traidor; y si yo vengo á ser perjuro, me someto tambien á la misma pena.*»

El presidente volvió á decir el juramento, y Santiago lo repitió con él. Despues de eso, le dijo:

—Santiago Aguilar de Silva, vos sois caballero Comunero. Cubríos con el escudo de vuestro gefe Padilla.

Aquí Santiago cogió el escudo, cubrióse con él en posicion vertical, y todos los caballeros, agrupándose á su rededor, pusieron en el escudo la punta de sus espadas, despues de lo cual dijo el presidente:

—Este escudo de nuestro gefe Padilla os guardará de todos los golpes que la malicia os dirigirá; mas, si vos violais vuestro juramento, ese escudo se retirará, y todas esas espadas tambien, para que seais destrozado para castigo de vuestro perjurio.

Despues de esto y otras formalidades, Santiago volvió á dejar el escudo verde en su sitio... el gobernador de la Torre le puso las espuelas, le ciñó la espada y le presentó á cada uno de los hermanos, para que les diera la mano en señal de fraternidad. Vuelto despues al presidente, éste le comunicó las palabras y señales con que deberia reconocer y ser reconocido por sus hermanos.

—Ya habeis recibido las primeras instrucciones que se dan á los Caballeros Comuneros, le dijo el presidente, solo me falta deciros, que cuando os hagais digno de ello, se os comunicarán los demás secretos de la órden (1).

Así acabó la iniciacion de D. Santiago Aguilar de Silva; y sobre los demás intentos suyos respecto á la iniciacion, púsose de acuerdo con los principales gefes.

Cuando algun recipiendario no satisface debidamente á las preguntas ó exigencias de los hermanos, es desechado por inhábil.

La órden de los Comuneros se halla estendida por toda España. El Gran Castellano ó gefe de la órden reside en Madrid, y preside una numerosa asamblea suprema, llamada *grande junta*, compuesta de los principales caballeros, enviados como diputados á Madrid por las Torres de las provincias. Esta asamblea suprema tiene sus deliberaciones (á guisa de Congreso ó Senado) y ella discute todo lo concerniente á la confederacion y á conseguir el objeto que se ha propuesto. El fin de esta órden es, *propagar y conservar* por todos los medios posibles la libertad (tal como ellos la entienden) del género humano; defender con todo su esfuerzo los derechos (sepamos qué derechos) del pueblo español contra los abusos del poder arbitrario (mientras no sea el suyo); *y de socorrerse mútuamente en sus necesidades* (para que nadie desmaye en la grande y horrible obra que meditan).

Por lo demás, las ceremonias de que se valen los Comuneros en sus iniciaciones y grados, son asaz ridículas; pero siempre lo son menos que las de los Masones, que solo causan risa.

(1) La Comunería tiene otros grados, además del que acabo de esplicar.

CAPITULO II.

La triple junta revolucionaria.

(Estracto de su sesion en Barcelona la noche del 24 de julio de 1835).

> La Asamblea se sentó, y escediendo por su talla á los otros gefes, Aquiles se dirigió en estas palabras al rey de los hombres.
> POPE.—Traduccion de la *Iliada*.

Ya hemos dicho que los principales gefes Masones, Comuneros é Iluminados debian reunirse para tratar del incendio de conventos.

La reunion debia tener lugar á las doce de la noche, presidida por el Gran Castellano de los Comuneros, presidente de la triple junta en Cataluña; pero, á pesar de que la hora designada habia pasado ya, no comparecian aun ni el Gran Castellano ni los demás Comuneros.

Cansados al fin de esperar, los demás constituyéronse en junta, abriendo la sesion el Gran Maestre de los Masones, que era vice-presidente de la triple.

Los Comuneros no habian llegado aun, á causa de la iniciacion de Santiago, que acabamos de esplicar.

—El objeto de esta sesion, hermanos, dijo el vice-presidente, es consultaros sobre un asunto de mucha importancia, á peticion de un número regular de individuos de esta asamblea. La noche de mañana, hermanos, es la designada para el incendio de conventos que tanto habeis pedido, y que al fin habreis conseguido á despecho de la divergencia de vuestras mismas opiniones. Algunos de vosotros, sin embargo, conside-

ran que se llevará la cosa demasiado léjos con la resolucion tomada; y creyendo conseguir mejor lo que intentais de otras maneras que con el incendio, han propuesto varios medios para lograr este resultado. Todos vosotros, hermanos, deseais el esterminio de los frailes, deseais que no vuelvan á presentarse en suelo español, deseais, por medio de su caida, derribar al ministerio Toreno y publicar la Constitucion de 1812; pero algunos pretenden que todo eso se puede conseguir sin necesidad de atentar á la vida de los frailes, ni incendiar tampoco sus conventos.

Una infinidad de voces piden la palabra en contra, y algunas pocas la piden en pro.

—Ya preveo la oposicion que encontrarán las proposiciones antedichas... yo, hermanos, tampoco las apruebo; pero no obstante, escuchad lo que os propondrán, porque despues de todo esto, hay un hermano Comunero que ofrece una cuantiosa suma de dinero á la triple junta, con tal que se respete la vida de los religiosos, sin impedir por esto su alejamiento de España.

Varias voces gritan:

—Ningun Comunero se ha presentado hoy á la asamblea.

—Uno hay, mezclado entre vosotros; y él usará de la palabra cuando sea hora.

Hubo aquí prolongados murmullos, que finalmente degeneraron en gritos. Los que mas gritaban, eran los Iluminados, que aun hubieran deseado escenas mas bárbaras que las que se preparaban para la noche siguiente. El vice-presidente llamó al órden, agitó la campanilla, hablaron muchos individuos en pro y en contra de las proposiciones que algunos hicieron, y al fin descolló la voz fuerte y sonora de un viejo Mason que habia tomado la palabra.

Dijo entre otras cosas:

—¿Puede dudarse, hermanos, de que todos nosotros deseamos ardientemente cuanto es objeto de la revolucion que vamos á promover?... Pues si así es, queda bien patente que todos nosotros propondremos los medios mas á propósito para conseguirlo... ¿Cuál es, pues, la proposicion que mas aceptacion ha tenido? La de matar á todos los frailes que podamos haber. Pero bueno: ¿es esto lo mejor? ¿es lo que puede producir mejores resultados? De ninguna manera... Hermanos, no nos hagamos ilusiones: es preciso que caminemos á nuestro fin, no por el camino mas horroroso, sino por el mas fecundo y productivo. Se quiere matar á todos los frailes, enhorabuena; pero con ello ¿se logrará que la nacion en masa apruebe la espulsion?... Cuando nos presentemos al pueblo con las

manos bañadas en sangre... ¿aprobará nuestra obra? ¿pondrá en esas mismas manos las riendas del Estado?

Una voz:

—El pueblo lo formamos nosotros.

—Si nos abandonamos á tales arranques de exaltacion, prosiguió el moderado, si matamos á los frailes ¿qué sucederá?... El pueblo se horrorizará, quedará espantado: y del terror ó espanto al temor, hay poquísima distancia; y si ha de temer á alguien, nos temerá á nosotros. No creerá entónces los crímenes supuestos que á los frailes hemos imputado, y nuestra obra quedará sin efecto. No quiero insistir en probar los fatales resultados que la muerte de los frailes podrá producirnos... sería suponer á todos mis hermanos demasiado ignorantes; y por poco uso que quieran hacer de su razon, podrán conocer todo lo que yo callo ahora y podria decir. Y si mirando, hermanos, el reverso de la medalla, nos contentamos con revolucionar al pueblo, proclamar la Constitucion y espedir una órden para que sean embarcados y trasportados á algun reino estranjero, á los Estados Romanos, por ejemplo, los frailes de Barcelona y del resto del principado, ¿cuánto mas meritoria no será nuestra revolucion, que si hacinamos á los religiosos entre fuego y ruinas, dándoles de este modo una muerte mas ignominiosa para nosotros que para ellos?

El hermano Mason prosiguió demostrando á la asamblea la belleza del plan que acababa de proponer, los mejores resultados que produciria, de qué modo la revolucion llegaria á consumarse por entero y conforme al deseo general segun sus proposiciones, y de qué manera quedarian vencidos y humillados por la faccion de Toreno, si se abandonaban al triunfo momentáneo de la muerte de los frailes é incendio de conventos.

Este discurso fué recibido con visibles muestras de desagrado: hubo silbidos, gritos y demostraciones estrepitosas: pero no obstante, hizo fuerte impresion en la parte mas sensata del auditorio.

Despues del dicho Mason, tomó la palabra otro individuo, que propuso diferente plan mejor aun que el primero y que tuvo muchos prosélitos. Entónces tomó la palabra en contra otro Mason, y era el hermano Sansimon, conocido con el nombre de Rey de Facha.

En aquel mismo instante entraron de tropel en la sala todos los Comuneros, que venian de la iniciacion de Santiago. Con motivo de esto, Sansimon suspendió el uso de la palabra. Los Comuneros ocupaban sus puestos, y el Gran Castellano la silla de la presidencia. Santiago ocupó el puesto que le pertenecia como Sublime Legislador Masónico, puesto que no queria dar á comprender su nueva afiliacion.

—Se trata, hermanos, dijo finalmente Sansimon, de revocar una resolucion que fué tomada por mayoría de votos en una de las sesiones pasadas. Se resolvió el incendio de conventos y la muerte de los regulares... ¿cómo es posible, pues, que deroguemos esa disposicion, cuando ni tan solo la hemos visto aplicada? ¿Se ha visto jamás que tan á golpe y tan sin motivo se destruya un acuerdo de una asamblea, sea la que fuere? Pues... ¿á qué vienen esas peticiones de algunos hermanos que se demuestran con ello afectos ó partidarios del frailismo? Los designios de la triple junta, los de todos los liberales en masa, son poner la España al nivel de la verdadera libertad que nosotros deseamos. Y estos deseos... ¿los hemos podido ver realizados de un solo golpe? ¿cuánto nos ha costado llegar al punto en que nos encontramos? En 1812, hermanos, empezamos á ver frutos sazonados de la libertad, y en veintitres años que desde entónces acá han trascurrido, no hemos podido llegar ni á la mitad del camino que vá desde el absolutismo al dominio completo de la libertad por que suspiramos. ¿Por qué hemos recorrido, pues, tan poco camino en tantísimo tiempo? La respuesta es muy óbvia, hermanos. Hemos adelantado tan poco por causa de los obstáculos que siempre hemos encontrado á nuestra marcha propagandista y revolucionaria. ¿Y quién nos ha suscitado tales obstáculos? ¿quién se ha atrevido á ello? Son infinitos los agentes que han obrado en contra de nosotros, y nos han obstruido mil veces el camino; pero nadie lo ha hecho con tan viva fuerza, con tan crudos ataques, con tan no interrumpido afan y con tan fatales resultados para nosotros como el cuerpo general de los frailes, que nunca se dará por satisfecho hasta que nos haya destruido á todos desde el primero al último. ¿Y esto no es bastante crímen para quitarles la vida?

Varias voces:

—¡Bravo! ¡bravo!

—Y bien, hermanos, ellos que tanto mal nos han hecho; ellos que nos han detenido en nuestra marcha liberal; ellos que tantas víctimas nos han causado en diferentes tiempos; ellos que están acechando ocasiones propicias para quitarnos la vida; ellos que son enemigos declarados y jurados de la causa liberal; ellos en fin. . ¿dejarán jamás de levantar nuevos obstáculos á las ideas que vamos á proclamar mañana? ¿dejarán jamás de inventar nuevos medios para que pasen años enteros, siglos quizás, sin que jamás veamos el logro de nuestros deseos? Nadie puede, pues, dudar de que los frailes, no solo son nuestros actuales enemigos, sino que lo serán eternamente, y nos obstruirán el camino que nos falta

recorrer. Pues si tales son ellos, ¿cómo vacilamos en quitarlos de enmedio? Si cuantos mas matemos, tantos menos enemigos tendremos, ¿cómo hay quien se atreva á abogar por ellos y á suplicar que les salvemos la vida? Si en 1820 hubiéramos hecho con ellos lo que haremos mañana, no estariamos tan atrasados como nos encontramos en la carrera liberal. Si ahora nos compadecemos de ellos, y viene tarde ó temprano una revolucion en contra de nuestras ideas, nos veremos espuestos á mil ultrajes; nuestra muerte será deseada; y los mismos frailes por quienes ahora se aboga, serán entónces nuestros verdugos. Pido, pues, á la asamblea, que declare irrevocable la disposicion tomada acerca el incendio de conventos y muerte de los frailes; y pido tambien que sea castigado como merece, todo aquel de entre nosotros que vuelva á tomar la palabra en contra de esa disposicion misma acordada por mayoría de votos.

Jamás orador alguno ha sido tan fuerte y estrepitosamente aplaudido como el Rey de Facha al acabar su discurso: todos lo aprobaron, y á gritos pidió la asamblea lo mismo que Sansimon acababa de proponer. Tal fué el furor y tales fueron las amenazas de la mayor parte de aquellos demonios reunidos, que los pocos que habian pedido la palabra en pro de la revocacion, no se atrevieron á hacer uso de ella. Despues de restituida la calma, viendo que nadie se levantaba para defender la revocacion, preguntó el presidente si se daba el punto suficientemente discutido y si se procederia á votacion sobre lo que acababa de pedir el hermano Sansimon.



CAPÍTULO III.

Continuacion.—No hay revocacion.

La naturaleza te dotó de un lenguaje enérgico, pescádor.
FENIMORE COOPER:—En el *Bravo*.

Sí: he hablado sin miedo al Dux, porque ¿cuál otro poder terrestre que el del Padre Santo debe infundirnos temor en este mundo?
FENIMORE COOPER:—En el *Bravo*.

IBA á procederse á la antedicha votacion, y los mas exaltados y furibundos sectarios veian ya seguro su triunfo, cuando se levantó un hermano Comunero y pidió la palabra. Fuéle concedida, y anunció que iba ó tomarla en pro de la revocacion. Atónita quedó toda la asamblea al ver tanta audácia y sangre fria. Todos los circunstantes quedaron mudos de admiracion; dirigíanle desde todas partes miradas rabiosas y vengativas: pero entre todos nadie quedó tan súbitamente petrificado como Santiago Aguilar de Silva, que casi temblaba al fijar la vista en el Comunero que iba á hablar. Los Iluminados pasaron del silencio á los murmullos; y hasta hubo alguno de ellos que hizo observar lo poco conveniente que era permitir el uso de la palabra á todo aquel que la quisiese tomar en pro de la revocacion.

—Estoy en mi derecho, replicó el Comunero, y tomaré la palabra en pro de lo que me acomode.

El presidente, gracias á la campanilla, restituyó la calma en la asamblea, y entónces el Comunero empezó á hablar diciendo:

—Por la primera vez de mi vida, hermanos mios, dejo oir mi voz entre vosotros; y... ¡ojalá que querais penetraros bien de lo que voy á

deciros! No me hacen mella alguna las amenazas del hermano Sansimon, porque reconozco en la asamblea la sensatez y cordura suficientes para no coartar en manera alguna el derecho que todos tenemos aquí, mayormente cuando todos deseamos y trabajamos para un digno fin. Yo apruebo, hermanos, que la asamblea quiera abolir el nombre de frailes, en una palabra, apruebo todos y cada uno de los intentos que abriga. Pero, hermanos, ¿de qué se trata hoy? Se trata de una revolucion próxima; de una revolucion que ha de estallar mañana, y cuyo desenlace puede ser mas ó menos próspero de lo que ha sido ya en otras poblaciones. Pero... ¿cuál es el fin principal de la revolucion de mañana? ¿La destruccion de los frailes... ó el planteamiento de la Constitucion? El mas ventajoso para nosotros es, sin duda, la proclamacion del código constitucional; la destruccion de los frailes es mas bien un acto de venganza que no puede producir en manera alguna los felices resultados que muchos están soñando. Se me dirá, sin duda, que la asamblea tiene motivos poderosos para decretar la muerte de los frailes é incendio de sus conventos; yo no niego la existencia de esos motivos, ni tampoco lo convenientes que pueden ser á la asamblea los dos estremos citados; pero sí digo, que esa venganza á que muchos esperan abandonarse, absorberá toda su atencion y les apartará del principal objeto del pronunciamiento de mañana, quedando así sin efecto positivo, y proporcionando tan solo una ventaja á Toreno, como ha sucedido en Zaragoza, en Reus y en otras partes.

Así fué siguiendo el orador, insistiendo en que el principal fin del pronunciamiento era proclamar la Constitucion, que la destruccion de los frailes apartaria á los sublevados del asunto principal, y que la ruina de aquellos podia procurarse de otras muchas maneras. Despues de esto siguió así:

—Si á los frailes se quiere esterminar, nada hay mejor que destruirlos de un modo que sea provechoso para nosotros, y fatal para Toreno y su pandilla. ¿No tiene ya espedido Toreno un decreto aboliendo las órdenes religiosas en España? ¿No sabemos de cierto que él vá á publicarlo cuanto antes? Pues, ¿por qué no lo aguardamos?... Proclamemos nosotros la Constitucion y esperemos el decreto de Toreno, que así toda la odiosidad de esa medida y sus consecuencias recaerán sobre el actual ministerio y su pandilla, que son los que mas interesados se hallan en la destruccion de los frailes, y los que mas asíduamente trabajan para conseguirlo. Esperemos entónces á satisfacer nuestros deseos de venganza: así será toda de los *torenistas* la culpa, y de esta manera no nos busca-

remos que la posteridad diga, que los revolucionarios de 1835 fueron los que asesinaron á los frailes é incendiaron sus conventos; lo cual sería creido, hermanos, por mas que nosotros, sino Toreno y su pandilla de moderados, sean los que han concebido, meditado, preparado y casi efectuado el plan de destruccion de conventos.

Prosiguió el orador encareciendo la ventaja del plan que acababa de proponer: y luego despues hizo un sinnúmero de proposiciones que no comentaremos por su multitud. Todas estas proposiciones eran dirigidas á lograr provechosamente la destruccion de los frailes: probólas todas y fortaleciólas con razones de peso, despreciando los murmullos y las miradas amenazadoras de casi toda la asamblea, que finalmente llegó á ablandarse un poco oyendo su largo discurso.

Despues de esto, probó la futilidad del argumento que habia presentado Sansimon sobre la imposibilidad de revocar una disposicion acordada por mayoría de votos, y enseguida de esto fué destruyendo uno por uno y con admirable lógica, todos los sulfúreos argumentos que Sansimon habia espuesto en su discurso. El orador se puso con esto en un terreno muy resbaladizo, pero no obstante, se sostuvo diestramente en él, logrando con sus palabras convencer á no poca parte del auditorio. Santiago estaba rabioso.

—Si no se toma alguna de las disposiciones que he indicado ú otra análoga, prosiguió el orador, ningun provecho se sacará de la revolucion, y serán nulos todos nuestros esfuerzos, viéndonos finalmente obligados á soportar nuevamente el yugo tiránico y arbitrario del ministerio Toreno. Los asuntos que nos interesan están hoy dia de tal manera, están tan mal parados, que su única esperanza de salvacion se halla en Barcelona ó en el pronunciamiento de mañana. Si este nos sale mal, hemos de renunciar por ahora á la Constitucion. Los esfuerzos de otras poblaciones han salido ya infructuosos; y solo el éxito de Barcelona es el que puede reanimar ó abatir á las demás provincias. Yo no tengo noticias fidedignas de las ocurrencias de Málaga, Reus y otras muchas ciudades que, como sabe la asamblea, han dado el grito de muerte á los frailes, pero no obstante, sabemos todos que la jornada la tenemos perdida en todas partes, y que si bien hemos dado la muerte á infinidad de religiosos, no se ha hecho mas que proporcionar un triunfo á Toreno, constituyéndonos en verdugos de las víctimas que él ha designado, quedando el borron para nosotros, la gloria para él; y asimismo sin poder sacudir su yugo, ni proclamar la Constitucion. De Zaragoza es del único punto de que tengo noticias fidedignas; pero ¡ay, hermanos! ¡cuán

tristes son! Podria deciros mucho sobre ellas, pero todo vendria á parar en haceros ver que hemos perdido la jornada de Zaragoza como la de Málaga y otros puntos por ese tenaz empeño en matar á los frailes: y es tambien seguro, como os he probado ya, que perderemos la de Barcelona por la misma causa, y si quedamos vencidos en Barcelona, lo quedaremos en otras partes, y poblaciones habrá que no querrán entrar en la contingencia de una misma suerte. Si todo esto sucede, hermanos, el conde Toreno, que nada tiene de tonto, podrá muy bien retirar su decreto de espulsion de los frailes, visto que nosotros nos adelantamos á él y hacemos inútil su aparicion y promulgacion. *(Señales de aprobacion)*. ¿Qué borron caerá entónces sobre nosotros? Nosotros solos cargaremos con la responsabilidad de haber muerto á los frailes, cuando el orígen de todo residirá en el ministerio Toreno. Desengañémonos, pues, hermanos, lo que nos conviene es publicar la Constitucion, y la España entera tiene fija en nosotros la vista para trazarse su conducta: si quedamos vencidos, lo queda con nosotros la esperanza de mejorar nuestra suerte y nuestra libertad; y los frailes no serán espulsados de España, porque declarándose el gobierno contra nosotros, tendrá que mostrarse (á lo menos en la apariencia) en favor de los frailes, con cuyo motivo no le será posible hacer de ellos la espulsion del modo que lo tiene ya meditado y decretado. Véanse, pues, las ventajas y perjuicios de una y otra cosa: yo los he espuesto con toda sinceridad, y en vista de ello, apelo á la recta razon de cada cual, para resolver lo que mas convenga.

Así acabó el orador, y luego levantando la voz, añadió:

—Pido por tanto á la asamblea, que sea revocada la disposicion de que se trata, y que sea prontamente pasado á votacion mi dictámen.

Este discurso fué finalizado con el mayor silencio por parte de los oyentes: hubo algunos murmullos, pero no fueron lo que era de esperar cuando el orador tomó la palabra, el cual tuvo la suerte de convencer á gran parte de la asamblea. A buen seguro que si entónces se hubiera procedido á la votacion, triunfaba la opinion que se acababa de proponer... pero por desgracia tomó la palabra un fiero Iluminado, que estaba devorando rábia por lo que acababa de oir.

Hizo uso en su discurso de toda la perversidad de ideas y torcimiento de principios que constituyen toda la ciencia de los Iluminados. Trató de rebatir al que acababa de hablar; pero por mas que no lo logró, espresóse no obstante de tal manera, supo halagar tanto las pasiones de la asamblea, que obtuvo repetidas veces un aplauso general. Puede decirse que todos aquellos hombres eran del partido del último que hablaba.

Despues del discurso del Iluminado, difícil era que el orador anterior volviese á recobrar el ascendiente perdido sobre unos hombres que habian prestado ya oidos á su codicia, á su venganza y á las demás pasiones que el Iluminado acababa de despertar.

No obstante esto, iba á levantarse el antiguo orador, pero no lo hizo porque se habia levantado ya otro hermano Comunero que declaró iba á tomar la palabra en pro de la revocacion. Este nuevo Comunero era don Evaristo Torrecampa, que habia asistido á la iniciacion de Santiago.

Su discurso fué muy largo é interesante; fortaleció con nuevas pruebas y razones lo espuesto por el otro hermano Comunero, y espresóse finalmente con tanta franqueza y sencillez, que no dejó de ganar mucho del terreno que el otro habia perdido. Este otro quedó á su vez maravillado de encontrar en una asamblea tan pervertida como aquella á un hombre que, á través de las ideas adquiridas en su secta, descubriese un fondo de bondad tan estimable como el que demostró por los infelices regulares.

Despues de D. Evaristo Torrecampa, volvió á tomar la palabra el hermano Sansimon; pero esta vez no fué muy feliz. En su discurso solo fué de notar la perfidia y la rábia que le dominaban.

Enseguida de él, volvió á tomar la palabra el otro Comunero y pronunció un discurso mas largo aun, y mas sentimental que el primero. Puede decirse que tocó todas las cuerdas del corazon humano, y á todas les hizo producir el sonido conveniente. Habló con energia y con entereza, trató de probar que iba á introducirse un cisma en la asamblea, si no se adoptaba su proposicion, y, gracias á su bella esposicion y á los sentimientos que supo dispertar, consiguió un verdadero triunfo.

El presidente de la asamblea declaró que aprobaba tambien la opinion del Comunero, y que en vista de ello, iba á procederse á votacion.

—Aun no es hora, dijo una voz atronadora que resonó en el salon.

Era Santiago Aguilar de Silva, furioso y con los ojos centelleantes, que levantándose estrepitosamente de su asiento y dirigiendo miradas amenazadoras y de fuego al valiente Comunero, dijo con voz alta y distinta:

—Jamás consentiré, hermanos, lo que vá á hacerse... Prescindo de todo... no me meteré en todas las cuestiones, pruebas, razones, conveniencias, inconveniencias, necesidades y todo lo demás que acaba de debatirse... No: no quiero entrar en ello... haga la asamblea lo que quiera... resuelva cuanto le guste: yo me levanto para anunciar que no abandonaré el mas mínimo de mis proyectos para el dia de mañana, ni

me separaré en un solo ápice de la conducta que me tengo trazada, y... ¡desgraciado del que quiera oponérseme! Yo dejo que la asamblea tome la resolucion que mas le guste con respecto á los frailes; pero mañana sé lo que debo hacer. Los Carbonarios están prevenidos y esperando... Sansimon, que debe dirigirlos, participa de mis opiniones... y en vista de ello, y lo demás que me callo, tengo el gusto, el placer, la satisfaccion de anunciar á la asamblea que mañana á estas horas no solo arderán los conventos de Barcelona, sino que muchos de sus moradores habrán sufrido ya los efectos de la venganza que nos irrita, y que envilece á los que no hacen uso de ella. Anuncio asimismo que el que quiera oponérseme, queda aplazado para la noche de mañana... y no tendré con él mas consideracion que con los malvados á quienes se intenta librar. Pasen, pues, adelante las decisiones de la asamblea... Yo no las respetaré para nada, como no sean conforme con mis sentimientos. Seguiré adelante mis proyectos, y ya que hoy he dicho á todos mis verdaderos hermanos: «*¡hasta mañana!*» les repito ahora lo mismo: «*¡hasta mañana!*» y entónces sabremos á cuáles debo tener por amigos y enemigos.

Dicho esto, se sentó nuevamente, echando amenazantes miradas sobre su rival. El auditorio se conmovió al oir este lacónico discurso; los mas atolondrados lo llenaron de aplausos, y despues de esto, se pasó á la votacion.

—Pido que despues de la votacion se lean los nombres de los que hayan dicho *sí* y de los que hayan dicho *nó*, dijo Sansimon.

—Sereis satisfecho, replicó el presidente.

Hízose la votacion, y la revocacion quedó desechada por mas de setenta votos contra tres. Los mas habian votado á favor de Santiago por temor á sus amenazas y no por conviccion.

—Sépase, señor presidente, cuáles son esos tres que han votado por la revocacion, dijo Santiago con aire de triunfo.

El presidente dijo en alta voz:

—Los que han votado en pro de la revocacion son los hermanos Rodulfo Oropesa, Evaristo Torrecampa y Julian Prates.

—Me alegro, replicó Santiago, pero sepamos; ¿quiénes son los hermanos Oropesa y Prates?

No bien habia dicho Santiago estas palabras, cuando se levantaron dos hermanos diciendo á un mismo tiempo:

—¡Yo!!!

El uno era el Comunero que tanto habia hablado en favor de los frailes, y el otro era un hermano Mason de una barba negra larguísima,

que estaba sentado junto á la puerta de la asamblea. No habia dicho palabra en toda la noche; pero sus miradas y ademanes demostraban grande entereza, mucho valor y gran confianza en sí mismo. No se conocian con el hermano Oropesa, ni con Torrecampa; pero los tres tuvieron sumo contento en defender una causa justa, aunque los tres por motivos diferentes, como veremos despues.

—Estos dos hermanos no habian asistido nunca á nuestras reuniones, dijo Santiago, y desearia saber si podian usar de este derecho.

—Han presentado todos los requisitos indispensables para ello, replicó el presidente, y puedo mostrarlos á cualquier hora.

—Despues me enteraré.

El hermano Prates se habia sentado ya, y Oropesa se mantenia en pié.

—¿Quereis hacer uso aun de la palabra? le dijo el presidente.

—Lo desearia mucho...

—No debe concedérsela, repuso Santiago. La votacion está ya verificada.

—No trato de impugnar la votacion.

—¿Pues qué quereis?

—Quisiera hablar á la asamblea, para tentar el último recurso.

Consultóse sobre esto á la asamblea, y mas por curiosidad de saber, que por otra cosa, se permitió hablar al hermano Oropesa.

—Pido á la asamblea que me escuche por última vez, dijo Oropesa. Ya que no he podido mejorar con mis razones la suerte de los regulares, ó por mejor decir, ya que el hermano Aguilar de Silva ha amenazado de muerte á todos los que siguieran mi opinion, declaro á la asamblea, que estoy autorizado para ofrecerle catorce millones de reales, si se contenta solamente con espulsar á los frailes, sin matar á ninguno.

—Sobre esto debe consultarse á la asamblea, dijo el presidente.

Levantóse entónces el hermano Prates, y dijo en alta voz:

—Con las mismas condiciones que acaba de esponer el hermano Oropesa, ofrezco yo á la asamblea veinte millones de reales.

El presidente contestó lo mismo: los ojos de algunos brillaron ya de codiciosa alegria al oir tan brillantes proposiciones, y á buen seguro que si el proyecto de los catorce y los veinte millones hubiese sido pasado á votacion, hubiera quedado aprobado. Pero Santiago, que presentia el éxito de tal votacion, levantóse pegando en el suelo una patada, y dijo:

—¡Que esos perros de frailes hayan de tener siempre tan firmes apoyos! Hermanos, quedad con Dios ó con el diablo... yo me retiro... no quiero intervenir mas en las decisiones de la asamblea... Yo he comu-

nicado mi proyecto... y lo cumpliré... Resuélvase lo que se quiera, mañana morirán los frailes...

Levantóse tambien Sansimon y dijo lo mismo, añadiendo:

—Quinientos Carbonarios están á mis órdenes; y ninguno de ellos dejará de obrar mañana conforme á mis mandatos.

—Hermanos, queda desechada la proposicion, dijo entónces el presidente al oir las declaraciones de Santiago y Sansimon. Entretanto algunos de los principales corifeos estaban diciendo á todos los demás, que lo que podrian robar de los conventos sería considerablemente mayor que las sumas que acababan de ofrecerse; y gracias á eso, las últimas palabras del presidente fueron recibidas con frenéticos aplausos. Santiago y Sansimon, al oirlas, volvieron á ocupar sus puestos, que habian dejado ya.

Entónces el hermano Oropesa, viendo desechadas todas sus proposiciones, y convencido de que muchos las desechaban mas por el temor que tenian á Santiago, que por otra razon, esclamó:

—He tentado ya todos los recursos, y voy á probar el último. Incendiad mañana los conventos... incendiadles sin faltar uno... pero salvad la vida á los frailes, y se os entregarán los catorce millones.

—Y yo os entregaré mis veinte millones, añadió el hermano Prates.

—¡No!!! repuso casi toda la asamblea en grito unánime.

—¡No!... que lo que mas nos conviene es derramar la sangre frailuna y la vuestra, miserables, añadió Santiago sacando su puñal.

—¡Pues que caiga sobre vosotros, hermanos, la sangre que mañana se vá á derramar!... esclamó Oropesa levantando la voz. ¡Caiga mil veces sobre vosotros... y responded de ello!... Pero tú, Santiago, tú, que al parecer dominas toda la asamblea, que espantándola con amenazas la obligas á obrar en contra de sus sentimientos... tú eres el mas culpable... tú cargas con mas responsabilidad que nadie... tú eres peor que un asesino, porque al menos éste sabe dar la razon que le obliga al asesinato... ¡Caiga, pues, sobre tí la sangre que vas á derramar!... y ya que tanto alarde haces de tu fuerza... ya que tanto confias en tu influencia... ya que tanto amenazas á los que no son de tu opinion... ya que á todo el mundo desafias... y ya que, dirigiéndote á mí, me has dicho... «*¡Hasta mañana!*...» yo recojo el guante que me has arrojado... yo te lo devolveré por mas que tengas las manos teñidas en sangre... veremos quién ganará en esa jornada... y así tambien te digo á mi vez... ¡HASTA MAÑANA, *Santiago!*...»

—*Hasta mañana,* repitió éste saltando al medio del salon con el puñal desenvainado.

Y acercándose al presidente, pegó una palmada sobre la mesa diciendo:

—Hermano, castíguese al delincuente, que acaba de injuriar á la asamblea.

—Yo no injurio á nadie, replicó el Comunero. Yo defiendo mis opiniones... pero las defiendo con calor... y si á alguno le suena mal que yo haya admitido tan brutal desafío... sepa que estoy pronto á dar pruebas de mi valor... desconcertando todos los planes que habeis fraguado...

—¡Callad!!!... esclamó el presidente poniéndose en pié.

—¡Entre nosotros hay un traidor! añadió Santiago.

Y Sansimon, saltando junto á su amigo, esclamó:

—¡Matarlo!!!

Casi al mismo tiempo todos los circunstantes, desenvainando sus puñales, rodearon á Oropesa, mientras Santiago decia:

—¡Es un traidor á sus juramentos!

Y Sansimon repetia:

—¡Matarle!

Muchos puñales se preparaban á herir á la víctima, cuando ella, sobrepujando á todos sus gritos y acercándose á Santiago, le dijo:

—¡Mírame bien!... si muero, vas á perderte aquí mismo.

Santiago nada contestó, sino que tirando el puñal por el suelo, fué á sentarse medio desfallecido... Admirada de ello la asamblea, quedó como estupefacta... pero Sansimon, que no quiso hacerse cargo de los peligros que corria su compañero, agarró por el brazo al valiente Comunero, é iba á pegarle la primera puñalada, cuando oyóse una voz que decia:

—¡Deteneos! ¡yo os lo mando bajo pena de muerte!

Detúvose Sansimon admirado de lo que acababa de oir; y abrióse paso por entre la muchedumbre aquel Mason que hemos dicho llamarse Julian Prates; y que votó con Oropesa y Torrecampa por la revocacion. Al ver á aquel hombre tan animoso y tan respetable por su larga y poblada barba, todos le dejaron libre el paso.

Cuando llegó junto á Sansimon, sacó un envoltorio que, desplegado, resultó ser una bandera de seda, con la cual cubrió el cuerpo de la víctima diciendo:

—La bandera privilegiada de los Comuneros es inviolable, y es reo de muerte el que se atreve á ultrajar el estandarte en que hay el escudo del gefe Padilla.

Oropesa quedó así cubierto con una bandera encarnada, sobre la cual habia el escudo verde de D. Juan de Padilla.

—Miradla, Sansimon, es la bandera privilegiada de los Comuneros... y todos ellos darán muerte por obligacion suya á todo aquel que ose violarla... Con que, pues, hermano Oropesa, sois inviolable... y nada temais.

Petrificados quedaron todos los circunstantes por tan estraño suceso, el Mason salvador miraba á todos con ojos insultantes: Oropesa bendecia la mano bienhechora: Santiago estaba aturdido á no poder mas: el presidente deseaba hablar, mas no sabía qué decir; y nadie se atrevia á ponerse cerca del mágico pabellon en que habia grabado el escudo del inmortal Padilla.

Sansimon fué finalmente el mas atrevido, y acercándose al nuevo atleta, le dijo:

—Y bien... ¿quién sois, para que tanto os respetemos?

—Sentaos todos, replicó con aire imperativo, soy un enviado de Madrid con poderes ilimitados, que vengo á la asamblea de órden de la triple junta.

A esta declaracion todos se retiraron á sus puestos, casi temblando y espantados.



CAPÍTULO IV.

El enviado.

En tu semblante lucía
Profética inspiracion,
Era tu hablar de alegría
Pero lúgubre tu son.
HARTZENBUSCH.

El enviado de Madrid cogió por el brazo al Comunero, á quien habia cubierto con la bandera, y saliendo con él fuera de la sala, le dijo:

—Sois un valiente, pero salid pronto, que aquí correis peligro.

—Yo os debo la vida...

—Bien: salid pronto...

—Esperad; voy á devolveros esa bandera.

—De ningun modo. No os la quiteis de encima, ó sino, estais perdido.

—Pero yo deseo veros... tengo que revelaros muchas cosas... ¿Dónde os podré encontrar?

—No puedo decíroslo... Decidme dónde podré encontraros á vos mañana por la noche á la hora del incendio de conventos.

—En la calle de los Condes de Barcelona, n.° 2, piso 1.°

—¿En casa el marqués de Casarrubies?

—Allí mismo... ¡Qué sabeis!...

—¡Silencio!... mañana vendré allá, y al preguntar *«¿Quién hay aquí en nombre de Dios?»* Responded *«¡Esperanza y Fidelidad!...»* ¿Comprendeis? Acordaos bien.

—Perded cuidado.

—Así pues... retiraos... ¡hasta mañana!... y guardad bien la consigna.

—Ya lo haré.

Así se despidieron los dos, y el enviado, acariciando con la mayor sangre fria su espesa y poblada barba, volvió á entrar en la asamblea.

Acercóse á la presidencia, y con voz arrogante y altiva, habló de esta manera:

—Venerables hermanos Masones, Comuneros é Iluminados: sabios iniciados: Oid mis palabras en nombre de la triple junta, á la cual habeis prestado juramento de ciega obediencia. Hallándome revestido de los plenos poderes que voy á presentar á la asamblea, he escuchado las cuestiones que acaban de debatirse: y viendo que no quiere dejarse de matar á los frailes en la noche de mañana... en nombre de la triple junta suprema de Madrid, os mando á todos, hermanos, que os sometais ciegamente á lo que os ordena el gran presidente de la triple junta en el presente documento.

Y diciendo y haciendo, tiró sobre la mesa del presidente dos pergaminos, uno de los cuales eran las credenciales del enviado, y el otro la órden á que él acababa de aludir.

Examinados dichos poderes, y declarados en regla, pasó el presidente á la lectura de la órden de Madrid, la cual decia así:

«Nos, el hermano Dollabella, presidente de la triple junta secreta Masónica, Comunera é Iluminada á la triple Asamblea de Barcelona:

»Considerando, el giro torcido é inesperado por Nos, que van tomando las bullangas mandadas por Nos en diferentes puntos de España:

»Considerando, que la matanza de los frailes acarrea graves perjuicios á las tres sectas, inutilizando las revoluciones que queremos efectuar para proclamar la Constitucion, punto el mas interesante de todos:

»Considerando, que nuestra revolucion se vá haciendo odiosa con la matanza de los frailes; considerando, que de ahí tiene motivo el gobierno para proceder abiertamente contra nosotros; considerando, que si se inutiliza esa tentativa, tardará en llegar ocasion para otra; y considerando, entre otras cosas mas, que la revolucion puede producir aun su efecto cambiando su plan: mandamos á la Asamblea suprema de las tres sectas en Barcelona, lo mismo que á otras del reino, que se some-

tan ciegamente á las siguientes disposiciones que hemos tomado, atendiendo al parecer y beneplácito de los demás individuos de la junta suprema:

»Art. 1.° Queda prohibido el incendio de conventos y matanza de los frailes en aquellas poblaciones en que se haga á un mismo tiempo la espulsion de estos y la proclamacion de la Constitucion de 1812.

»Art. 2.° Solo se permitirán los citados incendio y matanza de los frailes en aquellas poblaciones en que aplacen para otro dia la promulgacion de la Constitucion, para que los dos hechos no parezcan hijos de una misma causa.

»Art. 3.° Conforme á los artículos precedentes, los gefes de las Asambleas consultarán á sus cuerpos respectivos, y para la revolucion, procederán segun ellos resuelvan.

»Art. 4.° La resolucion que tomen las Asambleas será comunicada al instante por su presidente al enviado estraordinario, que será portador de esa órden, para que obre enseguida segun los poderes que Nos le tenemos confiados.

»Art. 5.° En aquellas poblaciones en que resuelvan proceder al incendio de conventos y matanza de los frailes, dejando aplazada la promulgacion de la Constitucion, mandamos que esta última sea no obstante proclamada antes de quince dias, contaderos desde aquel en que se ejecute el incendio de conventos.

»De nuestro *propio-motu* lo comunicamos á los presidentes de las asambleas, para que ellos lo comuniquen á sus cuerpos respectivos.

»Dada en Madrid á 20 de junio de 1835.—*Está rubricado.*—El presidente de la triple junta suprema: HERMANO DOLLABELLA.—D. A. D. L. T. J. EL HERMANO ROBESPIERRE, *Secretario.*»

Esta órden fué generalmente mas bien recibida de lo que el mismo enviado habia pensado.

Despues de consultada la asamblea, tomó la palabra Aguilar de Silva en favor de la triple junta, ponderando la ventaja de hacer la revolucion en dos dias; por lo cual debian señalar la noche siguiente para el incendio de conventos, y para proclamar la Constitucion otro dia; pero acabó diciendo:

—Sería, no obstante, conveniente que la asamblea obligase al hermano Prates á que dijese por qué motivo ha ofrecido veinte millones por la salvacion de los frailes.

El hermano Prates contestó:

—El hermano Aguilar de Silva debiera tener presente, que un en-

viado estraordinario como yo, mas bien tiene derecho á hacer preguntas, que no á dar contestaciones.

A tan conveniente objecion Santiago no contestó nada; y despues de hecha la correspondiente votacion, resultó que la asamblea por una mayoría inmensa decidió hacer la revolucion en dos partes, señalando la noche siguiente para la primera, que era el incendio de conventos, y matanza de los frailes.

Imposible es describir las muestras de alegria escesiva con que fué recibido el resultado de la votacion.

Preguntó despues el enviado qué dia se señalaba para promulgar la Constitucion, y despues de consultada la asamblea, dijo el presidente:

—Hemos escogido para ello la noche del 5 al 6 de agosto próximo.

Despues de esto y algun pequeño debate, se levantó la sesion, declarando que al dia siguiente se constituiria la asamblea en sesion permanente, mientras se efectuase el incendio de conventos.

Luego que los hermanos hubieron salido á la calle, D. Evaristo Torrecampa dejó á sus enemigos, y se fué á encontrar (como que no lo habia perdido de vista) al Mason enviado estraordinario.

—Caballero, le dijo, desearia hablar con vos.

—¿Conmigo?... hoy es imposible, contestó el de la barba negra...

—Sois un hombre valiente y de bien, á quien quisiera confiaros algunas medidas que solo puedo tomar, asociándome á hombres valientes y de bien como vos.

—No sé si podré satisfaceros; pero si tanto deseais hablar conmigo, os diré dónde podreis verme mañana á la noche durante el incendio.

—¿Dónde?

—En la calle de los Condes de Barcelona, núm. 2, piso 1.°

—¿En casa el marqués de Casarrubios?

—Allí mismo. Veo que me habeis entendido... Hasta mañana.

Y sin aguardar mas contestacion, echó á andar, dejando atónito y pasmado al pobre Torrecampa.

Seguramente que los lectores habrán conocido ya quiénes son ese enviado estraordinario y el Comunero que quedó cubierto con el escudo de Padilla: y si no lo han penetrado aun, pronto lo sabrán cuando nos encontremos en casa del marqués de Casarrubios durante el incendio.

Todos los miembros de la asamblea se retiraron de madrugada á sus casas, diciéndose unos á otros al darse las manos: ¡hasta la noche! y esta despedida significaba que cuando volverian á verse, estarian alumbrados por los conventos incendiados.

CAPÍTULO V.

El dia 25 de julio.

Dejemos á los troyanos,
Que sus males no los vimos
Ni sus glorias;
Dejemos á los romanos,
Aunque vimos y leimos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel tiempo pasado
Qué fué de ello;
Vengamos á lo de ayer,
Que tambien es olvidado,
Como aquello.

JORJE MANRIQUE.

HABIAN resuelto las sectas secretas incendiar los conventos y matar á los frailes durante la noche del 25 al 26 de julio, y como que para empezarlo era preciso tener algun pretesto, cualquiera que fuese, resolvieron asimismo empezar la revoltina en la Plaza de Toros durante la tarde del citado dia. Cuidaron de que en dicha funcion aparecieran tan solamente toros mansos, para tener motivo de gritería, con ello entrar en Barcelona, y gracias á la confusion, poner en práctica sus designios.

El sábado 25 de julio de 1835, dia que será de eterna memoria para un considerable número de personas, el sol habia aparecido bello y radiante, sin el menor asomo de nube alguna que obstruyera el paso á sus rayos.

Desde muy de mañana aparecieron fijados en las esquinas grandes carteles de todos colores, convidando al público barcelonés á la funcion

de toros de la propia tarde. Estaban encabezados de la manera siguiente:

PLAZA DE TOROS.

CON SUPERIOR PERMISO.

«En celebridad de los dias de S. M. la Reina Madre Gobernadora la Sra. D.ª María Cristina de Borbon.

»La empresa de la misma acaba de recibir toros de la acreditada ganadería de D. Fausto Zalduendo de Caparroso en Navarra, hermanos de los que se lidiaron en la funcion anterior, etc., etc., etc.»

Es decir que anunciaban toros bravíos, cuando debia promoverse una revuelta con motivo de haberlos presentado mansos. Esto fué lo que se hizo por mandato de aquellos hombres que mienten siempre por sistema.

Además de esto, los periódicos circulaban de una parte á otra de la capital, pero nada contenian que fuese sospechoso, nada que indujese á creer lo que se decia á medias sobre los sucesos de la tarde y noche próximas.

Además de los corifeos de las sectas, eran muchos mas los que sabian ya la catástrofe de la tarde. Los sectarios andaban animosos por las calles dándose el parabien unos á otros; los Carbonarios se paseaban tambien libremente, y muchas personas notaron ya por la mañana la presencia de unos hombres que chocaban por su horrible figura.

Todo se preparaba ya para la jornada tremenda: Masones, Carbonarios, Comuneros, Iluminados, todos estaban en agitacion y movimiento, y las casas de los capataces de las sectas parecieron todo el dia oficinas de gobierno, en las cuales se daban órdenes á los principales subordinados ó allegados de los gefes sectarios.

Sin embargo, no dejaban de tomarse en Barcelona algunas medidas de reaccion. En la casa del marqués de Casarrubios se habian puesto de acuerdo el marqués, D. Evaristo Torrecampa y su hijo, á los cuales ayudaba el P. Vincencio, que habia llegado á Barcelona dos dias antes.

La misma mañana del dia 25 habian llegado á Barcelona D. Silverio de Rosa-Lis y su hija Laura.

CAPÍTULO VI.

La Plaza de Toros.

> Y asi, aunque á libraros vais
> De la muerte con huir,
> Mirad que vais á morir,
> Si está de Dios que murais.
>
> CALDERON:—En el drama: *La vida es sueño.*

Las puertas de la Plaza de Toros fueron abiertas á las cuatro y media, y desde entónces empezó á acudir toda clase de gentes, que iban á disfrutar de la funcion.

Imposible es describir el aspecto que presentaba la Plaza al empezarse la funcion, á la cual habia acudido un gentío inmenso, del que la mayor parte ignoraba la conspiracion fraguada.

Escusado será decir que asistieron todos los gefes Masones con gran parte de miembros de las Logias, y sobre todo una turba inmensa de Carbonarios, que estaban aguardando el momento para ellos tan deseado. Miradas significativas, toques de manos, cuchicheos, comunicaciones... de todo esto hubo en abundancia á medida que los conjurados iban entrando en la Plaza. Todos tenian los sitios tomados como quien dice á compás; de modo que no habia tan solo tres ó cuatro paisanos en toda la Plaza que estuvieran juntos ó que no tuvieran entre ellos algun conjurado. Ya hemos dicho que todos los principales Masones estaban en la Plaza, y de los que conocen nuestros lectores habia el *Rey de Facha*, Torrecampa, Colvin, Santiago, el Gran Castellano de los Comuneros, el Gran Maestre de los Masones y el Gefe

supremo de los Iluminados. Por lo demás, notábanse á primera vista ciertas fachas y varias figuras estrañas y horribles, como sucede siempre que ha de ocurrir alguna bullanga en Barcelona.

La Plaza era contínuamente cruzada en todas direcciones por miradas de inteligencia y por señales comprensibles tan solo para ellos. Los sitios que ocupaban los gefes Mason, Comunero é Iluminado fueron un centro contínuo de comunicaciones y miradas que se estendian á todas partes.

Pero ninguna de estas señales, ninguna de estas miradas, ninguna de estas comunicaciones se escapaba á los ojos perspicaces de algunos observadores, cuyo principal era Clodulfo Kirtholf, mezclado entre la muchedumbre y escuchando en todas partes; además de aquel tal Julian Prates, que vino de enviado estraordinario á la asamblea de Barcelona. Cualquiera que no le hubiese conocido, le hubiera tomado por uno de los mas principales conjurados. Su vestido era todo negro de piés á cabeza. Sus pantalones, anchos como los de un gitano, chaleco, chaqueta, corbatin, y hasta los botones grandes de su graciosa chaqueta, todo era negro, y la abertura que dejaba su chaleco de terciopelo, que era lo único que podia verse blanco en todo su cuerpo, estaba cubierta por su barba larga en estremo, que, aunque negra, tenia algun surco blanco. Imposible es formarse idea de lo que interesaba su figura. Antes de empezar la funcion, estaba de pié junto á su luneta de grada cubierta, con el codo apoyado en la barandilla, y la cabeza apoyada á su vez sobre la palma de su mano. Sus ojos grandes, negros, vivos y penetrantes, dirigian á todas partes miradas investigadoras é imponentes, y desde toda la plaza se veia aquella figura inmóvil con aquella barba tan acusadora en aquellos momentos, con su indiferentismo tan marcado, con sus ojos tan centelleantes, y con sus bucles naturales y tambien negros, que desaparecian debajo de un sombrero hongo de pelfa negra muy fina, adornado con una cinta encarnada.

Largo rato estuvo en tal posicion, llamando la atencion de todos y no comunicando movimiento mas que á sus ojos, que parecian desafiar al mundo entero, y que todas las miradas despreciaban con imperturbable indiferentismo. Vino por fin á hablarle otro individuo vestido todo de negro como él, pero con menos lujo; mas no por eso nuestro hombre dejó su inmovilidad.

Al estremo de la Plaza y frente por frente á él, estaba Santiago Aguilar de Silva rodeado de sus principales satélites, entre los cuales se distinguia á Sansimon y á Colvin. Santiago y Sansimon estaban hablando á solas del hombre negro.

—Me parece muy original, decia Sansimon. Inmoble allí como si tan solo fuera estátua de adorno, no se digna dispensar á nadie una mirada de inteligencia.

—Está muy orgulloso, porque es enviado de la triple junta.

—Veamos, pues, qué parte tomará hoy en la lucha... Me parece que no es cobarde, y que desempeñará su papel á las mil maravillas.

—Pero no se ha puesto de acuerdo con nadie.

—Obrará por sí solo.

—¡Hum! replicó Santiago. Me temo mucho que contrariará nuestros proyectos.

—¿Por qué lo pensais así?

—Acordaos de los veinte millones que ofreció por la vida de los frailes.

—Verdad es.

—Y quien tanto dá por ellos, no puede menos de defenderlos á todo trance.

—Pero no le necesitamos tampoco para nada.

—¿Y si obra contra nosotros?

—Entónces le arreglaremos las cuentas, y le pondremos en estado de ir á contar al otro mundo el éxito de su embajada.

—¡Vaya que no!... Que me nieguen su proteccion todos los Santos del calendario, si él sale vivo esta tarde, en cuanto le vea contrariar en lo mas mínimo nuestros proyectos.

—¡Toma! ¡y ahora nos mira!... ¡Con qué fijeza!... parece que se sonrie... pero ¡qué mirada tan atroz!... ¡tan imponente!... ¡parece de buitre!

—¡Eh, Sansimon!... ¡despreciarlo... y no hacer caso de sus miradas!

El hombre negro les miraba en verdad: habia conocido que hablaban de él, y fijó sobre ellos su mirada irresistible, como eran todas las de aquel hombre, mientrastanto que con la mano se tentaba en la chaqueta el pomo de un afilado puñal.

Empezóse por fin la funcion, y un silencio sepulcral sucedió al murmullo que antes reinaba. Nuestro hombre negro se quitó el sombrero, descubriendo una cabellera hermosa y negra, aunque con algun cabello blanco, lo mismo que su barba: y mientras que se sentó en su luneta, dejó su rico sombrero colgado á la parte de afuera de la barandilla, para que todo el mundo lo viera.

Salió el primer toro á la plaza y todos los espectadores fijaron en él su atencion: unos, sin embargo, empezaron á temer, otros á esperar,

otros á alegrarse, otros á temblar, y otros á mostrarse pasivos ó indiferentes. El hombre negro estaba simplemente recostado en su luneta sin hacer caso de nada. Santiago hacía á poca diferencia lo mismo.

Presentósele de pronto Colvin y le dijo:

—Vengo, señor, para advertiros de una cosa que vos no habreis observado sin duda.

—Podrá ser... ¿qué cosa es?

—La presencia de D. Silverio de Rosa-Lis y su hija en la plaza.

—¿De veras?... ¿Dónde están?

—En este tercer palco de la derecha.

—Es verdad... ¡Desgraciadas criaturas!... ¿y qué han venido á buscar aquí en un dia como hoy?

—No sospecharán nada de lo que está tramado.

—¡Qué han de sospechar!... Han salido de N... por temor á la bullanga que allí se prepara, y han venido á refugiarse en Barcelona.

—No habrán hablado aun con el marqués de Casarrubios, ni con el P. Vincencio, porque en tal caso les hubieran advertido.

—Es verdad... pero en cuanto empiece la jarana, es muy probable que vayan allá.

—¡Oh... sí!... replicó Santiago exhalando un suspiro.

—¿Qué teneis?

—Tengo, que me haceis recordar que sucederá lo mismo que acabais de decir.

—¡Bien! irán á casa el marqués de Casarrubios... ¡y qué!

—¿Y qué? ¿no sabeis que allí está tambien Aurelio Evárini?... ¡Oh rábia! ¡que este lance vá á desconcertar todos mis planes!

—Y bien, señor, no asustarse por ello. A mí me parece que esto no será nada, si vos quereis...

—Sí, sí... tienes razon, añadió Santiago sonriéndose, y avergonzándose de haberse mostrado débil delante de un súbdito. Ya tengo formados mis cálculos. Te agradezco el aviso y retírate. Procura sobre todo que ninguno de los Carbonarios desmaye.

—No temais... Saben lo que deben hacer.

Colvin se retiró. Santiago permaneció con los ojos fijos en el palco en que estaban los Rosa-Lis con alguna otra familia conocida suya. Laura estaba atenta mirando la funcion.

—Es en verdad muy hermosa, dijo Santiago para sí, pero es preciso que Aurelio no la vea, ó sino estoy perdido... ¿qué mucho es esto, que yo no pueda tener nunca dicha completa? Si esos dos amantes se ven, echan por tierra todos los proyectos que sobre ellos tengo formados. Pero es preciso que esto no suceda... yo haré por separarles todo cuanto me sea posible, y veremos lo que de ello vá á resultar.

En la Plaza reinaba la calma ó el bullicio, segun se les antojaba á los que debian dirigir el motin.

CAPÍTULO VII.

—

Primeros movimientos.

Y sobre hermosos corceles
De salomónica raza
Con sus lanzas y broqueles
Mas de cuarenta donceles
Se ven salir á la plaza.
ABENAMAR.

APESAR de que los periódicos y los carteles fijados en las esquinas anunciaban que los toros que debian lidiarse aquella tarde eran de los mejores para el efecto, el público no obtuvo los resultados que se esperaban.

Cuando por fin pareció que habia llegado el momento de obrar, y que se habia gritado ya bastante, entónces los capataces hicieron la señal; diéronse repetidos gritos de *¡á fuera el toro! ¡á fuera el toro!* y todos los conjurados se pusieron instantáneamente en movimiento, gritando como energúmenos.

Todo era confusion: los conjurados corrian gritando en todas direcciones: las señoras se desmayaban y lloraban: desde los pisos y palcos arrojábanse ó caian á la plaza bancos, sillas, sombreros, abanicos, pañuelos, piedras y todo cuanto se encontraba á mano. Aquello parecia una Babel. El inmenso gentío se agolpaba á las puertas de la Plaza, y no podia salir: los unos oprimian á los otros, y todo eran gritos y sollozos.

Los conjurados por fin invadieron la Plaza, y suponiéndose intérpretes y vengadores del descontento popular, dieron de puñaladas al infeliz toro que lo habia provocado, y atándole una cuerda al cuello, tratóse de

arrastrarlo hasta fuera del redondel para castigarlo. Este designio fué acogido con entusiasmo segun estaba convenido entre los conjurados, por cuyo motivo pasóse á efectuarlo; pero toparon con el impedimento de que las gentes no podian salir por las puertas. Entretanto, los principales gefes aprovecharon el tiempo. Repetian á sus súbditos las órdenes que les tenian dadas, y encargábanles fiel cumplimiento á todo lo que tenian jurado y prometido.

El hombre negro permanecia inmoble en su asiento, mirando indiferentemente el desbarajuste que reinaba á su alrededor, y solo cuando vió que iban ya á empezar á arrastrar al toro, fué cuando dijo:

—Vamos á obrar.

Y dejó su sitio seguido de unos ocho á diez hombres negros como él, que estaban á poca distancia.

Dejemos ahora la Plaza y trasladémonos á fuera, donde son tantos los empujones que hay para salir, que ninguna persona pasa sin sufrir avería.

Los conjurados iban saliendo tambien, gritando á no poder mas.

Clodulfo lo hizo con el sombrero chafado, con la levita casi vuelta al revés, los cabellos descompuestos, y algunos botones rotos de su viejo ropaje. Algunos Carbonarios que estaban allí cerca, se rieron á no poder mas al verlo salir de aquella manera. No pocos eran sin embargo los que salieron aun peor librados.

Santiago se quedó en la Plaza, hasta que vió que D. Silverio de Rosa-Lis y su hija se dirigian tambien á la puerta, á correr el riesgo comun. Entónces se levantó, y dirigióse á una puerta escusada por la cual podian salir tan solo los capataces y que aquel dia estaba destinada para ellos. Allí estaba Colvin de pié esperando á Santiago.

—Escucha, Colvin, le dijo éste; vuelve á la Plaza, y guia á los Rosa-Lis para que vengan á salir por esa puerta.

—¿Lo haré como si fuese un *motu-propio* mio?...

—Cabal... Date prisa...

Santiago salió despues de esto y se quedó á poca distancia de la Plaza, donde muy pronto fué á reunírsele el Rey de Facha...

—Decidme, D. Arnaldo, ¿están preparadas nuestras lanchas? preguntó Santiago.

—Sí: pero no hay mas que tres.

—Con una basta para lo que ahora se me ocurre.

—¿Y qué?

—Van á salir los Rosa-Lis por la puerta destinada á nosotros, y es

preciso que en este mismo instante algunos de nuestros Carbonarios se embarquen con ellos y los conduzcan á cualquier punto de la costa, dejándolos allí.

—¡Oh qué estravagancia!

—Ha de ser esto sin réplica: y deprisa, deprisa; conviene que no pasen una hora mas en Barcèlona.

—Voy pues á dar la órden para ello.

Poco antes de este corto diálogo, habia parado en la Plaza de Palacio, junto á la Puerta del Mar, un coche de alquiler, y de él bajó un jóven elegantemente vestido.

Era Aurelio Evarini.

Iba á salir, y al cruzar la puerta, se encontró con Clodulfo.

—¡Por Dios, señorito! ¿dónde vais? le dijo el suizo, deteniéndolo. ¿Cómo andais tan resuelto? ¡vais á perderos!...

—Dejadme, dejadme, replicó Aurelio, desasiéndose y caminando á pesar de los obstáculos que oponia Clodulfo.

—Pero, señorito, ¿no oís esos gritos que horrorizan? Si salís, os meteis en medio de la bullanga. Santiago Aguilar de Silva y los suyos están allí... hay una infinidad de desgracias, y vais á perderos.

Aurelio no hacía caso: cuanto mas le decia Clodulfo, con mayor prisa andaba él, y en breves instantes atravesó el inmenso gentío que habia en la Puerta del Mar, y caminó en direccion á la Plaza de Toros.

—Y os vais derechito al peligro, como una flecha al blanco, añadió Clodulfo. Pero en fin, vos lo quereis, hágase. Muerto ó vivo, os seguiré á todas partes: quizá podré serviros.

Aurelio no le prestaba ninguna atencion. Apenas habia andado treinta pasos, cuando vió á su querida Laura con su padre, que daban la vuelta al edificio de la Plaza de Toros, guiados por Carlos Colvin. A su derecha y hácia el paseo de la Barceloneta, divisó á Santiago dando disposiciones; y mas abajo á Sansimon rodeado de algunos bandidos, que se dirigia con ellos hácia los Rosa-Lis.

Nuestros lectores comprenderán ya lo que iba á hacer el Rey de Facha, y entónces fué cuando Aurelio echó á correr diciendo:

—Allí está mi Laura y su padre... voy á socorrerlos... Seguidme, si quereis.

Y Clodulfo, que aceptó el convite, echó tambien á correr detrás de él.

Pero de repente empezó tan fuerte, tan horrible, tan descomunal gritería, que Aurelio se paró á la mitad de su carrera casi aturdido. Santiago apartó la vista de los Rosa-Lis, y Sansimon se detuvo tambien por la novedad.

Era que por una de las ventanas del edificio que caian hácia la parte por donde daban la vuelta Laura y su padre, apareció un hombre vestido enteramente de negro, y era el mismo á quien hemos visto en la Plaza. Sacó su cuerpo por la ventana, y poniendo la mano derecha en el antepecho para sostenerse un poco, dió un brinco, y saltó en medio de los voceadores y gentío que por allí estaba. Detrás de él apareció tambien otro con vestido negro, detrás de éste otro, y así sucesivamente hasta trece, gastando en ello menos tiempo del que se ha empleado en esplicarlo.

Como no podian salir por las puertas á causa de los empujones, juzgaron mas prudente medir uno tras otro la altura de aquella ventana.

Esta accion fué recibida con gritos y aclamaciones de todas partes, y esos gritos detuvieron á Sansimon al ir á efectuar con los Rosa-Lis lo que Santiago le habia mandado. Pero Aurelio atraviesa por medio del gentío, y llega por fin, cogiendo á un mismo tiempo las manos de D. Silverio y de su hija.

—¡Ay, Aurelio! dijo Laura temblando. El cielo te habrá guiado... Has venido á salvarnos... y á fé que no sabemos qué hacer.

Don Silverio espresó tambien á Aurelio su alegria, y éste, presentando su brazo á Laura, dijo á los dos:

—Andemos deprisa. En la Plaza de Palacio me espera un coche que he tomado para conduciros á vuestra casa.

—Despachemos pues pronto, replicó D. Silverio; pero vos os habeis espuesto por venir á salvarnos.

—Nada de eso... pasaba por la Plaza de Palacio por casualidad.

Aurelio mentia, y con una mirada tierna lo espresó á Laura. Supo que los Rosa-Lis habian asistido á la funcion y desapareció de la casa del marqués de Casarrubios, para ir á socorrerlos.

Tan luego como Colvin vió que los Rosa-Lis le dejaban por otro guia, fué á participarlo á Santiago, el cual lleno de zozobra y de gozo al mismo tiempo esclamó:

—Tanto mejor... Así podré escoger de entre los dos. Corred, pues, hermano Colvin, y decidle al Rey de Facha que suspenda la ejecucion de lo que he dicho. Decidle que se detenga, y que vuelva pronto aquí... Lo encontrareis con los Rosa-Lis.

Corrió Colvin, y halló efectivamente al Rey de Facha acompañado de diez ó doce Carbonarios, que rodeaba ya á los que le habia designado el de Silva; y al mismo tiempo que el Rey decia:

—Escuchadme, amigo D. Silverio.

Colvin le cogió por el brazo, replicándole:

—¡Deteneos!... Santiago os manda que vayais allá inmediatamente.

Sin aguardar mas insinuacion, se largaron los dos con los Carbonarios.

—¡Maldito Santiago! dijo Aurelio.

—En toda la funcion no me ha quitado el ojo de encima, añadió Laura.

—Y seguramente ha mandado ahora suspender algun proyecto contra vos ó contra nosotros, repuso D. Silverio.

—Por lo mismo despachemos pronto, dijo Aurelio.

Y al mismo tiempo echó á andar, mezclándose entre las personas que, empujándose, entraban por la Puerta del Mar.



CAPÍTULO VIII.

La bullanga.

La nube revienta,
Destroza su seno,
El fuego de grana
Y la voz de trueno
Ábrese cual sima;
Cual azufre hirviendo
En olas se vierte
Sobre entrambos pueblos,
Y en sus torres blancas
Se arroja tremendo,
Trémulo, abrasado,
Su esplendor de fuego.
VICTOR HUGO.

MIENTRAS Aurelio y los que él acompañaba atravesaban la Puerta del Mar, para entrar nuevamente en Barcelona, empezaron los gritos de alegria entre los conjurados, porque el toro salia ya de la Plaza arrastrado por los Carbonarios.

Grande era la algazara que estos promovian, y á los destemplados gritos se unian los vivas á la libertad y á otros mil objetos diversos. Santiago, Sansimon y Colvin adelantáronse tambien hácia la Puerta del Mar, por la cual acababa de entrar Aurelio, llevando del brazo á Laura, y seguido de D. Silverio y Clodulfo.

No bien habíanlo efectuado, cuando el gentío arremolinado detrás de ellos, empezó á empujar para dar paso al toro que acababa de llegar arrastrando. Los Rosa-Lis se ladearon y junto á ellos se colocó tambien el hombre negro que con sardónica sonrisa y ademanes provocativos desafiaba á todos los protagonistas de los bárbaros escesos que para muy

pronto se preparaban. Casualmente halló á sus piés una piedra, y de un puntapié la echó en medio del espacio por el cual pasaban ya los que tiraban del toro. ¡Repugnante espectáculo! Parece imposible que séres racionales tomasen por pretesto de revuelta, la mansedumbre de un pobre animal. Dejaba el toro un rastro de sangre fangoso por todo el terreno que atravesaba; y al topar con la piedra que habia tirado el hombre negro, saltó la sangre por aquellos alrededores, y ocho ó diez gotas fueron á dar en el blanco traje de Laura, que miraba horrorizada aquellos escesos de barbarie.

Luego que la primera oleada del tropel se hubo disipado, Aurelio acompañó á los Rosa-Lis á su coche, que tenia preparado en la Plaza de Palacio, é hízolos subir á él.

Santiago habia entrado tambien en la Plaza de Palacio, y pronto advirtió la tramoya de Aurelio. No hizo mas que decir algunas palabras al oido de Sansimon, y éste, seguido de algunos Carbonarios que nunca le abandonaban, se acercó al coche. Don Silverio y Laura estaban ya dentro: Aurelio iba á subir y Clodulfo permanecia allí de pié para subir despues.

Pocas palabras habló Sansimon. Dijo á Aurelio que debia irse con él, y en caso de no hacerlo, le amenazó con la muerte, diciéndole que le sería muy fácil cumplirlo, mayormente en aquellos instantes de revuelta. Don Silverio y su hija quedaron espantados de tan horrible demanda, é iban Aurelio y Clodulfo á resistirse á ello, cuando el primero advirtió á Santiago de pié á alguna distancia, que le estaba mirando.

—¡Ah! esclamó, ¡estoy perdido!

Y se entregó voluntariamente al Rey de Facha. Dijo algunas palabras afectuosas á los del coche, y á Clodulfo lo siguiente:

—Entrad en el coche, acompañad á los Rosa-Lis á casa el marqués, y esplicad allí lo que está sucediendo.

—Bien, señorito, dijo Clodulfo casi llorando. Me voy por obedeceros. Pero os juro que no pasará mucho tiempo sin que os suelten esos perros malditos.

Es de conocer cuan sorprendidos quedarian los Rosa-Lis por tan estraño suceso. Clodulfo se metió con ellos en el coche, pero no bien habian salido de la Plaza de Palacio, cuando hizo parar el carruaje y pidió á D. Silverio que fuera él mismo á informar al P. Vincencio de lo que acababa de pasar, porque queria ir en seguimiento de los que se habian apoderado de Aurelio. Hízolo así, el coche volvió luego á emprender la marcha en medio de los gritos de bullanga que por todas partes resona-

ban, y Clodulfo volvió á entrar en la Plaza de Palacio, pero ya no vió á Aurelio, advirtió solamente que habia un coche parado frente el edificio de la Lonja, que Aguilar de Silva acababa de entrar en él, y que echaba á correr por la calle del Consulado. Clodulfo corrió detrás del coche resuelto á no abandonarle hasta ver dónde paraba, y saber lo que harian de Aurelio.

El desórden en tanto iba en aumento. A las turbas de Carbonarios se habian unido grandes turbas de mugeres armadas de cuchillos, tijeras y materias á propósito para incendiar los conventos. El toro siguió siendo arrastrado por las calles de Barcelona: las puertas de las casas se cerraban unas tras otras, la gritería de los amotinados cada vez era mayor; y los ataques contra los conventos habian comenzado ya. El fuego empezaba á prender en algunos santuarios; los frailes á ser asesinados; los adornos de los templos á sufrir la accion del pillaje; los corifeos de las sectas se alegraban con la horrorosa perspectiva que se presentaba, y el infierno todo entero aplaudia y animaba el furor revolucionario.



CAPÍTULO IX.

Progresos del motin.

Temblad, usurpadores.
Aunque tengais el rayo en vuestras manos,
Del altar y las leyes destructores,
Y del mundo opresores:
Caerán sobre vosotros nuestros males:
Temblad, temblad, tiranos,
Pues que sois inmortales;
Consolaos, vosotrás desgraciadas
Victimas pasajeras,
Sobre quienes los ojos paternales
De un Dios están fijados.

DELILLE.

SABEN nuestros lectores que D. Luis Torrecampa, hijo de D. Evaristo, y gefe de Estado Mayor del general Llauder, habíase comprometido á declararse hostil al movimiento revolucionario, y proteger á los frailes cuanto le fuese posible. Deseoso de cumplir tal compromiso, tan conforme á los sentimientos que le animaban, preparóse para salir y asociarse con algunos compañeros suyos, Urbanos de Barcelona, presentándose con ellos á ofrecer sus buenos servicios donde necesarios fuesen, lo mismo que su padre. Pero la suerte quiso, que al mismo tiempo que iba á salir disfrazado de su casa, su hermana María Concha le entregase un pliego que acababa de traerle un ordenanza del Gobernador de la plaza. Mandábanle que pasase inmediatamente á Atarazanas, para encargarse del mando de una partida de caballería que debia oponerse al movimiento incendiario en el convento de San Francisco de Asis. Rabiaba de coraje al leer una órden tal, y de buena gana hubiera hecho contestar al ordenanza que es-

taba fuera de su casa, si Concha, en un momento de indiscrecion, no hubiese advertido ya lo contrario.

En vista de eso, el jóven Torrecampa no tuvo otro recurso que ponerse el uniforme y prepararse á salir. Antes de hacerlo, previno á su hermana que si venia á buscarle alguno de los que debian reunirse con él aquella tarde, les dirigiese al convento de San Francisco, donde le encontrarian. Despues de esto, montó á caballo, y seguido del ordenanza, echó á correr hácia Atarazanas, durante cuyo tránsito tuvo el disgusto de ver las numerosas turbas de Carbonarios que atacaban los conventos, y de saber que habia prendido ya fuego en San Francisco, que era á donde se le destinaba.

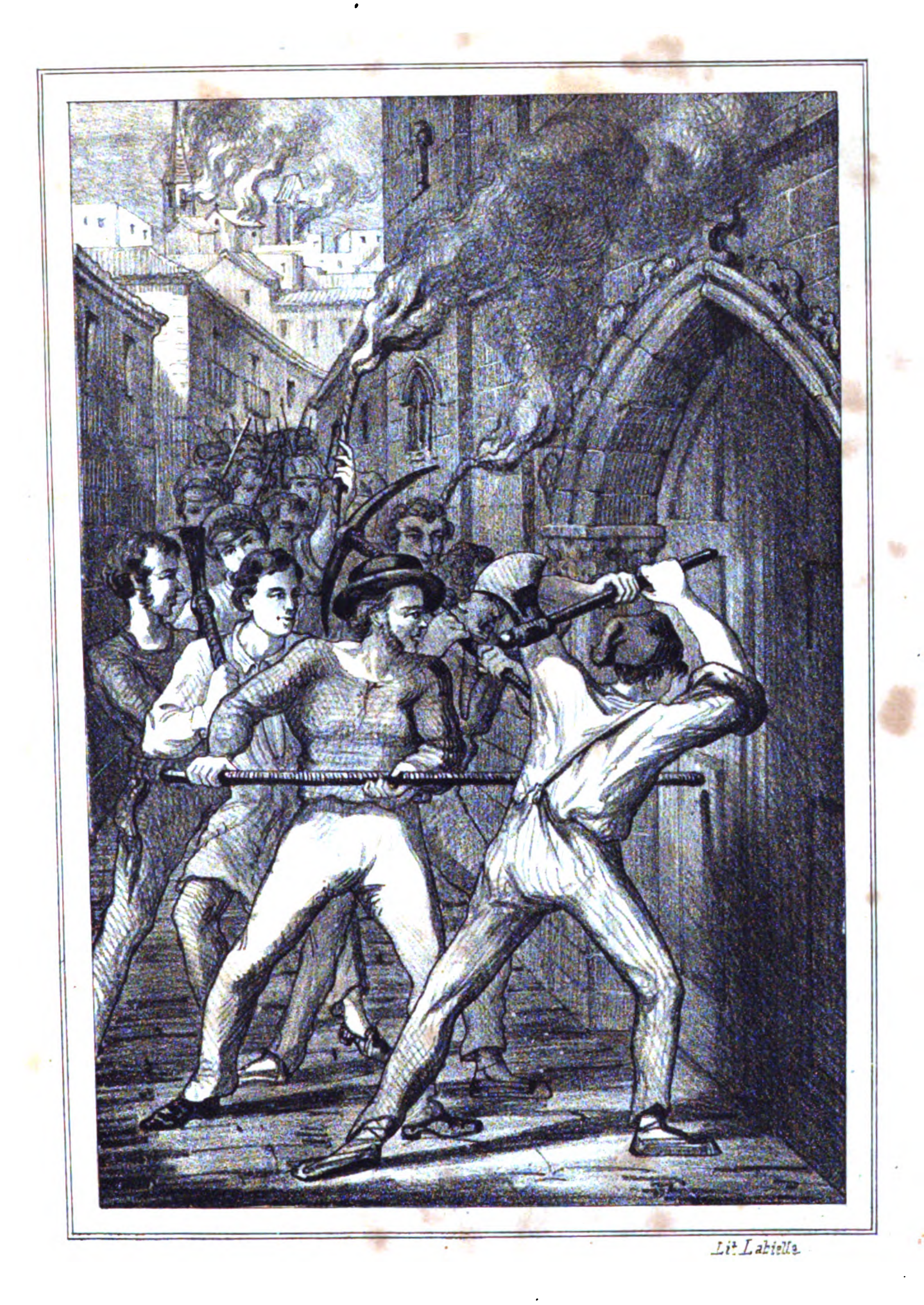
—No me situaré en vano donde acaban de mandarme, decia él.

Y al mismo tiempo espoleaba á su caballo, para que le trasladára cuanto antes al lugar del incendio.

Poco despues de haber entrado Luis en Atarazanas, volvió á salir al frente de una partida de caballería, y colocóse como se le habia mandado, en los alrededores de San Francisco; mientras que el fuego empezaba á ser ya el dueño absoluto de aquel vasto edificio. No faltaban tampoco por aquellos alrededores algunos grupos de Carbonarios que andaban voceando de una parte á otra, echando miradas rabiosas al pequeño destacamento de caballería, y esperando el momento de matar á los religiosos, cuando, acosados por el fuego, se viesen precisados á huir del convento. Pero les salió errado el cálculo, porque los frailes nunca salieron. Hubo personas que se interesaron por su salvacion, y solo uno pereció á manos de la infernal multitud, aunque fué solamente por no haber seguido, ó no haber querido seguir, el consejo de los demás.

Entretanto que estas cosas pasaban en San Francisco, el movimiento incendiario se habia reproducido en otras muchas partes de la ciudad: corrian de un convento á otro las turbas de asesinos, yendo con ellos algunas mugeres perdidas, mas horribles aun que los mas atroces incendiarios, todas armadas de una manera ú otra, aunque muchas mugeres no traian otro instrumento para herir que sus tijeras ó sus peines, las cuales arrancaban de sus cabezas para dar una muerte horrible é inaudita al pobre religioso que caia en sus manos.

Antes de presentarse en San Francisco los incendiarios, habian atacado ya el convento de la Merced; pero no pudieron conseguir su objeto: el vecindario opuso á ello tenaz resistencia y los amotinados viéronse obligados á retirarse, pero las llamas de San Francisco les consolaron del mal éxito de su primera tentativa.


Lit. Labielle

La multitud quemando los conventos.

Barcelona presentaba un aspecto horrible. Las gentes estaban en movimiento; la gritería de los amotinados se oia en todas partes: todo era confusion, todo atropellos: veíanse atravesar las calles á unos hombres desconocidos, con los cabellos erizados, con los brazos desnudos, con sus puñales en las manos, dirigiendo á todas partes miradas irresistibles: notábanse por otra parte á mugeres asquerosas, con ademanes mas indecentes y provocativos que los mismos hombres; gritando destempladamente por la muerte de los frailes; despidiendo unas palabras, unas blasfemias, que por lo horribles, la memoria se niega á recordarlas, y la pluma á escribirlas. Juntábanse los unos con las otras; presentábase á su frente algun terrible personaje que parecia ser su gefe: y con él ó sin él, prorumpian en atronadores gritos, empezaban á correr por las calles; á su paso se escondian las gentes que les veian venir; preparaban sus instrumentos de muerte, sus materias incendiarias: y penetrando en algun convento, amontonaban los combustibles para pegarles fuego; mientras que otros asesinaban al pobre sacerdote, que en vano les pedia la vida. Aquello era horrible y espantoso. En una parte incendiaban los templos; en otra robaban los vasos sagrados, los ornamentos del altar, las preciosidades, vestidos y reliquias de las imágenes: aquí se oian los gritos de venganza y muerte que despedia la multitud desenfrenada, porque saciaba su cólera, matando á algun indefenso religioso; allí desnudaban y maltrataban á otro que era ya cadáver: en todas partes gritos, en todas partes atropellos, confusion, fuego y llamas; en todas partes se veia á los gefes del motin, dándose el parabien unos á otros, dirigiendo á la multitud, indicándole lo que luego era efectuado con estrépito, y no desdeñándose por esto de tomar parte activa en tal ó cual incendio, en tal ó cual asesinato. Añadíase á tanta confusion, á tanta gritería, á tanto desbarajuste, el descomunal ruido de las bóvedas y paredes que se desplomaban azotadas por el incendio; el redoble de los tambores y cornetas que circulaban por la ciudad, y sobre todo el tañido de las campanas de muchas iglesias: aquel campaneo horrible, espantoso, inesplicable... aquel campaneo que comunmente aturde mas que los mismos disparos de artillería... aquel campaneo, con el cual pedian auxilio los pobres religiosos que se habian refugiado á las torres de sus respectivas iglesias... y todo ese conjunto espantoso es un despreciable bosquejo en comparacion de lo que debiera decirse, para pintar la realidad de aquellos horribles sucesos.

Pero dejando á parte todas esas consideraciones, y antes de esplicar los progresos y el término de aquel motin, pasemos á otras escenas que tenian lugar en los momentos de mayor efervescencia popular.

Cerca del convento de San José, que estaba sito en la Rambla, donde existe ahora la plaza mercado, se habia reunido un grupo de incendiarios para pegarle fuego.

Grande era la gritería que promovian, y fué mayor cuando llegó cerca de ellos aquel hombre negro, de quien hemos hablado ya á los lectores. Venia seguido de sus doce compañeros llenos de polvo y sudor, y jadeando de cansancio.

Sentáronse en el suelo algo distantes de los incendiarios, los cuales miraban con recelo á los negros. El principal de estos parecia estar muy satisfecho, aunque se notaba en él cierta inquietud asaz estraña. Hallábase recostado en un árbol de la Rambla, y á pesar de que no perdia de vista el mas pequeño movimiento de los incendiarios, parecia no obstante que estaba allí esperando la llegada de alguna persona.

Entretanto la gritería de los amotinados no cesaba, y creció de todo punto cuando se reunieron con ellos algunos otros capitaneados por el Rey de Facha, y todos juntos resolvieron dar un golpe de mano decisivo sobre el convento de San José. Sansimon advirtió luego la proximidad del hombre negro, y como sabía de qué era capaz, por lo que le habia visto hacer aquella tarde en otro convento, pensó con razon que sus planes sobre San José iban á ser contrariados por aquel hombre y los suyos, por cual motivo dió las órdenes para rechazarlos con la fuerza, si de otra manera no era posible. Pero el hombre negro se hallaba entónces ocupado por otra idea; y aunque dió tambien disposiciones á su segundo para contrariar las miras de los incendiarios, no dejó por esto de mirar á una parte y á otra, como esperando á alguien. ¡Las gentes al pasar le observaban admiradas: á unos inspiraba miedo, á otros confianza, y á todos curiosidad.

Finalmente desembocó en la Rambla un coche que corria con mucha prisa.

La vidriera de la portezuela que daba á la Rambla, estaba abierta de par en par, mas no se veia dentro del coche á persona alguna. Habia, no obstante, en él una jóven muy hermosa, pero estaba tan metida en el fondo del carruaje, que no se hacía visible á persona alguna. Una de sus blancas manos estaba escondida en los pliegues de un pañuelo blanquísimo, cuyas puntas salian fuera del coche por la vidriera abierta.

El hombre negro hizo un movimiento de júbilo cuando vió venir el indicado coche, porque advirtió desde luego el pañuelo blanco, lo cual era una seña que solo por él se hacía.

El coche andaba ya con menos prisa, y cuando pasó cerca de él,

acercóse al cochero; y tan pronto como la jóven le advirtió, hizo parar el carruaje. El hombre negro saludó cortesmente á la hermosa, y sin esperar los servicios del cochero, abrióse él mismo la portezuela y sentóse junto á ella. Desde el coche acabó de dar órdenes á su segundo, que quedó en la Rambla para desbaratar los planes de los incendiarios respecto á San José, cuyo convento se hallaba ya rodeado por todas partes.

Sansimon se admiró tambien mucho de la maniobra de su rival; mas, por otra parte, se alegró de que desapareciera de su presencia por los sérios temores que le inspiraba su actitud hostil.

En el mismo punto en que empezó á correr nuevamente el carruaje, llegaba junto á él el pobre Clodulfo, jadeando de cansancio. Al momento de subir en el coche el desconocido, habia visto á la jóven que le pareció ser Julieta de Casarrubios, y creyendo que jugaban con ella la misma partida que Santiago acababa de jugar al pobre Aurelio, se acercó corriendo al coche por ver si podia salvarla, pero no llegó á tiempo. El coche echó á correr, á pesar de que él gritaba para que se detuviera, por cuyo motivo quedó el pobre suizo como paralizado y sin poder articular palabra. Casi lloraba de rábia, y encaminóse prontamente á casa el marqués, para dar noticia de todo lo que acababa de pasar.

Entretanto los incendiarios redoblaban sus esfuerzos contra San José, y los pobres religiosos trataban de ponerse en salvo.



CAPITULO X.

Curso de la revolucion.

¿De dónde me proviene
Esa inquietud ardiente, ese deseo
Que intranquila mi alma tiene?

DELILLE.

No se habia engañado Clodulfo. Era Julieta de Casarrubios la que marchaba dentro del coche; y el que acababa de entrar en él, á quien han visto ya nuestros lectores en la Plaza de Toros y en la asamblea de la triple secta, era el Capitan-Negro, aquel á quien Julieta encontró en la ermita de San Antonio, cerca del castillo de los Cuervos, y cuyo nombre era entónces el de hermano Ambrosio.

Recordarán los lectores, que despues de muerto el Huron, Julieta tuvo una conversacion de mas de una hora con el hermano Ambrosio ó con el Capitan-Negro, que es el mismo, antes de la cual puso Julieta un manuscrito en la tumba de Lorenzo Vega, llamado por los Carbonarios *el Huron*.

Consecuencia de la conversacion de entónces fué la entrevista de los dos al caer la tarde del dia del incendio de conventos.

—Al fin ha tenido efecto esta singular entrevista, dijo Julieta despues de los saludos correspondientes.

—Yo cumplo siempre mi palabra, por mas que esté empeñada en la soledad de los desiertos. Os dije que hoy, al caer la tarde, me encontrariais en la Rambla de Barcelona, y allí me habeis encontrado.

—Efectivamente... Pero estais muy cansado, hermano Ambrosio... El sudor cae abundante de vuestro rostro...

—Os encargo, señorita, que no me deis el título de hermano Ambrosio.

—Es que me repugna deciros *Capitan-Negro.*

—Decidme simplemente hermano, y esto me será aun mas agradable.

—Lo haré.

—El título de Capitan-Negro me lo dieron en mis juveniles años, con motivo de tener el pelo tan estremamente negro. Acaudillaba entónces una partida de realistas contra la Constitucion de 1820, y de aquí tomó orígen el título de Capitan... Por lo demás, estoy, sí, muy cansado; pero no me pesa... Siento no haberme cansado mas aun, con tal que hubiese sido con fruto.

—Habreis ya trabajado mucho esta tarde.

—Un poco. Al salir de la Plaza de Toros, he impedido que pegáran fuego al convento de la Merced: en otras partes he prestado tambien algunos buenos servicios: me he batido ya cuerpo á cuerpo con alguno de los incendiarios, y no he desamparado los alrededores del convento de San Francisco, hasta que los religiosos han estado en salvo.

—¿Están en salvo los religiosos franciscanos?

—Todos.

—¿Pero el convento está incendiado?

—Ya no es posible apagar el fuego.

—Mas ¿cómo han podido salvarse?

—De un modo bien particular. Viendo yo que los incendiarios iban á pegar fuego al edificio, y que no podia ya impedirlo sin peligro de mi vida y de los que me acompañaban, he penetrado en el convento para invitar á los religiosos á la salida de allí, protegiéndolos con mi gente. Entretanto el fuego ha prendido en el edificio, y resistiéndose los religiosos á salir por el temor que les inspiraban las bandas de asesinos que les estaban esperando para matarles, me han hecho observar que no veian otro medio de salvacion que pasar á Atarazanas por un camino oculto, mas que para hacerlo les faltaba estar seguros de que serian bien recibidos en aquella fortaleza. Estando en esta alternativa, salí del convento resuelto á presentarme al gobernador de Atarazanas para hacerle una competente demanda, primero en mi nombre, y despues en el de los religiosos; pero luego que salí de la portería, tropecé con un jóven militar, que mandaba una partida de caballería y que venia á proteger el convento. En su semblante advertí yo una bondad infinita; y él me detu-

vo tomándome sin duda por uno de los incendiarios, á los cuales habia hecho retirar ya de los alrededores. Como eran rectas mis intenciones, muy pronto nos entendimos con el espresado militar, que es un hombre de bien en toda la estension de la palabra; y á tiempo que iba á mandar al convento á un jóven que por allí cerca estaba, para prevenir á los frailes que podian salir, puesto que él protegeria sus vidas, le advertí yo de la última resolucion de la comunidad. Bajo este precedente mandó al instante á uno de sus subalternos para que previniera en Atarazanas que los frailes fueran dignamente recibidos; y yo, contento con la noticia, penetré nuevamente en el convento para avisar á los espantados religiosos que podian practicar su intento con toda seguridad. Por dentro del convento pasa una de las cloacas principales de la ciudad, por la cual van al mar todas las inmundicias de la poblacion: y en esta cloaca han tenido que meterse los desgraciados religiosos, caminando largo trecho por un inmenso ladazal de inmundicia, que les llegaba hasta las rodillas, teniendo que aguantar un hedor insoportable, y gracias á este recurso, han podido salir todos á la orilla del mar; y trepando zozobrosos y vacilantes por la cerca de piedras que hay debajo la muralla, han llegado hasta Atarazanas, desde donde algunos bondadosos artilleros han tenido la caridad de alargarles unas escalas, por las cuales han entrado en la fortaleza.

—¿Y todos se han salvado de este modo?

—Todos, escepto uno, que creo era el P. Provincial. Hallábase éste con un médico, al cual el motin ha sorprendido dentro. Los incendiarios habian rodeado ya el edificio, y era imposible que el pobre médico saliera sin esponerse á morir en manos de los bandidos. Durante esas alternativas, que en verdad eran de muerte, no solo para el médico, sino para el religioso, ha bajado por la Muralla de Mar y se ha dirigido por la Rambla un general seguido de un numeroso estado mayor. El médico es amigo del general, y al pasar le ha llamado desde la portería, y el resultado de todo ha sido que el P. Provincial y el médico han salido del convento escoltados por tan numeroso acompañamiento y conducidos á paraje seguro.

—¡Qué horribles cosas están hoy sucediendo! replicó Julieta.

Al llegar la conversacion á este punto, pasaban por frente el convento de los Trinitarios, desembocando en la Rambla por la calle de San Pablo. Oíase una gritería inmensa.

—¿Y á dónde nos dirigimos ahora? preguntó el Capitan-Negro. ¿No vamos á la calle de San Sulpicio?

—Aun no es hora, dijo Julieta. He dicho al cochero que nos paseára por las calles, y que no nos condujera allá hasta despues de bien entrada la noche. Me parece que he obrado bien.

—Es verdad: pero ya ha anochecido.

Los incendiarios corrian en todas direcciones; las campanas del convento de Trinitarios pedian auxilio, y el coche acababa de llegar á la Rambla, donde encontraron á una turba inmensa de mugeres que pedian tambien la muerte de los frailes é incendio de conventos. Asco y repugnancia causaba aquel grupo de arpías con los cabellos erizados, con los brazos remangados, y teniendo hachas, cuchillos, segures y otras clases de instrumentos preparados todos para dar á los frailes la muerte.

Un infeliz Trinitario habia caido en sus manos, y despues de haberle hecho sufrir los mas atroces tormentos en la misma Rambla, hubo otra muger, semejante á una furia del Averno, la cual estaba esperando que el desgraciado religioso espirase, mientras se complacia en herirle la cara y pincharle los ojos con el peine. Otras habia que al propio tiempo estaban despojando ya y destrozando las imágenes del Santuario.

Tan repugnante y aterrador espectáculo, como era el de la muerte de aquel infeliz fraile, no pudo menos que horrorizar á Julieta, á pesar de su natural valor, y el Capitan-Negro, no pudiendo mirar con sangre fria tan horrenda alevosidad, sobrevínole una convulsion febril, levantóse súbitamente, é iba á abrir la portezuela para precipitarse por entre la muchedumbre, cuando Julieta, que acababa de advertir entre los incendiarios á D. Arnaldo Sansimon, mal disfrazado con el trage de Carbonario, sobresaltóse tan fuertemente, que asiéndose al Capitan-Negro le suplicó con la mayor eficácia que no se perdiese de aquella manera, puesto que, yendo solo, nada podria conseguir.

El Capitan-Negro en aquellos momentos de arranque no hizo caso de lo que le dijo Julieta: habia abierto la portezuela é iba á saltar del coche, pero ésta se lo impidió definitivamente, enredándose entre sus brazos y diciéndole:

—Hermano, si salís, voy á perderme con vos, porque no os soltaré.

Quedó imposibilitado por la accion de la jóven, la cual, acercando el rostro á la delantera, esclamaba:

—¡Aprisa, cochero, aprisa!

En pocos momentos les alejó el cochero del teatro de tan bárbaras escenas.

Pasada la emocion, el Capitan-Negro discurrió ya con mas sangre fria, y aprobó lo que acababa de hacer Julieta.

—Y bien, dijo despues el Capitan-Negro, ¿qué hacemos? El tiempo que trascurre es muy precioso: y me parece que es hora ya de que nos dirijamos á la calle de San Sulpicio para hacer lo que tenemos concertado.

—No tengo reparo en ello.

Dióse al cochero la órden de que los condujese allá.

—Y bien, Julieta, añadió el antiguo ermitaño, ¿traeis con vos la llave misteriosa?

—Sí; miradla... esa es... Desde aquel momento fatal en que la recibí, no me la he quitado un solo instante de encima.

—Quizás lograremos saber al fin los secretos que encierra esa llave.

—Yo lo deseo mucho, añadió Julieta. Y lo deseo tanto, porque no he sabido darme á mí misma una esplicacion de lo que significarian las últimas palabras del Huron al darme esta llave: *Decidle que me perdone, y no hableis á nadie de ello*:

—Aludiria sin duda á lo que nos dijo sobre aquel personaje á quien habia querido matar y aun vivia.

—Yo presumo que este personaje es el que encontraremos en la casa n.° 8 de la calle de San Sulpicio.

—Pronto lo sabremos... Tambien me pasó á mí muchos años atrás un lance muy interesante y curioso con una llave que yo me tragué para impedir que cayera en manos de mis enemigos...

—Aludís seguramente, repuso Julieta, á la muerte del duque de las Siete-Torres.

—Yo era entónces su mayordomo.

—Aquel á quien todo el mundo cree muerto. Aun me parece que estoy viendo la sorpresa y temblor de vuestro hermano, cuando en el Castillo de los Cuervos os le disteis á conocer, siendo así que él os creia tambien muerto...

—A propósito. Ya que hablais de mi hermano... nunca me cansaré de repetiros que me guardeis fiel secreto tocante á ese particular. Ya que muerto me cree el mundo, por muerto me tenga. Así me interesa.

—No temais ser nunca descubierto por mi... ¿Y respecto á vuestro hermano, ¿no creeis encontrarle hoy en Barcelona, representando alguno de los papeles que son propios de su carácter?

—No, creo... Presumo que se habrá quedado dirigiendo el incendio de conventos en N...

Julieta conoció que disgustaba á Carlos Venlor, (que así le llamare-

mos) la conversacion sobre su hermano, y por este motivo torció su giro.

—Y cuando hayamos hecho nuestra visita á la calle de San Sulpicio, dijo Julieta, ¿pensais que será prudente mantenernos en reserva como hasta ahora, respecto á lo que pueda resultar de ella?

—Esto lo resolveremos despues de la visita... Mas entretanto pienso que lo mas prudente será atenernos á lo que resolvimos los dos durante la conversacion que tuvimos antes de salir del castillo de los Cuervos.

—Obraremos como mejor os parezca.

Esta conversacion entre los dos duró hasta que llegaron á la calle de San Sulpicio.

Esta calle, por lo retirada, estaba tranquila y no se oia en ella el bullicio que reinaba en lo restante de la poblacion.

El coche empezó á andar con toda pausa en razon á la oscuridad que en ella se notaba. Carlos y Julieta buscaban desde dentro de él la casa número 8, y pararon por fin frente de ella.

El aspecto que presentaba la casa era el mas feo y miserable que pueda darse. No tenia mas que un piso, y la puerta estaba cerrada.

Abrióse no obstante al primer empujon del Capitan-Negro, quien, seguido de Julieta, penetró en una especie de zaguan sucio y mal empedrado, iluminado por un candil que estaba colgado en la pared.

Llamó Cárlos repetidas veces, y finalmente apareció una niña que solo contaria cuatro años, la cual á duras penas pudo comprender que aquellos forasteros iban en busca de su padre. La niña les contestó que habia salido; y como pidiesen entónces por su madre, respondió que estaba á poca distancia de allí. Díjole Carlos que fuera en busca de ella, lo cual la niña hizo saliendo al instante de la casa.

Luego que Carlos y Julieta estuvieron solos, examinaron detenidamente la casa en que habian entrado, y no pudieron contener la admiracion al ver tanto desaseo y tanta suciedad como se presentó á su vista.

Julieta no pudo menos que estremecerse al ver tanta inmundicia á su alrededor.



CAPÍTULO XI

La tia Gerónima.

Dijo la bruja al pirata:
—En verdad, mi capitan,
No seré yo muy ingrata,
Siendo vos... siempre galan.
VICTOR HUGO.

Viendo al fin que tanto tardaba la niña, acercóse Cárlos á la puerta de la calle, pero antes de llegar á ella, acometióle un convulsivo movimiento, y dió dos pasos hácia atrás. Era que acababa de ver á Santiago Aguilar de Silva, que de espaldas hácia él estaba hablando con una repugnante muger en la puerta del núm. 9... La sorpresa de Cárlos fué estrema. Por de pronto perdió su rostro el color, y Julieta, quizá menos estremecida que él, se le acercó; pero Cárlos detuvo su paso, haciéndole señal de que guardára silencio.

Hízolo así la jóven: Carlos la enteró en dos palabras de lo que acababa de ver, y ambos se pusieron á escuchar lo que hablaba Santiago.

—Nada, decia él. Hoy es dia de venganzas: y el que ha llegado aquí con ese coche, vendrá seguramente á comprar el puñal de algun bravo, para servirse dignamente de él durante la bullanga que tenemos empezada.

—Trabajo tendrá en encontrarle, contestó la muger.

—¿Creeis acaso que los habitantes de esos barrios son algo mas que judíos pervertidos?

—Mucho que sí... y en prueba de ello, que todos los hombres de esa calle, incluso mi marido, se hallan con los incendiarios: y por eso digo, que trabajo les ha de costar el encontrar quien se les comprometa para el buen uso de su puñal.

—En fin, replicó el de Silva, cada cual que se arregle... Yo me voy á mis obligaciones, y no tengo otra cosa que advertiros sino que cuideis bien á ese personaje que acabo de traeros. Siento mucho no poderlo dejar encargado á vuestro marido, pero no obstante, recordad que no podeis soltarlo sin órden espresa mia y comunicada por vuestro gefe inmediato el Rey de Facha... Solo él y yo somos tambien los que podemos verle. Adios, pues.

Dicho esto, Santiago se marchó, dejando llenos de contento á Carlos y Julieta, que á pesar de esto y de lo que venian á hacer, concibieron no obstante sérios temores por lo que toca á lo que acababan de oir de boca de Santiago... Julieta se admiraba á lo sumo de que el Huron, siendo de tan fino carácter como ella habia advertido, tuviese cosas que arreglar en aquel miserable y misterioso casuchon.

La muger que hablaba con Santiago, luego que se hubo despedido de él, cerró las puertas de la casa núm. 9, y entró despues donde se hallaban Carlos y Julieta...

Era ella una de esas mugerotas pervertidas, de robustos y varoniles miembros, como solo se encuentran en los barrios mas retirados y sospechosos de las grandes poblaciones. Por lo sucia y desarreglada, daba asco el verla, y en su cara desfachada y tosca se notaba cierta espresion incalificable de descaro.

Al ver á los forasteros, quedó casi asustada por la sorpresa, aunque no por esto avergonzada del mal estado de su casa, y del modo tan repugnante como se presentaba. No obstante, Carlos con su larga barba, su continente marcial y su arrogante mirada, y Julieta con su deslumbrante hermosura y su aire de candidez, le impusieron respeto de tal manera, que con la mayor cortesía de que era susceptible una mugerona como ella, les preguntó á qué habian venido.

—Venimos para tratar de un asunto con vos. ¿Sois la dueña de la casa?

—Sí, yo soy.

—¿Y vuestro marido?

—Mi marido está al cumplimiento de sus deberes, siguiendo á sus gefes, que le guian al incendio de conventos.

Aquella muger tomó á Carlos por un Franc-mason.

—Pues bien, siendo así, trataremos con vos. ¿Cómo os llamais?

—Llámanme la *tia Gerónima*, replicó ella, que no quitaba los ojos de Julieta, creyendo que la iban á poner á su custodia.

—Así os llamaré pues... Decidme, tia Gerónima, ¿habeis tenido alguna vez tratos ó relaciones con uno que era de los vuestros, de estos que hoy van á incendiar los conventos, y que se llamaba Lorenzo Vega?

—No me acuerdo de que nunca se haya honrado relacionándose conmigo persona alguna que lleve este nombre... Yo solo me trato con Carbonarios, como lo es mi marido.

—Pues bien: Carbonario era tambien ese Lorenzo Vega.

—Ya os he dicho que no recuerdo haber tenido relaciones con él.

—¿Ni le habeis oido nombrar?

—Tampoco.

—Es que tambien tenia otro nombre, dijo entónces Julieta. Sus compañeros le llamaban el Huron.

—Ese mismo... ¿Le conoceis bajo este nombre?

—Siendo así, ya es otra cosa, contestó la tia Gerónima. Ese Carbonario á quien llaman el Huron, es en verdad muy amigo mio... ¡oh sí, mucho!... Yo le quiero infinito por lo bien que siempre se ha portado conmigo... Y á fé mia, que estoy muy ansiosa por saber de él... Hace muchos dias que no lo he visto... y... Pero, en fin, decid, decid... ¿qué es lo que quereis de mí respecto al Huron?

—¿Habitaba él en esa casa?

—Aquí no... Solo me tiene un cuarto alquilado, donde creo que tiene algunos trastos viejos. Lo que es él, desde que empezó á tener mucho dinero y entrar en ganas de ser señor, tomó á alquiler un bonito piso de una de las calles mas principales, y allí vivia.

—Decís, no obstante, que os tenia un cuarto alquilado.

—Y me lo tiene aun.

—Pues en este caso, vengo para que me conduzcais á ese cuarto, por cuanto tengo que hacer en él alguna cosa por disposicion de él mismo.

—Eso es imposible, porque él tiene la llave, y no se puede penetrar sin ella en el cuarto.

—¡Oh! lo que es esto no os dé pena ninguna, porque yo la traigo.

Y enseñó á la tia Gerónima la llave que el Huron dió á Julieta antes de morir. Ella se acercó para verla, y solo al tenerla entre sus manos, quiso creer que no se engañaba.

—Sí, verdaderamente... Ella es...

—Siendo así... espero que me guiareis cuanto antes á ese cuarto...

—Lo que es esto no podrá ser, á pesar de que tengais la llave... Yo no sé qué derecho teneis para ello, y no puedo permitir la entrada en su aposento hasta que venga mi marido, el cual entiende mas que yo de esas cosas.

—¡Oh! no pongais reparo ninguno. Ya sabeis que todos los Carbonarios están ahora ocupados en la tarea del incendio de conventos. Yo soy uno de los gefes de la revolucion, y vengo para apoderarme de algunos puñales que el Huron tiene en su cuarto, y que deben servir para los que se hallan luchando.

—Pero, ¿á qué han venido todas las preguntas inciertas que sobre el Huron me habeis hecho?

—Es que durante el calor de la refriega, ni el Huron ha acertado á esplicarse bien conmigo, ni yo he acertado á preguntarle.

—Yo veo que os esplicais muy bien: y puesto que esos puñales deben servir para matar á los frailes, casi me vienen tentaciones de satisfaceros: pero quisiera que me dieseis una garantia, por medio de la cual pudiese quedar yo segura de vos.

—Pronto estoy á dárosla.

En esto Carlos sacó un bolsillo, y enseñando á la tia Gerónima el oro que contenia, le dijo:

—Guardad este bolsillo. Cuando el Huron vendrá á veros y á justificar el paso que doy, me lo devolvereis; pero os quedareis con él si no se presenta el Carbonario.

—Siendo así, me conformo, replicó ella fijando sus ávidos ojos en el bolsillo que se le presentaba.

—Mientras con una mano tomaba el bolsillo, con la otra cogió la derecha de Carlos para guiarle al cuarto del Huron. Carlos se dejó conducir, y Julieta les siguió tambien.

La tia Gerónima, con el candil en la mano, les hizo pasar entónces por un pequeño huerto de aspecto tan repugnante como lo demás de la casa. Al estremo habia una escalera, la cual conducia á una que queria parecer galeria, y en la que habia dos puertas. La Gerónima señaló una de ellas, diciendo:

—Esta conduce al cuarto del Huron.

Carlos, sin esperar nuevas insinuaciones, hizo uso de la llave que habia traido, y abrió la puerta, la cual daba á un corredor estrecho, pero bastante largo. Al estremo de él habia otra puerta, y la tia Gerónima les dijo:

—Con la misma llave abrireis la otra puerta que hay al estremo del corredor, y aquel es el cuarto del Huron.

Aquí les dejó solos, y Carlos y Julieta entraron por el corredor para abrir dicha puerta. Al ir á efectuarlo, les sorprendió infinito un estraño ruido que oyeron dentro de la habitacion, lo que animó la curiosidad de Carlos y de Julieta.

CAPÍTULO XII.

El loco.

Pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir solo es soñar:
Y la esperiencia me enseña,
Que el hombre que vive sueña
Lo que es hasta despertar.
CALDERON.—En el drama:—*La vida es sueño.*

CARLOS abrió la puerta del cuarto con toda precaucion y sigilo; pero ambos quedaron plenamente sorprendidos al notar el desórden que se presentaba á su vista. Los pocos muebles que en el cuarto habia estaban tirados por el suelo, y lo que mas lastimosamente afectó la sensibilidad de los dos fué un pobre hombre, sucio, desarreglado, con la barba sin cortar, con vestidos enteramente rotos, y de aspecto cadavérico.

Era Jorge Evarini el que se hallaba en tan infeliz estado.

Segun han visto ya los lectores en otra parte, desde que fué milagrosamente arrebatado al poder de su mal amigo Joaquin Venlor, habia sido conducido por el Huron á la casa núm. 8 de la calle de San Sulpicio; y fué así, porque el marido de la tia Gerónima era, á pesar de Carbonario, muy íntimo amigo suyo; por lo cual resolvió alquilarle un cuarto en su casa con objeto de trasportar allí al desgraciado Evarini y mantenerlo en salvo. No obstante esto, ni la tia Gerónima ni su marido sabian que el Huron tuviese en su casa á persona viviente: creian que solo tenia guardados en él algunos trastos viejos y cosas interesantes que necesitaba tener en paraje seguro.

Antes que todas estas cosas acaecieran, Evarini habia perdido ya el uso de la razon. Los terribles y trágicos sucesos que antecedieron á su milagrosa curacion se agolpaban contínuamente á su memoria, y no pudo menos que debilitarse su entendimiento con la consideracion de tales cosas, mayormente despues de restablecido, porque pasaba las horas en completa soledad, puesto que Venlor no le permitia salir ni tan solo á una ventana, por temor de que fuese visto y conocido por alguien.

En tan deplorable situacion consideraba el infortunado Evarini las penas y aflicciones de su familia al creerle muerto, su consternacion al ver perdida, no solo la mas remota esperanza de ser encontrado su cadáver, sino hasta de saber tan solo el menor indicio de su muerte... estas solas consideraciones le llenaban de horror y de amargura... deseaba por tanto salir de tan penoso estado, y presentarse á su familia, para desvanecer todos sus temores; mas cuando solicitaba que se le concediese esta gracia, contestaba Venlor que no era llegada aun la hora de salir de su prision, y que tardaria en llegar.

Así pues, hallábase Evarini incierto de todo: nada sabía de su familia, nada de sus asesinos, nada de las causas que le hicieron caer en la terrible emboscada, nada sabía de cómo se habia salvado su vida, nada en fin de aquel bandido que curaba sus heridas y que alguna vez lloraba con él, sin que pudiera recabarle otra esplicacion: estaba incierto además de si conservarian su vida; de si en tal caso le permitirian volver al seno de su familia... estaba incierto del lugar en que habitaba; solo por el tañido de las campanas conocia que estaba en N...: y solo tenia siempre ante sus ojos la probabilidad de largos sufrimientos.

Tantas y tan horribles consideraciones, capaces eran de trastornar el juicio al hombre mas indiferente. Por otra parte, Evarini estaba siempre solo... sin distraccion ninguna... sin amigos que le acompañáran en sus penas... tras de una hora venia otra... tras del dia venia la noche... y siempre solo... no comia, no dormia... siempre lloraba... siempre se lamentaba... mas por esto siempre permanecia en soledad... Pedia, suplicaba que le permitiesen salir al campo, á lo menos para distraer un poco su imaginacion cargada de horribles ideas... pero todo era en vano... siempre le tocaba estar solo... siempre solitario... Solo el Huron se compadecia alguna vez de él, y le confortaba con débiles esperanzas: el Huron lloraba, porque no podia mejorar su suerte, porque Venlor se mostraba tan inflexible; pero llegó un dia en que hasta este ténue consuelo vino á faltarle.

El Huron salió de N... para sus urgencias, y le faltó á Evarini su cui-

dado y sus consuelos... Aquel dia el infeliz estuvo solo... completamente solo... aislado... Venlor, por no estremecerse, ni fué á verle, ni á curarle la herida. La falta del Huron unida á la soledad en que se hallaba, fué causa de que Evarini tuviera mas presentes que nunca las desgracias que le habian sobrevenido... en vano gritaba y se lamentaba... nadie venia á su auxilio... atacóle finalmente una fuerte calentura... diéronle terribles convulsiones, con las cuales abriósele nuevamente la herida... perdió el sentido... y quedó por fin como muerto. Al cabo de algunas horas recobró el conocimiento sin que nadie hubiera venido á su socorro y entónces habia perdido ya el uso de la razon. Cuando al llegar la noche, el Huron se presentó nuevamente, quedó helado de terror. ¡Evarini se habia vuelto loco!!!... reia, lloraba y gritaba á un mismo tiempo... Hablaba contínuamente de asesinos, de combates, de pistolas, de Francmasones; y todas esas confusas ideas las mezclaba con recuerdos de su familia.

De nada sirvieron entónces los esfuerzos del Huron ni de Venlor; en vano se aplicaron remedios aptos para el caso: Evarini quedó completamente loco.

Despues de todas las alternativas de que tienen ya noticia nuestros lectores, Evarini vino á quedar definitivamente constituido bajo el amparo del Huron en el cuarto de casa la tia Gerónima, donde acaban de encontrarle Carlos y Julieta.

Viéndose precisado el Huron á salir de Barcelona para pasar al castillo de los Cuervos en busca de Julieta, quiso mas bien dejar á Evarini solo que no en compañia de otro cualquiera que le hubiera puesto á riesgo de ser descubierto. Para esto le dejó provisiones, con las cuales se mantuviera durante su ausencia. Estas provisiones eran frutas secas, manteca, pan y otras cosas por el estilo, puestas en canastillos; y además agua y vino en jarros de loza... Nadie podia advertir tampoco la proximidad del demente, porque ni podia ver nada, en razon á que la única ventana que en la estancia habia, era muy alta, ni tampoco podia ser oido, no solo porque antes de llegar á él debia atravesarse un largo corredor, del cual el Huron se quedó la llave, sino tambien porque la ventana daba á una grande huerta de estramuros.

Habia además en la habitacion una mala cama, en la cual estaba echado Evarini cuando entraron.

Él, al verlos, se levantó con ojos azorados, cón los piés desnudos, con las manos ensangrentadas y con sus vestidos completamente rotos y desordenados.

—¿Eres tú, Lorenzo? decia el infeliz. Tres dias hace que te estaba esperando, y nunca venias. Tengo mucha sed... ¡agua, que me ahogo!...

Decia verdad en esto... Durante sus mas exaltados períodos de demencia habia derramado el agua y vino que en los jarros le dejára el Huron, y estaba entónces sufriendo una sed ardentísima. Habia tomado al Capitan-Negro por el Huron, pero pronto conoció su error.

—¡Ah! ¡no eres tú! le dijo. Y esa barba tan larga parece la de un Franc-mason... ¿Me vienes á buscar para ir á la Logia?... No quiero venir... ya lo he jurado todo... Vuélvete solo. Me habeis muerto ya; y no soy el que buscais.

Mientras decia esto, se paseaba, ó mas bien, daba saltos desde una á otra parte de la estancia y acabó finalmente por tenderse de nuevo en la cama, diciendo:

—Tengo mucha sed... y si me dieses de beber, aun vendria contigo. Eres mas inhumano que Lorenzo, porque al menos siempre me daba de beber.

Carlos y Julieta permanecian mirándose y sin poder decir palabra. Salieron ambos de la habitacion, y Carlos encargó á Julieta que se quedára un momento con el loco, mientras él iba á buscar agua.

Julieta entónces entró sola en el cuarto; y el loco, que fijó en ella sus ojos centellantes, dió una grande carcajada, seguida de un enorme salto en la misma cama. Levantóse luego, y estendiendo los brazos, corrió á abrazar á Julieta; pero ella lo rechazó benignamente. El loco no quiso ya poner en práctica su intento.

—Perdona, mozuela, le dijo. Cuando te he visto tan hermosa, me he pensado que eras una de mis hijas Adela y Sofía... pero me engañé, porque ya te conozco; y ellas se hubieran dejado abrazar por su padre.

Y volviéndose á la cama, murmuraba:

—Mis hijas me darian tambien de beber; y esa no es mi hija... no es mi hija.

—Pronto os van á traer agua, contestó Julieta.

—¿De veras?

—¡Oh, sí! Esperad un poco.

—¿Conoces tú á mis hijas?

—¿A Adela y Sofía? ¡Oh! sí; ¡mucho!...

—Ahora están presas por los Masones ¿es verdad? Con su madre... con su hermano... ¿Y sabes que tienen un hermano, que no es hermano? Pero ja... ja... ja... ja... tú quisieras saberlo, y no te lo diré; porque

no eres de mi familia; y porque serás hija de algun Mason... ¿Y no me das de beber? ¿Qué esperas?

Mientras decia todo esto, iba haciendo los gestos mas estraños y horribles. Era un loco completo.

Apareció finalmente Carlos con un jarro de agua que le habia dado la tia Gerónima; y quitándoselo Julieta de las manos, acercóse con él á le cama de Evarini, el cual dió algunos gritos de alegria al ver el agua que la mano de Julieta le presentaba. Bebióla casi toda; y despues de ello, tomóle la mano y la besó un sin fin de veces, diciéndole, que si era hija de algun Mason, podia contar á su padre que ya sabía ser agradecido. Despues suplicó que le dijeran todo lo que debia hacer, para lograr ser puesto en libertad. Prosiguió hablando en diferentes sentidos de muchos y variados casos, y repitió un sin fin de veces trozos del juramento que le hicieron prestar al recibir el grado de Mason. Se levantaba... volvia á tenderse... cantaba, reia, lloraba, y comia tambien.

Entretanto Carlos y Julieta, que quedaron enterados del personaje que tenian á su vista, trataban sobre lo que debian hacer; y resolvieron por fin llevarse al loco dentro del coche en que habian venido y de una manera ú otra ponerlo á salvo en algun paraje de la confianza de Carlos. Y debia ser en algun paraje de la confianza de éste, porque resolvieron no comunicar á nadie lo que acababa de sucederles, hasta que hubiesen detenidamente resuelto lo que mas convenia hacer. Esta medida era muy prudente, visto lo árduo del asunto que la motivaba.

Así fué que no queriendo llevarse á Evarini en un estado tan repugnante como aquel en que se encontraba, trataron de ponerle otra ropa. Habia en el cuarto un viejo baul, el cual abrieron por ver si encontrarian en él lo que buscaban, y no se engañaron, porque á pesar de estar todo revuelto y desordenado, encontraron no obstante, algunas ropas de porte y blanca destinada para Evarini.

Mientras Julieta prevenia la ropa, Carlos lavó al loco la cara y las manos lo mejor que pudo, en lo cual consintió Evarini, porque le dijeron que iban á ponerle en libertad, y que le volverian al seno de su familia.

—¿Con que vosotros no sois Masones? decia Evarini.

—No: somos amigos del P. Vincencio.

—El P. Vincencio tambien está preso, desde que me mataron á mí.

—¡Oh! no temais por esto, añadió Julieta. Yo soy la hija del marqués de Casarrubios. ¿Le conoceis?

—Tambien está presa desde cuando prendieron al P. Vincencio... Los Masones lo pueden todo...

—Pero á todos les pondremos en libertad... Tened confianza. Dios todo lo puede...

—Sí: pero Dios me ha castigado á mí... Porque me hice Mason, me hace padecer ahora despues de muerto... Esto es el purgatorio mio... Yo ya sé que no podreis libertar á mi familia porque los Masones todo lo pueden: pero os dejaré hacer de mí todo lo que querais; porque Dios así quiere que se haga; mientras me hace purgar mis pecados, para entrar sin ellos en el cielo... Pero de todo tiene la culpa Aurelio: y él tambien está preso... ja... ja... ja... ja... ja...

Y mientras decia esto, se dejaba manejar por Carlos, como si tan solo fuera un instrumento.

Despues que le hubo quitado la sucia ropa que llevaba, y puéstole otra limpia, dióle el brazo para guiarlo hasta el coche.

Julieta, que traia la luz, cerró la puerta del cuarto y tambien la del corredor, y empezaron á bajar al huerto, resuelto Carlos á llevarse al loco de todas maneras, por mas que la tia Gerónima opusiese á ello resistencia.

Felizmente esto no tuvo lugar; porque no encontraron en la casa mas que á aquella niña de quien ya se ha hablado en el capítulo anterior. La tia Gerónima habia salido.

Carlos hizo entrar al loco en el coche, de lo cual estuvo muy contento, y detrás de él á Julieta. Cuando él acababa de subir tambien, apareció la tia Gerónima, á la cual dijo Carlos que volverian á verse.

Sin mas ceremonias, el coche empezó á correr; y mientras que el pueblo de Barcelona proseguia agitado por el incendio de conventos, Evarini fué conducido al seno de una piadosa familia, en la cual tenia Carlos particular confianza, y á la que encomendó la custodia del loco.

Despues de esto, Carlos y Julieta quedaron en que aquella noche misma se verian en casa del padre de la última, para tratar nuevamente sobre la importante accion que acababan de ejecutar.

Carlos dejó á Julieta en casa de D. Evaristo Torrecampa, á ruego de ella misma, y él, abandonando luego el coche, fué á reunirse nuevamente con sus amigos para oponerse con todas sus fuerzas al incendio de conventos.

Ya hacía horas que la ciudad estaba en completa revolucion. Un miserable y repugnante populacho compuesto de la gente mas perdida de la capital, hacía esta revolucion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

de los capítulos que contiene este tomo.

—

PÁG.

Pág.

PARTE XVIII.—*El castillo de los Cuervos.*

PARTE XIX.—*Grados de caballeros de Rosa-Cruz y de Kadósc.*

PARTE XX.—*El grande Oriente en Madrid.*

PARTE XXI.—*El incendio de conventos en Barcelona.*

NOTA. La pauta para la colocacion de las láminas se insertará á la conclusion del tomo segundo.

Mac-Bouac: la carne se separa dal meso

